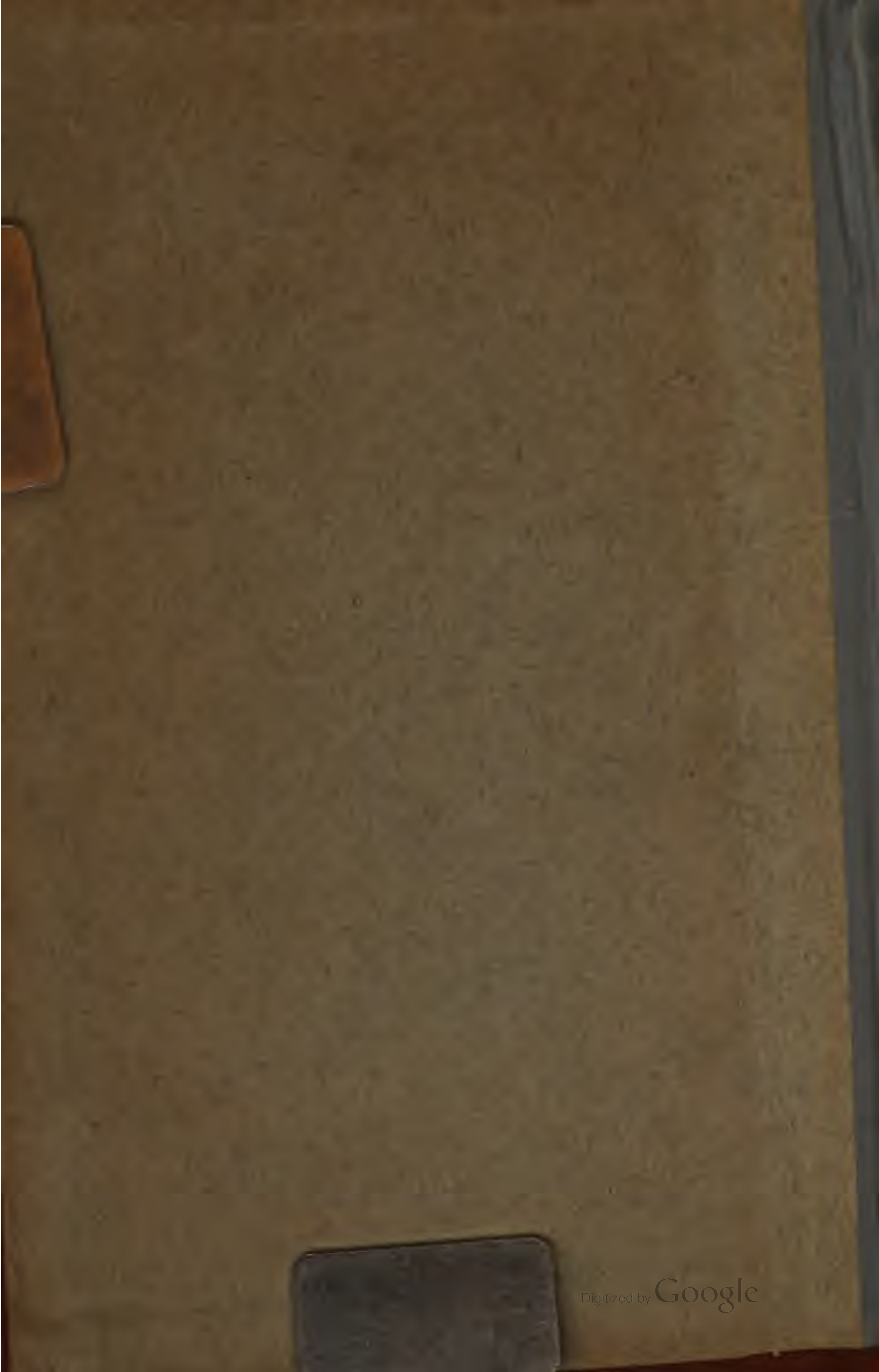
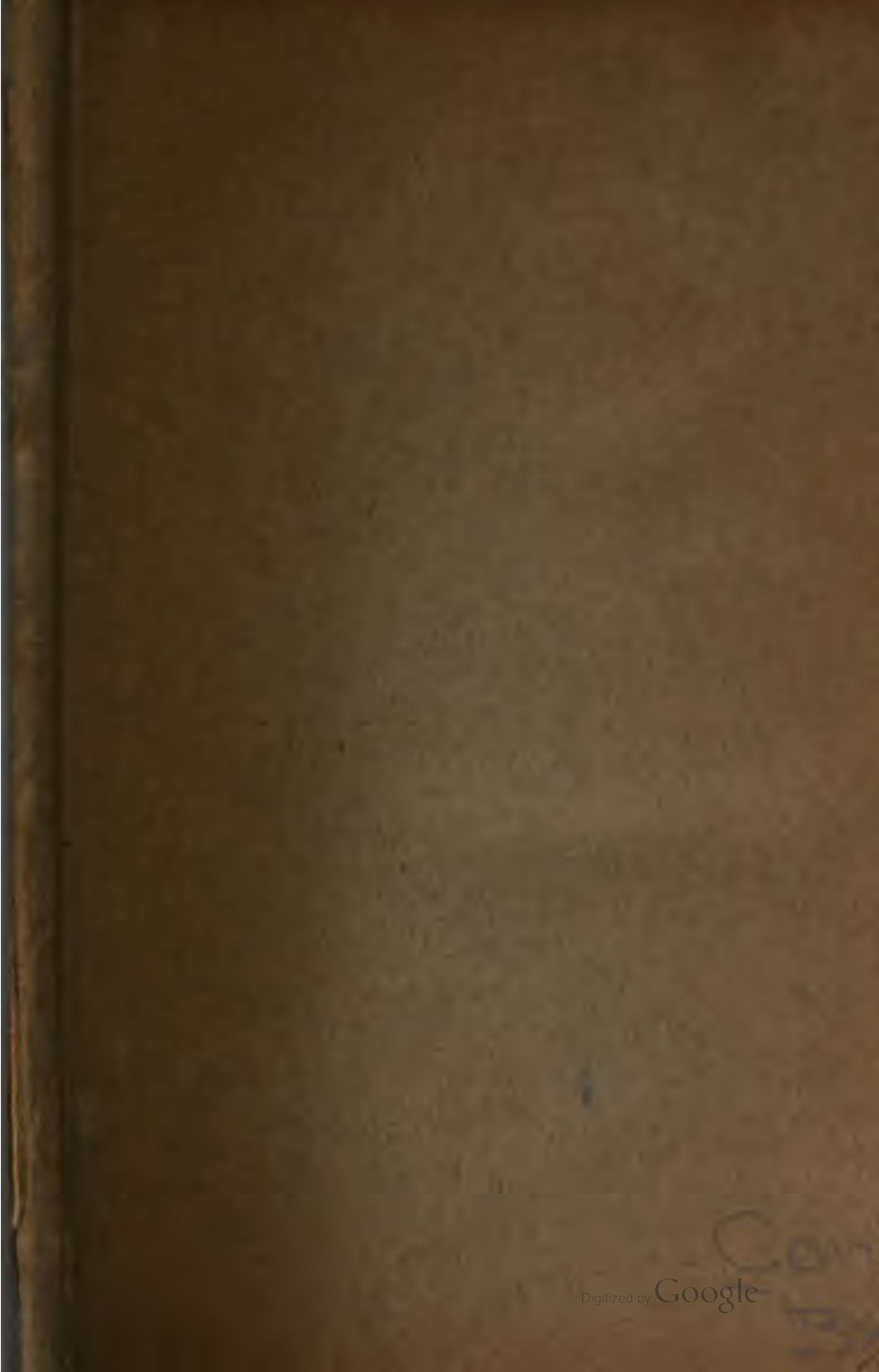




HISTORIA

DE LA

DOMINACION DE LOS ARABES

EN ESPAÑA,

SACADA DE VARIOS MANUSCRITOS Y MEMORIAS ARABIGAS.

POR EL DOCTOR

DON JOSE ANTONIO CONDE,

DEL GREMIO Y CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD DE ALCALA: INDIVIDUO DE NUMERO DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA, Y DE LA DE LA HISTORIA, SU ANTICUARIO Y BIBLIOTECARIO: DE LA SOCIEDAD MATRITENSE; Y CORRESPONSAL DE LA ACADEMIA DE BERLIN.

TOMO I.

MADRID:

IMPRENTA QUE FUE DE GARCIA.

1820.

PROLOGO.

Parece fatalidad de las cosas humanas que los mas importantes acaecimientos de los pueblos, mudanzas de los imperios, revoluciones y trastornos de las mas famosas dymnastías hayan de pasar á la posteridad por las sospechosas relaciones del partido vencedor. Los Romanos escribieron la historia de su engrandecimiento, de sus rivalidades y sangrientas guerras con los de Cartago: y los escritores Griegos que trataron de este mismo asunto, dependian del pueblo Romano, y asi no escasearon las adulaciones. Parécenos Scipion un héroe admirable porque su historia es obra de sus elogiadores y apasionados; mas sin embargo comparece grande el ínclito Anibal aun en las relaciones de sus mortales enemigos. Y si el ódio implacable, y ambiciosa política de los Romanos, no hubiera abrasado las memorias Púnicas no tendriamos á este famoso capitan Africano por tan cruel y bárbaro como nos le presenta Livio. Nuestro Cid Ruy Diaz, el célebre Campeador, no aparece en los escritos de los Arabes tal como cuentan nuestras Crónicas. En estas tan humano como valiente, acoge y lleva en sus hombros al Gafo: en aquellas pérfido y cruel, quema vivo al rendido gobernador de Valencia, atropellando los concertados pactos. Pero una sana y justa crítica pide que no nos contentemos con los testimonios de un solo partido, y que comparemos las relaciones de ambos con imparcialidad y discrecion, y con solo el ánimo de hallar la verdad.

Por eso me dediqué á ilustrar la Historia de la dominacion de los Arabes en España, compilándola de las memorias y escritos arábigos, de manera que pueda leerse como ellos la escribieron; y se vea el modo con que

refieren los acaecimientos de esta época tan memorable. Diré con sinceridad que he puesto en este mi trabajo todo el estudio y diligencia de que soy capaz, no perdonando ningun género de fatiga; y tratando de superar las dificultades en cuanto he podido, y aprovechándome de todas las ocasiones y auxilios que se me han proporcionado. Y bien ha sido necesaria toda la constancia que he puesto al intento; porque no es negocio facil el haber de indagar y referir con sencillez y sin afectacion, y siguiendo el órden de los tiempos y de los sucesos, asi los orígenes de una nacion célebre, como su incremento, sus conquistas y acciones famosas, las costumbres con que se distinguia, su cultura y los acaecimientos y vicisitudes de su poder en la dilatada série de ochocientos años. El haber de coordinar cosas tantas y tan varias, recogiéndolas de diferentes escritores, el comparar sus referencias, y el tomar partido en la incertidumbre de sus relatos, es sin duda un trabajo ímprobo y árduo: al que se allega el de traducir todo esto de la lengua de los Arabes á nuestra castellana; y no de libros impresos y correctos, sino de antiguos y maltratados manuscritos. Mas sin esta fatiga no podian rectificarse los hechos, ni aclararse las cosas como fueron, sino á la luz de las memorias arábigas.

En los siglos de la mayor ignorancia de Europa, y cuando en ella solo sabian leer los Obispos y los Abades eran doctos los Arabes asi de Oriente, como de Africa y de España. Bien conoció esta verdad el Rey Don Alfonso el Sábio, cuando en el año de 1254 ordenó que se estableciesen en Sevilla estudios generales de latin y arábigo. Y á este insigne Rey se debieron muchas preciosas traducciones de obras arábigas, por la mayor parte astronómicas, segun el gusto de aquella edad, y de algunas de medicina y química. Pero siguiéronse tiempos desgraciados de ignorancia; y hasta la restauracion de los buenos estudios en Europa, no fue estimada la literatura de los Arabes, ni se pensó en unir sus preciosos restos. Las bibliotecas de España debieran de haber sido las mas copiosas y escogidas en esta clase de manuscritos; pues

ademas de las preciosidades que pudo proporcionar la conquista de Granada, hubiera habido no pocas ocasiones de aumentarlas con motivo de la jornada de Tunez, y la ocupacion de Oran, Ceuta y otras plazas de Africa. Mas cuando la conquista de Granada estaba en desprecio el nombre y la literatura de los Arabes: y la estraña opinion de aquel tiempo, en el cual todo escrito arábigo se tenia por un alcoran, ó libro de errores y supersticion musulmana, los condenó á todos sin examen; y el fuego consumió millares de volúmenes, á pesar de la diligencia de los Moriscos en ocultarlos y llevarlos á Africa. Leon Africano dice que se hospedó en Argel en casa de un comisionado de aquella ciudad, que habia llevado á ella mas de tres mil libros de los moriscos de Granada. Si en tiempo de Felipe III se resarció en algo esta falta con la presa de una nave, en que iba la recámara y librería de Muley Zidan, Príncipe de Marruecos, la fatalidad que persigue á las letras hizo que desgraciadamente en el año de 1671 consumiese un incendio en el Escorial mas de ocho mil volúmenes, la mayor parte arábigos. Pérdida irreparable! porque bien sabido es que despues de la expulsion de España los Arabes fueron decayendo en su literatura, hasta hallarse en el dia en una lastimosa ignorancia asi los de Oriente como los de Africa. Sus buenos y apreciables libros son los antiguos: mas las copias de estos no se multiplican, y los originales perecen. La biblioteca del Escorial, á pesar de las calamidades que ha sufrido, conserva todavía magníficos restos de lo que fue; pero las obras mas grandes y preciosas estan por la mayor parte incompletas. No se ha reparado esta pérdida por falta de atencion y diligencia en promover el estudio de la literatura arábiga, tan conveniente y necesario para ilustrar nuestra historia y geografia, como indispensable para conocer bien la índole de nuestra lengua, y los orígenes de muchas y muy floridas y elegantes locuciones suyas. Nunca se han aprovechado las ocasiones de adquirir manuscritos arábigos, trayéndolos de Africa, donde fueron á parar las

obras de nuestros Andaluces, y donde van pereciendo olvidadas y desconocidas de sus bárbaros dueños. Por cierto que no hemos imitado la diligencia y esmero de los sabios de Holanda, Francia é Inglaterra en traer de Oriente y de Africa, cuantos manuscritos han podido adquirir; allegando estas riquezas literarias, que son ahora el principal ornato de sus bibliotecas.

Mas, sin insistir en este asunto, ello es cierto que para mi propósito era indispensable consultar las memorias que nos han quedado de los Arabes. Lo poco que hasta ahora sabiamos de su larga dominacion en nuestro suelo, está tomado de las ligeras noticias de nuestras antiguas Crónicas: las cuales asi por la rudeza de su estilo, demasiada brevedad é inexactitud, como por la injuria de los tiempos han llegado á nosotros faltas, y oscuras aun en lo perteneciente á nuestras cosas; y en lo poco que de los Arabes contienen no hay sino especies confusas y alteradas. Por otra parte se deben considerar como relaciones sospechosas de enemigos que escribian cuando el ódio era mas vehemente; cuando no tenian entre sí otra comunicacion que la terrible y sangrienta de las armas; y cuando en su dominacion siempre odiosa, no veían en ellos sino sus tiranos. De aqui han procedido las especies falsas, desfiguradas ó mal entendidas que contaminan y oscurecen nuestra historia en esta parte tan principal de ella. De aqui proviene que se crea comunmente que los Moros, cuando hicieron la entrada en España, eran innumerables y no tanto guerreros valientes y afortunados, cuanto bárbaros crueles, sin cultura ni policía alguna. Que todo lo llevaban á sangre y fuego; é inhumanos y sin género alguno de piedad no perdonaban edad ni sexo, ni dejaban piedra sobre piedra en las poblaciones. Y en suma, que delante de ellos huía despavorida la cristiandad, atropellada del furor de las bárbaras huestes; y detras de las sangrientas vencedoras tropas no quedaba sino horror, desolacion y Moros. Estas ideas que imprimió el espanto de las rápidas y asombrosas conquistas que los Arabes hicieron en Per-

sia, Syria, Egipto, Africa y España; y sus sangrientas entradas en las Galias, perpetuadas por la tradicion en la oscuridad y tinieblas de los tiempos bárbaros, se descubren mejor tales como fueron en los antiguos escritos de ellos; y se ve como un egército de fanáticos aguerridos entró en Andalucía, corriendo y talando los malguardados campos de Lusitania; y venciendo un numeroso ejército de mal avenidos Godos, sojuzgó en poco tiempo la España toda. Mas las condiciones que imponian á los vencidos eran tales, que los pueblos en vez de opresion hallaban comodidad en ellas; y si comparaban su suerte con la que antes tenian se consideraban harto venturosos. El libre egercicio de su religion, la conservacion de sus templos, y la seguridad de sus personas, bienes y posesiones, recompensaba la sumision y el tributo que debian pagar á los vencedores. Y la fidelidad de estos en guardar sus pactos, y mantener justicia igual con todas las clases, sin distincion alguna, ganaba la confianza de los pueblos, asi en comun como en particular. Y en estas prendas, generoso ánimo y hospitalidad eran estremados los Arabes de aquellos tiempos.

Si la historia es la escuela práctica de los hombres debe respetarse en ella la verdad, y no desfigurarla con falsedades y calumnias. La imparcialidad es el requisito mas esencial en un historiador, y sin esta prenda qué fé pueden merecer sus relaciones? No es mi ánimo el deprimir el mérito y utilidad de las historias que han precedido á esta que ahora publico, trato solo de indicar que para la época de nuestros Arabes son de poco provecho las que hasta ahora tenemos.

El Cronicon de Isidoro de Beja, conocido por el Pacense, es el único contemporáneo á la venida de los Arabes y sus primeras conquistas en España. Esta Crónica es muy concisa y de muy corto tiempo: y por otra parte tan deprabada, que solamente conserva los desfigurados nombres de los Amires, ó primeros caudillos Arabes que mandaron en España, hasta el año séptimo de Jucef el Fehri: esto es, hasta el año 754 de Jesucristo. Si por desgracia no

se hubieran perdido las obras que este diligente escritor dice haber compuesto, tal vez no seria tan oscura y desconocida la historia de aquella edad calamitosa. En lo poco que dice, aunque no tan rudo é inculto como los que escribieron despues, se conoce que es harto ponderativo y declamador; y ofrece pocas ideas de la policía y gobierno de los Arabes vencedores.

Los que le siguieron, copiaron de él con poca exactitud: y en lo que añadieron de sus tiempos no fueron tan diligentes como él; y sí mucho mas bárbaros, concisos y apasionados. Entre estos los mas conocidos y acreditados son Sebastiano Salmanticense, á quien se atribuye la Crónica que llega hasta el año 886 de Jesucristo: el Cronicon Abeldense, que añadió el monge Vigila, y llega al 973. A este siguió el Cronicon de Sampiro Asturiense hasta el 982: y luego el de Pelagio Ovetense que acaba en 1109. En todos estos no se halla sino alguna leve noticia de las cosas de los Arabes: el suceso de una batalla; la nueva de una entrada ó rompimiento; el nombre desfigurado de algun caudillo; y todo ello oscuro y tenebroso. No hay que buscar la serie de los Reyes Muslimes, ni especie cierta de su gobierno ó de sus costumbres. Los anales Complutenses que llegan al año 1119; los Compostelanos al 1248, y los Toledanos al 1290, son todos rudos, áridos y concisos, y no merecen sino el nombre de apuntamientos, en que se nota el dia ó año de una batalla ó encuentro de los enemigos, ó algun acaecimiento de los mas notables. Los mas importantes sucesos se cuentan en dos palabras. Por egemplo: la batalla que los Arabes llaman de Zalaca, por el sitio en que se dió cerca de Badajoz, que fue muy célebre y sangrienta, y en la que nuestro Rey don Alfonso Sexto peleó contra todo el poder de los Reyes Arabes de España, y las fuerzas reunidas de los Moros Almoravides, que habian venido de Africa para auxiliarles; la cuentan asi estos anales. Los Complutenses dicen: *In Era* MCXXIV. DIE. VI. X. KAL. NOVEMBRIS. *die SS. Servandi et Germani, fuit illa arrancada in Baduzo, id est, Sacralias: et*

fuit ruptus Rex domnus Adefonsus. Los Compostelanos: *Era MCXXIV: fuit illa die Badajoz.* Los Toledanos: *Era MCXXIV, arrancaron Moros al Rey don Alonso en Zagalla.*

De estos Cronicones, y de algunos escritos arábigos formó don Rui Ximenez, Arzobispo de Toledo, su historia de los Arabes: la primera latina que vió la Europa de aquellos célebres pueblos de Oriente. Este docto Prelado vivió entre Muzárabes, entre quienes era vulgar y comun la lengua arábiga, que el Arzobispo hablaba como la suya propia. Aunque su historia es harto preciosa no tiene la extension y claridad conveniente en la sucesion de las dymnastias arábigas de España: y ademas de ser escasa y oscura no pasa del año 539 de los Arabes, esto es 1140 de Jesucristo. Este escritor comparó mal la correspondencia de los años de la Era de Cesar con los años lunares de los Arabes. Error que extravió á célebres escritores de nuestras cosas, y pusieron la entrada de los Moros en España en el año 713, y la batalla de Xerez en Noviembre de 714.

La historia, que se dice del Moro Rasis, y que se supone traducida del arábigo por Maestre Mahamad, y Gil Perez, Clérigo, de órden de don Donis, Rey de Portugal, es una mezquina compilacion de los bárbaros Cronicones antiguos, con algunas noticias tomadas de malos libros arábigos: toda llena de errores, y fábulas absurdas. Unicamente merece alguna consideracion en la parte geográfica, que aunque muy depravada sirve en este punto para el conocimiento de aquel medio tiempo. Es asimismo tan escasa, como bárbara y ruda; y no contiene mas que los nombres de algunos Reyes de Córdoba: y de un reynado de cincuenta años, tan célebre, como es el de Abderraman III, solo dice, que reynó cincuenta años; é fue muy granado en sus fechos; é dejó fijos é fijas, é fue elegido por mandado de Amirabomelin. Y despues de esta aridez y falta de exactitud y verdad no pasa del hijo de este Abderraman en el año 366 de los Arabes. Con la autoridad y nombre de este historiador arábigo Iza ben Ahmed Razif, que ciertamente

escribió historia de España, que citan muchos escritores Arabes, se han esparcido no pocas fábulas en las Crónicas castellanas.

La que se intitula Crónica general es obra llena de excelentes cosas, de nobles descripciones y discretos conceptos; y es, á mi parecer, la mas elegante y culta que en lengua vulgar se escribió en Europa por aquellos tiempos. Pero no por eso deja de abundar en fábulas y ridículas consejas de Moros y Judíos. Por mas que el sábio Rey don Alfonso diga que fizo facer este libro despues que ovo ayuntados todos los antiguos libros, et todas las crónicas, et todas las hestorias del latin, et del hebrayco, et del arábigo, que eran ya perdidas et caidas en olvido; sin embargo no mejoró, ni fue mas conocida y cierta la historia de nuestros Arabes.

Lo mismo acaeció en las Crónicas particulares, recopiladas en tiempo de don Alonso el Onceno, y en las posteriores; en las que solo se mencionan aquellas pocas cosas que tienen relacion con los sucesos de nuestros Reyes; y no se detienen á referir lo que pasaba entre los Moros.

Todos los historiadores, aun los mas doctos y críticos, no han reparado esta parte de nuestra historia; y esto ha sido sin duda alguna por falta de erudicion arábiga: pues sin ella era imposible hacer otra cosa que copiar lo poco que de esto dicen los antiguos, y conjeturar sobre ello: lo que en realidad no es mas que palpar tinieblas, y andar á oscuras y desatinados. No merece mencionarse la absurda fábula, que con título de traduccion de la historia de Tarif Aben Taric, publicó el Morisco Miguel de Luna, que la fingió, manifestando su ignorancia en la materia, y su impudente osadía literaria.

Cuanto he dicho hasta aqui, exponiendo mi juicio, acerca de nuestros antiguos escritores de la historia de esta época, no ha sido con ánimo de deprimirlos, ni de ensalzar á su costa á los escritores arábigos. Debo ser imparcial; y acerca del mérito de estos diré mi parecer con igual franqueza

Los Arabes han tenido siempre gran copia de escri-

tores; porque en esto no les aventajan las naciones mas cultas, antiguas ó modernas. Y si desde sus buenos tiempos, y cuando ya no escribian solo poesías, y canciones de amores, y de aventuras y valerosos hechos, sino que se dieron al estudio de las ciencias fisicas, y trasladaron á su lengua todo lo bueno que de ellas habia en Grecia; si con el mismo fervor se hubiesen entonces aplicado á leer y traducir las historias griegas y latinas, hubieran imitado los buenos ejemplos que dieron ambas naciones. Y ahora en vez de impertinentes y pueriles biógrafos, secos analistas, y vanos autores de Hadices, ó historias tradicionales, llenos de pompa, y de lascivas gracias de estilo, tendriamos en ellos buenos historiadores; pues los Arabes ni en lengua ni en ingenio ceden á ninguna otra nacion.

Hadgi Chalfa cuenta mas de mil y doscientos historiadores en su Biblioteca oriental; pero los mas de ellos son compiladores y abreviadores de diez ó doce principales: y como ni aun estos estan libres de preocupaciones y errores, por falta de crítica y de conocimiento de las naciones, de sus leyes y costumbres, los modernos, con menos sabiduría y disposicion para escribir de cosas antiguas, los han copiado sin reflexion; y han propagado muchas fábulas, que dan ocasion á las disputas y desconfianzas de los críticos.

Algunos de sus autores, como Aben Ishak Tabarí, Aben Omar el Wakedi, el Mesaudi, Seif Alezdi, Aben Kelbi, Novairi y otros, tratan en sus historias de muchas naciones y de tiempos diferentes. Algunos se han reducido á ciertos pueblos y ciertas épocas: otros á los sucesos de su pais ó de sus contemporáneos. Asi Aben Regig, ó Rechic, se limitó á la historia de Africa; y Aben Hayan, el mejor historiador de las cosas de España, se ciñó á este asunto, y á los reynados de los Omeyas en Córdoba. Los infinitos escritores, que han venido despues no han hecho sino copiar á su modo, y apropiarse las noticias de los antiguos en sus compilaciones con mas ó menos discrecion y crítica. Y no pocos,

por un amor excesivo á lo maravilloso, no se contentaron con repetir los sucesos antiguos como los hallaron, sino que los presentan enriquecidos con adornos de su imaginacion, llenando la historia de circunstancias fingidas: llegando la manía de algunos á desfigurar y disfrazar los acaecimientos de que fueron testigos y participantes. Pero el gusto mas comun de los Arabes es epitomar á los antiguos, asi historiadores como geógrafos; de manera que han hecho por lo comun de la historia y geografia un esqueleto, que solo contiene nombres de pueblos y de Reyes, y de épocas impertinentes y minuciosas: llegando la ridícula prolijidad de algunos á contar hasta las horas de la vida, ó del reynado de los Príncipes; cuando pasan por alto circunstancias y sucesos de los mas importantes. Los Arabes antiguos son mas puntuales y exactos, y tienen mas conformidad en sus relaciones: los modernos, á excepcion de algun otro, como Abulfedá, y ben Chaledum, son inconexos y desiguales; unas veces concisos, y otras prolijos, y redundantes en descripciones, especialmente de aquellas batallas en que fueron venturosos; y con dos palabras refieren aquellas en que quedaron vencidos, tal vez con horrible matanza. Tal es el genio de estos escritores por lo comun, pues ya he significado que esta censura no comprende á todos, porque hay algunos buenos historiadores que no deben confundirse con la turba de escritores de poco mérito.

Los autores arábigos, conocidos en Europa, y publicados en ella por los doctos Seldeno, Pocok, Erpenio, Golio, Schultens y Reischie, son de muy corta utilidad para nuestra historia. Ni en la de las dymnastias de Abulfaragi, ni en los anales de Aben Batrik de Alejandria se hace mencion de nuestras cosas. En los anales de Elmacin, abreviacion de los de Tabari, hay una ligera relacion de la conquista de España; en que se nota el año en que acaeció, y el fallecimiento de los principales Omeyas, Reyes de Córdoba; y todo esto en dos palabras. Los anales muslímicos de Abulfedá ni siquiera notan la entrada de los Arabes en España, ni mencionan sus primeros

Amires ó Prefectos, ni sus guerras. Unicamente dicen algo del último tiempo de los Omeyas, la muerte de algunos y su fisonomía: alguna cosa de los Hamudes de Málaga y Edrises; pero todo en extremo oscuro y superficial. La historia Sarracénica que publicó en ingles Simon Ocley, tomada del Wakedi y de otros, no pasa de la conquista de Syria y algo de Egipto. Y asi para nuestro asunto no es de provecho.

El señor Cardonne escribió en frances una historia de las conquistas de los Arabes en Africa y en España, que han traducido los Alemanes y los Ingleses. Pero este escritor no consultó otros historiadores arábigos, que los que habia extractado nuestro sabio Arzobispo don Rodrigo, algo de las notas de Herbelot, en que se halla lo que refiere el Novairi, y lo que leyó en nuestro Castellanos acerca de los sucesos del reyno de Granada. Incurrió en el error cronológico del ya dicho Arzobispo, á quien copia, en cuanto al año de la entrada de los Arabes en España. Llama á Taric ben Zeyad con el nombre de Taric ben Malic el Meafir: y como si fuese diferente persona el caudillo Arabe le llama en la página siguiente Tarid ben Ziad ben Abdullah. Hace entrar á Muza en España en el año 97 de la Hegira, ó sea 715 de nuestro computó, cuando ya en aquel año habia salido de España para Syria de órden del Califa. Habla de la conquista de Murcia como si la hubiese hecho Taric, cuando los escritores Arabes refieren la capitulacion de Turiola hecha por Abdelaziz en el año de 94. Y copia sin discrecion las relaciones de nuestras crónicas, los milagros y otras soñadas proezas, de que no hay mencion en los escritores Arabes. Y sus descuidos llegan hasta el punto de señalar la entrada de Jelid ben Hatim en Fez, cuando todavia no existia esta ciudad: porque Fez no se fundó hasta el año 192.

El señor Deguignes, en su historia de los Hunnos, abrazó mucha erudicion Tártara y China; pero de nuestros Arabes no trae mas que algunos nombres, y noticias superficiales, con errores notables y extrañas equi-

vocaciones. Por ejemplo: dice que el Rey Hixêm II fue depuesto por su primer Hagib, ó Ministro, Almanzor en el año 399. Es notable error y falsedad: porque este célebre Almanzor fue muy leal toda su vida, y la empleó y la perdió por engrandecer el estado de su Rey Hixêm. Y despues de veinte y cinco años de gloriosos servicios y grandes pruebas de acendrada lealtad, murió peleando por su Rey en el año 392: esto es, siete años antes que el Rey Hixêm fuese depuesto, segun el errado cómputo del señor Deguignes. Y otra prueba bien clara de la lealtad de Almanzor es que sus dos hijos le sucedieron en el cargo de Hagib: y sirvieron al Rey Hixêm II con la misma fidelidad, si no con la misma fortuna que su padre.

La historia de los Arabes del señor de Marigni apenas menciona las conquistas de estos en Africa y en España.

En nuestros dias han creido algunos que se podia formar la historia de los Arabes de España sobre los fragmentos históricos que publicó Casiri en su obra de la Biblioteca Escurialense. El Ingles Morphy y nuestro crítico Masdeu lo han hecho asi, sin otra guía. No hablaré del mérito de estas dos obras; pero el amor á la verdad me obliga á decir que los fragmentos traducidos por Casiri han sido para las tinieblas de nuestra historia como la luz de los relámpagos, que deslumbran y desatinan mas que aclaran ó ilustran. Hay en dichos fragmentos frecuentes equivocaciones de personas, lugares y tiempos, que no puede corregir el que no consulte los originales que leyó Casiri, y copió y trasladó con precipitacion, con muchos vacíos, y expresando á las veces cosas muy diversas, y aun contrarias de lo que en ellos se dice. Seria menester un largo discurso para notar tantos errores históricos y cronológicos: bastará en prueba de la verdad apuntar algunos. Dice en la página 65 del tomo 2º que los Beni Alaftas empezaron á dominar en Badajoz, año de la Hegira 561; y que despues estendieron su imperio á Zaragoza y otras ciudades de España. En esto hay notable error; porque la dymnastía de los Beni Alaftas dejó de existir el año de la Hegira 487;

y por consiguiente no pudo principiar setenta y cuatro años despues de su extincion. Tambien es absolutamente incierto que esta familia, que solo dió cuatro Reyes al Algarbe, tuviese dominio en Zaragoza y otras ciudades. Y solo un Labib ben Alaftas, hermano del primer Rey de Badajoz, fué Wali ó Gobernador de Tortosa; pero nunca fueron Reyes en la parte Oriental. En la página 103 nombra cuatro personages, Reyes de España y de Sevilla; los tres primeros de la dymnastía de los Beni Abed, y el cuarto Rey de Sevilla de otra familia diferente. Mas esto es una confusion. El que llama Abu Chaled fue hijo del Rey Abulcasem, pero no llegó á reynar en parte alguna. El Abulcasem es el mismo que Muhamad Almostamed, Rey de Sevilla, á quien sucedió en el reyno su hijo Abu Amru, apellidado Almotamed Bila; y á este su hijo Muhamad, apellidado Almotamed Bila, que fue el último de los Beni Abed, y uno de sus muchos hijos fue el Abu Chaled Jezid el Radhi, á quien su padre dió el gobierno de Algeziras; y fue el que en el año 484 recibió á Juzef cuando vino á auxiliar á los Reyes de España; y luego pasó á Ronda, donde le asesinó Carur, caudillo de los Almoravides. El Abu Muhamad Omar ben Almodafar jamas reynó en Sevilla: fue sucesor de Gehwar en Córdoba, y perdió la ciudad y el estado que ganó el Rey de Sevilla. En la página 104 introduce un Almanzor, Rey de Calat- Hamad (que Casiri traduce Alamedilla); pero no hubo tal cosa ni tal reyno en España. Calat Hamad era un fuerte en el estado de Magreb el Wast, ó medio; esto es, en el reyno de Tunez; y es un absurdo lo de Alamedilla. En la página 112 dice que los Benimerines de Africa principiaron en el año 672 de la Hegira; y es otro error. Segun todos los historiadores los Benimerines principiaron el año 610 de la Hegira en la parte occidental de Africa; y se apoderaron de Fez contra los Almohades: y en 667 ocuparon á Marruecos. Hay en la misma obra equivocaciones no menos extrañas, como el llamar Rey de los Almora-

vides á Jacub Juzef que fue Rey de los Almohades; el confundir á los Walies con los Reyes, á los hijos con los padres, atribuyendo á los unos las acciones y empleos de los otros, como á don Sancho las conquistas del Rey de Granada Muhamad II: equivocar á los Gallos con los Gallegos, la Ciudad de Málaga con la de Ronda, á Cosutia con Ecija, y al Cid Campeador con el Emperador don Alonso, estropeando para esto una relacion muy importante que trae Ben Besam, excelente escritor, á quien copió mal, y no pudo traducir bien. Haciendo de esta manera que desaparezca de la historia arábiga de España el héroe de Castilla, de quien hacen frecuente mencion los autores Arabes; y dando ocasion á los críticos para que miren como fábulas las crónicas enteras, y los famosos hechos del Cid, y hasta su existencia, como si fueran patrañas y consejas, ó como los romances de los doce Pares, ó bandos de Zegries y Abencerrages de Gines Perez de Hita. No basta por cierto el conocimiento de la lengua arábiga sin crítica y erudicion en la historia para hacer útiles y oportunos extractos de los libros en que estan esparcidas las noticias sin órden ni concierto. Un historiador mas moderno suele abreviar ó desfigurar un suceso ó relacion que escribió exactamente otro mas antiguo; y el que sin estudio y justa reflexion extracta á la ligera y copia sin discernimiento está expuesto á incurrir en muy graves errores.

Por lo dicho hasta aqui es fácil conocer que he procurado estudiar cuantos libros y autores han llegado á mi noticia de los que podian tener conexion con mi asunto. Fuerza ha sido examinarlos todos para aprovecharme de sus noticias y compararlas y rectificarlas con imparcialidad. Y lo mismo he hecho con los escritores Arábigos, cuyas obras nombraré despues al dar razon de los manuscritos de que me he valido.

Esta historia de la dominacion de los Árabes en España está compilada de varias memorias y libros arábigos escogidos, antiguos y acreditados; y me he propuesto decir lo que ellos refieren, y lo hago casi siempre

con sus propias palabras fielmente traducidas. Así, al mismo tiempo que se vén los hechos de aquella nacion, se puede conocer el génio y estilo de que usan para historiarlos. He omitido si las referencias tradiccionales en que los Arabes fundan sus narraciones, por escusar la molesta y prolija cadena de sus historiadores, sus nombres, apellidos, patrias y demas circunstancias que expresan ellos á la larga y á cada paso.

Los lectores pues deben ponerse en el caso de leer este libro, cual si estuviera escrito por un autor árabe: porque en efecto es un extracto y traduccion fiel de muchos de ellos. Y asi no deberán estrañar la diferencia notable entre las narraciones de esta historia y las de nuestros libros: ni la poca noticia que se da de nuestros Reyes ó caudillos, de sus proezas y su gobierno. Este libro es como el reverso de nuestra historia, y así como en ella se dice bien poco ó nada de la sucesion y órden de las dymnastías Arábigas y de las costumbres Moriscas, asi en esta se habla muy poco de las de Leon y Castilla. Y si fuese de otro modo deberia parecer increible. Los nombres de Ruderico, Teodomiro, Atanaildo, Alfonso, Ramiro, Ordoño y Veremundo son los únicos que se mencionan en los antiguos libros árabes. Y en los tiempos posteriores los Alfonsos, Fernandos, Garcías, Sanchos, Remondos, Armengaudos, Gacumes, Condes de Barcelona, Ruderico el Campidor, Albarhanis, el Conde de Gomis y Almanrig. En términos que para ellos ha sido tan desconocida y oscura nuestra historia, como para nosotros la suya.

De propósito he conservado en arábigo castellanizadas las terminaciones, y ciertos nombres, dignidades y empleos políticos y militares, que traducidos suelen ofrecer una significacion vaga, y en general menos clara y distinta de la que les conviene en las costumbres arábigas. Asi se hallarán á cada paso Amires, Walies, Wacires, Cadies, Alcaydes, Xeques, Hagibes, Almucademes, Arrayaces, &c, y otros nombres de expediciones y conquistas como Algihe, Algara, que distinguen el intento y fin de la guerra, entrada, tala, correria ó conquis-

ta. Porque los escritores arábigos distinguen con prolijidad ca 'a cosa de estas. Sin embargo procuro que no causen oscuridad en el contexto. Asimismo conservo en los primeros tiempos las deprabaciones que los Arabes hacian de los nombres de nuestras ciudades y provincias: porque esto puede ayudar á conocer los orígenes de muchos de los nombres que ahora tienen y rastrear los primitivos. Tambien algunas veces he usado los nombres que ellos dan á sus horas ó divisiones del dia: como hora de Azohbi, hora del Alba: hora de Adoha, de dia claro: de adohar, al mediodia: alazar, de media tarde: almagrib, á puesta del sol: alatema ó alaxá, al anochecer, al oscurecer, ya entrada la noche; porque esto, una vez entendido, no produce confusion, y expresa sus costumbres religiosas de dividir el tiempo por las horas de sus oraciones ó azalaes.

Como la erudicion y la poesía eran una parte principal de la educacion caballeresca de nuestros Arabes, y sirven tanto para notar su ingenio y sus costumbres, no he querido privar á mi historia de este ornato de gusto arábigo: pues no hay entre ellos historia alguna de mérito que no esté adornada de versos con mas ó menos profusion. Por eso he insertado los que me han parecido mas característicos, y que por lo regular tienen relacion con los sucesos históricos. Aun en esta parte he querido imitarlos en la traduccion, haciéndola en nuestros versos de romance; que es género de composicion la mas usada en la métrica arábiga, de donde procede sin duda. Y los he hecho imprimir como ellos los escriben: porque cada dos versos de nuestros romances equivalen á uno arábigo, que ellos dividen en dos partes. Y asi nuestro primer verso equivale á la primera mitad ó primer emistiquio árabe, que ellos llaman sadrilbait ó entrada del verso. Y nuestro segundo verso al otro emistiquio árabe que llaman ogzilbait ó cabo del verso; y ambos emistiquios son de igual número de sílabas. La cafia ó consonancia está en ogzilbait, ó cabo del verso. De modo que una estrofa de nuestros romances, compuesta de cuatro ver-

sos, corresponde á cuatro emistiquios ó sean dos versos arábigos. He debido notar esto porque no se extrañe la novedad en el modo de imprimir los versos castellanos. Lo he hecho asi porque salte á los ojos esa prueba material del orígen arábigo de nuestra métrica. Cuando pueda publicar una traduccion que tengo hecha de varias poesías árabes, probaré en un discurso preliminar la gran influencia de la poesía arábiga en la castellana.

En todo el discurso de la historia uso de las fechas y años arábigos, y al margen se nota el correspondiente año de Jesucristo. En general se debe tener presente que cada año arábigo coincide con dos de la era cristiana; esto es con algunos meses del principio ó del fin de cada año. No siempre he reducido los meses y dias por evitar esta prolijidad, que por otra parte es negocio facil para quien tenga interes de verificar fechas: sabiendo que el año de los Arabes es lunar, y tiene el año comun 354 dias y el intercalar 355. Por eso sucede que su principio varía, retrocediendo cada año ácia Enero diez dias ú once. Y cuando concurre el año comun árabe con el intercalar nuestro retrocede doce dias. De suerte que en el espacio de 34 años corre el principio de su año por todos nuestros meses. Asi que conviene saber en que dia y mes nuestro principia en cada año el primer mes de los Arabes. El órden de sus meses, que llaman lunas, es el siguiente: Muharram, Safer, Rabié primera, Rabié segunda, Giumada primera, Giumada segunda, Regeb, Xaban, Ramazan, Xawal, Dylcada, Dilhagia. Cada mes se cuenta desde la aparicion de una luna nueva hasta la aparicion de otra nueva luna: y este intervalo nunca excede los treinta dias, ni baja de veinte y nueve; y asi los computan alternadamente. Pero el último mes, Dylhagia, en el año intercalar tiene siempre treinta dias.

Las mas antiguas épocas de los Arabes, dice Homaidi, que fueron tomadas de los acaecimientos memorables ó de las grandes sequías ó de las estraordinarias lluvias. Despues computaron desde la fundacion de la Caaba ó casa cuadrada, que es el templo antiquísimo de la Meca, que

crecn fundado por Abraham ó por Ismael. Luego contaron desde la época de la guerra Etiópica, esto es, de la expedicion del Señor del Elefante, y por eso á esta época llamaban de Alfil ó del Elefante. Por último con ocasion de Mahoma y de su Hegira, fuga ó retirada de Meca á Medina, principiaron á contar por ella; y es el cómputo que siguen. Segun los mas acertados cálculos convienen los cronólogos en que la Hegira principió á 16 de Junio del año 622 de Jesucristo.

En cuanto al estilo en que va escrita esta historia, siendo una traduccion de varios escritores, deberá notarse alguna desigualdad, aunque no tanta á mi entender, que repugne á la índole de nuestro idioma ó á la variedad que permite muy bien la narracion histórica. Pero mi principal conato ha sido el mostrarme fiel y exacto; y dar á la obra el caracter que le corresponde, siendo como es una compilacion arábiga. Otro con mayor inteligencia y manejo en el castellano hubiera hecho en esta parte mucho mas: asi lo confieso, porque asi lo conozco. Pues nuestra rica lengua debe tanto á la arábiga, no solo en palabras, sino en modismos, frases y locuciones metafóricas que puede mirarse en esta parte como un dialecto arábigo aljamiado. El estilo y expresion de la Crónica general de Don Alfonso X, el libro del conde Lucanor, y algunas otras obras del Infante Don Juan Manuel, como la historia de Ultramar estan en sintaxis arábiga; y no las falta sino el sonido material de las palabras para tenerlas por obras escritas en muy propia lengua árabe.

Resta decir y señalar los escritores, y las obras arábigas que me han servido para formar esta historia. Este es un requisito esencial para responder á los lectores de mi buena fe y de mi veracidad: pues no bastaria protestar con palabras la sinceridad de mi ánimo, ageno de la disimulacion y superchería. Y es razon que otros instruidos ya en el árabe, ó que se instruyan en adelante, puedan cotejar los originales, y ponerse en estado de juzgar de mi trabajo y corregir mis yerros é imperfeccio-

nes, ilustrando mas y mas el asunto con utilidad y provecho de todos. Básteme á mí la sola satisfaccion que pueda caverme de haber dado principio á la empresa.

Los manuscritos de que me he valido son los siguientes:

La obra de Abu Abdala Muhamad ben Abi Nasr, el Homaidi de Córdoba, que contiene una breve Crónica de la conquista de España, sucesion de los Amires ó prefectos de ella: la serie de los Beni Omeyas, Reyes de Córdoba; y vidas de varones ilustres de España. Escribia este autor por los años 450 de la Hegira: y continuó esta obra Ahmed ben Yahye ben Ahmed ben Omeira, Eddobi de Mallorca, que llegó hasta el año 560. El Homaidi, ademas de ser harto antiguo, cita á Abdelmelic ben Habib Zalemi, á Abdala ben Junes, á Abdala ben Wahib, á Alaitz ben Saad, y á Abul Casem Abderahman ben Abdala ben Abdelhakem: todos los cuales fueron escritores de los primeros tiempos de los árabes; y trataron de sus conquistas en Occidente. Es un tomo en folio escrito en papel moreno y grueso.

Asimismo me ha servido para los sucesos de la conquista, gobierno de los Walies y Amires, la época de la primera dymnastía, y medios tiempos de la dominacion arábiga, la historia de Aben Alabar, el Codai, Valenciano: y el suplemento á la misma obra de varones ilustres de España y de Africa. Este escritor era muy docto; y extractó y copió mucho de la célebre historia de España de Abu Meruan ben Hayan ben Chalf, el mas diligente y famoso historiador de la dymnastía de los Príncipes Beni Omeyas. Y tambien se sirvió de los anales de Abul Hasan, ben Besam, y de otros autores de menos nombre, entre otros de Iza ben Ahmed ben Muhamad ben Muza el Razif, del Mocri Abu Abdala ben Abdelaziz ben Saad Axati, y de Muhamad Abu Becar ben Jucef ben Casem Xelbi en su historia de Aben Abed, Rey de Sevilla. Y tambien me ha servido un precioso fragmento de historia de España, que hay al fin de este Codice del Codai, en que se refieren la entrada y primer tiempo de los Ara-

bes. En este fragmento se cita á Ahmed ben Abi Alfeyadh. Son tres tomos en folio, escritos en papel; y la copia mas antigua que he visto no pasa de nuestro siglo XV.

Para el medio tiempo de la dominacion arábiga me he valido tambien de la obra de Meraudi, intitulada Prados aureos: pues este célebre y antiguo historiador, que trató de los sucesos de todas las naciones en su tiempo, refiere en unos breves artículos sobre España importantes acaecimientos del año 327 de los Arabes, y la expedicion de Abderraman III, talas y conquistas recíprocas de Zamora por las tropas del Rey de Córdoba, y los Cristianos acaudillados por el Rey Radmir de Galicia. Llegan sus noticias hasta el año de 336, en que florecia este autor: el cual menciona á los Reyes de Galicia Odron y Adfons, esto es, Ordoño y Alfonso de Leon, que ellos comprendian bajo el nombre de Galicia. Son dos tomos en cuarto gruesos, y de mediana antigüedad, copia Africana.

Para los sucesos de la guerra civil, que se suscitó despues de acabada la dymnastía de los Omeyas en España, entre los diferentes Régulos, ó Reyes de Tayfas que ellos decian, independientes y confederados unos contra otros, y que se dividieron las provincias de España, me ha servido la historia de varones ilustres Españoles de Abul Casem Chalaf ben Abdelmelic ben Bascual de Córdoba, que comprende lo acaecido desde el primer siglo de la Hegira hasta el quinto en que vivió el autor. Un tomo en folio, escrito en papel acartonado antiguo.

Por lo que hace á la época de los Moros Almoravides, y de los Almohades me ha servido enteramente la historia de Fez de Abdel Halim de Granada, escritor diligente del año 726, que vió y extractó los principales historiadores de Africa y de España, y muchas veces cita los registros de las cámaras régias, documentos muy auténticos para los sucesos de los Reyes. Es un tomo en cuarto escrito en papel; copia Africana de mediana antigüedad. Este autor en su obra extractó entre otras la de

Aly ben Muhamad ben Aly Zerich ó sea Zara, que dicen otros manuscritos, intitulada libro del Amigo apacible en el jardin del Cartás, de los sucesos de los Reyes de Occidente, é historia de la ciudad de Fez.

En cuanto al último período de la dominacion arábiga he consultado las obras de Lizan-Edin ben Alchatib Asalemaní, Secretario de los Reyes de Granada. Sus principales escritos, y de los que me he aprovechado, son la historia de las dymnastías de Africa y España en verso, y con notas suyas en prosa. La historia de Granada, que intituló Plenilunio de la dymnastía Nasrina en Granada. Y tres tomos en folio de Memorías biográficas. Copias todas de mediana antigüedad.

Asímismo me he valido para las cosas de Granada de la historia de sus Reyes, escrita por Abdala Algiazami de Málaga. Y tambien de la que escribió Ahmed Almaxarsi del reynado del augusto de Granada, el Rey Jucef Abul Hagiag. Y de la de los Beni Merines, escrita en verso y prosa por Ismail ben Jucef, Amir de Málaga, intitulada el Olor de la rosa. Copias todas de poca antigüedad.

He consultado los anales de Abulfeda, los de Xakiki y del Fesani: códices incompletos; pero de harta antigüedad, y los anales de Aben Sohna; copia muy elegante.

He extractado tambien de la obra de Abu Teib de Ronda, que entre las historias y anécdotas de varios poetas, y de Príncipes generosos con ellos, ofrece algunos sucesos, y noticias muy curiosas de nuestros Arabes.

Por último haré mencion de la obra rara de Abdala Aly ben Abderahman ben Huzeil de Granada, que trata de las expediciones sacras, ó guerras contra Cristianos: de arte militar, de hacer frontera, de ardides y estratagemas de guerra, armas, máquinas y caballería. Este autor me ha suministrado muchas noticias de sucesos militares y trances de batallas, que no mencionan otros escritores: y es muy curioso en los usos y costumbres de los Arabes Españoles. Un tomo en folio, escrito en papel moreno y grueso, de harta antigüedad.

La mayor parte de estos manuscritos estan en la biblioteca Real pública de Madrid, y en la del Escorial: y algunos pocos son mios y de mis amigos.

En prueba de mi deseo y eficacia de mejorar mi obra en lo posible, añadiré que en el año de 1807 hice una reverente súplica al señor don Cárlos IV, para que se mandase sacar una copia exacta de un manuscrito arábigo, que existe en la biblioteca Real de París, á fin de aprovecharme de las noticias que contiene. La obra es historia de España y su descripcion, por Ahmed el Mocri Almagrebi. Tuvo la dignacion S. M. de mandar que se hiciese dicha copia, costeando generosamente los gastos. Cuidaron de este trabajo y de su correcion los dos sabios orientalistas franceses, los señores Sacy y Langles: bajo cuya direccion no podia menos de salir la copia con la mayor exactitud. Sabiendo yo que estaba concluido este trabajo insté, y logré que en 1818 se remitiera á Madrid por la embajada de París, á cuyo cargo habia corrido la empresa, y que la habia desempeñado tan completamente. Pero al fin no he podido aprovecharme de esta preciosa copia, ni verla, ni aun indagar su paradero, para indicarlo en provecho de otros que puedan ser mas felices.

Como era preciso guardar órden y método en la larga narracion de esta historia, la he dividido en cuatro partes. La primera trata de la entrada de los Arabes en España, y la sucesion de los Amires ó caudillos de la conquista, dependientes de los Calyfas de Oriente. La segunda contiene el establecimiento de la monarquía de los Beni Omeyas, y la sucesion de estos Reyes. La tercera comprende la guerra civil y division de los reynos en España: venida de los Moros Almoravides y Almohades; y la sucesion de estas dymnastías. Y la cuarta es toda del reyno de Granada: último periodo de la dominacion arábiga en España.

PRIMERA PARTE

DE LA HISTORIA

DE LA DOMINACION DE LOS ÁRABES

EN ESPAÑA.

Es mi ánimo escribir la Historia de la dominacion de los Arabes en España, desde su entrada y conquista de ella: larga série de acaecimientos grandes y de circunstancias memorables, en gran parte desconocidas, mezclada la verdad con tradicionales fábulas, que autorizó el tiempo y la popular ignorancia; pero antes de venir al principio de estas cosas será bien decir de los Arabes qué gente eran, y cuáles sus costumbres: qué causa les movió á salir de los campos del Yemen y conducir las vencedoras insignias del Islam [1] hasta los extremos de Oriente y Occidente, y la opinion y nombre que por sus maravillosas conquistas tenian entonces, para decir despues cómo sojuzgados los moradores de Egipto, de la Cirenaica, los pueblos de la antigua Cartago y de ambas Mauritanias, hasta las últimas tierras donde el sol se pone, pasaron, no sin ventura, á España, y fundaron en ella tan poderoso y floreciente imperio.

---

[1] Islam, así se llama la creencia de los Mahometanos: la voz significa y se declara por confianza, seguridad y resignacion en la voluntad de Dios, manifestada en su Alcoran; y de esta voz nace el llamarse Muslimes los sectarios de Mahoma.

CAPITULO I.

De los antiguos Arabes.

Los Arabes, así llamados de la dilatada region que habitan entre la Persia, la Syria, el Egipto y la Etiopia, eran idólatras antes del tiempo de su famoso legislador Mahomad. Las dos Arabias, la Feliz por su apacible temple y aromas, y la Desierta por sus llanuras de arena menos poblada, eran la region de diferentes cabilas ó tribus, algunas que moraban en poblados, y muchas errantes que vagaban mudando sus tiendas y pabellones á sitios abundantes de yerba y agua para comodidad de los rebaños que pastoreaban, conservando en sus rancherías aquella vida patriarcal que aprendieron de sus abuelos, hijos de Ismaél. Hablar de las costumbres de estos antiguos Arabes será describir las virtudes y los vicios de la infancia de la sociedad. Decia Saad ben Ahmed, que fue Cadí de la ciudad de Toledo, que se deben considerar dos generaciones de Arabes, una que ya pasó y otra de los que todavia restan. Los que acabaron, que eran muchas gentes, como las tribus de Ad, de Themud, Tesm y Jadis, ha mucho que perecieron, y nos faltan sus memorias y los medios de averiguar sus prosapias y descendencias. En cuanto á los que permanecen son dos castas de Cahtan y Adnan, y sus épocas ó estados fueron dos, de ignorancia y de Islam. El estado de los Arabes cuando la ignorancia era célebre entre las naciones por su poderío y sus hazañas: el imperio estaba en la cabila ó tribu de Cahtan, y la principal familia de los Reyes entre los

Homiares: de éstos hubo Reyes, Señores y Tobeos ó sucesores: los otros Arabes en los tiempos de ignorancia eran de dos clases, unos moradores de las ciudades, y otros rústicos pastores: los de las poblaciones vivian de sus labranzas, siembras y plantíos, de la cria de sus ganados, de la industria y tráfico que hacian lejos y fuera de sus pueblos. Los rústicos pastores pasaban su vida en los campos y andaban por los desiertos, y se sustentaban de la leche y de la carne de sus camellos, y se mudaban buscando sitios yerbosos para apacentar sus ganados, y los arroyos manantiales y pozos, y asentaban sus tiendas en valles y sitios de yerba y agua, sin dejar de andar así errantes y vagando: esta era su costumbre en las temporadas de primavera y estío, y á la venida del invierno, cuando ya falta la yerba y frutos al campo se mudaban á las campiñas de Iraca ó Caldea, y á los confines de Syria, y procuraban pasar el tiempo de su mesta ó invernadero con la posible comodidad, llevando con buena paciencia las inclemencias de la estacion.

En cuanto á sus sectas eran diferentes, pues Homiar adoraba al sol, Canenah á la luna, Misam la estrella Aldebaran, Laham y Jedam la estrella de Júpiter, Tay la constelacion de Sohail, Kais la Ashera al Obur, Asad la de Mercurio, Tzaquif un templillo en las alturas de Nahla que se llamaba Alat: entre ellos habia algunos que creian la resurreccion de los muertos, y decian que era conveniente sacrificar su camello ó su caballo sobre su sepultura.... Su sabiduría, y de lo que mas se preciaban, era de saber su lengua y la propiedad de su habla, el hacer versos y

elegantes discursos. Sabian el curso de los astros, su nacer y ponerse, y cuáles eran entre sí opuestos, de manera que cuando el ùno sale el otro se traspone, y cuál trae lluvia, y cuál tiempo sereno; y esto nacia de su continua atencion mirando al cielo de dia y de noche por sus necesidades y manera de vida, que no era por ciencia metódica: de filosofia sabian poco, no lo queria Dios ni los hizo para esto; y este era su estado en tiempo de ignorancia: en tiempo del Islam, esto es bien conocido, y lo diré si Dios quiere.

En los tiempos poco anteriores al Islam los Arabes estaban gobernados por sus Amires ó Reyes de Taifas, esto es, de ciertas tribus que ocupaban alguna comarca, ó vagaban errantes por ellas: como pueblos independientes y vagos, divididos por valles, aduares y pozos, andaban por lo comun en guerras entre sí y con sus vecinos, suscitadas siempre por ligeras causas, querellas y desavenencias de rústicos pastores sobre sus pastos y abrevaderos, robos y venganzas, que fácilmente se terminaban y componian por el consejo y autoridad de sus Amires ó ancianos, que solian ser los mayorales ó caudillos de sus tribus, ó por la mediacion de alguna cabila imparcial. Los mas poderosos Amires ó Reyes de Taifas solian estar protegidos de los Soberanos de Persia, y otros de los Reyes ó Emperadores griegos. Se ocupaban mucho en criar y enseñar caballos, disparar con destreza el arco y manejar con soltura la espada y la lanza, revolviendo con facilidad y gentileza sus caballos, y en esto sobresalían á competencia. Se preciaban principalmente de su antigua nobleza ismaelítica y de su independencia, de la gracia y ele-

gante expresion de su lengua y de sus poesías sublimes y conceptuosas, de su hospitalidad y generosa proteccion.

CAPITULO II.

Del principio del Islam.

Nació Mahomad en Mecca, ciudad del Hegiaz, célebre por su antiguo templo Alharam, frecuentado de todos los pueblos de Oriente desde remotos tiempos y tenido por fundacion de Ismael, y dedicado al verdadero Dios. Era Mahomad de la cabila de Coraix, una de las mas ilustres tribus de Arabia, y de la familia mas noble y principal de ella [1]. Con su ingenio, valor y política acreditó, no sin graves dificultades, entre sus gentes su nueva secta: si alguno duda de su heróico valor y esforzado ánimo, pregúntelo á los campos de Honain, de Bedre y de Ohod. Propuso á los pueblos la creencia y adoracion de un solo Dios todo poderoso y eterno, criador de los cielos y de la tierra, y de cuan-

[1] Su padre se llamó Abdalah, hijo de Abdelmotaleb, hijo de Hasem, hijo de Abdmenaf, hijo de Kosa, hijo de Kelab, hijo de Morra, hijo de Caab, hijo de Lova, hijo de Galeb, hijo de Fehr, hijo de Malec, hijo de Alnadhr, hijo de Kenanah, hijo de Hozaimah, hijo de Modreca, hijo de Alyas, hijo de Modhar, hijo de Nazar, hijo de Maad, hijo de Adnan: su madre se llamó Amina, de la misma tribu. Esta genealogía es cierta segun todos los cronologistas Arabes, que convienen en que Adnan era uno de los descendientes de Ismael.



to hay en ellos: la perfecta resignacion en su divina voluntad, que todo lo tiene dispuesto por sus sabios y eternos decretos, que premia en la otra vida á los buenos en paraísos de delicias inefables, y castiga á los malos en fuego atormentador: ordenó asimismo ciertas prácticas de limpieza y purificacion, y oracion diaria, limosna, ayuno en el mes de Ramazan, y peregrinacion religiosa al templo Alharam.

Logró Mahomad destruir la idolatría de Arabia en poco tiempo: reunió las tribus divididas, inspirando á sus secuaces el fanatismo del Islam y el ardiente deseo de estender su creencia en todo lo descubierto de la tierra. Contaban los Arabes poco antes de Mahomad sus años desde la época de la guerra etiópica, que llamaban la entrada del Señor del Alfil, ó del Elefante [1]; pero despues de la célebre Hegira, fuga ó retirada de Mahomad y de los suyos de Mecca á Medina Yatrib [2], principiaron á contar sus años desde este famoso acaecimiento: tenia entonces Mahomad cincuenta y cuatro años [3], pues habia nacido á la hora del alba del dia martes, ocho

---

[1] En esta guerra acaudillaba á los Arabes Abdelmotaleb, abuelo de Mahoma, que defendió su país y destruyó el ejército del Rey de Etiopia. Las circunstancias de esta guerra, que se menciona en el Alcoran, las escribieron varios autores, y entre ellos con mucha elegancia Jusuf ben Said de Illora en su comentario al poema Elborda, *ms.*

[2] Este era su antiguo nombre: despues se llamó Medinatalnabi, ciudad del Profeta; y por excelencia Medina.

[3] Así dice Tabari; pero en verdad no tenia sino cincuenta años.

de la luna de Rebie primera, correspondiente en los meses de los Cristianos al dia veinte y dos de Nisan, del año ochocientos ochenta y dos de Alejandro: de suerte, que segun los mas acertados cómputos cronológicos principió la cuenta de la Hegira á diez y seis de julio del año seiscientos veinte y dos de nuestro Señor Jesucristo. Año de J. C. 572

CAPITULO III.

De las espediciones militares de los primeros Califas contra Griegos y Persas.

Habia fallecido Mahomad, año 11 de la Hegira en dia lunes á 12 de la Rebie primera, sin dejar declarado sucesor de su imperio, y los principales Muslimes de comun acuerdo nombraron seis electores, que eligieron sucesivamente los cinco primeros Califas ó sucesores de Mahomad. Abu Becre, que fue el primero, no menos celoso que el legislador de propagar 632 la ley alcoránica, se determinó á enviar sus gentes fuera de la Arabia, para llevar á otros pueblos el conocimiento de Dios, y hacerlos tributarios de su imperio. Apaciguadas algunas desavenencias domésticas, y resuelta la espedicion, escribió el Califa una proclama en Medina, y se envió á todas las provincias de Arabia: decia así: "en tu nombre, ó Dios »hacedor de cielos y tierra, Señor misericordioso y »clemente: Abdala Athic ben Abi Cohafa Abu Be»cre, á todos los Muslimes seguidores de la ley de »Dios, salud y prosperidad: loado sea Dios, y en-

»grandezca las perfecciones de su siervo: esta carta »es para que sepais que he determinado enviar á Sy»ria gentes escogidas de vosotros para sacar aquel »país de poder de infieles; y quiero que sepais tam»bien, que trabajando por la propagacion del Islam »obedeceis á Dios, seguis las intenciones del envia»do de Dios, y todos vuestros pasos serán re»compensados del Señor con abundantes premios »en el Paraíso."

Convocados los Arabes para la guerra acudieron sin dilacion y como á porfia de todas las tribus, así los habitantes de las ciudades, como los moradores del campo, atravesando las arenosas llanuras del Hegiaz, dejando sus rancherías y aduares los de los valles del Yemen, y los pastores de las montañas de Oman: cuantos callenta el sol desde la punta septentrional de Belis sobre el Eufrates, hasta el estrecho de Babelmandeb al Mediodia, y desde Basora sobre el Golfo Pérsico á la parte del Oriente, hasta Suez y confines del mar Rojo al Occidente: vinieron muchedumbre sin cuento, todos voluntarios, y pobres todos de armas y vestidos; pero llenos de fervor y religioso zelo: todos alegres y confiados en los venturosos sucesos de las primeras guerras del Profeta, y animados de sus promesas. Se reunieron en poco tiempo innumerables tropas de á pie y de á caballo en Medina, y acamparon al contorno de la ciudad.

Los habitantes de la ciudad salieron todos á presenciar el alarde de estas numerosas huestes; y en presencia de ellas el Califa Abu Becre encargó el mando general de sus huestes á Jezid ben Abi

Sofian, y delante de todos le mandó pasar á la conquista de Syria. Hizo una breve oracion rogando á Dios que amparase á los suyos, y les diese esfuerzo y moderacion, y no los dejase caer en manos de sus enemigos. Despues habló á Iezid en voz alta, que todos oyeron con maravilloso silencio: "Iezid, á tu cuidado confio la expedicion de esta »santa guerra, y te encargo el mando y acaudi»llamiento de nuestra gente: no la oprimas, ni tra»tes con altanería ni aspereza; mira que todos son »Muslimes: entiende que van en tu compañía pru»dentes y esforzados caudillos, consúltalos en las »ocasiones, no presumas demasiado de tu parecer, »aprovéchate de sus consejos, y cuida siempre de »obrar sin precipitacion, no como temerario y sin »juicio. Con todos has de ser justo, que quien no »fuere justo y cabal, no prosperará. A las tropas »dijo: cuando encontreis en la pelea á vuestros ene»migos, haced como buenos Muslimes, acordaos de »ser dignos descendientes de Ismaél: en la ordenan»za y disposicion de las huestes, y en las batallas, »seguid vuestras banderas, seguid y obedeced á vues»tros caudillos: no cedais ni volvais la espalda á »vuestros enemigos, pues peleais por la causa de »Dios, no os lleven otros viles deseos: así nunca »temais entrar en las peleas, ni os espante el ex»cesivo número de los contrarios. Si Dios os die»re la victoria, no abuseis de vuestro vencimien»to ni ensangrenteis vuestras espadas en los rendi»dos, ni en los niños, ni en las mugeres y débi»les ancianos: en las entradas y paso por tierra »de enemigos no hagais talas de árboles, ni des-

»truyais sus palmas y frutales, ni estragueis ni que-»meis sus campos ni sus casas; y de ellos y de »sus ganados tomad cuanto os convenga. No des-»truyais ninguna cosa sin necesidad; ocupad las ciu-»dades y fortalezas, y destruid aquellas que pue-»den ser asilo á vuestros contrarios. Tratad con »piedad á los rendidos y humillados, y así Dios »usará con vosotros de su misericordia. Oprimid á »los soberbios y rebeldes, y á los que sean pérfi-»dos á vuestras condiciones. No haya falsía ni do-»blez en vuestros convenios y tratos con los ene-»migos, y siempre seais con todos fieles, leales y »nobles; y mantened constantes vuestra palabra y »prometimiento. No turbeis la quietud de los mon-»ges y solitarios, ni destruyais sus moradas; pe-»ro tratad con rigor de muerte á los enemigos »que resistan armados las condiciones que les im-»pongamos."

Dividió estas tropas en dos grandes ejércitos: partió el primero á Syria, y dió el mando del segundo á Chalid ben Walid, y con las mismas prevenciones salió para las Iracas y confines de Persia. Hizo Dios venturosas estas expediciones, y dió á los Muslimes repetidas y muy señaladas victorias de los Griegos y Persas. Entraron por fuerza de armas en las ciudades de Tadmor, Hira, Hauran, Bosra, Hémesa, Damasco y Balbec: la fama de estas conquistas infundía general terror en los enemigos, de suerte que ni los mas numerosos ejércitos, ni la fortaleza de las ciudades resistia el ímpetu de las huestes muslímicas. Siempre peleaban con gentes atemorizadas y dispuestas á la fuga; y

por el contrario, los Arabes acometian seguros de la victoria, despreciando los peligros y horrores de las batallas. En el año trece de la Hegira al mismo tiempo que la antigua y populosa ciudad de 634
Damasco se habia entregado á los dos caudillos de las tropas Arabes, Abu Obeida y Chalid, despues de largo y sangriento cerco, el Califa Abu Becre falleció, imperó dos años, tres meses y nueve dias.

Fue elegido por Califa ó Soberano sucesor Omar ben Alchitab, que tambien fue dueño de la fortuna, y quiso Dios que en su tiempo pusiesen los Muslimes sus vencedoras banderas sobre los soberbios alcázares de los poderosos Reyes de Persia, y destruyeron aquella antigua y famosa monarquía. Conquistada toda la Syria, el caudillo Amrû ben Alás entró por órden del Califa en Egipto, el año veinte de la Hegira, y despues de muy gloriosas 640
hazañas se apoderó de la gran ciudad de Alejandría y de todas las otras ciudades de aquella region feracísima, llena de maravillosos monumentos de la sabiduría y del poder de los antiguos Egipcios y Griegos: hizo tributarios 6 millones de Coftos, sin contar los Judíos, que eran muchos. El zelo, la frugalidad y rigorosa disciplina de los caudillos y tropas muslimes hicieron inútiles todos los esfuerzos de los Griegos para oponerse y contener el ímpetu de tan rápidas conquistas. Sería necesario un gran libro para referir las proezas y estraños hechos de armas de algunos esforzados caudillos, aun de los menos famosos.

CAPITULO IV.

Entrada de los Arabes en Africa y conquista de la Cirenaica.

Despues de la muerte del Califa Omar ben Alchi-
643 tab, acaecida en la luna de Dilhagia, año veinte y tres de la Hegira, en el Califado de Otman ben Afan, el año veinte y nueve de la misma entró en Africa el caudillo Abdala ben Saad ben Abi Serah, el Carsi: pocos años despues Moavia ben Horeig Azocuni hizo tres expediciones de conquista en
653 Africa, la primera el año treinta y tres de la Hegira antes de la muerte del Califa Otman, y la segunda y tercera algunos años despues de este Califa. En el año treinta y cuatro entró Moavia con mucha gente ilustre de los Muhageríes y Alansaríes [1], y fue en su compañía el ínclito Abdelmelic ben Meruan, y conquistaron ciudades y grandes alcázares, y la antigua ciudad de Cirene; y allegaron muy grandes riquezas y despojos en aquella tierra. Para que no se cansáran de los afanes de la santa guerra habia cedido el Califa Otman á Moavia ben Horeig y á los demas caudillos el quinto que le pertenecia en los despojos, que era muy grande, para que pudiesen gratificar y premiar á los Muslimes que se distinguian en ocasiones de batallas y en
655 otros servicios de importancia. El año treinta y cinco

[1] Muhageríes, los que salieron con Mahoma en su fuga; y Alansaríes sus auxiliares.

de la Hegira murió el Califa Otman á manos de conspiradores, habiendo reynado cerca de doce años.

En el año cuarenta envió este sabio caudillo al 660
noble Abdelmelic ben Meruan con una poderosa hueste de ochenta mil hombres á Gelula, y la conquistaron, haciendo en esta expedicion admirables proezas; y no fue menos señalado en victorias el año cuarenta y cinco. En el siguiente de cuarenta y seis entró 665
en Africa acaudillando diez mil caballos el famoso Ocba ben Nafe, el Fehri, y recuperó la ciudad de Cirene que habia sacudido el yugo de los Muslimes, confiada en la fortaleza de sus muros y muchedumbre de sus habitantes. En el cerco arruinó Ocba ben Nafe muchos antiguos y grandes edificios que habia en aquella ciudad, que era la principal y cabeza de toda la tierra. Edificó en ella mezquitas, y estableció escuelas para enseñar la lengua y las doctrinas de la ley á los niños y mancebos, que andaban antes perdidos y sin amparo.

CAPITULO V

Conquista de Berbería y fundacion de Cairvan.

Mientras en esto se ocupaba el ínclito Ocba ben Nafe, el Califa Moavia ben Abi Sofian unió el gobierno de Egipto y de Africa, como si fueran dos pequeñas provincias, y dió el mando á Muhegir Dinar, el Ansari. Envidioso este caudillo de la gloria y pública estimacion que merecia Ocba ben Nafe al ejército y á los pueblos escribió contra él al Califa, y por sus artes y sugestiones mandó el Califa á Muhegir

que depusiese á Ocba del gobierno de Cirene. El Wali Muhegir envió á este fin á Muslama ben Machlad, encargándole que le tratase con atencion y mucha honra, porque recelaba que las tropas intentasen alguna resistencia por el mucho amor y respeto que le tenian. Llegó Muslama al campo donde estaba Ocba y le presentó la carta del Califa: mandábale en ella que luego que la recibiese se pusiese en camino y fuese á su presencia: dióle tambien Muslama otra carta del Wali Muhegir que le ordenaba que obedeciese sin excusa alguna, autorizando en ella á Muslama y á los otros caudillos para que le prendiesen si no la obedecía. Partió Ocba sin entrar en su casa, y al llegar á Alcazaralme descansó y hizo allí oracion, y al acabarla dijo en voz alta: Señor Alá, no me quites la vida hasta que manifiestes mi honradez, y me defiendas de Muhegir ben Om Dinar. Cuando llegó esto á noticia del Wali no dejó de temer los efectos de esta oracion.

Cuando entró Ocba en tierra de Egipto le salió á recibir Muslama ben Machlad, que se habia adelantado á Ocba para avisar de su llegada, y con él salieron muchos caballeros y principales caudillos, que le hicieron mucha honra, y le aposentaron y trataron con atencion y respeto. Allí le fue ordenado hacer declaracion de su conducta en el gobierno, de lo que habia hecho y habia mandado hacer, y que diese razon de sus comunicaciones con Muhegir, y de las diferencias que entre ellos habian ocurrido. Salió pocos dias despues para presentarse al Califa Moavia, y cuando le recibió en su corte delante de sus consejeros y caudillos le dijo el noble Ocba ben Nafe: Conquisté pueblos y regiones de infieles, llevando á

ellas el conocimientio de Dios y de su santa ley: edifiqué mansiones y mezquitas; y en premio de estos servicios envias á Abdel Ansar para que me prenda: si esto no es á sin razon, tu justicia lo diga. Moavia le respondió: Ya estoy informado de la causa de estos agravios: ya sé quien es Muhegir, y quien es Ocba. Yo estoy muy contento de tu celo y de tu justo y noble proceder. Ordenó el Califa que volviese á tomar el mando de la conquista; si bien algunos dicen que quien le restituyó al mando fue Iezid, el hijo de Moavia, despues de la muerte de su padre, que acaeció el año sesenta; y esto es lo mas cierto. 679

El Califa Iezid distinguió y honró mucho á Ocba, y le dijo: Ya tienes tu provincia, ve á ella, yo quiero que repares tu agravio. Partió Ocba con mucha diligencia para Africa: durante su ausencia Muhegir, por envidia y ódio á sus cosas y memoria, habia mandado destruir un lugar que Ocba habia cercado, y habia trasladado la poblacion á dos millas de donde pasa el camino para Tunez, y habia mandado edificar y cercar una ciudad allí en Audan, que todavía quedan rastros de ella: destruyó todas las obras de Ocba haciendo salir la gente de Cairvan. Llevaba Ocba la deposicion de Muslama de órden del Califa Iezid, y cuando se la comunicó le mandó quedar en Fustat de Egipto, y esto fue ya entrado el año sesenta y dos. Pasó Ocba en Africa y depuso á Muhegir, y le puso en prisiones. No estrañó Muhegir estas providencias, que ya esperaba despues de la muerte del Califa Moavia su favorecedor. Asimismo mandó Ocba que no siguiese la puebla de Muhegir, y que los moradores tornasen á Cairvan, haciendo de

ella ahora mas cuenta que habia hecho en su anterior gobierno. No falta quien diga que Cairvan fue poblada por el Wali Moavia ben Horeig, que al llegar al sitio de Cairvan de ahora, que era un valle de muy espesa arboleda, acogida de salvages fieras, leones, pardos, tigres y serpientes, dijo con altas voces: Salid de este lugar, fieras que morais en este valle, salid, dejad este bosque y espesa selva; y lo dijo tres veces ó en tres dias, y no quedó allí fiera, leon, onza ó sierpe, que no dejase luego aquel bosque. Mandó á su gente cercarlo de altos muros, y fijó en medio su lanza y les dijo: Este es, este es vuestro Cairvan. Cuando acabó Ocba estas cosas pasó á la conquista de Sûs, llevando consigo en fierros á Muhegir. Sojuzgó aquella tierra, y llegando á la orilla del mar se metió en él con su caballo hasta tocar el agua en las cinchas, y dijo: ¡Oh, Señor Alá! si estas profundas aguas no me detuvieran yo seguiria para llevar mas adelante el conocimiento de tu ley y santo nombre.

Estaba Ocba en Sûs y le avisaron que los Berberíes de Africa se habian rebeladó: dió órden á su hueste, y tornó con mucha diligencia hácia Africa: el caudillo de los Berberíes Aben Cahina, que poco antes huía a los desiertos de las tropas Muslimes, siguió la marcha de la hueste de Ocba, y mataba á los Muslimes que se rezagaban ó salian de sus compañías. Como á su llegada á Cairvan hallase sosegada y allanada la rebelion, dividió Ocba su ejército y lo repartió en las comarcas para mayor comodidad de los pueblos y de su gente. Con un campo volante de caballería corrió Ocba la tierra de Zâb y ocu-

pó un lugar llamado Téhuda: allí fue acometido de innumerable muchedumbre de Berberíes y Cristianos. Dispuso y ordenó su gente en batalla, hizo sus oraciones y exhortó á sus Muslimes á la pelea: mandó quitar las prisiones á Muhegir, que luego vino á su presencia, y le dijo Ocba: Hoy, amigo, es dia de libertad, de martirio y de ganancia, la mas preciosa para los Muslimes; no quiero que pierdas tan buena ocasion: así es la verdad, respondió Muhegir, y te doy gracias porque me concedes esta oportunidad, que cierto deseo la misma ventura. Mandóle Ocba dar un buen caballo y armas; y luego cada uno de ellos rompió la vaina de su espada, y todos los caballeros Muslimes hicieron lo mismo. Trabóse entre ambas huestes atroz pelea, y fue horrible la matanza: casi todos los Muslimes murieron allí como buenos, que rodeados de la multitud de los enemigos muy pocos escaparon. Quedaron prisioneros Muhamad ben Aus, el Ansari, y Iezid ben Chalaf y pocos caballeros mas, que rescató de los enemigos Aben Mesad, Señor de Cafisa, y los envió á Zohair ben Cais, el Balui, que le habia dejado Ocba ben Nafe en el gobierno de Cairvan cuando su salida á la conquista de Sûs, y á Omar ben Aly, el Coreisi, caudillos ambos de valor y de mucha autoridad. Fue esta sangrienta batalla de Téhuda el año sesenta y tres. 682

El Berberí Aben Cahina, muy ufano y envanecido de esta victoria, vino con sus huestes hácia Cairvan: salieron contra él los caudillos Zohair y Omar. Traía el Berberí mas de treinta mil hombres; pero con el favor de Dios vencieron los Muslimes, y huyó

Aben Cahina y los suyos en desórden, perseguidos de siete mil caballos, que era toda la gente de Zohair. Esta victoria animó á los Muslimes, y acreditó mucho mas á este noble caudillo: le escribió Abdelaziz ben Meruan, que era Wali de Egipto, dándole gracias á él y á todo el ejército por su constancia y valor, y á nombre del Califa le encargó el mando de la conquista de Africa, y le envió gente y armas para reforzar aquel ejército, que no podia atender á la conquista y sosegar las inquietudes y revueltas de los Berberíes. Entre tanto Zohair allegó la gente que estaba en Atrabolos, y con esta y la que llegaba de Egipto salió de Barca, donde se habian reunido y se puso en marcha. Cuando llegaron estas tropas á Cunia les salió al encuentro una hueste inumerable que parecia una inundacion. Tubo Zohair consejo con los caudillos y principales caballeros, y dijo á las tropas: O compañías de Muslimes, ya vuestros amigos se os han adelantado, y gozan las delicias del Paraiso: ya otra vez el Señor á quien adoramos os franquea las puertas de la bienaventuranza, asíque no temais el inmenso gentío de estos bárbaros, que hoy peleando como valientes ó tendrémos la apetecida victoria, ó el Paraiso y su triunfal corona. Se opuso á la resolucion de entrar en batalla Abu Sagea, y gran parte de la caballería egipcia siguió á este caudillo, y no qrisieron arriesgarse, y en el momento que Zohair y sus valientes acometian á los enemigos, esta caballería se retiró del campo con precipitada marcha. Los Arabes honrados de Zohair pelearon con maravilloso valor, pero fueron vencidos de los inumerables enemigos, y la hueste de los Muslimes se dis-

persó por diferentes partes, y Zohair con algunos pocos tornó á Barca, año sesenta y cuatro, y mantuvo con mucha constancia aquella frontera. Con esta victoria los Berberíes ocuparon aquella comarca de Cairvan, y se apoderaron tambien de la ciudad.

Con noticia de este desman vino á Africa Abdelmelic ben Meruan, encontró en Barca á Zohair ben Cais, y juntas las tropas de ambos hicieron cruda guerra á los Berberíes, y recuperaron la ciudad de Cairvan, y allanaron aquellas gentes. Continuó gobernando la provincia de Barca el Wali Zohair, y fue muerto en una celada por los Cristianos con muchos de los suyos. Hasan ben Naaman, el Gasani, era Wali de Egipto cuando la muerte de Zohair; y le mandó Abdelmelic que siguiese la conquista de Africa: para esta empresa allegó la gente de aquella frontera, y reunió cuarenta mil hombres de muy escogida gente. Con esta hueste se dirigió contra la ciudad de Cartagena la antigua, que era la principal de Africa, y la cercó y apuró tanto que al cabo de largo sitio la entró por fuerza, destruyó sus muros, mató en ella muchos Cristianos y Griegos que la defendian: muchos de sus habitantes se pasaron á Sicilia y á España, perdiendo sus bienes. En este tiempo vino con gran poder contra él la Reyna de los Berberíes que se llamaba Cahina, que en aquellas partes era muy poderosa: mantuvo la guerra con varia fortuna por algunos años; pero al fin en una sangrienta batalla la vencieron los Muslimes y la hicieron prisionera con los principales de su corte: las tropas que la cautivaron la dejaron con vida por ser muger y Reyna; y la llevaron á presencia del caudillo

Hasan: propuso á Cahina las condiciones que aseguraban la quietud de la tierra, la obediencia y tributos á los Califas, y la exhortó á que siguiese la verdadera creencia: se negó á toda propuesta, y la mandó descabezar, y así se hizo, y puso la cabeza canforada en una preciosa caja, y la envió á Abdelmelic ben Meruân con las nuevas de esta insigne victoria y muy ricos presentes.

Poco tiempo despues escitado de la fama de las grandes riquezas que los Muslimes hallaban en las ciudades de Africa quiso venir á ella el hermano de Abdelmelic, y éste condescendió á su deseo, y lo envió al gobierno de Barca en lugar de Hasan ben Naaman, á quien depuso del mando de aquella provincia. Entró en Africa Abdelaziz ben Meruân, y luego que llegó á Barca despojó al Wali Hasan de cuanto tenia, y lo tomó para sí: Hasan no mucho despues adoleció, y de puro pesar y despecho murió.

CAPITULO VI.

Conquistas de Muza en Almagrêb ó Mauritania.

Por órden del Wali Abdelaziz ben Meruân corría las tierras de Almagrêb el caudillo Muza ben Noseir, y se distinguió mucho su valor y prudencia el año se-
697 tenta y ocho de la Hegira, y adelantó las conquistas á las regiones de Poniente y hasta los desiertos del Mediodia: envió á Abdelaziz ben Meruân muy preciosos despojos, y esclavos y esclavas de mucha hermosura, y muy escogidos caballos, sabiendo su con-

dicion avara. Logró persuadir á los Berberíes, que eran Aulad-Árabi, ó hijos de los Arabes; y tratándolos con blandura, de su propia voluntad pidieron que les diese lugar en sus tropas, y reunió de los mas valientes doce mil del país de Gadam y Zâb. Muy complacido de esto escribió Abdelaziz ben Meruân al Califa celebrando el valor y la prudencia del caudillo Muza ben Noseir, y refiriendo sus grandes servicios.

Venido el año ochenta y tres de la Hegira, bien 702
informado el Califa de las excelentes prendas del caudillo Muza ben Noseir, le dió el mando de las tropas muslimes de Africa y el encargo de la conquista de Almagrêb, y le nombró Amir de Africa: este ínclito capitan fue aquel héroe que entrando en España abrió tan glorioso campo á las victoriosas armas de los Arabes. Para mantener en obediencia los pueblos subyugados, y adelantar sus empresas, allegó numerosas tropas así de Syria y Egipto, como de Barca y de Cartagena la antigua, y del país de los Berberíes. Con estas huestes allanó las tribus rebeladas, venció y apaciguó las belicosas gentes que moraban en Dara, Sahra y Tefilet. Para evitar que estas tribus fuesen incitadas á la rebelion y ayudadas de las de Sûs y otras de los desiertos, envió á su hijo Abdelaziz con diez mil caballos á correr la tierra y mantener frontera contra aquellos pueblos. Era Abdelaziz, aunque muy jóven y en la flor de su edad, muy apacible y de harta prudencia en sus pocos años, y así logró ya con suavidad y persuasion, ya con propio valor, domar aquellas tribus bárbaras y guerreras.

CAPITULO VII.

Imperio del Califa Walid ben Abdelmelic.

705 El año ochenta y seis murio el Califa Abdelmelic, y le sucedió en el imperio su hijo Walid ben Abdelmelic, que confirmó á Muza ben Noseir en el mando de las tropas de Africa y gobierno de ella. Apellidábase el Califa Walid Abulabâs, la madre que le parió se llamaba Abbasia, hija de Alabâs: el tiempo de este Califa fue de los mas venturosos para los Muslimes por las muchas conquistas que hicieron en Grecia y Mawaralnahar: su hermano Muslema, y su sobrino Coteiba hijo de Muslema hicieron muy felices expediciones en Sogda, Fergana, Bochara y Pagras contra los Turcos: Cotaiba entró en Samarcanda y quemó los ídolos que estaban adornados de clavos de oro: hizo paz con ellos y se allanaron á las condiciones del tributo de mil millares de doblas al año. Por otra parte Muhamad el Tsakifi entró en la India y Sindia, y venció al Rey Daharo; y los Muslimes le
705 cortaron la cabeza. En el año ochenta y seis mandó Walid edificar la grande Aljama de Damasco, y siendo necesario el espacio que ocupaba una Iglesia que tenian los Cristianos, les mandó pagar por ella cierta suma de dinero, y como ellos no quisiesen venderla, la mandó derribar de propia autoridad sin darles nada: trabajaban en la obra doce mil pedreros; pero no se acabó este edificio en su tiempo, sino en el de su hermano Suleiman. En-

vió por gobernador de Egipto á su hermano Abdala, que impuso tributo á los Monges de un dinar [1] al año, y este fue el primer tributo que pagaron los Monges.

Con igual ventura hacian la guerra Muza ben Noseir y su hijo Abdelaziz en tierras de Almagrêb, rompiendo las taifas innumerables de los Berberíes á caballo, que intentaban echarlos de su país, sujetaron las principales alcabilas de ellos; y despues de larga y obstinada guerra con los de la tribu Zeneta se avinieron con ellos, y se pacificaron, y tomó Muza rehenes de las tribus moras de Masmuda, Zanhaga, Ketama y Hoara, que eran las mas antiguas y mas numerosas de la tierra. Así él como su hijo Abdelaziz trataban bien y con blandura á los sometidos, y los defendian de las incursiones y algaras de los rebeldes. De esta manera ganaron los ànimos de aquellas gentes bárbaras. Envió Muza á su hijo Meruân á tierra de Tanja [2] para mantener allí frontera, y puso un fuerte presidio en ella de diez mil hombres, todos Arabes y Egipcios, mandados por el caudillo Taric ben Zeyad el Nefeci, que era de su mayor confianza; y éste corria toda la tierra de Algarbe hasta las fuentes del rio Moluya y los montes de Aldaren. Cuidaba con ardiente celo el Wali Muza de instruir á las tribus Berberíes en la ley Alcoránica, que abrazaban sin repugnancia, que así lo queria Dios,

---

[1] Dinar, así llaman la moneda de oro: cada dinar es de valor de veinte dirhames ó monedas de plata.

[2] Tanja, la antigua Tingis, que llamamos Tanger.

porque saliesen de su ignorancia y barbarie, y tambien fue bien recibida de muchos Cristianos infieles, que moraban en Azile, Tetewan y Tanja; pero otros muchos se pasaron á España perdiendo sus bienes, segun las avenencias concertadas en la entrada de sus ciudades. En pocos años toda aquella tierra de Almagrêb quedó sujeta y tributaria, sin deseo ni esperanza de otra mejor suerte.

Despues de la muerte de Abdala puso el Califa Walid por gobernador de Egipto á Corraho ben Xaric, que fue cruel y avaro; pero duró poco tiempo su tiránico gobierno, y respiraron los pueblos que con inhumanidad oprimia y desesperaba: al contrario en Africa los pueblos bendecian el gobierno y la justicia de Muza ben Noseir y de sus hijos, que mandaban en dilatadas provincias. Las tribus Berberíes por la mayor parte habian abrazado el Islam; y siendo naturalmente belicosas é inquietas, seguían voluntarias la vida de los Arabes, y no querian otra ocupacion que la de la guerra. Los moradores pacíficos de las ciudades y de las aldéas, y los del campo, contribuían con sus frutos y ganados, y daban á las huestes muy hermosos caballos, que volaban como águilas en aquellos dilatados desiertos.

CAPITULO VIII.

Propuesta é intentos de pasar á España.

En este tiempo algunos Cristianos de Gezira Alandalus, que es la península de España, ofendidos [1] de su Rey Ruderic, que era Señor de toda España desde la Galia Narbonense hasta dentro de la Mauritania ó tierra de Tanja, vinieron á Muza ben Noseir, y le incitaron á pasar con tropas á España, apartada de Africa por un estrecho de mar llamado Alzacâc, ó de las angosturas: representábanle aquella empresa como fácil y segura, y ofrecieron que le ayudarían en ella con todas sus fuerzas: tanto puede el deseo inconsiderado de venganza. Era Muza emprendedor ambicioso; pero tan prudente como amante de gloria, no despreció la propuesta, y disimuló con ellos algun tiempo sus intenciones: informóse con secreto del estado de España, de su gente y calidad de la tierra, de las divisiones de su gobierno, del poder del Rey, y de los bandos y desavenencias que á la sazon habia en-

---

[1] Debió de ser esta ofensa la de los amores del Rey Don Rodrigo con la Caba, hija del Conde Don Julian, como se refiere en la crónica general que mandó escribir el Rey Don Alfonso el Sabio. Los nombres de la Caba, de su doncella Alifa, y toda la série de este cuento descubre que fue ficcion morisca, fundada en las hablillas y canciones vulgares que corrian entre Moros y Cristianos.

tre sus Señores. Se cuenta que un principal Cristiano de Tanja le refirió con mucha verdad cuanto convenia saber de la condicion y estado de los pueblos, del mal gobierno del Rey Ruderic, de su falta de justicia, y como por esta causa era muy poco amado de sus gentes, que todos le tenian por un injusto usurpador del reyno de los Godos.

Excitaban el ánimo de Muza para emprender esta conquista las apacibles descripciones que hacian de España los moradores de Tanja y otros Africanos: hablaban de su delicioso temperamento, de su claro y sereno cielo, de sus muchas riquezas, de la calidad y virtud maravillosa de sus plantas y frutos, de la sucesiva bondad del tiempo en todas las estaciones, sus oportunas lluvias, sus rios y copiosas fuentes, los magníficos restos de sus antiguos monumentos, sus vastas provincias y muchas y ricas ciudades. En suma, que las amenidades de España no las puede igualar ni expresar el mas elegante discurso, ni en la carrera de sus excelencias hay quien se la adelante, que en esta competencia aventaja á todas las regiones de Oriente y Occidente: que España es Syria en bondad de cielo y tierra, Yemen ó feliz Arabia en su temperamento, India en sus arómas y flores, Hegiâz en sus frutos y producciones, Catay ó China en sus preciosas y abundantes minas, Adena en las utilidades de sus costas: que en ella hay ciudades y magníficos monumentos de sus antiguos Reyes y de los Jonios que fueron siempre pueblo sabio, y que todavía se conservan restos de ellos en España, como de Hércules el grande en la estátua de Gezira

Cadis, y el ídolo de Galicia, y las grandes ruinas de Mérida y Tarracona, que no se ha visto cosa semejante.

Persuadido Muza, y resuelto con la esperanza de tan rica y gloriosa conquista, escribió al Califa y le propuso la importancia de esta empresa: decíale como con ayuda de Dios habia hecho tributarios á los Zenetes y otras tribus Berberíes, de Zâb y Derâr, Sahra, Mazamuda, y Sûs; que los vencedores Muslimes tremolaban las banderas del Islam en las torres de Tanja, que de esta ciudad hasta la opuesta costa de Andalucía, no hay mas que un estrecho de mar de doce millas, que con su licencia y mandamiento haría pasar en España los conquistadores de Africa, para llevar á ella el conocimiento de Dios y la ley alcoránica. El Califa aplaudió este intento, fundado así en las tradiciones que habia del enviado de Dios, que prometia la extension de la ley en el último Occidente, y la conquista de las últimas regiones, como en la confianza de su constante fortuna.

CAPITULO IX.

Entrada de Taric en España.

Habida licencia del Califa, ordenó Muza ben Noseir, que el caudillo Taric ben Zeyad con escogida caballería desembarcase en la opuesta costa de Andalucía, para reconocer la tierra y asegurarse de lo que habia informado el Señor de Tanja. Con ayuda y consejo de éste, pasó Taric con quinien-

tos caballeros Arabes en cuatro barcos grandes de Tanja á Sebta, y de esta á Andalucía, y el paso fue muy venturoso [1]: entraron en su compañía con otros nobles caudillos Abdelmelic el Moaferi de Wasit, que se estableció despues en Gezira Alhadrâ, y Almondar ben Mêasemai de Hemesa y Zaide ben Kesid el Sekseki. Corrieron estos valientes Muslimes aquella tierra de las marismas de Andalucía, tomaron algunos ganados y gente sin que nadie se les opusiese. Con esta presa y feliz suceso tornó Taric á Tanja con sus caballeros, y fueron recibidos con general contento: fue esto en la luna de Ramazan, año noventa y uno.

Consideró Muza esta entrada como feliz presagio de la futura prosperidad de sus armas en España, y con la mayor diligencia y presteza, aderezadas las barcas necesarias para pasar un buen ejército, encargó su mando al caudillo Taric ben Zeyad, dejando en su lugar en el presidio de Tanja á su propio hijo Meruân ben Muza. Todos los Arabes querian pasar á la expedicion, y todo dispuesto atravesaron venturosamente el estrecho, y desembarcaron en Gezira Alhadrâ, la Isla verde, que con su situacion favoreció el desembarco. Opusieron los Cristianos alguna resistencia por impedir el que desembarcáran; pero fueron vencidos y se re-

---

[1] Esta primera entrada ó reconocimiento que hizo Taric en España fue en el mes de julio del año 710: el Edobi maltratado en esta parte de su historia no menciona sino la entrada del año 92, y á éste copiaron los mas de los historiadores Arabes.

tiraron atemorizados. Fortificóse Taric con su gente en el monte de la punta de Gezira Alhadrâ, que desde entonces en honor suyo y para perpetua memoria se llamó Gebal Taric ó monte de Taric, y tambien monte de la Victoria ó Entrada, por la que felizmente se abrió por allí á la conquista de España: fue esto el dia jueves cinco de la luna de Regeb del año noventa y dos, y cuenta Xerif Edris que Taric 711
quemó sus navíos para quitar á sus tropas toda esperanza de fuga: defendian aquel monte y paso mil y setecientos Cristianos mandados por el caudillo Tadmir, que era de los principales caballeros del Rey Ruderic, y con esta gente hubo algunas escaramuzas en los tres primeros dias; pero vencidos y puestos en fuga no osaron ya presentarse contra los Muslimes.

Cuentan que Tadmir escribió entonces á su Rey Ruderic para que le socorriese, diciéndole: "Señor, »aquí han llegado gentes enemigas de la parte de Africa, yo no sé si del cielo ú de la tierra: yo me hallé »acometido de ellos de improviso: resistí con todas »mis fuerzas para defender la entrada; pero me fue »forzoso ceder á la muchedumbre y al ímpetu suyo: »ahora á mi pesar acampan en nuestra tierra: ruegoos, Señor, pues tanto os cumple que vengais á »socorrernos con la mayor diligencia y con cuanta »gente se pueda allegar: venid vos, Señor, en persona, que será lo mejor." Llenó de espanto á Ruderic esta inesperada nueva, y mandó llamar sus gentes de consejo y de guerra, y envió delante de sí la flor de la caballería de los Godos: partió esta hueste con mucha presteza, y se reunió á la que mandaba el

caudillo Tadmir, y se adelantaron contra los Muslimes, y hubo entre ambas huestes algunas sangrientas escaramuzas; pero siempre con notable pérdida y grave daño de los Godos. Mandaba la caballería delantera de los Muslimes Mugueiz el Rumi, insigne caudillo que se habia distinguido en las peleas y conquista de Africa. En tanto Ruderic allegaba sus gentes de todas las provincias, y venia con todo su poder contra los Muslimes: Taric corria la tierra de Algezira y Sidonia, y hasta riberas del Guadiana, difundiendo terror y espanto en aquellos pueblos, que ni tiempo ni ánimo tenian para la defensa. Por todas partes vagaban tropas de caballería que atemorizaban los pueblos, talaban y quemaban los campos.

CAPITULO X.

De la batalla de Guadalete.

Llegó Ruderic á los campos de Sidonia, con un ejército de noventa mil hombres con toda la nobleza de su reyno. No intimidó á Taric esta numerosa hueste, que parecia un mar agitado; pues aunque sus Muslimes eran muy inferiores en el número, tenian gran ventaja en las armas, destreza y valor. Venian los Cristianos armados de lorigas y de perpuntes en la primera y postrera gente, y los otros sin estas defensas, pero armados de lanzas, escudos y espadas, y la otra gente ligera con arcos, saetas, hondas y otras armas, segun su costumbre, hachas y mazas y guadañas cortantes. Los caudillos Arabes reunieron sus banderas, y se congregaron las tropas de

caballería que corrian la tierra. Juntos los Muslimes ordenó Taric sus escuadrones, los preparó y llenó de confianza para dar batalla á los Cristianos. Avistáronse ambas enemigas huestes en los campos que riega el Guadalede un dia domingo, dos dias por andar de la luna del Ramazan. Temblaba debajo de sus pies la tierra y se estremecía, y resonaba el ayre con el estruendo de los atambores y añafires, y con el sonido de guerreras trompas, y con el espantoso alarido de ambas huestes. Acometiéronse con igual ánimo y saña, aunque muy desiguales en número, pues habia cuatro Cristianos para cada Muslim. Principió la batalla al rayar el dia, y se mantuvo con igual constancia por ambas partes, y sin ventaja alguna duró la matanza hasta que la venida de la noche puso treguas á los sangrientos horrores. Pasaron ambas huestes sobre el campo de batalla, y esperaban con impaciencia el punto del alba para renovar la atroz pelea. Venido el dia, con enemigo furor principió la batalla, y el horno del combate permaneció encendido desde la aurora hasta la noche.

Como al tercero dia de la sangrienta lid viese el caudillo Taric, que los Muslimes decaían de ánimo y cedian campo á los Cristianos, se alzó sobre los estribos, y dando aliento á su caballo les dijo: "O Mus»limes, vencedores de Almagrêb, ¿á dónde vais? ¿á »dónde vuestra torpe e inconsiderada fuga? El mar »teneis á las espaldas, y los enemigos delante; no »hay mas remedio que en vuestro valor y en la ayu»da de Dios: haced, caballeros, como veréis que »haré." Y diciendo esto arremetió con su feroz caballo, y atropellando á derecha y á izquierda cuantos

se le ponian delante llegó á las banderas de lòs Cristianos, y conociendo al Rey Ruderic por sus insignias y caballo le acometió y le pasó de una lanzada, y el triste Ruderic cayó muerto, que Dios le mató por su mano, y amparó á los Muslimes: á ejemplo de su caudillo rompieron y desbarataron á los Cristianos, que con la muerte de su Rey y de otros de sus principales caudillos se desordenaron y huyeron llenos de terror. Lor Arabes siguieron el alcance con su caballería, y la espada muslímica se cebó en ellos por mucho espacio, y murieron tantos, que solo sabe cuántos Dios que los crió.: acabóse la batalla y alcance de Guadalede dia cinco de la luna de Xawal, y quedó aquella tierra cubierta de huesos por largo espacio de tiempo.

Tomó Taric la cabeza del Rey Ruderic, y la envió á Muza, dándole parte de sus venturosos sucesos, así en el paso de Alzacâc, como en las victorias sucesivas; y largamente le refirió la sangrienta y peligrosa batalla de Guadalede, en que habia vencido todo el poder del Rey de los Godos y sus numerosas huestes, y le contaba como el Rey entraba en la batalla los primeros dias en un carro bélico, adornado de márfil, tirado de dos robustos mulos blancos, que llevaba su cabeza ceñida de una corona ó diadema de perlas, con una clamide de púrpura bordada de oro: que en el tercero dia de la sangrienta pelea Dios habia dado á sus Muslimes cumplida victoria, y él habia muerto por su mano al Rey Ruderic, cuya cabeza le enviaba. Decíale asimismo los caballeros muslimes que mas se habian señalado en los dias de batalla, y cómo se habia seguido el alcanze otros tres

dias, sin que se alzase la espada de los Muslimes de sobre ellos.

El caudillo que llevó estas nuevas al Wali Muza beń Noseir le dió las cartas de Taric, y de palabra le refirió el suceso del paso del Estrecho para llegar á tierra de España, como habian desembarcado en Gezira Alhadrâ, y á pesar de los Cristianos se habian apoderado del monte grande de Gebal Alfeth, que ya llamaban Gebal Taric del nombre del inclito caudillo que habia derrotado la gente que defendia el paso y monte, en quien esperaban los Cristianos: que allí era su caudillo Tadmir que habia pedido socorro al Rey de los Cristianos Ruderic, informándole de las gentes que habian llegado á sus tierras: que el Rey habia venido en su ayuda con noventa mil Cristianos: que Taric habia salido contra ellos, y que en la delantera de la caballería estaba el caudillo Mugueiz el Rumi, siervo de Walid: que la batalla fue bien mantenida por ambas huestes tres dias; que el tercero vió Taric á cuantos hombres estaban con él: que ya les faltaba esfuerzo, y que les habló á caballo, y los alentó á pelear con valor, y los exhortó á morir peleando como buenos Muslimes, y ofreciendo á todos grandes premios; y que entonces les dijo: "¿Dónde pensais tener asilo? el bravo »mar detrás de vosotros, los fatigados enemigos de»lante: no hay para nosotros mas remedio que valor: »haced como haré yo; Gualá [1] que acometeré á su »Rey, y si no le quito la vida yo moriré á sus ma-

[1] Gualá, es como decir por Dios: se usa para afirmar, negar ó encarecer alguna cosa.

»ños." Que se afirmó en su caballo, y rompiendo los enemigos, como conocia el caballo y las insignias del Rey Ruderic, hizo como decia, y Dios mató á Ruderic por su mano, y despues hicieron cruel matanza en los enemigos, y de los Muslimes no murieron muchos, que los Cristianos huyeron en desórden, y los siguieron tres dias: que Taric mandó cortar la cabeza de Ruderic, y que se la enviaba. Muza oyó estas nuevas con mucho placer, y dijo que enviaría al Califa Walid la cabeza del triste Rey, que tal desgracia aviene á los Reyes que toman lugar señalado en las peleas.

CAPITULO XI.

De la entrada de Muza en España y conquistas de Taric en Andalucía.

Envidioso Muza de las glorias del caudillo Taric, no celebró en su ánimo estos venturosos sucesos como debiera, y luego escribió á Taric que no pasase mas adelante, que le esperase en el lugar que le llegara su órden, para continuar con mas fuerzas y seguridad tan importante empresa: al mismo tiempo envió sus cartas al Califa Walid, dándole cuenta de las victorias alcanzadas en España, diciéndole que las batallas habian sido terribles como el dia del juicio, y envió tambien canforada la cabeza del Rey Ruderic: atribuiase Muza en sus cartas toda la felicidad de esta venturosa expedicion. Luego sin tardanza ordenó las cosas de Africa: allegó tropas, dicen que diez mil caballos y ocho mil peones entre Arabes y Africanos: puso en su lugar para el gobier-

no de Africa en Cairvan á su hijo [1] Abdelaziz, y en la luna de Regeb del año noventa y tres pasó el estrecho del mar, y saltó en España acompañado de sus hijos Abdelola y Meruân, de quien tomó despues nombre el palacio que está al poniente de Córdoba sobre su rio.

Asimismo entraron con Muza en España muchos caballeros de la tribu Coraix y otros Arabes muy principales, como Almonazir, Aly ben Rebie Lahmi, Hayut ben Reja Temami, Hanâs ben Abdala Asenani, que despues fundó la grande Aljama de Saracusta.

Entre tanto que este ejército acampaba en las marismas de Andalucía hácia el Guadiana, Taric con sus vencedores Muslimes corria toda la tierra, llenando de espanto á sus moradores; y lo que no esperaba, le vinieron las cartas de Muza que le ordenaban no pasar adelante hasta que el Wali se juntase con él. Hubo luego su consejo con los principales caudillos, y todos manifestaron disgusto de tan inoportuno mandamiento; ¿cómo era posible detenerse en tan favorable ocasion? Entendió bien Taric de dónde procedia aquella resolucion, y sin manifestar que penetraba la envidia declarada de Muza, dijo á los caudillos, que viesen lo que les parecia conveniente hacer en tan importante ocasion. A todos pareció que no era bien perder tiempo tan precioso: entre otros habló Julian el Cristiano, y aconsejó á Taric diciéndole: "Puesto que ya venciste el grande ejército de los

[1] Dice Alabar que dejó en Africa á su hijo mayor Abdala: Edobi dice que Abdelaziz, y al otro llama Abdelola: el Ifriki dice que tardó Muza cuatro meses en venir á España.

»Godos, y los principales Señores cristianos que asis»tieron con su Rey en la batalla de Guadalede se han »esparcido, no debes perder este tiempo en que to»davia llevan en sus corazones el terror de tus ar»mas: persíguelos ahora sin darles espacio ni lugar; »porque si se recobran, fácil cosa es que se rehagan »y alleguen nuevas gentes, y se concierten y aní»men las atemorizadas tropas: asique sin tardanza »debes penetrar á las provincias y ocupar las princi»pales ciudades, que en siendo dueño de ellas, y en »especial de la capital, ya nada hay que temer."

A todos parecieron bien estas razones, y las esforzaron tanto, que Taric que no deseaba otra cosa, ordenó luego las haces y distribuyó las banderas, y mandó pasar alarde de su hueste, y alabando su valor por lo pasado; y exhortándolos á nuevas victorias, ordenó que las tropas se abstuviesen de ofender á los pueblos pacíficos y desarmados: que solo persiguiesen á los que tuviesen armas, favoreciesen y tomasen parte en la guerra y obstinada defensa del pais: que no robasen ni apañasen despojos sino en campo de batalla, ó en entrada por fuerza en las ciudades enemigas.

Dividió Taric el ejército en tres cuerpos: el primero confió á Mugueiz el Rumi, y lo envió á Córdoba: el segundo encargó á Zayde ben Kesadi el Seksekí para que caminase á tierra de Málaga; y el tercero acaudillado por él mismo partió á lo interior del reyno por tierra de Jayen á Tolaitola [1], que era la

---

[1] Tolaitola, así desfiguraron los Arabes el nombre de Toledo, depravacion de *urbs Toletana*, que oirían á los Cristianos:

capital de los Reyes de España: antes que á ella llegase se le juntó la hueste de Kesadi, que solo halló alguna resistencia delante de Estija; pero las tropas muslimicas vencieron á los Cristianos á vista de su ciudad, y los moradores atemorizados se allanaron á pagar tributo, y tomadas rehenes de los principales de ella continuó el ejército su marcha hasta juntarse con el de Taric, como estaba concertado. Siguieron el ejemplo de Estija las ciudades de Málaga y Elvira. Mugueiz el Rumi acampó delante de la ciudad de Córdoba, muy principal y antigua: envió á decir á los moradores que se rindiesen á las condiciones y seguridades que ofrecia el Islam, que sujetos al tributo estaban seguros en sus personas y en sus posesiones: que el tributo era leve, y el furor y la saña de las tropas vencedoras sería terrible: que no se obstinasen en su resistencia con vanas esperanzas: que hiciesen como otras muchas ciudades que se habian entregado á la generosidad de los Arabes, redimiendo á poca costa el derramamiento de su sangre: que no esperasen socorro de ninguna parte, que ya todo estaba en manos del vencedor. No quisieron dar crédito á estas propuestas, engañados de algunas tropas, restos de la batalla de Guadalede, que se habian refugiado á esta ciudad y confiaban poder defenderla. ¿Pero de qué les servian sus muros ni el valor de sus tropas, si la fortuna estaba declarada contra ellos? Informado Mugueiz de la poca gen-

---

así como de Astigi hicieron Estija por Ezija; y de Caesaragusta Saracusta por Zaragoza; y de Spali Esbilia por Sevilla.

te que defendia la ciudad, y de que la muralla tenia facil entrada por la parte del rio, aprovechando la oscuridad de una lluviosa noche, pasó á nado el rio con mil caballos que llevaban á la grupa mil peones; y con el posible silencio y diligencia se apoderaron de aquella parte de la muralla, y degollando las guardias de aquellas puertas abrieron á los mil caballeros, y se facilitó la entrada á gran parte del ejército, que ocupó la ciudad antes de venir el dia: el gobernador con cuatrocientos hombres se acogió á un templo, y se fortificaron en él: los vecinos imploraron la clemencia del caudillo Mugueiz, y se pusieron bájo la fe y amparo de los Arabes. Mandó Mugueiz combatir el templo, y los Cristianos se defendieron con obstinado valor hasta que todos perecieron peleando. La ciudad se allanó á la condicion del tributo de sangre, y tomó rehenes á su contento; y dejando sosegada la ciudad, y encargado el gobierno de ella á los mas principales, partió de ella con su ejército á correr los pueblos de la comarca, para mantener en ellos el terror de la invasion y de la victoria. Así los enemigos estaban maravillados del valor y ligereza de las tropas árabes, que á un mismo tiempo estaban en diferentes y apartadas provincias.

CAPITULO XII.

De la conquista de Toledo y de sus comarcas.

Llegó Taric á la ciudad Tolaitola, capital de España, ciudad antigua y fuerte, rodeada del rio Ta-

jo, habiéndole precedido la fama de sus rápidas y continuadas victorias y el espanto de las tristes reliquias del derrotado ejército de su Rey Ruderic: el temor de los vencidos en Guadalede ponderaba el valor de las tropas árabes, y acrecentaba sobre la verdad su número y el valor y ligereza de su caballería. Los principales Señores que habian seguido á su Rey en la guerra habian muerto en la batalla, ó andaban errantes y fugitivos: los que habian quedado en la ciudad, con la nueva de la desgracia del ejército y de la direccion de los Muslimes, habian huido con sus familias; de suerte que la ciudad tenia muy poca gente de guerra ni de importancia. Aunque la fortaleza del sitio de la ciudad, que es un alto y escarpado monte ceñido de un rio grande, les podia dar confianza y proporcion para defenderse, faltos de ánimo, de inteligencia y práctica de cosas de guerra, á cabo de pocos dias, faltos de provisiones y de esperanza de ser socorridos, viniérón á tratar sus avenencias con Taric, que los recibió con bondad y firmeza. Concertaron su entrega con estas condiciones: que habian de entregar todas las armas y caballos que hubiese en la ciudad: que se pudiesen retirar libres de la ciudad los que no quisiesen quedar en ella, perdiendo sus bienes: que los que permaneciesen en ella serían dueños pacífica é inviolablemente de sus casas y posesiones: todos sujetos á un moderado tributo gozarían el libre ejercicio de su religion, el uso y conservacion de sus iglesias; pero que no edificarían otras sin licencia del gobierno: que no harían procesiones públicas: que se gober-

narían por sus leyes y jueces; pero nó impedirían ni castigarían al que se quisiese hacer Muslim. Los de la ciudad entregaron armas y rehenes, y entraron algunas tropas y los caudillos árabes en la ciudad.

Ocupó Taric con su guardia el alcázar del Rey, que estaba en una altura sobre el rio: la casa era grande y labrada á maravilla, y en ella halló Taric muchos tesoros y preciosidades. En una apartada estanza del alcázar real encontró veinte y cinco coronas de oro guarnecidas de jacintos y otras piedras preciosas, pues era costumbre que despues de la muerte de cada Rey que reynaba en España se colocaba allí su corona, y escribian en ella el nombre de su dueño, su edad, y los años que habia reynado; y veinte y cinco habian sido los Reyes Godos de España hasta el tiempo de esta conquista.

CAPITULO XIII.

De la conquista de Mérida, y venida de Abdelaziz á España.

Cuando el Wali Muza desembarcó con su ejército en las costas de Algarbe de Andalucía, luego supo que Taric habia continuado la conquista contra su mandamiento: pesóle de ello y se llenó de saña contra él, y propuso en su corazon perderle: se informó del camino que habia llevado, y halló entre los Cristianos guías fieles que le enseñaron la tierra, y nunca le extraviaron ni fueron

pérfidos. Cuando la providencia te pone en la mano la cuerda de la felicidad, todas las criaturas concurren á hacerte feliz, tus mismos enemigos te ayudan; y si se ofrece alguna dificultad, la fortuna cuida de vencerla y de allanarte el paso. Determinó Muza seguir la conquista por partes donde Taric no hubiese estado, y en seguidas marchas corrió la tierra de Esbilia, y delante de esta ciudad y en su comarca estuvo un mes: entregóse la ciudad por avenencia y con las condiciones del Islam, tomó rehenes á su contento, y dejó en ella por gobernador al caudillo Isâ ben Abdila el Towail de Medina, con alguna tropa por la importancia de la poblacion, y asistencia de los Muslimes enfermos. Continuó su marcha, y ocupó de paso la ciudad de Carmuna, que aunque fuerte por su sitio y antiguas murallas, se rindió á ejemplo de Esbilia y otras de Andalucía.

Llevaba Muza en su hueste diez y ocho mil caballos con poca gente de peones, que iba dejando en las ciudades, como para recíproca confianza y seguridad de los rehenes que tomaba en ellas, y por tantear el corazon de los naturales. No halló resistencia en ninguna parte; así inflamado su ánimo y deseoso de nuevas conquistas le pareció campo estrecho el de Andalucía, y pasó á la Lusitania, que es el Algarbe de España. Se le entregaron al paso las ciudades de Libla, Ossonoba, Myrtilis, Beja y otras, y llegó sin dar batalla alguna á la grande ciudad de Mérida. Cuando vió Muza aquella magnífica ciudad dijo á sus caudillos: parece que todos los hombres han reunido su arte y poderío para engrandecer esta ciudad: venturoso el

que logre rendirla. Envió á la ciudad su intimacion para que se sometiesen á las condiciones acostumbradas; pero los de la ciudad, confiados en sus altos y torreados muros, respondieron con altanería y salieron á impedir que los Arabes pusiesen su campo; pero fueron rechazados, y se retiraron á su ciudad.

Viendo Muza que la ciudad era grande y fuerte á maravilla, para combatirla con acierto la rodeó por el contorno de sus muros, y conoció que sería forzoso detenerse en aquella empresa; y para seguir la conquista envió á llamar á su hijo Abdelaziz, para que viniese con mucha diligencia con cuanta gente pudiese allegar, para llevar el terror á todas partes y asegurar la conquista. Entre tanto cada dia daba un recio combate á la ciudad por diferentes partes, y los de ella salian con mucho valor á pelear con los Muslimes; pero se les llevaba y retraía malparados á sus muros, y desde ellos se defendian y hacian harto daño á los cercadores. Habia visto Muza que á cierta distancia de la ciudad estaba una honda caba cortada en peña, y en ella escondió de noche mucha gente de á pie y de á caballo. A la hora del alba, como tenia de costumbre, salió de su campo para combatir los muros, y asimismo los Cristianos, que ya estaban acostumbrados á sus rebatos y alboradas, salieron á estorbar sus combates. Mandó Muza á los Muslimes hacer una bien fingida retirada, de suerte que cargando la gente de los cercados se fueron arredrando los Muslimes ácia su emboscada. Los Cristianos empeñados en la pelea y en seguir á los Arabes con la ventaja que creían obra de su esfuerzo,

llegaron peleando y maltratando á los Muslimes mas adelante de la celada, que estaba al costado de la pelea: de súbito salió aquella gente, y acometió con grande ímpetu y vocería: los Muslimes antes fugitivos hicieron frente á sus contrarios con denodado ánimo, y se trabó una recia pelea que duró muchas horas hasta que los Cristianos acabaron despedazados, que muy pocos escaparon de la muerte; pero vendieron muy caras sus vidas. En adelante los de la ciudad no osaron ya salir á pelear con los Arabes. Como en un asalto hubiesen ocupado los Muslimes una fuerte torre, los Cristianos se esforzaron por echarlos de ella, y pelearon con tan bárbaro valor, que no escapó ninguno de los valientes Muslimes que entraron en ella; y los Arabes la hubieron de perder con gran matanza, y así llamaron despues á aquella torre Borg-Axuhuda, Torre de los Mártires.

Llegó en este tiempo Abdelaziz ben Muza con siete mil caballos africanos, y gran ballestería de los Berberíes: como los de la ciudad viesen que el campo de los Arabes se acrecentaba con nuevas tropas, y que en la ciudad faltaba gente de guerra y escaseaban las provisiones, que esperanza de socorro no habia ninguna, que la gente menuda y la mayor parte del pueblo murmuraba y pedia que se tratase de avenencia. Los principales tuvieron su consejo, y acordaron enviar sus mensageros á pedir paz al caudillo Muza. Fueron presentados en su pabellon, y le vieron con su larga y cana barba muy respetable. Hicieron su propuesta, y Muza les ofreció condiciones mas generosas que las que me-

recia su resistencia: mandóles venir otro dia á la misma hora: aquella tarde acordó Muza con los caudillos muslimes las condiciones que se debian dar á los de la ciudad: aleñó Muza aquella noche su barba y la enrogeció, y cuando venido el dia entraron en su presencia los enviados de Mérida apenas creían que fuese el mismo, y se maravillaron mucho de su barba negra que tiraba á roja: propúsoles sus condiciones, y ellos tornando á la ciudad decian á sus gentes: por ventura pelearéis con hombres que rejuvenecen cuando quieren en su vejez? pues sus Reyes así lo hacen, y nosotros los hemos visto mozos, despues que los habíamos visto canos viejos: asíque salid y conceded cuanto os pidieren si quereis ser salvos. Fueron las condiciones convenidas entre ellos: entregar las armas y caballos, los bienes de los fugitivos de ellos á Galicia, los de los muertos en la celada, los de los que se retirasen de la ciudad, las alhajas y riquezas de los templos, los vecinos seguros en sus personas y en sus bienes, y entregar rehenes á contento de los Muslimes. Entonces abrieron las puertas de la ciudad, y entró Muza en ella dia de Alfitra [1] en principio de Xawal del año noventa y tres, y maravillóse mucho de la grandeza de la ciudad y de sus magníficos edificios: tomó en rehenes la juventud mas principal de la ciudad con la Reyna Goda, muger del Rey Ruderic, y otras gentes y mancebos de la primera nobleza que allí se habian acogido.

En tanto que esto pasaba en la Lusitania, Ta-

---

[1] Alfitra, la Pascua de salida del Ramazan.

ric despues que ocupó los alcázares y fortalezas de Tolaitola, y la aseguró, trató de correr aquella tierra, y perseguir algunas derramadas tropas que andaban en ella. Encontró ciertas compañías de ellas en una ciudad que estaba tras los montes, y la rindió con facilidad, que el temor peleaba por los Muslimes, y no habia entre los Cristianos caudillo que los reuniese ni animase, y por todas partes la gente de armas huía sin confiar en campo ni en poblado. Esta ciudad se llamó entonces la ciudad de Taric, del nombre del caudillo conquistador. Envió desde aquí parte de sus tropas á Tolaitola, y con el resto siguió sus marchas y llegó á Guadilhigiara, y pasó este rio, y tomó el monte, y lo atravesó por un valle que se llamó entonces Feg-Taric de su propio nombre. Ocupó una pequeña ciudad que estaba tras el monte; y como en ella se hallase una preciosa mesa guarnecida de verdes esmeraldas y jacintos, se llamó Medina Almeida, ciudad de la mesa, que decian la mesa de Suleiman. Luego siguió su camino á Medina Maya: en ésta encontró muchas alhajas, oro y piedras preciosas; y cargado de ricos despojos tornó á Tolaitola.

CAPITULO XIV.

De la venida de Muza á Toledo y de las desavenencias de ambos caudillos.

Cuando Muza ben Noseir estaba ocupado en el cerco y conquista de Mérida, la gente menuda del pueblo de Sevilla, con inconsiderada temeridad, aco-

metieron á los Muslimes que allí estaban bien descuidados, y mataron de ellos como treinta hombres; que los demas lograron librarse de sus pérfidos enemigos, y llegaron al ejército de Muza por caminos extraviados. Sin tardanza ordenó el Wali que su hijo Abdelaziz con un cuerpo de caballería muy numeroso partiese para Sevilla, y castigase con severidad á los culpados. La gente principal de la ciudad no habia tenido culpa en aquella inútil temeridad, y cuando llegó la hueste de Abdelaziz querian salir á ofrecerse al caudillo, y escusarse de la alevosía; pero el pueblo mandaba, y cerró las puertas, y quiso defenderse á todo trance. Acometieron los Muslimes con el ardiente deseo de venganza, y forzaron las puertas, y saciaron sus espadas sedientas de vidas, haciendo en el pueblo gran matanza: por desgracia suele ser comun el castigo de la culpa de algunos pocos. Pacificó Abdelaziz la ciudad, y avisó de ello á su padre, que le envió órden para que continuase la conquista á la parte meridional de España.

Dispuestas las cosas de la seguridad y quietud de Mérida, partió Muza con su ejército hácia Tolaitola, tomando al paso por avenencia algunas ciudades, persuadiendo á los pueblos que los Arabes no venian á destruirlos, ni despojarlos, ni quemarles sus campos, é incendiarles sus poblaciones: que no hacian la guerra sino á los rebeldes y obstinados en su vana é inútil resistencia. Ofreciéronse á los Arabes en esta marcha maravillosos puentes, obras de los antiguos Jónios, que nnnca habian visto edificios de igual magnificencia, pues no parecian obras de hombres, sino de Génios divinos: sobre todo, les complacía la

elegancia y la comodidad de los puentes del Tajo y del Guadiana.

Cuando Muza llegó á Medina Talbera, el caudillo Taric que sabia cuán ofendido estaba el Wali de sus buenos sucesos, salió á recibirle sin temor ni desconfianza de quien ha faltado, ni con altanería y orgullo de vana presuncion: para templar su enojo, llevó consigo algunas joyas preciosas, que le habian tocado en la distribucion de los despojos como á principal caudillo de la conquista. Fue Taric á recibirle, y todavia llegó á encontrarle en Talbera. Al presentarse á Muza le dijo este Wali con mucha severidad: ¿por qué no obedeciste mis órdenes? y Taric le respondió con mucha sumision, que por mejor servir la causa del Islam, y por creer que él mismo no podia desear cosa mas acertada; que por lo demas bien sabía que él era hechura suya, y muy su servidor; y con esto le presentó aquellas alhajas, que eran su parte como principal caudillo de la conquista. Luego pasaron á Tolaitola juntos: las tropas acamparon fuera de la ciudad, entraron en ella Muza con Taric y otros caudillos, y subieron al alcázar. Allí, en presencia de todos, le dijo Muza, ¿que dónde estaba la preciosa mesa de Suleyman? y Taric se la dió falta de un pie, diciendo que así se habia encontrado: la tomó Muza, y le dijo: que por su desobediencia en cosa tan grave, confiando mas en la fortuna de las armas muslímicas, que en la prudencia y buen consejo, y en la experiencia de su Wali, que á nombre del Califa le privaba del mando de su ejército que le habia dado. Concluyó Muza dando gracias á los demas caudillos por su valor y zelo en los tra-

bajos y propagacion del Islam. Todos callaron, y solo Taric dijo: Señor, mi deseo fue servir á Dios y al Califa: mi conciencia me absuelve, y espero que nuestro Soberano hará lo mismo, á cuya justicia y amparo me acojo.

Estas razones de Taric no aprovecharon para templar el ánimo llagado de envidia del Wali, antes mas ensañado contra él lo encarceló, y escribió al Califa su desobediencia. Encargó á Mugueiz el mando que antes tenia Taric, y este mismo caudillo fue el único que le habló allí en favor de Taric, y le dijo: que las hazañas y servicios de Taric eran muy públicos y gloriosos, y no merecia, en su dictámen, reprension ni cárcel, sino las mas distinguidas honras: que viese lo que hacia, que Taric tenia muchos amigos en el ejército. Muza no mudó de propósito, y no trataba menos que de hacerle morir.

CAPITULO XV.

De las conquistas de Abdelaziz en tierra de Murcia.

En este tiempo Abdelaziz, despues de aseguradas las ciudades de Andalucía, pasó con su hueste á la parte de España meridional, donde hacia frontera contra los Arabes el caudillo de los Cristianos que se llamaba Tadmir, que era de las principales familias de los Godos, y se llamaba Rey de aquella tierra, que de su propio nombre se conocia por tierra de Tadmir. Era este Príncipe muy esforzado, y se habia distin-

guido en varias ocasiones contra los Muslimes, y en especial manifestó su ánimo y prudencia en la batalla de Guadalede, cuando desbaratados los Cristianos reunió y retiró este Tadmir las reliquias de su gente, y las libró de las espadas de los vencedores. Cuando entendió Tadmir ben Gobdos, que Abdelaziz se encaminaba á sus tierras, salió á defender el paso con las tropas que pudo allegar; y aunque no osaba presentar su gente en campo raso ni venir á batalla con los Arabes, temiendo con razon la ventaja de la caballería, con mucha inteligencia ocupaba los montes y los pasos dificiles, y acometia en los desfiladeros, y en donde con pocos y sueltos incomodaba y hacia grave daño á los escuadrones y tropas numerosas. De esta manera, peleando con varia fortuna, fue avezando á los suyos á pelear y contener el ímpetu de los Arabes. Abdelaziz y su caudillo Habib procuraban todas las ocasiones de dar batalla; pero Tadmir, con mucha destreza y conocimiento de la tierra, las evitaba y salia por donde menos se pensaba. En fuerza de su constancia fueron internándose hasta los campos de Lorca, y aquí lograron dar á los Cristianos una sangrienta batalla, en que los rompieron y desbarataron: la caballería los siguió, alanceándolos con mucha ventaja. Huyeron los Cristianos, y se acogieron á la ciudad de Auriola, única fortaleza en que pudieron ampararse. Viendo Tadmir la pérdida de su gente de pelea, para engañar á los Muslimes, y que creyesen que habia muchas tropas en la ciudad, dispuso que las mugeres se disfrazasen y vistiesen como varones, y subiesen armadas á las torres y muros, con sus cabellos cruzados porque pareciesen barbas.

Este engaño salió bien á Tadmir, y los Arabes pusieron cerco á la ciudad con todas las precauciones convenientes, como suele hacerse delante de una numerosa guarnicion. Dispuso Abdelaziz sus gentes para combatir la ciudad, y entonces salió de ella un caballero enviado de Tadmir, que se acercó y pidió seguro, y le fue concedido. Presentóse á Abdelaziz, que le recibió muy bien, y este mensagero á nombre de Tadmir y de la ciudad pidió seguridad y paz, porque se allanaban á entregarse con buenas condiciones, conforme á la generosidad de los caudillos muslimes y á la nobleza del Príncipe, que las pedia por bien de sus pueblos. Dijo este caballero que venia autorizado á concluir el concierto y avenencia que otorgase; y se escribió en esta forma. Escritura y convenio de paz de Abdelaziz ben Muza ben Noseir, con Tadmir ben Gobdos, Rey de tierra de Tadmir. "En el nombre de Dios, clemente y misericordioso, »Abdelaziz y Tadmir hacen este convenio de paz, »que Dios confirme y proteja: que Tadmir haya el »mando de sus gentes, y no otro de los Cristianos »de su reyno: que no habrá entre ellos guerra, ni se »les tomarán cautivos sus hijos ni mugeres: que no »serán molestados sobre su religion, ni se les incen»diarán sus iglesias, sin otros servicios ni obligacio»nes que las aquí convenidas: que esta avenencia »se entienda tambien sobre siete ciudades Auriola, »Valentila, Lecant, Mula, Bocsara, Ota y Lorca: »que él no recibirá nuestros enemigos, ni nos falta»rá á la fidelidad, ni ocultará trato hostil que entien»da: que él y sus nobles pagarán el servicio de un di»nar ó aureo cada año, y cuatro medidas de trigo,

»y cuatro de cebada, y cuatro de mosto, y cuatro »de vinagre, y cuatro de miel, y cuatro de aceite; y »los siervos ó pecheros la mitad de esto. Fue escrita »en cuatro de Regeb, año noventa y cuatro de la »Hegira. Testificaron sobre esto Otzman ben Abi »Abda, Habib ben Abi Obeida, Edris ben Maicera »y Abulcasim el Mezeli."

Despues que firmaron el convenio, declaró el mensagero de los Cristianos que él era el mismo Tadmir, y Abdelaziz fue muy contento, y se holgó de su franqueza y noble proceder, y le hizo mucha honra, y comieron juntos como si de luengo tiempo fuesen amigos. Tornó Tadmir á la ciudad aquella noche, y ordenó que al dia siguiente á la hora del alba se abriesen todas las puertas de la ciudad; y él con los principales de ella salieron, venida la mañana, á recibir á Abdelaziz, Habib y otros principales Muslimes, que con escogida gente de apie y de acaballo entraron en la ciudad. Maravilláronse mucho de ver en ella tan poca gente de armas, y preguntó Abdelaziz á Tadmir: ¿qué has hecho de tus tropas las que coronaban los azuores ó muros de esta ciudad? y Tadmir le refirió su estratagema, que pareció muy bien á todos. El Cristiano los obsequió tres dias, y luego partió Abdelaziz sin hacer daño ni correr la tierra. Pasó la hueste á las comarcas de las sierras de Segura, y entró en Bazta, y en Acxi, y en Jayen, y en Elvira, y en Garnata, que tenian los Judíos, y en Anticaria, y entró en Málaga y otras ciudades de la costa del mar, sin hallar resistencia en ninguna parte: le acompañaron en esta expedicion los caudillos Otzman ben Abi Obeida el

Carsi, que fue siempre compañero de Muza ben Noseir, su padre, y así fue el primero que confirmó la escritura de paz y convenio con Tadmir ben Gobdos el Cristiano, Rey de la parte oriental de Andalucía: su propio nombre de éste era Obeida: tambien le acompañó Abdala ben Maicera el Fahemi, que asimismo era compañero de Muza ben Noseir, y confirmó la escritura de paz con Tadmir el Cristiano, y Habib, su amigo, hijo de otro amigo de su padre Muza, que confirmó la paz, y Abulcasim el Mezeli y otros mas jóvenes.

En este tiempo llegaron á Muza órdenes del Califa, mandándole restituir á Taric el mando de las tropas que tan gloriosamente habia conducido, diciéndole que no inutilizase una de las mejores espadas del Islam. Aunque á su pesar Muza obedeció, sin manifestar su disgusto, la órden del Califa; le puso en libertad, y aquel dia comieron juntos, y le restituyó en público el mando de sus tropas: fue general el aplauso y alegría de todos los Muslimes, por la satisfaccion dada á tan digno caudillo. Dispuso Muza que luego sin dilacion partiese Taric con su hueste hácia España oriental, y él mismo dió sus órdenes para seguir con su gente la conquista. Mandó que todas las tropas fuesen muy descargadas y á la ligera, la caballería con su piel y saco de provision, y su hortera de cobre, y sus precisas armas, y la infantería sin mas embarazo que las armas. Las provisiones de cada Taifa en acémilas bastantes, divididas por el número de banderas, y estos bagages conducidos por pocos hombres; de suerte, que no se inutilizasen brazos vigorosos para las armas, ni se em-

pleasen aparatos que estorban los progresos de las rápidas marchas, ni gente y bestias sobradas, que solo sirven para consumir las provisiones y forrages de la tierra. Ambos caudillos repitieron á sus tropas la prohibicion de robos y pillage con pena de la vida, solo permitido despues de las batallas en el campo enemigo y en entradas por fuerza de ciudades, cuando les füese dada licencia.

CAPITULO XVI.

Conquistas de Taric en la España Oriental, y de Muza en tierras del Norte de España.

Siguió Taric al Oriente buscando las fuentes del Tajo, atravesó las ásperas sierras de Arcabica, Molina y Segoncia, y descendió á las vegas y campos que riega el rio Ebro. Muza pasó tras las sierras á Sentica y Salmantica, que se entregaron sin resistencia, y allanó la tierra hasta Astorica, y volvió subiendo por las corrientes del rio Duero á la parte oriental de España; y descendiendo al rio Ebro llegó al cerco de Medina Saracusta, que tenia en mucho estrecho el ejército de Taric. Habia ya ocupado esta hueste todas las ciudades de la comarca; pero en esta ciudad se habia reunido mucha gente de toda España: el rigoroso cerco y los combates la tenian ya muy apurada, y cuando llegó Muza decayeron de todo punto de ánimo los Cristianos, y luego salieron á proponer su entrega con

buenas condiciones. Muza sabia que allí estaban depositadas muchas riquezas de todos los pueblos de España oriental; y sabiendo el triste estado en que se hallaban por falta de provisiones, les impuso sobre las condiciones ordinarias una muy grave exaccion, que debian pagar el dia de la entrada en la ciudad: esta era la contribucion de sangre, porque con ella se redimian de las violencias de la espada del vencedor. La necesidad los forzó á todo, y allegaron y recogieron todas las alhajas de los vecinos poderosos y de los templos, para cumplir la gran cuantia que pidió Muza ben Noseir: asimismo tomó rehenes á su contento de la juventud noble de esta ciudad: puso en ella un buen presidio con escogida gente, dando el gobierno á Hanâx ben Abdala Asenani, que poco despues edificó allí una Mezquita magnífica y una principal Aljama.

Continuó el ejército su expedicion, y entró sin resistencia en las ciudades de Wêsca, Turiazona, Calagurra, Ilerda, Taracona, hasta los montes de Afranc: al mismo tiempo que Taric desde los montes descendió por el Ebro á Tortuxa, á Murbiter, á Valencia, Xativa y Denia, que todas se sujetaron á las condiciones del Islam, quedando los moradores, bajo la fe y amparo de los Muslimes, dueños pacíficos de sus bienes. El ejército de Muza ben Noseir puso en obediencia del Islam las ciudades de Barciluna, Gerunda y Empuria, y otras de los montes orientales. Cuenta Novairi que pasó á tierra de Afranc, y ocupó Medina Narbona; y halló allí siete ídolos de plata á caballo, que estaban en un templo. Luego se tornó á España, y caminó

al Guf ó norte de ella hácia Galicia por Asturica, y entró en Lugidania [1], y en todas partes sacó muchas riquezas, que no partía con nadie. Taric en su conquista seguía otra via y otra conducta: los despojos y contribuciones repartía con los Muslimes, sacando el quinto que reservaba para el Califa con mucha justicia; y no comunicaba á Muza sus empresas, sino escribía al Califa, y censuraba la codicia y exaccion del Wali, que era insaciable. Por su parte Muza vituperaba los procedimientos de Taric, y se quejaba al Califa de cuanto perjudicaba á la union de los Muslimes y al ejemplo de subordinacion y buena disciplina la conducta absoluta y la prodigalidad de Taric. De estas quejas infirió el Califa Walid ben Abdelmelic que convenia poner aquella conquista en otras manos, y llamar á Syria á estos dos caudillos.

CAPITULO XVII.

De la partida de Muza y Taric de España para Damasco.

Escribió el Califa sus cartas á Muza y Taric ben Zeyad para que sin dilacion partiesen á Damasco, ordenando á Muza que dejase en el gobierno de España y de Africa personas de confianza. Pesó mucho á Muza de esta determinacion; pero espe-

---

1 Así depravaron el nombre de Lusitania, que fueron despues olvidando.

rando todavía que lograría volver á esta conquista, se dispuso para la partida. Mandó que su hijo Abdelaziz quedase por Amir ó gobernador de España durante su ausencia: encomendó las tropas de frontera al caudillo Naaman ben Abdala, y con una buena compañía de caballos tornó por Toledo á Córdoba y Sevilla, recogiendo al paso los tesoros que tenia allegados: dejó en Sevilla á su hijo Abdelaziz; y para que le ayudase con su prudencia y valor dejó allí en su compañía á su sobrino Ayûb, hijo de su hermana, caudillo muy estimado de todos los Muslimes; y á Isâ ben Abdala el Towail de Medina, su intendente de presas y despojos. Asimismo ordenó Muza, que partiesen con él á Syria cuatrocientos varones de las familias regias godas que tenia en rehenes, que llevaban sobre sus cabezas diademas de oro, y cintos tambien de oro ceñidos. Partió el Wali Muza ben Noseir de España con muchas riquezas que sacó de ella, y aportó en Africa con mucha felicidad. Era en este tiempo Almirante del mar para las comunicaciones y paso de España á Africa Muhamad ben Umên ben Thabita, y fue el que pasó las tropas de Taric y Muza para la conquista, segun cuenta de él Abu Said, autor de la Historia de Egipto; y el año ciento y dos todavía estaba sobre el mar de Tunez, segun Abdala ben Abdelhakem en su historia. Allí mandó que su hijo Abdelola quedase por gobernador de Tanja y de Almagrêb, y en Cairvan otro hijo suyo que se llamaba Meruân, y con las riquezas de estas re-
713 giones de Occidente entró en Syria el año noventa y cinco de la Hegira.

El caudillo Taric, que habia recibido la misma órden del Califa para pasar á Damasco, partió poco antes que Muza, y su hueste quedó encargada á Habib ben Abi Obeida para que hiciese la conquista de Galicia y Lusitania. Cuando Taric llegó á Damasco no estaba allí el Califa, y pasó á Dair Marûn, en donde á la sazon se hallaba: Walid le recibió con mucha honra, y holgó mucho de ver al célebre conquistador de España, y le aseguró que estaba bien persuadido de su buena conducta; pero que habia sido forzoso que viniese para saber de su boca la verdad de sucesos tan importantes, y por evitar otros inconvenientes que podian resultar quedando en Africa ó en España, en donde eran tan poderosos los hijos de Muza, que cierto no era su amigo: dió cuenta Taric de sus hechos todos, y concluyó diciendo: Señor, los Muslimes honrados de tus huestes, que me han conocido en Africa y en España, pueden decirte cuál he sido en todas ocasiones, y aún nuestros enemigos los Cristianos dirán si he sido cobarde, si cruel, si avaro. Quedó Walid muy pagado de las razones de Taric, y le respondió que todo lo sabía, y estaba muy satisfecho de sus buenos servicios.

Entre tanto Abdelaziz que estaba en Sevilla, donde habia puesto la Corte y Aduana [1] de los Ara-

[1] Aduana entre los Arabes es la casa del Senado, ó del Consejo, donde se congregan los Mexewâres ó Consejeros: asimismo daban nuestros Arabes este nombre á la casa donde se llevaba la cuenta y razon de las rentas públicas, y donde se depositaban: entre Turcos todavía se llama Divan el Consejo.

bes, por estar mas cercana á las comunicaciones de Africa, tenia en su compañía una muger Goda que habia sido muger del Rey de España Ruderic, era muy hermosa, se llamaba Ayela, y Abdelaziz la amaba, y la persuadió á que fuese su muger: celebraron sus bodas con grandes fiestas en Sevilla, y fue su nombre Omalisam [1]. Luego partió Abdelaziz para seguir la conquista, y dió sus órdenes á Habib ben Abi Obeida ben Ocba ben Nafe, para que por su parte las adelantase tambien.

Cuando Muza se acercaba á Syria con los despojos y riquezas de España y de Africa, adoleció Walid de grave enfermedad, entónces el hermano de Walid, Suleiman ben Abdelmelic escribió á Muza desde Ramla, donde estába, que se detuviese en el camino y no se presentase hasta que su entrada fuese ya en sus dias, pues su hermano no podia naturalmente convalecer de su grave dolencia. Muza no lo hizo así, y llegó antes de la muerte del Califa: ordenó Walid que ambos caudillos se presentasen á un tiempo, y así lo hicieron; y al ofrecer Muza los tesoros y preciosidades que traía para el Califa, le dió la preciosa mesa verde orlada de jacintos, y le dijo: yo la hallé, Señor; y dijo Taric: no sino yo la hallé, ó Amir de los fieles: replicó Muza que no era verdad lo que decia; y Taric dijo: veamos si la mesa está falta de alguna pieza, y pregúntese al que la trae dónde está; y el que suplirá lo que falta, ese en verdad la halló. Vió el Califa y los presentes la mesa, y

[1] Esto es, la de los preciosos collares.

en lugar del pie que le faltaba habia Muza puesto uno de oro; y dijo Taric al Califa: pregúntale si así la halló, si estaba con ese pie: preguntóselo Walid, y Muza respondió: así la hallé. Entonces Taric sacó el pie propio de la mesa y lo puso en su lugar, que convenia con la labor de los otros, y se maravilló el Califa, y se vió clara la impostura de Muza. Pocos dias despues falleció el Califa Walid de su dolencia, y sucedió en el imperio su hermano Suleiman. Cuenta Aly ben Abderahman ben Hudeil de Granada, que preguntó el Califa Suleiman ben Abdelmelic á Muza ben Noseir cuando se le presentó de vuelta de España: ¿has hallado pueblos muy valientes en tus conquistas? Señor, respondió, muchos mas de los que yo acertaré á describirte: pues dime de los Cristianos, y dijo: son leones en sus castillos, águilas en sus caballos, y mugeres en sus escuadrones de á pie; pero si ven la ocasion la saben aprovechar, y cuando quedan vencidos son cabras en escapar á los montes, que no ven la tierra que pisan. Y díme de los Berberíes; y dijo: son gente muy semejante á los Arabes en acometer, pelear y ayudarse, y en el sufrimiento y en la fisonomía y hospitalidad; pero los mas pérfidos hombres del mundo, no cumplen palabra ni guardan pacto ni fé alguna. ¿Y de los de Afranc qué me dices? Son gente infinita, prontos y animosos en el acometer y pelear; pero medrosos y tímidos en la fuga. ¿Y cómo te ha ido con estas gentes? ¿les has superado, ó te han vencido? Eso no por Alá, ni una bandera me huyó jamas; y los Muslimes mios no han dudado aco-

meterles aunque fuesemos cuarenta contra ochenta: y se complació Suleiman de sus razones. Ofendido éste de la conducta de Muza, lo mandó encarcelar, y lo espuso al Sol, y lo fustigó, y lo multó en cien mil mitcales, otros dicen doscientos mil pesantes.

CAPITULO XVIII.

Del imperio del Califa Suleiman.

Fue jurado Califa ó sucesor del imperio Suleiman, el mismo dia que falleció su hermano Walid: su madre fue Abesa, hija de Alabâs: se apellidó Abu Ayûb: fue su proclamacion á mediada luna de Giumada postrera, año noventa y seis. Su sobrino Coteiba, hijo de Muslema, se intentó rebelar en Corasan; pero los fieles Muslimes le resistieron y le quitaron la vida. Puso Suleiman por Wali de aquellas conquistas á Jezid ben Mahlabi ben Abi Sofra, que adelantó las conquistas al Taberistan y Giorgian, y puso aquellas regiones en tributo y obediencia. Su hermano Muslema llegó contra los Griegos hasta Costantinia, su capital. Habia fallecido el gobernador de Egipto Corraho, y envió en su lugar Suleiman á Asama, que fue muy cruel exactor, y obligaba á los moradores de sus provincias á llevar consigo manxur ó cédula de paso, y para obtenerla pagaba cada uno diez dinares, y el que era hallado sin manxur, albara ó cédula de libre paso, tenia pena de ser marcado con fuego, y así nadie osaba estar sin su manxur hasta que quiso Dios que acabó este cruel Amir. Reparó ó mas bien

714 (margin, beside "mada postrera, año noventa y seis")

hizo construir este Asama la medida de las crecientes del Nilo, porque la que habia antigua en Hulwan se habia arruinado, y con licencia de Suleiman se construyó la que hay en la isla entre el rio de Fostat [1] y el rio de Giza, obra maravillosa que se acabó el año noventa y siete. 715

En España adelantó Abdelaziz la conquista hasta los extremos de Lusitania á la costa del gran mar Occéano, y sus caudillos corrieron toda la tierra Algauf [2], y Pamplona, y montes Albaskenses; y allegaron muchas preciosidades. Ordenó Abdelaziz enviar las rentas de estos pueblos de España á Syria, y noticia del estado de las conquistas: nombró para esto á Muhamad ben Habib ben Abi Obeida el Moaferi, Assama ben Melic el Chulani, y á Ismail ben Abi Abdala de Beni Mahrûm, con otros principales caudillos, en todos diez varones: solian juntarse las rentas de las provincias de España con las de Africa, y en una sola caja debia todo recaudarse por los Mechtisebes ó contadores y recibidores de cada provincia. Allegóse en esta conducta de España inmensa suma, que llevaron á Syria estos diez diputados, y entraron en Damasco el año noventa y siete. Fueron muy bien 715
recibidos del Califa, y mandó volver á España á ocho

---

1 Fostat, esto es pabellon ó tienda de campaña: se dió este nombre á un sitio de la antigua Menfis, donde estuvo acampado Amru ben Alâs, el conquistador de Egipto: luego fue parte del Gran Cairo, segun Edris y Elmacin.

2 Algauf ó Algufia es la parte Norte, Alquibla la de Mediodia, Axarkia la de Oriente, y Algarbe ó Algarbia la de Poniente.

de ellos, otros dicen cinco: de ellos Assama, Ismail, Habib y Naaman, con órden secreta del Califa para que luego que llegasen á Africa depusiesen de sus gobiernos á los hijos de Muza ben Noseir, que estaban en Cairvan y en Tanja: órdenándoles que despues de privados del mando, les quitasen la vida. Lo mismo previno en sus cartas á los cinco principales caudillos de las tropas de España: receloso del poder de la familia de Muza, que consideraba ofendida, no quiso dejar ninguno de ella. Extraño premio dió la suerte á los distinguidos servicios de esta noble gente.

CAPITULO XIX.

De la muerte de Abdelaziz y gobierno de Ayûb.

El primero que abrió y leyó estas crueles órdenes en España fue el fiel amigo de Muza ben Noseir, y compañero de Abdelaziz su hijo, el caudillo Habib ben Obeida el Fehri, y lo mismo se prevenia al caudillo Zeyad ben Nabaa, que era tambien amigo de ambos: quedaron suspensos, y las cartas con el temblor les cayeron de las manos, y dijo Habib: es posible que tanto puede la envidia y enemistad de los contrarios de Muza, que hacen olvidar tan gloriosos servicios, tan felices empresas! Pero Dios es justo, y nos manda obedecer á nuestros Soberanos. Estaba entonces Abdelaziz en una Alquería cerca de Sevilla, que se llamaba Kenisa Rebina, donde habia mandado edificar una mezquita, y en ella se congregaba el

pueblo á la oracion. En esta Alquería pasaba el tiempo con su familia el Wali Abdelaziz. Recelosos los encargados de cumplir las órdenes del Califa, temiendo que las tropas se alborotarían, y defenderían á Abdelaziz, que era muy amado de ellas, para evitar que resultase inquietud ni division entre los Muslimes, acordaron de calumniarlo de mal Muslim, y que por influjo de la muger goda Ayela favorecia mucho á los Cristianos, y aun el vulgo añadió, que su muger queria hacerlo Rey, y que le ceñía diadema, y que los Cristianos confiaban en que por su medio se alzarian con la tierra. Esparcidas estas hablillas entre la gente menuda, y en el vulgo de los Muslimes, ya todo fue fácil, se hicieron públicas las órdenes del Califa, y á todos pareció muy justa providencia, y todos querian tener el mérito de la ejecucion. Con todo eso querian algunos oponerse á esta resolucion, y fue necesaria toda la firmeza y valor del caudillo Zeyad ben Nabigat el Temimi, para contener á las tropas mas afectas á Abdelaziz, que intentaban á todo riesgo defenderlo. Era la hora de la oracion del alba, y estaba Abdelaziz en ella cuando entraron en confuso tropel en su estancia, y lo asesinaron á porfia: cortaron su cabeza, y el cuerpo fue sepultado en el patio de su casa. Hubo algun movimiento y disgusto entre sus guardias y algunos de sus parciales; pero la voz general y la órden del Califa sosegó á todos. Fue la muerte de Abdelaziz en fin del año noventa y siete [1] de la Hegira; y que- 715

[1] Hay algun escritor que dice que fue muerto el año noventa y ocho.

dó España sin Amir ó gobernador nombrado por el Califa cerca de un año. Salieron los comisionados para llevar la cabeza de Abdelaziz al Califa, y partió con ellos Habib ben Obeida el Fehri. Envió en esta misma ocasion Tadmir sus mandaderos al Califa, suplicándole que confirmase los tratados de paz y proteccion que tenia concertados con los Muslimes, y el Califa los mandó guardar, y le alivió los impuestos que antes pagaba; así tornaron muy contentos á España.

Lós caudillos y Muslimes principales tuvieron su consejo, y de comun acuerdo eligieron por Wali ó gobernador interino al caudillo Ayûb, primo hermano del desgraciado Abdelaziz, por su autoridad y general concepto que le daba siempre el primer lugar entre todos los Muslimes de España. Mudó Ayûb la Aduana y Corte de los Arabes de Sevilla á Córdoba, por estar mas en lo interior para atender al gobierno de las demas provincias de España. Ordenadas las cosas de Andalucía, partió con su hueste á visitar la España oriental, y visitó de paso la ciudad de Toledo, y se detuvo en ella oyendo quejas y descargos de los pueblos y de los gobernadores. Pasó los montes y entró en Zaragoza, donde gobernaba Hanâx ben Abdala ben Amru ben Hantala ben Fehid ben Kenan ben Thalbe ben Abdala ben Thamir Asafei el Senani, conquistador de Egipto, de Africa, Almagrêb y de España, en donde hizo grandes proezas, compañero de Muza ben Noseir, habia construido una gran mezquita en Zaragoza: allí murió en este tiempo, y fue enterrado con mucha honra, y su sepulcro y el de Muza ben Aly ben Rebah estan en un mismo si-

tio, á la puerta Alquibla ó del Mediodia, saliendo de la ciudad cerca del muro, y á lado de los sepulcros de ambos está el de Abu Amer Ahmed ben Muhamad ben Derag. Mandó Ayûb reparar las ruinas de una antigua ciudad, y construyó en ella un fuerte que se llamó de su nombre Calat-Ayûb. Pasó á las ciudades del extremo de Afranc, y en esta expedicion aseguró aquellas fronteras de los montes de España oriental.

Cuando los comisionados que llevaban la cabeza de Abdelaziz á Syria, la presentaron al Califa Suleiman canforada y en una preciosa caja, tuvo la crueldad de manifestarla á Muza ben Noseir, que con otros caudillos habian entrado á visitarle; y descubriéndola delante de todos ellos le dijo: ó Muza, ¿conoces esta cabeza? y respondió Muza sinceramente y con indignacion, apartando su cara: sí, bien la conozco, la maldicion de Dios sea sobre quien asesinó á quien era mejor que él: y sin decir otra cosa se salió del palacio lleno de dolor, y luego se partió á Merat Dheran, ó á Wadilcora, y allí falleció de gran melancolía en aquel año de las muertes de sus hijos. Otros dicen que este suceso y su muerte aconteció habiendo salido á la peregrinacion de Mecca con el Califa, el cual falleció tambien poco despues, ya entrado el año noventa y nueve, y Muza ben Noseir al fin del año noventa y ocho. 716

Poco antes de la muerte de este Califa se acabó la obra de la grande Aljama de Damasco, y se gastaron en su fábrica cuarenta cestas de á catorce mil doblas de oro cada una: se pusieron en ella seiscientas lámparas, pendientes de cadenas de oro, y en

tanto el resplandor de sus luces á las horas que se encendian, que no se podia orar: con el humo se oscurecieron, y el Califa Omar las mandó quitar en su tiempo, y puso otras de menos valor, llevando las cadenas de oro al tesoro del estado. Suleiman habia declarado futuro sucesor del imperio á su hijo Ayûb; pero este mancebo falleció poco despues, y declaró para futuro sucesor á Omar ben Abdelaziz ben Meruân. Era el Califa Suleiman muy hermoso; y como cierto dia se mirase á un espejo, diciendo á sus esclavas: yo soy el rey de la juventud, una doncella le dijo estos versos:

Eres bello, ¿quién lo niega? no fuera presuncion vana,
A no tener la hermosura de ser instable la falta:
Esta sola tacha tienes el ser tu belleza humana,
Que pasa cual sombra leve, como flor del campo acaba.

Despues estuvo melancólico algunos dias, y á poco tiempo falleció Suleiman en veinte y uno de Safar
717 año noventa y nueve, en Merg-Dabic de tierra de Kinsarina: imperó dos años y ocho meses.

CAPITULO XX.

Del imperio del Califa Omar ben Abdelaziz, y gobierno de Alhaûr en España.

Sucedió á Suleiman en el imperio su primo Omar ben Abdelaziz: la madre que le parió se llamaba Om-asima, hija del gran Califa Omar I: se apellidó

Abu-Hafas: el primer dia de su mando prohibió la costumbre de maldecir á Aly en los púlpitos de las mezquitas al fin de la oracion pública: esta mala práctica habia desde el tiempo de Moavia ben Abisofian, primer Califa de los Omeyas, que lo mandó en el fervor de sus rivalidades y guerra civil; pero este Omar la prohibió diciendo: Dios manda la justicia y la beneficencia. Sabiendo el Califa Omar las crueles exacciones del Wali de Egipto Asama, envió por Gobernador á Ayûb ben Sarhabil, con órden de enviar preso y encadenado á Asama; y así lo hizo echándole una pesada argolla de hierro al cuello, y murió en el camino de pura fatiga. Mandó Omar que se dejase á los Cristianos en pacífica posesion de sus templos, conforme á las estipulaciones que hubiesen intervenido, sin que ningun Muslim los inquietase con ningun pretesto; y así se observó en todas las provincias. Confirmó en el gobierno de Africa á Jezid ben Abi Muslema, y era parte de su amelia ó gobernacion la España, que encargaba á Walíes de su confianza: éste fue el encargado por Suleiman para deponer de sus gobiernos de Africa á los hijos de Muza ben Noseir, y lo mismo de España, como ya hemos referido; y cuando supo que Ayûb era tambien de la familia de Muza escribió para que dejase el mando, y lo encargó en su lugar á Alhaûr ben Abderraman el Caisi, caudillo muy acreditado en ella. Estas órdenes, y las comunicaciones que se ofrecian entre España y Africa, las conducía el Wali de las naves de España Ayâx ben Xerahil el Homiari. Fue pues Ayûb Amir de España siete meses, y procedió con mucha prudencia en todas las cosas, y como

irreprensible no halló en su conducta donde morder el venenoso diente de la malignidad.

El Amir Alhaûr codicioso de gloria y de riquezas partió á las fronteras de España oriental, y con buena hueste penetró en la Galia Narbonense, que es tierra de Afranc. Conquistó la ciudad de Narbona, y corrió y sojuzgó todas sus comarcas, sacando de ellas muchos tesoros y cautivos, niños y mugeres. Era este Amir duro, inflexible, y tan cruel para los enemigos como para los Muslimes. La mas leve licencia castigaba con pena de la vida, y todos temblaban en su presencia. En tanto que él esparcia el terror de sus algaras en las tierras que riega el rio Garuna al otro lado de los montes de Albortât [1], llegó á España la triste nueva de la muerte del virtuoso Califa Omar ben Abdelaziz, que falleció en
719 Hasira dia veinte y cinco de Regeb año ciento y uno: imperó dos años y cinco meses. Parece fatalidad que persigue á las cosas humanas, que por lo comun los buenos Príncipes duran poco tiempo. Fue llorado aun de los enemigos de su familia, y decia Xarif el Musawi: "ó hijo de Abdelaziz, si humanos ojos debiesen llorar por alguno de los Omeyas, los mios te "hubieran plañido á tí: tú nos libraste de la infamia "de la maldicion, y si posible fuera á tí te libraria de "ella."

[1] Llamaron Gibâl-Albortât, montes de las puertas, á los Pirineos, arabizando el nombre latino bárbaro portas: así nosotros llamamos puertos á las angosturas de los montes y pasos por ellos de unas regiones á otras, como las célebres Termopylas, las puertas Caspias, Cilicias y Armenias.

CAPITULO XXI.

Del imperio del Califa Jezid ben Abdelmelic, y gobierno de Alsama.

Sucedióle en el imperio Jezid, hijo de Abdelmelic y de Atica, hija de Jezid ben Moavia, no por disposicion de su primo el Califa Omar, sino porque así lo habia mandado Suleiman su hermano: fue proclamado el dia que murió el virtuoso Califa Omar, á seis de la luna de Regeb del año ciento y uno. 719
Este mismo año se rebeló en Basra el gobernador Jezid ben Mahlab ben Abi Sofra, se le allegó mucha gente y entró en Cufa; pero el Califa Jezid envió contra él á su hermano Muslema y á su sobrino Abas ben Walid con la gente de Syria: se encontraron ambas huestes, y huyeron derrotados los rebeldes, y el caudillo Jezid cayó en manos de Muslema y le cortó la cabeza, que envió al Califa. Moavia, hijo del rebelde, entró por sorpresa en Wasit y mató al gobernador Adi y á treinta y dos de sus guardias: luego pasó á Basra, y se embarcó y pasó á Candabil en Sindia: Muslema envió contra él á Helal ben Achor el Mazani, que persiguió al rebelde y sus parciales; y habiendo caido en sus manos, los envió al Califa, que los mandó matar con ignominia. Dió Jezid el gobierno de la Iraca y del Corasan á su hermano Muslema. En este año depuso el Califa Jezid del gobierno de Egipto á Ayûb ben Sarhabil, y puso en su lugar á Baxar ben Sefuan el Kelbi; habien-

do éste pasado poco despues á Africa, dió el gobierno de Egipto al hermano de éste, Hantala ben Sefuan.

En España el Amir de ella Alhaûr continuaba sus escursiones, sacando á los pueblos cuanto tenian: en vez de hacer justicia para remediar la opresion y los robos, la hacía para ser solo el cruel exactor: á todos oprimia: á los Cristianos, á los que habian abrazado el Islam, y á los mas antiguos caudillos muslimes, que osaban advertirle del disgusto y escándalo que daba á todos los buenos con su conducta. Encarceló á muchos alcaides y caudillos walíes de provincias, con pretesto de que ocultaban los tesoros y productos de las rentas de sus pueblos. Por esta causa muchos se retiraban de los ejércitos de frontera, y abandonaban la propagacion del Islam. Todas estas cosas fueron representadas con mucha claridad y energía al gobernador de Africa, y éste lo comunicó al Califa, y le envió las cartas que sobre esto le habian escrito el caudillo Ambisa ben Sohim el Kelbi, Naaman ben Abdala el Hadrami, y otros ilustres Muslimes. El Califa mandó que Alhaûr saliese de España, y se encargase del mando de aquella conquista el Wali Alsama ben Melic el Chulani, que acaudillaba parte de aquel ejército: por este medio lograron los pueblos de España verse libres de las vejaciones de tan avaro y cruel Amir. Fue la deposicion y salida de España de Alhaûr ben Abderahman el
721 Caisi, año ciento y tres de la Hegira [1].

[1] El Edobi dice que fue depuesto el año ciento y seis, si no es error de copia, que así me parece.

Sin tardanza partió el Amir Alsama á la frontera de la tierra de Afranc, acompañado de todos los principales caudillos muslimes de España oriental, y con numerosa hueste corrió la comarca de Narbona, Carcaxona y Tolosa, y puso cerco á esta ciudad, la combatió con porfiado empeño, y la tenia ya en grande apuro: las tropas muslimes se preparaban para entrarla por fuerza, cuando llegó aviso al campo de que venia en socorro de los cercados el Señor de Afranc con innumerable gentío. No se atemorizó Alsama con esta nueva: ordenó su batalla y animó sus tropas. La multitud de los enemigos era tanta, que el polvo que levantaban sus pies obscurecía el cielo con densas nubes. Salióles al encuentro el ejército muslime, y los enemigos hicieron igual movimiento: esforzó Alsama á sus caballeros, y les dijo: no temais la multitud que viene, que si Dios está con nosotros ¿quién será contra nosotros? Los dos ejércitos se acometieron con el ímpetu que los torrentes que bajan de las cumbres, y se trabaron con igual ánimo sosteniéndose los unos y los otros como montes: la pelea y matanza fue atroz, y estuvo dudosa la batalla largo tiempo por ambas partes. Corría Alsama á todas partes como bravo leon, y animaba á los suyos en lo mas árduo y sangriento de la matanza: si no se oían sus palabras, se veían sus obras, hazañas increíbles: sus brazos destilaban enemiga sangre que fluía al levantar su espada; pero una enemiga lanza le atravesó por un costado hallándose bien adelante entre sus enemigos, y cayó muerto de su caballo. Este fatal acaecimiento

desmayó á la caballería árabe, y todo el ejército cedió el campo á los enemigos, dejándolo cubierto de cadáveres y bañado en sangre: fue esta cruel batalla dia Attarviya [1] de Dylhagia, luna última
721 del año ciento y tres: murieron en esta batalla muchos principales caudillos del ejército, entre ellos Naaman ben Abdala el Hadrami, que fue de los primeros conquistadores de España. Tambien murió este dia peleando como bueno Naim ben Abderahman ben Moavia el Tegibi, y otros muy nobles caballeros. El ejército muslime se retiró á Narbona; allí los caudillos de la frontera oriental dieron el mando de las tropas á Abderahman ben Abdala el Gafeki, por su valor muy acreditado entre los soldados, así por sus hazañas en diferentes ocasiones, como en especial en esta última batalla, y en la retirada de Tolosa, en que hizo prodigios de valor: tenia ademas una prenda muy de soldado, que era una estremada liberalidad y generoso desprendimiento, que le daba gran opinion entre las tropas, y así todos le amaban, y aplaudieron su eleccion.

Luego que se supo en España este desman, se pusieron en movimiento las tropas muslimes de todas las provincias por órden de Ambisa ben Sohim,

---

[1] Es el dia nueve de esta luna, y por otro nombre se llama dia de Mina, porque en él los peregrinos en la Mecca visitan con varias ceremonias y vanas observancias el valle de Mina, y es dia de ayuno y de gran mérito para los Muslimes, segun su calendario, como si diesen mil caballos para la santa guerra.

que habia quedado encargado del mando por disposicion del Amir Alsama al tiempo de su partida á la frontera. Cuando llegó la nueva al gobernador de Africa aprobó la eleccion de Amir, que habian hecho las tropas de España en el ínclito caudillo Abderahman ben Abdala el Gafeki: y en este mismo año ciento y cuatro dió el Califa el go- 722
bierno de Egipto á su propio hermano Muhamad ben Abdelmelic, que permaneció en él hasta que murió el Califa Jezid en Harran á veinte y cinco de la luna Xaban del año ciento y cinco, habien- 723
do imperado cuatro años y un mes. Fue Jezid muy hermoso y muy dado á sus pasiones, juegos y espectáculos: gastaba mucho con sus esclavas, y tenia dos llamadas Hebaba y Selima, á las que amaba mas que á sí mismo. Habiendo muerto Hebaba, la conservó sin enterrar hasta que ya no pudo sufrir el cadáver: reprendíale su hermano esta debilidad, y le respondió: todos me lo dicen; pero no hay mas remedio en mi pena que la muerte, y por esta yo iré tambien de hoy á mañana á la mansion eterna. Dicen que despues de enterrada, impaciente la sacó del sepulcro, y mirándola lleno de tristeza y como estúpido, murió pocos dias despues, siendo de veinte y nueve años: otros dicen que de treinta y tres.

En España el Amir Abderahman ben Abdala no solo contuvo á los Cristianos de la Galia Narbonense, sino que tambien allanó y sojuzgó á los Cristianos de los montes de Afranc, que se habian rebelado por las ventajas de los de Narbona; y á unos y otros obligó á pagar sus tributos, y hubo

de ellos muchos tesoros y preciosidades en oro, jacintos y esmeraldas; y reservado el quinto para el Califa, todo lo demas repartía entre sus soldados: esta liberalidad hacía que sus tropas le amasen, y para ellas lo mismo eran cuestas que llanos, y en nada hallaban dificultad por servirle.

CAPITULO XXII.

Del imperio del Califa Hixêm, y gobierno de Abderahman y de Ambisa en España.

Sucedió á Jezid en el imperio su hermano Hixêm ben Abdelmelic, su madre fue Fátima, hija de Hixêm el Mahrumi: se apellidó Abulwalid, fue proclamado el dia veinte y cinco de Xaban del año
723 ciento y cinco, el mismo dia de la muerte de su hermano. Estaba en Rusafa entonces, y al instante se vino á Damasco. Depuso del gobierno de Egipto á su hermano Muhamad, y puso en su lugar á su primo Hasan ben Jusuf ben Yahye.

En España envidiaban algunos caudillos la gloriosa fama y popularidad que en ella tenia el Amir Abderahman ben Abdala, y en especial Obeida escribió contra él al gobernador de Africa: no negaba su valor y excelentes prendas militares; pero acusaba su administracion descuidada, y su indiscreta liberalidad, que viciaba las costumbres frugales y sencillas de los Muslimes. El mismo aseguraba que no estaba en su mano dejar de ser tan liberal, y que aunque temblasen cielos y tierra, des-

pues de una victoria, nada negaría á sus soldados. Con tanta diligencia y empeño se hacían estas representaciones contra Abderahman, que lograron que se le reemplazase en el mando y gobierno de España, y se le encargó al caudillo Ambisa ben Sohim el Kelbi, que ademas de sus propios méritos era de la tribu y familia del gobernador de Africa, Baxar ben Hantala ben Sefuan el Kelbi. Era Ambisa caudillo muy estimado por su valor y prudencia, y el depuesto Abderahman de tan noble corazon, que no se ofendió de esto, y se contentó con el antiguo mando de tropas que antes había tenido en España oriental, y cumplimentó y dió su enhorabuena al nuevo Amir Ambisa con muy sinceras expresiones y protestas de amistad.

El Amir Ambisa vino á Córdoba, donde estaba la Aduana de los Arabes de España desde el tiempo de Ayûb, y dispuso y ordenó la recaudacion de las rentas de las provincias, y repartió tierras á los Muslimes sin ofender á los Cristianos; pero aplicó la mayor parte de los valdíos, y todavía quedó mucha de que disponer. Impuso la contribucion de un quinto á los pueblos que se habian conquistado por fuerza, y un diezmo á los que de su voluntad se habian puesto bajo la fe y amparo de los Muslimes. Mandó reedificar el puente de Córdoba, y luego partió á visitar las provincias interiores de España. En todas partes hacía justicia igual con todos, no distinguía del Muslim, ni del Cristiano ni Judío: así era de todos muy respetado. En España oriental se rebelaron algunos pueblos de la comarca de Tarazona: fué á ella con suma diligen-

cia, y entró en la ciudad por fuerza, y arrasó sus muros, y castigó á los fomentadores de la inquietud, y les dobló la contribucion á los pueblos segunda vez sojuzgados. Por medio de sus caudillos hizo entradas en tierra de Afranc, que talaron y robaron la tierra, quemando algunos pueblos, matando hombres y cautivando niños y mugeres: cosas que no aprobaban Ambisa ni los buenos Muslimes, ni les fue fácil remediar, porque la mayor parte decia que era justo y conveniente.

El Califa Hixêm dió el gobierno de las provincias de Africa á Obeida ben Abderahman, sobrino de Abu el Awar el Lahmi, caudillo de la caballería en Safair de Africa; y depuso á Baxar ben Hantala ben Sefuán el Kelbi: sintió esta novedad todo el bando de los Yemaníes, Arabes del Yemen, y entre otros el caudillo Husam Abulchatar, que habia venido á Cairvan, que no tenia muros hasta que se los mandó hacer Baxar ben Sefuan, que cuando llegó Obeida no hizo mas que ponérse la clámide y decir á las gentes: este es vuestro nuevo Amir que viene, y que añadió: no hay gloria ni poderío sino en Dios, y que se retiró del ayuntamiento, y se fué adonde Dios quiso. Luego que tomó Obeida el gobierno hubo grandes revueltas en Africa contra los Kelebíes y otros del Yemen: que todos se disgustaron de la conducta de Obeida, porque tomó los bienes de Baxar ben Sefuan y de sus parciales, y los persiguió, y encarceló á Husam Abulchatar. Ofendido este caudillo de estas injusticias, y de la arbitrariedad del Amir en la distribucion de los despojos tomados á los Berbe-

ries, escribió aquellos célebres versos, que dicen:

Cual si el prado de Rahita nunca de vos fuese visto,
Ni los que allí fueron buenos nunca hubièrades sabido!
Allí nuestro pecho y lanza y de nuestra espada el filo
Vuestro cuello aseguró de los bravos enemigos:
No tuvisteis mas peones ni caballos que los mios.
Y cuando el punto llegó en que nosotros vencimos,
Y os dimos de la victoria los aromáticos vinos,
Ya fuisteis para nosotros sin ojos y sin oidos:
Vos hicisteis vuestro fecho ante nuestros ojos limpios:
Mas como en la lid trabada nosotros en remolino
Los contrarios derrocamos por alzaros al olympo,
Así, no dudeis, tal vez hará fortuna lo mismo,
Y caerá de la alta rueda el pie mas alto subido.

Estos versos que parecian aplicables á las intrigas de Africa, y como si se hubiesen hecho al suceso de la batalla de Merg-Rahita, llegaron á noticia del Califa, y le agradaron cuando los oyó, y preguntó quién los habia compuesto; y habiéndole informado Said ben el Walid el Abrax el Kelbi que eran del caudillo Husam ben Dhirar Abulchatar el Kelbi, no se olvidó de él y le premió oportunamente, como veremos.

En este tiempo los Judíos que habia en España, que eran muchos y muy ricos, así de los antiguos como de los que habian pasado de Africa despues de la entrada de los Muslimes, se alborotaron porque les vino nueva de que en Syria se habia aparecido un cierto Zonaria, impostor, que se decia ser su Mesiah, y Rey prometido que ellos esperan; y todos los

Judíos de España y Galia partieron á Syria, abandonando sus bienes. El Amir Ambisa aplicó todos sus bienes, casas y posesiones al estado. Ordenadas las cosas de España pasó á la frontera de Afranc con numerosa hueste, y corrió y taló toda la tierra de Narbona, y mas adelante de allá del Ródano, tomando muchos despojos y cautivos; y en aquella entrada, peleando valerosamente contra Cristianos, fue herido de muy graves heridas, y á pocos dias despues falleció. Encargó antes de morir el mando de las tropas al Wali Hodeira, para que las acaudillase en tanto que Obeida ben Abderahman el Caisi nombrase Amir de las provincias de España: acaeció su
724 muerte en fin del año ciento y seis.

CAPITULO XXIII.

Elecciones y destituciones de varios Amires de España.

Tenia entonces el gobierno de Africa Obeidala ben el Hagiag, y cuando le comunicaron la muerte de Ambisa ben Sohim nombró por sucesor en el gobierno de España á Yahye ben Zalema, que remplazó á Hodeira ben Abdala el Fehri al principio del año ciento y siete: era Yahye excelente caudillo, tan práctico en las cosas de la guerra como prudente y justo, pero demasiado severo: haciase temer, así de Muslimes como de los Cristianos, por su mucho rigor. Luego pasó á visitar las fronteras y tierra de Alguf y montes Albaskenses, y mientras en esto se

ocupaba, recorriendo los pueblos sojuzgados, los Arabes, descontentos de su severidad, consiguieron del nuevo gobernador de Africa Coltum, que depusiese al Amir Yahye ben Zalema, y encargase el gobierno de España al caudillo Otman ben Abi Neza, que andaba en las fronteras de Afranc, y se distinguía por su mucho valor. Esta novedad fue muy grata á los émulos de Yahye ben Zalema, que eran muchos y poderosos. Tomó el mando Otman año ciento y ocho: en el mismo año que Hasan ben Jusuf ben Yahye, primo del Califa, abdicó su gobierno de Egipto, y puso en su lugar Hixêm á Hafas ben Walid el Hadrami.

Muy pocos meses tuvo el mando el nuevo Amir de España Otman. Los mismos que le habian elevado, poco satisfechos de su correspondencia, y frustrados en sus intentos y vanas esperanzas, llevaron repetidas quejas contra él á Coltum ben Aam, y éste escribió al Califa Hixêm para que nombrase Amir de España al caudillo Hodaifa ben Alhaûs. La inconstancia y venalidad de los que gobernaban en este tiempo en Africa, daba oidos á las impertinentes solicitudes y maquinaciones de los ambiciosos, que aspiraban en España á los cargos y gobiernos. Así fue, que el Amir Hodaifa no tuvo lugar ni espacio para hacer cosa memorable en el corto tiempo de su gobierno, pues á pocos meses creyó el Amir de Africa que era necesario deponerle, y así lo escribió al Califa, dando entre tanto el mando interino á Otman ben Abi Neza el Chemi, año ciento y nueve. No 727
duró á este caudillo el mando lo que él quisiera, pues á los seis meses llegó la provision que hizo el Califa

Hixêm para Amir de España en Alhaitam ben Obeid el Kenani. Este Syro se puso luego en posesion, y principió á descubrir su natural cruel y avaro. Envió á las fronteras de Afranc al caudillo Otman ben Abi Neza [1], y él quedó en Andalucía para oprimir á los pueblos con todo género de vejaciones. Los mas principales Muslimes, viendo su crueldad y condicion avara, procuraron perderle, y tramaron sus conjuraciones; pero descubiertas por Alhaitam se enfureció contra ellos, y con diversos pretestos encarceló á muchos, y les quitó sus bienes, y todavía no satisfecha su venganza contra algunos de ellos les hizo morir con extraños tormentos. Entre los ofendidos y encarcelados estaba uno llamado Zeyad ben Zaide, hombre principal y de grande ingenio: con el favor de sus amigos logró que el Califa leyese sus quejas, y la referencia de las crueldades de Alhaitam, sus exacciones voluntarias, y violentamente sacadas á los pueblos, que los oprimidos eran infinitos, que el descontento y aversion era general, en daño y descrédito grande del gobierno, y de la causa del Islam: concluía diciendo: Señor, vuelve por los tuyos, que al lado de esta tigre no tienen un instante de seguridad. Luego que el Califa Hixêm leyó esta queja mandó que pasase á España Muhamad ben Abdala para averiguar con imparcialidad y discrecion la conducta de Alhaitam, y castigarle como merecían

[1] Este Otman ben Abi Neza es el que en nuestras antiguas crónicas y en las de Francia se llama Munuza: fue fácil depravar el Abu-Neza en Munuza: en algunas copias arábigas se le llama Abu Tezza.



sus excesos, y en tal caso poner en el gobierno de España á la persona de mayor crédito y confianza que hallase entre los caudillos que en ella estaban.

Cuando Muhamad vino á Córdoba averiguó con mucho secreto la conducta, lo que hacia y mandaba el Amir Alhaitam; y no tardó en apurar la verdad de las quejas que contra él habia. Manifestó la carta del Califa, le depuso del mando, y le encarceló despues de haberlo paseado por las plazas y calles sobre un asno por afrenta: confiscó cuanto tenía, puso en libertad á los encarcelados por él sin causa, y de sus tesoros restituyó cuanto éstos alcanzaron á los que él habia despojado. Poco despues le envió á buen recaudo á Africa. Tambien depuso el Califa el año ciento y nueve á Hafas el Hadrami del 727
gobierno de Egipto, y puso en su lugar á Abdelmelic ben Rafie. Dos meses gobernó en España Muhamad ben Abdala, que no tardó mas en tener conocimiento del mérito y valor del caudillo Abderahman ben Abdala el Kelbi el Gafeki, y le nombró Amir de España en virtud de las facultades que tenia del Califa. Todos los Muslimes de España alabaron esta eleccion, y la miraron como el sello de la integridad y justicia de Muhamad ben Abdala: solo quedó ofendido y mal contento el Wali Otman ben Abi Neza, que se creía merecedor de la autoridad de Amir, y desairado en no haberla obtenido. Muhamad ben Abdala se retiró adonde Dios quiso acabada su comision. Esto fue entrado el año ciento y diez de la Hegira.

CAPITULO XXIV.

Gobierno de Abderahman ben Abdala, y muerte de Otman ben Abi Neza.

Abderahman ben Abdala el Gafeki, luego que obtuvo el cargo de Amir de España, hizo una visita de todas sus provincias para deshacer las injusticias que se habian introducido en el tiempo de Alhaitam. Oia las quejas de los pueblos con afabilidad, y con igual interés por los Muslimes que por los Cristianos: removía de sus alcaidías á los que habian sido injustos opresores de sus pueblos: ponia gente de conocida providad; y á todos guardaba sus derechos. Restituyó á los Cristianos las iglesias que les habian quitado, conforme á las estipulaciones de la conquista: destruyó las que se habian levantado en algunos pueblos por connivencia interesada de algunos gobernadores. Entre tanto no dejaba de solicitar que se re-
731 forzase el ejército de España con nuevas tropas de Egipto y de Africa; y á este fin escribió muchas veces al gobernador de Africa. Empleó los dos primeros años de su gobierno en reconocer y visitar las provincias interiores de España; y habiendo llegado de Africa numerosas tropas escogidas y voluntarias, que envió Coltum el año ciento y trece, Abderahman, que no las queria tener ociosas, las dirigió á la parte oriental de España. Insaciable de gloria, que parece que no tenia la vida sino para esponerla intrépido á los mayores peligros de armas y combates, meditó hacer una

expedicion en tierras de Afranc, y ordenó á los caudillos de las fronteras allegar una poderosa hueste.

Mandaba en la frontera de los montes de Albortât, en confines de tierra de Afranc, el caudillo Otman ben Abi Neza, hombre de valor y de nobles prendas; pero émulo de la reputacion y gloria de Abderahman, y envidioso ahora de su autoridad: este caudillo en una cabalgada que habia hecho en tierra de Afranc cautivó una doncella, hija del Conde [1] de aquella comarca: por sus amores con esta Cristiana tenia concertadas paces por cierto tiempo con los Cristianos. Cuando entendió la determinacion del Amir Abderahman le escribió disuadiéndole del intento de la expedicion en aquella frontera, por las treguas que tenia concertadas con el Conde de aquel pais, que no era justo atropellarlas. Pesóle mucho de esto á Abderahman, y como algunos le informasen de todo lo que pasaba, y del verdadero motivo de estas avenencias y amistad de Otman con los Cristianos, diciendo que no debia haber otorgado estas treguas sin licencia del Amir, pues las habia concertado despues de la eleccion de Abderahman; en suma que no debia suspenderse la expedicion: escribióle el Amir con gran enojo, y le decia: que sus avenencias otorgadas sin su conocimiento y permiso no valian: que lo manifestase así á los Cristianos de su frontera, y estuviese prevenido con su gente para la

---

[1] Este Conde, cuyo nombre no mencionan los libros arábigos, era Eudon, Duque Soberano de Aquitania, de la estirpe de los antiguos Reyes Merovingianos: las crónicas francesas dicen que su hija la esposa de Munuza se llamaba Lampegia.

entrada: que entre los Muslimes y los de Afranc no habia ya mas razon que la espada. Otman, que en su corazon aborrecía al Amir, viéndose desairado y atropelladas sus treguas avisó al Conde que se apercibiese para defender sus tierras; que por él no faltaba á la tregua, ni por su persona pelearía nunca contra él. Todo esto fue comunicado al Amir Abderahman, que sin dilacion envió á Gedhi ben Zeyan con tropas para que se asegurasen de cuanto hiciera el caudillo Otman, y si hiciese algun movimiento en favor de los Cristianos que le prendiesen y matasen. La llegada de los adalides y campeadores de Gedhi ben Zeyan á la ciudad de Albàb [1], donde estaba Otman, fue tan improviso que no tuvo tiempo este caudillo sino para huir con su familia. Entró Gedhi en la ciudad, y sabiendo que en ella no se ocultaba mandó seguirle por los pasos mas dificiles de los montes. Descansaba Otman con su amada cautiva por hallarse muy fatigados del camino y del ardor del Sol, y reposaban á par de una fuente, que de unas altas quebradas se derrumbaba, formando en el valle un verde y florido prado: allí estaba Otman mas cuidadoso de su cautiva que de su propia vida, y aunque hombre tan animoso, temblaba entonces aun del ruido del agua que se precipitaba en-

---

[1] El nombre de Medina Albáb es en castellano Ciudad de la Puerta ó del Puerto: varios escritores árabes llaman á los Pirinéos montes Albortât, por ser los puertos ó puertas para entrar en Francia por los estrechos valles del Pirinéo: tal vez esta ciudad estuvo donde Puicerdá. El Pacense la llama Castrum Libiae in Cerritania.

tre las peñas. Parecióles á los de su familia que oían el paso de los que los perseguían, y no fue vano el recelo de sus corazones, que de improviso fueron rodeados de los de Gedhi: todos los suyos huyeron, que el temor les puso alas en aquella ocasion: buscaba Otman algun lugar donde ocultar su cautiva, cuando se vió por todas partes acometido de soldados: intentó en vano defenderla con su espada como si todo su valor y esfuerzo bastára contra tantos; pero fue herido de muchas lanzas, y allí espiró el triste. Apoderados de la Cristiana cortaron la cabeza al desangrado cuerpo de Otman. Cuando Gedhi presentó la cautiva y la cabeza á Abderahman, dijo el Amir: Gualá, que tan preciosa caza no se hizo nunca en estos montes! y mandó cuidar con mucho esmero aquella doncella, para enviarla á Damasco.

CAPITULO XXV.

Expedicion de Abderahman á las Galias.

En este mismo tiempo conquistó Muslema, hermano del Califa, algunas tierras de los Turcos; y sus dos hijos Moavia ben Hixêm y Suleiman ben Hixêm dieron batalla al Rey de los Griegos Costantin, y lo vencieron y tomaron prisionero en la fuga: dicen que fue esto año ciento trece. Los de 731
Afranc en las fronteras de España luego supieron la desgracia de Otman, y el gran poder de los Muslimes que venía contra ellos. Preveníanse para defender su tierra, y escribieron sus cartas á mu-

chas provincias pidiendo que viniesen á socorrerlos. El Conde de aquella frontera allegó sus gentes y salió contra los Muslimes, y peleaban con varia fortuna; pero siempre Abderahman los arredraba, y ocupaba sus pueblos: envanecidos con las continuas ventajas, y llenos de confianza en el valor y práctica militar del Amir, no deseaban sino batallas, y las daban cada dia muy sangrientas atropellando á sus enemigos. Pasaron el rio Garuna y talaron sus campos, y quemaron los pueblos, y hacian innumerables cautivos. Por todas partes iba este ejército como una tempestad desoladora. La prosperidad en los sucesos de las armas hace insaciables á los guerreros. Al paso del rio venció Abderahman el ejército del Conde de aquella comarca, y se retiró á su ciudad; luego la cercaron y combatieron los Muslimes, y la entraron por fuerza, que todo cedía á sus espadas robadoras de vidas. En la defensa murió el Conde, y le cortaron la cabeza, y salieron cargados de despojos, que tocó á cada uno oro, topacios, jacintos y esmeraldas. Todos los pueblos de Afranc temblaron de este terrible ejército; recurrieron á su Rey Caldus [1] dándole noticia de los estragos de estas al-

---

[1] Así está desfigurado el nombre de Carlos Martel: es indecible la depravacion de los nombres propios que se halla en los libros arábigos, en siendo de lengua extraña para ellos: en Mesaudi casi todos los reyes de Francia se llaman Colorio y Lodorio: casi todos los de España Lodron ú Odron; pero no estan con mas correccion los nombres árabes en nuestros cronicones.

garas muslímicas, que ocupaban y corrian libremente toda tierra de Narbona, Tolosa y Bordhal, y le refirieron la muerte de su Conde. Consoló el Rey de Afranc á estos pueblos ofreciéndoles su auxilio. En el año ciento y catorce montó á caballo, 732
y sacó innumerable gentío contra los Muslimes. Llegaban estos á Medina Towrs, y la querian entrar por fuerza, cuando supo Abderahman la poderosa *hueste* que contra ellos venía. Veia Abderahman y otros prudentes caudillos el desórden de las tropas muslimes que estaban cargadas de despojos y riquezas; pero por no descontentarlas no quiso mandar que todo se abandonase, para atender solo á las armas y caballos de batalla; y así confiado en su constante fortuna, y en el valor de su gente, despreció la multitud de los enemigos y llenó de vana confianza á los demas caudillos; pero este descuido y falta de disciplina siempre fue fatal á los ejércitos. Con la codicia de los despojos apretaron tanto el cerco y combates de la ciudad, que la entraron por fuerza casi en presencia del ejército enemigo. El furor de los Muslimes aquel dia fue de tigres rabiosos, y así hicieron horrible matanza en los moradores de la ciudad; por eso parece que Dios los castigó, y la fortuna les volvió las espaldas.

En las riberas del rio [1] Owar se avistaron las dos enemigas huestes de Muslimes y de Cristianos de diferentes lenguas: temiéronse unos á otros: Abderahman confiado en su fortuna acometió el pri-

---

[1] Fue en los campos de Poitiers, y sobre los rios que van al Loira.

mero con horroroso ímpetu de su caballería: mantúvose la pelea con igual esfuerzo por los Cristianos, y se mantuvo sangrienta todo el dia, y la noche se interpuso entre las dos enemigas huestes. Venido el dia siguiente, á la hora del alba se acometieron con furor: los caudillos muslimes sedientos de sangre y de venganza, penetraron en los espesos escuadrones enemigos; pero en lo mas ardiente de la pelea, viendo Abderahman que gran parte de su caballería salía corriendo de la batalla á defender su campo, y que este movimiento ponía en desórden y confusion su gente, corrió á todas partes, pero no le fue posible contenerlos; y peleando con los mas esforzados, cayó con su caballo pasado de infinitas lanzas. Fue cediendo el campo todo con harta confusion, y á favor de las tinieblas de la noche se retiraron del horrible campo de batalla. Los Cristianos siguieron su victoria y los persiguieron algunos dias, peleando á veces y caminando entre contínuos horrores hasta llegar á Narbona. Fue esta funesta batalla y la muerte
733 del ínclito caudillo el año ciento y quince. El Rey de Afranc puso cerco á Medina Narbona; pero los Muslimes la defendieron con tanto valor, que le fue forzoso levantar el cerco y retirarse á sus tierras con mucha pérdida de sus gentes.

CAPITULO XXVI.

De la eleccion de Abdelmelic ben Cotan para Amir de España, y su venida á ella.

Cuando se supo en España la desgraciada batalla y muerte de Abderahman, se pusieron en movimiento todas las tropas muslimes de las fronteras para acudir á donde fuese necesario. Se pidieron socorros de Africa, y vino nombrado por Amir de España Abdelmelic ben Cotan el Fehri: envióle Obeida el Kisi, gobernador de Africa, con mucha diligencia y con un buen cuerpo de tropas de apie y de acaballo. Escribió al Califa esta desgracia, y le dió tambien noticia del nombramiento provisional de Amir que habia hecho; y el Califa lo confirmó, y escribió á Abdelmelic ben Cotan exhortándole á vengar la sangre derramada de sus Muslimes. Luego que entró en España, pasó con mucha diligencia á las fronteras de Afranc, y le siguieron á marchas forzadas las tropas que se juntaron de las provincias. Halló Abdelmelic ben Cotan muy intimidados á los Muslimes, los procuró esforzar y recordarles que sus mejores dias habian sido los de las batallas y sangrientos combates de la santa guerra; que esta era la escala del Paraíso; que el enviado de Dios se preciaba de ser hijo de la espada, que reposaba á la sombra de las banderas y en los campos de batalla: que las victorias y la muerte y las derrotas estan en la mano de

Dios, que las da como quiere, y hoy persigue y triunfa el que ayer fue vencido. A pesar del valor y pericia militar de este Amir, la guerra fue poco favorable á las armas muslimes en Afranc, y los Cristianos recobraron algunas ciudades, y fue cada dia mas dificil la empresa de mantener la conquista de aquella tierra, que en vano se cansa quien trabaja contra los eternos decretos.

Estaba en este tiempo en Egipto el Wali ben Alhegâg Aseluli el Caisi, y de órden del Califa
734 pasó á Africa en Rebie postrera del año ciento diez y seis, y dejó en ella á sus hijos, á Alcasim en Barca y á Ismail en Sûs, y nombró para Amir de España á Ocba ben Alhegâg su hermano, que se detuvo en Africa dos años y medio por las grandes revueltas que allí se suscitaron. Amer ben Abdala el Muradi, gobernador de Tanja, causaba grandes vejaciones á los de la ciudad y su comarca: los Berberíes se rebelaron y se apoderaron de la ciudad acaudillados de Museir, caudillo de mucho valor. Los Muslimes mandados por Ocba Alhegâg les dieron batalla y los derrotaron: se acogieron á la ciudad, y furiosos contra su caudillo los bárbaros lo despedazaron, atribuyendo á falta suya su derrota. Eligieron en su lugar para que los mandase á Chalid el Zaneti, que todavía quiso encargarse de acaudillarlos un hombre de valor. Salió éste con sus Berberíes, y acometieron á los Muslimes y los rompieron y desbarataron, y se esparcieron por los campos. Los mas nobles Arabes murieron en esta batalla. Por esta ocasion no fue posible ayudar al Amir de España Abdelmelic ben

Cotan como convenía. Los caudillos que habia en España no estaban bien avenidos entre sí: los que pasaban de Africa eran mas codiciosos de riquezas que ambiciosos de honra, y las tropas participaban de estos mismos vicios, y se habian hecho crueles enemigos de los pueblos.

Con todo eso pasó los montes de Albortât el Amir Abdelmelic, y entró en tierra de Afranc el año ciento diez y ocho, y peleó con muy buena 736
suerte; pero siendo muy adelantada la estacion de las lluvias volvió á España, y en los pasos y asperezas de aquellos montes padeció el ejército muslim una derrota impensada y sangrienta. Las repetidas desgracias del ejército se atribuyeron al Amir Abdelmelic ben Cotan, y como si en mal punto fuese nacido, todos sus intentos se miraban como infaustos. Así lo representó al Califa Hixêm el Wali de Africa, y mandó que fuese á España el Amir Ocba ben Alhegâg.

En este año ciento diez y ocho murió el gobernador de Egipto Aben Rafie, y puso el Califa en su lugar á Abderahman ben Chalid ben Tabit el Fahêmi, y en el mismo año lo depuso, y dió el gobierno á Hantala ben Sefuân el Kelbi.

CAPITULO XXVII.

Gobierno de Ocba ben Alhegâg.

Temblaron todos los gobernadores de España á la venida de Ocba ben Alhegâg á ella: la fama de su severidad y de su justicia llenaba toda la tier-

ra, y no bien entró en Andalucía cuando se sintieron los buenos efectos de su influjo: quitó de sus alcaidías á los caudillos acusados de crueles ó de avaros, oía con benignidad á los desvalidos, y hallaban en él amparo y proteccion cuantos la merecían. Era igual su celo por la religion y por la justicia: llenó las cárceles de malversadores de las rentas públicas, y de injustos exactores de fardas y tributos arbitrarios: era para Ocba el delito mas grave en los encargados del gobierno, cuando por su interés particular y por su codicia afligían á los pueblos y hacian detestable la autoridad que regentaban. Estableció Cadies ó jueces en todas las ciudades principales de cada provincia, y otros en las poblaciones mayores de cada comarca, para que oyesen y conciliasen las quejas y desavenencias que se ofrecen entre los hombres, y con su autoridad y discrecion se conservase la quietud de las familias y la paz pública. Ordenó que los Walíes de provincia enviasen sus Kaxiefes [1] para perseguir á los ladrones que anduviesen en ellas, y evitar las violencias y maldades que se cometian por los bárbaros en los campos y despoblados. Puso escuelas en los pueblos para enseñar las letras, y las dotó con asignaciones competentes sobre las rentas públicas. Mandó construir mezquitas principales y menores para la oracion, y ordenó que hubiese en ellas lectores y predicadores que enseñasen la reli-

---

[1] Kaxiefes eran como indica el nombre descubridores, gente armada que buscaba y descubría los malhechores; como los cuadrilleros de la Santa Hermandad.

gion al pueblo. Empadronó todos los vecinos de to-
das las poblaciones de España, igualando los tribu-
tos en toda ella sin distinciones odiosas por su orí-
gen ó causa, y con la sucesion del tiempo injustas:
envió en cadenas á Africa á muchos culpados. Era
Ocba en su conducta irreprehensible, y por consi-
guiente amado de todos los buenos, y temido de
todos los malos. Examinó la conducta del depues-
to Amir Abdelmelic ben Cotan, y no hallándole
delincuente le mandó pasar á las fronteras con car-
go de Wali de caballería, para que sirviese como
antes. Para cumplir las órdenes del Califa y sus
propios deseos, partió á las fronteras de Afranc con
ánimo de hacer allí entrada de conquista: cuando
llegó á Zaragoza recibió cartas del Amir de Africa
Abdala, en que le comunicaba el estado de la guer-
ra y rebelion de los Berberíes, que á causa de al-
gunas ventajas que habian logrado estaban muy
inquietos, y le mandaba que sin tardanza volvie-
se para terminar aquella guerra. Ocba sin detener-
se un instante volvió con precipitadas marchas á
Córdoba, y llevando un escogido cuerpo de caba-
llería que puso en barcas, bajó por el rio, y se
pasó á Africa. Fue la partida de Ocba el año cien- 737
to y veinte de la Hegira.

Cuando llegó á Tanja se reunió á los caudillos
muslimes, y habido su consejo salió contra los Ber-
beríes, y derrotó varias taifas de ellos, y los dis-
persó en los desiertos; de suerte que antes que lle-
gáran los socorros de Cairvan y de Barca, ya es-
taban destruidas las numerosas tropas de los rebel-
des. En España quedaron las provincias encargadas

á sus Walíes, porque el Amir Ocba pensaba que sería muy en breve su vuelta.

Este año ciento y veinte dió el Califa el gobierno de la Iraca á Jusuf ben Omar el Tzakifi, cuya estupidez y arrogancia era proverbial entre los
738 orientales: y el año ciento veinte y uno fue Wali de Cufa y Basra; año en que apareció Zeid, hijo de Husein, nieto de Aly el Califa, y suscitó en Cufa rebelion, y los de la ciudad le juraron obediencia: acudió con tropas Jusuf ben Omar, gobernador de Iraca, y los venció, y murió Zeid peleando, que el populacho y los rebeldes resistieron poco. Tomó Jusuf el cuerpo de Zeid, y lo puso en un palo, y lo quemó, y esparció sus cenizas al ayre y al mar, y la cabeza la envió al Califa Hixêm, que la mandó clavar á una puerta de Damasco.

En España los Walíes procedian sin union, y no hacian cosa de importancia para dilatar las fronteras, antes bien con su descuido y parcialidades dieron ocasion á que se rebelasen algunos pueblos de los montes del Guf de España. Abdelmelic ben Cotan acreditó su celo y buena conducta en esta ocasion, y por su parte evitó cuanto fue posible los males de la discordia: con su gente rompió y deshizo algunas partidas de rebeldes Cristianos, que no tuvieron otro asilo que ocultarse y desaparecer en las guajaras y desfiladeros de sus montañas: anduvo á caza de estas fieras, y el escarmiento de unos intimidó á otros, y se allanaron y quedaron sometidos.

Lo mismo sucedió en Africa por la inteligencia y actividad de Ocba; y como hubiesen llega-

do muchas tropas de Syria y Egipto, por ocupar útilmente estas gentes, las envió Oveidala ben Alhegâg á conquistar la isla de Sicilia, y encargó el mando de esta expedicion á Habib ben Abi Obeida ben Ocba ben Nafe el Fehri. Desembarcó con gran ventura en ella, y la sujetó y allanó; y tornó á Africa en la luna de Giumada primera, año 740
ciento veinte y tres. ¡Cuán incierta es la suerte de los hombres! Este caudillo Habib, que salió venturosamente de tantas batallas en España, que volvió á Syria con no poco riesgo de perder la cabeza por amigo de Muza y de sus hijos, que tornó á mandar peligrosas expediciones en Africa y en Sicilia, murió el año ciento veinte y tres en batalla contra los Berberíes: nadie huye del tiro del destino. En este año dejó Oveidala el gobierno de Africa, y se partió á Egipto: era este Amir mas dado á las letras que á las armas y cuidados políticos, y fue muy elegante escritor de las conquistas de los Arabes, y en Tunez edificó la Aljama y una Darsena para construir y reparar las naves. El año anterior ciento veinte y dos murió Muslema ben Abdelmelic ben Meruân, el ínclito héroe de los Beni Omeyas, fue gran caudillo, sábio, de buen consejo, y muy esforzado, que no tuvo semejante en su familia, ni en su tiempo, en ninguna parte.

CAPITULO XXVIII.

De la vuelta de Ocba á España, y de su muerte.

741 En el año ciento veinte y cuatro envió Hixêm al gobernador de Egipto Hantala ben Sefuân al gobierno de Africa, y puso en su lugar á Hafas ben Walid, que permaneció allí hasta la muerte del Califa: para la tierra de Magreb ó poniente de Africa envió á Coltum ben Zeyad, que habia tenido antes el gobierno de esta parte de Africa. Mandó Coltum que luego pasase á España el Amir Ocba ben Alhegâg con sus gentes.

Halló Ocba muy revueltas las cosas de España, que los Walíes estaban entre sí desunidos, que Abdelmelic ben Cotan era el único que habia preferido las atenciones del bien público á su conveniencia particular. Escribió Ocba á Abdelmelic dándole gracias por su celo y buenos servicios, acudiendo tan oportunamente á las inquietudes de las fronteras, le aseguró que habia escrito al Califa para que le confirmase en el gobierno de España que merecía, y esperaba que así lo haría el Califa. Le envió gente de apie y de acaballo para ocuparla en mantener la frontera de Afranc. En este tiempo enfermó en Córdoba el virtuoso Amir Ocba ben Alhegâg, y de aquella dolencia falleció, año ciento veinte y cuatro, que fue muy grave pérdida para los Muslimes de España, y mas por

no haber tenido tiempo de componer las desavenencias de los Walíes ó caudillos principales, que la tenian dividida en bandos y parcialidades.

CAPITULO XXIX.

De la rebelion de los Berberíes de Africa contra los Arabes, y entrada de Baleg en Andalucía.

En Africa se reunieron otra vez los Berberíes, comandados por Chalid el Zaneti: salió contra ellos el Amir Coltum ben Zeyad, y se dió sangrienta batalla en los campos de Tanja: el caudillo Chalid rompió y desbarató á los Arabes, y en lo mas ardiente de la pelea murió Coltum el Amir y otros caudillos muy señalados, y en ambas huestes fue atroz la matanza. Llegó la nueva de esta derrota de los Arabes á Egipto, y con la mayor diligencia se puso en marcha el nombrado gobernador de Africa Hantala ben Sefuân con un ejército muy numeroso: entraron en ella en la luna de Regeb del año ciento veinte y cin- 742
co. Los rebeldes que supieron la venida de esta poderosa hueste, doblaron sus esfuerzos, muy confiados en sus buenos sucesos y pasadas victorias. Allegaron innumerable gentió de todas sus cabilas, así de apie como de acaballo: acaudillaban esta multitud Chalid el Zaneti, Acâch de Masamuda y Abdelwahib de Zanhaga, todos caudillos moros de los mas acreditados y aguerridos. Pusieron su campo en riberas del rio Masfa, y parecian sobre aquellas areno-

sas llanuras á las inmensas bandas de langostas: tantos y tales aparecian los negros combatientes de Sûs y Masamuda. Las tropas Arabes venian acaudilladas de Thaalaba ben Salema el Ameli y de Baleg ben Baxir: el primero conducia las gentes de Syria y de Arabia, y el segundo las de Egipto y de Barca: Hantala ben Sefuân mandaba las tropas provinciales de Almagrêb, reliquias ilustres de los conquistadores del pais.

Ordenadas sus haces se acometieron estas huestes en aquel abrasado desierto con espantoso alarido: nubes de polvo y de saetas hicieron aquel dia oscuro, y dieron horrible sombra á los hijos de la guerra. Las tostadas lanzas, sedientas de sangre, se embeodaron en profundos lagos de ella: todos pelearon con igual furor, y no parecian hombres que peleaban, sino fieras tigres ó leones que rabiosos se despedazan. Los caballos árabes no pudieron resistir el calor ardiente de la pelea y del dia, y cedieron á los caballos moros el sangriento campo: éstos incansables y duros los rompieron y desbarataron á la mitad del dia, volvieron brida y fueron perseguidos, y parte fue degollada en los desiertos, parte que era de los prácticos del pais se acogió á los fuertes y sitios defendidos, otra gran parte de los mas valientes se retiró peleando hácia la costa del mar con sus caudillos Baleg y Thaalaba, y desde ella, atravesando el estrecho Alzacâc, se vinieron á España en la mitad
742 del año ciento veinte y cinco.

Habia poco antes recibido Abdelmelic ben Cotan la confirmacion de su cargo de Amir de España, y la nueva de la muerte del Califa Hixêm que habia fa-

llecido en Rusafa dia seis de Rebie postrera del año ciento veinte y cinco, era de edad de cincuenta y tres años, y habia imperado diez y nueve, siete meses y once dias: fue de mediana estatura, de muy buen gobierno, pero muy exactor de tributos: gastaba mucho en cosas inútiles: tenia la manía de hacerse infinitos vestidos, cuentan que se podian cargar seiscientos camellos; y no los gastaba sin economía, los tenia tan guardados que apenas se halló uno para envolverle y amortajarle, porque tenia puestos sellos á sus armarios y depósitos.

CAPITULO XXX.

Guerra civil de Baleg y Aben Cotan en España.

Habia puesto Abdelmelic en Córdoba por gobernador de ella á Abderahman ben Ocba, y en Toledo puso á su hijo Omeya ben Abdelmelic, y él se hallaba en Zaragoza cuando fue avisado del paso de Baleg ben Baxir y de Thaalaba ben Salema, pesóle mucho de ello, así por la desgracia del ejército muslime como porque receló que esta entrada suscitase inquietudes en España. Luego se puso en camino para venir á Andalucía, y escribió á estos caudillos que no debian separarse de la costa para estar mas prontos para tornar á Africa, donde sus personas y gente hacian mucha falta. Los desafectos de este Amir, que eran muchos, tomaron de aquí ocasion para enemistarle con los Walíes Báleg y Thaalaba y

suscitar novedades: escribiéronles que todos serian de su bando, que no creyesen las propuestas de Abdelmelic, que solo queria el mando absoluto, y que le estorbaban todos los buenos. Sin perder tiempo estos revoltosos quisieron apoderarse de las ciudades de Córdoba y de Toledo: los primeros que hicieron armas fueron á cercar á Toledo, la que defendió bien Omeya ben Abdelmelic mas de un mes: otros fueron á sorprender á Abderahman ben Ocba en Córdoba; y muchos se reunieron para juntarse con los venidos de Africa. Avisado Abdelmelic de estos movimientos apresuró sus marchas y fue á socorrer al Wali de Toledo, que ya estaba en gran estrecho, y los sitiadores sabiendo su venida levantaron el cerco precipitadamente. El Wali Omeya, conociendo la causa de su fuga, salió de la ciudad y les dió un impensado y sangriento rebato, que los desordenó y persiguió matándoles mucha gente. Sabiendo el triunfo de su hijo, guió Abdelmelic su hueste contra los de Córdoba, que ya habian sido derrotados por el hijo de Ocba, que se empeñó en seguirlos y acabarlos. Lograron estas tropas dispersas y fugitivas reunirse á las que habian venido de Africa, y sabiendo que Abdelmelic las iba á los alcances salieron juntas en numeroso ejército á encontrarle. Avisados de sus adalides y descubridores fueron sobre el cuerpo de tropas de Andalucía, que mandaba Abderahman ben Ocba, y con poca resistencia fue atropellado y puesto en fuga por la caballería de Baleg ben Baxir, y se dispersaron sin direccion por varias partes. Caminó el ejército vencedor á la parte de Algarbe, para salir al paso á la hueste de Abdelme-

lic, que venia por Mérida para allegar de paso las gentes de guerra de la Lusitania: encontráronse los campeadores de ambas huestes en Mertula: ordenaron sus haces en batalla, y con enemigo ánimo, como si fueran gentes de diferente ley, lengua y costumbres, pelearon gran parte del dia sin ventaja ni desigualdad: á la tarde los caballos de Africa rompieron y desbarataron á los Muslimes andaluces; y la derrota fue general poco antes de la noche. Huyeron durante ella por diferentes partes, y Abdelmelic con parte de su caballería se acogió á Córdoba. Luego escribió Abdelmelic ben Cotan una carta á los caudillos Baleg y Thaalaba, en que les manifestaba cuan sin razon abrigaban á los revoltosos Muslimes de España, y como convenia, como pueblos de una misma ley y de una misma nacion, avenirse y concertarse sin dar lugar á que entretanto que ellos inconsideradamente se destruían, los rebeldes de Africa sacasen ventaja de su guerra civil, y que considerasen que los pueblos de España acababan de ser sojuzgados por fuerza de armas, y que podian muy fácilmente, á ejemplo de los Berberíes, procurar su venganza, y recobrar su libertad y señorío. Proponíales que se contentasen con ocupar el territorio de Gezira Saltis, y esperar allí que se facilitase su vuelta á Africa, como era necesario: en fin, concluía con manifestarles sus disposiciones pacíficas, y que todo lo que habia precedido era obra diabólica de los revoltosos. No persuadieron estas razones á Baleg ni á Thaalaba, y de sus palabras inferian sus temores y pocas fuerzas, y puesta la mira en su interés y deseo de venganza caminaron con toda su gente á Córdoba.

Los de Córdoba, temerosos de la tempestad que les amenazaba, por evitar los escesos de los Bárbaros y Africanos, y la crueldad de Baleg, creyeron templar la saña del vencedor entregándole á su Amir Abdelmelic, y asi lo hicieron. Presentáronle atado á un palo á la entrada del puente, y herido con cañas: luego le mandó cortar la cabeza el caudillo Baleg, y la pusieron en un garfio á la puerta del puente. Así acabó este noble Amir Abdelmelic ben
742 Cotan en fin del año ciento veinte y cinco de la Hegira.

Los de Córdoba y el ejército proclamaron por Amir de España á Baleg ben Baxir en el tumulto y desórden del dia de su entrada en la ciudad: esto no agradó al caudillo Thaalaba ben Salema; antes ofendido de que Baleg permitiese aquellas populares muestras de preferencia á su persona, dijo á sus gentes: que Baleg no era sino su igual: que la eleccion de Amir pertenecia al Califa, y de su órden y especial confianza al gobernador de Africa Hantala ben Sefuân: que todo lo que allí pasaba era un alboroto y licencia popular muy vituperable, y mas en los que pudiendo reprimirla no lo hacian: que porque no pareciese que con su preseneia autorizaba el desórden, que en aquel dia se ponia en marcha con los que le quisiesen seguir. Así lo hizo y partió con gran parte de la gente de guerra de su mando, que pocos le faltaron, y con ellos pasó hácia Mérida acrecentando cada dia su parcialidad. Por otra parte Omeya ben Cotan, el hijo de Abdelmelic, en lo de Toledo y en toda España oriental tenia gran partido, porque los alcaides y gobernadores de las ciu-

dades eran amigos y hechuras de su padre; y entre los caudillos principales el insigne Abderahman ben Ocba, que estaba jurando por cielos y tierra que habia de vengar la muerte del Amir Abdelmelic, y ayudar con todas sus fuerzas á su hijo. A este fin reunió las tropas que andaban dispersas en Andalucía, y allegó un buen ejército, y fue el primero que se opuso á Baleg ben Baxir. La salida de Thaalaba ben Salema habia debilitado con su separacion las fuerzas de Baleg, así que solo tenia como doce mil hombres, y con ellos salió á encontrar la gente de Abderahman ben Ocba.

Encontráronse ambas huestes en los Campos de Calat-Rahba: animó Baleg á los suyos, diciéndoles: que despreciasen el número de sus enemigos que eran gentes allegadizas, miserables reliquias del ejército que antes habian atropellado: que todavía estaban temblando de sus cortantes espadas, y los mas tenian todavía sin cicatrizar sus heridas. Acometieron con desesperado furor, y los de Abderahman ben Ocba los recibieron con increible esfuerzo: la pelea fue sangrienta, y mantenida con teson por ambas huestes: el caudillo Baleg, atropellando á sus contrarios á derecha é izquierda, como un bravo leon entre la tropa de los cazadores, andaba buscando á voces al hijo de Ocba, que le salió al encuentro no menos animoso, y le dijo: yo soy, yo soy el hijo de Ocba que buscas; y arremetieron el uno contra el otro, y se dieron crueles botes de lanza, y revolviendo con mayor presteza el caballo el hijo de Ocba fue tan feliz que pasó de banda á banda de una lanzada á Baleg ben Baxir, que cayó en

tierra muerto. Sus tropas no tardaron en sentir la falta de tan esforzado caudillo, y fueron desbaratadas y puestas en huida, dejando el campo cubierto de cadáveres y de sangre. Por esta victoria dieron á su caudillo Abderahman ben Ocba el título de Almanzor: acaeció esta batalla el año ciento
742 veinte y cinco.

Las tropas fugitivas de esta batalla no fueron mucho tiempo perseguidas, y se acogieron al ejército de Thaalaba ben Salema y al de Abderahman ben Habib, que entró con Baleg ben Baxir, y hacía parte de la division de Thaalaba ben Salema, que caminaban hácia Mérida: juntas estas tropas llegaron delante de la ciudad, y su Wali no les permitió que entrasen en ella, y lo intentaron por fuerza, y la cercaron como enemigos.

CAPITULO XXXI.

Del imperio del Califa Walid ben Jezid, y del Califa Jezid ben Walid.

En Syria el Califa Walid ben Jezid ben Abdelmelic fue proclamado el dia seis de la luna Rebie postrera, el mismo dia en que murió su tio Hixêm: era ya de mas de cuarenta años: apartó del gobierno de Egipto á Hafas ben Walid, y puso en su lugar á Isa ben Abi Atâ. Era este Califa Walid impío y menospreciador de la religion: se bañaba en vino, abusaba en todo de su poder, entró en territorio de Mecca con perros de caza: ha-

cia muy buenos versos y gustaba de la música; pero era destemplado en sus pasiones. En el año ciento veinte y seis estando bien descuidado de lo que le amenazaba, recreándose con sus esclavas y cantores, los pueblos de Syria de comun acuerdo proclamaron Califa á su primo Jezid ben el Walid ben Abdelmelic. Este príncipe, aprobando la commocion popular, ofreció cien mil doblas de oro á quien viniera con la cabeza de Walid. Hallábase el Califa en Basra en Tel-Rahita, cerca de Damasco: sus guardias le abandonaron al acercarse la turba de los amotinados, y llegándose mucho gentío escalaron las murallas, y entrando donde estaba Walid le despedazaron inhumanamente, y llevaron sus manos y cabeza á Damasco, y las clavaron en las puertas de la ciudad: los despedazados miembros del Califa fueron conducidos al cementerio de la puerta de los Huertos, y allí los enterraron; sus dos hijos Hakem y Osman fueron encarcelados, al parecer, por librarlos del furor del populacho: esto fue el año ciento veinte y seis. 743

Fue proclamado Jezid ben Walid ben Abdelmelic en la insurreccion popular contra su primo el Califa Walid el dia veinte y ocho de la luna Giumada postrera, año ciento veinte y seis: fue su madre Xaliferinda, hija de Firuz, nieta de Jezdegird Rey de Persia. La violenta muerte del Califa Walid llenó de turbacion y anarquía todas las provincias del imperio. Los ambiciosos son como el mar que con todo viento se altera: unos con pretesto de indignacion por la deslealtad de los pueblos de Syria, se pusieron en armas, y otros por aprovechar la oca- 743

sion de las revueltas y confusion del estado, para saciar su codicia y deseos de venganza vagaban de unas ciudades á otras robando y matando indistintamente á todos: así ha sucedido siempre y sucederá entre los hombres mientras su naturaleza sea la misma. Los de Hemesa se amotinaron y cerraron las puertas de la ciudad, y se resistieron á la obediencia de Jezid tratándole de usurpador. Envió Jezid contra ellos un ejército, y fue rechazado por los de la ciudad. Suleiman ben Hixêm ben Abdelmelic, que estaba encarcelado, salió de su prision y se puso al frente de los descontentos, y entró en Naamana, y la saqueó para recompensar á sus tropas el celo y lealtad y los buenos servicios que hacian al estado, y luego fue con ellos contra Damasco. Tambien se levantaron este año con el mismo pretesto los de Jardana y Palestina, y dieron muerte á sus gobernadores. Depuso Jezid á Jusuf ben Omar del gobierno de la Iraca, y puso en su lugar á Manjûr ben Giamhor. Al mismo tiempo Meruân ben Muhamad se manifestó tambien contra Jezid, socolor y pretesto de vengador de la sangre de Walid: se hallaba en Armenia y allegó mucha gente, y se disponia á venir contra Jezid; pero éste le propuso por medio de sus parciales que le dejaría los gobiernos de Gezira ó Mesopotamia, Armenia, Mosul y Aderbiján á condicion de que le reconociese, y así lo hizo Meruân, y le juró obediencia en Harran. Disminuyó Jezid el estipendio de los soldados; y esta medida, aunque fuese justa, fue muy inoportuna, pues sin otra razon muchos abandonaron su partido, y de-

jaron sus banderas allegándose á los que le negaban obediencia: por esto le llamaban Nakis ó disminuidor. A los cinco meses de su imperio y cuarenta años de su edád murió de peste: oró por él su hermano Ibrahim.

CAPITULO XXXII.

De las revueltas de Africa sosegadas por Hantala ben Sefuân.

Toda España estaba dividida en bandos y parcialidades por las desavenencias de los caudillos, sin que pudieran remediar estos males las diligencias y prudentes consejos de los buenos Muslimes que en ella estaban. Contribuían á estos desórdenes las revueltas de Africa, y las inquietudes y turbulencias de Oriente sobre el Califazgo, de que hemos hablado. En Africa el Amir Hantala ben Sefuân ben Nufal el Kelbi, gobernador de Africa y del Magrêb por el Califa Hixêm, y confirmado por sus sucesores, á fin de sujetar á los rebeldes Berberíes quiso probar por sí mismo si las armas serían ya mas felices en sus manos que en las de sus caudillos, y reuniendo un poderoso ejército de cuarenta y cinco mil hombres de apie y de acaballo, vino á buscar á los rebeldes. Estos por su parte cuidaron de allegar toda su gente, y el caudillo Acach partió á encontrarlos antes que llegasen á Cairvan; y Abdelmelic, otro rebelde, fué por tierra de Negiana á tomarlos por la espalda: los campeadores de la

hueste de Hantala veloces como águilas le avisaron de la marcha de estas tropas enemigas, que intentaban rodearle y pelear contra él en un mismo dia y en un mismo lugar. Conoció Hantala cuanto convenia pelear con ellos separados: ordenó sus haces, y con precipitada marcha anduvo toda la noche: encargó la delantera de batalla al caudillo Husâm ben Dhirâr, y vinieron antes de rayar el dia á herir en los de Açâch, que no esperaban esta alborada y estaban harto descuidados: antes que tuvieran tiempo de ordenarse en batalla fueron derrotados con gran matanza por los de Hantala, debiéndose esta victoria al esfuerzo y diligencia de Ben Dhirâr, que no esperó la luz del dia para acometer á los Moros rebeldes. Conseguida esta ventaja, sin perder tiempo y sin mas descanso que el forzoso para respirar de la fatiga de la pasada refriega, el Amir Hantala siguiendo el carro de la victoria se adelantó hácia Cairvan, recelando que se le adelantase Abdelwahib, otro caudillo de los rebeldes que venia con innumerable chusma á unirse á los demas Berberíes. Esta segunda batalla fue mas sangrienta que la primera y mas venturosa para los Muslimes, pues rompieron y desordenaron á sus enemigos haciendo en ellos gran matanza: aquella noche, que puso treguas á los horrores de la pelea, pasaron los vencedores árabes sobre el campo de batalla, oyendo los gemidos de los heridos y moribundos bárbaros: el número de los que perecieron aquel dia Dios lo sabe; entre éstos el valiente caudillo Açâch se encontró cubierto de heridas, y mandó Hantala cortarle la cabeza, que

se llevó en una pica por el campo: tambien pareció muerto Abdelwahib. La division del rebelde Abdelmelic, avisada por los fugitivos de la primera y segunda derrota de sus compañeros, se dispersó por los montes. Con esta insigne victoria quedaron sosegados los movimientos é inquietudes de Almagrêb, y toda la tierra quedó sojuzgada. Conociendo Hantala el genio inquieto y belicoso de estos pueblos procuró hacerlos soldados útiles del Islam: les repartió armas y caballos á los que quisieron pasar á España, porque pensaba enviar á ella un Amir que la tranquilizase y deshiciese los bandos y desavenencias que la tenian á punto de perderse: reunió hasta quince mil Mogrebinos voluntarios de las cabilas de Zenetes, Masamudes y Azuagos, gente muy esforzada.

CAPITULO XXXIII.

De la eleccion de Husam ben Dhirar para Amir de España, y de su gobierno en ella.

Los honrados Muslimes de España le pedian un caudillo que reuniese las voluntades discordes de aquellas facciones que habia de Yemanies, Alabdaris, Syros, y Egipcios: que fuese de tal prudencia, valor é integridad, que no se inclinase á ningun partido, que se llamase declarado enemigo de toda parcialidad, y solo atendiese al bien general de los Muslimes y de los pueblos sometidos. Pareció

al Wali Hantala ben Sefuân que aquella era ocasión de valerse de las conocidas prendas y valor del caudillo Husâm ben Dhirar ben Suleiman el Kelebi conocido por Abulchatar, ya antes propuesto para este cargo por el Califa Hixêm, cuando le recitaron sus versos. Hay quien dice que la eleccion del Amir Husâm ben Dhirar fue el año ciento veinte y dos, y que fue el catorceno de los que gobernaron en España, que tuvo este cargo cuatro años y nueve meses; pero en verdad no entró en España hasta ahora con escogidas tropas africanas.

Cuando entró este Amir en Andalucía se habia apoderado de Mérida el caudillo Thaalaba ben Salema, y tenia puesto cerco á la ciudad de Córdoba, y en sus marchas hacía estragos en los pueblos, y á todos los trataba con mucha crueldad cuando en algo se le resistian, ó no le llevaban las provisiones y servicios que les imponia. Temerosos los de Córdoba de experimentar su mucha crueldad, le entregaron la ciudad con buenas condiciones; pero habiendo allí tomado mil prisioneros de Albarbar, por aterrar á las gentes mandó sacar al campo aquellos mil cautivos y degollarlos delante del pueblo en dia Jumá. Ya estaba congregada la multitud para tan cruel espectáculo, cuando fue avisado de la súbita venida de Husâm ben Dhirar, que se habia adelantado con mil caballos. Este inesperado anuncio lo suspendió, y mandó retirar aquellos cautivos, y luego salió con otros caudillos á recibir al Amir Husâm ben Dhirar, y por obsequiarle puso á su disposicion aquellos prisioneros

para que dispusiese de ellos lo que quisiese. El Amir se lo agradeció, y en el mismo dia los mandó poner en libertad; y que se agregasen voluntarios á las banderas de Berberíes, ó se retirasen á su tierra. Fue aplaudido Husâm de todos los Muslimes por su generosidad; y en el mismo dia mandó prender á Thaalaba ben Salema, y que partiese á buen recaudo para Africa. Sosegadas las tropas de Thaalaba, y ordenado lo conveniente para el gobierno de Córdoba, partió pocos dias despues con su escogida gente á Toledo, y obligó á salir de allí al caudillo Abderahman ben Habib, compañero de Thaalaba y de los que se llamaban Amires de España de propia autoridad. Los del partido de Aben Cotan, sin resistencia alguna, antes muy de su propio movimiento, vinieron á ofrecerse al servició del Amir: sin dilacion corrió las otras provincias, y en todas partes ganó á los Muslimes mas con su prudencia y su bondad natural, que con la fuerza ni opinion de los valientes africanos que le acompañaban.

Consideró como la primera y mas importante providencia de su gobierno el evitar toda ocasion de discordia, y asegurar la quietud de los Muslimes en España: á este fin hizo repartimiento de tierras á las tribus de Arabia y de Syria, que eran las mas poderosas en España, y competian entre sí pretendiendo todas ellas apoderarse de las comarcas de la capital de Córdoba, que no les podian bastar. Para terminar sus desavenencias repartió á los Syros y Arabes Veledíes establecidos en el país moradas y tierras en regiones semejantes á las suyas,

y con mayor anchura que la de aquellos pueblos: repartió en tierra de Ocsonoba y de Beja á los de Egipto y primeros Veledíes, y á los demas Arabes de estos en tierra de Tadmir [1]: en las comarcas de Sevilla y de Libla á las gentes de Hemesa, que eran tambien muy principales: repartió moradas y posesiones en tierra de Sidonia y Algezira á los Palestinos, y en las comarcas de Rayata á los de Alordania, en las de Elbira á las gentes de Damasco: en tierra de Jayên á los de Quinsarina: en las comarcas de Cabra á las gentes de Wacita, y en las provincias mas apartadas á los de las Iracas, y á los de Cairvan: asignóles tambien alimentos en la tercia parte de lo que rentaban los bienes de los colonos siervos de los [2] Agemíes, dejando á los Arabes Veledíes de la primera gente con lo que tenian en su poder de sus bienes, que no se les privó de nada de ello. Cuando vieron las tierras señaladas tan semejantes á las de su país en calidad de frutos, disposicion del terreno y anchura, se holgaron mucho, y dieron gracias á Dios de su venturoso estado, y no cesaban de bendecir á los caudillos

---

[1] Este repartimiento de las tierras de Tadmir, esto es de Murcia, acredita lo que refiere el Pacense cuando dice: que despues de la muerte de Teodomiro le sucedió Atanaildo, que fue noble y valeroso, rico y liberal aun en aquellos tiempos; pero poco despues el Rey Alhozza Alchatar acometiendo la España le hizo muchas injurias y le condenó en graves tributos. Este Rey Alhozza es el Wali Húzam Abulchatar, que sin creerse obligado á los pactos convenidos con Tadmir, que fueron con él y no con sus sucesores, repartió sus tierras [2] Los Agemíes pueden ser los Godos.

Muza ben Noseir y á Baleg ben Baxir, que tantos bienes y fortuna facilitaron á las gentes de ambas naciones.

Quedaron, sin embargo, algunos descontentos de las remociones y mudanzas de gobernadores de ciudades y provincias que fue forzoso hacer para que los pueblos quedasen contentos y libres de los opresores, de quien se habian quejado al Amir. Entre otros se dió por agraviado Samail ben Hatim ben Xamri el Kelebi el Dhabei, que se apellidaba Abu Gaisi: fue su abuelo Xamri de los mas nobles de Cufa, y uno de los que asesinaron á Husein, hijo de Aly, y el que presentó su cabeza á los pies de Jezid ben Moavia; por esto cuando las venganzas de esta muerte se huyó Xamri con su familia á confines de Syria, y allí le mató el vengador Mathar. Los hijos de Xamri huyeron y entraron en Africa con Coltum ben Ayad, y el jóven Samail vino á España con los principales de Syria en la entrada de Baleg ben Baxir, que mandaba una parte del ejército de Coltum: era muy esforzado y de mucha prudencia, y se habia hecho en España cabeza de la faccion egipcia, y opuesto á la Yemeniya, ó de Arabes de Yemen, que favorecia muy á las claras el Amir Husâm ben Dhirar, segun decian los descontentos: aunque de ilustre prosapia, como Samail se habia criado en tiempo de revoluciones, y de fugas y extrañamientos, era muy sin letras, que no leía ni escribia; pero de mucha prudencia, y práctico en los conocimientos de la guerra y gobierno de pueblos. Cuenta de él Abu Becre ben Alcutia, que se acompañaba siempre de hombres sabios y los consultaba, y admitia

el consejo aun de gentes humildes: este Samail ben Hatim se manifestó como el mas ofendido de Husâm ben Dhirar, porque no le dió el gobierno de Zaragoza que le tenia ofrecido Baleg, y suscitó discordias con sus parciales: al principio fueron secretas quejas y murmuraciones, que pasaron á desprecios y desobediencia. Procuró Husâm apagar estas chispas antes que prendiese y se dilatase el fuego de la sedicion en toda España; pero se le anticiparon los caudillos y fomentadores de la faccion egipcia y de los Alabdaris, levantaron tropas y corrieron la tierra.

CAPITULO XXXIV.

Del imperio del Califa Ibrahim y de la guerra civil en Syria.

En Oriente el Califa Ibrahim sucedió en el imperio á su hermano Jezid el dia despues de Id aladheha ó fiesta de las víctimas, fue su madre Noama: fue proclamado por los parciales de su hermano, sin pretension ni repugnancia de su parte; pero el breve tiempo de su imperio fue turbulento y sin ventura.
744 El año ciento veinte y siete vino Meruân ben Muhamad con su ejército á Quinsarina, con ánimo de seguir á Damasco y ocupar el imperio: estaban en Quinsarina Baxar y Mansur, hijos de Walid ben Abdelmelic, y Baxar salió con sus tropas contra Meruân; pero sus soldados le abandonaron y se pasaron al ejército de Meruân, y fueron presos Baxar y Mansur y encarcelados. Luego pasó á Hemesa, y los de

la ciudad le recibieron bien y le juraron obediencia: allí se le juntaron á Meruân mas de ochenta mil hombres. Salió el ejército de Ibrahim acaudillado de Suleiman ben Hixêm ben Abdelmelic, que era de ciento y veinte mil hombres, y se dirigió contra Meruân: divulgó este Príncipe que su intento era vengar la muerte de Walid, y poner en libertad á los dos hijos del desgraciado Califa, Osman y Hakem, que estaban en Damasco; pero Suleiman despreció sus proclamas, y se dieron sangrienta batalla: murieron muchos de ambas partes: Suleiman y los suyos huyeron vencidos, y en la fuga muchos cayeron en poder del vencedor. Meruân exigía de los prisioneros el juramento de obediencia á los dos Príncipes Hakem y Osman, y sin otra condicion daba libertad á sus cautivos. Vuelto Suleiman á Damasco, de acuerdo con el Califa Ibrahim, hizo dar muerte á los Príncipes en su prision: luego tomó todo el oro que habia en el erario y tesoro del Califa, y repartiéndolo á sus soldados para que siguiesen su fortuna se retiró de la ciudad. Entró en ella Meruân, y hallando muertos á los Príncipes Hakem y Osman los enterró con mucha pompa: hizo sacar de la prision á Muhamad Xeibani, que habia estado preso con ellos, y al llegar á la presencia de Meruân le saludó llamándole Califa, y lo mismo hizo Jezid, hijo de Suleiman. Dijo el Xeibani que el Príncipe Hakem y su hermano le habian declarado sucesor, diciendo Hakem: si yo muriese y mi sócio futuro sucesor, que Meruân sea Amir amumenin, ó gobernador de los fieles. El mismo Califa Ibrahim ben Walid lo reconoció por su Señor, y abdicó y se de-

claró depuesto del imperio, y lo mismo hizo todo el pueblo de Syria proclamándole. Imperó Ibrahim dos meses y algunos dias, y vivió hasta el año ciento treinta y dos, en que le quitó la vida Nubuno; otros dicen que murió ahogado en un rio huyendo de la batalla en que Abdala el de Alabâs venció á Meruân. Era Ibrahim de poco talento y descuidado: los suyos unas veces le llamaban Califa, otras Amir.

CAPITULO XXXV.

De la guerra civil entre los caudillos Samail, Thueba y Husâm ben Dhirar.

En España los Alabdaris y Egipcios, secuaces de Samail, corrían la tierra como enemigos, y exigían contribuciones de sangre en los pueblos que no venían á ofrecerles su obediencia y servicios: entre los caudillos descontentos apareció Thueba ben Salema el Hezami, que habia hecho grandes proezas en Africa contra los Berberíes. Andaba Husâm ben Dhirar en tierra de Beja, en Algarbe de España, cuando le avisaron de las levas de gente y correrías que se hacían en la tierra, en desobediencia de sus mandamientos y desprecio de su autoridad: le dijeron que Samail y Thueba le habian depuesto de su Amirazgo, y revolvían contra él todas las provincias: que ganaban los soldados fieles con falsas acusaciones contra él, y á otros con la licencia y libertad de robar los pueblos: recibió cartas de algunos honrados

Muslimes que le prevenían que anduviese con mucho cuidado y desconfianza, porque sus enemigos le buscaban la muerte por todas vias. Quiso Husâm ben Dhirar venir á Córdoba y asegurarse en ella: para esto dispuso su marcha con poca compañía de caballeros fieles, y por caminos extraviados venia con mucha diligencia; pero su partida no pudo ser tan secreta que no la supiesen gentes entregadas á sus contrarios: así fue, que al paso de unos montes cayó sobre ellos una celada de los Alabdaris que los sorprendió y llevaron á Samail y á Thueba. Queria Thueba que sin dilacion se le descabezase, pero Samail no lo consintió, y acordaron ponerle encarcelado en una torre de Córdoba, divulgando en el pueblo que eran órdenes que se habian recibido del Califa, que estaba informado de sus excesos y tiranía. Fue la prision de Abulchatar Husâm ben Dhirar el año ciento veinte y siete. 744

Los caudillos descontentos, por su propia autoridad, eligieron á Thueba ben Salema por Amir de España: era Thueba el Hezami de Cabila Yemeni, muy esforzado y buen caudillo. En la frontera oriental estaban Aben Cotan y Aben Ocba con poca gente y no bien avenida: por la distancia de aquella frontera de España oriental no sabian de las cosas que pasaban en Andalucía, sino lo que querian los Alabdaris y Egipcios; y cuando supieron la prision de Abulchatar Husâm ben Dhirar, no sabian á qué atribuirla sabiendo por otra parte su rectitud, prudencia y buen gobierno. Deseando saber lo cierto, recelosos de las maquinaciones de los Alabdaris, enviaron á Córdoba un caballero de su confianza para

que averiguase lo que pasaba, y las verdaderas causas de la prision de Husâm ben Dhirar. Luego entendió aquel enviado que la ambicion de Samail, y los deseos de venganza de Thueba ben Salema, y la codicia y maldad de los que ansiaban la licencia de las correrías y extorsiones que autoriza el estado de guerra y de revueltas, eran las ciertas razones de la desobediencia al Amir Husâm, y de su violenta deposicion del Amirazgo. Volvió á la frontera y refirió á los Walíes Aben Cotan y Aben Ocba lo que habia averiguado; y como por las pocas tropas que tenian no estuviesen en estado de adelantar ni de intentar empresa alguna, acordaron que Aben Cotan fuese secretamente á Córdoba y procurase por medio de sus amigos y parciales poner en libertad á Husâm ben Dhirar, y si no lograse algun partido en Andalucía, que no era de esperar, retirarle á las fronteras orientales, donde ellos tenian autoridad y partido. Llegó con rápidas marchas Aben Cotan á Córdoba, y fue á hospedarse en casa de Abderahman ben Hasan, caudillo de mucho valor y amigo de Aben Cotan. Conferenciaron sobre la libertad de Husâm, y confiando su intento á treinta valientes soldados de su confianza, aguardaron una noche que toda la ciudad estaba en profundo sosiego, y acometieron á los que guardaban la torre en que Husâm estaba preso, y á los mas degollaron, y otros huyeron y se ocultaron: sacaron á Husâm, y á la hora del alba corrieron las calles y se apoderaron de las puertas de la ciudad, que sabiendo que habia sido puesto en libertad se declaró en su favor, y se armó la juventud para guardarle y defenderle. Los fugitivos de la tor-

re, y otros del bando de los Alabdaris, llevaron esta nueva á Samail, que pasados pocos dias vino con muy buena hueste sobre Córdoba. Habia salido Aben Cotan á tierra de Toledo para buscar algunos auxiliares que favoreciesen el partido de Husâm ben Dhirar. Entretanto los de Córdoba mantenian el cerco, y se defendian de los combates que daban los de Samail. Toda la tierra de Córdoba padecia los estragos de la caballería y gente que enviaba Thueba para entrar la ciudad. Los buenos Muslimes confiaban en los socorros que allegaría Aben Cotan, y aconsejaban que se mantuviese el cerco. La juventud acalorada é impaciente murmuraba que el Amir habia perdido en la prision el valor y la inteligencia en cosas de guerra: le ofendieron estas hablillas, y por acreditar su valor salió con pocos y escogidos Yemaníes: acometieron á los de Samail, que no esperaban esta salida, y rompieron y desbarataron cuantos se les pusieron delante, dejando el campo cubierto de heridos y muertos. Con esta salida los de la ciudad se envanecieron y se ofrecieron voluntarios á otra muchos Arabes, Syros y Africanos; y por manifestar Husâm cuan bien sabia menear las armas quiso tambien salir acaudillando esta inconsiderada juventud. Habia Samail dispuesto que á la parte que hiciesen salida, las tropas cediesen campo fingiendo retirarse peleando, y preparó escogida gente de caballería, que les tomase el costado y les cortase la retirada. Así acaeció: la gente de Husâm, siguiendo á su Amir, atropellaron á los cercadores, que se fueron retrayendo hasta que llegó el punto de salir la caballería preparada, que envolvió á los de Husâm: peleaba

éste con maravilloso esfuerzo, revolviendo con destreza á todas partes su caballo, y en lo mas ardiente de la refriega cayó pasado de una lanzada. Pocos pudieron volver á la ciudad de los que estaban á su lado, que los mas murieron peleando; y otros llevaron la desgraciada nueva de la muerte de Husâm y la flor de su caballería: así acabó el Amir Husâm
745 ben Dhirar al fin del año ciento veinte y siete, ó ya entrado el ciento veinte y ocho, como dicen otros. Los de Córdoba abrieron las puertas á Samail, atribuyendo la resistencia á los parciales de Abulchatar, y entre otros al caudillo Abderahman ben Hasan y al Wali Aben Cotan, que fueron buscados para entregarlos á Samail, pero no estaban en la ciudad ni volvieron á ella.

CAPITULO XXXVI.

Gobierno de Thueba y eleccion de Jusuf el Fehri.

Desde este dia continuó sin ribal en su Amirazgo Thueba ben Salema el Hezami: Samail fue á su gobierno de Zaragoza y España oriental, y entre ambos gobernaban toda la península, con mas atencion á mantener sus parcialidades que á dilatar las fronteras, ni fomentar el bien general del estado. Los buenos Muslimes veían el abandono de estos caudillos: que á su ejemplo los gobernadores de las provincias y los caudillos de las fronteras miraban sus pueblos como rebaños que les pertenecian, y los des-

pojaban con voluntarias estorsiones, sin otra ocupacion que vagar armados para sacarles tributos y desusadas contribuciones. Los Muslimes pacíficos padecían poco menos que los Cristianos, y el descontento era general, y cada dia era mas insufrible la gobernacion militar. Los caudillos de cada provincia querían ser dueños independientes de cuanto sus tierras producian: los Walíes de Andalucía pretendían ser obedecidos de los de Toledo y de Mérida: éstos no reconocian superioridad legítima en los de Córdoba ni en los de Zaragoza: todos procuraban acrecentar su partido ganando con franquezas y libertades los ánimos de los alcaides y capitanes de frontera, y todos se disponían á conservar sus pastos y rebaños á fuerza de armas contra quien quisiese invadirlos. Así estaba España dividida entre Yemaníes ó Arabes del Yemen, Egipcios, Syros y Alabdaríes, y sin un Amir con autoridad legítima que los gobernase y mantuviese los pueblos en justicia: por las revueltas de Oriente y de Africa no se podia esperar que de alli viniese el remedio de estos males. Los mas nobles Arabes Cahtaníes y otros del Yemen, y algunos Egipcios, viendo las calamidades que amenazaban estas divisiones de los que gobernaban, y las locas pretensiones de algunos caudillos, propusieron que se celebrasen juntas pacíficas, para tratar en ellas lo que convenia á la seguridad y bien general de los pueblos. Muchos por sus intereses particulares no querían que se hiciesen estas congregaciones ó ayuntamientos, porque no se estableciesen en ellos ordenanzas ó nuevas autoridades que perturbasen su absoluta goberna-

cion. Despues de muchas dificultades se congregaron los Walíes y principales caudillos, y persuadidos por los ancianos Cahtaníes y Egipcios se convinieron en que debia elegirse un Amir que tuviese autoridad sobre todos, que los Walíes y caudillos le obedeciesen, que él proveyese los gobiernos de las provincias y ciudades, y el mando de las tropas de frontera en quien quisiese, y por el tiempo que estimase conveniente: que él solo tuviese la suprema autoridad, el interés y el cuidado del bien y seguridad de todos los pueblos, y que todos le ayudasen á mantener el órden, la sumision y la justicia: que fuese hombre de valor y prudencia, que no hubiese sido cabeza de ningun partido, ni ferviente parcial de ninguno de los bandos que tenian divididas las gentes. Por comun consentimiento fue nombrado Amir de España Jusuf ben Abderahman ben Habib ben Abi Obeida ben Ocba ben Nafe el Fehri: era de la alcabila Coraixi; y segun Muhamad ben Huzam en su libro intitulado Universal de linages, Ocba ben Nafe, el conquistador de Africa, fue padre de Obeida; y Obeida fue padre de Habib, el que mandaba en España cuando se quitó la vida á Abdelaziz ben Muza ben Noseir, y este Habib fue padre de Abderahman, que fue caudillo en Africa, y padre de Jusuf el Fehri, que vino á España, y por sus virtudes y nobleza fue muy estimado en ella y respetado de todos, así de los Muslimes como de los Cristianos. Nunca llevó la voz de ningun bando, ni era contrario ni enemigo particular de ningun caudillo. Cuenta Aben Hayan que se celebró esta

junta general, en que nombraron á Jusuf el Febri Amir de España, en la luna de Rebie segunda, año ciento veinte y nueve. 746

Toda España aplaudió tan acertada eleccion, y descansó llena de buenas esperanzas. Thueba ben Salema habia fallecido poco antes de estas juntas y eleccion en fin del año ciento veinte y ocho: Samail y Amer ben Amrû el Coraixi, cabeza de los Alabdaríes, y Amir del mar de las costas de España, aunque en su corazon se sentian ofendidos, no lo manifestaron; porque las excelentes prendas de Jusuf eran como las luces del sol, que á su vista desaparecen y se ocultan las estrellas. Dió Jusuf el gobierno de Toledo á Samail, y el de Zaragoza al hijo de Samail, por consideracion á sus méritos, nobleza y opinion general, y por templar el disgusto interior que podian tener con esta muestra de honra y de estimacion. Como las comunicaciones con Africa y Syria estaban cortadas, suprimió el cargo de Amir del mar que tenia Amer ben Amrû, y le dió el gobierno de Sevilla. Preciábase Amer de biznieto de Mosab, alferez del Profeta en la batalla de Bedre: era muy poderoso, y habia construido un magnífico palacio en Córdoba, fuera de sus muros, á la parte de Poniente de la ciudad, y un espacioso cementerio que se llamó de su nombre á la misma parte y enfrente de la puerta de aquel lado: grandes eran sus riquezas y muchos sus parciales, y todavía mayor su ambicion, y así no tardó mucho tiempo sin principiar á perturbar la apacible calma establecida, que tanto convenía al gobierno de España; porque los ambicio-

sos son como el mar, que siempre está en movimiento, y el mas leve viento lo inquieta.

CAPITULO XXXVII.

Gobierno de Jusuf el Fehri, y division de las provincias de España.

Visitó Jusuf las provincias, oyó las quejas de los pueblos, puso nuevos gobernadores donde convenía, removió de sus cargos á muchos por injustos y crueles. Mandó restituir los caminos militares de Andalucía á Tolaitola [1], á Mérida, á Alisbona y á Asturica, y á Saracusta y Tarracona: reparó los puentes derribados, y aplicó para estas obras y para las Aljamas la tercia parte de los productos de cada provincia. Empadronó todos los pueblos de España, y la dividió toda y las ciudades de ella en cinco provincias de seis que solían ser en tiempo de los Godos, como habia antes hecho el Amir Ocba ben Nafe. La primera provincia Andalucía, que antes decian Beitica del Beti, rio de Córdoba, desde su nacimiento hasta que entra al mar Océano, y de lo que este rio ciñe, y lo que está del otro lado de él hasta la embocadura del Guadiana en el mar, y las tierras contenidas como bajan las vertientes de los montes hasta el mar en-

---

[1] Ha parecido conveniente dejar aquí los nombres de las ciudades con las alteraciones que recibieron de los Arabes: en el índice geográfico estan declaradas.

tre ambos rios: sus principales ciudades Córdoba, Esbilia, Carmona, Estija, Talica, ciudad cerca de Esbilia, antigua casa real de los Eparcos de España, Sidonia, Arcos, Libla, Málaga, Elbira, Jayen, Arjona, Castolona, Alturja, Cabra, Bulcona [1], Astaba, Ossona, y otras pertenecientes á las comarcas y jurisdiccion de las principales. La segunda provincia de Tolaitola, que decian antes de Cartagena, dilátase esta provincia desde la falda oriental de las sierras de Córdoba y de Castolona, estendida por grandes espacios intermedios, y del otro lado al Guf ó parte boreal de Gibal Axarrat, detras las sierras de Guadaramla, llegando hasta las montañas del otro lado del rio Duero, como bajan á él todas sus vertientes, y hácia Oriente hasta las sierras en donde este rio nace, estendiéndose hácia el Mediodia hasta la costa del mar de Syria: sus principales ciudades Tolaitola, Ubeda, Bayeza, Mentiza, Wadiacix, Basta, Murcia, Bocastra, Mula, Lorca, Auriola, Elixe, Xatiba, Denia, Lucante, Cartagena, Valencia, Valeria, Segovia, Segobrica, Ercabica, Wadilhijara, Secunda, Ocxima, Colounia, Cauca, Balância, y otras poblaciones pertenecientes á las comarcas de las principales. La tercera provincia de Mérida, que se decia antes de Lugidania y de Galicia, estiéndese á la parte de Algarbe, del lado occidental del Guadiana

---

[1] Bulcona, ahora Porcuna, esto es de Obulcona, que oyeron decir á los naturales, derivacion de Obulco, sin necesidad de delirar con inscripciones romanas y sacrificios de puercos para indagar el origen de su nombre.



hasta el mar Occéano, donde el sol se pone, y hácia el Guf ó Norte por toda Lugidania y Galicia hasta las costas que baña el mar Británico, y como bajan todas las vertientes de los montes del Bergido al rio Duero, y de los montes de Galicia al rio Minio y al mar de Poniente, y al del Guf ó de Britania: sus principales ciudades Mérida, Beja, Baracara, Dumio, Alisbona, Portocale, Tude, Auria, Luco, Astorica, Samora, Iria, Vetica, Ossonoba, Egitania, Colimbiria, Beseo, Lamico, Caliabria, Salamántica, Abela, Elbora, Iabora, Cauria, y otras menos considerables pertenecientes á las comarcas y jurisdiccion de las principales. La cuarta provincia de Saracosta, que antes llamaban Celtibéria, se estiende desde la falda oriental de los montes de Ercabica y del otro lado de las sierras, donde nace el rio Tajo, por todas las tierras de España oriental, cuyas vertientes descienden de ambos lados al rio Ebro hasta dentro en los montes de Albortât y montes Albaskenzes: sus principales ciudades Saracusta, Tarracona, Gerunda, Barcilióna, Egara, Empuria, Ausona, Urgelo, Lérida, Tortusa, Wesca, Tutila, Auca, Calahorra, Bambolona, Tarazona, Barbastar, Acoscante, Amaya, Jacca, Segia, y otras pertenecientes á las comarcas de las principales. La quinta provincia de Narbona, que está en tierras de Afranc y se dilata desde la falda oriental de los montes de Albortât, como descienden las vertientes hácia el mar de Damasco, entre los montes y la costa del mar hasta el rio de la ciudad Nemauso, que entra en el rio Rodano: es tierra de frontera con-

tra las gentes de Afranc: sus principales ciudades Narbona, Nemauso, Carcasona, Caucoliberi, Betieras, Agada, Macalona, Lotuba, Elena, y otras de menos nombre que pertenecen á sus comarcas.

Envió Jusuf el Fehri á su hijo Abderahman, llamado Abulaswad, con escogida gente de apie y de acaballo á las fronteras de Afranc con el Ocaili, primo de Samail, que era caudillo de la gente de Syria, y con Suleiman ben Xiheb, que mandaba tropas egipcias, para contener á los rebeldes que habian inquietado las fronteras aprovechando la ocasion de las desavenencias de los Muslimes de España.

CAPITULO XXXVIII.

Del imperio del Califa Meruân, último de los Omeyas en Oriente.

Loado seas, Señor Dios, dueño de los imperios, que das el señorío á quien quieres, y quitas el señorío á quien quieres, y honras á quien quieres, y humillas á quien quieres, en tu mano está el bien y el mal, y tú eres sobre todas las cosas poderoso. Ordenado estaba en los eternos decretos que acabase en Oriente la felicidad y el reynado de los Beni-Omeyas. Los últimos Califas de esta dinastía, Jezid y Meruân, despreciaron, que no debieran, las pequeñas centellas de rebelion que abrigaban los Beni-Alâbas con políticos disimulos, desestimando aquellos avisos que en excelentes versos envió el cau-

dillo Nasir ben Seyar al Califa Meruân, diciéndole:

Entre la ceniza fria vi lucir leves centellas,
Yo temo que han de llegar á ser llamas descubiertas:
Si acaso no las apaga con tiempo mano discreta,
Lo que estas llamas abrasen no será monte ni selva,
Sino gente, que la vida entre sus incendios pierda:
Dije viendo tal vision, con admiracion de verla:
¡Oh, quién á menos distancia ahora saber pudiera
Si la sucesion de Omaya duerme á sueño suelto ú vela!

Así fue, que encendidos los ánimos con las sugestiones de Abu Muslema, ardió el estado en discordias y descubierta guerra civil. Para dar mayor impulso á la ruina de esta alta casa de Omeya, cayó tambien su apoyo y principal columna el Walí Nasir ben Seyar, y con él todas las esperanzas
748 del estado: esto fue año ciento treinta y uno, y en ocasion tan peligrosa depuso el Califa Meruân del gobierno de Egipto á Guayara ben Sahli, y puso en su lugar á Abdala ben Magbara, que murió poco despues. Envió en su lugar á Abdelmelic, hijo de Muza ben Noseir, y confirmó al Amir de Africa Abderahman ben Habib, que tenia este gobierno por su propia autoridad. Asimismo aprobó y confirmó la eleccion de Amir hecha en España en Jusuf el Fehri, ó fuese confianza, ó disimulo por no poderlo impedir. En todas las provincias se le rebelaban los gobernadores, y los que se querian oponer á los desleales quedaban vencidos. Los gobernadores de las ciudades, siguiendo el viento de la fortuna que soplaba, las entregaban al vencedor

y rebelde Asefah aun antes que intentase tomarlas, y todos se le ofrecian y se ponian de su bando. Así facilitaron á Abdala Abulabâs Asefah la violenta subida al trono de los Califas.

Por industria y valor de su Waizir Abu Muslema fue Abdala proclamado; y sin perder tiempo, tan precioso en estas ocasiones, envió á su tio Abdala con numerosa hueste á perseguir al Califa Meruân. Encontráronse ambas huestes en Turab, cerca de Musul, la batalla fue muy sangrienta, y mas de treinta mil hombres murieron á lado de Meruân. Huyó el vencido Califa y las pocas tropas que escaparon de la espada del vencedor se ahogaron en el [1] Forat: este dia y en este paso del rio murió ahogado Ibrahim, el Califa depuesto. Fatalidad de los eternos decretos, que muriese Ibrahim peleando por conservar el imperio al que le habia despojado de él. El sin ventura Meruân llegó á Quinsarina, y Abdala le siguió con la flor de su caballería. No creyéndose allí seguro Meruân, que no lo está el infeliz aunque se esconda y encarame en los nidos de las águilas, sobre las altas rocas, ni evitará la saeta de la poderosa mano del hado, aunque se suba á las estrellas, partió á Hemesa. Los de la ciudad al principio le hicieron buena acogida; pero cuando entendieron las circunstancias de su derrota, y el mal estado de sus cosas, le obligaron á salir de su ciudad, y se declararon por su enemigo. Llegó á Damasco, y sin confiar en esta su ciudad, pasó á Palestina, y cerca de

---

[1] Forat, el rio Eufrates, que nace en las sierras de Armenia y va al golfo Pérsico.

Alardania le alcanzó Abdala que le seguía como el hambriento pardo á la tímida gazela. Trabóse una sangrienta escaramuza, en que se retiraron vencidos los de Abdala: tanto puede el desesperado valor. Desairado y ofendido de este rebés de su fortuna quitó el Califa Abdala Asefah el mando de las tropas á su tio Abdala, y lo encargó á su hermano Saleh.

Meruân, perseguido siempre de su contraria fortuna, huyó á Egipto con las tropas que todavía le quisieron seguir, que no eran muchas: iba Saleh en su alcance, y en unas alquerías de Saida, que llaman Busir-coridas, alcanzaron su campo el dia vein-
749 te y siete de Dylhagia año ciento treinta y dos: acometieron los de Saleh con ventaja, y la resistencia de los del Califa duró poco tiempo, porque Meruân cayó muerto en los primeros encuentros. Cuéntase que un vil soldado, que antes vendía granadas en la plaza de Cufa, le cortó la cabeza y la presentó á Saleh: mandó éste desmehollarla para enviarla canforada á su primo el Califa Asefah, que ya habia ocupado el palacio de los Califas en Cufa. Como para prepararla y embalsamarla hubiesen arrancado su lengua, una fuina la arrebató: lo que se tuvo por castigo divino por las impiedades que Meruân solia decir. Así lo referia Saleh en su carta y versos, que con este motivo escribió á su primo el nuevo Califa.

Dios te dió triunfo y victoria *en las batallas de Egipto,*
Y la muerte á Meruân *por temerario é impío:*
Mira cual su lengua paga *cuantas blasfemias ha dicho,*
Pues la arrastra y la devora *vil fuina de cortijo:*
Aquí vimos á las claras *cómo el Señor del destino*
A los impíos tiranos *les da su justo castigo.*

Despues Saleh se volvió á Syria, y dejó en el gobierno de Egipto al caudillo Abu Aunila. Cuando presentaron al Califa Asefah la cabeza de Meruân en Cufa se postró y dió gracias á Dios por la muerte de su enemigo. Los hijos del Rey Meruân se salvaron huyendo á Etiopia, donde los negros peleando contra ellos mataron á Obeidala: su hermano Abdala escapó con alguna gente y anduvo vagando á diversas partes, hasta que en el califado de Almehdi cayó en manos del gobernador de Palestina Nasrû ben Muhamad ben Alaxat, que lo envió al Califa Almehdi. La familia de Meruân, sus hijas, mugeres y esclavas fueron presentadas á Saleh, y mandó que las llevasen á la ciudad de Harran, donde Meruân solia tener su corte parte del año. Las desgraciadas al entrar en aquella hermosa ciudad, y ver sus alcázares y deliciosos jardines, ya no suyos, lloraron con lastimosos lamentos, y se quejaron en vano de su enemiga fortuna. Tenia Meruân cuando murió sesenta y dos años: habia reynado cinco, diez meses y quince dias: era blanco de color, de ojos garzos, la cara magestuosa, barba densa y bien puesta, y de mediana estatura: de grande ánimo, muy valiente, de entendimiento y consejo muy agudo: sino que ya se habian acabado su imperio y fortuna con los dias de su felicidad, y se habian de acabar en infortunio y desgracias; por eso no aprovecharon su buen consejo y agudeza. Fue su sobrenombre Abu Abdelmelic y Alhemarû, y tambien le decian el Giadi porque seguia la opinion de los Algiades, que eran los que decian que el Alcorán y el Hado eran criaturas: su madre era de nacion Curda. Este fue el último Ca-

lifa de los Omeyas, que todos fueron catorce.

No será inoportuno abreviar aquí sus nombres, y el tiempo que duró el califado de cada uno. El primero se llamó Moavia ben Abi Sofian; duró su imperio diez y nueve años, tres meses y veinte y siete dias. Este solía decir: que los Príncipes son la fortuna buena y mala de los hombres en este mundo porque levantamos y engrandecemos á quien queremos, y abatimos y humillamos á quien se nos antoja. El segundo fue Jezid, hijo de Moavia sobredicho; duró su imperio tres años y seis meses. El tercero se llamó Moavia, hijo de Jezid ben Moavia; reynó tres meses, otros dicen cuarenta dias. El cuarto se llamó Meruân ben Hakem; fue Califa nueve meses y diez y ocho dias. El quinto se llamó Abdelmelic, hijo de Meruân; reynó trece años y cuatro meses menos siete dias. El sexto se llamó el Walid, hijo de Abdelmelic ben Meruân ben Alhakem, que fue muy venturoso en sus cosas, en su tiempo se conquistó la España, engrandeció la ciudad de Damasco con magníficos edificios; y duró su venturoso imperio nueve años y siete meses. El séptimo se llamó Suleiman, hijo de Abdelmelic; fue Califa cuatro años y ocho meses. El Octavo se llamó Omar ben Abdelaziz, fue Califa dos años y cinco meses. El nono fue Jezid ben Abdelmelic; reynó cuatro años y un mes. El décimo se llamó Hixêm ben Abdelmelic; reynó diez y nueve años, nueve meses y dias: los hijos de este Califa pasaron á España perseguidos por los Califas de Beni Alabâs, y establecieron en ella su imperio. El onceno se llamó el Walid, hijo de Jezid ben Abdelmelic ben Meruân; reynó un año y tres

meses. El duodécimo se llamó Jezid, hijo de Walid ben Abdelmelic, fue llamado el Nakis por los soldados; reynó cinco meses y doce dias. El décimotercio se llamó Ibrahim, hijo de Walid ben Abdelmelic, hermano de Jezid el Nakis; reynó cuatro meses, otros dicen setenta dias, pues fue depuesto, y años siguientes murió ahogado en el rio Azabo cuando perdió la batalla el Califa Meruân, como ya hemos dicho. El décimocuarto y último de los Omeyas se llamo Meruân, hijo de Muhamad ben Meruân ben Alhakem, que le llamaban el Giadi; reynó cinco años, diez meses y quince dias, murió peleando en Egipto, donde perdió su ejército.

CAPITULO XXXIX.

De otros sucesos trágicos de los Beni Omeyas despues de la muerte de Meruân.

Ahora dirémos el suceso de los Beni Omeyas despues de la muerte del Califa Meruân, las persecuciones y muertes de ellos, siguiendo el órden del tiempo. Cuentan los historiadores que despues de la muerte de Meruân, acabado el imperio de los Omeyas, quedó de esta familia Soliman, hijo de Hixêm ben Abdelmelic, el décimo de estos Califas, el cual con su hermano Abderahman alcanzaron del Califa Asefah no solo seguridad, sino estimacion y honras especiales, y estaban bien recibidos en la corte, si no hubiera influido la malignidad de algunos cortesanos contra ellos, entre otros uno llamado Sodaif, que

por algun antiguo agravio que habia recibido de los Omeyas, ó por lisonjear al Califa y á sus parientes, le entró un dia diciendo estos versos:

A tus ojos nunca creas, que la apariencia es falaz,
Y tal vez bajo del brazo puede ocultarse gran mal:
Con la espada se repara, que por eso al lado está,
Y da de mano al azote porque no suele bastar:
Hasta que de todo el orbe en el ámbito capaz
De gentes de Beni Omeya no quede rastro ú señal.

Cuando el Califa oyó estos versos, como su corazon estaba ya muy dispuesto á esta crueldad, mandó matar á Soliman ben Hixêm, y su hermano se libró por estar ausente. Tambien estaban algunos caballeros de la familia de Omeya refugiados y con seguro y muy honrados en la corte de Abdala ben Aly, tio del Califa Asefah: cuentan que eran hasta noventa caballeros, los cuales habiendo sido convidados á un festin, y estando para comer con el tio del Califa, entró en la sala de la concurrencia Xiabil ben Abdala, liberto de los Beni Haxiâm, y dijo estos versos al Príncipe:

Sobre los mas altos montes á este reyno amanecía
Su clara y feliz estrella que lo bañó en luz benigna:
De los nobles Alabazes llegó á su cumbre la dicha
Que todo el mundo anhelaba y Abdelhaxiam [1] merecía:
Y despues que su inconstancia mostró la suerte enemiga,
Cuando de sus pies los alza y otra vez los acaricía,

[1] Este era el abuelo ú tronco de los Alabaces ó Abasidas.

Injusta será, si á un tiempo
su faz muestra compasiva
Con hijos de [1] Abdelxiamsi,
con esa prosapia impía.
Eso no es de recelar
que en saña ayrada los mira,
Y con tristes contratiempos
su justa venganza indica.
Luego sus cercena y corta
de raiz la planta altiva,
Y della no quede rama
que pueda dar sombra un dia.
Acaben tambien al golpe
los que su bando seguían:
Con halagüeño semblante
hoy tus umbrales visitan:
Sabe que contra tí son
acicaladas cuchillas,
Que cortan sin compasion
y estan sedientas de vidas.
Ahora yo, que te quiero,
y los que tu riesgo excita
Sienten verlos en tu alcázar
pisando tus alcatifas,
Y que en él se ven honrados
con tal regalo y estima:
Pues que Dios los humilló,
¿por qué tú no los humillas?
Salgan luego de tu casa,
no tengas dellos mancilla:
De Alhusein [2] y Zaydi [3]
no olvides la muerte indigna,
Ni á quien en su propia cama
robaron la dulce vida:
Y aquel ínclito [4] varon
que en Harran amanecía
Por las calles arrastrado,
muerto con alevosía,
Y olvidado entre extrangeros,
venganza, venganza, grita.

---

[1] Este fue el abuelo ú tronco de los Omeyas.

[2] Alhusein fue hijo de Aly, hijo de Abi Taleb, tio del Anabi Mahomad y hermano de Abâs, progenitor del Califa Asefah: este Husein fue asesinado por órden de Jezid, segundo Califa de los Omeyas: le cortaron la cabeza, y el cadáver fue arrastrado y pisado de la gente y caballos en las calles.

[3] Zaydi, hijo de Husein, vencido en batalla y muerto por órden del Califa Hixêm ben Abdelmelic: su cadáver estuvo puesto en un palo mientras reynó aquel Califa de los Omeyas.

[4] Este fue Ibrahim, el hermano del Califa Asefah, muerto en su prision.

Entonces Abdala, tio del Califa Asefah, mandó azotar hasta que muriesen á los noventa caballeros de la familia de Omeya, y luego se hizo, y cayeron desfallecidos en el suelo, y entonces hicieron estender los estrados sobre ellos, y las gentes comieron sobre aquellas alfombras, oyendo los gemidos de aquellos sin ventura hasta que murieron. No contento de esto hizo Abdala que abriesen los sepulcros de los Califas que estaban sepultados en Damasco, y sacaron los huesos de Moavia ben Abi Sofian con los de Jezid, su hijo, y los de Abdelmelic ben Meruân, y los de Hixêm, su hijo, que hallaron su cadáver sano, y lo mandó poner en un palo: despues lo mandó quemar y esparcir sus cenizas al viento. ¡Inhumana venganza contra los muertos! Persiguió á todos los de esta família y real casa de Omeya, hasta intentar que no quedase de ella ni chico ni grande: por otra parte los perseguía con la misma crueldad Soliman ben Aly, otro tio del Califa, que hizo morir muchos de ellos en la ciudad de Basra, y los hizo echar al campo, y que nadie los enterrase para que los perros los comiesen y las aves carnívoras. Los que pudieron se huyeron disfrazados, vagando por diversas partes del mundo.

CAPITULO XL.

De la guerra civil de los caudillos árabes en España.

En este tiempo en España el Amir Jusuf el Febri se hacía temer de todos por su severidad y justicia, aunque los descontentos ó émulos de su poder decian que no era su justicia sino contra sus rivales ó estraños, que para los de su casa y sus amigos su copa era de miel, y para los demas de amargos ajenjos. El que se manifestaba mas libre y mas desafecto fue Amer ben Amrû el Coraixi, caudillo que era cabeza de los Alabdaríes, y por sus muchas riquezas y grandes alianzas con los mas poderosos de España nada temía: se habia enemistado con Samail Wali de Toledo y con su hijo, que tenia el gobierno de Zaragoza, y de esto estaba ofendido: solicitó alguno de estos principales mandos, y desayrado en sus pretensiones principió á fomentar la sedicion y discordia civil; ya desde el año ciento 749
treinta y dos andaba inquietando los ánimos, ganando á los alcaides de algunas comarcas con dádivas y promesas.

El Amir de España receloso de su conducta, y avisado de las maquinaciones sediciosas de Amrû, no se descuidó en seguirle sus pasos y averiguar sus intentos, temiendo que su mucho crédito y riquezas viniesen á ser fatales á los pueblos de España. Llegó á manos de Jusuf el Febri una car-

ta que Amer ben Amrû había confiado á un Syro su ahorrado, gente leve é infiel cuando los estimula su natural codicia con alguna nueva esperanza de logro: éste le entregó la carta, y bien pagado fingió su viage pasando al Egipto. Escribía Amer al Califa de Damasco, diciéndole: que Jusuf gobernaba la España como absoluto dueño de ella: que él y sus amigos la tenian repartida entre sí como si fuese herencia propia: que no se oía el nombre del Califa en España, ni de quien se preciase de serle obediente: que llevado de su celo y respeto á la autoridad del Amir de los fieles y legítimo Califa se lo participaba para que providenciase el conveniente remedio: que contase con su obediencia y la de sus parciales, que eran muy poderosos: que no confiase en Samail ni en su familia, que éstos tenian parte en la tiranía y mal gobierno de Jusuf el Fehri. Dió parte de esta carta á Samail y á su hijo, y acordaron que era menester asegurarse de Amer ben Amrû, y procurar su muerte si no habia otro remedio.

Estaba en este tiempo Samail en su casa, que tenia en la ciudad de Secunda [1]; y sabiendo que Amer ben Amrû pasaba con algunos sus parciales cerca de esta ciudad, intentó Samail que algunos caballeros de su compañía saliesen como acaso al camino, y lo prendiesen ó llevasen con engaños á Secunda. Salieron los de Samail, y viendo que los que acompañaban á Amer ben Amrû eran en mayor número, los saludaron, y con muestras de amis-

[1] Puede ser Sigüenza.

tad los convidaron con sus casas y hospedage. Lo aceptó Amer bien ageno todavía de que sus maquinaciones fuesen sabidas en España: recibidos en Secunda, cuando en el palacio de Samail cenaba éste con sus principales secuaces, se oyeron las voces de los que primero se habian adelantado á desarmar su gente: con maravillosa presteza saltó Amer de la mesa, y con su espada se abrió paso como un rayo, y mezclado en la confusion de los que se resistían y peleaban en los patios se salvó con pocos de los suyos, que allí quedaron muertos la mayor parte de ellos. En vano los buscaron y persiguieron los de Samail, que mas ligero suele correr el perseguido. Luego fue abierta la guerra y descubierta la parcialidad. Allegó Amer sus gentes, y ardiendo todos en deseos de venganza corrieron por todas partes á las armas. Cuentan algunos que Amer fue prevenido de lo que contra él se intentaba aquella noche un poco antes por su Alcatib ó secretario, que se llamaba Alhebâb, que era de Beni Zahira, que oyó palabras de sospecha entre la familia de Samail. Por todas partes andaban los agentes de Amer excitando á la venganza de la sangre de los nobles Arabes derramada alevosamente en la ciudad de Secunda, que fue desde este dia un monumento de horror y de compasion para los honrados Muslimes. Como esta perfidia era pública, y los intentos y maquinaciones de Amer ben Amrû secretos y desconocidos, gran parte de los Arabes Yemaníes y Cahtaníes se declararon en su favor, y engruesaron sus compañías. Cuanto se publicaba por el Amir Jusuf y por Samail se tenia por falso y

como vanas escusas de su maligna intencion frustrada contra sus esperanzas: todos lo atribuían á la envidia y antigua enemistad de Samail y de los suyos contra Amer ben Amrû.

Con sus muchas riquezas y el favor de Husein Ocaili y de otros caudillos Yemaníes y Berberíes allegó Amer una buena hueste, y entró en tierras de España oriental, y se dirigió á las comarcas de Zaragoza, donde menos recelaban sus enemigos. Luego fue avisado Samail del golpe que amenazaba á su hijo, y con la caballería que de presto pudo juntar fue contra los Alabdaríes: supieron éstos su marcha, y con mucha diligencia salieron á encontrarle: aprovecháronse de la asperéza de la tierra por donde Samaîl debia pasar, pelearon con él en las sierras donde su caballería no hacía efecto alguno, y fatigada de las largas marchas cuando salió de las fragosidades ya estaba sin brio y muy disminuida. Así á pesar del valor y de la destreza los Alabdaríes quedaron vencedores, y fue forzoso á Samail encerrarse en Zaragoza. Cercaron la ciudad los Alabdaríes con grandes esperanzas de rendirla; pero Samaîl la defendía con igual valor y con mucha inteligencia. Los combates eran frecuentes: en los rebatos y salidas hizo Samail mucho daño á sus enemigos, y como las provisiones fuesen escaseando en la ciudad, determinó salir de ella dejando á su hijo la gente mas apropósito para la defensa, en tanto que llegaba el auxilio que esperaba de Toledo y de Córdoba. Salió de la ciudad Samail con su gente y muy buena caballería: pelearon con los de Amer ben Amrû, que no pudieron contener su

impetuosa salida, y aunque en el desórden recibieron harto daño, luego vieron que el intento habia sido dejar la ciudad, y confiaron entrar en ella sin mas resistencia. Todavía mantuvo la ciudad el hijo de Samail defendiéndola con mucha constancia. El campo de los Alabdaríes se dividió, y mientras Amer ben Amrû continuaba en el cerco, su hijo Wahib y el caudillo de los Cahtaníes Husein ben Adegiam el Ocaili partieron siguiendo á su primo Samail, con quien trabaron algunas escaramuzas en su retirada. Entretanto, apurados los recursos de la ciudad, y dilatándose el sitio, reducidos á mucho extremo los defensores se dispusieron á dejar la ciudad en manos de sus enemigos: con mucho secreto prepararon su salida valiéndose de la oscuridad de la noche, cuando los fuegos de los que cercaban la ciudad estaban casi apagados. Fue la salida á la tercera vela de la noche: todo estaba descuidado en el campo y en la ciudad. Caminaron con mucho silencio hasta llegar á las fosas que rodeaban las avenidas de la ciudad: allí acometieron con ímpetu, y degollaron cuantos se ofrecieron al paso, y con harta felicidad rompieron la circunvalacion sin perder un hombre. Amrû á la venida del dia fue recibido por los habitantes que le manifestaron que no habian tenido parte en la resistencia ni defensa, sino como forzados por su Wali; y Amer ben Amrû los aseguró y les ofreció su fe y amparo siéndole obedientes. Fue la entrada de Alabdari en Zaragoza el año ciento treinta y seis. Dió el gobierno de ella 753
á su hijo Wahib, y luego avisó á sus parciales es-

ta ventaja. Salió á reunirse con Husein para perseguir juntos á Samail y á su hijo, que se habia retirado á los montes. Cuando Jusuf el Fehri esperaba que Samail destruyese á sus comunes enemigos los Alabdaríes, quedó espantado y lleno de saña al saber que habia abandonado la ciudad, y toda la España oriental; así con la mayor diligencia partió en su ayuda con mucha caballería. Fue en este tiempo cuando aparecieron en Córdoba tres soles muy pálidos [1], y á la parte del Guf ó boreal una terrible guadaña de fuego, y todo el cielo como color de sangre, que ponía espanto á las gentes que la veían. Señales ciertas y presagios de las desolaciones que se siguieron, y de las sangrientas guerras que afligieron estas tierras.

Se unieron en Toledo á las tropas del Amir Jusuf las que ya estaban dispuestas por órden del Wali de ella Samail, que habia enviado sus cartas á sus alcaides y gobernadores de sus ciudades: toda España se puso en armas, y los caudillos muslimes que estaban en las fronteras ya dirigian sus banderas á lo interior de la península para destruirse en horrorosa guerra civil, divididos en contrarias parcialidades. Amer ben Amrû y Husein el Ocaili allegaron numerosas huestes, y Wahib el hijo de Amer se adelantó á pelear en las sierras contra las tropas de Andalucía. Los habitantes de las poblaciones las abandonaban, y se huían sin saber adon-

---

1 Este fenómeno de los tres soles es cosa natural, y en diez y nueve de enero del año mil setecientos ochenta y siete se vió en la villa de Caspe en Aragon por la mañana.

de ir: las tropas de ambas huestes abrasaban las poblaciones para quitar toda comodidad á sus contrarios, y en esta sangrienta guerra civil desaparecieron algunas de que solo restan las ruinas ó cenizas.

Así estaban divididos los gobernadores de España, y sus pueblos llenos de esperanzas y temores: de esta desavenencia y cruel guerra civil procedió la union y buen consejo de los principales Muslimes, el bien comun de los pueblos de la peninsula y el establecimiento en ella del imperio de los Beni Omeyas.

En cuarenta y cinco años que habian pasado desde la conquista España fue gobernada por veinte Amires ó caudillos principales, segun cuentan nuestros ancianos, cuyos nombres ya he referido, si bien en el tiempo y duracion del mando de cada uno hay en los historiadores algunas diferencias. El tiempo que de ellos hemos referido es de cuarenta y cuatro años y siete meses; y aun en esto hay alguna leve discordancia en nuestras memorias. Entró Taric ben Zeyad el Sadfi, y mandó solo en España un año: entró Muza ben Noseir el Becri, y mandó él y su hijo Abdelaziz casi tres años, y estuvo España sin Amir casi [1] dos años, hasta que las tropas hicieron su adelantado ú caudilllo á Ayûb ben Habib el Lahmi, que era hijo de la hermana de Muza ben Noseir, y mandó seis meses: entró en España Alhaûr ben Abderàhman el Thakefi, y

[1] Edobi dice que estuvo España sin Amir casi un año, y así otros escritores.

mandó un año y siete meses: entró Alsama ben Malec el Chulani, que mandó por órden del Califa Omar ben Abdelaziz dos años y siete meses: entró Ambisa ben Sohim el Kelebi, y tuvo el mando cuatro años y cerca de cinco meses: entró Yahye ben Salema, y mandó en España un año y cerca de seis meses: hubo luego el gobierno Hodeifa ben Alhaûs, y mandó cerca de seis meses: despues hubo el gobierno Otman ben Abi Neza el Chemi, y mandó un año y cerca de seis meses: luego hubo el gobierno Alhaitam ben Obeid el Kenâni, y mandó cerca de cuatro meses: despues de él hubo el mando Abderahman ben Abdala el Gafeki, que gobernó dos años y cerca de siete meses: gobernó luego Abdelmelic ben Cotan el Fehri, y estuvo en el mando tres años y dos meses: despues entró Ocba ben Alhegâg el Seluli, que gobernó cinco años y dos meses: luego se alzó Abdelmelic ben Cotan el Fehri contra Ocba, y le depuso, y mandó un año y casi un mes: luego entró Baleg ben Baxir el Caisi, y mandó cerca de seis meses: despues hubo el mando Thaalaba ben Salema el Ameli, y gobernó cerca de cinco meses: luego fue Amir Abulchatar Husam ben Dhirâr el Kelebi, que mandó dos años y ocho meses: despues hubo el mando Thueba ben Salema el Hezami, que gobernó un año y meses, y al mismo tiempo con otro varon [1], que mandó nueve años y once me-

---

[1] Este fue Jusuf ben Abderahman el Fehri, y el otro que indica este fragmento puede ser Samail ben Hatim, que mandó al mismo tiempo, ó alguno de los dos interinos que omite.

ses [1]: dicen que hubo en el gobierno otro varon; pero no sé en verdad sino la historia y sucesion de estos veinte: Dios lo sabe, no hay gloria ni poder sino en Dios Todopoderoso y glorioso.

Série de los Califas de Oriente que fueron Señores de España en esta época.

Walid ben Abdelmelic ben Meruân.
Suleiman ben Abdelmelic.
Omar ben Abdelaziz.
Jezid ben Abdelmelic.
Hixêm ben Abdelmelic.
Walid ben Jezid.
Jezid ben Walid.
Ibrahim ben Walid.
Meruân ben Muhamad ben Meruân.

Amires ó gobernadores de España por los Califas de Damasco desde el principio de la conquista hasta el año ciento treinta y siete de la Hegira, séptimo del gobierno de Jusuf el Fehri.

Taric ben Zeyad el Sadfi.
Muza ben Noseir el Becri.
Abdelaziz ben Muza.
Ayûb ben Habib el Lahmi.
Alhaûr ben Abderahman el Tzakefi.

[1] Segun Hayan y Abu Becre ben Alcutia gobernó Jusuf en España nueve años y nueve meses.

Alsama ben Malic el Chulani.
Ambisa ben Sohim el Kelebi.
Hodeira ben Abdala el Fehri.
Yahye ben Salema.
Hodeifa ben Alhaûs.
Otman ben Abi Neza el Chemi.
Alhaitam ben Obeid el Kenani.
Muhamad ben Abdala.
Abderahman ben Abdala el Gafeki.
Abdelmelic ben Cotan el Fehri.
Ocba ben Alhegâg el Seluli.
Abdelmelic ben Cotan, segunda vez.
Baleg ben Baxir el Caisi.
Thaalaba ben Salema el Ameli.
Husâm ben Dhirar el Kelebi.
Thueba ben Salema el Hezami.
Jusuf ben Abderahman el Fehri.

Los Príncipes Cristianos de España y Francia que se mencionan en esta época.

Ruderic, Rey Godo de España.
Tadmir, Señor de tierra de Murcia.
Atanaildo, sucesor de Tadmir.
Eudon, Duque de Aquitania.
Cárlos Martel, Maire de la casa real de Francia.

SEGUNDA PARTE
DE LA HISTORIA
DE LA DOMINACION DE LOS ÁRABES
EN ESPAÑA.

CAPITULO I.

De Abderahman ben Moavia errante entre los Alárabes del desierto.

Bendito sea aquel Señor en cuyas manos estan los imperios, que da los reynos, el poderío y la grandeza á quien quiere, y quita los reynos, la potestad y la soberanía á quien quiere: Señor Alá, tu imperio solo es eterno y sin vicisitudes, y tú solo eres sobre todas las cosas poderoso. Estaba escrito en la tabla reservada de los eternos decretos que á pesar de los Benî Alabâs, y de sus deseos de acabar con toda la familia de los Beni Omeyas, ya despojada del califado y soberanía del imperio muslímico, todavía se habia de conservar una fecunda rama de aquel insigne tronco, que se estableceria en Occidente con floreciente estado. Abderahman ben Moavia ben Hixêm ben Abdelmelic ben Meruân, mancebo de veinte años, pues habia nacido el año ciento y trece en el

campo de Damasco, se halló, por fortuna, ausente en Zeitun cuando fué la órden del Califa Asefah para darle muerte á él y á su primo Suleiman ben Hixêm ben Abdelmelic, que ambos vivian sobreseguro y honrados en la corte. Luego fue avisado de la muerte de su primo, y de la mucha diligencia con que buscaban su cabeza. Proveyéronle de joyas y caballos sus fieles amigos: se disfrazó, y desconfiando de poder estar desconocido en Syria, huyó de aquella tierra por caminos extraviados: salió de su patria, abandonando los palacios de sus padres y abuelos, sin osar entrar en poblado, que no era persona oscura y desconocida, sino hijo de Príncipes poderosos dueños de aquellas provincias. Anduvo errante y fugitivo desde el año ciento treinta y dos, viviendo entre Beduinos y pastores; y aunque acostumbrado á los regalos de la opulencia, y á las delicias de las ciudades, se acostumbró con facilidad á la rústica y dura vida del campo, como si hubiera nacido en sus valles y rancherías. Estaba cada dia con nuevos sobresaltos, las noches pasaba con desvelo, y á las alboradas era él primero que ponia el freno á su caballo.

Pensando hallar mas seguro asilo en Africa que en Egipto dejó á sus Beduinos y pasó á ella: era gobernador de la provincia de Barca Aben Habib, que debia su autoridad y buena suerte á los Califas Beni Omeyas; pero siguió el ayre de la fortuna que soplaba, y olvidó á sus antiguos favorecedores. Tenia este Wali espiados todos los pasos, y dadas las órdenes para prender al jóven Abderahman, y luego supo que un mancebo de sus mismas señas habia en-

trado en su provincia. Avisó á sus alcaydes, y mandó buscarle en toda la tierra, diciéndoles: que no podian hacer al Califa servicio mas agradable que la prision de aquel fugitivo.

Andaba Abderahman en tierra de Barca, y en todas partes halló gentes bien intencionadas y benéficas que se le aficionaban y deseaban servirle: su edad, su gentileza, cierta magestad que resplandecía en sus ojos, y su condicion afable ganaba los corazones y voluntad de cuantos le trataban. Los Beduinos del aduar en que estaba hospedado fueron una noche alcanzados de una compañia de gente acaballo, enviada por Aben Habib para prender á Abderahman: preguntáronles por un jóven de Syria de tales señas, que los Beduinos no dudaron que buscaban á su huesped Giafar Almanzor, que con este nombre le llamaban ellos, y recelando que no fuese para bien suyo, les respondieron: que cierto, el mismo que buscaban habia salido á caza de leones con otros jóvenes, y debian pasar la noche en un cercano valle. Partieron aquellos emisarios al indicado valle, y los honrados Beduinos llegaron presurosos y manifestaron á su huesped lo que les habian preguntado y sus bien fundadas sospechas: agradecióles con lágrimas y sinceras expresiones lo que por él habian hecho, y acompañado de seis esforzados mancebos del aduar huyó durante la noche, y protegido de sus sombras á procurarse en mas apartados desiertos algun seguro asilo de las asechanzas de Aben Habib: atravesaron grandes llanuras y collados de arenas: oyeron sin temor el rugido de fieros leones; y continuando intrépidos algunas jornadas llegaron á

Tahart [1] donde hallaron generosa acogida. Los hospedó en su casa un noble Xeque de los mas principales de la tribu Zeneta, los visitaron en ella todos los de Tahart, y querian llevarlos á sus casas. No quiso Abderahman disimular aquí su orígen y desgracias, sabiendo la nobleza y generosidad de esta tribu y que su madre Raha procedía de ella. Divulgada esta feliz circunstancia todos los Xeques Zenetes le ofrecieron su amistad y favor, y se acrecentó la buena voluntad que ya le tenian, y producia naturalmente su gentileza y afabilidad.

Entretanto en España continuaba la guerra civil: los Muslimes de la España oriental mantenian el partido de los Alabdaríes, que acaudillaba Amer ben Amrû el Coreixi: los de Andalucía y de tierra de Toledo, conducidos por el Amir Jusuf el Fehri, peleaban con varia fortuna contra ellos en las ásperas sierras de las fuentes del Tajo, posiciones dificiles que favorecían á los Alabdaríes, que tenian pocos caballos, y en ellos consistía la fuerza de la hueste de Jusuf el Fehri: se distinguió con hechos muy señalados el caudillo Wahib, hijo de Alabdari, en esta
753 guerra de montaña el año ciento treinta y seis, y

[1] Tahart era la capital del Algarbe medio, en Mauritania: estaba este lugar á cuatro jornadas de Telencen, que decimos Tremecen; y en este tiempo no era todavía ciudad, sino una Cora ó provincia habitada por las tribus Zenetas en varias poblaciones y valles: se llamó ciudad cuando se aumentó la poblacion con la concurrencia de los pueblos dependientes, como Tenes, Bersec, Beni Mazgana, Tadales, Begaya, Gigel, Meliana, Alcala, Mesila, Gadir, Mocrá, Necaus, Tobna, Kosantina, Baes, Bagaya, Tifas, Dar Madin, Tarma, Dar Malul y Melila.

parte del ciento treinta y siete. Era el furor y la enemistad igual en ambas partes: los campos se talaban, los pueblos se destruían, todas las provincias estaban inquietas, y los habitantes sin seguridad y sin justicia; gravados con arbitrarias y violentas exacciones; forzados á seguir, segun las vicisitudes de las armas, uno ú otro partido, detestando en su corazon de ambos.

CAPITULO II.

Del consejo de los Xeques de Syria y Egipto establecidos en España.

En este tiempo de calamidad algunos buenos Muslimes de los que habian entrado en España el año ciento y trece del ejército de Coltum ben Ayadh el Maanic, entre otros Husâm ben Melic de Damasco, Hosain ben Adagim el Ocaili, Hayût ben el Molemis Hadrami de Hemesa, Temam ben Alcama Abu Galib, Wahib ben Zahir, caudillos de gente de Syria establecida en España; en todos ochenta varones de integridad y prudencia, que veían con dolor los interminables males de la guerra civil, y el fuego de general discordia que incesantemente se encendia y acrecentaba: pospuesto todo temor, pero con la conveniente reserva y discrecion, se juntaron en Córdoba á conferir y consultar sin pasion, ódio ni enemistad con los de ninguno de los dos partidos, qué remedio podia hallarse para acabar la guerra civil, y establecer en España un gobierno justo é independiente que asegurase la paz y quietud de los pueblos,

la buena y constante administracion de justicia, la observancia de la ley, el premio de los buenos servicios, el castigo de los malhechores, y una sucesion tranquila y permanente del mando. Hayût de Hemesa les dijo: que bien sabian las revueltas de Oriente, la usurpacion de la soberanía del califado por los Alabâs contra los Omeyas, la tiránica arbitrariedad de los gobernadores de las provincias, así de las apartadas regiones orientales de Chowarezmia y Mawaralnahar, como de las occidentales de Egipto y de Africa, y el general desasosiego del imperio muslímico: que en España ellos conocian por experiencia que como pais tan apartado de Oriente no podia esperarse que llegasen á tiempo los influjos de la justicia, aun cuando por fortuna ocupase el trono un Califa tan justo como Abu Becre ú Omar: que por hartos años habian visto cuánto mal ocasionaba al gobierno de los pueblos la distancia del trono: que no debian esperar como débiles y tímidas aves el triunfo de alguno de los que contendian para hallar la paz y la justicia que anhelaban. Temam ben Alcama y otros muchos dijeron, que todos estaban persuadidos de las mismas razones: que todos creían que bien unida España, independiente de Asia y de Africa, regida por un buen Príncipe sería el pais mas venturoso de la tierra; pero ¿dónde irémos á buscar este Príncipe que nos conviene? callaron todos: entonces Wahib ben Zahir les dijo: no estrañeis que os proponga un jóven descendiente de nuestros antepasados Califas, de la misma prosapia de nuestro Anabi Mahomad: en Africa vaga errante entre las tribus bárbaras, y aunque perseguido y fugitivo está

en ellas respetado y servido por su valor y su noble condicion. De Abderahman os hablo, hijo de Moavia, hijo del Califa Hixêm ben Abdelmelic. Convinieron todos en este pensamiento, y nombraron á Temam ben Alcama, y á Wahib ben Zahir, para que en nombre de los Xeques de España, reunidos para el bien comun de ella, pidiesen á Abderahman ben Moavia que viniese con ellos á ser su Amir y gobernar la España, que todos le ofrecían su fidelidad y obediencia, que querían que reynára en ella con absoluta independencia de los Califas orientales y de todos sus gobernadores ó lugartenientes de Egipto y de Africa, y todos los buenos Muslimes de España darían su vida por mantener su independencia y el imperio que le ofrecían.

CAPITULO III.

De la embajada de los Xeques á Abderahman.

Con mucho secreto partieron á Africa los encargados de esta mensagería, pretextando otros motivos de su partida, porque los parciales de Jusuf ó de Alabdari no lo entendiesen. Llegaron á Tahart, donde fueron bien recibidos de los Xeques de la tribu Zeneta, y presentados á Abderahman le comunicaron el propósito de su venida, y Temam ben Alcama le dijo: " Los Muslimes de España, y en »su nombre los principales Xeques de aquellas tri»bus de Arabia, Syria y Egipto, nos envian á ofre-

»certe de todo buen corazon y buen talante no »solo un asilo seguro contra tus enemigos, que és»te ya lo tienes en el amparo de estos nobles Ze»netes, sino el imperio de los pueblos de Epaña; »ya eres dueño de sus corazones, y en su buena »voluntad y leal obediencia apoyarás tu honra con »mas firmes fundamentos que los montes: algunos »peligros y resistencia encontrarás; pero no esta»rás solo: verás á tu lado los esforzados caudillos »conquistadores de Occidente, y los fieles pueblos »que te desean y te llaman para que gobiernes aquel »estado, que fue de tus abuelos: todos correrán »á las peleas y á la muerte, si necesario fuese, pa»ra colocarte y mantenerte en la soberanía que te »ofrecen." Suspenso estuvo un poco Abderahman, y como esperando si Temam continuaba sus razones, y viéndolos pendientes de su respuesta, dijo: "Ilustres caudillos, enviados de los Muslimes de »España, por vuestro bien y por corresponder á »vuestros nobles deseos iré con vosotros, pelearé »por vuestra causa, y si el Señor me ayuda y »aprueba la obediencia que me ofreceis, tendréis en »mí un hermano y compañero de vuestros peligros »y prosperidades. Ni los trabajos ni las adversidades »me intimidan, ni los horrores de las batallas y »de la muerte me ponen espanto, que ya en po»cos años la inconstante fortuna me ha enseñado »á despreciar muchas veces la vida, y me ha puesto »delante horrorosas imágenes de la muerte: y pues »tal es como decís la voluntad de los honrados Mus»limes de España, yo soy contento de ser su cau»dillo y defensor, si Dios quiere."

Quedaron muy contentos de su determinacion los enviados, y le manifestaron cuánto convenía el secreto al buen término de sus cosas: les dijo Abderahman que en todo caso no podía dejar de participarlo á sus bienhechores los Xeques Zenetes, que en esto nada se arriesgaba, y él no partiría de allí sin hacer esta confianza. Dijéronle que á su discrecion quedaba todo. Sin mas dilatarlo habló á los Xeques y les comunicó el negocio que traían aquellos caballeros, y la grave propuesta que le hacian: y con mucha prontitud dijo el Xeque su pariente: "Hijo mio, pues Dios te llama por ese »camino, no dudes seguirlo con valor, y cuenta »con nosotros para ayudarte, que en verdad no »se defiende y mantiene la honra de la casa y fa»milia sino con las lanzas y la caballería." Todos los caudillos que estaban presentes le felicitaron ofreciéndole su compañía y auxilio: los Xeques Zenetes le ofrecieron quinientos caballeros, los de Mecnasa doscientos, cincuenta caballos el Xeque de Tahart, y cien lanzas. Sin pasar muchos dias dispuso su partida, y el Xeque le dió su bendicion con lágrimas: toda la juventud quería acompañarle, todos querían servirle: en la separacion y despedida de la familia del Xeque hubo lágrimas y desmayos: que no produce otra cosa la separacion de los amigos.

CAPITULO IV.

Del fin de la guerra contra Alabdari.

En este tiempo Jusuf el Fehri habia vencido y derrotado al hijo de Alabdari cerca de Calat-Ayûb, y lo persiguió hasta encerrarlo en Zaragoza con su padre. Puso á la ciudad rigoroso cerco: hacían los de Alabdari algunas salidas contra los cercadores; pero con poco efecto. La numerosa poblacion y las tropas consumieron en breve todas las provisiones que tenia la ciudad: el cerco se observaba con mucha diligencia, los combates fueron cada dia mas violentos, y los mismos parciales de Alabdari movieron secretos tratos con los de Jusuf, y entregaron á sus caudillos y la ciudad en fin de la luna de Dilhagia del año ciento treinta y siete. Apoderóse Jusuf el Fehri de la ciudad, y puso en cadenas á Amer ben Amrû el Abdari, á su hijo Wahib ben Amer, y á su secretario Alhebâb el Zohri. Ordenadas las cosas del gobierno de la ciudad partió para Toledo, y llevó en fierros y sobre camellos á los tres caballeros. Cuando llegó á Toledo despidió la gente de aquella provincia, y entró en la ciudad con los principales caudillos de su hueste. Descansó allí unos dias y partió para Córdoba con los caudillos y gente de Andalucía. Descansaba un dia en un valle que llaman Wadaramla, cincuenta millas de Toledo; y mientras reposaba en su pabellon con su familia, comían sus gentes y los prisioneros que llevaba á buen recaudo: llegó su ami-

go el Wali Samail con gran prisa, y entró en su pabellon muy fatigado, y le dijo: en esa carta verás, la importancia de mi venida, es de un amigo de toda mi confianza: leyó Jusuf, y decía: Señor, acábase tu imperio, ya está en camino el que destruirá tu estado y autoridad: Dios nos destina á la muerte, como la padeció Suleiman Aben Xiheb, y fulano y fulano, y otros nobles Muslimes: así no tardes en acabar á los Alabdaríes Amer y su hijo, y á los Xeques pérfidos que te han buscado un sucesor que no tardará en manifestarse: acábalos, que bien conocidos son, y de los enemigos los menos. Conferenciaban Jusuf y Samail sobre el contenido de esta carta, y llegó á gran diligencia un enviado de Córdoba: toda la gente se puso en movimiento y suspension con estas cosas: entró el enviado que venía de órden de su hijo Abderahman, y le entregó á Jusuf su carta, en que decia: que un Coraixi de los hijos del Califa Hixêm ben Abdelmelic, llamado Abderahman ben Moavia, pasaba el mar para España, que segun ciertos avisos debia aportar en las costas de Elbira, que venía llamado de una poderosa parcialidad de los Omeyas en que estaban los mas nobles Xeques de las tribus de Arabia, Syria y Egipto, y que venía auxiliado de tropas berberíes. Quedó Jusuf suspenso, y despues de algun espacio, temblando de indignacion y de cólera, enfurecido como pisada sierpe en aquel momento mandó despedazar á Amer ben Amrû el Coraixi, á su hijo Wahib y á Alhebâb el Zohri; y se hizo como mandaba: crueldad, que parece le indispuso con su fortuna, que desde en-

tonces le abandonó, y se pasó al bando de su nuevo rival, que venturosamente atravesaba el mar. Fue la muerte de Amer el Abdari al principio del
755 año ciento treinta y ocho. En la siguiente jornada encontraron un caballero que venía enviado desde Córdoba con cartas para el Amir Jusuf, en las que su madre le decía: que Abu Otman, que era de sus muy fieles servidores, le avisaba desde Caria-Torâs, donde vivía: que uno de los hijos del Califa Hixêm, llamado Abderahman ben Moavia, pasaba el mar, y se esperaba que aportase en las costas de Damasco, esto es en los confines de Elbira: que habia gran alboroto y movimiento de gentes en aquellas comarcas, y que se aseguraba que no tardaría en llegar el sucesor y legítimo dueño de todos los estados de Occidente. Esto acabó de llenar de cuidado á Jusuf y á su amigo Samail, y apresuraron sus marchas, y mandaron sus cartas para allegar sus gentes con mucha diligencia, para oponerse á cuanto se ofreciera.

CAPITULO V.

De la venida de Abderahman á España.

En el dia diez de la luna de Rebie primera del
755 año ciento treinta y ocho desembarcó Abderahman ben Moavia en Hisn Almunecâb [1] con hasta mil caballeros de las tribus Zenetas. Los Xeques prin-

---

[1] Hisn Almunecâb, fortaleza de Almunecâb, ó de las lomas, ahora decimos Almuñecar.

cipales de Andalucía le estaban esperando, y luego que salió en tierra le juraron obediencia tomándole la mano: el pueblo, que habia concurrido gran muchedumbre, gritó con alegría, Dios ensalze á Abderahman ben Moavia, Rey de España: corrió la fama por toda la parte meridional de España, y en pocos dias se le allegó la gente mas granada de los Muslimes de España de todas las tribus: en especial la juventud toda tomó su voz, y se declaró por él, deseando todos manifestarle su voluntad de servirle. Estaba entonces Abderahman en la flor de su juventud, era de mucha gentileza, de noble y hermoso aspecto, blanco, de color sonrosado, grandes y bellos ojos zarcos muy animados, y de apacible y magestuoso mirar, de buena estatura, alto y no grueso: acrecentaba su hermosura la alegría y satisfaccion que le producía el general aplauso de los pueblos, que á porfía le manifestaban su contento y sus deseos de servirle. En pocos dias se juntaron á los Xeques que seguían al Rey Abderahman mas de veinte mil hombres de las comarcas de Elbira, Almería, Málaga, Xerez, Arcos y Sidonia. Cuando llegó á Sevilla, la ciudad salió á recibirle, y le proclamó con la mayor alegría; y llegaban comisionados de otras ciudades á ofrecerle sus servicios y obediencia.

Todo lo sabia Jusuf el Fehri, y todo le desesperaba y llenaba de indignacion, maravillándose de la ligereza y veleidad popular, y mas todavía de la perfidia, así la llamaba él, de los Xeques de las tribus Arabes y de Syria: de la traicion de los caudillos Egipcios de las ciudades de la Costa, que cierto no

esperaba de ellos esta deslealtad. Dió órdenes á su hijo Abderahman para que defendiese la ciudad y comarca de Córdoba, en tanto que en compañía de Samail allegaban la gente de las capitanías de Mérida y de Toledo, enviando á sus hijos Mahomad y Alcasim á las provincias de Valencia y de Tadmir, para prevenir la gente de ellas y mantener en ellas su partido.

CAPITULO VI.

De la guerra contra Jusuf y Samail.

El Rey Abderahman ben Moavia persuadido de cuan importante sería para acreditarse con sus nuevos pueblos dar alguna muestra de su valor y de su inteligencia en las cosas de la guerra, pues bien veía que tenia contra sí dos esforzados y prácticos caudillos, que no perderian un momento para intentar destruir de un golpe el nuevo edificio de su naciente imperio, tuvo su consejo con los Xeques Zenetes y Andaluces, y de comun acuerdo partió sin dilacion á Córdoba contra el hijo de Jusuf el Fehri. Salió este al encuentro con una buena hueste de caballería, y habiéndose trabado una sangrienta escaramuza con los campeadores del Rey Abderahman, en poco tiempo se hizo general la batalla; pero los del Fehri no pudieron resistir el ímpetu de los caballeros Africanos, y huyeron en desórden y se acogieron á la ciudad. Puso Abderahman cerco á la ciudad, con ánimo de no levantar su campo hasta rendirla. Al mismo tiempo se estendian y divulgaban proclamas en

que se decia á los pueblos, que el Rey Abderahman su legítimo Soberano, como hijo de sus Califas los Beni Omeyas, venia á librarlos del tiránico y arbitrario poder del Amir Jusuf el Fehri, que si á ejemplo de las otras ciudades de España se venian á su obediencia, dejando de servir al que se pretendia mantener en la soberanía que tenia sin razon, que en breve tiempo todos gozarian de los bienes inestimables de la paz, y vivirian tranquilos y felices bajo el paternal gobierno de su legítimo Príncipe.

La nueva de esta primera victoria de Abderahman llenó de pesar y amargura el ánimo de Jusuf, y luégo avisó á Samail para que viniese con mucha diligencia á socorrer á su hijo, y hacer levantar el cerco de Córdoba que habia puesto el Rey Adaghel, ó intruso, que así le llamaban ellos. Allegadas numerosas tropas de Oriente y Mediodia de España vinieron hácia Andalucía. Informado Abderahman del movimiento y reunion de estas gentes, y del designio de sus caudillos, tomó parte de su hueste, y dejó diez mil hombres en el cerco de Córdoba al cuidado del caudillo Temam ben Alcama. Parecia temeraria resolucion salir con diez mil caballos contra tan numerosas tropas de apie y de acaballo, mandadas por dos tan acreditados Capitanes. No tardaron en avisarle sus campeadores que habian descubierto las avanzadas de sus contrarios. Hizo Abderahman un reconocimiento muy arriesgado, en que se empeñaron algunas escaramuzas por sus Zenetes, descubrió la disposicion del terreno y las fuerzas que traía, la primera batalla ó division de sus enemigos, que acaudillaba el mismo Jusuf el Fehri, y conci-

bió Aderahman presagio feliz por las circunstancias que concurrian en aquella ocasion: el dia el de Arafa que le convenia, y sin recelar de la oscuridad del futuro suceso dijo confiadamente: dia de id al adheha, fiesta de las víctimas, dia juma contra el Fehri, albricias amigos, yo espero un dia hermano del dia de la batalla de Merg-Rahita: y cumplió Dios el presagio de Abderahman. Este Príncipe y sus caudillos y toda la caballería supieron aprovechar el tiempo y el lugar, y el buen ánimo y confianza del Rey se comunicó á toda su gente.

Estaba el campo de Jusuf en Musâra, y cuenta Razi que habiendo visto Jusuf la poca gente que traia Abderahman dijo á sus caudillos unos antiguos versos de Hurca hija de Noaman que dicen:

Sedienta turba venimos, y ha de ser lance apurado,
Que nos mandan repartir este mezquino [1] cucharro.

Estando ya á la vista ambas huestes pasó Ola ben Gebir el Ocaili á la segunda batalla ó division que mandaba Samail ben Hatim y le dijo: ó Abu Jayx, confianza en Dios, pero Guála que este dia es como el de Merg-Rahita, todo se presenta infausto, Dios y las fadas son contra nosotros, ¡oja-

---

1 Llaman cucharro los pastores y gente del campo á los hoyos ó cavidades naturales de las piedras ó pedernales en que se recoge y conserva el agua cuando llueve: como los Arabes en los desiertos aprecian tanto los depósitos de agua que se hallan, no se desdeña su poesía de estas imágenes rústicas.

lá me engañe, no ves la gente de pelea y los caudillos! Omeya, Fehri, Cais y Yemeni: nuestro caudillo es Fehri, y su Wazir ó lugar teniente Zofaro ben Albariz, y tú mismo que eres hoy Wazir, eres Cais, el dia juma, y dia de las víctimas, lo mismo fue el dia de Merg-Rahita, y allí murieron los hijos de Albariz, así todo me parece contra nosotros, plegue á Dios que no sean tales sus eternas fadas: oyó esto Samail y dijo: vamos á la pelea, y seamos buenos caballeros. Era esto poco despues del rayar el alba, acometiéronse con terrible ímpetu las tropas de caballería de la primera batalla, y fueron atropelladas por los caballos Zenetes y Xerezanos: volvieron á ordenar sus haces de infantería que fueron atropelladas por sus mismos caballos, y antes del medio dia huyeron los de Jusuf con general espanto, dejando el campo cubierto de cadáveres, armas y despojos; y los dos caudillos Jusuf el Fehri y Samail se dividieron entre los fugitivos á diferentes partes. Fue esta señalada batalla de Musára el dia id al adheha ó fiesta de las víctimas del año ciento treinta 755
y ocho.

CAPITULO VII.

Del allanamiento y entrega de Córdoba.

Cubrióse de gloria Abderahman este dia, y todos los Xeques de su partido se llenaron de buenas esperanzas. Los parciales de Jusuf decayeron de ánimo, y se esforzaban á inventar imaginarios triunfos de los fugitivos caudillos, y así se consolaban con estas

soñadas victorias como si fueran verdaderas, y engañaban á los que de buena voluntad los oian. Perdieron ánimo los de Córdoba con la nueva de aquella victoria, y osaron proponer á Abderahman ben Jusuf el Febri, que concertase la entrega de la ciudad por avenencia, porque parecia obstinacion temeraria querer defender aquella ciudad contra un Príncipe tan valiente como venturoso, á quien ningun ejército resistia, y todas las ciudades de España reconocian por su Señor. Abderahman el Febri viendo la disposicion de los ciudadanos les aseguró que si en cierto tiempo no fuese socorrido ni levantado el campo, que él les dejaria hacer sus avenencias con el vencedor. Jusuf se fue retirando con las reliquias de su hueste á Algarbe, y Samail á tierra de Tadmir, y su gente se dispersó en tierra de Elbira y comarcas de Almunecâb.

Cuando Abderahman vino al campo de Córdoba los de la ciudad, desconfiando de ser socorridos, concertaron su entrega, y lograron que al mismo tiempo que las tropas del Rey entrarian por la puerta de Alcántara, las de Abderahman ben Jusuf partiesen por la de la Axarquia; y así se hizo con harta tranquilidad, saliendo los de Alabdarily los que quisieron seguirlos, que no fueron muchos, y se fueron camino de Mérida. Puso el Rey Abderahman por gobernador de Córdoba á Husâm ben Abdelmelic, y habiendo recibido la obediencia de los de Córdoba, sin detenerse mas que unos dias, partió á perseguir á sus enemigos, que allegaban nuevas fuerzas en Mérida. El ejemplo de Córdoba persuadió á otras ciudades, y enviaron sus protestas de obediencia que el Rey reci-

bia con mucha bondad, atencion y consideraciones á los Xeques que se presentaban, ofreciéndoles visitar sus ciudades luego que allanase y pacificase las provincias: al mismo tiempo confirmaba á los alcaides en sus alcaidias, y á los Walíes de frontera en sus mandos, y todos salian contentos de su presencia, y hablaban á los pueblos muy ventajosamente de las prendas y gentileza de su Rey, y decian que parecia mas que hombre algun Genio benéfico.

Estas alegrías de los buenos Muslimes se turbaron con una desgracia que tuvieron las tropas que estaban en fronteras de los montes de Afranc: por consejo del caudillo de Syria Husain ben Adegiam el Ocaili se enviaron las tropas de aquella frontera á contener los movimientos y juntas de gente que hacian los Cristianos de los montes, que impedian las comunicaciones con los Muslimes que mantenian la ciudad de Narbona. Encargáronse estas algaras por este caudillo á su Wazir ó lugar teniente Suleiman ben Xihab, y en esta expedicion acometidos de numerosas tropas en los puertos fueron vencidos, y padecieron gran derrota: en ella murió peleando Suleiman ben Xihab con la mayor parte de su gente: fue esta derrota sobre los Muslimes dia dos de Rebie segunda, año de ciento treinta y nueve. 756

CAPITULO VIII.

De la continuacion de la guerra, y avenencia de Jusuf.

Jusuf el Fehri sabiendo por sus parciales la salida de Abderahman ben Moavia y sus designios, y que en Córdoba quedaba poca gente, partió de Mérida con veinte mil hombres en dos divisiones, y por caminos diferentes se dirigió á Córdoba con mucha diligencia, y caminando mas de noche que de dia sorprendió las puertas de la ciudad, sin que pudiese defenderla el Wali Husâm ben Abdelmelic, que no tuvo tiempo sino para salir con la poca gente que tenia á Hisn-Modwar de tierra de Granada. Cuando el Rey Abderahman supo este suceso, sintió en el alma el verse así engañado por la ligereza de las tropas enemigas y sagacidad de su contrario: para no dar tiempo á que se fortificase en Córdoba, y seguro de que tan rápida y secreta marcha habia sido operacion de poca gente, volvió Abderahman sobre Córdoba, y no encontró en ella á sus enemigos. Habia Jusuf dispuesto que su primera division siguiese al Wali Husâm para destruir aquellas tropas, y mas por haber á las manos á los Xeques del partido de Abderahman, con ardiente deseo de venganza: entró en Córdoba, y no hallando en ella ninguno de los principales, que todos habian seguido con las tropas de Husâm, partió con mucha diligencia á unirse á su primera division. El Rey Abderahman informado en

Córdoba de la marcha de sus contrarios partió en pos de ellos, y los alcanzó en comarcas de Almunecâb, donde se habian reunido Jusuf y Samail con todas sus gentes. Sin tardar mas tiempo que el necesario para que tomasen sus provisiones y comiesen ordenó Abderahman su hueste, y la animó á la batalla: púsose Abderahman al frente de su caballería con admirable intrepidez y denuedo, y acometió á sus enemigos, que mantuvieron la batalla con teson y singular constancia: fue muy porfiada y sangrienta: los caudillos Jusuf y Samail pelearon aquel dia como deseosos de acabar matando: á la hora de alazar ó media tarde la victoria se declaró por la hueste de Abderahman, los de Jusuf y de Samail dejaron el campo á sus enemigos, y dispersos huyeron á los montes, refugiándose en las asperezas de Elbira.

En esta ciudad aconsejó Samail á su amigo Jusuf, que propusiese algun acomodamiento ú avenencia con Abderahman el Adaghel, pues era, como veía, tan favorecido de la fortuna. Aunque muy contra su voluntad, y con harta repugnancia de sus hijos, movió tratos de paz por medio de Hosain el Ocaili, primo de Samail, aunque estaban desavenidos con este caudillo. Por su crédito y autoridad logró que Abderahman ben Moavia concediese seguro á Jusuf el Fehri y á los suyos, con absoluto olvido de todo lo pasado, entregando éstos por su parte en cierto tiempo señalado todas las fortalezas y ciudades que tenian en su poder, los depósitos de provisiones y de armas que tuviesen, sin contar las suyas propias. Se ajustó y otorgó esta avenencia en miércoles á dos dias
de la luna Rebie segunda, año ciento treinta y nueve. 756

Luego desocuparon Medina Elbira y las nuevas fortificaciones que habia en Granada, y partieron estos Walíes á tierra de Tadmir, donde andaba Muhamad Abulaswad, hijo de Jusuf, y á la comarca de Toledo. Cuando vieron que aquellos pueblos todavía estaban por ellos y respetaban sus órdenes, se arrepintieron de su precipitado concierto, y volvieron secretamente á encender los ánimos, y á mantener á todo trance su partido.

CAPITULO IX.

De la entrada de Abderahman en Mérida, y nacimiento de Hixêm.

En tanto que esto pasaba el Rey Abderahman pasó pacíficamente á visitar la ciudad de Mérida, y fue recibido en ella con grandes demostraciones de alegría, y fue su entrada un dia célebre de fiesta: paseó aquella gran ciudad acaballo entre las sinceras aclamaciones del pueblo, agradóle mucho toda la ciudad, y vió con admiracion sus magníficos edificios del tiempo de los Emperadores de Roma. Detúvose en ella algun tiempo, y allí vinieron á ofrecerle su obediencia los de las ciudades de Lusitania, que es Algarbe de España. Luego recorrió la tierra y visitó las ciudades, y en todas partes manifestaban los pueblos su alegría de tener un tal Príncipe tan generoso y afable, y célebre ya por sus victorias. Habia llegado en este tiempo el término del preñado de la Sultana Howara, africana de las tribus Berberiscas, á quien

Abderahman amaba en estremo, y con noticia que tuvo de su indisposicion se vino para Córdoba, en donde se hallaba su esposa: á pocos dias á cuatro de la luna de Xawal de este año ciento treinta 756
y nueve le nació su hijo Hixêm, que tal nombre quiso que tuviese. Celebróse este feliz acaecimiento con mucha alegría, y el Rey Abderahman repartió copiosas limosnas, y dió comidas á pobres con mucha abundancia. Este año mandó Abderahman labrar la Rusafa, construyó y renovó la calzada antigua, y plantó allí una huerta muy amena: edificó en ella una torre que la descubría toda, y tenia maravillosas vistas, y en esta huerta plantó una palma que era entonces única, y de ella procedieron todas las que hay en España. Cuéntase que desde la torre solía contemplar aquella palma el Rey Abderahman, la cual acrecentaba mas que templaba su melancolía por los recuerdos y memorias de su patria, y en estas ocasiones hubo de hacer aquellos versos suyos de la palma, que andan en boca de todos.

Tú tambien, insigne palma, eres aquí forastera,
De Algarbe las dulces auras tu pompa halagan y besan:
En fecundo suelo arraigas y al cielo tu cima elevas,
Tristes lágrimas lloráras si cual yó sentir pudieras:
Tú no sientes contratiempos como yo de suerte aviesa,
A mí de pena y dolor contínuas lluvias me anegan:
Con mis lágrimas regué las palmas que el Forat riega;
Pero las palmas y el rio se olvidaron de mis penas,
Cuando mis infaustos hados y de Alabâs la fiereza
Me forzaron á dejar del alma las dulces prendas;

A tí de mi pátria amada ningun recuerdo te queda;
Pero yo triste no puedo dejar de llorar por ella.

En este tiempo deseando el Rey Abderahman honrar al caudillo Samail por cuanto habia contribuido á la reduccion de Jusuf el Fehri, y por ganar el corazon y la confianza de este Wali, y aprovechar sus conocimientos y experiencia, lo envió á las ciudades de España oriental para ordenar lo conveniente á su gobierno, y componer las desavenencias que se habian suscitado entre los caudillos de la frontera de Afranc. Samail partió para España oriental con Ola ben Gebir el Ocaili, su primo, á quien se confió el mando de algunas for-
757 talezas de aquella frontera. En principio del año ciento y cuarenta llegó de vuelta de su viage á Syria Moavia ben Salehi el Hadrami de Hemesa: era de los que habian seguido en Egipto y en Africa la suerte del Rey Abderahman, y pasó de su órden á Syria á persuadir á muchos parciales y afectos á los Beni Omeyas á venirse á España; y en esta ocasion vinieron muchos muy principales en su compañía, entre otros Habib ben Abdelmelic, y Abdelmelic ben Baxar ben Meruân, los diez hermanos Meruânes, y Ximro ben Nomeir, que era de los familiares de los Omeyas, y Abu Suleiman Foteis ben Suleiman ben Abdelmelic y otros muchos que vivian en las Iracas, en Egipto y en Barca, vagando errantes y perseguidos en estas provincias por haber sido ilustres y favorecidos en tiempo de los Omeyas: ordinarios juegos de la inconstante fortuna. Alegróse mucho con la venida

de éstos el Rey Abderahman, y dió á Moavia ben Salehi el cargo de Cadi de los Cadíes, ó justicia mayor de las Aljamas de toda España: á Abdelmelic ben Omar ben Meruán el gobierno de Sevilla, y á Suleiman Foteis el de Cabra, ciudad que llamaban Wasita [1] por la de la Iraca. Vinieron tambien algunos caballeros de Hemesa con intentos de venganza contra Abdala, hijo de Abdelmelic ben Meruán, que por leve ocasion había muerto á un su pariente llamado Abulsabahi el Yahsebi; pero informado luego Abderahman de esta enemistad y de las causas de ella, logró componer su desavenencia á satisfaccion de ambas familias. Declaró Abderahman su voluntad de que la ciudad de Córdoba fuese la capital del imperio de los Muslimes en España, mandando construir en ella su alcázar sobre la orilla del rio con hermosos jardines.

CAPITULO X.

De la insurreccion de Jusuf, y su muerte.

En este tiempo el gobernador de Sevilla Abdelmelic ben Omar ben Meruán avisó al Rey Abderahman de los movimientos y junta de gentes que hacian los parciales de Jusuf el Fehri, y que este Wali olvidando el concertado pacto, no solamente dilataba la entrega de las fortalezas, sino que

---

[1] Por estos gratos recuerdos de las ciudades de su pátria solian llamar los Arabes á Sevilla Hemesa, y á Elbira la de Granada Damasco, y á Jaen Quinserina.

abiertamente habia levantado banderas, y se declaraba Amir legítimo de España, y daba al Rey Abderahman el título de Adaghel, aventurero intruso y desconocido. Ordenó el Rey que Abdelmelic saliese con la caballería de Xerez, Arcos, Sidonia y Sevilla, y fuese á castigar á estos rebeldes. Fue la primera empresa del Jusuf apoderarse de Hisn Modwar [1], que ocupó por sorpresa en fin del año ciento cuarenta y uno, y corrió y alborotó la tierra. Sin perder tiempo fué contra ellos Abdelmelic, y sus hijos siguieron con gente de apie, á poner cerco á la fortaleza de Modwar: hubo entre las tropas de caballería algunas escaramuzas con varia fortuna: ocupó la hueste de Abdelmelic varios pueblos que se habian declarado por Jusuf, y eran depósitos de sus provisiones y armas, todo lo entregaron, y manifestaban haber sido obligados á estos servicios por la presencia de las tropas del rebelde: así llamaban al Amir legítimo á quien poco antes obedecían. Luego fué Abdelmelic al cerco de Modwar, que en pocos dias se rindió. Escribió al Rey este suceso, y le pidió que enviase gente de Córdoba, Ecija y Cazlona, que fuesen por dos caminos diferentes con mucha diligencia, unos á los campos de Ubeda, y otros á tierra de Tadmir, en donde estaban las fuerzas mas considerables de los rebeldes en número y calidad: así logró dividir la atencion y fuerza de Jusuf, y Abdelmelic logró en los campos de Lorca envolver y ceñir con su caballería muy numerosa, la que acaudillaba el

---

[1] Ahora Almodovar.

mismo Jusuf el Fehri: este esforzado caudillo y la mayor parte de sus parciales, hombres muy ejercitados en la guerra, pelearon con admirable valor, y la matanza fue grande, que pocos pudieron abrirse paso para librarse de la muerte en este dia: Jusuf fué hallado en el campo de batalla cubierto de heridas, y poco despues de reconocido espiró. Envió Abdelmelic á Córdoba la nueva de esta victoria con la cabeza de Jusuf el Fehri: acaeció esta batalla y muerte de Jusuf el año ciento cuarenta y dos: habia gobernado la España nueve años 759
y nueve meses.

CAPITULO XI.

Del tributo impuesto á los de Castilla, y entrada en Toledo.

Holgó mucho el Rey Abderahman con la nueva de esta victoria, esperando que la desgraciada muerte del caudillo acabaría los vanos intentos de sus parciales. En este mismo tiempo concertó el Rey Abderahman con los Cristianos de Castilla el tributo que debian pagarle, y la carta de proteccion y seguridad que les otorgó decia así [1]: en el nom-

---

[1] El Granadino que trae esta escritura refiriéndose á Razi no la copió, á mi parecer, con exactitud, pues en tiempo de este antiguo historiador no usaban decir ââm por año sino senat, ni llamaban Castela sino Galicia á las provincias y tierras del otro lado de Gibal Axerrât ó sierras de Guadarrama.

bre de Dios clemente y misericordioso: el magnífico Rey Abderahman á los Patriarcas, Monges, Próceres y demas Cristianos de España, á las gentes de Castêla y á los que los siguieren de las regiones otorga paz y seguro, y promete en su ánima que este pacto será firme, y que deberán pagar diez mil onzas de oro, y diez mil libras de plata, y diez mil cabezas de buenos caballos, y otros tantos mulos, con mil lorigas y mil espadas, y otras tantas lanzas cada año por espacio de cinco años: escribióse en la ciudad de Córdoba, dia
759 tres de la luna Safar del año ciento cuarenta y dos. Cuentan algunos que en este año perdieron los Muslimes Medina Narbona despues de seis años y meses de cerco, y que la perdieron por confiar su guarda de Cristianos.

El caudillo Samail habiendo sabido la muerte de su amigo Jusuf el Fehri, ó desengañado de la vanidad de las cosas humanas, ó por considerar desbaratado el juego de su fortuna, habiendo desempeñado los encargos que tenia en las fronteras de España oriental con mas inteligencia que buena voluntad, y por no desmentir la opinion que habia merecido, escribió al Rey que su presencia no era allí necesaria, y que le concediese licencia para retirarse á su casa en Sigüenza. Concediósela Abderahman, y se vino Samail á su casa. El Wali de Toledo Temam ben Alcama perseguía en aquella comarca á los hijos de Jusuf el Fehri: en una sangrienta escaramuza murió peleando Abderahman el hijo mayor, que era muy buen caballero, y su hermano Muhamad Abulaswad se refugió con su ca-

ballería á la ciudad, y se fortificó en ella: avisó Temam al Rey esta victoria, y envió la cabeza de Abderahman, que fue puesta con la de su padre en un garfio de la muralla de Córdoba. Se celebró en esta ciudad la victoria conseguida por Temam ben Alcama, importante por la fama de sabio y esforzado capitan que ya tenia él sin ventura Abderahman ben Jusuf. Continuó Alcama el cerco de Toledo, y como la ciudad era populosa, así en ella eran muy diversas las voluntades: la gente del pueblo, que no tenia aficion ni interés en ninguno de estos partidos, solo deseaba el término mas breve de los males del cerco, asíque por la mayor parte la defensa era mal esforzada, y en los combates la resistencia ni voluntaria ni fuerte. Algunos moradores facilitaron á Temam con secretas inteligencias la entrada en la ciudad: los parciales de Jusuf en la sorpresa que este acaecimiento les causó, solo atendieron á su propia seguridad, y se libraron como pudieron con presta fuga: pocos cuidaron del riesgo del jóven Muhamad Abulaswad, que fue hecho prisionero por el caudillo Bedre, liberto del Rey Abderahman: Casim, el otro hijo de Jusuf, logró salvarse disfrazado. Puso Temam en cadenas al jóven Muhamad ben Jusuf, y lo envió á buen recaudo á Córdoba para que el Rey dispusiese de él á su voluntad: fue la entrada de Temam ben Alcama en Toledo dia nueve de la luna de Dylcada del año ciento cuarenta y dos. 759
Cuando recibió el Rey Abderahman la nueva de estos felices sucesos, como naturalmente era de corazon humano y compasivo, y que la buena ven-

tura y las alegrías disponen el ánimo á la benignidad, se compadeció de la juventud de Muhamad Abulaswad, y se abstuvo de derramar su sangre, y le mandó encerrar en una fuerte torre del muro de Córdoba.

CAPITULO XII.

De los movimientos de Barcerah y del hijo de Jusuf.

Entretanto Barcerah ben Nooman el Gasani, que vivía en Gezira Alhadrâ, recibió en su casa al hijo de Jusuf, que habia huido de Toledo, llamado Casim, y le ofreció su proteccion con tan temerario empeño que allegó mucha gente ociosa y mal acostumbrada con la licencia de la guerra civil, y con estas compañías de bandidos acaudillados de Barcerah y de Casim ben Jusuf ocuparon la ciudad de Sidonia: esta ventaja les puso mayor atrevimiento, y mayor número de aquella gente que reunía la esperanza del robo: con estas fuerzas fueron sobre Sevilla, que estaba descuidada entonces, y entraron por sorpresa en ella. Cuando el Rey Abderahman tuvo noticia de estos movimientos partió al punto de Córdoba con la caballería africana que estaba en la ciudad, y algunos caballeros que pudieron seguirle con mucha celeridad, dando al mismo tiempo aviso de su marcha al Wali de Toledo Temam para que viniese á Andalucía sin tardanza. Fué el Rey Abderahman sobre Sevilla, y

salió contra él Barcerah con sus bandidos: trabóse una porfiada escaramuza, y en ella fue muerto Barcerah, y luego huyó aquella gente sin tener caudillo que los dirigiese: entró Abderahman en la ciudad, en donde fue recibido con demostraciones de mucha alegría. Los caudillos africanos siguieron á los bandidos con órden de recibir á cuantos dejasen las armas, y no matar á los que se rindiesen. Pocos dias despues llegó Temam á Sevilla, y el Rey le recibió y hospedó con mucha honra: quería el Rey que descansase allí en su compañía; pero Temam se escusó diciendo: que no le mandase descansar hasta que hubiese acabado con todos los rebeldes de España. Pasó este caudillo con su caballería á Sidonia, y entró en ella sin resistencia, porque Casim y sus bandidos no osaron esperarle en ella: sabiendo que Casim se habia refugiado en Gezira Alhadrâ fué con increible celeridad, y allí le fue entregado por los mismos bandidos. Luego volvió á Sevilla este insigne caudillo, llevando consigo en fierros á Casim, hijo de Jusuf, para que el Rey hiciera de él á su voluntad. Holgó mucho Abderahman del venturoso y rápido suceso de estas expediciones; y por mas honrar á su Wali Temam, ben Ahmed ben Alcama el Tzakefi lo hizo su Hagib ó mayordomo mayor, que era el primer ministro en las cosas de paz y de guerra en la corte de los Beni Omeyas. Envió el Rey á Toledo á su Wazir y liberto Bedre, y con él á Casim ben Jusuf para que lo pusiese allí en prision en una fuerte torre. Dió el gobierno de Toledo á Habib ben Abdelmelic, y el gobierno de Mérida á Abdala ben Abdelmelic ben Meruân, y á su padre, por tenerle mas cerca de sí,

el de Sevilla, á Ibrahim ben Abdelmelic el gobierno de Lecant, á Muhamad ben Abdisalem ben Baseil el de Sidonia, y á Ased ben Abderahman el Xeibani el de Elbira. Entró Bedre en Toledo, y pocos dias despues de su llegada tuvo órden para traer preso á Toledo á Samail ben Hatim.

CAPITULO XIII.

De la prision y muerte de Samail.

Vivia este insigne caudillo en su casa de Sigüenza, al parecer tranquilo, cediendo al poderoso impulso de las circunstancias, sin pensar en otra cosa que en conversar con algunos de sus antiguos amigos, y holgarse con ellos en el ócio y comodidad de su casa. Cuenta Abu Becre Razi que en un convite que dió á sus amigos con mucha profusion y aparato, en la mayor alegría del festín dijo unos versos fatídicos, que sus anuncios fueron muy en breve cumplidos. A pocos dias fue cercada su casa por el caudillo Bedre con una compañía de caballos, lo prendió y llevó á una torre de Toledo, y poco despues le dieron muerte en su prision. O fue temor de su genio astuto y ambicioso, sospechas mas ó menos fundadas, ó calumnia de sus enemigos, que parece harto mas verosimil: pues despues de su muerte se divulgaron perfidias y temerarias conspiraciones, que no podian proceder de un mediano discurso. Fue la muerte de Samail año ciento cuarenta y dos.

Estaba el Rey Abderahman en Sevilla hospedado en casa propia de Hayût ben Molemis el Ha-

drami de Hemesa, que era de los mas nobles Xeques de las tribus de Syria, y cedió al Rey su casa con cuanto habia en ella; y el Rey Abderahman admitió su generosa dádiva por no desayrarle. Vivió poco tiempo despues, y el Rey Abderahman honró su memoria con unos elegantes versos en que celebró su hospitalidad, su munificencia y otras nobles prendas: diciendo que al faltar del mundo Hayût ben Molemis habian desaparecido con él la bondad, la gracia, la hospitalidad y el valor. Se detuvo el Rey en Sevilla gran parte del año ciento cuarenta y tres, y 760
en este tiempo hizo la Almunia ó huerta amena, que llamaban de Rabunales, y labró en ella una hermosa torre, y plantó una palma, de la cual procedieron las que hay ahora en esta tierra, y aquel sitio se llamó siempre despues Nahla; y así hay algunos que dicen que por esta palma hizo el Rey Abderahman aquellos versos, y no por la de Córdoba: sábelo Dios.

CAPITULO XIV.

De la insurreccion de Ben Adrâ en Toledo.

Disponia el Rey Abderahman su salida para visitar la España oriental, cuando tuvo aviso de haberse levantado en Toledo contra su Wazir una familia muy poderosa en aquella tierra de las gentes de Hemesa, acaudilladas de Hixêm ben Adrâ el Fehri, pariente de Jusuf: habian ocupado el alcázar, y el Wazir de la ciudad salió precipitadamente huyendo de los conjurados, y así se libró de la muerte: muchos honrados Muslimes que se opusieron á los rebeldes fueron des-

pedazados por ellos. Sacaron de la torre en que estaba preso á Casim hijo de Jusuf, y solicitaron á la rebelion á todos los pueblos de la provincia. Reunieron á sus banderas todos los bandidos que habia en la tierra, y con los tesoros de Hixêm ben Adrâ, esparcidos con loca prodigalidad entre la gente baldía y miserable, se allegó una hueste de diez mil hombres, gran parte de ellos malhechores que no osaban antes entrar en poblado. Llenó de pesar esta nueva al Rey Abderahman, y salió con la caballería de Córdoba y africana, que estaba en la ciudad, ordenando que le siguiesen á Toledo con sus gentes los de Mérida y sus comarcas. A la llegada de la caballería de Córdoba á tierra de Toledo se acogieron á la ciudad todas las tropas de los rebeldes que corrían los campos de Calatrava y de Guadalhijara, como no era gente de guerra, ni ejercitada en las armas no trataron de oponerse á las tropas del Rey, ni pelear en el campo; pero defendian bien las puertas de la ciudad desde las torres y almenas de sus muros; y como la posicion de la ciudad es en lugar alto y fuerte, bien cercada de altos y torreados muros, su defensa era fácil. Viendo el Rey que el cerco sería largo, así por la fuerza de la ciudad, como por la desesperada obstinacion de los rebeldes, que tenian oprimidos á los ciudadanos, movió tratos de avenencia con ellos, aunque con harta repugnancia suya, por consejo de su Hagib Temam ben Alcama, que sabia que era forzoso levantar el campo para acudir á las costas de Algarbe, donde amenazaba no menos peligrosa tempestad. Propuso el Hagib, como Wali que era de Toledo, á los caudillos de la rebelion en

ella, que si en tres dias se viniesen á la merced del Rey que les ofrecia una generosa avenencia y olvido de su desacato y perfidia. Instado Hixêm ben Adrâ de su familia y de los clamores de gran parte de los vecinos que no podian sufrir las incomodidades del sitio, y menos todavía las vejaciones de los defensores, envió á su hijo Muhamad á suplicar al Rey que los perdonase, como esperaban de su generosidad: el Rey dijo que á todos los perdonaba sin mas condicion que Hixêm entregase sin dilacion las puertas de la ciudad, y viniese confiado al campo del Rey. Con no poco temor y desconfianza se resolvió Hixêm á venir al pabellon del Rey Abderahman; pero las instancias de su hijo y de otros principales ciudadanos que se ofrecieron á venir en su compañía vencieron sus recelos. En el mismo dia entregó la ciudad, y se presentó al Rey que le dijo que aunque por su rebelion y por los males que habian causado eran merecedores de muy graves castigos, todos ellos estaban perdonados y podian volverse á sus casas con seguridad, que solamente queria quedase en rehenes el hijo de Hixêm ben Adrâ, y que Casim ben Jusuf fuese otra vez á su prision. Algunos caudillos aconsejaban al Rey que para seguridad mandase cortar la cabeza á Hixêm y á los otros de Hemesa sus parciales; pero el Rey dijo que por todo el mundo no faltaria á su palabra. Puso el Rey por Wazir de Toledo al caudillo Said ben Almesib, y luego partió á Córdoba y mandó que se retirase á su provincia la gente de Mérida que habia venido al cerco de Toledo, y el Rey entró en Córdoba al fin del año ciento cuarenta y 761
cuatro.

CAPITULO XV.

De la venida del Wali de Cairvan contra Abderahman.

No bien habia el Rey descansado de la fatiga de su expedicion cuando su Hagib Teman ben Alcama le manifestó unas cartas que enviaba el Xeque de Medina Tahart, capital de las tribus Zenetas, en que avisaba que Aly ben Mogueith Wali de Cairvan con numerosa hueste preparaba un desembarco en las costas de España, para establecer en ella la autoridad del Califa de Oriente Abu Giafar Almanzor, que todos los Walíes de Egipto y de Africa estaban encargados de echar de España al fugitivo Abderahman ben Moavia. Estas nuevas que ya tenía el Hagib habian sido las que le persuadieron á tratar de avenencia con los rebeldes de Toledo: y poco tiempo despues avisó el Wali de Mérida, que en las costas de Algarbe habia desembarcado una buena hueste de gente de apie y de acaballo, que luego habia corrido la tierra proclamando al Califa de Oriente, tratando de ilegítimo y de usurpador al Rey Abderahman ben Moavia. Puso en cuidado al Rey Abderahman este aviso; pero manifestó que solo sentia las fatigas que estos temerarios movimientos producian á sus provincias, dió órden á los caudillos de reunir la caballería de las comarcas, y que pasasen á las costas de Algarbe con mucha diligencia.

Luego que llegó á Toledo la noticia del desem-

barco del Wali de Cairvan en Algarbe con numerosas tropas volvió á excitarse en aquella ciudad el fuego mal apagado de la rebelion. Hixêm ben Adrâ el Fehri y sus parciales acometieron al Alcázar, y degollaron á cuantos lo defendian, y entre ellos al Wazir de la ciudad Said ben Almesib, se apoderaron de las puertas y fortalezas de la ciudad, y proclamaron al Califa de Oriente. Como la fama vuela, y con increible celeridad cuando pregona y divulga alborotos y calamidades de pueblos, luego se supo en Córdoba lo acaecido en Toledo. Ordenó el Rey que partiese á Toledo su caudillo Bedre, y reuniendo las gentes de Calatrava, Talavera, Uclés y Webde pusiesen riguroso cerco á la ciudad, y les mandó llevar con ellos á Muhamad el hijo de Hixêm ben Adrâ, para obligar al padre á entregar la ciudad, ó quitarle la vida.

Reunida la caballeria de Córdoba y de sus comarcas, partió el Rey por Castala á Silbe y Mirtola, donde debia reunirse la caballería y gente de Mérida. Los Africanos del Wali de Cairvan corrian la tierra hasta Beja y Jabora, y exhortaban á los pueblos á tomar armas contra el Rey Adaghel aventurero advenedizo, resto miserable de una familia proscripta y excomulgada en todos los alminbares ó púlpitos de las aljamas de Oriente: mucha gente tímida y supersticiosa se persuadió de estas proclamas, y siguió las banderas del Wali de Cairvan, que para seducir á los ignorantes y gente menuda y baldía de los pueblos llevaba delante de sí una bandera que decia haber recibido de las manos del Califa, y ofrecia grandes premios y recompensas á los buenos Muslimes

que la siguiesen. No faltó gente vana é inconstante, amiga de novedades, que se dejó llevar del corriente y de las vanas promesas de Aly ben Mogueith, de suerte que con sus Africanos y esta chusma allegadiza componia una respetable hueste en apariencia. Reunidas las tropas de Abderahman de Córdoba y de Mérida las dividió en tres cuerpos, en delantera, batalla y de la zaga, su fuerza principal era toda de la caballería de Córdoba, Sevilla y Xerez. Adelantáronse los adaliles y campeadores hasta descubrir el campo de los Africanos que era harto numeroso, salieron éstos y se trabaron algunas escaramuzas de poca importancia. Habia llegado al campo de Aly ben Mogueith el mismo Hixêm ben Adrâ para persuadirle que sin dilacion y en seguidas marchas fuese á ocupar la capital de España, la gran ciudad de Toledo que él tenia á disposicion del poderoso Señor y Califa de los Muslimes de Oriente y Occidente. La venida de este Xeque y las facilidades que proponia deslumbraron al Wali de Cairvan, y se persuadió que con solo ganar una batalla se hacía dueño de toda España. Dió sus disposiciones para pelear, y á otro dia á la hora del alba se avistaron ambas huestes, principió la batalla por parte de los Africanos, que fue muy sangrienta hasta la mitad del dia; á la tarde cargaron los Andaluces con tanta pujanza y ardimiento, que los pusieron en desórden; la gente de apie y allegadiza que habia en la hueste de los de Africa huyó al campamiento y principió á robarlo, y los Africanos que lo guardaban á pelear contra ellos; de suerte que en ambas contiendas quedaron desbaratados. Aly ben Mogueith murió peleando con mu-

cho valor. Huyeron gran parte de los suyos á diversos puntos, los mas á la costa para volverse á Africa. Quedaron muertos en el campo de batalla siete mil Africanos, y entre ellos el Wali de Cairvan Aly ben Mogueith su caudillo: mandó Abderahman cortarle la cabeza, y desmehollada y canforada la envió con secreto y celeridad á Cairvan, y la puso de noche un Cordobés encargado de esta comision en la columna ó rollo de la plaza de aquella ciudad con un escrito que decia: asícastiga Abderahman ben Moavia ben Omeya á los temerarios como Aly ben Mogueith Wali de Cairvan. Fue esta victoria el año ciento cuarenta y seis. Otros 763 dicen un año antes, pero lo primero es mas seguro. Ordenó el Rey Abderahman que se persiguiese á los fugitivos, ofreciendo seguro de la vida á los que rindiesen sus armas, ó se viniesen á sus banderas, y volvió á Córdoba para proseguir la reduccion de Toledo.

CAPITULO XVI.

Del levantamiento del alcaide de Sidonia.

Hixêm ben Adrâ con sus parciales no siéndole facil volver á entrar en Toledo, que estaba cercada con mucho rigor por los caudillos de Abderahman, solicitó á la insurreccion á los alcaides de Sidonia y de Jaen y otros de Andalucía: tuvo la imprudencia de entrar en aquella ciudad, confiando en el valor de su alcaide Said ben Husein el Yahsebi, que era de los Alabdaríes, y conocido por el Matari, y tambien se juntó á estos temerarios Sakfan ben Akma que habia sido antes alcaide de Sidonia, y Abdala ben Hara-

sa el Asedi que lo habia sido en Jaen, y descontentos de su suerte y estado querian novedades ó venganzas: con las reliquias del ejército desbaratado en Bea, y con muchos bandidos formaron compañías de caballería que corrian y robaban la tierra, sin abstenerse de talar las siembras y plantíos con bárbaros y desusados estragos: estas algaras llegaron á las puertas de Sevilla, y por sorpresa llegaron á ocupar sus puertas. Informado el Rey de estas talas y desórdenes montó acaballo, dió órden à su Hagib de juntar la caballería de la provincia, y luego partió con sus Zenetes y Africanos, y por otra parte los alcaides de Cabra, Ezija y Carmona, con la caballería de sus ciudades, fueron á reunirse con el Rey Abderahman: el Wali de Sevilla que habia salido de la ciudad por la entrada de los rebeldes, luego que allegó sus gentes fue á buscar á sus enemigos, éstos abandonaron la ciudad sabiendo que tantas gentes iban contra ellos, y robando los depósitos de armas y la casa del Rey, huyeron precipitadamente. Encontró estas gentes Abdelmelic ben Omar ben Meruân, y peleó con ellos, y los rompió y deshizo, y los persiguió hasta Sidonia, donde se encerraron: dejó puesto cerco á esta ciudad, y partió con escogida gente á Sevilla y á saludar al Rey y escusar su descuido. Luego en el campo de batalla pareció muerto Husein el Yahsebi, y cortada su cabeza mandó el Rey ponerla en una pica, y manifestarla á los que se habian refugiado en Sidonia: fue esto año ciento cuarenta y ocho. Encargóse al alcaide de Carmona que la llevase con su gente al cerco de Sidonia, luego despues salió Abdelmelic de órden del Rey con los alcaides de Ezija y de Ca-

bra y su gente, y fueron sobre Sidonia: causó gran espanto á los rebeldes la llegada sucesiva de estas tropas, y como confiaban poco en los vecinos de la ciudad, y todo el peso de la defensa debia cargar sobre ellos, les pareció á estos hombres animosos aprovechar sus fuerzas y brazos en campo abierto, antes que esperar la muerte cierta despues de unas inútiles y viles fatigas: tomaron este partido todos, aunque contra la opinion de Hixêm ben Adrâ el Fehri, que por su desgracia estaba allí refugiado. Era ya viejo y no se sentia con fuerzas ni soltura para la batalla, pero el triste se perdió por su mal consejo; aunque este suele servir muy poco cuando falta ó no favorece la fortuna. . . . .

Estaban los del campo con mas confianza de lo que requeria la ocasion estando con enemigos tan cerca, pero no sospechaban que tan poca gente intentase salidas contra un campo tan numeroso. Los caudillos rebeldes, con gran secreto, porque los de la ciudad no penetrasen su intento, esperaron la tercera vela de la noche, y dispuestos todos salieron por dos contrarias puertas á un mismo punto con ánimo de morir ó abrirse paso, para acogerse á las serranías de Ronda. Muchos fueron harto felices, y lograron romper por el campo de los cercadores como Sakfan ben Akma, y Hafila y otros bandidos; pero cayó, herido su caballo, el Xeque Hixêm ben Adrâ el Fehri, y fue encadenado con otros sus parciales que tuvieron la misma suerte. A la hora del alba salieron los de Sidonia á manifestar su obediencia inalterable al Rey Abderahman. Luego envió Abdelmelic la nueva de este acaecimiento al Rey, y con los alcaides

de Ezija y Carmona la cabeza del rebelde Hixêm, re-
celando que todavía la bondad del Rey le dejase la
765 vida: fue esto año ciento cuarenta y ocho.

CAPITULO XVII.

De la venida del Meknesi contra Abderahman.

Los rebeldes Sakfan, el Hafila, Abdala ben Harasa, el Asedi y sus secuaces se enriscaron en aquellas sierras y por tierra de Elbira, no contentos de su buena suerte, pues habian escapado de tantos peligros, pasaron en Africa y solicitaron auxilios de los Walíes de Almagrêb; entre otros se dejó llevar de sus promesas un joven Wali de Meknesa, llamado Abdelgafir el Meknesi, que se preciaba de descendiente de Fatima, hija única del Anabi Mahomad, y esposa de Aly, el primo del mismo Mahomad. Con este se unieron varios aventureros de Africa, que deslumbraron las relaciones de los rebeldes de las serranías de Ronda y de Elbira. Estos y sus parciales divulgaron la fama del poder de este Wali, que venía con grandes huestes y muchas riquezas para pagar y premiar los servicios de los buenos y leales Muslimes que tomasen armas contra el Rey Adaghel, que injustamente ocupaba el trono de España. Estos movimientos y asonadas llegaron á Córdoba, y mandó el Rey Abderahman que la gente de Elbira persiguiera á los de aquellas serranías, que levantaban los pueblos de aquellas comarcas, y que en Almunecab hubiese un presidio

considerable, y que guardasen las naves de aquella costa y las de Almería las entradas de toda aquella marina: ofreció una gran cuantía de doblas por las cabezas de los caudillos rebeldes, y este arbitrio los puso en mucho desvelo y desconfianza. A pesar de ella el triste Abdala ben Harasa el Asedi fue asesinado en Jaen, y su cabeza presentada en Córdoba el año ciento cuarenta y nueve. En este tiempo Ased ben 766
Abderahman el Xeibani, Wali de la region de Elbira, que hacía la guerra á los rebeldes de la sierra con varia fortuna, tuvo noticia de haber desembarcado en aquellas costas alguna gente y caballería de Africa: ésta fue la primera que aportó en España acaudillada del Meknesi, luego se reunió á los rebeldes de la sierra, y osaron bajar á las campiñas.

Entretanto el Rey Abderahman mandaba á sus Walíes que terminase el largo cerco de Toledo, que se hacía con mucha flojedad y descuido, procediendo esto de las relaciones é inteligencias que habia entre los del campo y los de la ciudad: no se daban combates, ni se guardaban las salidas por parte de los cercadores, ni se impedian entradas de provisiones en barcos por el rio, y los de los pueblos de la comarca cultivaban sus campos y conducian á la ciudad sus frutos sin grandes dificultades. Luego partió Temam ben Alcama al cerco de Toledo, y con su presencia se dieron combates, y se intentaron escaladas por la parte mas baja del muro, y como los de la ciudad viesen acrecentarse el número de los sitiadores, y las disposiciones activas para entrar la ciudad, movidos de su temor de experimentar la saña de los vencedores, facilitaron los parciales de Casim ben

Jusuf, que éste se saliese á nado por el arrabal de aquella parte superior del rio, y luego que éste salió abrieron las puertas de la ciudad implorando la clemencia del Rey, y escusándose con que habian sido forzados de los bandidos y familia del Fehri; y que no habian tenido parte en la muerte del Wazir Said ben Almesib, que todo habia sido obra de los Hemisenos y parciales del Fehri. Temam desarmó á todos los de la ciudad, y les prometió que intercederia con el Rey para que usara con ellos de su benignidad.
765 Fue la rendicion de Toledo en fin del año ciento cuarenta y ocho.

CAPITULO XVIII.

De la expedicion á Galicia, y guerra contra el Meknesi y Sekelebi.

En este mismo año envió el Rey Abderahman los caudillos de frontera Nadhar y Zeid ben Aludhâh el Ashai á los montes de Galicia que estan al Septentrion de España y á los montes Albaskenzes, visitaron la tierra de Galicia, y persiguieron algunas reuniones y taifas de Cristianos rebeldes, que confiados en la aspereza de aquella tierra negaban la obediencia al Rey, por la mayor parte eran estos infieles fugitivos de las provincias de España. Volvieron á Córdoba con muchas riquezas, ganado y cautivos. Referian de estos pueblos de Galicia, que son Cristianos y de los mas bravos de Afranc; pero que vi-

ven como fieras, que nunca lavan sus cuerpos ni vestidos, que no se los mudan y los llevan puestos hasta que se les caen despedazados en andrajos, que entran unos en las casas de otros sin pedir licencia. En este año mandó el Rey Abderahman reparar los muros de Córdoba, y construir una fortaleza en ella.

El Wali de Elbira Ased ben Abderahman el Xeibani salió con su gente contra los rebeldes y bandidos que infestaban las costas de tierra de Almunecab y de Almería, y peleó con ellos, y los venció y puso en fuga; pero fue gravemente herido de lanza y de saeta, y le fue forzoso retirarse á Elbira, y sus heridas fueron causa de su muerte, que acaeció en principio del año ciento y cincuenta. Su muerte fue muy sen- 765
tida del Rey por su valor y prudencia: este Wali fue quien dirigió las obras de las nuevas fortalezas de Granada: puso el Rey en su lugar al Syro Abdelsalem ben Ibrahim, que servia al Rey con sus doce hijos. Los rebeldes de las serranías lograron ser auxiliados con otro desembarco de gentes de Africa, que venian á reforzar la hueste de Abdelgafir el Meknesi, con esto se animaron los bandidos y se esparcieron sus algaras hasta las comarcas de Arcos y Osuna. Avisado de estas espulsiones el Wali de Sevilla, sin mas gente que la de Carmona y la de su ciudad salió á contenerlas, y trabó con ellas varias escaramuzas de corta importancia. Escribió al Rey Abderahman que enviase alguna caballería de las comarcas de Córdoba para reprimir el atrevimiento de estos rebeldes: luego se pusieron en camino los alcaides de Ezija y de Baena, y con los de Sevilla y Carmona continuaron la guerra contra Abdelgafir y sus bandi-

dos con varia fortuna: así pasaron mucho tiempo con frecuentes pero leves escaramuzas, escusando los Africanos las ocasiones, y evitando con destreza el venir á batalla de importancia, ocupando siempre las alturas, porque la caballería de los Andaluces no aprovechara la ventaja que sobre ellos tenia: fatigándola con sus contínuos rebatos nocturnos y alboradas, procurando siempre tener á sus contrarios en inquietud y sin un punto de reposo.

768 Al principio del año ciento cincuenta y uno aportaron cerca de Tortosa diez barcos grandes con el caudillo Abdala ben Habib el Sekelebi y tropas Africanas para reforzar el ejército de los rebeldes, porque éstos fingian victorias y progresos que no conseguían; y así lograban excitar á los Walíes de Africa á auxiliarlos con las esperanzas que sus fingidos triunfos ofrecian. Luego que estas tropas desembarcaron en aquella costa, divulgaron que seguirian nuevos socorros de armas y gente, y que en poco tiempo echarian al hijo de Moavia del reyno que tenía usurpado. Los alcaides de las comarcas de Tortosa avisaron sin dilacion al Wali de aquella ciudad, y éste al de Tarragona y al de Barcelona; y así la fama de este desembarco se estendió por toda España, acrecentando el número y calidad de la gente. Luego que el Rey Abderahman tuvo noticia de esto, sin mas compañía que sus caballos Zenetes y los Wazires y caudillos que se hallaban en Córdoba, partió á tierra de Tadmir y de Valencia, juntando al paso mucha caballería; pero antes de llegar á Valencia recibió aviso del Wali de Tortosa, que con las gentes de aquella comarca y la caballería de Tarragona, sin mucha di-

ficultad, habia desbaratado y puesto en fuga á los Africanos, que no habian logrado volverse á embarcar, porque las naves de Tarragona habian quemado y puesto en fuga las de los contrarios: que éstos se habian retirado á los montes, donde los perseguían sus alcaides. Holgó mucho Abderahman con esta nueva; y aunque ya su presencia no era necesaria, quiso pasar adelante por visitar las ciudades que tan bien le habian servido en esta ocasion: llegó á Barcelona y dió gracias al Wali Abdala Aben Salema por sus oportunos socorros, y por el buen estado de las naves de aquella costa, manifestándole que convenia mantenerlas siempre con el mismo cuidado, por los importantes servicios que harian guardando la tierra, como habian hecho las de Tarragona. Luego se volvió el Rey por Wesca y Zaragoza, y en todas partes fue recibido con demostraciones de mucha alegría: despues de algunos dias pasó á Toledo, y estuvo en ella poco tiempo, y por Calatrava se vino á Córdoba, y el dia de su entrada en ella fue un dia de gran fiesta.

La nueva del desembarco del Sekelebi animó á los rebeldes de las compañías del Meknesi, y se aventuraron á probar fortuna, y dieron batalla en Astaba á los de Sevilla, y en ella lograron desordenar y poner en fuga á los caudillos de Baena y Carmona: esta ventaja muy celebrada por los descontentos y amigos de novedades, acaloró los ánimos inquietos de algunos sediciosos de Sevilla, entre ellos un Xeque llamado Hayûn ben Salem, y se pusieron en inteligencia con los de Abdelgafir el Meknesi, ofreciéndole entregar la ciudad á sus gentes si viniesen á ella.

CAPITULO XIX.

De la entrada del Meknesi en Sevilla, y de su muerte.

Reunió Abdelgafir toda la gente que seguia sus banderas, y descendieron todos los bandidos de las sierras de Ronda y Antequera. Junta su gente dispuso sus compañías, y ordenó á sus caudillos que antes del dia estuviesen á punto para acometer á los de Córdoba y Sevilla. Estaba encargado del mando de los campeadores de Sevilla Casim hijo de Abdelmelic, Wali de aquella ciudad: este mancebo todavía en su primera juventud, y no acostumbrado á los horrores de la guerra, fue encargado por su padre de hacer la descubierta y reconocimiento de las posiciones y movimientos de los enemigos; y sorprendido de los campeadores contrarios, sin reflexion volvió brida à su caballo, y vino precipitadamente al campo de su padre: lleno Abdelmelic de saña al verle así venir, le dijo: muere, cobarde, que no eres Meruân, no eres hijo mio; y diciendo esto le arrojó su lanza y le traspasó con ella, y cayó muerto: todos se horrorizaron de esto, y él mandó que retiraran de allí su cuerpo: luego llegaron los campeadores y avisaron que los enemigos venian formados en batalla. Abdelmelic ordenó su gente para recibirlos, y luego se avistaron ambas huestes. Intervinieron algunas escaramuzas, y alto ya el sol se trabó una sangrienta batalla bien sostenida por ambas partes. A la tarde

esforzó tanto la pelea Abdelmelic, que rompió y desbarató á los rebeldes, y se dispersaron huyendo á diferentes puntos. Su caballería se dirigió la mayor parte hácia Moror y Marchena, y su gente de apie á las sierras de Leit. La fatiga del dia no permitió á la caballería de Abdelmelic el perseguir á sus enemigos. Al dia siguiente, recelando los del Meknesi que los de Andalucía viniesen á buscarlos, se apresuraron á retirarse, los mas animosos á Sevilla, y los de apie y heridos á las sierras de Leit. Confiaba Abdelgafir en las promesas de Hayûn ben Salem, que le abriria la ciudad de Sevilla, y hallaria en ella muchos parciales que acrecentarian su partido. Abdelmelic presumiendo que los Africanos intentarian entrar en la ciudad, no dió descanso á sus gentes y los siguió en el mismo dia, y los alcanzó en el Alxarafe en cercanías de la ciudad. Trabóse una sangrienta batalla, en que ambas huestes pelearon con igual empeño y valor. Abdelmelic fue herido muy gravemente y los mas principales caudillos; al mismo tiempo en la ciudad los sediciosos se apoderaron del Alcázar, mataron al Wazir de la ciudad y á sus gentes, el Wazir Aben Abda Gehwara fue muy herido y le dejaron por muerto, ocuparon las puertas y facilitaron el paso del rio y la entrada á las tropas de Abdelgafir; pero esta posesion fue de una sola noche, siguió la caballería de Sevilla y de Córdoba á los enemigos dentro de la ciudad, las muertes, la confusion y vocería de los que peleaban, y el furor y saña de los combatientes fue interrumpido por la oscuridad de la noche que sobrevino. Viendo el Meknesi que no era posible mantenerse en la ciudad, robó

aquella noche los depósitos de armas y todas las riquezas que halló en la casa del Rey y en la del Wali Abdelmelic, y antes del dia salió con todos los suyos y los rebeldes y parciales que se agregaron en Sevilla, aunque poco satisfechos del éxito de su loca perfidia. Aceleró su marcha á pesar de la fatiga de sus caballos, y llegó sin ser perseguido á Castála [1].

Estaba el Rey Abderahman muy disgustado de la duracion de esta guerra, que sin tener mucha importancia fatigaba los pueblos de Andalucía, y era el refugio de los bandidos y malhechores: escribió al Walí de Mérida que enviase á Córdoba su caballería para tomar con mayor empeño la guerra contra el Meknesi, que su ánimo era no dejar las armas de la mano hasta acabarla. Luego congregó sus alcaides y partió el Walí de Mérida para acompañar al Rey, si fuese su intencion salir á esta guerra. Entre tanto llegó á Córdoba noticia de la entrada del Meknesi en Sevilla, la fama siempre mentirosa fingió derrotas y fugas en desórden de las tropas de Sevilla y Córdoba, y todo se engrandecia y abultaba. Supo el Rey el verdadero estado de Sevilla y las graves heridas del Wali Abdelmelic, y sin mas compañia que sus Africanos quiso salir á perseguir á los bandidos: disuadió el Hagib Temam ben Amer ben Alcama al Rey Abderahman de este pensamiento hasta la llegada de la gente de Mérida, que no podia tardar: muchos Wazires eran de parecer que el Rey no debia salir á esta

---

[1] Castala, ahora Cazalla: es notable la alteracion de estos nombres, así de Basta resultó Baza, de Castulona Cazlona.

guerra de malandrines; pero el Rey deseaba la paz de sus pueblos, y se le hacian años los dias que este bien se dilataba.

Llegaron á Córdoba las tropas de Mérida, recibió el Rey con mucha honra al Wali y á sus alcaides, y habiéndoles dejado descansar tres dias dispuso su marcha para buscar á los del Meknesi, que avisados de la llegada de estas tropas y caballería de Mérida, luego vieron que aquella tempestad iba sobre ellos. Parecióle al Meknesi que debia pasar al otro lado del rio de Córdoba, y buscar en las conocidas sierras el asilo que les convenia: otros tenian por mas seguras las mas cercanas; pero prevaleció la opinion de Abdelgafir, y fueron á pasar el rio por Lora. El mismo dia que los Africanos pasaban el Guadalquivir salió Abderahman de Córdoba: no habian descansado en la pasada del rio por adelantar y asegurar sus marchas, cuando informado el Rey de su direccion mandó pasar por los mismos vados toda su caballería, y seguirlos y acometerlos en donde los alcanzara. Los alcaides de Elbira y de tierra de Tadmir habian salido de Sevilla sabiendo el paso del Meknesi, y deseaban tambien cortarles su retirada á las sierras: por fortuna de las armas de Abderahman se consiguió alcanzarlos casi en una misma hora en cercanías de Ezija á la ribera de Xenil: acometidos á un tiempo por dos diferentes partes no mantuvieron mucho la pelea, los Africanos hicieron muestra de su valor y destreza en pelear y retirarse, pero acosados de los vencedores les fue forzoso huir á rienda suelta: perseguía el alcaide de Elbira al Meknesi que estaba muy herido, y habiéndole alcanzado le pasó

décima de rentas y frutos y ganados; puesto que lo empleaba en hacer guerra contra Muslimes, y en mantener sus pretensiones de mando contra los Califas de Oriente, verdaderos Señores de España. El Wazir de Zaragoza con mucho secreto avisó á los Walíes de Wesca y Tudela y otros alcaides de la provincia para que concurriesen á Zaragoza con gente de su confianza, porque recelaba de los de la ciudad por el crédito y estimacion popular que tenia el sedicioso. Concurrieron los Walíes, y fue preso y descabezado Husein el Abdari: participaron este acaecimiento al Rey, que lo tuvo por bien hecho, y dió gracias á sus Walíes por su zelo y buen servicio.

Ya en este tiempo se distinguia el Príncipe Hixêm por su gentileza y buen ingenio, era las delicias de su padre por su afabilidad y virtuosas inclinaciones, habíale puesto el Rey su padre los maestros mas doctos de su tiempo; y á fin de que se acostumbrase á la práctica de justicia y de equidad, mandó el Rey que Hixêm y su hermano mayor Suleiman asistiesen á la audiencia de los Cadíes de la Aljama, y al Mêxuar ó Consejo de Estado. Celebraban estos Príncipes los dias del nacimiento de su padre, y daban en ellos convites muy espléndidos á los hombres doctos y á los que concurrian á las academias que celebraban con esta ocasion, y premiaban ellos los mejores elogios que se hacian al Rey, y ellos mismos hacian versos y discursos elegantes, y los leían en estas aca-
774 demias. En el año ciento cincuenta y ocho falleció en Córdoba Moavia ben Salehi de la aldea Naquila de Hemesa, Cadi mayor de las Aljamas de España, hombre sabio y muy amado del Rey Abderahman:

acompañó al Rey gran parte de su vida, y en todos estados, así en los tiempos de sus desgracias, como en la prosperidad de su fortuna: su féretro fue seguido y acompañado de toda la ciudad, y hizo oracion por él el mismo Abderahman. Nombró el Rey para este empleo de Cadi de los Cadíes, ó justicia mayor, á Hasan ben Bezar el Hudeili, varon muy docto y virtuoso, y para gobernador del juzgado de Córdoba á Sirag ben Abdala ben Sirag, que era su ahorrado y familiar.

Como hubiesen prevalecido los Cristianos de Afranc en tierra y comarcas de Narbona, despues de la pérdida de aquella ciudad, aprovechando la ocasion de las contínuas guerras que traía el Rey Abderahman con los rebeldes, tomaron ánimo, y con grandes huestes entraron en tierras de España talando y estragando los campos, incendiando los pueblos y cautivando las gentes: llegaron con sus algaras hasta Zarágoza; pero los Walíes de Wesca, de Lérida y de las otras fronteras fueron contra ellos, y los vencieron y obligaron á pasar los montes, y tuvieron que dejar la presa y despojos por la vuelta [1]: el descuido de los Walíes de la frontera fue causa de estas calamidades. Fue esta entrada de los Cristianos de Afranc año 778
ciento sesenta y dos. Escribieron estas nuevas al Rey Abderahman los Walíes de Wesca y de Za-

[1] Dejar la presa por la vuelta es un proverbio árabe que dicen cuando en sus algaras ó excursiones, por librarse de los que los persiguen, abandonan las presas que habian hecho: esta fue la famosa batalla de Roncesvalles.

ragoza, y el Rey les mandó que persiguiesen á los Cristianos de los montes y los pusiesen en obediencia con entradas contínuas en sus valles; pero esta guerra era obstinada y sin importancia, fatigándose los Muslimes fronteros en seguir en los montes ásperos y enriscados hombres bravos, cubiertos de pieles de osos, y armados de chuzos y guadañas, sin tener otra cosa que las armas con que se defendian.

Entretanto el Rey Abderahman atendía al gobierno de España, y envió á su hijo mayor Suleiman, que habia nacido en Syria, á Toledo, para que gobernando una ciudad y provincia tan principal pusiese en práctica las sabias doctrinas que habia estudiado, y para seguridad y acierto en sus resoluciones le dió por Wazir y consejero á Muza ben Hodeira, hombre político y de su confianza: á su hijo segundo Abdala encargó el gobierno de Mérida con la misma idéa, y le dió por Wazir y consejero á Abdelgafir ben Hasan ben Melic, hijo del Wazir Hasan Gehwara, que se habia criado con el Rey Abderahman desde niño, y le amaba como á un hermano: con estos ministros envió Abderahman á sus hijos. Solía recrearse el Rey Abderahman en la caza de aves, y tenía muy preciosos halcones para esta diversion; y de su mucha aficion á esto se cuenta que en una de sus expediciones de guerra caminando en el centro de su hueste, como viese una banda de grullas abatirse á un valle no distante, salió de su escuadron y fué con sus halconeros á cazarlas, cosa que dió ocasion á que algunos ingenios de su corte, que iban allí, hi-

ciesen agudos y elegantes versos: así por esta aficion á la caza de aves, como por sus guerras de montaña, fue llamado el Sacre Coraixi. En el año ciento cincuenta y cuatro, en la luna de Dylhagia, apareció de repente el sol poco despues de salir tan demudado y sin resplandor, que causaba horror su vista, y duró en su espantosa oscuridad hasta medio dia, sin que hubiese eclipse, nieblas ni polvo.

CAPITULO XXI.

De la fuga del hijo de Jusuf de la prision de Córdoba.

Muhamad Abulaswad, hijo de Jusuf el Fehri, estaba preso en una torre del muro de Córdoba muchos años habia: los primeros años de su prision fueron muy rigorosos; pero como todo cede al tiempo, tambien la dureza de sus guardas y carceleros. Al cabo de algunos años, compadecidos de su triste suerte, les pareció que ningun riesgo habia en que gozase de la luz del sol; pero el astuto Muhamad en aquel punto se fingió ciego, y con tanta propiedad hacía del ciego y lo parecía, que de todos fue tenido por verdadero ciego, y así le llamaban. Así pasó gran tiempo, y en esta seguridad confiados sus guardias solian dejarle salir de su encierro á unas salas bajas de la torre, en especial en la estacion calorosa del verano; y aun le permitian pasar en ellas la noche, para que gozára de

la frescura, y le concedian bajar á los algibes por agua para lavarse. El fingido ciego vió la oportunidad que deseaba, y la facil salida que ofrecian unas ventanas bajas que daban luz á las escaleras de los algibes. Solían visitarle en este tiempo algunos parciales secretos de su padre, y con ellos comunicó sus pensamientos, y ellos le animaron á ponerlos por obra ofreciéndole su ayuda para ello. Una tarde del verano, en que todos estaban bañándose en Guadalquivir, y hasta los siervos de la prision estaban fuera á sus negocios, y confiados en la gota serena de Muhamad le habian dejado solo en las salas bajas, donde solía pasar el dia, no quiso perder la ocasion que tan favorable le abría sus puertas; y así con mucha presteza se desprendió por las ventanas bajas de la escalera de los algibes, y pasó el rio á nado, y á la otra parte en las alamedas, á corta distancia de la orilla tomó vestido y caballo que le estaba prevenido, y caminó toda la noche y al dia siguiente por caminos estraviados; y así desconocido llegó á Toledo, se hospedó en casas de amigos, le proveyeron de lo necesario, y lo encaminaron con mucha seguridad á las sierras de Jaen al abrigo de los bandidos y rebeldes que allí estaban. Temerosos los guardas de la pena que merecía su descuido, tuvieron harto tiempo oculta su falta, y en secreto esta novedad; pero al cabo fue forzoso dar parte al Rey de la fuga del ciego Muhamad Abulaswad: pesó mucho al Rey de aquel descuido, y dijo: todo es obra de la sabiduría eterna, que nos enseña con este acaecimiento que nunca se hace bien

á los malos sin hacer al mismo tiempo mal á los buenos. Yo recelo que la fuga de este ciego nos ha de causar no poca inquietud y efusion de sangre. Luego mandó el Rey avisar á los gobernadores y alcaides de Elbira y de Segura, y tierra de Jaen, para que enviasen descubridores á sus comarcas y montes de ellas, y persiguiesen á los bandidos que allí andaban. En este tiempo falleció Habib ben Abdelmelic el Meruân, que fue Wali de Toledo: fue de los mas privados del Rey, que acompañó su féretro con sus seis hijos; y como viese á su hijo Hixêm sentado y muy afligido, que no se levantaba para acompañarle, le dijo: no está bien, Abulwalid, tanto abatimiento y pena: levántate y acompaña el entierro del mejor de tu casa.

CAPITULO XXII.

De la guerra contra Abulaswad, sus aventuras y muerte.

No pasó mucho tiempo en manifestarse el fuego de la rebelion en las sierras de Cazorla y de Segura: los bandidos sediciosos y descontentos de todas las provincias tomaron por su caudillo á Muhamad Elaswad, volvieron á desplegarse las banderas de los Fehríes, y se juntaron mas de seis mil hombres aguerridos y bien armados. Luego fue avisado el Rey Abderahman de esta novedad, y sin perder tiempo tan precioso en estas ocasiones partió con la caballería de Córdoba, avisando al Wa-

li de Tadmir, y al de Jaen, para que acudiesen con sus gentes á deshacer estas taifas de rebeldes. Luego que entendieron la venida de Abderahman procuraron evitar su encuentro, esperando de dia en dia acrecentar su hueste con las que recogía Casim ben Jusuf el Fehri en las serranías de Ronda, y en Somontan y montes de Jaen el bandido Hafila y otros de sus caudillos. Venciéles en diferentes batallas de poca importancia, sin lograr traerlos á campo abierto ni empeñarlos en accion general de toda su gente. Alargábase tanto tiempo esta guerra de montaña, que fue forzoso suspenderla muchas veces y volver á ella en estaciones convenientes. Por otra parte los rebeldes padecían menos que la caballería y gente de Abderahman: acompañaban en ella al Rey los caballeros de Lorca, Elbira y Jaen; pero la aspereza de aquellas sierras donde se retiraban era tanta, que ni aun la gente de apie podia seguirlos en sus guájaras y fragosidades. Cansado el Rey Abderahman de las molestias de esta lenta guerra dió órden á sus Walíes para pasar de un cabo á otro las montañas, y obligar á los rebeldes á salir de ellas: allegaron sus gentes con gran ballestería, y de diferentes puntos penetraron en aquellos montes. Huyeron entonces los rebeldes á los montes de Castulona, y en esta ciudad aconsejaron algunos á Muhamad Abulaswad que se fuese á la merced del Rey Abderahman, y le pidiese perdon y escusase su fuga, que Abderahman era de corazon benigno, y le recibiría; pero Abulaswad les respondió, que era tal su desventura, que aunque quisiera no tenia libertad pa-

ra solicitar gracia, ni podia dejar de seguir por donde aquella su gente le llevaba: que bien conocía el término que habia de tener tan desastrada guerra; pero que ya no estaba en su mano sino hacer lo que insinuaba el último soldado de sus taifas. Con todo eso le aconsejaron que aunque viniese á batalla, lo que no podría evitar, que huyese y se salvase, y estuviese cierto, que el Rey Abderahman le recibiría con benignidad y le trataría bien. Pocos dias despues se dió la batalla, que fue muy sangrienta, y el Rey Abderahman los venció, y huyó Muhamad Abulaswad con muchos caballeros: toda su gente de apie fue muerta, que pocos se libraron de la espada; y cuenta Razi que esta victoria fue dia cuatro de Rebie primera del año ciento sesenta y ocho, que fue dos dias despues de la 784
conversacion y propuestas que le hicieron algunos de sus amigos, aunque al mismo tiempo fieles al Rey Abderahman; y dice que perdió Abulaswad en esta batalla cuatro mil hombres, los mas esforzados de su gente, sin muchos otros que se ahogaron en Wadialahmar al pasar huyendo de la caballería de Abderahman: que Abulaswad entró en Castulona, y luego salió de aquella ciudad, y siguió huyendo con sus caballeros hasta tierra de Algarbe.

Despues de esta batalla se vino el Rey á Córdoba, y fue recibido con demostraciones de mucha alegría: luego pasó á Mérida para disponer y seguir la comenzada guerra. Los alcaides de Beja, Badalyox y Cantara Alseif se ofrecieron á continuarla y dejar al rebelde sin un hombre: el Rey Ab-

derahman dió licencia para que se ocupasen en esta guerra al de Badalyox y Cantara Alseif, y agradeció al de Beja su buena voluntad, y le mandó volverse á su alcaidía. Los caudillos rebeldes se habian dispersado despues de la batalla de Castulona, cuales á una parte, cuales á otra, culpándose unos á otros del mal suceso de aquel dia. Hafila con muy pocos bandidos huyó á los montes de Segura: Muhamad Abulaswad el Fehri con alguna caballería á tierra de Algarbe: perseguido por los alcaides de Badalyox y Cantara Alseif fue derrotado en muchas escaramuzas, y como le faltó la fortuna le abandonaron tambien los hombres y los pocos parciales que le quedaban. Quedó al fin solo y sin un siervo, que él mismo huía de su gente: solo y disfrazado entró en Cauria, y allí estuvo oculto algun tiempo: de allí se retiró pobre y desconocido, y se escondió en los bosques espesos, y allí pasó en la soledad como hambriento lobo, acordándose como de un tiempo venturoso de cuando estaba en la oscuridad de su prision. Los trabajos de su miserable vida le habian desfigurado tanto, que pudo pasar ignorado y seguro en Alarcon, pueblo y fortaleza de Toledo, y allí murió un año despues.

CAPITULO XXIII.

Del viage de Abderahman á Lusitania y Galicia.

En este tiempo acabada la guerra en esta provincia pasó el Rey Abderahman á visitar las ciudades de Santarin, Alisbona, Portocale, Colimria y Baraca, y otras de Lusitania en Algarbe de España, y en todas mandó construir Aljamas y mezquitas comunes, y para esto destinó una parte de las rentas que en ellas le correspondian, dejando en todas claras señales de su beneficencia: pasó algun tiempo en las ciudades de la parte boreal de España, y por Astorga, Zamora y Avila vino á Toledo, donde fue recibido de su hijo Abdala y de toda la ciudad con grandes demostraciones de alegría. Habiendo sabido que en tierras de Tadmir andaban algunos rebeldes, acaudillados por Casim, hijo menor de Jusuf el Fehri, y por Hafila que habia allegado los bandidos de toda la comarca, fue á tierra de Tadmir para acabar esta guerra: á su llegada á las sierras de Alcaraz tuvo nueva de la derrota de los rebeldes por los Walíes de Tadmir, y que Abdala hijo de Abdelmelic ben Omar el Meruân habia logrado prender al caudillo Casim ben Jusuf el Fehri, y le tenia á buen recaudo, y visitó el Rey el fuerte de Secura, que es como una ciudad edificada sobre la cumbre de un monte grande, que hace inaccesible la fortaleza, y salen de su falda dos rios, el uno de ellos es el de Córdoba, llamado

Guadalquivir, y el otro es Guadalabiad, que pasa por Murcia: el que va por Córdoba sale de este monte de una junta de aguas, que como una laguna clara hay en el corazon del monte, y desciende á la raiz de él, y sale del sitio profundo de la montaña, y va corriendo al Occidente á monte Nágida, á Gadira y cerca de Medina Ubeda, y á las llanuras de Medina Bayesa, á Alcozir, á Hisn Aldujar, á Cantara Extesan y á Córdoba: el Guadalabiad sale tambien de la raiz del monte, de la fuente de Mediodia á Hosain Alfered, á Hisn Mula, á Murcia y á Auriola, á Almodwar y al mar. Se dirigió desde allí Abderahman á Denia, y estando allí le llevaron la cabeza del sinventura Hafila, que tantas veces habia salido bien de peligrosos trances de batallas sangrientas: nadie puede evitar el tiro de la saeta de su destino. Vino despues el Rey Abderahman á Lorca y á Murcia, y se detuvo en estas ciudades algun tiempo, y acompañado del Wali Abdala ben Abdelmelic tornó á Córdoba en el año de ciento y setenta. A pocos dias despues de su venida á Córdoba le presentaron el hijo de Jusuf el Fehri encadenado, y considerando Abderahman la inconstancia de la fortuna de los hombres, se compadeció del triste Casim, imploró éste su clemencia besando la tierra á sus pies; y Abderahman, que de su natural condicion era muy generoso y compasivo, luego le perdonó y mandó quitar sus fierros, y Casim vivió siempre en obediencia del Rey, que le honró y dió posesiones en tierra de Sevilla para que mantuviese su casa conforme á su estado y condicion correspondia.

CAPITULO XXIV.

De la construccion de la mezquita mayor de Córdoba, jura solemne de Hixêm, y muerte de Abderahman.

Cumplidos los deseos de paz que siempre tenia el Rey Abderahman, señaló el primer año de ella, que fue el ciento setenta, mandando edificar en Córdoba 786
y cerca de su Alcázar la grande Aljama y mezquita mayor: dicen que el mismo Rey trazó el plan de la obra; que se propüso que fuese semejante á la de Damasco, y mas grande y superior en su magnificencia y suntuosidad á la nueva de Bagdad, y que fuese comparable á la de Alaksâ[1] en la Casa Santa de Jerusalen: puso en ella muchas y muy preciosas columnas de mármol: su entrada por diez y nueve puertas muy espaciosas para ir á su Alquibla por diez y nueve calles de columnas de mármoles diferentes maravillosamente labradas, y atravesadas éstas de treinta y ocho calles de Oriente á Poniente, y en sus costados á cada parte nueve puertas: dice Aben Hayan que la altura de su Alminâr ó torre era de cuarenta

---

[1] Veneran los Muslimes dos templos ó casas santas, el de la Caaba de Mecca, y el de Jerusalen, que es el que llaman Alaksâ ó remoto, por mas distante de su Arabia: el que veneran en Jerusalen es el de la Resurreccion, que tambien llaman el de Asahara, ó de la peña ó roca.

brazas poco mas ó menos: aunque puso en esta obra gran diligencia y trabajaba en ella él mismo una hora cada dia, y gastó en la obra mas de cien mil doblas de oro, no quiso Dios que viese acabado este edificio; pero dotó las madrisas ó enseñanzas que habia de haber en ella y sus hospitales, cual convenia á la magnificencia de la Aljama.

En este tiempo se enseñaba en España, segun la secta y declaraciones del [1] Auzei, enseñanza que habia introducido y practicaba en Córdoba el Andaluz Saxato ben Salema, que fue discípulo del Auzei en Oriente, y solian llamar á este sabio el Damasquino; y por eso algunos le tenian por natural de Damasco: no dejó de enseñar en Córdoba hasta que falleció en tiempo del Rey Hixêm, año ciento y ochenta; y algunos dicen que vivió doce años mas. En pago de sus señalados servicios habia ofrecido el Rey Abderahman al caudillo Abdala, hijo de Abdelmelic el Meruân, darle por muger su nieta Cathira, hija de Hixêm; y como Abdala recordase frecuentemente al Rey el cumplimiento de su promesa, el Rey se la dió y hubo en Córdoba con este motivo grandes alegrías. Al fin del año ciento y setenta congregó el Rey Abderahman en Córdoba á los Walíes de las seis capitanías de España Toledo, Mérida, Zaragoza, Valencia, Granada y Murcia, y doce gobernadores de las ciudades principales, y los veinte y

---

[1] La secta ó escuela del Auzei precedió en España á la de Malic ben Anas, que siguieron despues: hay entre los Musulmanes cuatro sectas aprobadas, la de Malic, la de Safei, la de Hanbal y la de Hanifa.

cuatro Wazires de éstos, y cuando los tuvo congregados en su alcázar en presencia de su Hagib, del Cadi de los Cadíes, de sus Alcatibes secretarios y consejeros de Estado, declaró á su hijo Hixêm por su Wali Alahdi, ó futuro sucesor del reyno. Todos los Walíes y Wazires presentes hicieron su juramento de fidelidad y obediencia, como fieles y leales á su Señor el Rey Abderahman durante su vida, y para despues de sus dias á su hijo Hixêm, declarado sucesor de su imperio; y todos por su órden tomaron la mano del Príncipe Hixêm. Hizo el Rey Abderahman esta preferencia de Hixêm para sucederle en el reyno, aunque de menos edad que sus hermanos Suleiman y Abdala, porque habia manifestado siempre mucha bondad, afabilidad, prudencia y rectitud. Algunos dicen, que la Sultana Howara, madre de Hixêm, tenia ganado el corazon de Abderahman, que él no tenia mas voluntad que la suya, y que ella persuadió al Rey esta preferencia. Suleiman y Abdala, que habian concurrido á la jura de su hermano, disimularon su resentimiento y no se dieron por agraviados por respeto á su padre el Rey, ni durante sus dias manifestaron queja ni descontento. Luego que despidió el Rey á sus Walíes, y partieron á sus provincias al principio del año ciento setenta y uno, 788
se fué á Mérida, quedando en Córdoba Abdala su hijo, que Hixêm acompañó al Rey su padre, el cual á pocos meses adoleció y de su enfermedad falleció, pasando á la misericordia de Dios dia [1] veinte y dos

[1] Dice Alabar que falleció dia martes, seis dias por andar de Rebie segunda.

de la luna de Rebie segunda del año ciento setenta y uno, á los cincuenta y nueve años, dos meses y cuatro dias de su edad. Así dejó los palacios de este mundo perecedero, y pasó á las moradas eternas de la otra vida. Fue enterrado con gran pompa, siguiendo su féretro toda la gente de la ciudad y de los lugares de la comarca, que acompañaron su entierro, y le honraron con sus lágrimas: hizo oracion por él su hijo Hixêm en dia martes, seis dias por andar de la luna de Rebie segunda.

En este mismo año de la muerte de Abderahman entró en Africa Edris ben Abdala, de la descendencia de Aly ben Abi Taleb, y despues de vagar errante entre los Africanos, ayudado de la tribu Áruba y otras berberíes, se apoderó de Almagrêb contra los Califas de Oriente, y dió principio al poderoso estado del reyno de Fez.

Tuvo el Rey Abderahman su Zeka ó casa de moneda en Córdoba, y no hizo novedad en la forma y ley de ella, acuñándola en todo semejante á la que labraban en Syria los Califas sus antepasados, sin diferencia en la inscripcion de ella, sino en la expresion del lugar y año. Por un lado se leía: no es Dios sino Alá, único y sin compañero: en su orla decia: en nombre de Alá se acuñó este dinar ó adirham en Andalus, año tal. Por el otro lado se leía: Dios es uno, Dios es eterno; no es hijo ni padre, ni tiene semejante: en su orla decia: Mahomad enviado de Alá, que lo envió con la direccion y ley verdadera para ostentarla sobre toda ley á pesar de los infieles.

CAPITULO XXV.

Del Rey Hixêm, y alteraciones de sus hermanos.

Despues que el Rey Abderahman ben Moavia fue enterrado, su hijó el Rey Hixêm acabadas las ceremonias y honras funerales fue solemnemente aclamado Rey, paseó las calles de la ciudad de Mérida con gran séquito de caballería, y se hizo por él la chotba ú oracion pública en todas las Aljamas y mezquitas principales de España [1], y en todas partes se repitió por el pueblo: que Dios ensalce y guarde á nuestro Rey Hixêm, hijo de Abderahman. Tenia Hixêm treinta años de edad, era de magestuosa presencia, de condicion apacible, muy religioso y exacto en la observancia de la ley, de mucha integridad y amor á la justicia: por esto fue llamado Aladil, ó el justo, y por su bondad el Radhi, el benigno. Sus dos hermanos Abdala y Suleiman no disimularon su resentimiento y encono por la preferencia y sucesion de Hixêm en el trono de su padre. Se propusieron gobernar con absoluta independencia sus provincias, y dieron y qui-

[1] La chotba ú oracion pública por el Rey es uno de los primeros derechos de la soberanía entre los Muslimes: debe hacerse en las mezquitas principales, todas las fiestas, por el Chatib ó predicador de ellas: se hace desde el minbar ó púlpito, y esta oracion contiene alabanzas á Dios, bendiciones al Anabi Mahomad, y súplicas por la vida y prosperidad del Rey.



taron gobiernos y alcaidías en ellas, sin consultar ni avisar al Rey su hermano. Abdala que estaba entonces en Córdoba dejó su casa particular, y se pasó al alcázar, en la luna Giumada primera del año ciento setenta y uno, esperaba que los Wazires y prín-
787 cipales caballeros de la ciudad le diesen la enhorabuena; pero ninguno fue á visitarle sino á su propia casa. Desengañado con esto de la disposicion de los ánimos y voluntad de los de Córdoba, por no venir á súbito y manifiesto rompimiento escribió á Hixêm que le diese licencia para irse á Mérida, y que no atormentase mas tiempo con su ausencia á sus leales Cordobeses, que deseaban con ansia su venida.

Luego vino el Rey Hixêm á Córdoba, y fue recibido con grandes demostraciones de alegría: recibió Abdala á su hermano el Rey con los caballeros de la ciudad, y le volvió á pedir licencia para ir á su provincia. Díjole el Rey Hixêm, que todavía quisiese permanecer algunos dias en su compañía, y Abdala respondió: que te plazca, ó Amir, que yo parta, que no me siento bueno en esta ciudad. Dióle Hixêm su licencia, y en aquel mismo dia salió de Córdoba. Dió el Rey el sello real y cargo de Hagib al Wali Abu Omeya Abdelgafir ben Abda el Gehwara, que habia sido gobernador de Sevilla.

Cuando supo Suleiman que su hermano Abdala estaba en Mérida, le escribió que fuese á Toledo para tratar sus negocios, y acordar entre ambos lo que les convenia. Luego pasó Abdala á Toledo sin pedir licencia ni avisar al Rey con algun pretexto ú causa. El Wazir de Mérida, hombre de acendrada lealtad, comunicó al Rey la partida de Abdala á Toledo, lla-

mado de su hermano. Pesóle mucho de esto, pero no lo manifestó, y respondió al Wazir dándole gracias por su aviso, y diciéndole que ya lo sabia. Los dos hermanos se convinieron en gobernar sus provincias como Señores de ellas, con independencia de su hermano el Rey de Córdoba, y defender de mancomun su soberanía. Habian llamado á su consejo al Wazir de Toledo Galib ben Temam el Tzakifi, y como leal á su Rey y hombre prudente se opuso á sus intentos, y les afeó su determinacion. Suleiman ofendido de sus razones lo mandó poner en prision cargado de cadenas. Luego fueron sabidas del Rey Hixêm las conferencias de sus hermanos y la prision del Wazir, y sospechó gran mal: escribió á Suleiman que habia sabido la prision del honrado Wazir Galib, y no era justo que él ignorase la ocasion que hubiese habido para tal procedimiento, interesándole tanto la suerte de sus buenos y leales servidores, que esperaba ser informado de todo sin dilacion. Cuando Suleiman recibió esta carta se llenó de saña, y en el furor de ella, en presencia del enviado de su hermano, mandó sacar de la prision á Galib y que lo clavasen en un palo; y dijo al mensagero: dí á tu Señor que nos deje mandar en nuestras pequeñas provincias, que esta libertad no es gran recompensa del agravio que se nos hace, y cuéntale tambien lo que ha valido aquí su intempestiva soberanía.

Llenó de justo enojo y de indignacion al Rey Hixêm la desobediencia y atrevimiento de sus hermanos, y luego escribió á todos los Walíes y alcaides que tuviesen por enemigos del Estado á sus dos hermanos y á cuantos llevasen su voz, que defendiesen

de ellos sus ciudades y fortalezas, y no los amparasen en sus provincias, que su desobediencia ya era pública. Mandó allegar su caballería y gente de guerra, y con una hueste de veinte mil hombres partió contra Toledo Este movimiento de tropas no fue ignorado de Suleiman, recorrió su provincia y comarcas y allegó quince mil hombres, y dejando encargada la defensa de Toledo á su hermano Abdala y á su propio hijo, salió al encuentro de las tropas de Andalucía.

Al mismo tiempo Said ben Husein Wali de Tortosa se resistió á recibir en aquella ciudad al nuevo Wali que había nombrado el Rey para sucederle en su gobierno; y mandó el Rey Hixêm que el Wali de Valencia fuese sin dilacion á castigar al rebelde. Luego juntó la caballería de la ciudad y la de Murbiter y Nules: antes de llegar á Tortosa salió contra ellos Said ben Husein, y trabaron una escaramuza muy sangrienta: los de Valencia pusieron en fuga á los de Said, y empeñados en su alcance los caballeros de Valencia, cayeron en una emboscada que les tenia puesta: pelearon en ella con mucho valor, y la matanza fue grande de ambas partes; pero habiendo herido de muerte al Wali de Valencia Muza ben Hodeira el Keisi, sus caballeros hubieron de ceder el campo á los rebeldes: fue esta pelea y muerte del
788 Wali de Valencia al principio del año ciento setenta y dos. Luego fue avisado el Rey Hixêm de este desman, y porque esto no añadiese nuevo ánimo y osadía á los rebeldes encargó á los Walíes de Granada y Murcia, que enviasen sus gentes á Valencia, y unidos á su nuevo gobernador Abu Otman escarmentasen á los rebeldes.

CAPITULO XXVI.

De la batalla de Bulche, y allanamiento de los Príncipes.

Entre tanto caminaba el ejército del Rey á castigar los desafueros y desobediencia de Suleiman que abiertamente levantaba los pueblos, y allegaba gentes para mantener su independencia y la de su hermano Abdala. Encontráronse ambas huestes cerca de Hisn Bulche, y como si fueran enemigos de ley, lengua y costumbres diferentes, se mezclaron en sangrienta batalla, que se mantuvo igual buena parte del dia: á la caida del sol los de Suleiman cedieron el campo, y la venida de la noche impidió su completa derrota. A favor de la oscuridad se retiró del campo de batalla y se aseguró en los montes. El ejército vencedor siguió hasta Toledo y la cercó, defendiéndola Abdala con inteligencia y valor, y la fortaleza de su enriscada posicion. Suleiman descendió de las sierras reunidas sus gentes, y corrió las campiñas de Córdoba, y ocupó la fortaleza de Sefenda. Luego vino contra él Abdala ben Abdelmelic el Meruân que salió desde Córdoba y peleó con él y le venció y echó de Sefenda, obligándole á tornar á la sierra, y ampararse en ella. Desde Petroxis y Maltamisa envió Suleiman á solicitar al Wazir de Mérida y á los principales caudillos de su comarca; pero fueron vanas sus esperanzas, pues en lugar de ayudarle tomaron armas para venir contra él: persegui-

do de los campeadores de Abdala el Meruân se retiró por las sierras hácia tierra de Tadmir: fue la ba-
789 talla de Hisn Bulche año ciento setenta y tres.

Viendo Abdala que su hermano Suleiman no acababa de llegar á Toledo, que las provisiones de la ciudad se apuraban, y con ellas las fuerzas y voluntad de los defensores, sabiendo que su hermano el Rey Hixêm, despues de dos meses y medio que habia estado en su campo delante de Toledo, habia ido á Córdoba, acordó con su sobrino que mantuviese la defensa de la ciudad en tanto que él volviese, que sería muy en breve, ó con tropas para forzar á sus enemigos á levantar el sitio, ó con las avenencias mas favorables para entregar la ciudad y ponerse en paz y buena inteligencia con el Rey, pues no era ya posible continuar cercados y faltos de todas las cosas necesarias. Luego salió un Wazir de Abdala, que propuso de su parte á los Walíes del ejército que diesen seguro paso y compañía á los mensageros de la ciudad que pasaban á ofrecer al Rey donde estuviese sus propuestas de avenencia. Luego fue otorgado el paso, y el mismo Abdala salió con su Wazir, pero desconocido y fingiendo ser otro, diéronles dos caballeros que fuesen con ellos á Córdoba, y en llegando al Alcázar su mismo Wazir se adelantó y anunció al Rey Hixêm la venida de su hermano. Recibióle el Rey Hixêm con los brazos abiertos, sin estar en su mano hacer otra cosa: concertaron la entrega de Toledo y olvido de todo lo pasado, y que esto se entendia tambien con Suleiman, si se viniese á la merced del Rey sabida esta avenencia. Partió el Rey Hixêm y su hermano Abdala con la caballería de guardia de Ze-

netes y Andaluces, y antes de llegar al campo se adelantó Abdala y su Wazir, y entraron á disponer la entrega, que se hizo con general alegría. Subió el Rey Hixêm al alcazar acompañado de su hermano y de su sobrino, y de los principales caballeros de su ejército, y fue este dia de su entrada en Toledo un dia de gran fiesta. Concedió el Rey Hixêm á su hermano Abdala el morar en una real casa en cercanías de Toledo en un ameno sitio. Luego llegó á Suleiman la nueva de la entrega de su ciudad, y tuvo gran pesar de este acaecimiento; pero no decayó todavía su ánimo, y esperaba hallar en la perfidia de algunos sediciosos y descontentos apoyo para sus vanas pretensiones, ó á lo menos auxilios y recursos para proseguir inquietando á su hermano en la posesion del trono, y perturbar la paz de sus pueblos.

Sabiendo el Rey que su hermano Suleiman andaba en tierras de Tadmir levantando los pueblos y allegando gentes para venir contra él, dió órden á sus Walíes de aprestar las gentes y partir á buscarlo. Encargó la vanguardia de su ejército á su hijo Alhakem, que por primera vez se ensayaba en el acaudillamiento de algunas tropas: iban á su lado caudillos de experiencia: partió la vanguardia, y en ella lo mas florido de la caballería de España, y un dia despues se puso en marcha todo el ejército: en los campos de Lorca estaba la gente de Suleiman, y el Príncipe Alhakem, sin esperar á que llegára su padre con toda la hueste, acometió á estas tropas con tal determinacion y denuedo, que á pesar del número y de su vigo-

rosa resistencia los rompió y puso en desórdenada fuga, quedando muchos tendidos en el campo para agradable pasto de aves y fieras. Cuando llegó el ejército de Hixêm ya no habia enemigos con quien pelear. Elogió el Rey á su hijo Alhakem y á sus esforzados caballeros; pero le advirtió que si bien convenía mucho el ardimiento y valor en la guerra, pero no menos la prudencia y reflexion: que no deben aventurarse los sucesos cuando sin temeridad ni precipitacion puede ser mas cierto y mas completo el triunfo. Que muchas veces por imprudente confianza y necia presuncion de sus propias fuerzas, y por no dar parte en la gloria de sus imaginados triunfos á otro compañero, muchos caudillos perdieron batallas muy importantes, que causaron la ruina de algunos estados, y á sus nombres perdurable infamia.

No estaba Suleiman en su hueste el dia de la batalla, y cuando los fugitivos restos de su gente llegaron donde estaba y le refirieron el suceso desgraciado del dia, quedó pensativo, y sin decir otra palabra que mal haya mi fortuna, partió con algunos caballeros hácia Valencia sin camino ni direccion cierta. Llegó cerca de Denia, y perseguido allí de los campeadores de su hermano, viendo el empeño con que sus enemigos le seguían, y que sus gentes le iban dejando, se entró en Gezira Xucar, lugar fuerte y rodeado del rio, y desde allí escribió á su hermano rogándole quisiese olvidar lo pasado y recibirle en su gracia con las mismas condiciones que á su hermano Abdala, ó como le pareciese. Holgó mucho el Rey Hixêm de este alla-

namiento, y habido su consejo con sus Wazires y Walíes le recibió en su gracia; pero le propuso que para su seguridad podia establecerse en Tanja ó en otra ciudad que él quisiese de las de Almagrêb, que concertarían la venta de las posesiones suyas en España, para que pudiese adquirir otras en Bería. A todo se allanó Suleiman, y concluyeron su avenencia año ciento setenta y cuatro. Cuentan 790
que recibió del Rey Hixêm por sus posesiones sesenta mil mitcales ó pesantes de oro, y se fué á morar á Tanja. En este mismo año el Wali Abu Otman venció al rebelde Said ben Husein, que murió en la batalla, y envió su cabeza á Córdoba con la nueva de la victoria, y la mandó el Rey poner en un garfio del muro.

CAPITULO XXVII.

De la rebelion y guerra en España oriental.

Con ocasion de las desavenencias de los Príncipes se rebeló en España oriental el caudillo de la frontera Bahlul ben Makhuc Abulhegiâg, se apoderó de Zaragoza, y se le unieron los gobernadores de Barcelona, Wesca y Turiazona. Envió contra ellos al Wali de Valencia Abu Otman con numeroso ejército de gente de apie y de acaballo: los venció en varias batallas, y se apoderó de las ciudades, que oprimidas por estos caudillos rebeldes, deseaban verse libres de sus vejaciones y estar protegidas de su Rey y Señor: así ellas mismas abrieron sus puertas al vencedor, y se pusieron en de-

fensa contra los rebeldes: envió Abu Otman á Córdoba nuevas de su venturosa expedicion y las cabezas de algunos caudillos. Celebráronse en Córdoba estas victorias con públicas alegrías, y escribió el Rey Hixêm á Abu Otman que fuese á la frontera de Afranc y esperase nuevos refuerzos de tropas para poder recobrar las ciudades que habian perdido los Muslimes en aquella tierra.

791 Venido el año ciento setenta y cinco mandó Hixêm publicar en toda España el Algihed ó santa guerra, envió sus cartas á todas las capitanías, se leyeron en los Alminbares ó púlpitos de todas las Aljamas, y todos los buenos Muslimes quisieron concurrir por sus personas, ó con sus armas y caballos, ó con sus limosnas, por merecer los inefables y copiosos premios prometidos á los que ayudan á tan digna empresa. Encargó el mando de las tropas que se dirigieron á las fronteras á su Hagib el Wali Abdelwahid ben Muguéit, y á su yerno Abdala ben Abdelmelic el Meruân, y á Jusuf ben Bath el Ferasi: entraron estas huestes en tierra del Guf ó norte de España, una division de treinta y nueve mil hombres que corrió y taló las comarcas de Astorica y Lucos, y toda Galicia, tomando cautivos y muchos ganados y despojos, causando en aquellos pueblos el espanto y la desolacion de las terribles tempestades: otra á la parte oriental que entró en los montes Albortât, y sojuzgó sus pueblos, y tomaron grandes despojos, cautivos y ganados. En el año ciento setenta y seis continuaron las entradas por los valles de los montes Albaskenzes hasta dentro en tierras de Afranc:

los pueblos huían á las grutas de las fieras, y abandonaban sus poblaciones. Este año murió en Sevilla el Walilcoda de aquella Aljama Abdala ben Omar ben Alchitab, hombre docto y de singular integridad. El año ciento setenta y siete se tomó 793
por fuerza de armas la ciudad de Gerunda, y sus moradores fueron degollados: la misma suerte tuvieron los de Medina Narbona: la espada de los Muslimes hizo en sus defensores y pueblo tan atroz matanza, que solo sabe el número de ellos Dios que los crió. Los despojos de estas ciudades fueron muy ricos en oro, plata y preciosos paños, y el quinto que de ellos tocó al Rey Hixêm por su parte fue mas de cuarenta y cinco mil mitcales ó pesantes de oro. Cuando llegaron á Córdoba estas riquezas, y las nuevas de tan venturosas expediciones hubo en la ciudad grandes alegrías. Destinó el Rey el quinto que le pertenecía para la fábrica de la Mezquita mayor Aljama de Córdoba. Quedó en la frontera de órden del Rey el Wali Abdala ben Abdelmelic el Meruân, á quien hizo Wali de Zaragoza.

CAPITULO XXVIII.

De las obras del Rey Hixêm.

Con estos venturosos sucesos el Rey Hixêm era muy temido de sus enemigos, y muy amado de sus pueblos: con su clemencia, liberalidad y condicion facil y humana grangeaba las voluntades de todos: era muy caritativo con los pobres de cualquiera religion, y pagaba los rescates de los que

caían en manos de sus enemigos; y cuando alguno de los suyos moría peleando en la guerra, cuidaba de sus hijos y mugeres: era muy piadoso, y trabajaba cada dia en la obra de la Aljama, y así la acabó en su tiempo. Esta magnífica Aljama de Córdoba aventajaba á todas las de Oriente, tenía seiscientos pies de larga, y doscientos y cincuenta de ancha, formada de treinta y ocho naves á lo ancho, y diez y nueve á lo largo, mantenidas en mil y noventa y tres columnas de mármol: se entraba á su alquibla por diez y nueve puertas cubiertas de planchas de bronce de maravillosa labor, y la puerta principal cubierta de láminas de oro: á sus lados de Oriente y Occidente cada nueve puertas. Sobre la cúpula mas alta habia tres bolas doradas, y encima de ellas una granada de oro: de noche para la oracion se alumbraba con cuatro mil y setecientas lámparas, que gastaban veinte y cuatro mil libras de aceyte al año [1], y ciento y veinte libras de aloe y ambar para sus perfumes: el Atanor del Mihrab, ó lámpara del oratorio secreto, era de oro y de maravillosa labor y grandeza. Reedificó el puente de Córdoba y otras mu-

[1] Esta prolijidad es propia de los Arabes: el autor de la historia de Fez, Abdelhalim de Granada, cuenta hasta el número de tejas que cubrían la Aljama de aquella ciudad, á saber, cuatrocientas sesenta y siete mil y trescientas tejas, y que tenia quince puertas grandes para los hombres, y dos pequeñas para las mugeres, y se alumbraba con mil y setecientas lámparas; pero no las encienden todas sino en las noches del Ramazan, y la que llaman de Candiles, y así el gran número es para ornato y ostentacion.

chas obras que pedian reparo: por agradar al Rey y por su órden labró en este tiempo Farkid ben Aûn el Aduani, natural de Córdoba, la bella fuente llamada de su nombre Ainfarkid, que era de las obras mas hermosas de Córdoba. Dió el Rey cargo de Wali del Zoco ú plaza de Córdoba á Suleiman ben Foteis, que habia sido Cadi en tiempo del Rey Abderahman, y era su asignacion quinientas doblas al año.

Abdelkerim, hijo del Wali de la frontera Abdelwahid, hizo entrada en Galicia en fin del año ciento setenta y siete, y despues de haber corrido la tierra y entrado en las fortalezas de los Cristianos, y quemado sus iglesias, cuando volvía cargado de despojos fue rodeado por los Cristianos en una emboscada, y en ella recibieron mucho daño los Muslimes: los mas esforzados murieron peleando, y entre otros el caudillo Jusuf ben Bath [1], y perdieron la presa y cautivos que traían. En el mismo año Abdelcadir, caudillo del Rey Hixêm, persiguió á los bárbaros de Takerna que se habian rebelado, y tomando de ellos muchos los clavó en palos, haciendo tal matanza de ellos que dejó la tierra yerma y despoblada. En este año murió Edris ben Abdala el descendiente de Aly, fundador de la ciudad y reyno de Fez: murió alevosamente em-

[1] Dice Alabar que el Wali Jusuf ben Bath el Ferasi acaudillaba la caballería en la expedicion de Galicia, que llevaba treinta y nueve mil hombres, y que despues de ella murió en Toledo: que su hijo Gehwar Aben Jusuf ben Bath fue Wazir del Rey Alhakem.

ponzoñado con un pomo de arómas que le dieron por órden del Califa de Oriente: no tenía hijo todavía; pero dejó preñada una hermosa Alárabe llamada Kethira, hija de Telid, estaba ya de siete meses, y los Alárabes persuadidos del leal Hagib Raxid esperaron que pariese, y despues hasta la competente edad del niño Edris, y todo este tiempo fueron gobernados por el Hagib de su amado Rey. Tambien falleció este año en Córdoba el insigne poeta de su tiempo Amer ben Abi Giafar, que escribió elegantes historias, y fue Cadim al maut, ó intendente de herencias propias del fisco, que el Rey como padre universal hereda á los que no tienen herederos. Se recreaba el Rey Hixêm en el campo, en las amenas huertas y plantío de árboles frutales, y como le propusiesen la adquisicion de una aldea y tierras contiguas muy feraces, como una apacible y útil grangería, que deseaban muchos á competencia su adquisicion, el Rey no quiso comprarla, y en esta ocasion hizo unos versos que manifiestan su ingenio y grandeza de ánimo.

Mano franca y liberal *es blason de la nobleza,*
El apañar intereses *las grandes almas desdeñan:*
Floridos huertos admiro *como soledad amena,*
El aura del campo anhelo, *no codicio las aldeas,*
Todo lo que Dios me da *es para que á darlo vuelva:*
En los tiempos de bonanza *infundo mi mano abierta*
En el insondable mar *de grata beneficencia;*
T en tiempo de tempestad *y de detestable guerra,*
En el turbio mar de sangre *baño la robusta diestra:*
Tomo la pluma, ó la espada, *como la ocasion requiera,*
Dejando suertes y lunas, *y el contemplar las estrellas.*

CAPITULO XXIX.

De la jura del Príncipe Alhakem, y muerte de Hixêm.

El año ciento setenta y ocho estando el Rey Hixêm en Córdoba recreándose en sus Almunias y amenos huertos, donde se entretenía en cultivar por su mano algunas flores y plantas, un célebre astrólogo de su corte le dijo: Señor, trabaja en estos breves dias para el tiempo de la eternidad: el Rey le dijo, que por qué le decia aquella sentencia: y el astrólogo le pidió que no le mandase decir otra cosa, que sin pensar lo habia dicho: instóle el Rey que no le ocultase su pensamiento, seguro de que por nada del mundo se disgustaría de lo que le dijese. Entonces el astrólogo le dijo, que estaba escrito en el cielo que Hixêm debia morir antes de dos años. No se entristeció por el anuncio de su temprana muerte: prosiguió entretenido hasta su hora acostumbrada: despues oyó cantar, jugó al axedrez como solía, y mandó dar al astrólogo un buen vestido. Repetía muchas veces estas palabras: mi confianza es Dios, y en él espero. Puso en Córdoba y en otras ciudades de España enseñanzas de la lengua arábiga, y obligaba á los Cristianos que no hablasen otra, ni escribiesen en su lengua latina. Aunque el Rey Hixêm era sabio y superior á las credulidades vulgares sobre el influjo de las estrellas, bien persuadido de 794

que todo se mueve al soplo de la divina voluntad, segun los eternos decretos, no quiso dilatar la solemne declaracion de su futuro sucesor en el imperio: mandó congregar sus Walíes principales, y los Wazires y Alcatibes, secretarios y consejeros de estado, al Cadi de los Cadíes de España, y á su Hagib, y declaró por su Wali Alahdi ó futuro sucesor á su hijo Alhakem; y todos los Walíes, Wazires y principales Xeques de España le juraron fidelidad y obediencia sin condiciones ni reservas, tomándole su mano: tenía el Príncipe Alhakem veinte y dos años, y era de muy gentil presencia y
795 buen ingenio. Fue esta solemne jura el año ciento setenta y nueve.

En los primeros dias de la luna Safar del año ciento y ochenta adoleció el Rey Hixêm de la enfermedad de que falleció á los doce dias de la misma luna, y se fue á la misericordia de Alá. Cuentan que antes de morir dijo á su hijo Alhakem estos buenos consejos, aunque otros los atribuyen á su padre. Deposita en tu corazon, y no olvides nunca estos consejos que quiero darte por el mucho amor que te tengo. Considera que los reynos son de Dios, que los da y los quita á quien quiere. Pues Dios nos ha dado el poder y autoridad real que está en nuestras manos por su divina bondad, demos gracias á Dios por tanto beneficio, hagamos su santa voluntad, que no es otra que hacer bien á todos los hombres, y en especial á los encomendados á nuestra proteccion: haz justicia igual á pobres y á ricos, no consientas injusticias en tu reyno, que es camino de perdicion: al mismo tiem-

po serás benigno y clemente con los que dependen de tí, que todos son criaturas de Dios. Confia el gobierno de tus provincias y ciudades á varones buenos y experimentados: castiga sin compasion á los ministros que opriman tus pueblos á sinrazon con voluntarias exacciones: gobierna con dulzura y firmeza á tus tropas cuando la necesidad te obligue á poner las armas en sus manos: sean los defensores del estado, no sus devastadores; pero cuida de tenerlos pagados y seguros de tus promesas. Nunca ceses de grangear la voluntad de tus pueblos, pues en la benevolencia de ellos consiste la seguridad del estado, en el miedo el peligro, y en el odio su cierta ruina. Procura por los labradores que cultivan la tierra y nos dan el necesario sustento: no permitas que les talen sus siembras y plantíos; en suma haz de manera que tus pueblos te bendigan, y vivan contentos á la sombra de tu proteccion y bondad, que gocen seguros y tranquilos los placeres de la vida: en esto consiste el buen gobierno, y si lo consigues, serás feliz y lograrás la fama del mas glorioso Príncipe del mundo. No hizo el Rey Hixêm novedad en la moneda, y se labraba con el mismo tipo y ley que en el tiempo de su padre. Falleció este Rey Hixêm ben Abderahman á los treinta y siete años y cuatro meses de su edad, y fue la duracion de su reynado siete años y siete meses. En este mismo mes y año falleció en Córdoba Said ben Abdûs, que era conocido por el Godei, Andaluz que viajó á Oriente, y fue allí discípulo de Malik ben Anas, y volvió á su pátria con gran fama de sábio.

CAPITULO XXX.

Del Rey Alhakem ben Hixêm, y de las alteraciones que suscitaron sus tios, y victorias en España oriental.

Despues que con gran concurso del pueblo fue enterrado el buen Rey Hixêm, y que su hijo el Príncipe Alhakem hizo oracion por él, luego el dia
796 catorce de Safar del año ciento y ochenta fue aclamado Rey con gran pompa, y concurrió á la Mezquita mayor el primer Juma, que fue dia diez y seis de la misma luna, y se hizo la Chotba ú oracion pública por el nuevo Rey Alhakem ben Hixêm. La madre que le parió se llamaba Zecraf: era hermoso y de muy gentil disposicion, y estaba en la flor de su edad, pues tenia veinte y dos años. Todos esperaban en él un digno sucesor de su padre y abuelo, su noble fisonomía lo anunciaba, su buena educacion y los ejemplos paternos lo persuadian; pero solo Dios es sabedor. Era Alhakem docto y de ingenio, pero vano y de natural duro, y facil solo para la ira. Se habia criado desde niño con Abdelkerim, hijo de Abdelwahid el Hagib del Rey Hixêm; por eso amaba á este erudito, que fue su bibliotecario desde muy mozo, que ya se distinguia entre sus iguales por su buen ingenio y elegantes versos: le nombró su Hagib, y era la persona de su confianza. Cuando Suleiman y Abdala, tios del Rey Alhakem, supieron la muerte de su hermano

Hixêm, renovaron sus pretensiones á la soberanía de España, ó por lo menos de algunas provincias de ella, de cuya posesion se miraban violentamente despojados. Procuraron parcialidades, y buscaron auxiliares contra su sobrino, con ánimo de destronarle si la fortuna les era favorable, y si menos propicia venir á nuevos conciertos de avenencia, y hacer un repartimiento de la España. Excitaron á la rebelion á los pueblos de Toledo, Valencia y Tadmir, y con ayuda de amigos y con sus propios tesoros Suleiman allegó un buen ejército y pasó de Africa á España, llamándose Señor de ella como hijo mayor del Rey Abderahman ben Moavia. Abdala que estaba en tierra de Toledo habia ganado la voluntad de algunos alcaides de aquella comarca, en especial de uno llamado Obeida ben Amza, hombre astuto y de valor, que puso á su devocion las fortalezas de Uclis, Webde y Santiberia, y levantó gentes, y se apoderó de Toledo, sus puertas y alcazar: fue esto el año ciento 797
ochenta y uno. Cuando el Rey Alhakem entendió las ambiciosas maquinaciones de sus tios, como Rey con armas, juventud y ánimo dispuesto á la soberanía ó á la muerte, no se intimidó por mas que le amenazase guerra larga, peligrosa y sangrienta. Luego mandó juntar su caballería de Arcos, Xerez, Sidonia, Sevilla y Córdoba, la gente de apie de las comarcas de Mérida y Toledo, y se dieron órdenes para la partida.

Caminaba con estas tropas contra Toledo, y al estar en sus cercanías le llegó nueva de la frontera de Afrahc que los Cristianos habian vencido á los caudillos muslimes Bahlul y Abu Tahir, y habian

ocupadò las ciudades de Narbona y de Gerunda, esto en el mismo año ciento ochenta y uno, y que venian con poderosa hueste sobre las otras ciudades de la frontera oriental. Hubo el Rey Alhakem su consejo, y ordenó que luego partiese con mucha diligencia el Wali Foteis ben Suleiman al socorro de la frontera con parte de la caballería, y que de paso juntara la gente de España oriental con el Wali de Zaragoza y de Wesca: que el Rey Alhakem, si el cerco de Toledo se alargaba, partiria con toda su caballería, quedando el cuidado de mantener el sitio al caudillo Amrû con la gente de apie y alguna de acaballo. Antes de llegar el Wali Foteis á Zaragoza supo la pérdida de Pamplona, y que Hasan, el Wali de Wesca, habia entregado su ciudad á los enemigos con ruines tratos: estas infaustas nuevas enviaba el Cadi de aquella ciudad Abdelsalem ben Walid, y manifestaba que los Walíes de aquella frontera oriental, acostumbrados á ser independientes en sus gobiernos, se mantenian en ellos con artera y vil política, buscando la amistad y el favor de los Cristianos para no obedecer á su Señor el Rey, ni servirle; y cuando ya no podian sufrir la opresion de los Cristianos fingian ser leales y buenos Muslimes, y se acojian al amparo del Rey, que por esta causa se habia perdido aquella frontera; y que se perderia toda la tierra si con tiempo y diligencia no se acudiese. Entristecieron al Rey Alhakem estas cosas, y luego partió con la flor de su caballería á la frontera oriental de España, y unido á sus Walíes con numerosa hueste recobró las ciudades de Wesca y Lérida, que los Cristianos no osaron esperarle, y entró en Gerunda y en

Barcelona, y pasó á tierra de Afranc, y en Narbona degolló cuantos infieles hubo á las manos, haciendo cautivos niños y mugeres, y tomando grandes y preciosos despojos: por esta gloriosa expedicion fue llamado Almudafar, ó vencedor felíz y afortunado: dejó por fronteros en aquellas ciudades á Abdelkerim ben Abdelwahid, y á Foteis ben Suleiman, y se tornó con su caballería para tierra de Toledo, donde sus tios Suleiman y Abdala, con gentes de Africa, de Valencia y de Tadmir, ocupaban los pueblos y acrecentaban cada dia su partido. Peleaban con ellos los Walíes de Córdoba y de Mérida con varia fortuna; pero cuando llegó el Rey Alhakem luego mejoró la suerte de las armas. Era el ejército del Rey compuesto de valientes tropas, muy acostumbradas á las fatigas de la guerra, y prácticas y experimentadas en las peleas contra los mas aguerridos enemigos: la gente de Suleiman y de Abdala, aunque era mucha, por la mayor parte eran aventureros de Africa y de Almagrêb, que solo venian á España á probar fortuna por la fama de la riqueza de las ciudades, y de gente allegadiza y baldía de algunas provincias de España, que la pobreza, ó el miedo de ser castigados por sus delitos, llevaba á sus banderas. Así fue que el Rey Alhakem los venció y echó de tierra de Toledo, ocupó las fortalezas de Uclis y Webde, y los forzó á retirarse á tierra de Tadmir y de Valencia el año ciento ochenta y tres. 799

CAPITULO XXXI.

De las nuevas victorias de Alhakem, muerte de Suleiman, y avenencia con Abdala.

En el principio del año siguiente los de Toledo por secretas inteligencias con el caudillo Amrû le dieron entrada en su ciudad, y le entregaron el rebelde Obeida ben Amza, á quien cortó la cabeza, y la envió á Córdoba; y dejando en el gobierno de Toledo á su propio hijo Jusuf partió con la nueva de estas ventajas al campo de Gingilia, donde el Rey estaba. Entró el Rey Alhakem con todo su ejército en tierra de Tadmir, y tuvo algunas escaramuzas con los campeadores Africanos de la hueste de Suleiman, hasta que ambos ejércitos, como de un acuerdo, se encontraron y acometieron con igual ódio y esperanza de la victoria: pelearon todo el dia con admirable esfuerzo, y á la tarde los de Alhakem, siguiendo á sus caudillos y el ejemplo de su Rey, rompieron y desbatataron la primera batalla de Suleiman, á pesar del valor de éste y de su hermano Abdala, que bien mostraron este dia de quién eran hijos. Suleiman, procurando rehacer el órden de sus gentes vencidas y desanimadas, se opuso al tropel de los mas impetuosos combatientes, y él solo puso en duda otra vez la victoria que tan declarada estaba por su sobrino. Abdala acudió tambien con sus caballeros; y viendo Alhakem que tan pocos valientes arredraban y detenian el triunfante carro de la vic-

toria, se adelantó hácia ellos con sus Zenetès, y en este punto una saeta entró por la gola á Suleiman, y cayó de su caballo, y allí fue atropellado y muerto entre los pies de la caballería. Abdala, que vió caer á su hermano, desesperó de la fortuna, y siguió la fuga de su vencida gente. La venida de la noche suspendió los horrores de la atroz matanza.

Abdala, aprovechando las tinieblas de la noche, se retiró á los montes, y continuó retrayéndose á Dénia y tierras de Valencia. Al dia siguiente pensaban los del Rey Alhakem que se renovaría la batalla por ser muy numeroso el ejército de los Príncipes: confiaban perfeccionar su victoria cuando vieron con mas placer que sus enemigos habian desaparecido. Entre los cadáveres fue luego reconocido el Príncipe Suleiman, que llevado á la presencia de Alhakem lloró acordándose de su padre: mandó enterrarle muy honradamente, y se detuvo allí para esto todo su ejército. Abdala, seguido todavía de muchas tropas de Africa, se acogió á Valencia, donde era muy amado, y los de la ciudad le recibieron en ella exhortándole á procurar su avenencia con el Rey su sobrino; y él, por evitar los males y calamidades que amenazaban á la tierra, sin esperanza de mejorar de suerte, envió sus mandaderos al Rey Alhakem, desistiendo de sus pretensiones, y ofreciendo estar á su merced, ó pasar á Africa ó adonde mas quisiese. Alhakem, que se proponia terminar la guerra aquel año, recibió bien los mensageros de su tio, y solo le pidió que le diese en rehenes sus hijos, y que fuese á morar donde bien le pareciese: luego pasó Abdala á Tanja, y envió sus dos hijos al Rey Alhakem, que

los recibió con mucho amor, y los trató como á sus primos, y señaló al Príncipe Abdala mil mitcales al mes y cinco mil al fin de cada año, y le permitió vivir en Valencia ó en Tadmir en alguna casa de campo: perdonó á todos los Xeques y Wazires que habian seguido la parcialidad y bando de sus tios; y así se concertó y otorgó por avenencia. Muchos caballeros africanos fueron recibidos por el Rey en su guardia, y á todos hizo merced: á su primo mayor llamado Esfâh dió en matrimonio su hermana Alkinza. Acabadas con tanta ventura estas guerras vino el Rey á Córdoba, donde fue recibido con grandes alegrías en fin del año ciento ochenta y cuatro.

CAPITULO XXXII.

De las entradas de los de Afranc en España oriental.

En el año siguiente hicieron los Cristianos de Afranc entradas en la España oriental, y pusieron cerco á Gerunda y la ocuparon, y vinieron á cercar á Medina Barcelona con grandes huestes; pero la defendian bien los Muslimes. Conducidos y ayudados del rebelde Bahlul ben Makluc Abulhegiâg descendieron con sus algaras hasta Tarragona y comarcas de Tortosa. Ordenó el Rey Alhakem una expedicion para castigar al rebelde y contener á los infieles; y en este tiempo le nació un hijo en Córdoba, á quien por buenas fadas y presagio de felicidad dió el nombre de Said el Chair, que así esperaba buena ventura en aquella empresa. Cuando ya estaba junta la caballe-

ría y la gente de apie, vino nueva de la entrega de Barcelona, que ocuparon los infieles de Afranc al fin del año ciento ochenta y cinco despues de siete me- 801
ses de sitio. Luego partió el Rey Alhakem á España oriental con el Wali Amrû, y con el caudillo de la caballería Muhamad ben Mofreg el Fontauri, que era de la Garbia de Córdoba, cerca de Ain Fontauria, y se le conocia por el Cobboxi, por tener su casa cerca de Ain Cobboxi ó Fuente de Carneros: era muy estimado de Alhakem por su valor y su erudicion. Entretanto las violencias y crueldades de Jusuf ben Amrû, que no sabia distinguir con razon las cosas que merecian gracia ó pedian severidad, exasperó los ánimos de los Toledanos, y alborotada la gente de la plebe rodearon su casa y la apedrearon, é hirieron á muchos de su guardia: los principales de la ciudad lograron apaciguar la multitud que amenazaba gran desórden y maldad, y poco á poco los dispersaron y pusieron en obediencia Queria este jóven, que poco antes de miedo no hallaba donde esconderse, hacer un horrible escarmiento en la ciudad: sabida su temeraria resolucion, los mismos vecinos nobles que habian logrado calmar la tempestad popular fueron harto determinados, y sorprendiendo su guardia se apoderaron del inexperto Wali, y lo llevaron como preso á la fortaleza de Chadaraque: así evitaron los desafueros y violencias que intentaba. Escribieron al Rey manifestando cuanto habian sido forzados á hacer para sosegar al irritado pueblo, y contener al jóven Wali estrañamente ensañado. Mostró el Rey aquellas cartas á su caudillo Amrû, y le mandó que su hijo viniese á la frontera, que por sus

pocos años no convenia en Toledo, ciudad grande y llena de Cristianos, que no llevaban bien el yugo de la dominacion muslímica. Viendo Amrû que el Rey no se daba por ofendido de aquel atentado popular, no menos vengativo que su hijo, pidió al Rey que si le placía que él fuese Wazir de Toledo, que ya tenia muy conocido el genio de aquellos naturales: el Rey por sus buenos servicios se lo concedió; y luego volvió para este gobierno, y su hijo Jusuf pasó á la frontera.

Entró el Rey Alhakem en Zaragoza, y fue recibido con grandes demostraciones de alegría: luego fué á las ciudades de la frontera, y dejó por alcaide de Tutila á Jusuf, hijo de Amrû: ocupó la ciudad de Pamplona, y descendiendo por riberas del Ebro ocupó á Wesca, y visitó la frontera de Afranc: el alcaide de Tutila, deseoso de acreditar su valor, entró en frontera de Afranc con su gente, y cayó en una emboscada en po-
802 der de enemigos el año ciento ochenta y siete: avisó á su padre su desgracia, y le rescató. Pasó el Rey con su hueste sobre Tarragona, y la recobró, persiguiendo al rebelde Bahlul, que acaudillaba algunas compañías de gente allegadiza y montaraz, pero muy acostumbrada á las fatigas de la guerra: habia entre sus Taifas muchos Cristianos de Gibal Albortât, gente muy esforzada y dura: peleó muchas veces con estas tropas con harta fortuna hasta que logró vencer en atroz batalla al rebelde y sus auxiliares cerca de Tortosa, y hubo á las manos al traidor Bahlul ben Maklul Abulhegiâg, y le mandó cortar la cabeza en pena de su perfidia: fue esta victoria año ciento ochenta
803 y ocho. En este mismo año proclamaron los de Al-

magrêb á Edris hijo de Edris, el descendiente de Aly, que habia llegado á la edad de once años y cinco meses, y las mas nobles tribus de Albarbares le reconocieron por su Señor.

El Rey, aseguradas las fronteras, volvió por Tortosa á Valencia, y pot Xatiba, Denia y tierra de Tadmir á Córdoba, donde fue recibido con grandes alegrías. Venido el año ciento ochenta y nueve envió Alhakem sus mensageros á Edris ben Edris, para darle la enhorabuena de su proclamacion, y concertar con él su alianza contra todos sus enemigos de oriente, ó de Africa, que intentasen perturbarles en la posesion de sus tierras, y fueron en esta embajada quinientos caballeros andaluces, y el Rey Edris los recibió con mucha honra, y holgó mucho de aquel mensage, y de la amistad y alianza del Rey Alhakem, que los Príncipes mozos se pagan mucho de la magnificencia y pompa de estas visitas. Los recibió en la ciudad de Velila, que todavía no estaba fundada Medina Fez, que la principió poco despues.

CAPITULO XXXIII.

De la venganza de Amrû en Toledo, y alboroto de Mérida.

En este tiempo el Wazir de Toledo Amrû meditaba tomar una cruel venganza de los Toledanos, y esperaba alguna ocasion oportuna para su intento. Los fatigaba con exacciones para reparar los muros, fortificar sus torres, y engrandecer el alcazar. Enviaba

el Rey Alhakem cinco mil caballos á la España oriental, y los conducia su hijo Abderahman, que ya tenia quince años: al pasar estas tropas cerca de Toledo salió el Wazir Amrû para obsequiar al Príncipe: le ofreció su casa, y le rogó que se dignase pasar la noche en ella: lo mismo le suplicaron los principales Muslimes de la ciudad, y Abderahman aceptó el obsequio, y entró con escogida guardia de caballería, y fue hospedado en èl alcazar. Cuentan algunos que Amrû comunicó al Príncipe sus intentos, persuadiéndole que convenia cortar muchas cabezas en aquella ciudad, llena de gentes soberbias, inquietas, duras é inflexibles, siempre dispuestas á la rebelion y desobediencia: que habia llegado el tiempo y ocasion mas á propósito de acabarlas, y hacer este escarmiento sin riesgo ni peligro de alteracion: que el Príncipe todavía le dijo que mirase bien lo que hacia, y no quisiese sin necesidad hacerle aborrecible á los pueblos. El Wazir avisó á los principales de la ciudad que viniesen á visitar al Príncipe y honrar el festin que tenia preparado aquella noche. Acudió toda la nobleza de la ciudad al alcazar, y como iban entrando, los guardias de Amrû los conducian á los sinventura á una apartada estancia subterránea, y allí los degollaban; y de esta manera cortaron la cabeza á cuatrocientos caballeros, sin que otros muchos que estaban con el Príncipe supiesen la crueldad de esta infausta noche. Algunos dicen que fueron cinco mil los degollados; pero lo primero es mas cierto. Al dia siguiente parecieron las cabezas cortadas de los desgraciados, y toda la ciudad quedó espantada y llena de terror: se divulgó que habia sido por

órden del Rey esta atroz venganza, y en pena del levantamiento contra el hijo de Amrû; y el uno y el otro sobrevivieron poco á esta crueldad: dicen que fue esta noche de Toledo el año ciento y noventa. 805
Pasados tres dias partió el Príncipe á la frontera con su caballería.

Habia dado el Rey Alhakem el gobierno de Mérida á su primo Esfâh, y descontento de su Wazir le destituyó del cargo y puso otro de su confianza. Era el Wazir depuesto muy favorecido del Rey, se presentó en Córdoba, y sus quejas fueron amargas y envueltas en calumnias contra el Wali Esfâh, inspirándole con gracias mordaces, sospechas y desconfianzas del poder y autoridad que habia largamente dado á su primo. Movido el Rey de estas fatales inspiraciones, aunque hasta entonces no habia visto en Esfâh sino pruebas de sinceridad y de amor y respeto, cediendo á su genio desconfiado é impetuoso privó á su primo del gobierno, y envió la órden con el Wazir que debia tomar el gobierno de la ciudad y provincia. Llegó el enviado mandando á Esfâh que saliese de Mérida: ofendido de esto el Wali respondió que estrañaba mucho que el Rey diese mas crédito á las quejas y falsías de Wazires depuestos que á la experiencia de su respeto y amor; y que por otra parte, á un nieto de Abderahman no se le despedia como á un liberto ú hombre vulgar. Esta respuesta enfureció al Rey Alhakem, y mandó luego que fuese el Wali de su caballería, y prendiese á su primo Esfâh. Cuando llegaron las tropas que debian conducirle, Esfâh cerró las puertas de la ciudad, y no permitió la entrada, sin hacer otra resistencia. Alhakem,

viendo que sus órdenes no se cumplian, partió para Mérida con determinacion de entrar por fuerza la ciudad, y hacer en ella un cruel castigo.

Disponia Esfâh las gentes de Mérida para que evitasen la saña del Rey, y solamente queria cierto número de caballeros para salir por una puerta cuando el Rey entrase por otra, temiendo dar ocasion á que por su causa padeciese la ciudad: todos los moradores de ella se ofrecieron á defenderle; pero la esposa de Esfâh, llamada Alkinza, hermana del Rey, salió á caballo de la ciudad, atravesó el campo de los sitiadores sin mas compañía que dos siervos de su casa, y fué al encuentro del Rey su hermano: se puso á sus pies esta hermosa y discreta señora, y el Rey la abrazó, y ella con sus razones templó el enojo del Rey, que perdonó y olvidó todo lo pasado: entró en la ciudad acompañado de su hermana, y mandó que su primo fuese llamado y obedecido en Mérida como de antes. Detúvose en la ciudad, y hubo en ella con este motivo grandes alegrías.

CAPITULO XXXIV.

De los movimientos de los de Afranc, tregua con los de Galicia, y conspiracion en Córdoba.

En el año ciento y noventa hicieron entradas los de Afranc contra los Muslimes que fueron rechazados con grave pérdida de ambas partes. Los Cristia-

nos de los montes de Galicia concertaron treguas con los caudillos Muslimes, que las otorgaron al Rey que ellos tenian llamado Anfûs. Estaba Alhakem en Mérida, y fue avisado de su primo Casim, que luego viniese á Córdoba donde su presencia era mas necesaria que en Mérida. Cuando llegó á Córdoba le comunicó Casim que se intentaba contra él cierta conjuracion, que el principal de ella era en el concepto de los sediciosos el mismo Casim: que era el primero que la habia maquinado Yahye, uno de los Xeques del Mexuar ó consejo, con otros varios nobles de la ciudad: que creyéndole ofendido del Rey por la desavenencia y movimientos de Mérida, le hablaron con muchos rodeos y oscuridad; pero sospechando mal de sus intenciones les facilitó con aparente agrado que le descubriesen su corazon, que les puso delante los inconvenientes y dificultades de lo que pensaban; y ellos con mucha resolucion manifestaron estar dispuestos, si la fortuna no les fuese contraria, á quitarle la vida y dar el imperio á cualquiera de los nietos de Abderahman. Que viéndose entre muchos de ellos, y dueño de tan importante secreto, no se atrevió á disuadirles su determinacion, que fingió entrar en todos sus pensamientos, les dió gracias por la confianza y afecto que tenian á la casa de Omeya, y les pidió una exacta nómina de la gente principal con quien contaban. Llenóse de horror y de saña el Rey Alhakem al oir esto, y dijo á su primo que si queria continuar disimulando con ellos para descubrir á todos los conjurados; y Casim ofreció avisarle oportunamente de todos sus pasos. Pocos dias despues le presentaron á Casim la nómina

de trescientos caballeros que tenian dispuesto dar muerte al Rey Alhakem el primer Juma al entrar en la mezquita á la hora de azala ú oracion: faltaban dos dias, y estaban muy seguros de que todo el pueblo aborrecia el gobierno de Alhakem por su dureza y por sus alianzas con el que se llamaba Rey de los Cristianos en Galicia. Aquella noche envió Casim al Rey la nómina de los conjurados, previniéndole que no se descuidase en hacer lo que convenia. No se durmió el Rey, y por diligencia del Walilcodâ ó presidente del consejo Farâg ben Canena de Sidonia, á la tercera vela de la noche vió tendidas sobre sus alfombras las trescientas cabezas de los conjurados. Mandó el Rey que amaneciesen puestas en garfios en la plaza, y escrito sobre ellas: por traidores enemigos de su Rey. Horrorizó al pueblo este atroz espectáculo, ignorando la mayor parte la causa de este escarmiento.

806 En este año de ciento noventa y uno compró Edris ben Edris, Señor de Almagrêb de las tribus zenetas Zuaga y Yargos, el campo en que fundó la ciudad de Fez, y lo compró por seis mil adarhames. En estas tribus unos eran Cristianos, otros [1] Magos, otros Judíos, y muy pocos Muslimes. Era este campo muy abundante de agua pura, y de frescas arboledas á dos millas del rio Zebû.

---

[1] Los Arabes llamaban Magos á los que seguían las tradiciones de los Sabeos, y tenian por profetas de Dios á Abraham, Elias y Eliseo, y por esto los toleraban: esta era la secta de Zardust, ó Zoroastres muy estendida en Persia.

CAPITULO XXXV.

De la guerra contra Cristianos en las fronteras.

Entrado el año ciento noventa y dos los Cristia- 807
nos de tierras de Afranc, descendieron con numerosas huestes que cubrian los campos, y pusieron cerco á Medina Tortosa. Cuando Alhakem tuvo nuevas de esta entrada mandó á su hijo el Príncipe Abderahman que acudiese desde Zaragoza con cuanta gente pudiese allegar, y lo mismo ordenó al Wali de Valencia. Juntáronse estas tropas, y acaudilladas de Abderahman, como si este Príncipe llevase la victoria asida á sus banderas, rompió y deshizo á sus enemigos con horrible matanza, huyeron los Cristianos dejando los campos cubiertos de abundante cebo para
las aves y carnívoras fieras: fue esto año ciento no- 808
venta y tres. Luego vino á Córdoba el Príncipe, y fue recibido con aclamaciones de triunfo. Los caudillos de las fronteras no tuvieron reposo en dos años, peleando cada dia con los Cristianos de los montes por todas cuatro puertas de Gibal Albortât; pero con entradas y algaras de poca importancia, en que se peleaba con varia fortuna. Siguió á esto una calma como la que suele preceder á las terribles tempestades. Los Cristianos de los montes del Guf de España bajaron con gran gentío y corrieron y talaron los campos de Lusitania, robando y quemando pueblos. Venidas estas nuevas á Córdoba partió el Rey con

escogida caballería y gentes de Toledo y de Mérida, y pasó á la frontera, donde reunidas sus gentes buscaron á los Cristianos, y el Rey peleó con ellos, y los venció con su acostumbrada felicidad; y en dos años no tornó á Córdoba., visitando aquellas ciudades de Lusitania y de frontera de Galicia, hasta que cansado de las vicisitudes de tan prolija guerra de montañas se restituyó á Córdoba el año ciento noventa y seis.

Al año siguiente vencieron los Cristianos al caudillo Abdala ben Malehi en la frontera de Galicia, y padecieron los Muslimes cruel matanza, y el esforzado caudillo Abdala murió peleando como bueno, y su caballería huyó en desórden, llevando el terror y espanto á la hueste que acaudillaba Abdelkerim, y á pesar del valor de este caudillo huyeron desbaratados, y por huir se atropellaban, que muchos murieron ahogados en la corriente de un rio, que confusamente se arrojaban de sus riberas, cayendo unos sobre otros, y allí perecian: otros se acogian á los cercanos bosques y se subian sobre los árboles, y se escondian en la espesura de sus ramas, y los ballesteros enemigos por juego y donaire los asaeteaban y burlaban de su triste suerte. Cuenta Izá ben Ahmed el Razi, que despues de esta derrota estuvieron trece dias ambas huestes á la vista sin osar los Cristianos ni los Muslimes venir á batalla; pero que en una sangrienta escaramuza que se empeñó por ambas partes fue herido de un bote de lanza Abdelkerim, y dos dias despues murió. Habia sido Almocadem ó adelantado de la gente de Córdoba, y tenia grandes riquezas adquiridas en la guerra y en

sus gobiernos de Tutila, Wesca y Zaragoza; y en esta frontera era menos conocido que en la de España oriental.

Volvió el Príncipe Abderahman el año ciento noventa y siete á la frontera de Afranc, entró en Gerunda y en tierra de Narbona, y sacó de sus comarcas grandes riquezas, ganados y cautivos; y despues de haber corrido aquellas provincias pasó á la frontera de Galicia pasado el invierno y el tiempo de las lluvias, y á la primavera del año siguiente echó los Cristianos de Medina Zamora, y ocupó otras muchas fortalezas por fuerza de armas, y en riberas de un rio venció en sangrienta batalla á los Cristianos, haciendo en ellos cruel matanza, que cubrian sus cuerpos el campo por mucho espacio, ni pudieron llevar las corrientes tantos cadáveres. Luego concertó una tregua con los Cristianos de Galicia y de Afranc, y se vino á Córdoba con muchos despojos y cautivos. 812

En principio del año ciento noventa y ocho hubo alguna conmocion en pueblos de la Cora ó region de Moror contra sus alcaides; pero fue con tiempo sosegada esta inquietud, y se contuvieron las maquinaciones de algunos sediciosos, y vinieron á Córdoba las cabezas de los principales. En Tadmir murió al fin de este año, ú principio del siguiente, el Cadi de aquella tierra Fadlo ben Amira ben Raxid el Caneni, de Ateca, varon insigne por su nobleza y virtud, se apellidaba Abu Alafia, y fue muy estimado del Rey Alhakem: tenía un hijo de su mismo nombre, y heredero de su integridad y doctrina, y el Rey le dió el mismo Cadiazgo de Tadmir. En Cór- 813

814 doba falleció este año ciento noventa y nueve Ziyad el Lahmi, conocido por el Sabton: fue el primer Alfaqui que enseñó en España la secta de Malec ben Anas, que antes los doctores de España seguian la del Auzei: otros dicen que murió seis años antes, y otros que vivió hasta el doscientos y cuatro: le ofrecieron Cadiazgos, y no los aceptó: fue muy retirado y de loable vida. Asimismo falleció este año el Cadi de los Cadíes de Córdoba Farag ben Canena ben Nosar el Sidoni ó de Sidonia, y fue muy sentida su muerte por su zelo y amor á la justicia.

CAPITULO XXXVI.

De la jura del Principe Abderahman, y batalla del arrabal de Córdoba.

Consistia ya en Abderahman todo el gobierno y la reputacion del Estado: el Rey su padre, congregados los principales Walíes, Wazires, alcaides secretarios y consejeros, declaró Wali Alahdi ó futuro sucesor en el imperio á su hijo Abderahman: los primeros que le juraron fueron Esfáh y Casim, primos del Rey, despues el Hagib, el Cadi de los Cadíes, y los demas Walíes y consejeros: fué solemne y celebrado este dia, y se publicó con gran pompa. No habia guerra sino contra Cristianos por mantener frontera, y no con deseo de ampliar y estender los límites del reyno, ni por esperanza de sacar grandes riquezas, por ser los Cristianos gente pobre de montaña, sin saber nada de comercio ni de buenas ar-

tes: las naves de las marinas de España hicieron expedicion á las islas Iebisas, Mayorcas y Sardinia en este año doscientos. 815

El Rey Alhakem, en tanto que esta paz duraba dentro y fuera del reyno, no salia de su alcázar, holgándose en sus jardines con sus esclavos y esclavas, que tenia muchas muy diestras en cantar y tañer diversos instrumentos, y solo se acordaba que era Rey para satisfacer cierta sed de sangre que parece tenia, y pocos dias pasaban sin dar ó confirmar sentencias de muerte por toda especie de delitos. Habia puesto una guardia de cinco mil hombres, los tres mil Andaluces Muzárabes, y los dos mil Eslavos, con muchos eunucos dentro del alcázar. Señaló paga fija á estos soldados de su guardia: puso un nuevo tributo de entrada sobre algunas mercancías. Hubo al principio algunos transgresores que rehusaron pagar este nuevo y estraño derecho, y atropellaron á los recaudadores: fueron presos diez de éstos, y hubo ruido y alboroto en las puertas. No se quejaba el pueblo, sino con un rumor vago murmuraba de los nuevos impuestos, y de la desconfianza que manifestaba aquella gran guardia que tenia en su alcázar, cosa que no tuvieron su padre ni su abuelo; pero con todo eso no estaba libre de contínuos rezelos de alevosías y conjuraciones.

Sabia Alhakem estas hablillas, y sabia tambien que en el vulgo no hay medio, ó teme, ó procura atemorizar, que cuando está en temor sin peligro se le puede gobernar, tratar y castigar, y que no conviene nunca darle lugar al desenfreno con inoportuna blandura. Diéronle parte del alboroto de los diez

transgresores, y como de su natural condicion era inclinado á los consejos mas rigurosos los mandó clavar en palos. Acaeció que un infausto miércoles dia trece [1] de la luna de Ramazan del año doscientos y dos, como hubiese acudido gran gentío del arrabal del mediodia de Córdoba á presenciar la ejecucion de los diez delincuentes en su plaza, un soldado de la guardia hirió acaso á un vecino, alborotáronse los circunstantes, y con gran vocería cargaron sobre él á pedradas, y herido y ensangrentado, y perseguido de la multitud se acogió á las guardias de la ciudad. La osadía del alborotado pueblo fue tanta, que acometió á la guardia y despedazó á cuantos querian oponerse á su furia. Llegaron persiguiendo á los soldados hasta las puertas del alcázar con espantosas voces y amenazas insolentes. Entendida la novedad por el Rey Alhakem salió armado, á pesar de su hijo y del Hagib y del Alfaquí Jusuf ben Matruc, y del Wali Aben-Abdelwahid, y otros caudillos que habian acudido al alcázar, y puesto al frente de su caballería de la guardia acometió á la multitud, que huyó atropellada al arrabal; la mayor parte se encerró en sus casas, la canalla y chusma vil hizo alguna inútil resistencia: la matanza fue grande, y habiendo tomado trescientos vivos los mandó clavar en palos á la orilla del rio desde el puente hasta las últimas almazaras puestos en fila, espectáculo horrendo: el jueves siguiente mandó destruir aquel arrabal, principiando de la parte del Mediodia, permitiendo á las

---

1 En otro analista dia veinte y dos de Ramazan: en el año todos convienen.

tropas el robo y pillage de las casas y habitaciones por tres dias seguidos, sin ninguna humanidad: solamente mandó que se abstuviesen de hacer daño a las mugeres. Despues de los tres dias del cruel saqueo mandó Alhakem quitar de los palos á los sinventura y recoger los muertos, y concedió seguridad de la vida á los que habian quedado de aquel arrabal, con la condicion de salir desterrados de Córdoba. Los desgraciados tuvieron que abandonar su amada patria, y vagar miserables en los lugares y aldeas de confines de Toledo: gran parte de ellos se refugió en aquella ciudad, y mas de quince mil pasaron á Berbería, y continuaron á Egipto: ocho mil permanecieron en Almagrêb. Los que fueron á Oriente llegaron á Alejandría en el principio del reynado de Abdala Almamun, hijo de Raxid: los moradores de aquella ciudad hicieron vigorosa resistencia para impedir la entrada á los advenedizos Andaluces; pero éstos desesperados, y no pudiendo sufrir mas las contrariedades de su enemiga fortuna, entraron por fuerza de armas en la ciudad, y despues de atroz matanza se apoderaron de ella, y se hicieron dueños de su gobierno por harto tiempo. Despues fué Abdala ben Taher, que era gobernador de Egipto por el Califa Almamun, y capituló con los expatriados Andaluces, y otorgaron su avenencia de dejar aquella ciudad de Alejandría, entregándoles una suma considerable de mitcales de oro, y que elegirian alguna isla de las del mar Griego para establecerse en ella. Y en fin se retiraron y aportaron á la isla de Acritas ó Creta, que no estaba entonces muy poblada; se apoderaron de ella y la poblaron los Andaluces, y con el tiempo se les juntaron gentes de

diferentes paises de la Iraca y de Egipto. Y cuenta Edobi que eligieron por su caudillo á Omar ben Xoaib Abu Hafas, llamado el Goleith, natural de Fohs Albolut, en cercanías de Córdoba, que desde la triste salida de estas cabilas desterradas de Andalucía le traían por su caudillo. Dice Said ben Jonas que hicieron los Andaluces la conquista de Gezira Acritas despues del año doscientos y veinte, que fue el caudillo de ellos y Señor de la isla Omar ben Xoaib, y despues sus hijos, hasta el último Abdelaziz ben Omar ben Xoaib, que en sus dias la conquistó Armetos, hijo de Constantin Rey de Grecia; esto en año trescientos y cincuenta. Así lo refiere Homeidi citando á Muhamad ben Huzam, y cuenta asimismo que estos Andaluces con veinte naves corrían y robaban en el mar griego y en sus islas: dice que deseando ellos por el natural amor á su patria tornar á ella con las muchas riquezas que habian allegado, que su caudillo les quemó la flota, y como se quejasen de él y de su constante determinacion, lamentándose de su destierro, que el caudillo les dijo: cuánto mejor y mas amena es esta isla que corre miel y leche, que vuestros desiertos? entre estas bellas cautivas olvidaréis vuestras amadas; hallaréis aquí todos los placeres de la vida y una nueva generacion, que será vuestro solaz en la vejéz: que moraban en Suda, y fundaron Candax al Oriente de la isla. Tal fue la suerte de los expatriados de Córdoba.

La inconsiderada saña y destemplada severidad de Alhakem disminuyó la poblacion de Córdoba de mas de veinte mil hombres, toda gente vigorosa y útil, dió á la nueva puebla de Fez ocho mil familias,

y el Rey Edris les dió aquella parte de la ciudad, que por ellos se llama barrio de los Andaluces, pues ellos lo poblaron. Mandó arrasar todo el arrabal del Quibla ó mediodia desde enfrente de la puerta del puente hasta las últimas almazaras; y no contento de haberlo así arrasado y destruido, dejó mandado á su hijo y sucesores que nunca se volviese á poblar, y quedó hecho un campo de siembra, y en poder de sus descendientes no se edificó allí casa alguna. Por este acaecimiento y destruccion del arrabal fue llamado este Rey Alhakem Alrabdi, ó el del arrabal, y Abu el Aasi por la dura y cruel condicion suya.

CAPITULO XXXVII.

De la guerra en las fronteras y en el mar, y muerte del Rey Alhakem.

En el año doscientos y tres y en el siguiente pasó Abderahman á la frontera de Galicia con la gente de Mérida, y venció á los Cristianos en muchos encuentros de corta importancia; desde allí partió á las fronteras de Afranc, y contuvo las correrías y entradas que intentaron: y en el año doscientos y cin- 820
co se vino á Córdoba, pues su padre no tenia otro ministro de Estado y Guerra que él. Al paso por Tarragona mandó salir las naves de la marina de España, y fueron contra Gezira Sardinia, y pelearon con los Cristianos y les quemaron su flota delante de la isla, y tomaron ocho naves de los enemigos.

Cuenta Aben Hayan de referencia de Abi Becri

ben Alcutia, que el Rey Alhakem despues de la matanza del arrabal, fue estrañamente atormentado de grave melancolía y perdió el color, que se puso pálido y enflaqueció, y le entró calentura en fuerza de su vehemente tristeza, y se le representaba la matanza, y le parecia ver gente que peleaba, y oía el estruendo de las armas y los alaridos de los combatientes y moribundos; y esto era mas frecuente cuando estaba solo y se paseaba en las salas y azoteas de su alcázar: muchas veces á deshora de la noche llamaba á sus esclavas y siervos para que le entretuviesen, y se impacientaba en extremo si no venian al punto que llamaba. Cuentan que cierta noche despues de acostado llamó á un siervo que tenia llamado Jacinto, que solia ungirle su larga barba; y como dudoso del llamamiento hubiese tardado un poco, le dió una gran voz y le dijo: do éstas, ¡ó ben laghna! y cuando llegó con una ampolla de algalia, se la arrebató y se la rompió en la cabeza: el siervo Jacinto con mucha humildad le dijo: Señor, ¿qué hora es ésta de ungirnos? Y Alhakem le respondió: no temas que nos falte ungüento aunque se vierta con profusion, que para que á los dos no nos faltara hice yo cortar tantas cabezas. Solia llamar á los Cadíes y Wazires de la Corte como si fuese para tratar con ellos de asuntos de importancia, y esto á deshora, y tal vez á la media noche; y cuando todos estaban juntos mandaba tañer y cantar á sus esclavas, y los despedia como si para esto solo los hubiera convocado: llamaba los Xeques y caudillos y allegaba sus gentes, y como si fuera para expedicion repartia armas y caballos entre ellos, y

luego los despedia y enviaba á sus casas. Así estuvo demente á intervalos cerca de cuatro años. En su melancolía hizo algunas canciones de mucha expresion y de vivísimas imágenes que se conservan, y Abês ben Nasih, prefecto de los músicos en tiempo de Abderahman su hijo, cantaba á este Príncipe muchos buenos versos de su padre, entre otros estos que acreditan su buen ingenio y su valor.

Las honduras de la tierra   alzarse vi con la espada,
Hacerse[1] *los montes valles   cuando á las cumbres trepaba:*
A mis fronteras pregunta   si en ellas entran algaras,
Si hay en ellas algun brazo   que ose desnudar espada?
Si otro fulgor resplandece   que las cascadas de plata
Que descienden susurrando   desde las peñas mas altas,
Y llevan en su corriente   las coloquintas amargas.
Te anunciarán que si yo   entre sus héroes no estaba
El primero, la primera   desselló sangre mi lanza.
Los jóvenes escogidos   que la fatiga acobarda,
O del horror vacilaron   de mil muertes á la cara,
Si brida tal vez volvieron   no fueron de mi mesnada.
Mis clientes amparé,   librándoles de la infamia,
Y los que me defendí   sombra de baldon empaña:
Y cuando á beber les dimos   nuestros cubos de batallas,
Les hicimos apurar   á cubos mortales ansias.
Si por llenar la medida   que suerte fatal prepara
Ellos al encuentro salen   á que los huelle la parca,
No es mi culpa, cuando yo   antes depuse las armas,
Atónito los miré   sin deseo de buscarlas.

---

1. Quiere decir que humillaba y abatia los pueblos levantados contra él.

En fin del año doscientos y seis acrecentándose la tristeza y la calentura falleció [1], muy arrepentido de su crueldad, entre la hora de asala ú oracion de adohar y de alasar, ó sea entre la oracion de medio dia y la de la media tarde, dia jueves cuatro dias por andar de la luna de Dylhagia del referido año, habiendo reynado con harta inquietud veinte y cinco años y once meses; si bien otros cuentan veinte y seis años y diez meses. Loado sea aquel cuyo imperio es eterno y sin contrariedades.

CAPITULO XXXVIII.

Del reynado de Abderahman ben Alhakem, y movimientos de su tio Abdala.

En el mismo dia jueves á veinte y cinco dias de la luna de Dylhagia del año doscientos y seis, en que pasó á la misericordia de Dios el Rey Alhakem, y fue enterrado su cadaver con solemne pompa, fue aclamado en Córdoba su hijo Abderahman, que era de edad de treinta y un años, tres meses y seis dias. La madre que le parió se llamaba Halewa; era hermoso, alto y de muy gentil disposicion, de color trigueño y bien dispuesta barba, que teñia con aleña. Fue apellidado Almudafar por la felicidad y valor con que habia vencido y domado á los rebeldes de las fronteras, y á los enemigos que habitaban los

1 Escribe Alchatib que murió este Rey dia veinte y cinco de Dylhagia.

montes y sierras, gente rústica, y por esto mas duro y feroz: era tan intrépido y duro en la guerra como humano y benigno en la paz: padre de los desvalidos y pobres; y añadia á estas prendas su excelente ingenio y admirable erudicion: hacia elegantes versos con toda la precision de la ciencia métrica: completó la gloria del imperio en España, y eclipsó á sus predecesores en ostentacion y grandeza de ánimo: acrecentó su guardia con mil Africanos, y gustaba de que fuese gente muy lucida en su disposicion, armas y caballos.

Luego que Abdala, hijo de Abderahman ben Moavia, supo en Tanja la muerte de su sobrino el Rey Alhakem, no habiendo apagado todavía la nieve de sus canas el fuego de su corazon ambicioso, pasó el estrecho con muchas tropas, confiando vanamente que sus hijos le ayudarian, y se proclamó Rey de España en su campo, y en los pueblos abiertos que no podian resistir la entrada de su gente. Avisado el Rey Abderahman de su venida salió al paso con su caballería, y en pocos encuentros y escaramuzas que entre ellos hubo venció al tio de su padre, y le obligó á retirarse por tierra de Tadmir hácia Valencia.

Persiguió Abderahman á estas tropas por toda la costa meridional de España, peleando siempre Abdala con poca fortuna, hasta verse forzado á encerrarse en Valencia, y en ella fue cercado de Abderahman con propósito de no levantar el campo hasta tenerle en su poder. En este tiempo llegaron al real sobre Valencia los dos hijos de Abdala para interceder con Abderahman, y persuadir á su padre

á venir á una conveniente avenencia. Lo que no era dificil por la natural clemencia y generoso ánimo de Abderahman, y por lo que ellos se prometian de la bondad de su padre, y la piedad del cielo favoreció sus buenos deseos. Habia dispuesto Abdala hacer una salida con toda su gente contra los de Córdoba, y un dia jueves habló á sus gentes y les dijo: mañana, si Dios quiere, compañeros mios, haremos nuestra oracion de Juma, y con la bendicion de Alá partiremos el sábado, y pelearemos si fuese su divina voluntad. Venido el Juma, y congregada su gente delante de la mezquita de Bab Tadmir ó puerta de Murcia les hizo una plática, y al acabarla dijo: ó nobles compañías de varones, que Dios os sea misericordioso, creed que nos conviene pedir á su divina bondad que nos enseñe el camino que debemos seguir, y el partido que nos conviene tomar, sin otra pretension que conformarnos con su divina voluntad. Yo espero de su clemencia que nos la muestre y nos haga entender lo que mas conviene. Alzó sus ojos y sus manos al cielo, y dijo: Dios mio, Señor Alá, si tengo razon y es justa mi demanda; si mi derecho es mejor que el del nieto de mi padre, ayúdame y dame victoria contra él; y si él tiene mas fundado derecho al trono que su tio, bendícele y no permitas las desgracias y horrores de la guerra y discordia que hay entre nosotros, apoya su poder y estado y ayúdale. Todos los de la hueste, y muchas gentes de la ciudad que estaban presentes, dijeron á una voz: así sea; y en este punto sopló un viento muy frio y helado, estraño en aquel clima y estacion, y dió á Abdala un súbito accidente que le

derribó en tierra, y le dejó sin habla; de suerte que se acabó la oracion sin él, y le llevaron al alcázar, y permaneció sin habla algunos dias. Luego soltó Dios su lengua y dijo á sus caudillos y Wazires: Dios ha declarado este negocio, así que no quiera Dios que yo intente cosa contra su divina voluntad. Envió un Wazir al campo para llamar á sus hijos, escribiendo al mismo tiempo al Rey Abderahman ofreciéndose á su obediencia con entera voluntad. Poco despues mandó abrir las puertas de la ciudad, y habiendo entregado el Wazir sus cartas al Rey Abderahman y á sus hijos, éstos habida licencia del Rey montaron á caballo y fueron á la ciudad, adelantóse el Wazir de Abdala y anunció á éste la llegada de sus hijos, y salió á recibirlos con sus caballeros, y todos juntos vinieron al pabellon del Rey Abderahman. Traian al venerable anciano en medio de sus dos hijos, y seguian sus caballeros: apeáronse los hijos de Abdala, y uno asió la brida del caballo, y otro tuvo el estribo para que su padre descabalgara, y lo entraron á la presencia de Abderahman, á quien Abdala fue á besar la mano, y Abderahman lo recibió en sus brazos, y le hizo toda honra y buena acogida: quedó asentada perpetua paz entre ellos, y le concedió Abderahman el gobierno y señorío de Tadmir por sus dias; y allí falleció dos años despues, esto es, el año doscientos y ocho. La gente de Abdala que habia venido de Africa, parte de ella se estableció en tierra de Tadmir, y parte se volvió á Tanja. 823

CAPITULO XXXIX.

De la expedicion del Rey á Barcelona.

Libre de los cuidados de esta guerra doméstica partió Abderahman á la frontera de España oriental, y fue á poner cerco á Barcelona que habian ocupado los de Afranc: llevó en su vanguardia al caudillo Aben Abdelkerim, y antes de cercar la ciudad peleó con los Cristianos, y los venció y encerró en Barcelona: cuando llegó Abderahman al cerco se dieron muy fuertes combates, y estando los Muslimes apoderados de las murallas y á punto de entrar la ciudad huyeron los Cristianos, y la caballería hizo en ellos gran matanza, y Abderahman ocupó la ciudad, y mandó reparar la muralla, y continuó sobre Urgel, que tambien la tenian los Cristianos, y con la misma felicidad se apoderó de ella y de otros lugares que habian ocupado, huyendo los Cristianos á las fortalezas edificadas en peñascos y en los pasos angostos de los montes: allí se refugiaron, porque toda su confianza estaba puesta en la aspereza de aquellas montañas, y en el invierno anticipado de aquella tierra. Domados los rebeldes, y ordenadas las cosas que convenian á la seguridad de la frontera, volvió el Rey Abderahman á Córdoba, donde fue recibido con grandes demostraciones de alegría. Fue
822 esta venturosa expedicion el año doscientos y siete.

En el año doscientos y ocho falleció en Tadmir el Amir Abdala, hijo de Abderahman ben Moavia,

y cuando sus hijos Esfâh y Casim dieron parte al Rey Abderahman de su muerte les concedió que heredasen todos sus bienes; y cuentan que en esta ocasion estableció por ley general en España que los hijos heredasen todos los bienes de sus padres, quedando á las mugeres de los difuntos sus azidaques y anafacas, bienes dotales y alimentos correspondientes, y que pudieran disponer en testamento del tercio de sus haberes en favor de propios ó estraños. En este mismo tiempo vinieron á Córdoba enviados del Rey de los Griegos desde Constantina, y fueron recibidos con mucha honra, y fue muy noble y concurrida su entrada en Córdoba, y traian muchos y muy hermosos caballos, con ricos y vistosos jaeces, que nunca se vieron tales en España. Aposentólos el Rey Abderahman en su alcázar, y le dieron su embajada, en que el Rey de Grecia le rogaba que fuesen amigos y aliados contra los Califas de Bagdad sus comunes enemigos, como usurpadores del imperio de los Omeyas. Abderahman les dió muy buena respuesta, y recibió sus presentes, y cuando dispusieron su partida, envió con ellos á Yahye ben Hakem, conocido por el Gazali, Wali de gran mérito en la marina, y excelente ingenio en la poesía, para saludar al Rey de Grecia, y presentarle en su nombre algunos hermosos caballos andaluces, y espadas muy preciosas labradas en España, y otros ricos presentes.

CAPITULO XL.

De las expediciones á las fronteras, y educacion de los Príncipes.

824 El año doscientos y nueve envió el Rey Abderahman á la frontera del Guf ó norte de España á Oveidala, hijo de Abdala, hermano de Esfáh, y de Casim, que era Caid de los Suaifes, ó capitan de la guardia de los de la cuchilla, para que guardasen aquella frontera; porque los Cristianos hacian cabalgadas en ella. Iban y Otman, hijos del Rey Abderahman, se distinguián en este tiempo por su aplicacion á las buenas letras y por su ingenio, y encargó el Rey la educacion de ambos al Wali de Sidonia, Muhamad ben Saîd el Gamri, que se esmeró en su enseñanza, y aprovecharon tanto, que tenian conferencias con los hombres doctos de aquel tiempo; y muchas veces el Rey se complacia en oirlas y en examinar sus composiciones literarias. Los Walíes de la frontera tuvieron en este año sangrientas batallas con los Cristianos de los montes de Afranc, y los vencieron con cruel matanza en los angostos valles de los montes de Albortât, y en la batalla de Bort-Xêzar, que es la puerta de tierra de Pamplona [1], des-

[1] Los escritores Arabes mencionan cuatro puertas ó pasos principales en el Pirineo, Bort Oxmara, Bort Jaca, Bort Xêzar, y Bort Bayona. La de Xêzar, segun se escribe, puede interpretarse la retuérta, y es por Roncesvalles.

barataron á los de Afranc, y cautivaron sus caudillos, que vinieron con muchos despojos á Córdoba. Con igual ventura pelearon los Muslimes en las fronteras del Guf contra Alanfus, y le compelieron á refugiarse en sus montes y fortalezas: luego volvió el Wali Obeidala á Córdoba con muchos despojos y cautivos, y fue muy bien recibido del Rey Abderahman por la importancia de aquella expedicion.
Fue la venida de Obeidala el año doscientos y diez, 826
y habiendo descansado algunos meses el Rey lo envió á la frontera segunda vez con escogida gente y caballería. Puso el Rey por Wali de Toledo á Amir ben Amir ben Koleib ben Thaalba el Gezâmi, que despues fue substituido por su hermano Abdala ben Koleib, que estaba en Mérida.

En este tiempo mandó el Rey Abderahman construir hermosas mezquitas en Córdoba, y en ellas puso fuentes de marmol y de varios jaspes, y trajo á la ciudad aguas dulces desde los montes con encañados de plomo, y la llenó de fuentes y edificó baños públicos de mucha comodidad, y abrevaderos y grandes pilas para las caballerías: edificó alcázares en las ciudades principales de España: reparó los caminos y construyó las rusafas á orillas del rio de Córdoba: dotó las Madrisas ó escuelas de muchas ciudades, y mantenia en la Madrisa de la Aljama de Córdoba trescientos niños huérfanos. Las horas que hurtaba á los negocios graves del Estado, se entretenia con los sabios y buenos ingenios que habia en su corte, que eran muchos, y entre ellos estimaba y distinguía al célebre poeta Abdala Aben Xamri, y á Yahye ben Hakem, conocido por Algazali; y como este sabio

habia estado entre los Cristianos de Afranc, y en Grecia en sus embajadas, gustaba mucho de conversar con él y de informarse de las costumbres de los Reyes infieles, y de los pueblos y ciudades que habia visto. Habia hecho Hagib al Wali de Sidonia Aben Gamri, y con este sabio caudillo solia jugar al Xahtrang ó alxedrez, que era de los mas diestros jugadores que en aquel tiempo se celebraban, y competia con él Abderahman á este juego con grandes apuestas de joyas muy preciosas. Era en extremo liberal y dadivoso, y gastaba mucho con sus esclavas, pagando sus gracias y sus mas cortos obsequios con joyas inestimables. Cuenta Ibrahim el Catib y otros, que un dia regaló á una niña esclava suya, muy linda y preciosa, un collar de oro, perlas y piedras de valor de diez mil dinares ó doblas de oro, y como algunos Wazires de su confianza que estaban presentes encareciesen tan sobresaliente dádiva, diciendo que aquel collar era joya de las que ennoblecían el tesoro real, y podian servir en un apuro ú vicisitud de fortuna: Abderahman les dijo: me parece que os deslumbra el brillo del collar y la estimacion imaginaria que dan los hombres á la rareza de estas pedrezuelas y á la figura y lindeza de sus perlas; ¡pero que tienen que ver con la hermosura y gracia de la humana perla que Dios ha criado! Su resplandor encanta los ojos de quien la mira, arrebata y desmaya los corazones: las mas bellas perlas, los jacintos y esmeraldas mas preciosas, que ofrece la naturaleza en su especie, no deleitan así los ojos ni los oidos, no tocan el corazon ni recrean el ánimo; y así me parece que Dios ha puesto en mis manos estas cosas para que yo las dé su propio destino,

y sirvan de adorno y gargantilla á esta graciosa muchacha. Todos convinieron en esto por complacer al Rey los viejos, y los mozos por natural convencimiento. Refirió despues el Rey á su poeta familiar, Abdala ben Xamri, la contienda sobre el collar que habia tenido con los Wazires, y le dijo que si le ocurría algun concepto apropósito; y respondió: este, Señor, si os place; y dijo estos versos:

Prez acrecienta al collar y á los preciosos jacintos
La que escede en resplandor á la luna y sol unidos:
La mano del Criador ostenta raros prodigios;
Pero como éste ninguno humanos ojos han visto:
¡Oh, perla, que Dios crió de celestial atractivo,
A tí de la tierra y mar cedan perlas y jacintos.

Agradaron mucho al Rey los versos, y como quien sabía hacerlos con facilidad y precision métrica dijo estos:

Es don tuyo, Aben Xamri, la elegante poesía,
Los oscuros pensamientos tu claridad ilumina,
Cual las sombras de la noche la luz del alba disipa:
Su encanto por el oido en el corazon destila,
Como la gracia y beldad de una criatura linda,
Nuestros ojos arrebata, nuestro corazon hechiza,
Mas que la rosa y jazmin, mas que las eras floridas.
Mi corazon y mis ojos, á ser mios todavía,
Rendido los ensartára en la hermosa gargantilla.

Dijo entonces Xamri al Rey: Gualá, que tus versos son mas ingeniosos que los mios, y tu elo-

gio es para mí mas grato que cuanto pudiera desear, y no me queda sino pedir á Dios que te conserve y me dé tiempo para ocuparle en tus bien merecidas alabanzas. Mandó el Rey Abderahman darle una bidra ó bolsa de diez mil adarhames, que repartió entre sus amigos presentes. Obeidala ben Carloman, uno de los donceles y familiares distinguidos de Abderahman, estaba en esta ocasion ausente en el campo, y cuando volvió celebró tambien con elegantes versos la liberalidad del Rey.

Había venido en este tiempo á España de sus viajes á Oriente Yahye ben Yahye el Laiti, á quien Malec ben Anas llamaba el discreto Andaluz, y el entendimiento de Algarbe. Cuéntase que estando en la cátedra del sábio Malec con otros muchos discípulos pasó por la calle un elefante, y todos los jóvenes salieron á verle, solo el Laiti quedó con Malec, y le dijo: ¿cómo no sales tú? ¿qué en España no se ven elefantes? y le respondió: yo no vine á Oriente por ver elefantes, sino á oirte á tí: y de su respuesta se maravilló y complació Malec; y el Laiti fue tan apasionado de este doctor, que fué dos veces á Oriente por visitarle, y estuvo allí en ocasion que acompañó su féretro. A este sábio encargó el Rey Abderahman la enseñanza de sus hijos Jacûb, el llamado despues Abu Cosa, y Bixar, y ambos salieron muy aprovechados y eruditos: Jacûb fue de gran ingenio para la poesía, y se conservan algunas composiciones suyas muy elegantes en la coleccion de Ahmed ben Ferag, intitulada los Huertos. Bixar era de mucha elocuencia y muy docto, y le solía encargar su padre las

oraciones fúnebres de los que fallecían de su familia, y de otros principales. El Laiti dió noticia al Rey Abderahman del mérito y celebridad que tenía en Oriente Aly ben Zeriab, insigne músico de la Iraca, y le envió á buscar con grandes promesas y liberalidades, y logró que viniese á España, y le tuvo el Rey en su alcazar, y este sábio enseñó en Córdoba á muchos discípulos que igualaron despues á los mas famosos de Oriente.

CAPITULO XLI.

De varios sucesos, y conmocion del pueblo en Mérida.

En el año doscientos y doce murió en Toledo Isá 827
ben Dinar el Gafeki, natural de la misma ciudad, y Alfaqui muy sábio de la escuela de Malec ben Anas era hombre muy afable con todos y de muy entretenida conversacion, y enseñaba deleitando: practicaba algunas estrañas observancias, hacía su oracion del alba con la preparacion y lavatorio de la oracion del anochecer: su féretro fue acompañado de toda la gente ilustre de la ciudad. En el mismo año murió tambien en Toledo el Cadi mayor de su Aljama Sabaton ben Abdala el Ansari, varon muy respetado por su sabiduría y su rectitud. En este tiempo envió el Rey tropas á las fronteras de Afranc, y dió el mando de la caballería á Muhamad ben Abdelsalem, que habia sido Wazir del Rey Alhakem su padre. Cuando estaba dis-

puesta la salida de Abderahman para las fronteras, un inesperado levantamiento de los de Mérida suspendió la partida: dió ocasion al descontento de los moradores el excesivo rigor de los Wazires del Wali de aquella capitanía en las cobranzas de las réntas de Azaque [1] correspondiente al Rey, y fomentado el descontento por algunos sediciosos, entre otros por Mahomad ben Abdelgebir, que en tiempo del Rey Alhakem habia sido Mechtiseb ó recibidor de rentas, y en este tiempo se hallaba ocioso: el vulgo y gente baldía siempre leve, sin razon y dispuesta á las conmociones y alborotos rompió el freno de obediencia y órden, y en desmandada turba acometió con furor las ca-

---

[1] Azaque es lo que se da por ley á Dios ó al Rey, como medio seguro de acrecentar y conservar los demas bienes: es el diezmo de todos los frutos de siembra, plantío y cria de ganados, de productos de comercio y de industria, del beneficio de las minas é invencion de tesoros: se pagaba con varias prácticas. De la invencion de tesoros tenia el Rey el quinto: no se pagaba azaque de la plata, oro y piedras preciosas empleadas en guarniciones de espadas y de libros, y en anillos, arillos, ajorcas y otras joyas de los adornos de sus mugeres y esclavas, y en jaezes de caballos de guerra. Las rentas del Azaque son para mantenimiento del Rey y de sus ministros, defensa de las tierras, para aprestos de guerra, reparo de obras públicas, mezquitas, baños, fuentes, escuelas, y mantenimiento de los maestros de ellas, componer caminos, puentes y posadas, rescatar cautivos y remediar pobres secuaces de la ley, que cumplen sus cinco azalaes ú oraciones, pues quien estas no cumple y su Azaque no paga, es doctrina de Azunna no tratarle ni enterrarle. Mohtasar Azunna. ms.

sas de los Wazires, los despedazó y robó sus casas, cundió el tropel, la multitud y la insolencia, y el Wali con su guardia y familia pudo librarse de la muerte huyendo de la ciudad. Mahomad y otros sediciosos de los mas osados se apoderaron del mando, repartieron armas, vestidos y dinero á la gente menuda, se les allegaron los bandidos y malhechores de la comarca, y se prepararon á defender aquel violento y tumultuario gobierno. La infausta nueva de estos movimientos llegó á Córdoba con mucha celeridad, y con la mayor diligencia pasaron las tropas de Algarbe y de Toledo á castigar la rebelion. Mandaba la gente de Toledo el caudillo Abdelruf ben Abdelsalem el Dilhethi: los de Mérida no osaron salir de sus muros, y las tropas destruyeron muchos edificios y casas de campo, talando sus huertas y estragando la tierra de la comarca. No quería el Rey Abderahman estos males, ni consintió que la ciudad fuese entrada por fuerza, porque la calamidad y el tumulto sería tanto mayor cuanto la ciudad era muy populosa y rica. Alargábase por esto el cerco de Mérida, y en ella cada dia eran mayores los desórdenes. Corrían sus calles mas de cuarenta mil hombres, gran parte de ellos armados: no habia nada seguro de su rapacidad, miraban las casas de los mercaderes y gente rica como legítima presa y premio de su valor y atrevimiento.

En tan triste situacion los buenos Muslimes, y aun los que por aborrecimiento á los gobernadores, ó por vanos deseos de novedad y mudanza se habian holgado neciamente de sus propios peligros,

anhelaban ahora por restablecer la obediencia y el órden, únicos apoyos de la pública seguridad. Valiéronse para esto de la honrada juventud, que á su pesar andaba armada entre los amotinados, y acordaron que saliendo algunos de los mas principales de noche al campo de los cercadores, ofreciesen al Wali Abdelrûf franquear en horas convenidas algunas puertas y torres, para que las tropas del Rey apoderadas de ellas arrojasen de la ciudad á los rebeldes y malhechores. Así se logró aprovechando las tinieblas de la noche: seis nobles mancebos salieron secretamente de Mérida, y se presentaron á Abdelrûf, comunicaron su intento y convinieron en la hora y señal para abrir las puertas en la siguiente noche: tres jóvenes se volvieron aquella noche á la ciudad, y dieron parte de lo concertado á los que convenía. Abdelrûf dió sus órdenes muy rigorosas á la caballería que debia correr las calles en entrando en la ciudad, para que no hiciese mal sino á la chusma que se opusiese armada, y mandó á la gente de apie que ocupára las murallas y las plazas sin apartarse ninguno de sus banderas, manifestando á los caudillos la voluntad del Rey en el castigo de los rebeldes. Venida la noche, y su tercera vela se acercaron con silencio al muro las gentes de Toledo, y hecha señal por los jóvenes de Mérida se abrieron las puertas, y las ocuparon sin dificultad las tropas: siguió la caballería de Algarbe, y se formó en las primeras plazas interiores de las tres puertas. A la venida del dia fue general el espanto y la sorpresa de los revoltosos de Mérida, y del comun de los ha-

bitantes: la caballería del Rey Abderahman corría las calles persiguiendo á la multitud: muchos dejaban llenos de terror las armas, y todos inciertos corrían á todas partes. Los caudillos de la rebelion se salvaron en la confusion y tropel de los fugitivos, y la ciudad al medio dia ya estaba libre de ellos: quedaron muertos en las calles como setecientos, y toda la multitud desapareció, ú oculta en la ciudad ó fugitiva en los campos. Aseguró Abdelrûf los ánimos de los vecinos, restituyó el órden y la quietud al pueblo, dejó sin enterrar aquellos cadáveres algunos dias, y avisó al Rey el allanamiento de la ciudad: á pocos dias llegó el perdon que el Rey concedía compadeciendo las calamidades que habian sufrido los honrados moradores de Mérida: fue esta conmocion de los rebeldes de Mérida el año doscientos y trece. 828

CAPITULO XLII.

De la sedicion y alboroto del pueblo en Toledo.

Apenas habia tenido el Rey Abderahman tiempo para celebrar tan agradable acaecimiento, cuando tuvo aviso de igual inquietud y alboroto en Toledo: la poblacion de esta ciudad era grande, y habia en ella muchos Cristianos y Judíos muy ricos, gentes, aunque sometidas, enemigas de los Muslimes que por señores los aborrecían, y á su propio riesgo suscitaban desavenencias, y se alegraban del

mal del estado. Los sediciosos hallaron un caudillo cual ellos le querian: Hixêm el Atiki mancebo muy rico de Toledo con deseos de venganza procuraba suscitar algun bullicio popular y levantamiento contra el Wazir de la ciudad Aben Mafot ben Ibrahim: esparció á este fin mucho dinero entre la gente pobre, ganó los Berberíes de la guardia del Alcazar, y todo lo tenia preparado esperando su ocasion oportuna. Sucedió por caso inesperado el anticiparse el rompimiento, y fue que reunida mucha gente de la que estaba pagada por Hixêm en la Alcana, ó mercado, prendieron los ministros del Wali del Zoco á uno de ellos: causando su prision algun ruido acudió aquella gente, y rodeando á los ministros por todas partes, aunque dejaron el preso, todavía llovieron sobre ellos piedras, huyeron mal heridos al Alcazar por amparase de la guardia, y los Berberíes de ella con fingido pavor huyeron de la multitud que los siguió, y por instantes se acrecentaba, entraron de tropel en el Alcazar, mataron á los ministros y guardias fieles que quisieron oponerse á sus violencias, y toda la ciudad manifestó alegrarse de ver arrastrados por la plebe los ministros de su opresion. El Wali Aben Mafot estaba en el campo, y esta fue su fortuna, y avisado del motin y de las muertes y ocupacion del Alcazar se retiró á Calat-rahba, y avisó al Rey lo que habia sucedido. Luego mandó Abderahman que saliese su hijo Omeya con parte de la caballería de la guardia á unirse con el Wali Aben Mafot para castigar á los rebeldes de Toledo. En la ciudad excitados los ánimos por los sediciosos per-

suadieron á muchos la necesidad de defenderse: señaláronle de comun acuerdo por su caudillo á Hixêm, que no deseaba otra gloria. Pasó alarde de su gente, repartió armas á los mas osados y bien dispuestos, y ordenadas las banderas, y repartidas á los mas distinguidos por su valor ó su popularidad, y encargada la guardia de la ciudad á los bisoños y sin experiencia de guerra, salió con su escogida gente contra Aben Mafot, que habia reunido alguna gente y caballería. Encontráronse estas huestes y pelearon con varia fortuna, y lograron algunas victorias que aumentaron su orgullo y esperanzas.

Entretanto la ciudad de Mérida gobernada por el Wali Abdelrûf manifestaba estar contenta en la calma de la obediencia, del órden y de la buena policía. Recogió Abdelrûf los pobres, dió ocupacion á los ociosos, persiguió los vagamundos, mandó velar á los Cadíes de Coras ó comarcas, y á los de la ciudad para evitar y prevenir las maquinaciones de los malos, puso gran recaudo en los depósitos de armas, y hacía rondar las calles de dia y de noche con partidas de caballería, con guardias permanentes en las plazas y barrios de mucha concurrencia. Como entendiese el Rey Abderahman el allanamiento de Mérida y la prudencia que allí habia manifestado su Wali Abdelrûf, le mandó pasar á tierra de Toledo para tranquilizar la comarca que estaba levantada, y echar de ella á los rebeldes: al mismo tiempo le encargó que no hiciese la guerra en aquel país mas daños que los que no pueden evitarse en ella: que á los que huyesen delan-

te de su hueste no los persiguiese para matarlos, sino para obigarles á dejar las armas ó salir de las comarcas que infestaban: que los Muslimes así debian hacer la guerra á los de su misma creencia.

Habian pasado tres años sin que los caudillos del Rey pudiesen alcanzar ninguna considerable ventaja sobre las tropas de los rebeldes de Toledo, has-
832 ta que el año doscientos diez y siete Omeya, el hijo del Rey, logró rodearlos en una celada á orillas del rio Alberche, causándoles atroz matanza, que obligó á refugiarse en la ciudad á los que Dios quiso librar de la espada de los vencedores; pero la fortaleza de Toledo les dió seguro para continuar en su desobediencia. En el año siguiente acaudillando las tropas del Rey el Wali Abdelrûf peleó contra los de Toledo en los campos de Maghazul, y por la matanza que allí tuvieron fue para ellos un monumento de horror y de maldicion, que muy pocos se salvaron aquel infausto dia.

CAPITULO XLIII.

De la entrada de los rebeldes en Mérida.

Poco tiempo despues como hubiese faltado de Mérida el Wali Abdelrûf, los descontentos de la obediencia y sujecion en que los tenia luego avisaron á los bandidos y malhechores que andaban en tierra de Alisbona acaudillados del rebelde Mahomad ben Abdelgebir, y aprovechando la ocasion de la ausencia del Wali, y que la ciudad estaba mal guardada, se fueron introduciendo en ella pocos á po-

cos, y viendo aquella oportunidad que se les ofrecía acometieron de noche á los guardas de las puertas, y se apoderaron de ellas y de los depósitos de armas y vestidos, y todo lo repartieron entre la gente menuda del pueblo, y buscaron con mucha diligencia á los Wazires y ministros del gobierno, y asaetearon á dos sin ventura que pudieron haber á las manos. Cuando el Rey tuvo la nueva de esta rebelion dió órden á los alcaides de la comarca para juntar sus gentes con mucha diligencia y pasar á Mérida: el mismo Abderahman partió de Córdoba con la caballería de su guardia y la de la ciudad, y en Ain Coboxi se le juntaron los alcaides con las gentes de sus Alcudias ó jurisdicciones: hizo el Rey alarde de estas tropas, y halló ciento y veinte banderas con cuarenta mil hombres. Habló el Rey á los caudillos, y les mandó que hiciesen la guerra como contra hermanos seguidores de una misma creencia, que en el momento que volviesen brida y huyesen, ya no eran sus contrarios, sino hijos y hermanos estraviados y regidos de mal consejo, que convenía desarmarlos y darles otro castigo que la muerte, de que solo eran dignos los promovedores de la rebelion. Los rebeldes no osaron salir de sus muros; pero defendieron bien sus torres y puertas, y obligaban á todos los vecinos á su temeraria y obstinada defensa. Luego mandó el Rey dar algunos combates á la ciudad, y con mucho trabajo se derribaron algunas torres, cavando sus cimientos y sosteniéndolos en gruesos leños que el fuego destruía. Todo estaba dispuesto para entrar la ciudad por varias partes; pero

el Rey deseaba evitar la matanza y calamidades de una entrada violenta, y mandó arrojar á la ciudad saetas con escritos, en que ofrecía perdon á todos si entregaban á los caudillos fulano y fulano, principales suscitadores de la rebelion. Algunos de estos escritos cayeron en manos de los mismos facciosos ó de sus amigos, y previnieron su desgracia con la fuga. Corrió la voz entre la gente honrada de la ciudad, y se animaron todos á ofrecerse rendidos á la clemencia del Rey. Luego se abrieron las puertas de Mérida, y entró el Rey Abderahman con su guardia de caballería: fue recibido con grandes demostraciones de alegría de los vecinos, y con mucho temor de los inquietos y revoltosos. Escusaron con mucha humildad los principales de la ciudad su falta en no haber podido prender á los señalados cabezas de la rebelion, y el Rey Abderahman les dijo: yo doy gracias á Dios que en este dia de complacencia me ha librado del disgusto de ajusticiarlos y mandarlos matar: tal vez Dios abrirá los ojos de sus entendimientos, y volverán de su locura; y si no lo hacen, Dios me dará poder para impedir que perturben la quietud de mis pueblos. Despidió el Rey las tropas de las provincias regalando vestidos, armas y caballos á los alcaides y otros caballeros, y todos volvieron muy contentos de esta expedicion. Permaneció el Rey en Mérida algunos dias, y mandó levantar las fortalezas derribadas y reparar los muros, aunque algunos le aconsejaban que los destruyera para evitar nuevas rebeliones; pero el Rey encargó al Amil ó gobernador de la provincia, Abdala ben Coleib,

Tom. 1º pag. 279.



Escala de una vara.

que diese ocupacion en estas obras á los pobres de la ciudad, y así se hizo, y acabada la obra se puso en la fortaleza principal esta inscripcion. En el nombre de Dios misericordioso y piadoso, la bendicion de Dios y su poderoso amparo al pueblo de la obediencia de Dios: se mandó edificar esta fortaleza y su muro, gobernando al pueblo de la obediencia de Dios el Amir Abderahman, hijo de Alhakem: engrandézcale Dios, por manos de su Amil Abdala ben Coleib ben Thaalba, y de Giafâr ben Muhasin su siervo, gefe de los arquitectos, en luna Rebie postrera, año doscientos veinte. En este 835
año murió en Córdoba Caraçs ben Abês ben Mansor el Thekifi, discípulo muy docto de Malic ben Anas, muy favorecido del Rey.

Entretanto continuaba la guerra contra los rebeldes de Toledo, que mantuvieron tres años con indecible constancia aquel contínuo cerco, haciendo frecuentes salidas contra los Walíes Aben Mafot y Abdelrûf, hasta que estrechados y reducidos á lo alto de la ciudad les fue forzoso entregarse por no perecer de hambre. El rebelde Hixêm cayó herido en manos de Abdelrûf, que luego le mándó cortar la cabeza, y fue puesta en un garfio sobre la puerta Bab sacra [1]. Conforme á las benignas órdenes del Rey publicó un perdon general á toda clase de ciudadanos: fue la entrada de Abdelrûf en Toledo año doscientos veinte y tres. Se ocupó en reparar el muro y muchos edificios del arrabal, que

[1] Ahora se llama Bisagra, depravada la voz arábiga Bab puerta, y la latina sacra, que fue su nombre antiguo.

habian quedado maltratados: restableció la buena policía de la ciudad, y atajó los barrios con puertas para mayor seguridad de los vecinos. Fueron celebradas en Córdoba con mucha alegría las nuevas del allanamiento de Toledo, y el Rey confirmó en el gobierno de aquella ciudad y provincia al insigne Wali Abdelrûf ben Abi Dilhethi; y á su tio de éste, Aben Mafot ben Ibrahim, lo hizo Wazir de su consejo de estado.

CAPITULO XLIV.

De la guerra en las fronteras, y por mar en las costas de Marsella.

838 En el año doscientos veinte y cuatro mandó el Rey al Wali de Zaragoza que allegase las banderas de toda España oriental y fuesen á correr tierras de Afranc: Obeidala ben Abdala y su Wali Aben Abdelkerim hicieron entradas dos años con numerosas huestes, y las gentes huian por todas partes y abandonaban sus pueblos, y los Muslimes tomaron muchos cautivos y ganados de toda especie. Así tambien al mismo tiempo la gente de Mérida, Badalyos y Alisbona entraron las tierras de Galicia, y pelearon contra Alanfus, que era Rey de aquella gente rústica y aguerrida, y pelearon contra ellos con varia fortuna. Las naves de España partieron de Tarragona este año, y juntas con las que habia en las islas Yebisât y Mayoricás fueron á las costas de Afranc y aportaron en ellas, y robaron

las cercanias de Marsella, y tomaron muchas riquezas y cautivos en los arrabales de aquella ciudad. En este tiempo vinieron al Rey mensageros de Teofilo Rey de los Griegos, instándole para que le ayudara en la guerra contra Almoatesim el Califa de Oriente, y Abderahman los recibió con mucha honra, y escribió al Rey de los Griegos, que luego que pudiese desembarazarse de las guerras domésticas que le ocupaban, enviaria sus naves en su ayuda, y con ricos presentes los despidió contentos.

Los Cristianos de los montes de Afranc estendieron sus algaras hasta Albaida y Calahorra, y robaron los pueblos y quemaron aldeas, y talaron los 841
campos. Pesó mucho al Rey de estos males, y escribió á los Walíes de la frontera para que allegasen sus gentes, que determinaba ir en persona á esta santa guerra.

El año doscientos veinte y siete falleció el Cadi de Tadmir Abderahman ben Fadal el Caneni, de Ateca, célebre por su integridad: su hijo Aben Fadal era en este tiempo de singular ingenio y virtud, y el Rey le dió el mismo cargo que habia tenido su padre, y aquellos pueblos dieron gracias al Rey por ello.

CAPITULO XLV.

De la venida de los Nortmanos á las costas de España.

En el año doscientos veinte y nueve vinieron á 843
las costas de Alisbona cincuenta y cuatro naves de

los [1] Magioges, gentes fieras habitadoras de las últimas tierras Boreales, robaban las poblaciones, y degollaban á cuantos podian haber á las manos con bárbara crueldad, no perdonaban mugeres, niños, ni ancianos, ni los animales domésticos; cuando ya no hallaban presas que hacer incendiaban y destruian los edificios, talaban los campos, y eran enemigos de todo el género humano. Estuvieron delante de la ciudad trece dias talando y quemando los campos y las poblaciones. Allegaron los caudillos Muslimes las gentes de las comarcas, y los Magioges se embarcaron con sus presas y desaparecieron. Poco despues volvieron á infestar las costas de Algarbe de España y de Almagrêb, y saltaron en Welba, y en Gezira Cadis, y corrieron la tierra hasta Sidonia: y en el año doscientos y treinta el dia ocho de la luna de Muharram llegaron sus barcos hasta Sevilla robando y abrasando los pueblos, quemaron Gezira Cabtal, y pelearon tres dias con atroz matanza con la gente de aquella tierra, y robaron el arrabal de Sevilla, y se fortificaron en Tablada; pero los esforzados Muslimes de la ciudad los vencieron, y el dia doce de la misma luna se retiraron, sabiendo que venian contra ellos quince naves que enviaba el Rey Abderahman con muy escogida gente: tornaron los

[1] Los Arabes llamaban Magioges á las gentes de los extremos del Norte de Europa y de Asia, esto es, los de Gog y Magog: en Europa se conocieron con el nombre de Nortmanos, ó gentes del Norte, los que en este tiempo bajando del Báltico y de la Noruega infestaron las costas de Alemania, Francia, España, Italia y Africa.

Magioges á las costas de Algarbe, y el Rey envió sus órdenes á Mérida, Senterin y Colamria para guardar aquellas costas. Habia salido el Rey con su caballería para defender las ciudades de Andalucía, y vió los estragos que habian hecho los bárbaros, y aseguró y consoló sus pueblos, y mandó reparar los muros y otros edificios de Sevilla, que dejaron maltratados: la gente de Sevilla abandonó su ciudad por miedo de los Magioges, y huyó hasta Carmona.

En este tiempo hizo el Rey Cadi de la Aljama de Córdoba á Muhamad ben Zeyad ben Abderahman el Lahmi, era de la misma ciudad, hombre muy docto y de loable vida. Mandó el Rey construir naves en Gezira Cadis, en Cartagena y en Tarragona para asegurar las costas, y encargó el cuidado de los avisos y comunicaciones de mar y tierra á su hijo Jacúb, el llamado Abu Cosa: ordenó que hubiese en todas las capitanías de España un Sahib el berid, ó capitan de veredas, con cierto número de forénicos ó correos á caballo, para llevar con mucha diligencia los avisos y mandamientos del gobierno.

CAPITULO XLVI.

De varios sucesos, y obras del Rey, y de su muerte.

En el año doscientos treinta y dos hubo en España gran seca, que perecian los ganados por falta de abrevaderos, se abrasaron las viñas y árboles frutales, faltaron las cosechas de trigo y cebada, pasó 846

tambien gran plaga de langosta desde Africa, y no quedó planta verde en el campo: muchas gentes de España huyendo del hambre se pasaron á Africa, que allí en Almagrêb y toda tierra de Fez se vendia el wisque ó carga de trigo por tres adirhames. En el año siguiente, como continuase la carestía y falta de frutos, perdonó el Rey Abderahman á los pueblos el diezmo de frutos y ganados que le debian pagar. Estas calamidades impidieron al Rey la expedicion de algihed ó santa guerra que tenia dispuesta, y el recelo de nuevos desembarcos de los Magioges contuvieron las armas de los Muslimes y de los Cristianos. Por ocupar y mantener á los pobres edificó Abderahman mezquitas y alcázares en varias ciudades de España, construyó la Rusafa sobre la orilla del rio en Córdoba, hizo traer agua de la sierra en encañados de plomo, y mandó labrar muchas fuentes en la ciudad, y baños de marmol para comodidad de los vecinos. Reparó con magnificencia los dos palacios de Meruán y de Mogueit y otros hermosos edificios de Córdoba. El año doscientos treinta y seis acabó estas obras y enlosó las calles de la ciudad.

850 En la primavera del año doscientos treinta y siete mandó congregarse en Córdoba los Walíes gobernadores de las grandes ciudades, los Cadíes, Alcatibes, Wazires consejeros de Estado, y declaró á su hijo Muhamad futuro sucesor del imperio, y todos los presentes le juraron fidelidad y obediencia, sin reservas ni excepciones: concurrieron los hijos del Rey y otros nobles Xeques y caudillos, y se celebró esta solemne declaracion con grandes alegrías. Dió Abderahman en estas fiestas comidas muy espléndi-

das á los Walíes de las provincias, y repartió caballos y armas á los caudillos, y preciosos vestidos á sus guardias. Los pobres fueron socorridos con copiosas limosnas en todas las ciudades del reyno, y aun los lugares mas apartados y pequeñas aldeas participaron del contento y alegría de la capital, y de la generosidad de su Rey. En este año falleció Casim ben Hilel el Caisi, hombre muy docto, Cadi de Guadil-hijara su patria.

En la luna de Safar del año doscientos treinta y 852
ocho adoleció el Rey Abderahman ben Alhakem, y aunque de dia en dia se fue agravando su dolencia, permaneció siempre con ánimo tranquilo, ya le faltaban á Abderahman las fuerzas, y todavía conservaba la serenidad y apacible compostura de su gesto, y hasta el último momento de su vida la blandura y afabilidad de su natural. Cumplído el plazo de sus dias falleció un jueves al anochecer, último dia de la luna de Safar del dicho año, habiendo vivido seśenta y cinco años, tres meses y tres dias, y el tiempo de su reinado fue treinta y un años, tres meses y seis dias: dejó cuarenta y cinco hijos varones: fué acompañado su féretro de toda la gente de la ciudad y de las comarcas: todos los pueblos lloraron su muerte como la de un buen padre. Celebróse su entierro á la hora del alba del dia tres de la luna de Rebie primera: hizo oracion por él su hijo. No hizo novedad este Rey en la moneda, labrándola de la misma ley y forma que sus antecesores: se perfeccionó en su tiempo la fábrica de armas de Córdoba y la de Toledo, y las enseñanzas en toda España.

CAPITULO XLVII.

Del reynado de Muhamad, hijo de Abderahman.

Despues de la muerte de Abderahman segundo de este nombre, y el cuarto de los Reyes de Beni Omeya en España, fue aclamado en Córdoba su hijo Muhamad, apellidado Abu Abdala: era de edad de treinta años: la madre que le parió se llamaba Themina. Le juraron obediencia el dia jueves seis de la luna
852 de Rebie primera del año doscientos treinta y ocho. Concibieron los pueblos buenas esperanzas de prosperidad en su reynado, así por sus excelentes prendas de humanidad, justicia y valor, como por su erudicion y natural ingenio. En los primeros meses de su reynado se suscitó una querella literaria entre los Alimes y Alfaquíes de la Aljama de Córdoba contra el Hafit [1] Abu Abderahman Baqui ben Machalad: este sabio andaluz habia estudiado en Oriente con los mas famosos doctores de aquel tiempo, discípulos de Ahmed ben Muhamad ben Hanbal, y enseñaba en Córdoba por los libros de Abu Becri y de Abi Xoalba, andaluz de la misma escuela. Toda la Aljama de Córdoba se opuso á su enseñanza, y manifestó al Rey que no convenia aquella diferente exposicion del Alcoran, que la Aljama de Córdoba

[1] Hafit era título que se daba á los sabios que conservaban en su memoria muchas historias tradicionales.

seguía tradiciones apoyadas en mil y trescientos doctores, ó cerca de este número; y el Hafit Baqui y los de su escuela en doscientos ochenta y cuatro, de los cuales apenas habia diez de autoridad y aprobada fama. El Rey Muhamad les mandó juntarse en su presencia, y examinó la obra de Abi Xoaiba, y la declaracion del Hafit Baqui, y oyó sus disputas, y le parecieron las diferencias todas leves sutilezas y cavilaciones que no alteraban lo substancial de la ley ni de la sonna ó tradicion recibida, y que en las declaraciones de Baqui habia doctrinas de buenas y saludables prácticas, y declaró que no era justo impedir aquella enseñanza, que podia ser útil á la ilustracion de los pueblos, y todavía mas los virtuosos ejemplos del Hafit, que era hombre de muy loable vida.

En Ramazan de este año falleció en Córdoba de edad de cincuenta y tres años el sabio Alfaqui Abdelmelic ben Habib, andaluz conocido por el Salemi, que habia estudiado en todas las mas célebres aljamas de Oriente, y en todas partes quedó fama de su prodigiosa erudicion, y de su apacible condicion; sus obras eran apreciadas y adquiridas por los sabios de todos los paises: otros dicen que murió en fin del año siguiente, dia sábado doce de Dylhagia. Tambien murió este año Amira ben Abderahman ben Marun el Ateki de Tadmir, célebre por sus grandes conocimientos y su buen ingenio en la poesía, conocido por Abulfadal, y su muerte fue muy sentida.

CAPIULO XLVIII.

De la guerra en las fronteras de Galicia, y en Toledo.

Deseando el Rey Muhamad la propagacion del Islam en las fronteras de España, y contener los movimientos é inquietud que en ellas causaban los de Galicia y los de Afranc, encargó á los Walíes de Mérida y de Zaragoza allegar sus gentes, y entrar en aquellas tierras. Por parte de Afranc las algaras fueron muy venturosas: pasaron los montes y talaron tierra de Narbona, tomando muchos ganados y cautivos, y los pueblos huían por todas partes de los vencedores muslimes, y aun salian á ofrecerles sus bienes para templar su saña. En la frontera de Galícia pelearon con varia fortuna, y el Wali Muza ben Zeyad el Gedai fue vencido de los Cristianos cerca de Hins Albeida, y tomaron aquella fortaleza y degollaron á los Muslimes que la defendian: las nuevas de esta desgracia llegaron á Córdoba, y pesó mucho al Rey de este desman; pero los de la corte y muchos enemigos del caudillo Muza ben Zeyad aprovecharon esta ocasion para dañarle, y le infamaron diciendo, que por ruines tratos y dones que habia recibido de los Cristianos se habia perdido aquella fortaleza. El Rey dió oidos, que no debiera, á los malsines, y depuso del mando á Muza ben Zeyad, Wali de Zaragoza, y á su hijo Lobia ben Muza, que era Wali de Toledo: ofendidos estos caudillos,

confiando en el amor de los pueblos de sus provincias solicitaron con secretas inteligencias hacer treguas y procurar el favor de los Cristianos de Galicia, y rebelaron la tierra contra su Señor. Cuando estas cosas se supieron en Córdoba el Rey dió mayor crédito á las sugestiones de los enemigos de Muza ben Zeyad; y luego salió con la gente de Andalucía á castigar á los rebeldes. Envió el Rey de Galicia muchas tropas en auxilio de los de Toledo, y fortificaron mucho la ciudad. Pasó el ejército de Andalucía los montes, y sabiendo el Rey Muhamad que los enemigos, amparados de la fortaleza de la ciudad, no osarian salir á pelear contra su gente, deseando hacer en ellos algun buen efecto, escondió parte de su hueste en un frondoso y espeso bosque; y con poca gente y caballería pareció en las vegas de Toledo, y anduvo campeando á la vista de la ciudad manifestando recelos y temores, y no parando en ninguna parte. El Wali de Toledo, pensando que esta gente sería la delantera de otra poderosa hueste, quiso aprovechar la ocasion, y con todas sus tropas y auxiliares salió contra ellos, y trabando ligeras escaramuzas con poco empeño se fueron retirando. Los de la ciudad por su ventaja se cebaron en el alcance de estas tropas, que se fueron retrayendo hasta Wadacelete, que así llamaban al valle en donde estaba la emboscada; y saliendo la caballería que acaudillaba el Rey con Haxem ben Abdelaziz, rodearon por todas partes á los de Toledo é hicieron en ellos atroz matanza: el campo quedó cubierto de cadáveres y regado de su sangre: ocho mil Cristianos y siete mil Muslimes murieron allí: los que pudieron salir del

combate se acogieron á la ciudad, y confiados en su fortaleza no quisieron rendirse, aunque les ofreció perdon si se venian á su merced sin condicion alguna. Viendo el Rey que el cerco sería largo se volvió á Córdoba, dejando encargada la gente á su hijo Almondhir, que ya hacía sus primeras armas, y manifestaba inclinacion á su ejercicio, y eran sus Wazires los caudillos Abdelmelic ben Abdala Abu Meruân, y Aben Abdelaziz. En esta expedicion de Toledo murió Abdelcadir ben Abi Xoiba de Alcolea, en tierra de Sevilla, caballero de mucho valor.

Cuando el Rey Muhamad entró en Córdoba fue recibido con grandes demostraciones de alegría, que no quedó en la ciudad chico ni grande que no saliese á recibirle en su entrada, que fue el año doscien-
854 tos y cuarenta. En el año siguiente, habiendo el príncipe Almondhir salido con parte de su hueste á recorrer la tierra de Talavera, y las fortalezas de Calat-rahba, Uclis Webde y Zorita, aprovecharon esta ocasion los de Toledo, y salieron contra las tropas que mantenian el cerco, y las atropellaron y siguieron, haciendo en ellas mucha matanza: se acogieron á Talavera, y los rebeldes las persiguieron hasta encerrarlas en sus muros. Sabido esto por el Príncipe Almondhir fue luego con el Wali de Talavera contra los rebeldes, y los venció y puso en fuga, y volvieron con gran pérdida á entrar en Toledo. El Príncipe Almondhir envió setecientas ú ochocientas cabezas de rebeldes á Córdoba, comunicando al Rey su padre el suceso de la batalla de Talavera: que aquellas cabezas habia mandado cortar á setecientos rebeldes que habian caido en sus manos vivos en la fu-

ga, y el Rey las mandó poner en las almenas. Continuando con mas rigor el cerco: las tropas de Andalucía talaron las huertas y viñas de Toledo; y en un combate que dió Almondhir destruyeron el puente con gran matanza de los rebeldes que en él estaban. Tres años continuaron las talas y la devastacion de las cercanías de Toledo: los vecinos pacíficos y los pobres labradores miraban con mucho dolor destruidas sus casas de campo, viñas y huertos, por la obstinacion y rebeldía de algunos sediciosos, por la mayor parte malos Muslimes, Muzárabes y Judíos. El año doscientos cuarenta y cin- 859
co vino al cerco de Toledo el Rey Muhamad, y como los vecinos lo entendieron, vinieron algunos de secreto, y ofrecieron al Rey que si los perdonaba que entregarían la ciudad ó asesinarían á los caudillos rebeldes; y el Rey les prometió perdon si en cierto plazo lo cumplian, y antes del aplazado término abrieron las puertas á su Señor, y entregaron las cabezas de algunos caudillos de la rebelion, que otros lograron ocultarse, y salieron desconocidos de la ciudad. Aunque el Rey perdonó la rebelion á los vecinos puso otros Wazires y Cadíes en ella, así para los Muslimes como para los Cristianos, eligiéndolos de mucha confianza con nuevos ordenamientos y mas rigurosa policía: que la demasiada blandura y tolerancia del gobierno los hacía insolentes.

CAPITULO XLIX.

De la venida de los Magioges á las costas de España.

Entretanto que el Rey Muhamad entendia en allanar su tierra y sosegar las alteraciones de ella, los bárbaros Magioges vinieron con sesenta naves á las costas de Andalucía, desembarcaron y corrieron tierra de Raya, Cartama, Málaga y la Raduya, y toda Garbia de Ronda, haciendo en toda esta tierra los estragos de las tempestades. No osaron entrar mucho en lo interior, pero abrasaron los pueblos vecinos al mar, y destruyeron muchos edificios y atalayas que habia en las marinas: robaron la mezquita de Alhadrá y la que llamaban de las banderas [1]. Envió el Rey Muhamad su caballería contra ellos, y luego se embarcaron y pasaron á las costas de Africa. Corrieron aquella tierra, y volvieron á invernar á las marinas de España, y cargados de riquezas salieron al mar Occéano, y desaparecieron: fue esto
860 año doscientos cuarenta y seis. Los Cristianos estendieron sus algaras hasta las cercanías de Salamanca y de Coria, y vencieron al Wali de aquella frontera Zeid ben Casim. Estas nuevas llegaron á Córdoba, y

[1] Dice Xerif Edris que en Gezira Alhadrá habia á la puerta del mar una mezquita llamada Arrayât de las banderas, porque al tiempo de la conquista juntó allí Taric á consejo las banderas de los Muslimes.

mandó el Rey que se aprestase la caballería para hacer entradas en Galicia. Partió el Príncipe Almondhir, y en riberas del Duero dividió su hueste en delantera, dos alas, centro de batalla y zaga, á lo que llamaban [1] Alchamizes: así acometió al ejército de los Cristianos. Guiaba la delantera Muhamad Alcauthir, la batalla principal iba acaudillada del mismo Almondhir: vencieron á los Cristianos con gran matanza de ellos, y los persiguieron, y entraron la tierra, y ocuparon las fortalezas que habian tenido los Cristianos, y llegaron hasta Pamplona y los montes de Afranc, haciendo grandes presas de ganados y cautivos. En esta expedicion del año doscientos cuarenta y siete cautivó Almondhir un Cristiano muy esforzado y principal llamado Fortûn, y vino á Córdoba, y le dió libertad, y vivió en ella mucho tiempo, que llegó á ciento veinte y seis años de edad.

En el año doscientos cuarenta y nueve hicieron 863
entradas los Cristianos de Galicia y los de los montes de Afranc, y robaron los pueblos, y talaron los campos, y llevaron cautivos de los Muslimes de la frontera. Mandó el Rey Muhamad á los caudillos y Walíes de las provincias allegar sus gentes para la santa guerra, y se publicó esta resolucion en todos los alminbares de España, y fueron juntándose las ban-

[1] Alchamis significa cinco partes, y simbólicamente mano, y ejército porque se forma de cinco partes: Almocádema, Calb, Almaimana, Almaisara y Assaca, esto es, delantera, centro, ála derecha, ala izquierda y zaga. Jusuf ben Said de Illora declara así esta voz, y en nuestros antiguos libros se hallan los nombres de Alchamizes y Almafallas por huestes ordenadas.

deras en las capitanías para partir al primer aviso. En el principio del año doscientos y cincuenta falleció en Córdoba el insigne Yahye ben Alhakem, el conocido por Algazali, que habia sido Amir del mar de Syria en tiempo del Rey Hixêm y de su hijo el Rey Alhakem, y en tiempo del Rey Abderahman fué enviado al Rey de los Griegos con embajada, y á los Reyes cristianos, y siempre fue muy estimado por su humanidad y discrecion, y por su grande ingenio; y son célebres los versos suyos en que describe una tempestad que padeció en el mar en ocasion de su viaje á Grecia: fue muy sentida su muerte del Rey Muhamad; pero ya eran sus dias cumplidos, que pasaron sobre él noventa y cuatro años: habia nacido año ciento cincuenta y seis, en el reynado de Abderahman ben Moavia.

CAPITULO L.

De la guerra en Galicia y origen del rebelde Hafsun.

Corrió la fama de las entradas muy atrevidas de los de Galicia y de Afranc en las fronteras por toda España, y sin dejar de acrecentarse á la mayor distancia, abultando los estragos y talas que padecian los pueblos, el número y calidad de las huestes enemigas, y todas las circunstancias de la invasion. Recibió el Rey aviso de los Walíes por los forénicos de Mérida, que decian como el Rey de Galicia habia entrado en Lusitania y corrido tierras de Alisbona:

que habia robado los pueblos abiertos: que habia quemado á Cintra, y habia llevado grandes presas de cautivos y ganados de aquella tierra. Cuando el Rey Muhamad tuvo estas nuevas luego partió con la caballería de Andalucía: se le juntaron las banderas de Mérida, y entró con su ejército en tierras de Galicia hasta Santyac. Los Cristianos se retiraron á sus montes, y se encerraron en fortalezas puestas sobre peñascos. Volvió el Rey Muhamad por Zamora, envió su caballería de Mérida por Salamanca, y con la de Córdoba siguió á tierra de Toledo: algunos cuentan esta expedicion en el año doscientos cuarenta y siete, otros en el de cuarenta y nueve, y parece mas cierto. En las fronteras de Afranc se daba en este tiempo principio á una rebelion que vino á ser de mucha importancia. Un hombre de orígen pagano, de oscura y desconocida prosapia, llamado Omar ben Hafs, conocido despues por Aben Hafsun ben Giafar ben Arius: esta generacion le dan algunos, y Muhamad Abdala ben Sebaun el Cairvani dice que sabía sus cosas de los hijos de este rebelde, y con todo eso nada pudo decir de su prosapia: éste, cuentan que vivia de su trabajo humilde en Ronda, de la comarca de Raya, pero no contento de su pobre suerte se fué á la ciudad de Torgiela á buscar su vida, y se hizo salteador de caminos con otros compañeros, á quienes por su valor acaudillaba: se resistió á los Caxiefes y justicia que los perseguía, y cobró celebridad y muchos compañeros y secuaces. Se encastillaron en Adharwera, castillo allí conocido por Calat-Yabaster, señalado por su inaccesible fortaleza: esta es una de las diversas relaciones que hay en Es-

paña del principio de su rebelion. En el año dos-
864 cientos y cincuenta, echado de Andalucía, se pasó con sus bandidos á las fronteras de Afranc, y se apoderó de la fortaleza de Rotalyehud, lugar inexpugnable por la aspereza de su situacion sobre peñascos cercados de un rio.

Los Cristianos de los montes de Afranc, viendo la fortuna de las primeras cavalgadas de este bandido, buscaron su amistad, y unidos para la desobediencia y rebelion se confederaron los de Ainsa, Ben Auare y Ben Asque, y corrieron impetúososos, como los rios que bajan de aquellos montes, hasta Barbastar, Wesca y Afraga, levantando los pueblos contra su Señor, y ofreciéndoles seguridad y amparo contra los Walíes de aquella frontera; y al mismo tiempo talaban los campos, y quemaban los pueblos que se resistian á tomar su voz y seguir su bando. Ocuparon varias fortalezas de aquella tierra hasta la comarca de Lérida. El Wali de Zaragoza, aunque pudiera haber contenido los progresos de esta rebelion, quejoso de hallarse privado de su gobierno, y esperando al nuevo gobernador, no salió de la ciudad, ni dió órden á los alcaides de la provincia para juntar sus banderas y oponerse á los rebeldes. El alcaide de Lérida, llamado Abdelmelic, siguió el partido de Hafsun, y le dió entrada en su ciudad; y lo mismo hicieron otros alcaides de fortalezas menos considerables. Llegó la osadía de los rebeldes á correr toda la tierra hasta riberas del Ebro. Avisado el Rey Muhamad de esta insurreccion escribió á los Walíes para levantar un poderoso ejército que acabase de un golpe con aquellos temerarios. Partió el Rey de Cór-

doba con la gente de Andalucía, llegó á Toledo, donde debian unirse las tropas de aquella provincia, y la gente de Murcia y Valencia partió acaudillada de Zeid ben Casim, nieto del Rey: el Príncipe Almondhir quedó encargado de la frontera de Galicia con las tropas de Mérida y Lusitania.

CAPITULO LI.

De la perfidia de Hafsun.

Cuando Omar Aben Hafsun vió que se acercaba contra él aquella terrible tempestad, envió sus cartas muy humildes al Rey Muhamad, y con fingidas palabras y sumision pérfida protestaba en ellas por cielos y tierra que todos sus pasos eran artificio y disimulo para engañar á los enemigos del Islam: que á su tiempo él volveria sus armas contra los de Afranc, y esperaba que el Rey, bien persuadido de sus intentos, despreciando las apariencias, le ayudaria con las gentes de la frontera oriental, ó las de Valencia; que le concediese á lo menos una tregua limitada, y que pudiese disponer de la alcaidía de Wesca ó Barbastar para que con aquella gente diese á los enemigos el golpe que tenia pensado. Tantas protestas y buenas palabras, y las que añadió el astuto enviado, persuadieron al Rey Muhamad. Soberano Alá, que cuando tienes determinado en tus ciertos y eternos juicios el trastornar un estado, ó la ruina y calamidad de un pueblo, te agrada el poner la culpa de ello en nuestra ignorancia, y nosotros mismos damos prisa y armas á nuestros enemigos, ó corremos apre-

surados al precipicio á despeñarnos! Así quisiste deslumbrar al Rey Muhamad para que diese crédito á las falsas promesas y fementidas protestas de Aben Hafsun.

Ofreció el Rey Muhamad por su parte ayudarle con la gente que acaudillaba Zeid ben Casim; y despues de asegurada la frontera de Afranc, y ocupados los fuertes que tenian los Cristianos, le prometió el gobierno de Wesca, ó tal vez el de Zaragoza. Luego mandó el Rey que su hueste partiese á Mérida para unirse á la que tenia el Príncipe Almondhir en fronteras de Galicia: al Wali Zeid ben Casim se encargó la entrada en los montes de Afranc en compañía de Aben Hafsun. Este pérfido caudillo, unido con el alcaide de Lérida Abdelmelic, dispusieron dar muerte al Wali Zeid y degollar á los Muslimes que acaudillaba. En los campos de Alcanit se encontraron con los de Aben Hafsun, y camparon cerca de ellos en confianza de aliados: trataron á Zeid ben Casim con honra y muestras de amistad; y aquella noche, cuando los de la hueste de Valencia y Murcia reposaban sin recelo, dieron en ellos los de Hafsun y Abdelmelic, y antes que pudieran ponerse en defensa habian degollado gran parte de ellos, que muy pocos lograron librarse de su espadas: entre los que murieron defendiéndose de sus alevosos contrarios fue el jóven Wali Zeid ben Casim, que espiró peleando animosamente antes de cumplir diez y ocho años. Las tristes reliquias que por fortuna se salvaron con la fuga, vinieron á dar la funesta nueva de esta maldad al Rey Muhamad, que indignado al oirla juró la mas sangrienta venganza, y lo mis-

mo juraron todos los caudillos de su guardia y los Walíes de Andalucía: fue esta atroz y pérfida matanza de Alcanit el año doscientos cincuenta y dos. 866

Luego envió el Rey sus cartas al Príncipe Almondhir refiriéndole la alevosía y engaño de Aben Hafsun, encargándole que procurase tomar cumplida venganza de los pérfidos y rebeldes; y muchos caballeros de Córdoba y Sevilla partieron voluntarios á esta guerra de venganza. Fue este año de doscientos cincuenta y tres de extrema sequía en Africa y en España, y así continuó mas de diez años despues, que muy poco llovia en estas regiones. Falleció en este tiempo el ínclito Wali Abdelrûf ben Abdelsalem, el que fue gobernador de Toledo y de Mérida mas de siete años, era Wazir del Consejo de Estado del Rey y de la mayor confianza: su muerte fue muy sentida, y su féretro acompañado de toda la gente de Córdoba: oró por él Bixar ben Abderahman, hermano del Rey Muhamad, por estar ausente el hijo de Abdelrûf, que estaba en la frontera con el Príncipe Almondhir.

CAPITULO LII.

De la entrada de Almondhir en Rotalyehud.

El Príncipe Almondhir entró en tierra de Galicia y en los montes de Albortât y Albaskenzes sin hallar resistencia: allí le alcanzaron las cartas de su padre, y luego las mandó leer á toda su hueste que se llenó de justa indignacion: partió con toda su hueste en

tres cuerpos á buscar á los rebeldes, que no osáron ofrecerse al encuentro de estos valientes. Llegaron, causando los estragos de las tempestades, á los montes y tierra de Rotalyehud, que era el nido del pérfido Omar ben Hafsun: allí salió contra ellos el intrépido caudillo Abdelmelic, y á pesar de las ventajas de la posicion de su gente fue atropellado con atroz matanza; y los valientes de Andalucía saciaron sus espadas sedientas de sangre. Los que pudieron se fugaron á los ásperos montes, dejando el campo cubierto de cadáveres. Escapó herido con cien esforzados caballeros el caudillo Abdelmelic, y se acogió al fuerte de Rotalyehud. La noche suspendió la matanza, que fué muy grande. Al dia siguiente mandó Almondhir entrar la fortaleza, que parecia inaccesible por todas partes; pero todo lo venció el valor y denuedo de las tropas, y el ardiente deseo de venganza. Entraron por fuerza aquellas escarpadas torres: entre los valientes que las defendieron peleando hasta morir se halló todavia moribundo el caudillo Abdelmelic, que luego fue descabezado; y otros muchos cayeron despeñados huyendo de las espadas vengadoras de la sangre de Zeid ben Casim y los de su hueste. Envió Almondhir á Córdoba la cabeza del infeliz Abdelmelic con la nueva de su victoria, que tambien costó cara á los vencedores, pues muchos perdieron la vida al trepar por las altas peñas de aquella fortaleza. La muerte de este esforzado caudillo, y la entrada en Rotalyehud, intimidó á los rebeldes de los montes de Afranc; y muchos pueblos por no experimentar la saña de los vencedores vinieron á ofrecer su obediencia al Príncipe Almon-

dhir: así hicieron los de Lerida, Afraga, Ainsa y Baltania, y otras fortalezas. Omar Aben Háfsun no osó esperar al Príncipe vengador, y abandonó la tierra, y se enriscó en los montes de Arbe, aconsejando á sus parciales y secuaces que para evitar su ruina se allanasen á la obediencia del vencedor, que él tornaría muy en breve á protegerlos. Repartió sus tesoros entre sus mas fieles, y huyó de todos para su seguridad, y se perdió en aquellas fragosidades. Allanada la tierra y sometidas aquellas gentes fieras de España oriental tornó Almondhir á Córdoba, y fue recibido en ella con aclamaciones de triunfo: salió toda la gente de la ciudad á recibirle, y el Rey Muhamad y los mas principales caballeros salieron á mucha distancia, y el dia de su entrada en Córdoba fue un dia de fiesta y general alegría. Repartió el Rey armas, vestidos y caballos á muchos jóvenes que habian hecho en esta ocasion sus primeras armas: hizo Wali alardi ó inspector de revistas de tropas á Mansûr ben Muhamad ben Abi Bahlûl.

CAPITULO LIII.

De las expediciones á Galicia y á los montes.

En el año doscientos cincuenta y cuatro se eclipsó toda la luna desde el principio de la noche hasta el alba con mucha oscuridad: en este mismo año envió el Rey Muhamad sus naves para hacer la

guerra en las costas de Galicia: encargó esta expedicion al Amir del mar Walid ben Abdelhamid ben Ganim, y salió la armada con buen viento, y llegó con próspera navegacion á las costas del Guf de España, y estando para desembarcar en aquellas bocas de Nahar Miño sobrevino recia tempestad con encontrados vientos que levantaban olas como montes, y las naves se quebrantáron unas contra otras remolinando con la violencia del viento y el ímpetu de las olas, y otras fueron á estrellarse contra los peñascos de unos islotes, y en la costa brava, en donde pocos se salvaron, y de éstos fue el caudillo Abdelhamid ben Ganim. Esta desgracia de la flota de los Muslimes puso grande ánimo á los Cristianos de Galicia, y este año corrieron toda tierra de Lusitania, y ocuparon Salamanca y cercaron la ciudad de Coria. Las nuevas de estas desventuras llenaron de tristeza á los de Córdoba, y los muy virtuosos y severos miraban estos infaustos acaecimientos como castigos del cielo por la falta de celo y fervor en las prácticas religiosas, y que los Muslimes pensaban mas en vanidades y deleites que en la propagacion del Islam. Otros decian que en el servicio de Dios no conviene buscar atajos ni escusar fatigas, y que por eso aquella expedicion por mar no habia querido Dios que fuese venturosa.

Mandó el Rey Muhamad que los Walíes de la frontera de Afranc, Ishac ben Ibrahim el Ocaili, y Zaide ben Rustam fuesen á contener los Cristianos de los montes que habian ocupado Medina Pamplona: fueron á correr aquella tierra y pusie-

ron cerco á la ciudad, y ocuparon algunas torres de sus muros, y la tenian muy apretada, cuando viniendo muchas gentes de Afranc fue forzoso á estos caudillos levantar el campo y retirarse á Tutila y riberas del Ebro. Por la parte de Galicia entraron al mismo tiempo lo Walíes de la frontera, y tomaron muchos cautivos y ganados, y retirándose con estas presas, pastoreándolas con mucha confianza y descuido, despreciando el poder de sus enemigos, sin acordarse que muchas veces un débil mosquito punza los ojos al mas bravo leon, fueron acometidos de súbito en unos pasos estrechos en donde la caballería no fue de provecho, y debilitada la hueste por adelantar la presa y cautivos con la delantera, fue atropellada la zaga y padeció gran matanza, y fueron muchos los heridos y muchos los que quedaron cautivos en poder del enemigo. Estas nuevas turbaron la alegría de los Muslimes de Andalucía y consternaron á los defensores de las fronteras. En este año doscientos cincuenta 868
y cinco falleció en Córdoba Yahye el Laithi, docto Alfaqui que en su juventud viajó dos veces á Oriente, y fue discípulo del célebre Malic ben Anas, y fue de él muy distinguido, que le llamaba el entendimiento de España y el discreto Andaluz: fue su casa concurrida de discípulos y de oyentes, que parecía una academia ó escuela pública.

En el principio del año siguiente mandó el Rey Muhamad juntar sus gentes de Andalucía y de Mérida, y envió á su hijo Almondhir á tierra de Alaba y montes Albaskenzes, y á castigar al Wali de Zaragoza Muza, que no habia querido recibir al

gobernador de aquella ciudad, que él Rey habia nombrado á Abdelwahib ben Abdelrûf: llegó el Príncipe Almondhir sobre Zaragoza, y el Wali Muza cerró las puertas de la ciudad: detúvose Almondhir delante de ella veinte y cinco dias, y por no perder tiempo pasó á la frontera de Afranc, y corrió y taló la tierra de Alaba tomando ganados y algunos cautivos, y volvió al cerco de Zaragoza. En este año en la noche del sábado, veinte de la luna de Safar, pareció en el cielo una gran mancha roja como vivo fuego, que duró desde el principio de la noche hasta el alba, y puso gran espanto en la gente menuda del vulgo, que no viera nunca cosa semejante. Falleció en este tiempo en Córdoba Ibrahim ben Muslema, apellidado Abu Ishac, fue Wali del Zoco muchos años, de mucha integridad en sus juicios, nunca recibió dádiva de nadie, y era muy respetado y temido de mercadantes y placeros.

CAPITULO LIV.

De la entrada de Almondhir en Zaragoza, y del Rey en Toledo.

870 En el año doscientos cincuenta y siete continuó el Príncipe Almondhir la guerra de frontera en España oriental y puso muy apretado cerco á Zaragoza, y durante el sitio falleció el Wali Muza, no sin sospecha de haberle ahogado en su cama, y luego la ciudad se entregó al Príncipe Almondhir,

que envió sus forénicos con esta nueva al Rey su padre, que holgó mucho de este acaecimiento. En el mismo año los de Toledo por sugestiones de sediciosos aclamaron por su Wali al hijo de Muza, que pocos años antes habia sido privado del gobierno de aquella ciudad: era este Abu Abdala Muhamad ben Lobia caudillo de mucho valor y experiencia en las cosas de la guerra; pero descontento y desafecto al gobierno del Rey: tenia secretas inteligencias con los Cristianos, y éstos ayudaban á sus intentos y rebeldía. Cuando el Rey Muhamad fue avisado del movimiento y alboroto de los de Toledo mandó juntar las gentes de Andalucía, y con la caballería de su guardia se dirigió á tierra de Toledo: los de la ciudad estaban dispuestos á resistir y defenderse con mucha constancia; pero el prudente caudillo no quiso aventurar su seguridad dentro de los muros, recelando con razon de la ligereza y natural inconstancia de la gente popular. Sabiendo cuan numerosa hueste seguía al Rey con pretexto de reconocimiento de sus fuerzas se salió de la ciudad, y envió poco despues algunos caballeros para que aconsejasen á los principales que se ofreciesen á la obediencia del Rey, pues no tenian fuerzas ni disposicion para resistirle. El populacho y gente baldía quiso despedazar á los enviados de Abu Abdala Muhamad ben Lobia en el furor de su inconsiderada resolucion; pero el consejo y persuasiones de sus principales ciudadanos pudo sosegarlos y calmar sus primeros movimientos. Dispusieron salir á implorar la clemencia de su Señor, y lograron que los perdonára. Entre los

caudillos habia muchos que proponian al Rey que se destruyesen los muros y torreones de esta ciudad para quitar en adelante la ocasion y confianza que aquellas fortalezas daban á los ánimos inquietos de sus habitantes; pero no quiso Dios que tan buen consejo fuese oido: Muslama Abu Said, hijo del Rey y Wali de Sidonia, fue quien mas insistió en este pensamiento; pero Hixêm Abulwalid, y Alasbag Abulcasim, y Abderahman Abulmotaraf, hijos tambien del Rey Muhamad, fueron de contrario parecer, y éste prevaleció. Detúvose el Rey algunos dias en Toledo, y ordenadas las cosas convenientes á la quietud de la ciudad se volvió á Córdoba, donde fue recibido con grandes demostracio-
871 nes de alegría. En el año doscientos cincuenta y ocho falleció en Murcia, su pátria, Abdelgebar ben Muza ben Obeidala el Sameti, lector de Alcoran, hombre de singular erudicion.

Era el Rey Muhamad de su natural muy apacible, y se entretenia con mucha familiaridad con los de su casa y servicio: Abdala ben Aasim, su Alcatib ó secretario íntimo, á quien distinguía por su buen ingenio, como entrase á la Cámara del Rey un dia de grandes nubes y tempestad de truenos y relámpagos, halló que estaba el Rey Muhamad entretenido con unos niños, y tenia en sus rodillas uno muy lindo y en extremo gracioso, y le dijo el Rey: ¿á qué vienes en este dia? ¿qué podemos hacer en él? y respondió Abdala: Señor, dicen las gentes que es bueno estar con niños cuando truena, y yo digo lo mismo:

Bueno es estar con niños cuando retumba el trueno,
De copas y convite ! el estrépito oyendo:
Que gire á la redonda el escanciano bello
Mientras nubes coronan los árboles del huerto:
¿Ves las ramas engadas del dulce y grato peso,
Que el viento las menea, que brillan en el suelo?

Agradó al Rey la ocurrencia y los versos, y mandó traer dulces y colacion, copas y licor Sahbâ [1], y que viniesen los músicos y cantores, y durante el convite mandó el Rey disimuladamente al esclavillo que tirase las copas á la cabeza de Abdala; y el niño, que sabia obedecer á su Señor, le tiró las copas, y Abdala alzó la cabeza y evitó el golpe, y dijo al niño: ¡oh linda cara! no seas cruel, que no está bien la crueldad con la hermosura: el cielo hermoso cuando sereno es muy apacible, y ahora su saña nos horroriza y espanta. En el mismo tiempo cayó un rayo [2] con horrisono estruendo sobre la mezquita mayor y sobre la alfombra misma donde Muhamad hacía oracion. El Rey aplaudió los versos de su Alcatib, y mandó darle una bidra ó bolsa de diez mil adirhames, ó si mas quería el hermoso esclavillo, y prefirió la bolsa á la bonita cara por no darle pena.

---

1 Sahbâ, nombre de un licor especie de vino claro, invencion para eludir la expresa prohibicion alcoránica del ghamar ó vino rojo.

2 El Arzobispo Don Rodrigo dice en su historia de los Arabes que el Rey Muhamad oraba en la mezquita de Córdoba, y cayó un rayo, y mató dos hombres que estaban á su lado.

CAPITULO LV.

Dè nuevas entradas en Galicia, y de varios acaecimientos y calamidades.

872 El año doscientos cincuenta y nueve el Príncipe Almondhir hizo entrada en tierras de Galicia, y peleó con los Cristianos con varia fortuna, y en el paso del rio de Sahagun, que baja al Duero, tuvieron una sangrienta batalla en que murieron muchos esforzados caballeros de Córdoba y de Sevilla, y muchos de los de Toledo y de Mérida. Los Cristianos padecieron tan atroz matanza, que no pudieron en once dias enterrar sus muertos. Corrió Almondhir aquella frontera, haciendo en ella maravillosos hechos de armas, que la gente de Galicia es la mas brava y aguerrida de los Cristianos, y apenas pasaba dia en que no trabasen muy reñidas escaramuzas: al fin del año volvió á la Lusitania. En el año dóscientos y sesenta hubo tan estraña sequía en Arabia, Syria, Egipto, Africa, tierras de Almagrêb, y en España, que faltaron los manantiales y fuentes, y los campos no produjeron frutos, y fue general la esterilidad y carestía: moría de hambre la gente pobre, y de esto se siguió pestilencia, que causó horrible mortandad en Occidente, así en Africa como en España. En Arabia quedó Mecca, la madre de las ciudades, desierta de sus vecinos, que no se veían en ella sino gentes de paso, y estuvo cerrada la Caaba mu-

cho tiempo. Estas calamidades estorbaron salir en hueste, y en seis años no se hizo sino guerra de frontera por mantenerla.

En el año doscientos sesenta y tres volvió á entrar en Galicia el Príncipe Almondhir, y sacó grandes despojos, cautivos y ganados; pero estas ventajas de los Muslimes no se lograban sin graves pérdidas y muchos trabajos. En este año murió peleando en una escaramuza Yahye ben Hegâg, muy distinguido caballero por su valor, y célebre por sus viages á Oriente. El pérfido Omar ben Hafsun, que se habia acogido al amparo de los Cristianos de Afranc, les ofreció vasallage y tributos, y poner en su poder los fuertes de la frontera, y con ayuda de ellos ocupó las fortalezas de la orilla del Segre, y ellos le llamaban Rey, y les pagaba tributo y vendía las ciudades á los enemigos del Islam. El Principe Almondhir con la gente de Mérida y de Toledo pasó el año de doscientos sesenta y cinco corriendo toda la frontera de Galicia, puso cerco á Zamora, que habian ocupado los Cristianos, y la tenian muy fortificada y defendida, y la tenia ya muy apurada, cuando tuvo aviso de la venida del Rey de Galicia con numerosa hueste para socorrerla, y durante este cerco dicen que hubo un espantoso eclipse de la luna, aunque otros dicen que fue en el año siguiente. Cuando el Príncipe Almondhir puso sus Muslimes en batalla para ir contra el Rey de Galicia, muchos tímidos y supersticiosos rehusaban la pelea, y á pesar del valor del Príncipe y de sus caudillos no fue posible que hicieran su deber y peleáran como buenos, y

con gran trabajo de los alcaides lograron retirarlos sin desórden delante de los enemigos, y muchos nobles caballeros murieron á lado de Almondhir por contener el ímpetu de los enemigos. En este año ú en fin del anterior, segun parece cierto, falleció en Tadmir el Cadi de aquella provincia Fadl ben Fadl ben Amira, varon respetado de todos por su virtud é integridad, y consultado de los Príncipes por su consumada prudencia.

En el año doscientos sesenta y siete, dia jueves, veinte y dos de la luna de Xawâl, tembló la tierra con tan espantoso ruido y estremecimiento, que cayeron muchos alcázares y magníficos edificios, y otros quedaron muy quebrantados, se hundieron montes, se abrieron peñascos, y la tierra se hundió y tragó pueblos y alturas, el mar se retrajo y apartó de las costas, y desaparecieron islas y escollos en el mar. Las gentes abandonaban los pueblos y huian á los campos, las aves salian de sus nidos, y las fieras espantadas dejaban sus grutas y madrigueras con general turbacion y trastorno: nunca los hombres vieron ni oyeron cosa semejante: se arruinaron muchos pueblos de la costa meridional y occidental de España. Todas estas cosas influyeron tanto en los ánimos de los hombres, y en especial en la ignorante multitud que no pudo Almondhir persuadirles que eran cosas naturales, aunque poco frecuentes, que no tenian influjo ni relacion con las obras de los hombres ni con sus empresas, sino por su ignorancia y vanos temores, que lo mismo temblaba la tierra para los Muslimes que para los Cristianos, para las fieras

que para las inocentes criaturas. De acuerdo con el Rey Muhamad concertó Almondhir treguas con el Rey de los Cristianos, que envió á Córdoba [1] sus mensageros que fueron acompañados de caballeros Muslimes.

CAPITULO LVI.

De la entrada de los de Afranc con Hafsun, y batalla de Aybar.

Omar ben Hafsun receloso de que Almondhir aprovechase la oportunidad de la tregua para pasar contra él, pidió á los de Afranc y de los montes de Albortât que le ayudasen con cuanta gente pudiesen. Los enemigos de Alá se reunieron innumerable muchedumbre, y bajaron de sus montes y corrieron la tierra hasta el Ebro: en Tutila se les opusieron los Walíes de Zaragoza y de Wesca, que fueron vencidos de esta infinita chusma: avisaron á Córdoba y á los otros Walíes de Mérida y de Toledo. Muhamad excitado del peligro de esta impetuosa irrupcion luego se puso en marcha con toda su caballería, y unida su gente con la del Príncipe Almondhir dispusieron sus Alchamizes muy bien ordenados, con muy escogida caballería y peones en sus batallas, y fueron á buscar á los Cristianos. Llevaba la delantera Almondhir, y el cuerpo de batalla el Rey Muha-

[1] En esta ocasion hubo de ser la embajada de Dulcidio, que mencionan nuestros antiguos Cronicones.

mad, las alas derecha é izquierda Aben Abdelrûf, y Aben Rustam, y la zaga el Wali de Sidonia Abu Said, hijo del Rey. Avisados los de Afranc de la calidad y número del ejército de Córdoba, temieron venir á batalla, y con forzadas marchas se retiraban á sus tierras; pero para los Muslimes en aquella ocasion lo mismo eran cuestas que llanos: una mañana á la hora del alba descubrió Almondhir el campo de los de Afranc, y se hallaron tan cerca, que no fue posible que rehusaran la batalla. Trabóse ya alto el dia con igual ímpetu y valor, pero no tardaron mucho los Muslimes en desordenar y romper á los de Afranc: la matanza fue atroz este dia, y los campos quedaron cubiertos de cadáveres y regados de sangre. Salió Omar ben Hafsun herido de muerte, el Rey de los Cristianos García y sus principales caballeros quedaron muertos en el campo de batalla. Fue este dia [1] glorioso para los Muslimes, y de infausta me-
882 moria para los Cristianos de Afranc en el año doscientos sesenta y nueve. Los despojos de armas y riquezas que perdieron los enemigos hartaron la codicia de los soldados muslimes. Luego volvió el Rey Muhamad con su caballería á Córdoba, y en todas las ciudades al paso fue recibido con aclamaciones de triunfo y de alegría: el Príncipe Almondhir quedó en la frontera hasta el invierno. A la vuelta de esta expedicion hizo el Rey Muhamad unos versos, que se conservan en la coleccion de Ahmed ben Farag,

[1] Fue esta la célebre batalla de Aybar, en que murió peleando contra los Moros el Rey de Navarra García Iñiguez, el segundo año de su reynado.

intitulado los huertos, aunque tal vez no los hizo en esta ocasion, sino en otra expedicion cuando era mas mozo, los versos son estos:

Cubro la espada y reposa
quando de las lides vengo,
Y la espada del amor
no cesa de herir mi pecho:
Vehemente como de cerca
está mi pasion de lejos,
Y ahora en la cercanía
crece mi amoroso fuego.
Entrando en el pabellon
desato azerado peto,
Y de la pasion el nudo
da al corazon mas tormento:
O Córdoba! por ventura
voy á tí, ó me vas huyendo!
Tu proximidad esquivas
á quién ansia el verte presto.
Riegue tu alcázar la nube,
igual benéfico riego
A la Rusafa, y los prados
conceda benigno el cielo,
Como con sangre regué
del enemigo protervo
Las campiñas que infestaba,
y les vino el campo estrecho.
Aun en la atezada noche
las cotas resplandecieron
Con muy mas vivas centellas
que las estrellas del cielo.
A las tropas fuí cual muro,
yo las guiaba al encuentro,
Y mi presencia les daba
nuevo impulso á sus azeros.

CAPITULO LVII.

De la declaracion de sucesor del reyno en el Príncipe Almondhir, y muerte del Rey.

El dia que entró el Rey Muhamad en Córdoba fue un dia de gran fiesta, toda la gente de la ciudad salió á recibirle: hizo el Rey muchas mercedes á los caballeros que le habian acompañado, y regaló pre-

ciosas armas, vestidos y caballos. Entrada la estacion de las lluvias se volvió el Príncipe Almondhir asegurando y allanando antes aquella frontera: tomó rehenes de algunas ciudades de España oriental, de cuya fidelidad recelaba mucho. En premio de tantos servicios, considerando que todos miraban á Almondhir como la columna del Estado, mandó el Rey Muhammad que viniesen á Córdoba los Walíes de las principales provincias, los Wazires, Cadíes y Hagibes de su consejo y real casa, y declaró al Príncipe Almondhir su hijo sócio del imperio, y futuro sucesor, y todos los Walíes y consejeros de Estado que estaban presentes, le juraron obediencia y fidelidad sin reserva ni excepciones. Fue esta solemne
833 jura el año doscientos y setenta. En este año dicen que murió de sus heridas Omar ben Hafsun, y su hijo Calib ben Hafsun renovó las pretensiones de su padre con los Cristianos de los montes de Afranc, y el natural deseo de venganza animó aquellas gentes, y descendió este rebelde con sus parciales á tierra de Borja desde las montañas de Jaca donde tenian su asilo, hicieron correrías de este lado del Ebro, y le llamaban Rey aquellos pueblos. Cuando llegaron estas nuevas á Córdoba el Príncipe Almondhir se puso en marcha con la caballería de Toledo, que reunió el caudillo Walid ben Abdelhamid, tomaron el camino de Valencia, porque las algaras de los rebeldes bajaban por toda la ribera del Ebro: cuando entendieron la llegada de Almondhir, que se encaminaba contra ellos, se retiraron á los montes. Detúvose Almondhir en Tortosa, y encargó al Wali Abdelhamid la defensa de la frontera y observacion de los

rebeldes: peleó con ellos con varia fortuna todo aquel año, y en el siguiente con algunas ventajas, ocupando las fortalezas del Segre y del Cinca y de los rios que bajan al Ebro; pero al paso de Hisna-Xariz habiendo vencido unas taifas de Cristianos acaudilladas por algunos Señores de los montes de Afranc, parciales de Aben Hafsun, empeñado inconsideradamente en perseguirlos, dió en una emboscada, y cercada la hueste de los Muslimes por todas partes en un angosto valle, cayó Abdelhamid lleno de heridas en manos de los enemigos, y como ya le conocian por su valor en aquella frontera los Señores de aquella gente, le curaron sus heridas y le trataron con mucha honra. Las reliquias de esta hueste se acogieron á las ciudades de la frontera, y muchos quedaron cautivos entre Cristianos. Cuando Almondhir tuvo nueva de este desman pesóle mucho de la pérdida de muchos buenos caballeros, y envió á tratar de su rescate, y dió por el Wali Abdelhamid gran cuantía de doblas de oro, por ser muy conocida su persona en aquella tierra: fue esta batalla en fin del año doscientos setenta y dos.

Los mas grandes acaecimientos como los mas leves; el hundimiento de una montaña como el movimiento y caida de una hoja de sauce, todo procede de la divina voluntad, y como está escrito en la tabla de los eternos hados cómo y cuándo el Soberano Señor lo quiere, así fue que el Rey Muhamad estando sin dolencia alguna, y recreándose en los huertos de su alcázar con sus Wazires y familiares, le dijo Haxem ben Abdelaziz ben Chalid, Wali de Jaen, ¡cuán feliz condicion la de los Reyes! para

ellos solos es deliciosa la vida, para los demas hombres no tiene el mundo tantos atractivos: ¡qué jardines tan amenos, qué magníficos alcázares, y en ellos cuantas delicias y recreaciones! pero la muerte tira la cuerda limitada por la mano del hado, y todo lo turba, y acaba el poderoso Príncipe como el rústico labriego ú aldeano. Muhamad le respondió: en apariencia la senda de la vida de los Reyes parece llena de flores aromáticas; pero en verdad son rosas y con agudas espinas: la muerte de las criaturas es obra de Dios, y principio de bienes inefables para los buenos; y sin ella yo no sería ahora Rey de España. Retiróse el Rey á su estancia, y se reclinó á descansar, y le salteó el eterno sueño de la muerte, que roba las delicias del mundo, y ataja y corta los cuidados y vanas esperanzas humanas. Esto fue al anochecer del domingo veinte y nueve de la luna de
886 Safar, año doscientos setenta y tres, á los sesenta y cinco años de su edad, ó cerca de ellos, y treinta y cuatro y once meses de su reynado: tuvo en diferentes mugeres cien hijos, y le sobrevivieron treinta y tres: fue de buenas costumbres, amigo de los sábios, honraba á los Alimes, Hafitzes ó tradicioneros, y fue muy favorecido de este Rey el docto Alfaqui Báqui ben Chalád, llamado Abu Abderahman, y lo defendió de sus émulos, cuando lograron que la Aljama de Córdoba reprobase sus tradiciones y doctrinas: dícese que dió preferencia á los de Syria sobre los Arabes Veledies en asientos y conferencias: fue su Secretario íntimo su hijo Abdelmelic. Era este Rey Muhamad semejante en muchas cosas y prendas de ánimo y cuerpo al Califa Abdelmelic ben Me-

ruân. Escribía con elegancia, y hacía buenos versos: construyó en Córdoba unos magníficos baños y abrevaderos. No alteró la fabricacion de las monedas. Fue su féretro acompañado de toda la gente de la ciudad, oró por él su hijo Almondhir; pues aunque estaba ausente en los baños de Almería, que llaman Alhama, cuando la muerte de su padre, vino á tiempo de acompañar su féretro.

CAPITULO LVIII.

Del reynado del Rey Almondhir, hijo de Muhamad.

Cuando el Príncipe Almondhir recibió la infausta nueva de la muerte de su padre estaba en Alhama de Almería, y partió al punto á Córdoba, fue aclamado Rey el mismo dia que se celebró el entierro de su padre, se hizo por él la chotba en todas las mezquitas, se apellidaba Abu Alhakem; la madre que le parió se llamaba Othûl, habia nacido año doscientos veinte y nueve.

Cuenta Isá Ahmed ben Muhamad el Razi, que Almondhir, hijo del Rey Muhamad, sucedió á su padre en dia domingo á tres de la luna de Rebie primera del año doscientos setenta y tres, en el cuarto dia despues de la muerte de su padre: que él se hallaba haciendo la guerra en confines de Raya, y entró en su alcázar dia primero: que oró por su padre, el cual habia muerto faltando cinco dias de la luna de Safar, y se celebró el entierro, y fue jurado Al-

mondhir en parte del domingo y en el lunes siguiente. Era Hagíb entonces, y lo fue hasta que Almondhir le mandó matar, el Wazir Haxem ben Abdelaziz, que era hermano del Cadi Aslâm ben Abdelaziz y mayor que él: sus antepasados habian sido Walíes del Califa Otman ben Afan: este Haxem fue muy distinguido del Rey Muhamad, hijo de Abderahman, y le hizo Wazir, y le dió mando de ciudades, y fue Wali de la provincia de Jaen, y edificó Medina Ubeda y la mayor parte de los fuertes de aquella comarca: fue hombre muy familiar y estimado de los Meruanes de España, pues reunia él solo las prendas de todos los caballeros de su tiempo, así en valor y gentilezas de caballería como en elegancia de ingenio y erudicion. Tambien logró la estimacion de Almondhir en tiempo de su padre, hasta que se indispuso y enemistó con él, y fue el principio de su desgracia la jura de este Rey. Dice que cuando vino Almondhir, sin mas que apearse del caballo y con sus vestidos de camino fue á presentarse á la sala de la jura con el vestido desaliñado y plegado de la silla: cuando entró la gente se levantó el Hagib Haxem con el libro de la jura en sus manos, y comenzó su leyenda, y al llegar á mencionar al Rey Muhamad las lágrimas y sollozos trabaron su lengua, que no se entendian sus palabras, y turbado volvió á leer lo que ya habia leido, y lo observó Almondhir, y le miró con ira: Haxem no lo vió y siguió su leyenda hasta el cabo. Los que vieron aquella mirada terrible no dudaron que amenazaba muerte. Cuando fue colocado el féretro del Rey Muhamad en su sepulcro se quitó Haxem su capa y

su turbante, y entró en su sepulcro y lloró con lastimado llanto, y dijo: ó Muhamad, mi alma sea con la tuya, que por tí me darán á gustar copa mortal. Todo esto fue sabido de Almondhir, y ademas se levantaron contra él Muhamad ben Gehwar y Abdelmelic ben Umeya, y aun se valió Aben Umeya de Saida hermana de Almondhir para lograr la ruina de la casa y familia de Haxem, y no tardaron en conseguirlo, por haberle faltado el favor del Rey.

Sabida en las fronteras de España oriental la muerte del Rey Muhamad, volvió á salir de sus montes Calib ben Hafsun, y con ayuda de sus parciales allegó numerosa hueste, y entró por las tierras que riega el Ebro, y por sorpresa se apoderó de muchas ciudades de España oriental: juntó allí diez mil caballos, y se le entregó Zaragoza y Wesca, y vino hasta tierra de Toledo, y con secretas inteligencias con los Cristianos de esta ciudad entró en ella, llamándose Rey, y derramando tesoros entre la gente pobre de la tierra, para que le aclamasen. Estas novedades dieron mucho cuidado al Rey Almondhir, mandó congregar las banderas de Andalucía y de Mérida, envió delante con escogida caballería á Haxem ben Abdelaziz. Llegó este caudillo con presurosas marchas á confines de Toledo: el rebelde Aben Hafsun temió hallarse cercado en una ciudad donde no tenia confianza; y para evitar este riesgo se salió con la flor de su gente, dejando numerosa guarnicion para defender la ciudad: fortificó los castillos del Tajo, y las fortalezas de Uclis y Webde, Alarcon y Conca. Puso Haxem cerco á Toledo con mucho rigor, entretanto Aben Hafsun pidió á sus auxil-

liares nuevos socorros, y por dar mas tiempo propuso al caudillo Haxem ben Abdelaziz ciertas avenencias, ofreciendo entregar la ciudad de Toledo, y retirarse á España oriental, si se le daban acémilas para conducir los heridos, aprestos y provisiones que tenia en Toledo, sin los cuales no podia volver á sus fronteras sin hacer grandes estorsiones en los pueblos; que habia venido engañado de malos Muslimes, y de los Cristianos de Toledo; que ya estaba desengañado, y sinceramente proponia estas avenencias. Pareció bien esto al caudillo Haxem ben Abdelaziz, y lo avisó al Rey Almondhir que ya venia á tierra de Toledo con sus gentes de Andalucía. Recelando que fuesen falsías y artificios de este rebelde, envió á decir al caudillo Haxem que esperaba que fuese cauto y no diese lugar á quedar burlados de este astuto zorro de Hafsun. Aben Abdelaziz estaba tan persuadido de la sinceridad del rebelde, que escribió al Rey que estaba dispuesto á otorgar á los de Hafsun lo que pedian, pues poco se aventuraba; que si al llegar las acémilas no entregaban la ciudad, que la combatirian; que si la entregaban era manifiesta la verdad de sus proposiciones, y se evitaba una guerra civil larga, sangrienta y de éxito dudoso. Las acémilas llegaron, salió gran parte de la gente que Hafsun tenia en Toledo, y otra gran parte quedó oculta en la ciudad: tomaron sus acémilas, cargaron enfermos y provisiones, y dejaron en apariencia la ciudad, y la ocuparon algunas tropas de Haxem ben Abdelaziz. Entonces Haxem escribió al Rey que ya era dueño de Toledo, que los enemigos se volvian á las fronteras de España oriental, y que no sin ven-

tura y especial providencia ya se habia acabado la guerra civil, que podia despedir los alcaides á sus provincias, que por su consejo todo habia salido con felicidad.

Contentaron mucho estas nuevas al Rey Almondhir, y despidió sus banderas. Se volvió á Córdoba meditando otras empresas para asegurar sus fronteras de Galicia. Pocos dias despues vino tambien á Córdoba el caudillo Haxem ben Abdelaziz muy ageno de la perfidia de Calib Aben Hafsun. Este rebelde cuando tuvo noticia de la partida de la gente de Córdoba y de la proximidad de sus auxiliares, hizo degollar á los conductores de las acémilas, sin que se librara un hombre: envió una taifa de caballería para entrar en Toledo, por las inteligencias que allí tenia, aseguró los fuertes del Tajo, y corrió libremente toda la tierra. Llegó aviso de esto á Córdoba, el Rey Almondhir se llenó de indignacion y saña, y mandó llamar á su presencia al Wali Haxem ben Abdelaziz.

Cuenta Izá Ahmed ben Muhamad el Razi en la historia de los Hagibes de España, que el dia que le prendieron salia Haxem de su casa, y con él Omar su hijo, que antes de salir encontraron al enviado que llevaba las cartas en su mano, y las tomó Haxem y las leyó, y habia entonces en el patio de su casa gentes de Libla que venian á saludar al hijo de su hermano, que era gobernador de su tierra, y que se acercaron á Haxem á saludarle, y el mancebo del mensage les dijo: os engañais que no es éste, y que Haxem salió sin decirles nada. Cabalgó en un caballo rojo, vivo como un rayo, y al llegar á la puerta de Dos-huertos el caballo saltó y le arrojó de la silla, y

quedó sin color mucho tiempo. Cuando los circunstantes vieron que no le volvian á su casa, todos conocieron que iba preso, y no se vió dia de mas llanto en Córdoba que este, y puede afirmarse que no hubo casa en la ciudad en que no se llorase la prision y muerte de Haxem, que su bondad habia sido para grandes y pequeños. Salió á la hora del alba del dia en que le mataron, que fue domingo, cuatro dias por andar de la luna Xawal del año doscientos setenta y tres. Cuando entró á la presencia de Almondhir le dijo muy airado: tú fuiste quien me aconsejó, tú quien ayudó á la perfidia del rebelde, tú morirás hoy para que otros aprendan á ser prudentes y cautos: y olvidando sus buenos servicios y sanas intenciones le mandó descabezar al anochecer
886 del dia veinte y seis de Xawal del año doscientos setenta y tres, y así se hizo en el patio del alcázar; envolvieron su cuerpo y cabeza en sus vestidos, y lo enviaron á sus gentes: fue sentida esta muerte de todos los caballeros y caudillos, porque Haxem ben Abdelaziz era de los leales y nobles Wazires de España, y habia siempre merecido la honra y estimacion de los buenos. Se dice que estuvo preso en una torre del alcázar de la Rusafa algunos dias antes de darle muerte, y que entonces escribió á su muger estos versos:

El visitarte me impiden con torres y herradas puertas
Agha, no te maravilles, nací con infausta estrella:
No es estraño que fortuna instable gire su rueda;
Con voz no confusa el alma me anuncia desgracia cierta,
Y sobre brasas del hado me dan la vuelta postrera.

Dejé el camino derecho, seguí peligrosa senda:
Muchos dicen que me salve, que con la fuga pudiera,
Que hay efugio y retirada de su furor en la tierra:
Yo respondo que la fuga es de almas tímidas seña,
Y la mia si no es grande de ser muy noble se precia.
Si lo quiere Dios del cielo, y ha de ser mi suerte aviesa,
De los decretos de Dios, qué efugio al hombre le queda!
El que de mi muerte ahora se complace y se recrea,
Yo espero que de mi copa hasta las heces se beba.

Asimismo mandó el Rey que los dos hijos de Haxem, llamados Omar y Ahmed, que eran Walíes en Jaen y en Ubeda, quedasen presos en una torre, y les confiscó sus bienes. Dió el Rey órden á los alcaides de Andalucía y de Mérida para juntar sus banderas, y que le siguiesen á Toledo: y al otro dia partió con la gente de su guardia, llevando en su compañía á su hermano Abdala, que era el mas esforzado y sábio de todos los hijos del Rey Muhamad.

CAPITULO LIX.

De la muerte del Rey en batalla.

Cuando llegó Almondhir á tierra de Toledo no osaron los de Aben Hafsun salir á su encuentro, y se encerraron unos en la ciudad y otros en los fuertes de toda la provincia. Dejó el Rey á su hermano Abdala en el cerco de Toledo, y con un campo volante de caballería partió á perseguir á los rebeldes y sus auxiliares. Peleó con varia fortuna con ellos en

diferentes combates: por lo comun vencía y atropellaba las compañías de campeadores que osaban pelear con él, logró echarlos de varios fuertes que ocupaban, quemó algunas poblaciones en que se encastillaban los Cristianos, y así se mantuvo mas de un año la guerra, que apenas pasaba dia sin escaramuza ó reencuentro de mas ó menos importancia. Al principio del año doscientos setenta y cinco corriendo Almondhir la tierra, y deseando venir á batalla campal con su enemigo Hafsun, y evitando éste con arte el encontrarse con él, temeroso de su ardiente y impetuoso valor, hasta que un dia en cercanías de Hisn Webde descubrieron sus campeadores una numerosa hueste de los rebeldes, que estaban delante de la altura de aquella fortaleza, avisaron al Rey, y sin mirar el excesivo número de los contrarios animó á sus caballeros, y al frente de ellos, como acostumbraba, acometió á los enemigos, despreciando el número y la ventaja del sitio que tenian, y rompió á los de Hafsun, y llegó peleando como un bravo leon hasta las banderas: allí las numerosas tropas de Hafsun ciñeron á los caballeros de Andalucía, y por desgracia el Rey Almondhir cayó pasado de infinitas lanzas, los caballeros que le acompañaban pelearon con heróico valor hasta que todos ellos tuvieron la misma suerte que el Rey, y cayeron sobre montones de cadáveres. Corrió la voz de la muerte del Amir, y los de Hafsun creyeron que habia sido su caudillo, y sin poderlos contener él mismo, huyeron del campo de batalla, los de Córdoba por su corto número, y porque estaban sin quien los guiara, no siguieron á sus contrarios, y porque

sobrevino la noche, y en ella supieron la desgracia de aquella infausta victoria. Asi acabó este valeroroso Rey en el segundo año de su reynado, que prometía ser de los mas gloriosos de los Omeyas de España: fue el tiempo que reynó un año [1], once meses y veinte y cinco dias, y fue su muerte en fin de la luna de Safar del año doscientos setenta y cinco. 888

Cuando llegó la nueva de la infausta muerte del Rey Almondhir al campo delante de Toledo fue general el sentimiento: todos los valientes Muslimes, que estaban en aquel cerco habian seguido sus banderas, y habian sido testigos de sus hazañas, y le habian visto muchas veces desde su primera juventud sufrir las fatigas de la guerra con alegría, con valor y constancia inalterable: en ningun peligro ni ocasion se vió mudado su semblante: era en extremo frugal: en sus vestidos, armas y mantenimientos no se diferenciaba de los otros caudillos inferiores: su pabellon no era mas grande ni precioso, y solo se distinguia por la bandera de los de otros Walíes. Su hermano Abdala que mandaba el cerco dió sus órdenes á los Walíes para continuarle, y partió del campo acompañado de la caballería de su guardia, y se fué á Córdoba.

---

[1] Edobi dice que reynó dos años menos quince dias.

CAPITULO LX.

Del reynado del Rey Abdala, hijo de Muhamad.

Cuando vino á Córdoba la nueva de la desgraciada muerte del Rey Almondhir toda la ciudad se vistió de luto, porque era de todos muy amado, y tenian grandes esperanzas en su valor y prudencia. Se juntó el Mexuar ó Consejo de Estado, y en el mismo dia llegó á Córdoba el Príncipe Abdala, hijo del Rey Muhamad: se presentó al Consejo, y todos se levantaron en su presencia, y le aclamaron Rey, y le juraron fidelidad y obediencia sin reservas ni condiciones. Dió luego órden para traer el cuerpo del Rey Almondhir su hermano á Córdoba, donde se le hiciese su entierro como correspondia, y encargó esta diligencia á su hermano Jacûb, el llamado Abu Cosa, y á dos Wazires de su guardia: muchos principales caballeros de Córdoba se ofrecieron voluntarios para acompañar al Príncipe Jacûb ben Muhamad. Era Abdala de hermoso semblante, blanco de color sonrosado, de ojos azules, grandes y bellos, de mediana estatura y buenas proporciones, animoso y prudente, de mucha erudicion y buen ingenio: habia nacido el año doscientos y treinta: la madre que le parió se llamaba Athara, á la que amaba y respetaba en extremo. Por congraciarse con el pueblo puso en libertad á los dos hijos de Haxem ben Abdelaziz, y al célebre y erudito maestro de ellos Ge-

bir ben Gaith de Libla, y les mandó restituir sus bienes: á Omar dió el gobierno de Jaen, que habia tenido su padre, y á Ahmed hizo capitan de caballería de su guardia. Esta gracia y generosidad insigne del Rey Abdala fue muy acepta al pueblo, y aplaudida de todos los principales, próceres, Walíes y caudillos del reyno: fue tanto mas notable esta gracia del Rey por cuanto los habia mandado clavar en palos el Rey Almondhir el dia de la batalla en que murió: solamente desagradó á los Príncipes de la Casa Real, y entre ellos á su propio hijo el Príncipe Muhamad, Walí de Sevilla, que por rivalidades y competencias de mocedad y galanterías estaban enemistados.

Poco tiempo antes habia venido de Africa á España desde Mersa Honain un Almoedan [1] de tierra de Telencen, hombre impostor que se decia profeta, y declaraba las sentencias del Alcorán á su antojo, dando mucha licencia de costumbres, y alterando las recibidas prácticas de las cinco azalaes ú oraciones diarias, sin alwados, labatorios y purificaciones, y otras novedades. Luego fue acusado como sandic ó impío por sus extrañas opiniones: el Rey Abdala mandó examinar sus doctrinas y conducta, y lo mandó poner en prision. En vista de las acusaciones y pruebas alegadas contra este Almoedan consultó

[1] Almoedan llaman al Munidor que desde lo alto del alminar ó torre de la mezquita pregona y avisa al pueblo las cinco horas de sus azalaes ú oraciones: éstas son al alba, al medio dia, á media tarde, á la puesta del sol y al anochecer; y son sus nombres Asobhi, Adohar, Alasar, Almagrib y Alatema.

el Rey á los Alfaquíes y Cadíes, y en especial al docto Baqui ben Machlad, célebre por su sabiduría y por su loable vida; y con el consejo de estos sabios le mandó clavar en un palo. En fin de este año doscientos setenta y cinco falleció en Zaragoza el Cadi de su Aljama Abdala ben Abi Naaman, hombre muy docto y de suma integridad; y en Córdoba Abês ben Firnâs, llamado Abulcasim, elegante Alchatib ó predicador, y buen poeta, muy estimado de los Príncipes.

CAPITULO LXI.

De la guerra de los Príncipes, y del rebelde Aben Hafsun.

Dispuso el Rey Abdala su partida á tierra de Toledo contra el rebelde Aben Hafsun, y cuando toda la caballería estaba en Córdoba para acompañarle vinieron los forénicos de Sevilla con avisos de haberse unido los Príncipes Alcasim, Alasbag y Muhamad con los alcaides de Elisena y Astaba, y los de Elbira y Raya, y Serranías de Ronda: que los Wazires fieles y gran parte de los ciudadanos resistian sus órdenes de hacer la guerra contra los de Jaen, y de toda su comarca. Sintió mucho el Rey Abdala estas novedades y desavenencias, y recelando que su hijo Muhamad inquietase con sus parcialidades toda la tierra de Xerez y Sidonia, porque los Walíes de estas ciudades eran sus tios, y habian siempre favorecido sus pretensiones, envió á su hijo Aderah-

man, llamado despues Almudafar [1], para que con persuasiones hiciese por desenojar á su hermano mayor Muhamad, creyendo que su prudencia y buenas razones sosegarian aquel ánimo inquieto y soberbio. Luego partió Abderahman á tierra de Sevilla para hablar de paz á su hermano. El mismo dia llegaron avisos de Mérida que referian que el Wali de Alisbona habia salido en cavalgada contra los Walíes de Lamico, Alfandica y Alfereda, que mantenian la frontera del Duero. Envió el Rey á sosegar estas desavenencias y castigar al Wali de Alisbona al Wazir Abu Otman Obeidala ben Muhamad ben Algamri ben Abi Abda, ayo que habia sido de su hijo Abderahman Almudafar; y para sorprender á estos Walíes tomó las naves que estaban en Welba y Oksonoba.

Partió el Rey Abdala al cerco de Toledo, y antes de llegar á esta ciudad le avisaron que el Cadi de Mérida Suleiman ben Anis ben Albaga se alzó en aquella ciudad contra el Wali de ella, y le echó de la ciudad con grande inquietud y alboroto del pueblo. Sin dilacion pasó el Rey Abdala con su caballería de guardia, y entró en Mérida cuando nadie le esperaba: el Cadi sorprendido se vino á los pies del Rey, y puso su cabeza sobre la tierra, y el Rey, movido de su natural clemencia, le perdonó y le mandó encarcelar, y pocos dias despues, atendiendo á su poca edad, á su buen ingenio y á los méritos

---

[1] Algunos historiadores le llaman Almutaraf, que significa victorioso, triunfante; y la misma significacion tiene el nombre Almudafar.

y buenos servicios de su padre, le puso en libertad; y con el tiempo le hizo Wazir, y llegó á ser de los mas ricos vecinos de Córdoba. Continuó el Rey su expedicion á tierra de Toledo, y el rebelde Aben Hafsun no se habia descuidado en fomentar por sus parciales las discordias de Andalucía. En tanto que el Rey combatia á los de Toledo, y hacía la guerra en sus comarcas á los de Aben Hafsun, algunos sediciosos quisieron alborotar la ciudad de Córdoba; pero los caudillos que estaban en ella, y la diligencia de Muhamad ben Said ben Muza ben Hodeira, que estaba encargado de la prefectura de la policía, impidieron que el pueblo se mezclase en la conmocion; y presos los autores de ella fueron puestos en palos para castigo y escarmiento. Deseando Abdala extinguir el fuego en su orígen reunió su gente y fué á buscar al rebelde, que con movimientos y estratagemas evitaba el venir á batalla: en las orillas del Tajo en unas llanuras logró alcanzár la caballería de Córdoba á la de Hafsun, y pelearon los Andaluces con tanto valor que vencieron y pusieron en desordenada fuga á los de España oriental, aunque pelearon con mucha constancia. La noche suspendió el alcance, y muchos se ahogaron en el rio por huir de los que los perseguían. Pocos dias pasaban sin trabarse reñidas escaramuzas: no queria el Rey Abdala detenerse en los fuertes que ocupaban los que seguían la rebelion de Aben Hafsun, y así las provisiones y acémilas seguían siempre el campo del Rey. Empeñada una sangrienta pelea quedaron las recuas y acémilas de provisiones en un valle cerca del Tajo, y mientras la caballe-

ria peleaba, unas taifas de caballería del rebelde sorprendieron las tiendas y recuas, y las tomaron, y huyeron con ellas al fuerte de Zurita, en la misma ribera del Tajo. Acabada la pelea las gentes del Rey Abdala se hallaron sin provisiones, y fue forzoso mudar de plan para tener á su disposicion los fuertes. Recobró en pocos dias los de Uclis y Webde, y como el de Puli se obstinase con temeraria resistencia fue entrado por fuerza, y los defensores todos fueron degollados. Entró en otros de la provincia con mucha facilidad; y contento de estas ventajas volvió al cerco de Toledo. Allí estaba la gente mas práctica en el ejercicio de las armas, y mas resuelta á mantenerse en aquella fortaleza.

CAPITULO LXII.

De la continuacion de los bandos y guerra civil.

Pocos dias despues recibió el Rey Abdala avisos de su hijo Abderahman en que le comunicaba que su hermano mayor Muhamad no habia querido entrar en negociacion ni avenencia con él, ni le habia permitido entrar en Sevilla, ni contestar á sus cartas y persuasiones: que incitado de muchos revoltosos que se le habian juntado, recelaba que intentarian hostilidades contra Córdoba: que sus parciales ya tenian conmovida la tierra de Jaen; y así le parecia que dejase encargado el cerco de Toledo á sus caudillos, y se viniese luego á Córdoba: que esto le pa-

recia conveniente, y allí concertarían el plan que deberia seguir para reducir por fuerza á sus hermanos á la obediencia de su padre y señor. Estas cartas dieron mucho cuidado al Rey Abdala, y ordenando lo conveniente para continuar el cerco de Toledo, se vino con mucha diligencia á Córdoba. Entró en la ciudad sin dar parte de su venida, y así no fue recibido ni aclamado del pueblo. Concertó con su hijo Abderahman Almudafar la guerra que debia hacer á su hijo hasta echarle de Sevilla, prenderle y asegurar la tierra, castigando á los rebeldes que la inquietaban é infestaban. En este mismo tiempo llegaron nuevas de la Lusitania, y expedicion contra el Wali de Alisbona, que fue muy venturosa por el valor y prudencia del Wazir Abu Otman Obeidala el Gamri: el cual se apoderó del Wali de Alisbona, y le cortó la cabeza: sosegó las desavenencias de aquellos alcaides: prendió á los de Xilbe, Biséo y Colimria, que habian sido del bando del desgraciado Abdelwahib de Alisbona, y envió sus cabezas á Córdoba.

Ufano el rebelde Hafsun sabiendo las inquietudes de Andalucía, envió á tierra de Jaen á Obeidala ben Umia, que se apellidaba Asalat; este astuto caudillo, unido con Suar ben Hamdûm el Caisi, que tenia siete mil hombres, se apoderaron de las alturas de Somontan, en tierra de Jaen, y lograron entrar en Cazlona, y en otras fortalezas en las Alburêghalas ó Alpujarras; toda esta gente vivia de robos y desolacion: se unieron con ellos los secuaces de Yahye ben Suquela, Amir de Alárabes, y la faccion de los Maulidines, muy poderosa por sus riquezas, tenian

á sueldo Arabes y Cristianos como seis mil hombres. De órden del Rey fué contra ellos Ghaad ben Abdelgafir, Wali de tierra de Jaen, encontráronse ambas huestes y trabaron sangrienta batalla, en que fue vencido Ghaad con pérdida de siete mil hombres, y él cayó en manos de los rebeldes con otros principales caudillos de su hueste, y los llevaron presos á las fortalezas nuevas de Garnata, al poniente de Medina Elbira. Con estas ventajas se estendieron los rebeldes por toda la provincia, y ocuparon Huescar, Jaen, Raya, Archidona y toda tierra de Elbira hasta Calatraba: fue esta desgraciada batalla en fin del año doscientos setenta y seis. Cuando 889
el Rey Abdala supo estos desgraciados sucesos juró no volver á Córdoba hasta deshacer estas taifas de bandidos.

Allegó el Rey la gente de Andalucía y la caballería de su guardia: encargó los peones y ballesteros á Abderahman ben Badr Ahmed, caudillo muy práctico en aquellas sierras de Ronda y Alpujarras. Entró esta hueste por tierra de Jaen, y les salió al encuentro con sus bandidos el caudillo rebelde Suar ben Hamdûm, las gentes del Rey vencieron y pusieron en desordenada fuga á los rebeldes, y en la batalla cayó herido el caudillo Suar, y no pudo librarse entre los suyos, que en el alcance fue conocido y preso: traido á la presencia del Rey Abdala luego mandó cortarle la cabeza, y la envió á Córdoba con la noticia de esta victoria: ocupó el Rey la ciudad de Jaen y la de Loja, y las mandó fortificar: esto en principio del año doscientos setenta y siete. 890
Cuenta Hayan que murieron en esta batalla doce mil

hombres, y que se llamó la batalla de Medina Elbira: murió en ella el Amir ben Suquela.

Said ben Suleiman ben Gudi, que andaba con los de Jezid ben Yahye ben Suquela, Amir de los Arabes bandidos, describió estas batallas: en la de Jaen elogia al caudillo Suar ben Hamdûm el Caisi en estos versos.

Ya de la arrancada el polvo   su hueste de pavor llena,
Todo el cielo se oscurece,   que densa nube se eleva:
Al encuentro de las lanzas   tímidos la espalda muestran,
Se abrevan en sus raudales   que iban de sangre sedientas,
Con lluvia de sangre apagan   la confusa polvareda:
Ellos atónitos huyen,   la tierra les viene estrecha,
Pálidos y sin aliento   luego vienen en cadena.
Pregunta á Suar te dirá   de la encendida pelea,
Si las indicas espadas   cercenaban las cabezas,
Despojando á los turbantes   de bandas y cintas bellas.
A Beni Alhamra pregunta   cuándo su tiempo les llega,
Si chocaron como montes   de altas cumbres descompuestas:
Allí acabó Dios la gente   que dejó nuestras banderas,
Y sobre ella volteó   de la batalla la muela
Con ímpetu arrebatado   que ninguno dellos queda.
A sin razon nos combaten   con viles estratagemas,
Y caballos y peones   sus máquinas desordenan.
De Adnan y Cahtan los hijos   se traban, luchan y estrechan,
Leones los acaudillan,   rabiosos ansian la presa:
Presas de batallas buscan,   gloria sin baldon anhelan.
El mejor Cais los conduce,   su espada sangre destella,
Y entre las huestes camina   á la altura mas excelsa.

El mismo hizo estos versos á la muerte de Suar en la batalla de Elbira.

De Suar se quebró la espada en esa de sierra Elbira,
La espada que á las hermosas de tristes lutos vestía,
La que de mortales ansias daba copas repetidas,
Y de una misma brindaba á gente noble y baldía.
Por solo Suar mil maté, que él solo por mil valía,
Por uno nuestro mil dellos es barata mercancía,
Lícito fue matar mas por igualar la partida.
Nuestras sedientas espadas en sus gargantas bebían,
Y sus fuegos apagaron en el raudal que corría.
Si nuestras valientes lanzas fortuna contraria humilla,
Tambien la columna dellos ó viene al suelo ú vacila.
Consuelo de Abi Sidqui, dos siervos de poca estima,
Sangre dellos no [1] colora como vil sangre vertida:
La nuestra te vengará aunque en la poza caía.

Los rebeldes, despues de la muerte de Suar, nombraron por su caudillo á un Syro, originario de Quinsarina, llamado Said ben Gudi [2]: éste mas valiente y osado que discreto, confiando en el valor de sus

---

[1] Quiere decir que no pide venganza su sangre: por una antigua vana observancia pensaban los Arabes que la sangre del hombre vertida violentamente, y no vengada, aparecia fresca, rociada y como renovada: á esto llaman ellos Tollat, que expresa que la sangre como que se rocía, y renovando su vivo color, pide venganza. La poza, en el último verso, alude al sitio de la batalla, Elbira es poza en arábigo, ignorando el poeta que se llamó así de Iliberi.

[2] Era este caudillo hermano de otro caballero de quien se conservan versos que describen las batallas de Jaen y Elbira

aguerridas gentes, descendió á las vegas y llanuras de los campos de Garnata y de Loja. Las tropas del Rey Abdala aprovecharon aquella ocasion, y con mucha resolucion y confianza acometieron á los bandidos, que fueron desvaratados, y seguidos de la caballería padecieron atroz matanza: el campo quedó lleno de cadáveres, y la victoria de las tropas de Abdala fue completa: el caudillo de los rebeldes cayó en manos de los soldados muy herido, y despues de haber alanceado y muerto á muchos de ellos: lo presentaron al Rey, que lo mandó matar, y antes le quemaron los ojos, y al tercero dia le cortaron la cabeza, que envió el Rey á Córdoba con la nueva de esta batalla. Las reliquias del vencido ejército de los bandidos se juntaron en Elbira, y nombraron por su caudillo á un hombre ilustre y esforzado que se llamaba Muhamad ben Adheha ben Abdelatif el Hamdani, de orígen Persa, Señor de Hisn Alhama, menos temerario que su antecesor, se acogió á las asperezas y fragosidades de aquellas sierras, y evitó con prudencia el encuentro de las tropas del Rey Abdala. Al mismo tiempo el caudillo del Rey Ishac ben Ibrahim el Ocaili, capitan de caballería, tan esforzado como elocuente, y que con su voz y ejemplo solia animar á sus tropas, peleó con varia fortuna contra las gentes de Aben Hafsun, y logró echarlos de algunos fuertes que ocupaban, y se apoderó de la ciudad y fortaleza de Montixon, las reparó de sus ruinas, y las defendió largo tiempo contra las tentativas de los rebeldes; y conservó aquella tierra hasta el tiempo del Rey Anasir Abderahman.

El Wali Abderahman ben Badr aconsejó al Rey

Abdala que volviese á Córdoba para dar calor á la guerra de Toledo, y apaciguar las inquietudes de las comarcas de Sevilla, pues aquellos bandidos y gente perdida no debian detener al Rey ni á sus caballeros. Siguió el Rey este consejo, y dejó allí la gente que pareció bastante para perseguir á los salteadores y malandrines que andaban á monte. El caudillo de los rebeldes Abdala ben Asaliat, viendo esparcidas y mal paradas las taifas de la sierra, se pasó con su gente á Wescar con Aben Hafsun, y permaneció mucho tiempo en servicio de este rebelde. Por otra parte el Príncipe Abderahman Almudafar peleaba con varia suerte contra los rebeldes de Sidonia, Xerez y Astaba. Salió contra él su hermano Muhamad con muy escogida caballería, y andaban en su campo sus hermanos y tios con todas sus gentes. El caudillo Ibrahim ben Hegâg el Lahmi con quinientos caballos guardaba la comarca de Sevilla, y en esta ciudad dió muerte á Coreib ben Otman ben Chaledun, y á un hermano suyo, porque se oponian á la rebelion, y persuadian la obediencia y fidelidad que debian á su Rey Abdala. Asimismo ocupó la ciudad de Carmona sorprendiendo á otro hermano de Coreib. Los parciales de este caudillo rebelde escribian y vituperaban á los caballeros de Córdoba y á todos los leales al Rey, y solo fue loado de ellos Bedr el Wasif, familiar intimo del Rey Abdala, y era tal su mordacidad que no perdonaba ni al mismo Ibrahim, que los protegia y fomentaba, y se valia de sus escritos: eran éstos Abu Omar ben Abdrabihi, y Muhamad ben Yahye el Calfat, hombre de tanto ingenio como malignidad.

CAPITULO LXIII.

De la victoria de Almudafar, y prision de los Príncipes Muhamad y Alcasim.

Luego que el Rey llegó á Córdoba envió su caballería á su hijo Abderahman Almudafar, y con este oportuno refuerzo se dispuso á buscar á los Príncipes rebeldes. Entró en Carmona y en Sevilla, aseguró aquellas ciudades, y siguió la hueste de su hermano. Encontráronse los campeadores de ambas partes, y trabaron una reñida escaramuza: peleaban en ella los mas nobles y esforzados caballeros de Andalucía, los de Xerez, Arcos y Sidonia contra los de Córdoba, Ezija, Carmona y Sevilla: el empeño y valor de los caballeros hizo que la pelea fuese general, y acometiéndose con todas sus gentes la batalla fue muy sangrienta: murieron muchos de ambas partes, y los de Almudafar no quisieron que se desmintiese aquel dia el glorioso nombre de su caudillo: vencieron y derrotaron á los del Príncipe Muhamad á pesar del heróico valor de éste y de sus caballeros y de toda su gente: muchos alcaides murieron peleando: el Príncipe Muhamad despues de haber hecho prodigios de valor se le cayó muerto el caballo, y él mismo tan lleno de heridas que no pudo moverse, y le llevaron á presencia de su hermano Abderahman Almudafar, que le mandó curar y tener á buen recaudo: lo mismo avino al Príncipe Alcasim, hermano del Rey Abdala, que cubierto de heridas fue preso

y presentado á su sobrino Almudafar, que mandó curarle y guardarle con el mayor cuidado. Pasó despues á Sevilla, y calmáron los bandos que habia en ella con el suceso de esta batalla. Envió el Príncipe Abderahman sus cartas al Rey dándole cuenta del éxito de esta cruel batalla, y de la prision de su hermano Muhamad y de su tio Alcasim, que estaban muy heridos. La noticia fue agradable por ver el término de esta guerra civil; pero muy sensible por la desgracia y pérdida de tantos nobles muslimes. El Príncipe Muhamad murió en su prision; algunos dicen que de ponzoña que le hizo dar su hermano Abderahman, y de órden de su padre dicen otros, que no es mas creible; otros cuentan que murió de sus graves heridas y de abatimiento de ánimo, que es lo mas cierto: murió dia diez de Xawal del año doscientos ochenta y dos: tenia entonces este 895
desgraciado Príncipe veinte y ocho años. Dejó un hijo de cuatro años llamado Abderahman, que Dios guardaba para grandes cosas, como despues verémos. En la corte se le llamaba á este niño el hijo de Muhamad el Mactul ó asesinado, porque la opinion maligna del pueblo era que su padre no habia muerto de su muerte natural.

En este mismo año doscientos ochenta y dos por resentimientos y rivalidades se enemistaron el caudillo y Wazir Abdelmelic ben Abdala, y el Wali Omar hijo de Haxem ben Abdelaziz, y salieron al campo en desafio, y Abdelmelic mató á Omar ben Haxem: pocos dias despues Almutaraf hijo del Rey Muhamad, Príncipe de la juventud por sus nobles prendas, mató á dos millas de Sevilla al Wali Ab-

delmelic, y dió el Príncipe el gobierno de Abdelmelic á Ahmed hijo de Haxem ben Abdelaziz, hermano de Omar, cuya muerte vengó. El Rey Abdala dió á Meruân, hijo de Abdelmelic, el cargo de Alcatib, que habia desempeñado su padre muy á su satisfaccion. En Ramazan de este mismo año mataron violentamente en una calle de noche al Príncipe Almutaraf, que tenia veinte y cuatro años, hubo sospechas contra Meruân, por indicios de desafio, y fue preso por ellas, y permaneció encarcelado hasta el año doscientos ochenta y cuatro que murió en sus prisiones.

En el año doscientos ochenta y tres en la luna de Giumada postrera falleció en Córdoba el Wazir Temam ben Amri de los Alcamas, á los noventa y seis años de su edad, fue Wazir del Rey Muhamad y de sus hijos Almondhir y Abdala, escribió en verso la conquista de España, con los hechos de sus Walíes y Reyes, y referencia de sus guerras, desde la entrada de Taric ben Zeyad hasta los últimos años del Rey Abderahman ben Alhakem: habia nacido año ciento y noventa y cuatro.

Said ben Suleiman ben Gudi, de antigua y noble familia de Quinserina, anduvo algun tiempo en el bando de los Maulidines, fue muy buen caballero, y se decia de él que tenia las diez prendas que distinguen á los nobles y generosos, que consisten en bondad, valentía, caballería, gentileza, poesía, bien hablar, fuerza, destreza en la lanza, en la espada y en el tirar del arco. Como en aquel tiempo hubiese desafiado á Calib ben Hafsun, éste no salió al desafio: despues se encontraron en el campo, y Said le aco-

metió, y le hizo perder la silla y cayó de su caballo, y le hubiera muerto Said si no le hubieran librado los suyos. Por esta enemistad se vino á la obediencia y servicio del Rey Abdala, que le dió mando en la Cora de Elbira, y allí le mataron con alevosía algunos de sus compañeros en la luna Dylcada del año doscientos ochenta y cuatro. Se decia que fue la causa de su muerte el haber hecho unos versos ofensivos á los Meruânes, que principian:

O hijos de Meruân, célebres en retiradas!
Si no son vuestros caballos tan sueltos en las batallas,
Pero sus pies en la fuga nunca estuvieron con trabas:
Sois las estrellas brillantes del val de Wadilcasaba;
Dejad los carmenes bellos, los alcázares y casas;
Porque mas les pertenecen á bravos de Beni Alarab.

El Asedi poeta de los Arabes de Elbira hizo estos versos á su sepulcro:

Dó yace el que alimentaba á dos pobres desvalidos;
Y fue su sombra en verano, y en el invierno su abrigo!
Breves céspedes le ocultan, pero céspedes floridos,
Que siempre le cubran rosas, y esté su jazmin sombrío:
Desde que da el campo flores, hoja el bosque y agua el rio,
Ni desde que luce el sol hombres ni Génios han visto
Otro que mas noble fuese que el Said aquí escondido:
O lágrimas de mil ojos, regad la senda de mirtos.

El año doscientos ochenta y cinco fue de gran esterilidad y carestía, y hubo hambre general en España y Africa, que los pobres se comian unos á otros:

se siguió la peste, y fue tanta la mortandad que se enterraban muchos en cada sepultura, que no habia quien las hiciese, y los mismos hombres ya moribundos se iban á los cementerios, y los enterraban sin lavar los cadáveres y sin oraciones.

CAPITULO LXIV.

De la entrada de los rebeldes en Galicia, y batalla de Zamora.

Aquietadas las turbulencias de Andalucía, puso el Rey Abdala nuevos gobernadores en Xerez, Astaba y Sidonía. Queria el Rey dar á su hermano Alcasim el gobierno de Sevilla; pero se opusiéron su hijo Almudafar y otros Walíes, y continuó olvidado y como preso: el gobierno de Jaen se dió á Abdelwahid, caudillo en aquella frontera, contra Aben Hafsun y los rebeldes de los montes. Andaba en el partido de Hafsun un caudillo llamado Ahmed ben Moavia ben Alkithi, apellidado Abulcasim, era de los Maulidines, pariente de la familia real, y en las vanas pretensiones de los Príncipes buscó el favor del rebelde Hafsun; como éste tenia por suya la tierra de Toledo y Talavera quiso dilatar sus fronteras á la parte de Galicia, y correr aquellas comarcas. Estaba el Rey Abdala en paz con el Rey de los Cristianos de Galicia, y en esta seguridad tenian descuidada su frontera. El caudillo Abulcasim entró con mucha gente de apie y de acaballo por Zamora, robando los pueblos así de Cristianos como de Muslimes. Los al-

caides de aquella frontera avisaron al Rey Abdala y tambien al de Galicia, disculpando aquellas algaras que ellos no podian evitar, que no eran suyas ni de los buenos y honrados Muslimes súbditos sumisos de su Señor. El Wali Ahmed ben Alkithi con mucha vanidad y orgullo escribió al Rey de los Cristianos amenazándole qué si no se hacia Muslim ó su vasallo, que venia á echarle de sus tierras, y hacerle morir mala muerte si caia en sus manos. Cuentan que la gente que llevaba este caudillo eran sesenta mil hombres, muchos Berberíes traidos á sueldo, muchos bandidos y gente de Alguf, de Algarbe, de Toledo y sus confines, y de la gente de España oriental. Los Cristianos de Galicia juntaron sus gentes y vinieron contra el caudillo Ahmed, y encontrándose estos grandes ejércitos en cercanías de Zamora trabaron sangrienta pelea, que mantuvieron con gran furor y encarnizamiento cuatro dias; los Arrayaces Berberíes, el último dia, otros dicen que el primero, abandonaron el campo de batalla, que los Muslimes de España oriental y tierra de Toledo pelearon con mucha constancia, y el mismo caudillo Ahmed, que perdió la vida peleando: con su muerte los Muslimes huyeron sin órden, y los Cristianos hicieron en ellos gran matanza. En la fuga murió Abderahman ben Moavia, insigne caudillo de Tortosa. Cortaron los Cristianos muchas cabezas, y las pusieron en las almenas de Zamora y en sus puertas; y esta derrota fue célebre entre los Cristianos y fronterizos con el nombre del dia de Zamora: fue la batalla de Zamora y derrota en ella de los Muslimes rebeldes año doscientos ochenta y ocho.

900 Falleció en Córdoba en fin del año doscientos ochenta y siete el docto Alfaqui de Andalucía Ibrahim ben Nesar: su entierro fue muy concurrido, y continuó la gente en el cementerio gran parte de la noche, y en el dia seteno se leyó en su sepulcro un elogio de su virtud. Hizo el Rey Cadí de la Aljama de Córdoba á Nadhr ben Salema el Kelebi, que habia hecho dimision de este cargo, y queria que se diese á su hermano Muhamed ben Salema, que lo fue despues.

CAPITULO LXV.

De las treguas con el Rey de Galicia, y otros sucesos.

En este tiempo se decia en Córdoba que el Wali de la frontera Ishac el Ocaili, que tenia en su poder el fuerte de Montixon, y lo habia defendido de los rebeldes, haciéndoles mucho daño en sus correrías, que ahora se habia concertado con ellos, y les ayudaba conservando el gobierno de su ciudad y fortalezas: esto en principio del año doscientos ochenta y nueve. Fue general el sentimiento de los pueblos por la derrota de Zamora, y muchos de los muy fervorosos secuaces del Islam predicaban que el pueblo Muslime debia armarse todo para la venganza de la derramada sangre de sus hermanos. El Rey Abdala lejos de ceder á las instancias de los fanáticos que le aconsejaban hacer sus avenencias con Calib ben Hafsun, y declarar la guerra á fuego y sangre contra

Cristianos. Envió al caudillo Obeidala el Gafiri, que estaba en Alisbona á tratar con el Rey de Galicia [1] para conservar su buena inteligencia y mantener sus concertadas treguas. El Wali hizo su embajada y concertó sus treguas como el Rey deseaba, y dispuso el ánimo del Rey de los Cristianos á mantener una recíproca amistad, y hacer la guerra sin cesar á los rebeldes que llegasen á sus fronteras. Estas negociaciones desacreditaban al Rey Abdala con los austéros y muy religiosos Muslimes de las Aljamas de Andalucía, y llegó en algunas ciudades el atrevimiento de los Imâmes y Alchatibes á omitir su nombre en la chotba, ú oracion pública, como si fuese mal Muslim ó descomulgado. En Sevilla fue esto practicado con mayor osadía, favoreciendo estas insolentes opiniones y hablillas el Príncipe Alcasim. Avisado el Rey de esto envió al Wazir Abdelwahib, hombre astuto y de valor, que halló ser verdad cuanto habian comunicado al Rey, que en vez de su nombre se ponia en la oracion pública el de Moctesidbilah Califa de Oriente, y que públicamente decia Alcasim que no se pagasen al Rey Abdala las rentas de Azaque, que era mal Muslim y descreyente, que empleaba los diezmos contra los Muslimes. Avisó al Rey de todo, y le mandó prender al Príncipe Alcasim, y convencido de todo fue muerto en la prision con

---

[1] Lo era en este tiempo Alfonso III el Magno: los Arabes llamaban Reyes de Galicia á los que nosotros de Leon, Asturias y Galicia: á los de Navarra, Sobrarbe y Cataluña llamaban los de los montes y los de Afranc.

una bebida que le prepararon: esto fue año doscientos y noventa: era este Príncipe Alcasim de gran ingenio para la poesía, y se le conocia por el Gurlan.

Desterró el Rey por estas hablillas sediciosas á muchos Alimes célebres, y huyendo de estas persecuciones partió para Oriente el insigne Alfaqui Zacaria ben Alchitab de Tutila, famoso por su loable vida y grandes conocimientos, que honró su patria en las mas apartadas regiones. Los parciales de Hafsun no perdian estas ocasiones de adelantar su partido, y en tanto que sus caudillos mantenian la guerra contra las tropas del Rey Abdala, este rebelde Calib Omar ben Hafsun, que estaba disfrazado en Balay, veinte millas de Córdoba, se
905 atrevió á entrar en ella con mucho secreto el año doscientos noventa y tres; pero fue descubierto por un estraño incidente.

La vigilancia de los Wazires del Rey descubrió que entre los sediciosos que calumniaban al Rey y á sus ministros andaba un noble Xeque que habia sido Cadi de Mérida, á quien el Rey Abdala habia dejado de castigar por su mucha juventud y por su buen ingenio: era este Suleiman ben Albaga de Mequineza: habíanse divulgado unos versos harto ingeniosos y satíricos en que se indicaba manifiestamente al Rey, dándole el apodo de el Himaro con muchas imprecaciones al que le conducia y guiaba, aludiendo á los principales ministros que el Rey tenia. De unos en otros vino á averiguarse que el autor de la sátira era Suleiman, y el Rey le mandó traer á su presencia, y le dijo: por Dios,

amigo Suleiman, que mis beneficios han caido en muy mal terreno, y que no te merecía estos vituperios, ó siquier sean alabanzas, que para mí lo mismo valían siendo tuyas: puesto que ahora debiera yo darte á gustar el rigor de mi justo enojo, pues tan poco te aprovechó el favor de mi benignidad y mansedumbre: si en otro tiempo me pudiste loar como demasiado manso, ahora tendrías ocasion para maldecirme como cruel; pero no ha de ser así, yo quiero que vivas, y que cuando yo te lo mande me repitas tus versos, y para que veas que los estimo en mucho, has de pagar mil doblas por cada uno, y si mas hubieras cargado al Himaro, mas cara y mas preciosa sería la carga. Suleiman se llenó de confusion, y puesta su cara á los pies del Rey le pidió que le perdonase. Hízolo así el Rey: el poeta lleno de agradecimiento, sabiendo que estaba Aben Hafsun oculto en Córdoba descubrió este secreto, y el prefecto de la policía aseguró á Suleiman porque no pudiera avisar á los parciales de Aben Hafsun. Esta prision puso en sospecha á sus parciales, que sabian que Suleiman estaba antes en sus maquinaciones y secretos, y aconsejaron al rebelde su pronta fuga, y á la hora desapareció. Arrestaron los Wazires á varios tenidos por desafectos, y algunos fueron atormentados; pero no se averiguó otra cosa que entender que ciertamente habia estado en Córdoba, y que habia salido en trage de mendígo pidiendo de puerta en puerta.

En este año doscientos noventa y cuatro falleció Ibrahim ben Isá el Moredi de Ezija, de los hom- 906

bres mas sabios de este tiempo, á quien consultaba el Rey Abdala con mucha frecuencia. Tambien murió este año Alhasan ben Sargibil de Badalyos, hombre célebre por su erudicion. En este tiempo sucedió una cosa muy memorable que refieren Homaidi y Ben Pascual, y acredita la estimacion popular que se hacía en Córdoba de la virtud y loable vida del sabio Alfaqui Baqui ben Machlad: cuentan que cierto dia vino una pobre muger á Baqui y le dijo: hace ya mucho tiempo que un hijo mio está cautivo en poder de Cristianos, y por mis cortos bienes no he podido rescatarle, ni hallo quien quiera comprarme una pobre casilla que tengo; y aunque logre venderla, ¿quién me hará las diligencias necesarias para su libertad? así yo ni de dia ni de noche tengo un instante de reposo: el viejo Alfaqui la consoló, y dijo que tuviera mucha confianza en Dios, que todo lo remediaría su divina bondad: rogóle la muger que él se lo pidiera á Dios, y él dijo que así lo haría, que fuese á su casa con buenas esperanzas. Fuése la pobre muger, y el Xeque movió sus labios y pidió al Señor que consolára á la triste viuda. Pocos dias despues vino la muger con su hijo á buscar á Baqui, y le dijo como ya habia venido libre, y contaba el mancebo que él estaba cautivo en poder de unos señores Cristianos, que estaba con otros cautivos Muslimes, que los tenian al cuidado de un hombre que los llevaba cada dia á trabajar al campo, que llevaban sus cadenas con argollas en los pies, que estando en una ranchería de trabajo con el que los guardaba se le cayeron de sus pies las cadenas

al suelo, y ajustando el tiempo, dia y hora de este acaecimiento se halló que habia sido el mismo en que la pobre muger habia acudido al Xeque Baqui, que el que los guardaba fué gritando contra él cuando le vió caidas sus cadenas, diciéndole: ¿por qué rompiste tus cadenas? Que él dijo: no las rompí, que ellas se me cayeron de mis pies, y llevándole delante de su Señor, que allí le tornaron á poner sus hierros, y como hubiese andado algunos pasos volviéronsele á caer las cadenas de sus pies, y que meditaron sobre el caso, y consultaron sus monges, y que le preguntaron: ¿acaso tienes madre? y como respondiese que sí la tenia, entonces dijeron ellos: sin duda Dios oyó sus oraciones, y pues Dios te da libertad, nosotros nó podemos encadenarte ni quitártela, y que entonces lo enviaron á la frontera de los Muslimes. Que Baqui les dijo: todo es obra de la divina voluntad, dad gracias á Dios.

En el año doscientos noventa y cinco falleció 907 en Zaragoza Muhamad ben Suleiman ben Telid de Wesca, Cadi de la Aljama de aquella ciudad, y antes lo habia sido de la de su pátria: fue hombre muy docto y de mucha integridad, muy austéro, que nunca recibió dádiva de ninguno ni asistió á ningun convite ni festin: fue su entierro acompañado de toda la gente de la ciudad: fue puesto en su lugar Ibrahim ben Harûn ben Sohli, Alfaqui muy docto y de loable vida, que apenas vivió un año despues de su eleccion.

Cuando Calib Aben Hafsun llegó á su hueste, que estaba en tierra de Toledo, pasó á correr la

tierra de Calatrahba: en aquellos campos le salió al encuentro el Wazir Abu' Otman Obeidala ben Gamri, y le venció en muchas escaramuzas, y ocupó algunos fuertes de aquella tierra; y en el año doscientos noventa y seis le dió una batalla sangrienta en que acabó toda su caballería, y le causó gran matanza, obligándole á refugiarse en Toledo y en algunas fortalezas sin que osáran salir á batalla campal en mas de tres años. En el de doscientos noventa y siete murió en Córdoba Obeidala ben Yahye el Laithi, hombre de prodigiosa erudicion, habia recorrido las academias de Africa, Egipto, Syria, y de las Iracas, y entre otros muchos escritos dejó dos preciosas historias de Alfaquíes y de Alcadíes célebres. Este año doscientos noventa y siete murió en Córdoba Suleiman ben Harûn el Rayeni de Toledo, conocido por Abu Ayûb, que escribió una historia general. En el año doscientos noventa y ocho el Príncipe Abderahman Almudafar prendió al rebelde Ibrahim ben Alhegág: sus gentes fueron sorprendidas por la vanguardia de Almudafar, y por lograr que el Príncipe no los pasára á filo de espada á todos, le entregaron atado su caudillo, y Almudafar luego mandó descabezarle en pena de su perfidia y atrocidades.

CAPITULO LXVI.

Del retiro del Wali Abu Otman, y otras ocurrencias en Córdoba.

En este mismo año el caudillo Obeidala ben Gamri, que tantas victorias habia conseguido de los rebeldes, supo que el Príncipe Almudafar solicitaba que su padre le retirára del ejército y del gobierno de la provincia de Mérida que tenia: resistió el Rey Abdala esta propuesta en consideracion á los excelentes servicios de Abu Otman Obeidala: insistió el Príncipe diciendo, que bien conocia el mérito del Wali, pero que ya era viejo, y estaba mas para el reposo que para la energía y fatigas de la guerra: pero el Rey le respondió resueltamente que no pensaba retirarle en tanto que el Wali no lo pretendiese. Almudafar sincerando sus intenciones dijo á su padre: sea, Señor, como os place, que yo lo decia con mucho respeto á sus honrados años y venerables canas, que son mas para el consejo que para el campo de batalla. Informado el Wali de esto escribió al Rey pidiéndole que le concediese retirarse de los cuidados del mando, y le pidió licencia para hacer su Alhige ó peregrinacion religiosa: esto lo hizo por no inquietar al Príncipe, que deseaba el gobierno de Mérida y el mando de las tropas que él tenía; pero le quedó muy en el alma la enemistad que concibió contra él. En este tiempo murió peleando en la frontera de España

oriental Niam el Chalaf ben Abi Chasib de Tutila, que era caudillo frontero en aquella tierra, y era tan esforzado como ingenioso poeta.

Cuando el Wazir Abu Otman Obeidala ben el Gamri se retiró á Córdoba, el Rey Abdala le hizo capitan de su guardia de Eslavos, que era gente extrangera oriental muy estimada, de mucha gentileza y valentía, y de mucha fidelidad: està guardia era interior en el alcazar, y usaban de espada de dos manos, escudo y maza de armas. El Príncipe Abderahman Almudafar fué á mandar las tropas que hacian la guerra al rebelde Aben Hafsun, y desde luego principió á perseguir á los insurgentes de la provincia con tan ardiente empeño que no osaban parecer en campo contra él: cuantos venian á sus manos de los rebeldes eran luego alanzeados ó descabezados, y en la disciplina militar era en extremo duro y rigoroso, de suerte que de los enemigos y de los suyos era temido. En Córdoba el Wali Obeidala ben Gamri se declaró como protector del jóven Abderahman, hijo del Príncipe Muhamad el Maetql, y procuraba ganar el corazon del Rey y la aficion de los Xeques, Walíes, Wazires y otros principales á favor de este mancebo: su gentileza y amables prendas eran las delicias de Córdoba, solo el Rey Abdala no se manifestaba á las claras por no dar inquietud á su hijo Almudafar; pero oía con mucha complacencia las alabanzas de su nieto.

Suleiman ben Wenasos el Berberi era capitan de los Africanos de la guardia del Rey, y era Wazir y del Consejo de Estado, harto célebre por su

erudicion y prudencia y por su carácter severo y libre: refiere Aly ben Ahmed que este Wazir entró un dia á la presencia del Rey Abdala ben Muhamad con una luenga y espesa barba [1] que él tenia, cuando le vió el Rey que estaba de buen humor, le dijo unos versos satíricos vituperando y ridiculizando el uso de tan desmesurada barba, y luego le dijo: sentáos Barbarillo, y se sentó, y sin poder disimular su enojo por aquellos versos dijo al Rey: si los hombres no fuéramos tan fátuos, ni viniéramos á estos alcázares con nuestras necedades, de cuántos disgustos y humillaciones nos escusaríamos! pero la fatuidad y locura nos engaña, y no acabamos de saciarnos de desengaños, ni acabarémos hasta que nos pongan en franquía nuestros estrechos sepulcros: allí reposará nuestra vanidad y nuestras máquinas aereas: y diciendo esto puso su mano en tierra, y se levantó, y sin mas salutacion ni cortesía se fué á su casa. Disgustó al Rey esta salida rústica, y como pasaron algunos dias sin que Aben Wenasos pareciese, le depuso de su capitanía, y la encargó á otro. No pasaron muchos dias cuando se acordó el Rey Abdala del buen juicio y prudente consejo del Wazir Aben Wenasos, y manifestó á sus Wazires que deseaba verle; pero dudaba como decírselo: uno de los Wazires, llamado Muhamad ben el Walid ben Ga-

[1] La barba entre los Arabes era signo de autoridad y de libertad, solo á la juventud en sus floridos años se disimulaba el no llevarla, y aun ahora á los esclavos no se permite el tenerla crecida; pero un Muslime ya casado y con hijos no puede honradamente presentarse sin sus barbas.

nim, dijo al Rey que si le daba licencia, que él iría, y esperaba que viniese: dióle el Rey licencia, y pasó Ben Ganim á casa de Wenasos, llamó, y se anunció que era un Wazir del Rey; porque era costumbre del gobierno de los Omeyas de España que un Wazir no entraba sino en casa de Wazir de su misma clase: tardó en responder como despreciando su visita, ya dió licencia, y fue conducido á su estanza, y permaneció sentado en su almohadon sin levantarse ni ofrecerle su estrado: Ben Ganim le dijo: ¿qué es esto? ¿no sabes que soy Wazir del Rey como tú? ¿por qué no te levantas y me ofreces tu estrado con el honor debido? y le respondió Wenabosl eso era en tiempo pasado, cuando yo era fátuo siervo como tú; pero ya soy horro, como ves: Ben Ganim no pudo persuadirle que dejára su estravagante retiro, y lo dijo al Rey, que manifestó que sentia que tan honrada barba como aquella hubiese perdido su consejo.

En este tiempo Muhamad ben Adha el Hamdani, caudillo de los rebeldes de sierra Elbira, como desde el principio del levantamiento se hubiese desavenido de con los otros caudillos rebeldes de las Alpujarras, anduvo mucho tiempo errante y sin lugar seguro: por último se estableció en Hisn Novales, que los pueblos mismos le llamaron para que los defendiese de los robos y vejaciones que les causaban los bandidos. Este prudente caudillo logró reunir mas de cien poblaciones por la mayor parte fuertes por su situacion, y persuadió á la gente principal de estos pueblos que se pusiesen en obediencia del Rey, y le enviaron á pedir perdon

y seguridad: se presentó en Córdoba, y fue muy bien recibido del Rey; pero no faltaron impedimentos maliciosos para que no se acabára su pretension tan pronto como él deseaba: despues hubo tales incidentes, que el Rey no tuvo tiempo para dar á sus pueblos el perdon y seguro que pedian: siguieron despues las calamidades de la rebelion, y fue necesario rendir por fuerza de armas á los que ahora se ofrecían de su propia voluntad. Hubo tambien competencia entre dos Wazires del Consejo del Rey, Muza ben Hodeira, y Isá ben Ahmed ben Abi Obda, que cada uno de ellos pretendia que su asiento en el Consejo fuese superior al del otro: el Rey les dijo que todos los asientos en el Consejo eran iguales, que solo era precedente y distinguido el suyo, y que ya su padre Amir Muhamad habia declarado que en caso de precedencias los de Syria precediesen á los Arabes Veledíes.

CAPITULO LXVII.

De la educacion del Príncipe Abderahman, y muerte del Rey su abuelo.

Habíase puesto mucho cuidado en la crianza de Abderahman desde que se le destetó, que fue al tiempo de la desgraciada muerte del Príncipe Muhamad, su padre: de órden de su abuelo el Rey Abdala se le pusieron los mas famosos maestros, que le enseñaron luego que empezó su niñez en las

mejores enseñanzas: leyéronle Alcoran, y aprendió de memoria sus doctrinas, y cuando tuvo ocho años le enseñaron la sunna y ciencia de Hadices, ó historias tradicionales, la gramática, poesía, y proverbios árabes, vidas de príncipes, ciencia de gobierno y otros conocimientos humanos: luego aprendió á bien cavalgar y manejar con gentileza un caballo, flechar y lanzar, usar de todas armas y estratagemas de guerra, y en esto se ejercitaba desde sus once años. Cuando Abderahman jugaba con otros mancebillos de su edad, le miraba el Rey su abuelo tan embebecido, que se olvidaba de todo, y en una de estas ocasiones, como distraido no viese que ya sobrevenía á mas andar la noche, se lo avisó su Wazir y capitan de guardias Abu Otman Obeidala ben Gamri, y dijo estos versos celebrando á su nieto y escusando su distraccion:

De qué sirves, alcohol, en ojos de mi corzillo?
Inútil como las marcas, siendo mas que todos lindo:
¡Como si no fuesen rosas entremezcladas con lirios
Sus mejillas, y su talle cual tierno ramo de myrto!
Cuando la mirada vuelve, de sus ojos al hechizo
Ni del dia ni la noche la diferencia percibo [1].

911 En el año doscientos noventa y nueve fue el eclipse grande del sol, que se oscureció todo: fue miércoles, á veinte y nueve de la luna de Xawal,

[1] Quiere decir que el resplandor de sus ojos suplia la luz del sol: le llama corzillo, expresion cariñosa usada en las costumbres y poesía oriental.

despues de la oracion de Alazar, que muchos se adelantaron á venir á las mezquitas para la oracion de Almagrib ó puesta del sol, porque oscureció y se veían las estrellas: luego principió á clarear como un tercio de media hora, se puso el sol y concurrió la gente á la oracion. En este mes falleció en Córdoba el sabio Gebir ben Gaith de Libla, que fue maestro de los hijos de Haxem ben Abdelaziz, y era famoso por su insigne erudicion. En este mismo año doscientos noventa y nueve al principio de la luna de Säfar falleció la Sultana Athara, madre del Rey Abdala, á la que el Rey amó, honró y respetó toda su vida, y lloró con amargas lágrimas en su muerte. Mandó labrar un magnífico sepulcro para enterrarla en el alcázar de la Rusafa, y se celebró su entierro con gran pompa: triste desde entonces no pensaba sino en su muerte, y mandó hacer otro sepulcro cerca del de su madre para que en él le diesen sepultura. En este tiempo de su tristeza y profunda melancolía hizo aquellos versos suyos ascéticos llenos de vivísimas imágenes, que principian:

El estrépito no escuchas? rápido bate las alas
El plazo fatal que llega burlando tus esperanzas:
No ves que á su fin camina el mundo con presta marcha,
Y que nada permanece, y en él no es estable nada?
Él da prisa sin avisos, ningunas insignias alza,
A todos á su fin lleva, y en sus caminos no para.

De su contínua tristeza y gran melancolía adoleció gravemente, perdió el dormir y la apetencia,

y en pocos dias de calentura conoció que se llegaba su muerte: congregó á sus Wazires y Walíes, y declaró por futuro sucesor del imperio á su nieto Abderahman, hijo de su hijo mayor Muhamad, encargando en esta declaracion á su hijo Almudafar que protegiese y amparase al jóven Abderahman como si fuera su hijo propio. Un año y un mes despues de la muerte de su madre en la accesion de una calentura falleció á principio de la luna de Rebie primera del año trescientos de la Hegira, á los veinte y cinco años de su reynado, y setenta y dos de su edad: dejó once hijos, fue un Rey bueno, animoso en medio de las alteraciones y discordias de todas las provincias de España, fue excelente caudillo de sus tropas en la guerra, político y observador de sus pactos, y por esto fue censurado de los fanáticos como mal Muslim porque no hizo contínua guerra á los Cristianos.

CAPITULO LXVIII.

De Abderahman Anasir Ledinala.

Acabada la pompa funeral del Rey Abdala, en el mismo dia quinto de la luna de Rebie primera del año trescientos de la Hegira fue aclamado con general alegría Abderahman, hijo del Príncipe Muhamad, y nieto del difunto Rey Abdala: apellidábase Abulmotaraf: la madre que le parió se llamaba María, hija de padres Cristianos: estaba Abderahman en la flor de su edad, apenas tenia veinte y dos años, era de mucha gentileza y de hermosura y gravedad dig-

na de Príncipe, de color blanco y sonrosado, de ojos azules, y de muy agradable mirar; pero todavía era mas la bondad de su corazon y virtuoso ánimo. Era de buen ingenio, de mucha erudicion, y prudente mas que prometian sus pocos años, afable y de graciosa conversacion. Estas prendas eran muy conocidas de todos, y así fue general el contento de los pueblos en su jura y aclamacion. El Príncipe Abderahman Almudafar su tio le amaba como si fuera su hijo, y fue el primero que le juró obediencia, y este juramento fue recibido de Abderahman con tan manifiestas demostraciones de amor y respetuoso decoro, que se rasaron de lágrimas los ojos de los circunstantes. El mismo dia de su jura restituyó al Cadi Muhamad ben Said ben Muza ben Hodeira el cargo judicial que habia servido con mucha integridad. En todas las mezquitas principales se hizo la chotba ú oracion pública por el nuevo Rey. Por amor y respeto á su abuelo se llamó tambien Abdala, y sus pueblos por el mucho amor que le tenian, y esperanzas que habian concebido de su bondad le llamaron Anasir Ledinala, defensor de la ley de Dios, Amir Almumenin, Príncipe de los fieles, y otros títulos que andaban discurriendo para honrarle y engrandecerle. Desde luego se dedicó á procurar la reduccion de los rebeldes, y allanamiento de los pueblos que estaban fuera de su obediencia. Con su afabilidad logró deshacer enemistades y desavenencias antiguas, redimió quejas y venganzas de sangre entre algunas antiguas familias, y con su dulzura y prudencia ganó los corazones de muchos ofendidos.

Mandó el Rey Abderahman Anasir allegar las gen-

tes de pelea para perseguir á los rebeldes, y se juntaron tantas, que fue necesario indicar el número de los que debian seguir cada bandera, para que no dejasen todos sus labranzas y el cuidado de sus familias. Entró en tierra de Toledo con cuarenta mil hombres con ciento y veinte y ocho banderas. Ocupó esta hueste las fortalezas que tenian en su poder los rebeldes: Hafsun temió el encuentro de este ejército, y se retiró á España oriental, á fin de levantar mas gente y venir con ella á oponerse al nuevo Rey, dejando entretanto en Toledo á su hijo Giafar con harta gente para defender aquella ciudad, y bien abastecida para mantener un largo cerco. De toda la provincia sola esta fuerte ciudad no se vino á la obediencia del Rey: todos los pueblos acudieron á porfia á ponerse bajo su fe y amparo. No pareció conveniente detenerse en el cerco de Toledo, sino dirigir estas fuerzas á la parte de España oriental; y en las primeras marchas hubo avisos de la venida de Hafsun con poderoso ejército. Esta nueva causó alegría á todos los esforzados caudillos y valientes tropas de Abderahman. Su tio Almudafar ordenó sus hazes, tomó á su cargo el órden de batalla, y quiso acaudillar la delantera: dió al Rey el centro y principal cuerpo de batalla: su derecha al Wali Abderahman ben Badr, y su izquierda al Wali Gehwar ben Abdala el Hezami, y la zaga y gente de reserva al respetable anciano Obeidala ben Gamri. Los de Hafsun superaban en número, pero eran inferiores en armas y caballería, sus caudillos los hombres mas aguerridos y valientes de España oriental y de las sierras de Tadmir y de Elbira.

Encontráronse estas enemigas huestes en una espaciosa llanura, la mas acomodada para los horrores de una batalla. Los campeadores de una y otra hueste trabaron algunas ligeras escaramuzas, y retrayéndose á los cuerpos de batalla, como de un acuerdo se acometieron ambos ejércitos con espantoso alarido y estruendo de anafires y trompetas: estuvo mucho tiempo incierta la suerte de la pelea; pero la fuerza de la caballería de Abderahman atropelló y puso en desórden á la gente de Hafsun, á pesar del valor y constancia de sus caudillos, y á la caida del sol abandonaron el campo á los vencedores, dejándole cubierto de muertos y heridos. Huyeron aquella noche las reliquias del vencido ejército, dejando siete mil tendidos en aquel horroroso campo: tambien murieron muchos de la hueste del Rey, que los enemigos eran valientes y sabian bien el menester de las armas, se contaron perdidos mas de tres mil. Se retiró Hafsun á Hisn Conca y á otros fuertes de aquella tierra. Llenó de horror al Rey Abderahman el campo de batalla. Viendo desperdiciada tanta sangre de Muslimes, como si no tuviera el Islam enemigos en España, y no hubiese todavía en sus fronteras sangre no vengada. Mandó curar con igual cuidado los heridos de ambas huestes.

Despues de esta victoria el Rey Abderahman acompañado de los caudillos de Andalucía y de su guardia vino á Córdoba, y su tio Almudafar continuó haciendo la guerra al rebelde Hafsun: se allanó en esta expedicion toda tierra de Toledo, desde las vertientes de Azarrat al mediodia hasta tierra de Tadmir, y el rebelde Hafsun no se atrevió á salir de

914 los fuertes mas enriscados. En el año de trescientos y dos mandó el Rey Abderahman Anasir mudar el cuño de la moneda de oro y de plata: sus antecesores habian conservado el mismo tipo y forma de la moneda de los Califas de Damasco, y solo se diferenciaba la de España de la de Oriente en el lugar y época en que se labraba, así en los dinares ó monedas de oro, como en los dirhames ó monedas de plata, y en los feluces ó monedas menudas de cobre, y ordenó que se pusiese por un lado su nombre y títulos, y por otro la confesion de la unidad de Dios y la mision profética, y en la orla de un lado el lugar y año en que fuese labrada. Asimismo hizo poner en sus títulos en ella el de Imám ó Príncipe de la religion, como hacian los Califas de Oriente. En este año trescientos y dos falleció en Sevilla su patria el docto Ibrahim ben Ahmed ben Maad, hombre muy respetado en aquella ciudad: fue sobrino del célebre Saad ben Maad, y discípulo suyo en toda especie de erudicion. Asimismo murió este año en Zaragoza Casim ben Thabita ben Hazami el Adfi, habia viajado en Africa, Egipto y Syria, y habia tratado, estudiando en las célebres escuelas de todas partes, con los mas famosos sábios de aquella edad; vuelto á su patria le propusieron varias veces para el cargo de Çadi de la Aljama de Zaragoza, y lo rehusó, y nunca quiso aceptarlo: llevaba esto á mal su padre, que era de los principales de la ciudad, y por último le apuró tanto, que el hijo le pidió tres dias para resolverse á obedecerle en esto, y en el último de los tres dias murió, que no le queria Dios por aquel camino: mereció siempre la estimacion de cuantos le

conocieron y trataron: habia nacido en veinte de Dylhagia año doscientos cuarenta y siete.

CAPITULO LXIX.

De la expedicion del Rey Abderahman Anasir al mediodia de España.

En tanto que Almudafar seguia la guerra contra el rebelde Hafsun en la frontera oriental, el Rey Anasir quiso visitar las comarcas de la parte del mediodia de España, y sujetar á los Alarabes de sierra Elbira y Somontan, que no daban un momento de reposo á los pueblos de aquella tierra. Entró en ella el Rey con la gente de Górdoba y parte de su guardia, y con su presencia sola hacía tantas conquistas como por la fuerza de sus armas. Se pusieron en su obediencia muchos pueblos, que al mismo tiempo que voluntarios se ofrecian á la merced del Rey, le pedian armas y juraban emplearlas en defender su tierra contra rebeldes y bandidos, y mantenerla siempre en su servicio: el Rey los recibia bien á todos, y quedaban tan adictos á su Señor, que los mas esforzados seguían el campo del Rey, y querian ser los primeros en todos los trabajos y peligros de la guerra. Los principales secuaces de Hafsun que andaban en estas comarcas, se vinieron á someter al Rey Anasir, y con su natural bondad á todos los recibia y destinaba conforme á sus circunstancias, olvidando su rebeldía y los males que habia producido, deseando la paz de los pueblos para reparar con ella las ca-

lamidades y estragos de la guerra civil y de la discordia de las tribus. Entre los principales se vino á la merced del Rey en este tiempo el Wali Ahmed ben Muhamad ben Adha el Hamdani, caudillo de los rebeldes de sierra Elbira: recibióle bien Abderahman, y le dió la alcaidía de Alhama, sitio muy fuerte de aquella comarca: asimismo se presentó á la obediencia del Rey Anasir un noble Xeque llamado Obeidala ben Omeya, que estaba apoderado de Cazlona, y seguía las banderas de Hafsun, y mandaba las gentes de Huescar: el Rey atendiendo á su nobleza y valor le hizo Wali de Jaen. Despues de haber visitado todas las comarcas de Elbira sin hallar en ninguna parte resistencia, habiéndose pacificado los caudillos mas poderosos de los rebeldes, con mas de doscientos pueblos fuertes, se volvió el Rey á Córdoba, despidiendo muy contentos á los xeques y alcaides que le habian acompañado: su entrada en Córdoba fue un dia grande de fiesta y general alegría. En este año de trescientos y tres falleció en Toledo el Cadi de la Aljama de aquella ciudad Ishac ben Dhezame, hombre de mucha integridad y de loable vida, y poco despues murió en la misma ciudad con sentimiento de todos sus vecinos el noble Xeque Ismail ben Omeya, insigne por su grande liberalidad, y acompañó su féretro todo el pueblo. El Mahedi que se habia levantado en Africa, principió este año á edificar una ciudad que de su nombre se llamó Almahedia, pues pasando por la costa de Africa vió un sitio como península unida al continente con un estrecho istmo, como la mano está unida al brazo, y ordenó que allí se edificase la ciudad con fuertes y torreados mu-

ros, y puertas muy grandes de bronce, que cada puerta pesaba cien quintales, y puso allí su corte el Mahedi, y principió la obra dia sábado veinte y cinco de Dylcada de este año trescientos y tres: cuando la vió acabada dijo: ya puedo vivir seguro en Africa.

CAPITULO LXX.

De las disposiciones del Rey para guardar las costas de España.

En el año trescientos y cinco estando el Rey Abderahman Anasir en sus palacios de Córdoba ocupado en repararlos con obras de magnificencia y comodidad fue avisado de los Walíes de las costas del Mediterráneo, que los Africanos y aun los Alárabes de Sanhaga y Masamuda se habian dado á infestar con piraterías las costas de España y las de sus islas, que los Príncipes levantados en Barca y Africa habian juntado naves, y no solamente saltaban en Sicilia, sino que osaban aportar é internarse en Calauria, de donde sacaban muchas presas y cautivos, y luego ordenó el Rey que partiese el Wali Ocaili con una buena flota á recorrer y guardar las costas de España. Envió tambien á Mayorica al caudillo Giafar ben Otman Mustafá Abulhasan ben Casila, Sevillano muy práctico en aquellos mares: y ordenó que en todas las Atarazanas de España se construyesen sin cesar barcos grandes para oponerse á los Africanos. Encargó el Rey la recaudacion general de sus rentas de 917

Azaque al Toledano Wahib ben Muhamad, hombre muy instruido en la administracion y economía de las rentas públicas; y como auxiliares suyos nombró á los Alcatibes Muza ben Chair, y Aben Badr. En la luna de Xawal de este año trescientos y cinco hubo en la plaza de Córdoba un espantoso y rápido incendio que abrasó todo el zoco; por fortuna no perecieron los vecinos por haber comenzado muy al principio de la noche; pero se perdieron muchas riquezas del vecindario: duró el fuego muchos dias. Luego mandó el Rey construir aquella plaza con mas solidéz y hermosura, y destinó á los gastos de esta obra el producto de las rentas de toda la provincia. En el mismo año se quemaron los arrabales de Mekinesa en el Guf de España, y así fue llamado el año de los fuegos, pues en él se quemó tambien la plaza de Fez y la de Tahart, capital de Zeneta.

En este tiempo era uno de los cuatro Cadíes del consejo del Cadi mayor de Córdoba Sohaib ben Munia, Andaluz; era bebedor de vino, y de la secta de los de la Iraca, y en su sello tenia grabadas estas letras: Ye Alimê cul gaib, cun wufê bi Sohaib, ó sabedor de todo lo oculto, sé propicio á Sohaib: y como un dia hubiese bebido en casa del Hagib Muzâ ben Hodeira, le tomaron el sello, y borrados unos ápices de la inscripcion quedó alterada y decia: ye Alimê cul abib, cun wufê bi Sohaib, ó sabedor de los dados al vino, sé propicio á Sohaib: el Cadi no advirtió nada, y sellaba como antes, hasta que llegando á manos del Rey unos escritos con este sello, lo notó y le dijo: Sohaib, tú bebes vino, y tu mismo sello lo manifiesta: perdió el Cadi su color natu-

ral, y se maravilló de ver en su sello la confesion de su culpa, y dijo al Rey: Señor, no sé como es esto: pero espero que Dios me perdone mi falta, y que tú tambien me perdonarás; y el Rey celebró la ingeniosa burla.

En tanto que el Rey se ocupaba en Córdoba en la provision de estas cosas recibió cartas de su tio Almudafar, que le comunicaba sus ventajas contra los rebeldes, que por todas partes se refugiaban á los montes, y apenas osaban entrar en poblado, que era compasion el verlos perecer en las fragosidades de las sierras, que seria conveniente para acabarlos de reducir, y que los pueblos lograsen vivir en reposo y seguridad, juntar las gentes de guerra de tierra de Tadmir, y seguirlos con empeño sin consideraciones de blandura y humanidad [1] mal entendida.

CAPITULO LXXI.

De la visita del Rey Abderahman á sus ciudades de Murcia, Valencia y Zaragoza.

El Rey bien persuadido de las razones y política de su tio escribió á los alcaides de las comarcas de tier-

[1] Esto es con relacion á las máximas y costumbres militares que llamaban de Aly, el primo de Mahomad, que prohibian en guerra entre Muslimes seguir el alcance mas allá de una Cora ó comarca, matar á los fugitivos fuera del campo de batalla, y cercar con rigor las poblaciones mas de unos pocos dias.

ra de Tadmir y de Valencia, que venida la estacion de la primavera tuviesen prevenida y á punto la caballería y gente de guerra para visitar la provincia, y allanar aquellos pueblos que permanecian entregados á los rebeldes. Luego partió el Rey Anasir con la caballería de Andalucía, y entró en tierra de Tadmir, y en la ciudad de Murcia, la de Auriola, Lorca y Kenteda fue recibido con aclamaciones del pueblo, y de todas estas ciudades salian los principales y solicitaban que el Rey les concediese seguir su hueste. Visitó las ciudades de la costa Elche, Denia, Xativa, y en Valencia se detuvo algunos dias: pasó por Murbiter, Nules y Tortosa, y en todas partes fue recibido con grandes alegrías. Siguió por el Ebro hasta Alcanit, que en esta ciudad se detuvo para recibir la obediencia y sumision de muchos pueblos que allí llegaron. Partió de allí con poderosa hueste, y se puso delante de Zaragoza. En esta ciudad habia muchos partidarios de Calib Aben Hafsun; pero el pueblo y la mejor parte de los vecinos se declararon con públicas demostraciones por su Rey Abderahman Anasir: la juventud abrió las puertas, y salieron á ofrecerse y ofrecer su ciudad á la obediencia del Rey que los recibió con mucha bondad. Luego á las puertas se presentaron los principales Xeques y ciudadanos, y le entregaron con mucha sumision las llaves de la ciudad, y el Rey holgó mucho de esto, y perdonó á todos los parciales de Hafsun que estuviesen en la ciudad, ó se presentasen y viniesen á su merced en cierto término, no siendo él ó sus hijos, de los cuales queria un especial rendimiento y seguridades. Entró el Rey al siguiente dia en Zaragoza con la flor

de su caballería, y fue un dia de gran fiesta en aquella ciudad: se hospedó en el alcázar, y se detuvo en ella algunos dias, porque su situacion y amenos campos le contentaron mucho. Estando todavía el Rey en esta ciudad le envió Aben Hafsun dos alcaides con ciertas avenencias y tratos de paz. El Rey los recibió sin aparato ni ostentacion en el campo á orillas del Ebro, y el alcaide de Medina Fraga, que era el mas anciano, propuso muy comedidamente que Amir Hafsun deseaba estar en paz con el Rey Abderahman: que sentia como buen Muslim la sangre que se derramaba en desavenencias civiles, y así que le rogaba le concediese la posesion tranquila de la España oriental para sí y para sus sucesores: que con este título que él les diese, él se encargaba de la defensa de aquellas fronteras, y ofrecia ayudarle con sus gentes cuando hubiese necesidad de ellos, y que desde luego entregarian la ciudad de Toledo y Huescar y todos los fuertes que estuviesen en su poder. El Rey Abderahman le respondió: que por un exceso de paciencia sufria que un caudillo rebelde y fomentador de bandidos llegase á proponer á su Rey y Señor conciertos de paz, y proceder con términos de Príncipe: que por enviados no los mandaba clavar en palos: que fuesen á su caudillo y le dijesen que si dentro de un mes no venia á su obediencia, que despues de este plazo no pensaba admitirle en ningun tiempo ni con ninguna condicion: con esto despidió á los alcaides. Dispuestas las cosas convenientes al gobierno de Zaragoza el Príncipe Almudafar quedó en aquella ciudad para continuar la guerra en la frontera, y el Rey se vino á

Córdoba, visitando de paso gran parte de lo interior de España.

Hafsun, oida la respuesta del Rey, confiando todavía en la constancia de sus secuaces y en sus alianzas con los Cristianos de Afranc y de los montes, visitó sus ciudades: animó á sus hijos, que temian que su fortuna los abandonaba: envió algunos esforzados bandidos á tierra de Toledo para mantener las esperanzas de sus parciales en aquella ciudad y en su comarca.

CAPITULO LXXII.

De las expediciones á Sierra Elbira.

Cuando el Rey Abderahman Anasir llegó á Córdoba salió á recibirle toda la gente de la ciudad, y entró en ella en medio de las festivas aclamaciones de un inmenso pueblo. Poco tiempo despues de la venida del Rey á Córdoba llegaron avisos de los movimientos de los bandidos y rebeldes de Sierra Elbira. Obedecian en aquella comarca mas de cien pueblos á Muhamad ben Adha el Hamdani, conocido entre ellos por Asomor, descendiente de gente antigua y valerosa. Al principio de la rebelion de los Arabes y Maulidines en aquellos montes anduvo entre los caudillos de aquellos encarnizados bandos, y por su prudencia y humanidad se distinguía entre todos, y los pueblos hallaban en él amparo y defensa contra las violencias y robos de aquellos ánimos feroces. En el último tiempo del Rey Abdala per-

suadió este Wali á los pueblos de Sierra Elbira que se viniesen á la obediencia del Rey, y ellos sin repugnancia entonces con la fresca memoria de los males pasados tuviéronlo por bien, y encomendaron el negocio de su allanamiento á este caudillo; pero por sus tristes hados, y desventura de aquella tierra, el Rey Abdala no tuvo lugar de recibirlos. Asomor se volvió á la Sierra, y mantuvo en aquellos pueblos una sombra de autoridad y de soberanía, gobernándolos muy bien. Acostumbrados á la independencia y exencion de aquel gobierno débil de su Amir, que no exigia de ellos muchas cosas ni dificiles, estaban bien hallados, y no buscáron la sumision al nuevo Rey. El Wali Asomor se habia venido á la merced del Rey, que le recibió bien, y le habia dado la alcaidía de Alhama. Como hubiese entrado de órden de Wahib ben Muhamad, recaudador de las rentas del Azaque, un Wazir con una banda de soldados para recoger las de aquella provincia, no conociendo bien la disposicion y ánimo de los naturales, ya mal acostumbrados á la servidumbre, los trató con demasiado rigor, y sus soldados con desusada licencia intentaban entrar en sus casas para obligarlos á pagar sus rentas, tratándolos de rebeldes y fugitivos. Los pueblos, olvidados de la fidelidad debida al Rey, y llevados de su saña y deseo de venganza, acometieron á estas tropas, y mataron la mayor parte de ellas. Luego se pusieron todos en armas, y acudieron al Wali Ahmed ben Muhamad el Hamdani, y le obligaron, á pesar de su repugnancia, á que los acaudillase y defendiese, que ellos no tenian otro defensor: luego hizo fortificar

las ciudades de Baza y Bogiana, Albuchera, Tagela, y otras fortalezas con grandes esperanzas de mantenerse por la aspereza de la tierra. Ofendió mucho al Rey Abderahman Anasir la desobediencia de estos pueblos, y mas todavía la perfidia de Asomor. Para castigarle, y reprimir aquellos movimientos, y defender los otros pueblos de la comarca, que los rebeldes robaban y oprimian, se puso luego en marcha con la caballería de Córdoba y gente de Ezija, Bolcuna y Algafdat; y fue tanta la diligencia de estos caudillos que no dieron tiempo á los rebeldes sino para encaramarse en aquellas guajaras y fragosidades inaccesibles. Las fortalezas mas importantes fueron ocupadas por las gentes del Rey, como Baza y Bogiana, y no pareciendo por ninguna parte los rebeldes entró el Rey en Jaen el dia jueves ca-
918 torce de la luna de Xaban del año trescientos y seis. En esta ocasion se presentó al Rey en aquella ciudad el poeta célebre Aglab ben Xoaibi, natural de allí: su ingenio y sus elegantes poesías agradaron tanto al Rey Abderahman Anasir, que le llevó consigo á Córdoba, y le hizo familiar suyo, y le llamaba su poeta. Cansado el Rey de andar á caza de malandrines en las sierras, no pareciéndole decorosa aquella guerra contra bandidos, habiendo descansado algunos dias en Jaen, encargando aquella reduccion al Wali de Jaen Labi ben Obeidala, se vino á Córdoba.

Cuando el Rey Abderahman llegó á su alcazar de vuelta de su visita de las Alpujarras recibió avisos de su tio Almudafar, en que le comunicaba las ventajas que habia conseguido de los rebeldes en la frontera,

y la muerte del caudillo de ellos Omar ben Hafsun, que habia fallecido en tierra de Wesca, y que habia dejado dos hijos Suleiman y Giafar, herederos de su valor y obstinada rebeldía. Abderahman dió gracias á Dios porque disminuía el número de los enemigos de la paz entre los Muslimes: fue la muerte de éste en fin del año trescientos y seis. Mandó el Rey construir varias mezquitas así en Córdoba como en otras ciudades de España; y en las de Córdoba y Sevilla hizo poner fuentes con hermosas pilas de mármol, y reparar el gran puente de Guadalquivir; y encargó la inspeccion de estas obras, y las de los Reales Alcázares, á su Wazir Nasar Abu Otman, á quien el Rey estimaba y distinguía entre los de su Consejo por su nobleza y mucha erudicion.

En el año trescientos y siete hubo peste y gran 918
mortandad en España y en Almagrêb, tanto que los hombres se cansaban de enterrar sus muertos: en España y en Africa se hicieron rogativas y penitencias públicas, y no salian los hombres de las mezquitas para implorar la divina misericordia. En Almagrêb y en parte de Andalucía un fuerte huracan arrancó muchos árboles grandes y muchas casas. Murió este año en Córdoba Ismail ben Boxair, prefecto de oracion de la Aljama, y fue enterrado con mucho acompañamiento en la Macbora ó Cementerio de los Arrayanes, en el arrabal. Y en este tiempo hizo el Rey Cadi de Sidonia á Chalaf ben Hamid el Caneni, ó de Canena, hombre de mucha celebridad por su virtud y sabiduría. Entretanto los rebeldes de Sierra Elbira, acaudillados de Asomor, sabida la partida del Rey se atrevieron á dejar sus enriscadas for-

talezas, y descendieron á los campos. Fuĕ contra ellos el Wali de Jaen, y los venció en una sangrienta escaramuza; pero los rebeldes, fingiendo que huían, los llevaron por una rambla á un valle de espesa arboleda y rodeado de bosques, y saliendo otros de sus emboscadas acometieron por todas partes, encontrando á los que seguían adelante, y siguiendo á los que mas cautos se retiraban, y aunque muchos se unían para ampararse y contener á los enemigos, al fin fueron rotos y desbaratados, y padecieron atroz matanza, que pocos lograron escapar de la ferocidad de los enemigos, rompiendo las porfiadas taifas que los ceñían y acosaban. Esta desgracia y otras que sufrió la gente de Jaen se ocultaban y disminuían, y se decia que continuaba la guerra con varia fortuna; pero los rebeldes cada dia se obstinaban mas en su resistencia, y fortificaban sus pueblos.

En la frontera oriental ocupó el Príncipe Almudafar varios pueblos y fortalezas, y en una escaramuza en tierra de Lérida murió peleando el año trescientos y ocho Abdelruf ben Omar el Casati, que era de los principales de Lérida; y su muerte fue muy sentida del Príncipe Almudafar por su mucho valor y crédito en aquella frontera. En esta ocasion se apoderó de Medina Fraga y de Mequineza, que habian tenido los rebeldes; y entró en Montixon, que habia mantenido en obediencia el Wali Ishac ben Ibrahim el Ocaili.

En las Sierras de Elbira centinuaban las ventajas de los rebeldes, y el Wali de Jaen Lebi ben Obeidala pidió auxilios á los alcaides de Bulcona y Algafdat, y al Wali Ishac ben Ibrahim ben Sacr el

Ocaili, que fue en su socorro el año trescientos y nueve, y pelearon contra Asomor con varia fortuna: en una batalla los venció, y aprovechando su victoria sorprendió Asomor la ciudad de Jaen y otros fuertes de la comarca. El Wali Ishac el Ocaili vino á Córdoba con esta infausta nueva, y refirió al Rey las circunstancias de este desman, y el estado de aquella provincia. El Rey le recibió con mucha honra, y con tanto agrado como si este respetable Xeque hubiera venido á comunicarle una victoria, ó la conquista y allanamiento de aquella tierra. Ordenó que este anciano quedara en Córdoba para descansar como sus años y venerables canas requerian; y escribió á sus alcaides de tierra de Tadmir para que allegasen sus gentes, que él mismo queria ir á terminar aquella guerra. En este año falleció el Hagib del Rey, llamado Ismail ben Badre, el que escribió elogios de los hombres ilustres; y dió este cargo al Cadi Muhamad ben Said ben Muza, hombre muy docto y amado del pueblo: ganó este Cadi la confianza del Rey Abderahman, y así lo decia su Wazir Abdelmelic ben Gehwar, que no era creible ni se hallaria que un ministro tan severo y retirado como este Muhamad hubiese así ganado el corazon de su Señor. Tenian tambien en este tiempo la estimacion y favor del Rey los ingeniosos y eruditos caballeros Hasan ben el Hasan Abu Aly, llamado el Sonat, hombre de gran cultura y elegancia, y Saadon ben Omar de Raya, que uno y otro elogiaron al Rey Abderahman con excelentes versos. Allegadas las tropas de Córdoba y de tierra de Tadmir partió el Rey á Jaen, y puso cerco á la ciudad, que no tardaron en abandonar los rebeldes,

retirándose á sus montes: mandó el Rey perseguirlos por diferentes partes, y se refugiaron unos á sus guajaras y precipicios, y otros á la fortaleza de Alhama, que tenia muy abastecida y fortificada el caudillo Asomor. La posicion y sitio del lugar, y el valor y constancia de sus moradores hacian muy dificil y largo el cerco de aquella fortaleza; pero el Rey Anasir propuso no levantar el campo hasta tener á sus pies la cabeza del pérfido Asomor. Se daban cada dia recios combates, y los cercados se defendian con desesperado ánimo: se arruinaron con leños y fuego parte de sus fuertes y torreados muros, y se entró la fortaleza con atroz matanza de ambos partidos: fueron pasados á cuchillo los pocos que se hallaron vivos en Alhama, que la mayor parte murieron peleando. Entre los cadáveres pareció Asomor, ya moribundo, cubierto de heridas, que apenas era conocido; y presentado así al Rey mandó descabezarle, y envió su cabeza á Córdoba con la nueva de esta victoria: fue este suceso en principio del año trescientos y once, ó fin del anterior. Luego pasó el Rey Abderahman á Granada, y se detuvo en ella algun tiempo, porque esta ciudad le agradaba sobre manera. En esta ocasion hizo el Rey Cadi de la Aljama de Granada á Abulhasan Aly ben Omar de Hamdan de los Meruanes Algaribes de Syria. En fin
923 del año trescientos y diez murió en Córdoba Otman ben Rebia, natural de allí, hombre de muy florida erudicion y crítica, que habia hecho una coleccion de las mejores poesías de los ingenios de España. Despues de la muerte de Asomor los pueblos de Sierra Elbira se rindieron, por fuerza de armas

los mas principales, y los otros convenidos de su propia conveniencia; y acabada esta larga y sangrienta guerra el Rey se vino á Córdoba, donde fue recibido con grandes demostraciones de alegría.

CAPITULO LXXIII.

De la rendicion de Toledo.

Cuando descansaron sus guardias de la fatiga de esta guerra se dieron órdenes á los caudillos de tierra de Toledo para principiar con mucho calor la reduccion de aquella ciudad. Ordenó el Rey al Wali Abdala ben Jali, que estaba en las fortalezas del Tajo, que con la gente de Zorita y sus comarcas, y por la parte de Talavera y de Calatrava, se entrase y corriese el término de Toledo para quitarles los frutos y mieses: así se hizo, y talaron la tierra dos años, que no les dejaron recoger nada. En fin del año trescientos y trece falleció en Córdoba Ishac ben Ibrahim ben Saer el Ocaili, que habia sido caudillo en tiempo del Rey Muhamad y de sus hijos los Reyes Almondhir y Abdala, y en la frontera oriental mantuvo la fortaleza de Montixon contra el rebelde Hafsun; y vencido de este caudillo vino á Córdoba en donde poco despues murió: fue su féretro acompañado de la nobleza de la ciudad.

Viendo el caudillo Giafar ben Hafsun, que estaba en Toledo, que si se ponia cerco á la ciudad no seria posible mantenerla por falta de provisiones, y que no habia recursos en los pueblos cerca-

nos, que todo habia caido en manos de Abdala el Jali, no quiso verse forzado á entregarse á sus enemigos; y con pretesto de amparar y defender la tierra, recogiendo cuantos tesoros tenia y pudo juntar de sus parciales, habiendo encargado la ciudad y su defensa á un esforzado caudillo, salió de la ciudad con la gente mas granada suya y algunos caballeros principales, que ignorando sus intentos, quisieron acompañarle. A pesar del valor de Giafar y de sus tropas continuaron las talas de la tierra de Toledo, y al tercer año escribió el Rey Abderahman á los Walíes de Mérida y de Valencia para que enviasen sus gentes al cerco de Toledo. El alcaide de Talavera, el de Uclis y Calatrava, fueron los primeros que cercaron la ciudad: púsose un numeroso campo á la parte Alguífia ó del Norte, por donde no está ceñida del Rio Tajo: que por donde este rio la ciñe el monte es alto é inaccesible. Los primeros dias hicieron los de Hafsun algunas salidas contra los cercadores favorecidos de unos grandes y antiguos edificios que hay fuera de la ciudad por aquella parte. Luego que el Rey tuvo nuevas de la llegada de sus gentes de Mérida y tierra de Valencia salió de Córdoba, y fué al cerco de Toledo para abreviar la entrada en la ciudad: con su presencia se adelantaron los trabajos: mandó destruir aquellos antiguos edificios que estaban entre la ciudad y su campo; y aunque todavía quedaba muy defendida con su natural elevacion y levantados muros, impidió las salidas de los cercados, que desde entonces fueron menos frecuentes.

Viendo el caudillo de Giafar el determinado áni-

mo del Rey de entrar en la ciudad, y conociendo que los vecinos ya no podian vivir por falta de provisiones, y que por otra parte sus pocos soldados no bastaban á defender todas las puertas y contorno de las murallas, propuso á los vecinos principales que acordasen suplicar al Rey que les concediese el seguro de sus vidas, y le entregaran la ciudad. Habia en ella muchos que decian que no debian rendirse, sino quedar enterrados en las ruinas de la ciudad. Los mas prudentes fueron de acuerdo de ofrecerse á la clemencia del Rey, y para disculpar mejor su obstinada y larga resistencia, que sería bien facilitar en una alborada la fuga de tres ó cuatro mil hombres de los mas valientes que defendian la ciudad, y luego abrir las puertas al Rey su Señor. El mismo caudillo de Giafar adoptó y aprobó este pensamiento. Lo comunicó á sus compañeros, y sin mas dilacion á la noche animando á sus mas esforzadas tropas concertaron su salida en la madrugada, porque no se divulgase el intento y lo supiesen los cercadores. Antes de la venida del dia salieron impetuosamente y rompieron con dos mil caballos el campo de la gente de Talavera: siguieron asidos á las cinchas y estribos otros dos mil hombres, y entre el tropel y algazara y la confusion de este movimiento lograron escapar cerca de cuatro mil hombres, que muy pocos quedaron en manos de los cercadores. Todo el campo se puso en armas, y luego supo el Rey que las tropas de Giafar ben Hafsun habian huido de la ciudad, y concibió la esperanza de entrar en ella muy en breve. Aquel mismo dia salieron enviados de la ciudad á suplicar al Rey que

los recibiese bajo su fe y amparo; y no quisiese que los inocentes infelices y pacíficos habitantes de aquella ciudad fuesen tratados como rebeldes, pues muy á su pesar habian mantenido las tropas del rebelde Hafsun, y en el momento que se veian libres de sus opresores venian á ofrecerse á la obediencia de su Rey. Abderahman les ofreció el seguro de sus vidas y bienes, y les mandó que abriesen sus puertas con la debida confianza. Volvieron los enviados á la ciudad, y á la hora estuvieron abiertas todas sus puertas: los principales vecinos y gentío inumerable salió á ofrecerse á la clemencia del Rey, que los trató con benignidad. Entró con la caballería de su guardia y principales caudillos por Bab Sacra entre las aclamaciones y general alegría del pueblo. Concedió el Rey un perdon general á todos los habitantes: despidió las tropas de Mérida y Valencia, y encargó al Walí Abdala ben Jali el perseguir á los fugitivos restos de la hueste de Giafar ben Hafsun. Fue la entrada de Abderahman Anasir en Toledo en el año
927 trescientos y quince, y permaneció en esta ciudad
hasta el fin de este año [1]: Dió el gobierno de Toledo al caudillo Abdala ben Jali, y partió el Rey á Córdoba, donde fue recibido con grandes alegrías.

El rebelde Giafar solicitó el auxilio de los Cristianos de Galicia, ofreciéndose por vasallo y apaguado de su Rey. Con numerosa hueste descendieron los Cristianos al Duero, y pasando este rio,

[1] Abulfeda dice que el Rey Anasir entró la ciudad por fuerza y arruinó sus muros; pero no destruyó sus muros, sino muchos edificios que habia extramuros.

vinieron á Zamora y Salamanca hasta llegar con su campo sobre Talavera, y combatieron sus muros, y destruyeron sus antiguos edificios, y las tropas del Wali de Toledo fueron contra esta poderosa hueste y pelearon con vária fortuna, y no lograron hacerles levantar el campo, y entraron los enemigos en aquella ciudad y robaron muchas riquezas, y mataron hombres, niños y mugeres con bárbara crueldad. El Wali de Toledo levantó la gente de su provincia y fué contra los Cristianos que huyeron á sus tierras cargados de despojos, talando y estragando la tierra. Abdala ben Jali los persiguió hasta el Duero, y mantuvo aquella frontera, y avisó al Rey de los grandes daños que los Cristianos habian hecho en su entrada, y como habian destruido la ciudad de Talavera y otros muchos pueblos de la comarca, que la caballería muslime no habia podido alcanzarlos en su retirada que habian hecho por los montes entre jaras y arbustos.

Este año trescientos diez y siete murió en Córdoba el Alfaqui Fadlo ben Salema ben Gewair el Gohni el Baheli, hombre de maravillosa erudicion, y célebre por ella en todas las Aljamas de Oriente y de Occidente. Tambien murió este año el sábio Alfaqui Amran ben Otman ben Jonas de Córdoba. En este tiempo llegó á Córdoba desde la frontera oriental el tio del Rey, dejando aquella conquista en buen estado, que los enemigos no osaban descender de sus montes ni salir de sus enriscadas fortalezas. La nueva de la entrada de los Cristianos hasta Talavera fue causa de su venida, y apenas allegó las banderas de la gente de Mérida y de Cór-

doba, partió á tomar cumplida venganza de los daños recibidos. Pasó el Duero esta hueste, y entró en Galicia á sangre y fuego, quemaban los pueblos y talaban los campos, tomando cautivos y ganados sin perdonar vida de hombre de armas tomar. Huían las gentes de sus pueblos, y todo lo dejaban por salvar sus vidas. Era ya tan grande la presa y el número de cautivos, que ordenó el caudillo la vuelta por no embarazar mas sus tropas. Al paso del Duero aparecieron los Cristianos en considerable número, y los Muslimes para disponerse á pelear sin recelo de sus cautivos, que eran muchos, los degollaron. La batalla fue harto sangrienta, y los Muslimes quedaron vengados: los Cristianos volvieron dejando en el campo gran parte de los suyos para agradable pasto de fieras y aves carnívoras. A la vuelta mandó Almudafar reparar los muros de Talavera, y se acabó la obra año trescientos diez y nueve. Entró Almudafar en Córdoba el año trescientos diez y ocho, y fue recibido con aclamaciones de triunfo. En este mismo año trescientos diez y ocho falleció en Córdoba el Cadí Sohaib, hombre muy estimado del Rey Abderahman por su integridad y justicia, aunque sospechado de bebedor de vino segun la secta de la Iraca.

CAPITULO LXXIV.

De las cosas del Magrêb y estado de los Beni Edris en Fez.

En este tiempo andaban en Almagrêb muy encendidas revueltas y civil discordia: para inteligencia de tan importantes acaecimientos compendiarémos el estado de las cosas del Reyno de Fez, para que se vea la ocasion y el principio del poder de los Reyes de España en aquellas provincias.

El Imam Muhamad, hijo de Abdala, de la descendencia de Aly, habia tomado las armas en Arabia contra el Califa Abu Giafar Almanzor: este Imam era biznieto de Husein, hijo del Califa Aly. En el año ciento cuarenta y cinco fue derrotado cerca de 762
Medina por las tropas de Almanzor, y se refugió á la Nubia. Despues de la muerte de Almanzor le sucedió su hijo Almahedi, y el Imam Muhamad volvió á la Mecca cuando los peregrinos estaban reunidos en aquella casa santa, y le reconocieron y aclamaron por su legítimo Soberano los moradores de Mecca y Medina y todos los pueblos del Hegiaz. Su virtud y loable vida le mereció el renombre de Elnasf Azequiyat justo y piadoso: tenia Muhamad seis hermanos, Yahye, Suleiman, Ibrahim, Musá, Isá y Edris, y á los cuatro envió á propagar el Islam en diferentes provincias. Aly pasó á Africa, Yahye fue al Corasan, Suleiman á Egipto, y desde allí pasó á la Nubia despues de

la muerte de Muhamad, y de allí á la tierra de los negros: de esta pasó á tierra de Zab en la provincia de Africa, y despues entró en Telencen de tierra del Magrêb, donde se estableció: tuvo muchos hijos que se difundieron en las provincias de Duncala y de Sûs Alacsá.

El Imam Muhamad, que juntaba poderosas hues-
785 tes, fué el año ciento sesenta y nueve contra el ejército del Califa Almahedi, y le dió batalla muy sangrienta á seis millas de Mecca; pero quedó vencido y murió peleando como bueno. Poco despues su hermano Ibrahim, que estaba en Basra, tuvo la misma suerte. Edris, sabida la muerte de sus dos hermanos, huyó con su liberto y familiar Raxid, y se vino á Egipto, donde fue acogido de un leal partidario de los descendientes de Aly: el Egipto estaba entonces en manos de los Alabâs: el Wali de Egipto, aunque supo su venida, no quiso mancillar sus manos con la sangre de un pariente del Profeta ni incurrir en la desgracia de su Soberano concediendo asílo á un enemigo suyo, y así mandó avisar á Edris, que sabía donde estaba, que partiese sin tardanza y en tres dias saliese de Egipto. El mismo que le habia hospedado le sirvió de guía, y por caminos seguros y estraviados le llevó á tierra de Barca, para evitar que cayese en manos de los que le buscaban de órden del Califa. Llegados á Barca le proveyó de lo necesario y le dejó con su liberto Raxid. Pasaron de allí á tierra de Africa sin detenerse, y permanecieron algun tiempo en Cairvan, y allí acordaron pasar á Almagrêb Alacsâ. El liberto Raxid le disfrazó y vistió de es-

clavo para mayor seguridad, y le llevó á Telencen, donde estuvieron algunos dias. De aquí entraron en Tanja, pasaron el rio Muluya hasta entrar en la provincia de Sûs Aladnâ, que se estiende desde el rio Muluya hasta el rio Om-arrebia, que es la mas fértil provincia del Magrêb: la superior, ó Sûs Alacsâ, se estiende desde el Gebal Alderen, ó Atlas, hasta Belad Nûn. Era entonces Tanja cabeza de todo el Magrêb. Se detuvo allí Edris pocos dias: porque no halló medios de cumplir sus intentos, y en compañía de su leal Raxid pasó á Velila, ciudad de corta poblacion y de muy feraz campiña. Favorecióle su gobernador Abdelmegid Eleurobi, que era de la secta de los Motazelíes: la buena acogida que le hizo este Wali llenó de confianza á Edris, y le descubrió quién era. A los seis meses de su permanencia en Velila Abdelmegid juntó su familia y las cabilas Arubas, y les presentó á Edris, y de comun acuerdo le aclamaron por su Rey en la luna de Ramazan del año ciento setenta y dos. 788

Los Zenetes y otras cabilas de Berberíes de Almagrêb siguieron este ejemplo: viéndose Edris poderoso emprendió diferentes conquistas: sojuzgó toda la provincia de Temezenia, luego la de Tedela, cuyos moradores eran los mas Cristianos y Judíos, y les obligó á entrar en el Islam: siguió sojuzgando todo el Magrêb, forzando á los infieles Cristianos y Judíos á rendirse á su obediencia: se apoderó de las ciudades y fortalezas en donde se habian refugiado, y les obligó á abrazar el Islam. Despues de estas expediciones muy venturosas se adelantó contra Telencen para sujetar las cabilas de

Magaraba y Beni Yefrun : el Wali de esta se entregó por avenencia, y luego mandó edificar una Mezquita.

La fama de las conquistas de Edris llegó á los oidos del Califa Harûn Raxid, y le pesó mucho de ellas, y tuvo temor, y consultó sobre esto á su Wazir Yahye ben Chalid el Barmeki, y por su consejo envió á Magrêb un hombre muy astuto para asesinar á Edris. El enviado para esto fue Suleiman ben Jorais, hombre docto y elocuente, el cual supo ganar la confianza de Edris, porque entonces en Magrêb no habia sino gente rústica é ignorante, de suerte que Edris no tenia otra persona con quien tener una conversacion agradable. El cuidado y desvelos del leal Raxid impidieron mucho tiempo el que Suleiman pudiese poner en obra su infame encargo. Un dia que estaba á solas con Edris le presentó un pomo de olor diciendo que le habia traido de Asia, porque en Magrêb no habría confecciones aromáticas, y le suplicaba se dignase recibirle. El botecillo estaba emponzoñado, tomóle Edris, y Suleiman fingiendo una necesidad natural salió y se fué á gran priesa á su casa, tomó un veloz caballo y huyó al momento. Edris apenas olió el botecillo cuando cayó desmayado, y en la tarde de aquel mismo dia falleció sin haber podido hablar una palabra. Poco despues de la muerte de Edris se notó la falta de Suleiman, y sabido que habia partido de la ciudad con tanta diligencia por haberle encontrado algunos á distancia de ella, al punto sospechó el leal Raxid, y luego partió en su alcance, y al paso del rio Muluya le alcanzó y le

acometió, y le hirió y cortó la mano derecha; pero logró escaparse. No dejó Edris hijos nacidos, sino una esclava preñada de siete meses. Juntó Raxid las cabilas Berberíes, y les propuso que esperasen que la esclava diese á luz su preñado, y si fuese niño le reconocerian por su Señor, y si fuese niña los Xeques de las tribus dispondrian del trono como les pareciese. Todos convinieron en esto, y se concertaron en tener á Raxid por Señor si la hermosa [1] Kinza pariese niña. A los dos meses la esclava parió un hermoso niño que fue llamado Edris, y fue reconocido por heredero del trono, y Raxid quedó encargado de la regencia y educacion del Príncipe durante su menor edad.

A los once años y meses fue Edris jurado Rey por todas sus cabilas, y comenzó á gobernar por sí mismo: la fama de sus virtudes le atrajo muchos pueblos á su obediencia, y acrecentó mucho la fuerza de sus ejércitos. Hacia grandes honras á los Arabes, y se fueron muchos de España á vivir en sus estados. Entre otros distinguió mucho á Omair ben Masab Alezdi, y le tomó por Wazir, y por Cadi á Amer ben Muhamad ben Said el Caisi, de la familia de Cais Gailan: era este hombre piadoso y muy docto tradicionero, discípulo de Malic y de Sofian, pasó á España, y allí hizo la guerra con-

1. En mi manuscrito arábigo de la historia de Fez se llama esta esclava Kethira; pero en otras copias buenas mudados los ápices de la th, esta se hizo n, y la r se convirtió en z, y resultó Kinza, que tambien es nombre usado de mugeres.

tra infieles, luego volvió á Africa á la provincia Adwa, en donde halló muchos Arabes que siguieron sus consejos, y se pasaron al partido de Edris, y fueron tantas las cabilas Berberíes que vinieron á Velila, que no cabian en la ciudad. La gran concurrencia de pueblos en Velila determinaron al Rey Edris á fundar una nueva ciudad en un sitio vecino al rio Zebu; pero notando que era lugar espuesto á las inundaciones de invierno del rio Zebu, mudó de pensamiento, y la edificó en otro lugar comprando el terreno á los Berberíes que lo
807 poseían: esto fue año ciento noventa y dos de la Hegira. Edificó la ciudad partida en diferentes barrios, ó cuarteles divididos con muros, en especial dos grandes barrios, uno llamado Alcarvin, y otro Andalucin, y en el de Alcarvin edificó la grande Aljama que costeó una muger noble llamada Fátima, y la Aljama del barrio Andalúcin otra insigne muger llamada Maryem, ambas con bienes lícitos y heredados de sus padres y hermanos. Despues, en tiempos posteriores, se hicieron magníficas estas Aljamas: cuentan que un Judío cavando los cimientos de una casa halló una estátua de muger que tenia en el pecho una inscripcion que decía: en este lugar estaban los baños que habian durado mil años, se destruyeron para edificar un templo al servicio de Dios. De la fertilidad de la tierra de Fez dice Abdelhalim que los frutales en las huertas de fuera de la puerta de Beni Mosafir, y en los prados que llaman Merg-Carca, dan dos frutos al año, de suerte que se comen peras y manzanas nuevas en estío y en invierno; y en el sitio llamado Hafs Al-

masara, fuera de la puerta llamada Bab Asheria, que es una del barrio Alcaryin, se siegan las mieses á los cuarenta dias de sembradas, y he visto por mis ojos tierras sembradas á quince de Abril, y segadas en fin de Mayo, de manera que en cuarenta y cinco dias dieron una buena cosecha, y esto fue el año seiscientos noventa, que llamaron de la Seca, porque no llovió gota en cuatro meses, que hasta doce de Abril no cayó lluvia alguna, se labró la tierra, y quiso Dios que en tan poco tiempo fuese la cosecha como he dicho.

Edris, despues de edificar la ciudad de Fez, dilató los límites de su imperio con muy venturosas conquistas, y murió en el año doscientos y trece de edad de treinta y tres años, dejando doce hijos varones, y le sucedió en el trono el mayor llamado Muhamad. En el reynado de éste hubo discordia y guerra doméstica, que debilitó las fuerzas del estado: sin embargo los hijos de Edris continuaron reynando hasta el año trescientos setenta y cinco, como verémos. En el reynado de Yahye, hijo de Muhamad, quinto Rey de los Edrises, se engrandeció la Aljama que sucesivamente se fue acrecentando por otros Príncipes. Yahye ben Edris, octavo Rey de esta dinastía, se vió cercado en su capital el año trescientos y cinco por las tropas de Obeidala, primer Califa de los Fatimitas, y logró el Rey Yahye que se levantase el cerco pagando gran cantidad de dinero y obligándose á obedecer á Obeidala como á su Soberano.

Margin dates: 828 (beside "conquistas, y murió en el año doscientos y tre-"); 917 (beside "capital el año trescientos y cinco por las tropas de").

CAPITULO LXXV.

Del estado de los Beni Aglab en Africa.

Porque mejor pueda entenderse la ocasion de las guerras que el Rey Abderahman fué forzado á mantener en Africa en tierras de Almagrêb, será bien compendiar los mas importantes sucesos de los Beni Aglab, señores de Africa.

761 En el año ciento cuarenta y cuatro el Califa Abu Giafar Almanzor nombró Amir de Africa á Muhamad ben Alaxath el Gazei, y con la hueste que llevó á ella fué Ahmed ben Abi el Aglab, que era su nombre Ibrahim ben Abdala ben Ibrahim ben Aglab Abulabas: era hombre docto en la lengua, y en astrología y otras ciencias; pero muy vano y preciado de su nobleza: era deudo suyo Ased ben el Forat ben Senên, familiar de Beni Solmi de Nisabur, éste habia nacido en Harran, y se apellidaba Abu Abdala, y solía decir de sí y de sus nombres: yo soy Ased, y el leon la peor de las fieras, mi padre Forat, y Forat la peor de las aguas, mi abuelo Senên y la sierra la peor de las armas. Contaba de sí Abulaglab que siendo de dos años, el año ciento cuarenta y cuatro le llevó consigo su padre con Muhamad ben Alaxath el Gazei en la hueste, que entró en Cairvan, y permaneció allí cinco años, que despues pasó con su padre á Tunes, y estuvo allí como nueve años, y cuando cumplió los diez y ocho sabía de memoria todo el Alcoran. Luego fué á Oriente, y en Me-

dina, estudió ciencias, y pasó á la Iraca, y volvió á Cairvan año ciento ochenta y uno. En este tiempo Zeyadatala ben Ibrahim ben el Aglab le encargó el mando de tropas, que enviaba á la conquista de Sicilia, y salió para ella en la luna de Rebie primera del año doscientos y doce, que conducía diez mil hombres, los novecientos de caballería: que conquistó gran parte de ella, y su deudo Ased ben Forat murió cercando Medina Siracusa, año doscientos y trece. Escribió Zeyadatala á Mamûn el Califa la conquista de Sicilia por mano del caudillo Ased ben el Forat. 797 827

Quedó Ben Abdala el Aglab en Sicilia siguiendo aquella conquista hasta el año doscientos diez y siete, que vino á Africa con muchos cautivos y despojos muy preciosos, que allí consiguió grandes victorias. Ya el año doscientos y cuatro habia entrado en aquella isla como ocho años antes de la conquista que hizo de ella el caudillo Ased ben el Forat. Fue Wali de Sicilia Abdala ben Ibrahim Abulaglab desde el año doscientos veinte y uno, que permaneció allí todo el tiempo de su vida. 832 835

Zeyadatala, hijo de Ibrahim ben el Aglab Abu Muhammad, fue Wali de Africa despues de su hermano Abulabas año doscientos y uno, su padre fue de los Arabes mas esforzados y célebres de su tiempo, de mucha erudicion é ingenio, nació como treinta años antes que Lehibatala Ibrahim el Mahedi, y fue Zeyadatala quien edificó la Aljama de Cairvan y su patio de hermosos ladrillos y mármoles, despues que habia sido destruida, y edificó todo el Mihrab de mármol de abajo á arriba con elegan-

tes labores é inscripciones, y cercó la Aljama de fuertes muros labrados con piedras blancas y negras pulimentadas y brillantes: delante del Mihrab colocó dos columnas magníficas de pórfido puro purpúreo, figuradas con tauxias ó labores naturales en el pórfido, y decian los que veían estas columnas, así de Oriente como de Occidente, que no habia cosa semejante: que el Señor de Costantinia llegó á ofrecer por ellas lo que pesaban de oro, y no se le hizo caso por honra del Islam. El primero que edificó esta insigne Aljama fue Ocba ben Nafe el Fehri, que fue quien muró la ciudad de Cairvan el año cincuenta y tres, y cuando fue Wali de Africa Hasan ben Nooman el Gasani la destruyó menos el Mihrab, y luego la reedificó, y cuando fue Wali de Africa Jezid ben Hatim año ciento cincuenta y cinco se destruyó, y la volvió á edificar, y cuando lo fue este Zeyadatala la derribó y la edificó con mucha magnificencia, como va descripta, y acabó la obra año doscientos veinte
837 y dos, y despues murió él en luna Regeb del año doscientos veinte y tres.

Es notable lo que se cuenta de Abu Ibrahim Ahmed el Safeki ben el Aglab, que siendo Wali de Africa antes del año doscientos diez y siete le envió á decir el Califa Almamun que habia entendido que aclamaban en sus Alminbares á Abdala ben Taher ben Alhusein, que habia sido gobernador de Egipto y de Africa. El Aglab se ensañó de esto, y ordenó que el enviado del Califa entrase á su presencia despues que habia comido y bebido, y estaba con sus cabellos y barba erizados, y sus ojos

como brasas de fuego, vista que atemorizó al enviado, y le dijo lleno de cólera: ya sabe Amir Amumenin mi lealtad y la de mis antepasados: impertinente é injusta es su reconvencion; aquí no se ha aclamado á ningun siervo fugitivo ni proscripto, y no han faltado ni faltan inquietudes y pretensiones; y echando mano á una bolsa que tenia al costado, sacó mil dinares de oro, y los dió al enviado para que los presentára al Califa, que todos estaban acuñados en nombre de Edris Alhasani, esto para que viera el Califa la extension y poder de sus enemigos en Almagrêb, y en su respuesta al Califa añadió en dos líneas estos versos:

Soy como fuego escondido en su duro pedernal,
Si se le hiere y excita, su ardiente llama dará:
Soy leon que sus cachorros guarda en su cañaveral,
Si can ladrando le irrita, su muerte provocará:
Soy mar en calma, sus olas el viento puede alterar,
Temerario navegante, tema la furia del mar.

Dicen que Almamun alabó sus versos, y quedó satisfecho de su lealtad y servicios.

El Aglab ben Ibrahim Abu Icala, apellidado Gezar, fue Wali de Africa despues de Ibrahim ben el Aglab, el tercero de sus hijos, y por sus virtudes el primero: Abu Alabas Abdala sucedió por pacto á su padre, que al tiempo de su muerte estaba en Tarabolos; pero su hermano Zeyadatala se alzó con el estado en su ausencia, y recibió la jura de obediencia para sí y su familia, pero no duró mucho su permanencia. El segundo que fue Abu Muhamad Zeya-

datala fue quien reynó mas tiempo. Abu Ical sucedió á su hermano Zeyadatala, fue el tercero, y se le llamaba Abu Ical el Aglab: fue muy breve su reynado, que no duró sino dos años, nueve meses y algunos dias: era el mas virtuoso de su familia, y muy amado de sus pueblos: prohibió en Cairvan el uso del vino y del Sahbâ: falleció Abu Ical en fin de la
840 luna Rebie segunda año doscientos veinte y seis.

Sucedió en el estado su hijo Muhamad ben el Aglab ben Ibrahim ben el Aglab Abulabas, y murió
856 dia lunes dos de Muharram año doscientos cuarenta y dos, y tenia treinta y seis años, y reynó quince y ocho meses y doce dias: no tenia barbas, ni dejó hijos, pero fue bueno y generoso. Le hizo guerra su hermano Ahmed, y le venció y obligó á retirarse á Oriente: hubo otras muchas guerras en que fue vencedor ayudado de su hermano el segundo, que se llamaba Muhamad tambien, y se apellidaba Abu Abdala, y era gobernador de Tarabolos de su órden, y
847 allí murió en su tiempo el año doscientos treinta y tres: y dió Muhamad este gobierno al hijo de su hermano que llamaban Abulabas, y éste fue quien hizo versos celebrando en ellos su prosapia. Ibrahim ben Abi Ibrahim Ahmed ben Abi Abdala hubo el mando despues de su hermano Abu Abdala Muhamad ben Ahmed, el conocido por el Goranic, por su aficion á la caza de gruas: fue este Muhamad declarado sucesor por pacto de su padre, y se celebró su jura con gran solemnidad de mas de cincuenta jurados en la Aljama de Cairvan, Jueces y Alfaquíes, y sin embargo cuando pereció Ahmed el Goranic, seis dias pasados de la luna Giumada primera del año

doscientos sesenta y uno, su hijo Muhámad fue echado del pueblo de Cairvan, y eligieron á Ibrahim ben Ahmed, y Dios los castigó con sus injusticias y agravios, llegó á tanto que le llamaban el malo: al principio de su reynado fue bueno, y mantuvo justicia como siete años; luego despues se apoderaron de él sus pasiones y sus enemigos, y derramó mas sangre que todos los de su familia, y principió asesinando á sus compañeros Catibes y Hagibes, y á sus deudos con muchas crueldades, aun contra mugeres de su familia: era tan avaro como cruel y vano: él decia en unos versos: nosotros somos astros, hijos de las estrellas, nuestro abuelo fue la luna del cielo, el sol nos dió su poderoso influjo, quién llega á tan alta y celeste nobleza! Ojalá hubiera él durado tan poco como la celebridad de sus versos, y lo mismo su descendencia; pero su reynado fue largo y malo como noche de invierno, pues reynó veinte y nueve años, cinco meses y diez y ocho dias: Dios cumplió su divina voluntad. 874

Cuenta Abu Obeid el Becri, que Ibrahim ben Ahmed fue quien edificó Medina Roqueda, y estableció en ella su corte, y la trasladó de Medina Alcázar Cadim, y construyó en Roqueda alcázares y Aljama de magnífica y maravillosa fábrica, y no cesó desde entonces de ser la corte ó casa del reyno de los Beni Aglab, hasta que fue echado de ella Zeyadatala por Abdala el Xiyei, caudillo de Obeidala el Mahedi, y éste habitó en ella hasta que se trasladó á Mahedia, y se llevó los vecinos y fue destruyéndola sin cesar en su tiempo, hasta que reynó Aben Ismail que destruyó lo que quedaba, arrasan-

do hasta sus ruinas, que no quedó para memoria sino unos huertos. No hay en Africa ambiente mas puro y delicioso, ni temple mas benigno, ni auras mas apacibles y saludables que las del sitio de Roqueda. Se refiere que un Príncipe de Beni Aglab estaba enfermo, que habia dias que no podia dormir, y le ordenó su Ishac, esto es, su médico, que era de Atrifal, que si no podia dormir que anduviese é hiciese ejercicio en el campo, que así lo hizo, y cuando llegó al sitio de Roqueda se adurmió, y por esto desde entonces se llamó Roqueda: se labraron casas de recreo de los Príncipes. Cuando la edificó y pobló Ibrahim ben Ahmed prohibió en Cairvan la venta del vino, y la permitió en Medina Roqueda, y con este motivo se quejaba un ingenio de Cairvan, y decia: ó Señor de los hombres, hijo de sus Señores, cuán sumisos y atentos estamos á tu soberana voluntad; por ella el vino es harem prohibido en nuestra ciudad, y es halel lícito en Roqueda! Cuenta Abu Ishac el Raquiqui, que en el imperio de este Ibrahim se fomentó y floreció la literatura en Africa, y el exquisito gusto en las artes. Cuenta el mismo que Becre ben Hemâd el Taharti tenia necesidad de presentar al Rey una súplica, y los siervos le dijeron: hoy al alba salió el Rey á holgarse en sus jardines con sus esclavas, y no nos es permitido entrar adonde está, que hoy no se ocupa de negocios: que el Taharti escribió en unas rosas que debian presentarse al Rey y á sus esclávas estos versos:

Las hermosas aunque esclavas y de los hombres polilla
Como soberanas mandan y á sus dueños esclavizan:

Pero si queremos rosas
cuando el campo no las cria,
Placientes nos las ofrecen
en sus mejillas mas lindas.
Esta súplica yo espero
que será favorecida,
Por ser formada de rosas,
imagen de sus mejillas.

Los versos fueron leidos, aplaudidos y cantados por las esclavas del Rey, y el Taharti logró el favor que pretendia, y una cédula sellada de cien dinares.

Habia puesto el Rey Ibrahim ben Ahmed el Aglab en el gobierno de Tarabolos á su primo Muhamad ben Zeyadatala ben Muhamad ben el Aglab, hombre humano y docto y amigo de los sabios: su padre Zeyadatala habia sido Wali de Africa despues de su hermano Ahmed ben Muhamad, que fue muy político y de buen consejo, que habia aprendido con el Cadi Suleiman ben Amrân, solia decir que Zeyadatala el Saguir [1], que así se le llamaba á distincion de su padre Zeyadatala ben Ibrahim ya dicho, era el Príncipe mas sabio y mas virtuoso de los Beni Aglab. El Rey Ibrahim ben Ahmed aborrecia á este su primo Wali de Tarabolos, y éste por su parte no queria bien al Rey su primo, y excitado de algunos enemigos ó agraviados del Rey Ibrahim envió un Cadi al Califa de Bagdad Almoatedhid, y le dieron quejas de las tiranías y crueldades de Ibrahim: y cuenta el historiador Abu Ishac Ibrahim ben el Casim, el conocido por el Raquiqui, que el Califa

---

[1] Aunque el Saguir significa el chico y último en órden, este Zeyadatala no fue sino el segundo de este nombre, que despues hubo otro Zeyadatala, que fue el último, y en quien acabó esta dinastía.

Almoatedhid escribió á Ibrahim desde la Iraca, diciéndole que estaba maravillado de los males y crueldades que de él le decian, que contuviese su natural inclinacion á derramar sangre, y al mismo tiempo le prevenia que mantuviese en el gobierno de Tarabolos al hijo de su tio, Muhamad ben Zeyadatala, Señor en aquella tierra. Con estas cartas y los avisos que Ibrahim tenia de algunos envidiosos y pérfidos amigos que le comunicaban las diligencias y pasos de su primo Muhamad ben Zeyadatala contra él, partió Ibrahim á Tarabolos fingiendo que salia para Egipto, y aparentando con él mucha benevolencia hasta que se apoderó de él cenando en su alcázar, y le mató y clavó en un palo con tanto odio y crueldad, que mató á todos sus hijos é hijas chicos y grandes, y mandó abrir el vientre á las mugeres y esclavas preñadas; atrocidad bárbara é inhumana: fue esto
989 el año doscientos ochenta y tres; y todo esto se hizo con tanta celeridad que entre su salida y su vuelta no pasaron quince dias. Habia escrito este Príncipe Muhamad el libro intitulado recreo de corazones, y otro libro de las flores, y Abu Aly Husein ben Abi Said el Cairvani menciona algunas de sus poesías, y una historia de los Beni Aglab, que él mismo habia compuesto.

El Rey Ibrahim ben Ahmed declaró sucesor de su reyno á su hijo Abdala ben Ibrahim ben Ahmed Abulabas; era muy esforzado y político, muy sabio en el arte de la guerra, que su padre le ejercitó en ella desde muy niño: vivió en tiempo de su padre en continuos temores y sobresaltos por su cruel natural y condicion inhumana contra deudos y estra-

ños: era muy dificil el agradar con sumision y rendimiento á tan maligna índole: se sirvió de él su padre en muchas guerras, y le distinguió entre sus hermanos por su discrecion y valor y la felicidad de sus armas. Luego que le declaró sucesor del reyno le entregó el sello real, y la fecha de este decreto era dia juma ocho dias faltantes de la luna Rebie primera año doscientos ochenta y nueve, el mismo dia 901
en que murió el Califa Almoatedhid, y le sucedió su hijo Almoktefibila. En la luna Dylcada de este mismo año murió el Rey Ibrahim ben Ahmed, y aquella noche se vieron como lanzadas infinitas estrellas que se esparcieron como lluvia á derecha é izquierda, y se llamó este año el de las estrellas. Reynó este Rey Abdala ben Ibrahim un año y cincuenta y dos dias, que fueron de equidad, humanidad y justicia; pero no concedió el cielo esta ventura á los pueblos sino por poco tiempo, como que no la merecian. Asesinaron á este virtuoso Rey Abdala la noche del miércoles, último dia de la luna de Xaban año doscientos y noventa. Habia preparado esta mal- 902
dad su propio hijo Zeyadatala ben Abdala ben Ibrahim; teníale su padre en Sicilia como desterrado ó preso, y con liviandad y mal consejo ordenó á tres esclavos de Sicilia que matáran á su padre: esta inhumana y ferina maldad fue ejecutada por ellos estando el Rey durmiendo en su cama; y fueron con su cabeza á Sicilia, y les pagó su injusta y atroz obediencia clavándolos en palos.

Zeyadatala, hijo de Abdala ben Ibrahim, apellidado Abu Mozar, fue el último de los Reyes de Beni Aglab, que en él acabó su estado por Obeidala el

llamado Mahedi [1], primero de los Reyes Axiyeis, cuando el Wali del Mahedi, el esforzado caudillo Abu Abdala el Xiyei adelantando las pretensiones de Obeidala, venció el ejército de Zeyadatala en dia sábado seis faltantes de la luna Giumada postrera del
908 año doscientos noventa y seis, y entró en Medina Elerbas á fuerza de espada: llegó la nueva á Zeyadatala á la hora de la oracion de Alasri ó media tarde del domingo siguiente, y huyó delante de los vencedores, y se entregó á ellos todo el pais, porque no le amaban sus pueblos, y pasó á Tarabolos á la derecha de Diar Misr confines de Egipto, y fue su reynado seis años, dos meses y algunos dias. Este tiempo lo pasó en vanidades y delicias en Medina Roqueda que habia poblado su abuelo Ibrahim ben Ahmed, que la habia edificado y hecho amena, y que corriesen en ella aguas cristalinas, y plantó allí diversidad de árboles frutales, y alamedas de apacible sombra, con muchos arrayanes y otros preciosos árboles aromáticos, y construyó una buena muralla que cercaba los alcázares, el uno se llamaba Bagdad y el otro el Mochtar, que eran de mas estension que Medina

---

1 Mahedi quiere decir guiador ó director de los hombres: este título se han dado varios impostores ambiciosos entre los Muslimes, fundados en una estraña prediccion de su Annabi Mahomad, que decia que á vuelta de trescientos años habia de salir el sol por Occidente: esto lo entendieron de una revolucion política ó religiosa en tierras del Magrêb ó Poniente, y con este título este Obeidala fundó la dinastía de los Fatemis ó Ismaelíes.

Cairvan, y entre ambas ciudades habia la distancia de seis millas. En el reynado de este Zeyadatala se edificó de su órden una Soriha ó grande alberca de quinientas brazas de larga, y cuatrocientas de ancha, é iba á ella un espacioso canal que formaba un claro lago, que llamaban el mar; y en él edificó un hermoso alcazar, que se llamaba el Arûs, construido sobre cuatro grupos de muchas columnas unidas, y gastó en él, sin contar las multas y condenas de los Judíos y Agemíes ó Cristianos, doscientos y treinta y dos mil dinares de oro. Solia decir de este alcazar Obeidala el Mahedi que era la primera y principal cosa de las tres que habia visto en Africa que no tenian igual ni semejante en Oriente. Y en la construccion de este magnífico alcazar se verificó lo que decia en ocasion semejante Abulfathi el Busti:

En juegos y vanidades — en tanto que el Rey se huelga,
El hado fatal decide — de su estado y su grandeza.
Mientras en delicias nada — á sus oidos no llega
El estruendo de las armas — ni el grito de la pelea.

Todas estas cosas perdió en un dia desgraciado de batalla el Rey Zeyadatala el año doscientos noventa y seis, y huyó á Egipto, y allí murió violentamente. Fue aclamado en Roqueda Obeidala dia juma nueve dias por andar de la luna Rebie postrera año doscientos noventa y siete, y fue su llegada á ella 909
dia jueves, y fue aclamado Califa, y así acabó el reyno de los Beni Aglab despues de ciento y doce años, y los Beni Madrez reynaban en Sigilmêsa despues de ciento y sesenta años, y reynaban en Tahart

los Beni Rustam despues de ciento y treinta años. Mogbar ben Ibrahim ben Sofian era de los Aglab, y su tio el Rey Ibrahim ben Ahmed le habia dado el gobierno de Elarbosa, y por un acalorado juego de cañas se ensañó contra él, y le desterró á Sicilia; y este Wali mandaba la hueste y naves que estaban en Mesina y tierra de Calauria despues de la batalla de Milaso, y salió con sus naves para Calauria, y cayó en manos de los de Rûm, y le llevaron cautivo á Constantinia, y allí finó en su prision, y envió aquellos versos de sus lamentaciones, que allí escribió en su cautiverio, que principian:

¡O quién hubiera sabido — lo que fortuna ordenaba
Contra mis Alcairovanes — y mis valientes de Alcazar!

y acaban:

Tal vez aquel que libró — á Jusuf de amantes bascas,
El que alivió las tristezas — de Ayûb y su malandanza,
Aquel que salvó á Ibrahim — de las encendidas llamas,
Y á Muza entre Farahones — le dió vencedora vara,
Abatiendo los encantos — que á los Egipcios pasmaban,
Dará al cautivo paciencia — como le da la esperanza.

Muhamad ben Hamza fue el caudillo que envió Zeyadatala ben Ibrahim á prender á Mansur el Tombuzi en su alcazar de Mahamedia, y despues fue vencido y muerto en batalla por la poca afeccion del ejército á su Rey Zeyadatala y á su caudillo, y Ahmed ben Muhamad ben Chamza ben el Safil fue Hagib de Ibrahim ben Ahmed y de su hijo Zeyadatala, y le confiaba todos sus negocios, y fue muy buen

caudillo y prudente consejero, y el que solia decir: no todo lo que nuestros enemigos intentan y revuelven contra nosotros son cosas convenidas y decretadas: lo que ha de ser, y lo que nos ha de sobrevenir, favorable ú adverso, ya lo decretó Dios antes que lo piensen ni deseen nuestros amigos ó enemigos. Abdala ben Asayeg fue Sahib el Barid ú capitan de los foréniocos ó cursores del Rey Zeyadatala, y contaba Abu Ishac el Raquiqui que el Rey Zeyadatala pocos dias antes de su desventura preguntó á un cantor suyo si sabia algun tono ú concepto que él no le hubiese ya oido, y le respondió: Señor, un verso solo, pero no me puedo acordar de su principio ú primer emistiquio; y le dijo el Rey pues dí lo que sabes, y le cantó:

Ya de la triste partida el infausto cuerbo [1] llega.

En aquel punto llegó Abdala ben Asayeg, su correo mayor, que era muy erudito y buen poeta, y le dijo el Rey lo que pasaba; y éste muy maravillado, y lleno de espanto por las noticias que tenia

---

[1] En la vida vaga y trashumante de los Arabes Bedawis ó campestres, observaban ellos que al levantar sus tiendas y rancherías para mudarse de unos valles á otros, acudian cuerbos, y como que les anunciaban y presagiaban la partida; porque en las prevenciones para el viaje solian degollar reses: de aquí procedia el llamar ellos Gorab albein, cuerbo de separacion ó de partida, al primer cuerbo que descubrian al disponerse para partir; y su poesía está llena de estas imágenes y observancias rústicas.

y el peligro en que todo estaba, le dijo al Rey: no vi tal en mi vida, el primer emistiquio de ese antiguo verso es este:

Ensaya tu corazon y al sufrimiento le enseña,
Que de la triste partida el infausto cuerbo llega.

Y á pocos dias despues fue forzoso que el Rey Zeyadatala huyera delante de sus enemigos, perdiendo sus estados, y poco despues su vida.

CAPITULO LXXVI.

De los Reyes Xiyeis que aparecieron en fin de este centenar en Africa.

Fue el primero Obeidala, apellidado el Mahedi Abu Muhamad: se ignora su orígen y verdadera prosapia, así decia el Razi: unos decian que fue hijo de Muhamad ben Abderahman el Bosri, de Medina Salameya: otros decian que fue hijo de Muhamad ben Ismail ben Giafar ben Muhamad ben Aly ben Husein ben Aly ben Abi Taleb: otros, y muy fidedignos, como Abulcasim Ahmed ben Ismail el Razi el Haseni, que decia: por Alá que Obeidala no es de nuestra ascendencia y prosapia, que este hombre no es conocido sino por sus hechos: lo mismo decia Abu Becre ben el Teib el Baquillani. Los Genealogistas de Egipto apuraron mas sus verdaderos orígenes, y Aben Abi Taher en sus historias de Bagdad manifiesta que el levantado ú rebelde en tierra de Cair-

van, Obeidala ben Abdala ben Salem, fue un ahorrado de Aben Sindan el Baheli, que fue Sahib Xarta y caudillo de frontera de Zeyad, el conocido por sus huestes que llevó á Abdala á Salameya, y allí se acomodó con unos honrados mercaderes, y que trataba en azofar y otros metales en aquella ciudad: que cuando se levantó el Carmati en Syria se fué con él, y despues se huyó á Egipto y luego á Algarbe, y en Occidente fue conocido por el Bosri: dice Razi que entró ya con él en Cairvan su hijo Muhamad, el conocido por Abulcasim. De suerte, que no se conviene ni en su prosapia ni en su nombre, ni en la de su hijo, pues hay quien dice que el hijo fue Abderahman: otros que Muhamad fue quien le educó, que Obeidala fue de Beni Hasan ben Aly, y que Abulcasim, el que le sucedió en la rebelion, fue de Beni Husein ben Aly Ismaeli: que Obeidala se casó con la madre de Abulcasim, que era Rumia, y de la familia de Beni Husein, y que se apellidó este jóven Abulcasim, Abderahman, Muhamad y Abu Giafar, y tambien Hasan: que entró con Obeidala desde Syria en Egipto: que allí esperó los de Yemen y despues los de Barca: que entró con sus amigos y gente de confianza en Magrêb: que paró en Sigilmêsa, y se le allegaron los Berberíes, y dió el principal impulso á sus conquistas Abu Abdala el Xiyei, que venció el ejército de Zeyadatala el Aglab, y le hizo Wali de Roqueda, y á su hermano Abulabas de Zâb y otras comarcas de Africa; y en pago de tan señalados servicios los mandó matar á los dos hermanos á Abu Abdala y Abulabas, que era mayor que él; y los asesinó Arubato el Cutemi de su ór-

den en dia martes al acabar la luna de Dylhagia año
910 doscientos noventa y ocho, y los mandó enterrar
en el jardin del alcazar. El mismo Arubato el Cu-
temi fue muerto cruelmente poco despues por ór-
den de Obeidala. Luego principió á edificar Alma-
hedia: dicen que en sábado dia cinco de Dylcada año
915 trescientos y tres, y tembló el sitio, y lo fortificó
con fuertes y torreados muros y magnífico alcazar,
y pobló la ciudad con sus gentes, y pasó á ella Obei-
dala en Xawal del año trescientos y ocho, despues
de haberse apoderado de Africa y provincias de Al-
magrêb, Tarabolos, Barca y Sicilia, y declaró suce-
sor de su imperio á su hijo Abulcasim Alcayembim-
rila, á quien envió dos veces á Egipto, la primera
el año trescientos y uno, y se apoderó de Alejandría,
Alfiûm y parte de Saida, y volvió á Magrêb año tres-
cientos y dos; y no cesó de acrecentar sus conquis-
tas y estado hasta que murió á mitad de la luna Re-
933 bie primera año trescientos veinte y dos: continuó
su reynado desde que llegó á Roqueda y fue jura-
do en ella hasta que murió, que fueron veinte y
cuatro años, dos meses y veinte dias: otros cuen-
tan su reynado desde que pareció triunfante en Si-
gilmêsa en primero de Dylhagia año doscientos no-
venta y seis, y cuentan desde este dia hasta que
murió en Mahedia veinte y cinco años, tres meses
y tres dias cumplidos de califado: era de sesenta y
dos años, habia nacido en Salameya ó en Bagdad
873 año doscientos y sesenta, y su hijo Abulcasim ha-
bia nacido año doscientos setenta y nueve ó seten-
891 ta y ocho.

Cuenta Abu Obeid el Becri, que Obeidala el Ma-

hedi despues de haber asesinado al Wali Abu Abdala el Xiyei y á su hermano escribió á las provincias de Almagrêb para que sus pueblos se vinieran á su obediencia, y se dió título de Imâm, y fue en estas tierras el primero que se llamó Amiramumenin ó Príncipe de los fieles, como los Califas de Bagdad; y dicen algunos que fue quien primero acuñó monedas de plata y oro en Africa con estos augustos títulos. Tambien escribió con mucha altanería al Wali Said ben Salhi, gobernador de Medina Nocôr y sus comarças, en Almagrêb, que las tenia por los Meruanès de España, y decia en sus cartas que no rehusase venir á su obediencia por bien, porque si llegaba á entrar por fuerza de espada no quedaria hombre á vida en aquella tierra, y en lo bajo de la carta puso estos versos:

Si de paz á mí os venís *iré con paz y clemencia,*
Si quereis medir las armas *os venceré en la pelea:*
Mis espadas vencedoras *humillarán á las vuestras.*

Un Andaluz originario de Toledo, conocido por el Achmis, le respondió de órden de Said ben Salhi en estos versos con los mismos consonantes:

Por la Casa de Dios juro *que tu vanidad te ciega,*
Sin justicia en tus razones, *ni en tus intentos prudencia:*
Ni eres tú sino ignorante *á quien la impiedad despeña,*
O bárbaro que no tiene *de Dios ni su ley idea.*
Nosotros de Mahomad *seguimos la recta senda,*
Y no dudamos que Alá *confundirá tu soberbia.*

CAPITULO LXXVII.

De la guerra auxiliar en Almagrêb.

Andaban en Africa y Almagrêb muy revueltas discordias y guerra civil, que habia principiado con la invasion de Muza ben Abi Alafia, Amir de Mequineza, en los estados de Fez, contra Yahye ben Edris desde el año trescientos y cinco. Aben Alafia se apoderó de Fez el año trescientos y trece, y de Velad Teza y Tesûl, y de la mayor parte de Almagrêb con las ciudades de Asila y Sale: el pueblo le juró y aclamó; pero se levantaron contra él algunos Xeques y Gabilas Zenetes, ó por lealtad á sus Reyes ó por envidia del engrandecimiento de este Amir. Estos parciales de los Edrises escribieron sus cartas al Rey Abderahman Anasir de España, suplicándole que amparase y favoreciese á los Edrises, injustamente desposeidos de sus estados, recordándole la antigua amistad de sus padres desde su establecimiento en estas partes de Poniente: que los enemigos eran gente bárbara y cruel que no cabia en las dilatadas regiones de Egipto, Barca y Africa, que no pensaban menos que en apoderarse de todos los estados de Almagrêb, y despues intentarian tambien pasar á España. El Rey Abderahman, habido su consejo, respondió á estas cartas que ampararia á los Edrises contra los usurpadores de sus estados. Ordenó que sus caudillos Giafar ben Otman, Wali de Mayorcas, y el Ocaili, Amir de sus naves en el Mediterráneo, pasasen á Africa con hueste de apie y de

acaballo, y que procediesen de acuerdo con los caudillos Zenetes leales á los Edrises, y procurasen ganar á su favor á Muza ben Alafia, interesándole contra los intentos de invasion de los del Xiyei: asimismo escribió el Rey Abderahman al Wali Said ben Sahli, gobernador de Nocôr y de sus comarcas por
los Meruanes. En el año trescientos diez y nueve ocu- 931
paron las tropas de Abderahman las ciudades de Cebta y de Tanja, para tenerlas como presidios de seguridad para los ejércitos de España, y las repararon y fortificaron sus muros, y acordaron con los caudillos Zenetes asegurar aquellos estados contra la invasion de los del Xiyei. Muza ben Alafia ofreció conspirar al mismo intento, apatentando amistad con aquellos á quienes temia ó necesitaba.

Entretanto los Edrises huyeron á la fortaleza de Hijar Anosor ó Peña de Aguilas. Muza ben Alafia, despues de pelear con varia fortuna, los cercó en aquella fortaleza inaccesible, que habia edificado Muhamad ben Ibrahim ben Muhamad ben Alcasim ben Edris, su altura se escondia entre lás nubes. Se cansó Alafia de las dificultades del sitio, y dejando en el cerco á su caudillo Abulfeth el Tesuli con mil caballos, se partió á Fez en el año trescientos diez y siete. Permaneció Alafia en Fez hasta que vino á Magrêb Hamid ben Sobeil, caudillo de Obeidala el Xiyei, desde Almahedia con gran hueste, y con él Hamed ben Hamdan el Hamdani: esto en el año trescientos y veinte. La ocasion de su venida fue que Aben Alafia, al partir del cerco de Hijar Anosor y entrar en Fez, quitó la vida al gobernador del barrio de los Andaluces Abdala ben Taalaba ben Mu-

hamad ben Abud, y puso en su lugar al hermano de este Muhamad ben Taalaba, y pocos dias despues le despojó del gobierno y lo dió á Towal ben Abi Yezid que permaneció en él hasta que Fez salió del poder de Aben Alafia, y en el barrio de los Cairvanes puso á su hijo Modin: luego partió á Medina Telencen, y se apoderó de ella y de sus comarcas, que tenia Alhasan ben Abi Ayxi ben Edris el Hasani, echándole de la provincia y sus confines; esto año trescientos diez y nueve: éste huyó á Medina Melila de Gezair Muluya, y allí se defendió, y escribió al Xiyei desconfiando del auxilio de los Andaluces. En este tiem-
932 po, en la luna de Xaban del año trescientos y veinte, fue aclamado Abderahman Anasir, Rey de España, en Fez y en todas las ciudades de Almagrêb, y se hizo la chotba por él en todos sus alminbares. La fama de estas cosas llegaron á Mahedia, y entonces Obeidala el Xiyei envió sus caudillos con numerosa hueste: Hamid ben Sobeil peleó con Muza ben Alafia, que huyó vencido con sus compañías á la fortaleza de Ain Ishac, en tierra de Tesûl, y se fortificó en ella. Hamid pasó á Fez, y antes de llegar á ella huyó de la ciudad Modin, hijo de Muza ben Alafia: entró Hamid en Fez, y dió aquel gobierno á Hamed ben Hamdani, y se volvió á la provincia de Africa. Los Edrises con estas noticias salieron de Calat Anosor, y vencieron al caudillo Abulfeth el de Muza ben Alafia, y fue la entrada de Hamid en Fez el año trescientos veinte y uno. El Wali de Nocôr Ahmed ben Abi Becri ben Abderahman ben Sahli con los Andaluces fueron con mucha diligencia sobre Fez, y la entraron por fuer-

za, y degollaron siete mil de los de Obeidala el Xiyei, y quitaron la vida á Hamed el Hamdani, le cortaron la cabeza, y la enviaron á Muza ben Alafia con su hijo, y Muza la envió á Córdoba al Rey Abderahman. Luego envió el Rey Abderahman nombramiento de Amil ó gobernador de Fez al caudillo Ahmed ben Becri, y permaneció en esta ciudad bajo la proteccion del Rey de España y de Muza ben Alafia hasta que llegó Maysor el Feti, caudillo de Abulcasim el Xiyei, hijo de Obeidala el Fatemi, y cercó Maysor la ciudad de Fez hasta que salió Ahmed ben Becri con palabra de seguro á tratar con él, y le presentó muchos ricos presentes: Maysor los tomó, y faltando á sus palabras y seguro le encadenó y le puso á buen recaudo, y le envió á Mahedia: estuvo siete meses Maysor sobre Fez, y concertó con los de la ciudad que proclamasen á Abulcasim el Xiyei, y le pagasen á él siete mil dinares; y así lo hicieron, y acuñaron monedas en su nombre, y le hicieron chotba en sus mezquitas, y luego partió con su hueste á pelear contra Muza ben Alafia. Los Edrises aprovecharon este tiempo favorable y ocuparon la mayor parte de sus tierras, y Muza ben Alafia no cesó de retraerse hacia Sahra y á los confines de sus antiguos estados desde Medina Ajarsif hasta Medina Tekrûr: hacia que murió, segun el Bornozi, en Velad Muluya año trescientos veinte y ocho, que sus enemigos le quitaron alevosamente la vida; y le sucédieron sus hijos en sus estados. Algunos dicen que su muerte fue en el año trescientos cuarenta y uno, que le sucedió su hijo Ibrahim, que murió año trescientos y cincuenta: despues hubo el

mando su hijo Abdala ben Ibrahim hasta que murió año trescientos y sesenta; y despues le sucedió su hijo Ahmed ben Abdala, y en sus dias acabó el estado de los Alafias de Mekineza año trescientos sesenta y tres.

En este año trescientos diez y nueve falleció en Zaragoza Ishac ben Abderahman Abu Abdelhomeid, hombre muy docto y de mucha austeridad, á quien consultaban todos los pueblos de España oriental; y en miércoles nueve dias faltantes de la luna de Regeb falleció en Córdoba el Cadi de su Aljama, llamado Aslam ben Abdelaziz ben Haxem, que le conocian por Abulgaad, hombre de mucha integridad, muy retirado y continuo en la oracion.

A mediados de la luna de Safar del año trescientos y veinte fallecio en Córdoba Muhamad ben Said ben Muza ben Hodeira, que despues de haber servido en las prefecturas de Coras, y de Wali de provincia, vino á Córdoba en tiempo del Rey Abdala ben Muhamad, que le encargó el juzgado de justicia urgente de la ciudad: despues fue depuesto de este cargo, y luego restituido por el Rey Abderahman, que en premio de su zelo y buenos servicios le nombró su Hagib, y tuvo toda la confianza del Rey; y en este importante cargo falleció con grave sentimiento del Rey Abderahman, que no tuvo despues otro Hagib de igual confianza.

En este mismo año murió en Córdoba Abdala ben Abilwalid Abulnathar, Alfaqui de mucha integridad y sabiduría: poco antes de su muerte le consultó un Amil de la ciudad una órden larga y grave que recibió del Rey, y sin acabar de leerla le res-

pondió Abulnathár: mucho tiempo antes que la órden del Príncipe de los fieles recibiste el libro de Dios: considera cuál de estas dos ordenanzas es la mas importante y primera, y obra sin recelo.

Poco tiempo despues falleció en Jaen Otman ben Said el Caneni, natural de aquella ciudad, hijo de los Cadíes de ella, hombre de loable vida, muy retirado y sabio: era conocido por Har Caus, dejó en Jaen muchas memorias de su beneficencia, y su sepulcro fue visitado de las gentes.

En el año trescientos veinte y dos á mitad de la luna Rebie primera falleció en su ciudad de Mahedia el Rey Obeidala el Mahedi, el primero de los Fatemis ó Ismaelíes, y fue aclamado su hijo Casim, apellidado Alcayem Bimrila; pero este acaecimiento no turbó los ánimos ni desalentó las esperanzas de los parciales y caudillos de aquel poderoso estado.

CAPITULO LXXVIII.

De las algaras en Galicia.

Las nuevas de los venturosos sucesos de las armas de Abderahman en Magrêb el Wast causaron grande alegría en España; pero se turbó luego esta en Córdoba con los avisos posteriores, y los del Wali de Mérida, que comunicaban que Aben Ishac ben Omeya, gobernador de Santarin, ofendido de la muerte que con justicia se habia dado á su hermano el Wazir Muhamad ben Ishac por sentencia y mandamiento del Rey Abderahman Anasir; aquel noble caudillo, olvidando su lealtad, se habia pasado

á la proteccion del Rey Radmir [1] de Galicia, llevándose en su compañía muchos esforzados fronteros de aquella ciudad y de su comarca. Que éste habia aconsejado y dado mayor osadía á los Cristianos de Galicia, y habian principiado á entrar y correr la tierra de Lusitania, llegando sus algaras hasta Badalyox y Alisbona. Mandó el Rey que se juntase la caballería de Córdoba y de Mérida, y que partiese el Príncipe Almudafar á la frontera, y luego salió acompañado de muchos caballeros que quisieron seguirle voluntarios á esta expedicion.

En Lusitania el Príncipe Almudafar peleó contra los Cristianos de Galicia y los venció, obligándolos á retirarse á la derecha del rio Duero con mucha pérdida, y la caballería de Almudafar entró y corrió las fronteras de Galicia: no osaron salir contra ella los Cristianos ni el rebelde Aben Ishac ben Omeya. Volvió Almudafar á repasar el rio Duero; y asegurada la tierra se vino por Mérida á Córdoba con ricos despojos de esta expedicion. Al fin del año tres-
935 cientos veinte y cuatro falleció en Córdoba el Cadi de la Aljama Ahmed ben Baqui ben Machlad, hombre de muy loable vida, insigne por su mucha sabiduría y por su virtud, murió agobiado de años, y su muerte fue sentida de los pobres y desvalidos, á quienes toda su vida consoló y remedió, y su féretro acompañado de toda la gente de la ciudad.

---

[1] Este fue el Rey Don Ramiro II de Asturias y de Leon.

CAPITULO LXXIX.

De la fundacion de Medina Azahrâ.

El Rey Abderahman Anasir solia pasar las temporadas de primavera y otoño en un apacible sitio á cinco millas de Córdoba Guadalquivir abajo: y por la frescura y amenidad del lugar, por sus alamedas y espeso bosque mandó edificar allí un alcazar con muchos edificios magníficos y muy hermosos jardines contiguos, y lo que antes habia sido una casa de campo se transformó en una ciudad. En medio de ella estaba el real alcazar, obra grande y de elegante fábrica. Mandó poner en él cuatro mil y trescientas columnas de preciosos mármoles, todas de maravillosa labor. Entraban cada dia en la obra seis mil piedras labradas, sin las de mampostería que eran infinitas. Todos los pavimentos de sus tarbeas ó cuadras estaban enlosados de mármol con diferentes alicatados ó artificiosos cortes: las paredes asimismo cubiertas de mármol con varios alizares ó fajas de maravillosos colores: los techos pintados de oro y azul con elegantes atauxias y enlazadas labores: sus vigas, trabes y artesonados de madera de alerze de prolijo y delicado trabajo. En algunas de sus grandes cuadras habia hermosas fuentes de agua dulce y cristalina, en pilas, conchas y tazones de mármol de elegantes y varias formas. En medio de la sala que llamaban del Califa habia una fuente de jaspe que tenia un cisne de oro en medio de maravillosa labor, que se habia trabajado en Constan-

tinia, y sobre la fuente del cisne pendia del techo la insigne perla que habia regalado á Anasir el Emperador griego. Contiguos al alcazar estaban los grandes jardines con diversidad de árboles frutales, y bosquecillos partidos de laureles, myrtos y arrayanes, ceñidos algunos de curvos y claros lagos, que ofrecian á la vista pintados los hermosos árboles, el cielo y sus arreboladas nubes. En medio de los jardines, en una altura que los dominaba y descubria, estaba el pabellon del Rey, donde descansaba cuando venia de caza: estaba sostenido de columnas de mármol blanco con muy bellos capiteles dorados: cuentan que en medio del pabellon habia una gran concha de pórfido, llena de azogue vivo, que fluía y refluía artificiosamente como si fuera de agua, y daba con los rayos del sol y de la luna un resplandor que deslumbraba. Tenia en los jardines diferentes baños en pilas de mármol de mucha comodidad y hermosura: las alcatifas, cortinas y velos tejidos de oro y seda con figuras de flores, selvas y animales eran de maravillosa labor, que parecian vivas y naturales á los que las miraban. En suma, dentro y fuera del alcazar estaban abreviadas las riquezas y delicias del mundo que puede gozar un poderoso Rey. Se llamó esta ciudad Medina Azahrâ del nombre de una hermosa esclava del Rey, á la cual amaba y distinguía entre todas las otras de su Harem. Edificó en Medina Azahrâ una mezquita que en preciosidad y elegancia aventajaba á la grande de Córdoba, y construyó tambien en ella la Zeca ó casa de moneda, y otros grandes edificios para estancias de sus guardias y caballería. Acabóse la obra principal el

año trescientos veinte y cinco; y dice el Xaquíqui 936
que costó sumas inmensas. Era la guardia del Rey Abderahman Anasir muy numerosa, la formaban doce mil hombres, cuatro mil Eslavos, que era guardia interior y de apie, cuatro mil Africanos Zenetes, y cuatro mil Andaluces; estos ocho mil eran de acaballo, los capitanes de esta gente eran de la familia Real, y Xeques principales de Andalucía y de Tahart, y repartian por taifas ó compañías la guardia, estacion y tiempo que les correspondia: solo en ocasion de salir el Rey á la guerra servian todos. Ademas de la parte de su guardia que seguía al Rey en las dos jornadas de verano y otoño escogía el Rey Abderahman las esclavas y siervos que debian acompañarle, los Wazires y Alcatibes, y los hombres doctos y de ingenio que queria llevar consigo, y sus cazadores y halconeros, porque como sus padres se entretenia mucho en la caza de aves.

En este año de trescientos veinte y cinco pareció en los montes de Gomera un hombre llamado Hamim, que se decia profeta, y con su predicacion llevó tras sí mucha gente rústica é ignorante de los montes de Gomera y de otras partes: imponia á sus secuaces dos oraciones al dia, una al salir del sol y otra al ponerse, con tres arraqueas ó postraciones en cada oracion: les dió una leyenda en lengua berberisca, y una oracion que decia: Señor, librános de pecados, tú que nos diste ojos para ver el mundo: sácanos de pecados, tú que sacaste á Jonás del vientre de la ballena, y á Muza del mar. En las postraciones debian rogar por la salud de Hamim, de su compañero Yahlaf y de Teliat, que era una muger

hechícera que le acompañaba. Mandábales ayunar diez dias de Ramazan y dos de Xawal, y sus ayunos eran hasta el mediodia, con ciertas alcaferas ó expiaciones, y dispensaba del Alhag ó peregrinacion religiosa, y de las purificaciones de alwado y atahor, permitiéndoles el comer carne de puerca, diciendo que por Alcoran solo se prohibia el puerco, y proponia otras prácticas y vanas observancias. Seguíale ya mucha gente, que le acudia con el azaque ó décima de todos sus frutos, y la negaban al Rey resistiéndose al servicio y obediencia debida. Los caudillos del Rey prendieron á este hombre, y mandó Abderahman que los Alfaquíes examinasen su doctrina, y se juntaron para esto en Alcázar de Masamuda, y condenaron sus prácticas, y declararon que Hamim era un hipócrita embaidor. Dieron cuenta al Rey de esta declaracion, y le mandó matar; y fue clavado en un palo, y su cabeza enviada á Córdoba.

En fin de este año pasó de Cairvan á Sicilia Alcayem Bimrila, hijo y sucesor del Mahedi, se apoderó de la isla por fuerza de armas, con horrible matanza de los habitantes: solo Dios sabe el número de los muertos en la violenta entrada de este nuevo Señor; muchos huyeron de la isla, y se pasaron á tierras de Rûm. En este año falleció en Córdoba su patria Ibrahim el Moredi, hombre muy docto, y consultado de los sabios de todas partes: su fama era grande en Africa, Egipto y en las Iracas, y nunca habia salido de España: tambien falleció en fin de este año en la misma ciudad Obeidun el Geheni, conocido por el Gomer, que fue Walilcoda de España solo un dia.

CAPITULO LXXX.

De la entrada en Galicia, y batalla de Alhandic.

En el año trescientos veinte y seis ordenó el Rey Abderahman Anasir que se juntasen las gentes de Andalucía, Mérida y Toledo en la frontera de Galicia, por las grandes asonadas de guerra que inquietaban la Lusitania. Todos los pueblos ribereños del Duero traían sus ganados aquende el rio, y con el temor que tenian de las crueles entradas de los Cristianos desamparaban la tierra, y se acogian á las fortalezas y ciudades. Con la órden del Rey toda España se puso en movimiento, y de todas partes se allegaban peones y caballería, todos los caminos estaban cubiertos de gente y aparatos de guerra, acémilas y provisiones. Venido el principio del año trescientos veinte y siete, avisaron los Walíes de las capitanías que estaban juntas las banderas de todas las provincias en la frontera, y solo esperaban la órden del Rey para hacer su entrada. El Rey Abderahman partió de Córdoba con su guardia y la flor de la caballería de Andalucía. El Príncipe Almudafar su tio salió de Mérida con la caballería de Algarbe, y en principios de la luna Safar llegó el Rey al ejército, que estaba reunido en Salamanca y sus comarcas. Reconoció el Rey en compañía de su tio Almudafar todos los acampamentos, y concertaron el órden y division de la gente y banderas. Era todo el ejército mas de

cien mil hombres, que dividieron en tres huestes, acaudillada la primera del Príncipe Almudafar, la segunda del Wali de Badalyox Obeidala ben Ahmed ben Jali ben Wahib de Córdoba, y la tercera por el Rey Abderahman con los Walíes de Toledo, Valencia y Tadmir. Señalado el dia se pusieron en movimiento, y pasaron el Duero y entraron sin hallar resistencia haciendo los estragos de las tempestades: talaron los campos y quemaron las poblaciones en tierra de Cristianos: asolaron Rebat y Amaya, y llegaron á cercar Medina Zamora, que habia tomado el Rey de Galicia. Era la ciudad fuerte á maravilla, rodeada con siete muros de robusta y antigua fábrica, obra de los pasados Reyes, con dobles fosos anchos y profundos llenos de agua, y defendida por los mas valientes Cristianos.

Encargóse el cerco de Zamora á Abdala ben Gamri, y al Wali de Valencia: los Cristianos hicieron impetuosas salidas contra el campo de los Muslimes, que con mucho valor las rechazaban, y de una y otra parte se ensangrentaban las armas; pero siempre volvian los infieles á sus muros acosados de las lanzas de los Muslimes: no pasaba dia sin sangrientos lances y porfiadas escaramuzas. El Rey de Galicia Radmir allegó sus gentes para venir al socorro de los cercados, por conservar tan importante fortaleza. Luego fue avisado el Rey Abderahman de los movimientos de las huestes de los Cristianos, que habian bajado de sus montes todos los de Galicia y Alvascande. Salió al encuentro de los infieles el Príncipe Almudafar con su hueste de cuarenta mil hombres, y siguió á esta la del Rey Abderahman de igual

número de combatientes, y en ella iba la flor de la caballería de España; y quedó Abdala ben Gamri y el Wali de Valencia con veinte mil hombres para mantener el cerco de Zamora.

Encontráronse los campeadores de la hueste de Almudafar y los de los infieles á las orillas de un rio, que baja al Duero, trabaron una leve escaramuza y se retiraron á su campo: al dia siguiente hubo un espantoso eclipse, que cubrió la luz del sol de amarillez oscura en la mitad del dia, horrorizando los ánimos de la inexperta juventud que no habia visto en su vida cosa semejante. Dos dias pasaron sin hacer movimiento alguno ni los Muslimes ni los Cristianos; pero al tercero impacientes los esforzados caudillos de Algarbe ordenaron sus banderas, y el Príncipe Almudafar recorrió sus compañías y los animó para entrar en batalla. Tomó el Príncipe la delantera y centro de batalla; las alas derecha é izquierda encargó á los Walíes de Toledo y Badalyox, y al Rey Abderahman con los caudillos de Tadmir y de Valencia el cuerpo de reserva, para acudir adonde fuese necesario. Comenzó la batalla alto ya el sol, aunque desde el rayar del dia habia principiado á moverse el campo y á llenarse el ayre del estruendo de anafires y trompetas, y de las voces y alarido espantoso de ambas huestes, que hacía temblar y estremecer la tierra. Bajaba el inmenso gentío de los Cristianos muy apiñado en sus escuadrones, y con enemigo ánimo se acometieron ambas huestes, y se trabaron con atroz matanza. Por todas partes se veía igual furor y constancia: el Príncipe Almudafar recorria todos los puestos animando á los Muslimes,

blandiendo su robusta lanza, revolviendo su feroz caballo entraba y salia en los mas espesos escuadrones enemigos, haciendo cosas hazañosísimas. Sostenian los Cristianos el encuentro de la caballería muslímica con admirable esfuerzo, y su Rey Radmir con sus caballos armados de hierro rompia y atropellaba cuanto se le ponia delante: el rebelde Aben Ishac Aben Omeya con sus valientes caballeros andaba tambien cubierto de crugientes armas, derramando la sangre de los Muslimes como el mas feroz de sus enemigos: cedian el campo los Muslimes al valor de esta aguerrida gente: pero el Rey Abderahman viendo desordenadas muchas banderas del ala derecha, y que toda la hueste cedia el campo á los enemigos, se lanzó con la caballería de Córdoba y toda su guardia al costado del ejército de los infieles, y rechazados con valor por apiñados escuadrones de lanceros, todo el ímpetu de la caballería logró penetrar en ellos, y se volvió de aquel lado la fuerza de todo el ejército enemigo: por todas partes se renovó la batalla con mayor ardimiento: Aben Ahmed reparó su gente, y peleando en los primeros contra los mas valientes enemigos, fue derribado del tercer caballo con un fiero golpe de hacha, y espiró al punto: tambien murió á lado de este caudillo y á la vista del Rey Abderahman el Cadi de Valencia Gehaf ben Yeman, y el esforzado caudillo de Córdoba Ibrahim ben Davd, que se distinguió este dia con estrañas proezas, y cayó lleno de heridas. Ya la victoria se declaraba á favor de los Muslimes, y los Cristianos se retiraban peleando, cuando la venida del encubridor tiempo de la noche puso treguas á tantos horrores.

Quedaron los Muslimes sobre el campo mismo de batalla, que estaba regado de humana sangre y cubierto de cadáveres y de heridos moribundos, que espiraban hollados entre los pies de la caballería: allí pasaron la noche, y descansaban los vivos tendidos y mezclados entre los muertos, esperando con impaciencia y temor la luz del dia para acabar aquella sangrienta é inhumana contienda: los Cristianos se retiraron, y por varios vados pasaron el rio sin ánimo de probar al dia siguiente la suerte de las armas, Cuenta Mesaudi, que Omeya Aben Ishac los persuadió, que intimidó á Radmir, ponderándole el excesivo número de la gente muslime, sus estratagemas y emboscadas, que recelase de los Arabes y de sus engaños de guerra, que cuando parece que los han vencido, entonces comienzan á pelear; y como antes del alba sonaron tantas trompetas, y principiaron á descubrirse por el campo tantas banderas muslimes con la dudosa luz acrecentadas, aquel estruendo atemorizó á los infieles, y aceleraron su retirada, alejándose de aquellos estragados campos. Esto libró á los Muslimes de manos de Radmir, y así le privó Dios de una victoria, y de poder socorrer á los cercados en Zamora. ¡Quién puede saber el número de los muertos! Dios lo sabe. Vista la partida de los enemigos, y que no convenia empeñarse en perseguirlos, dejando algunas taifas de caballería sobre los pasos de aquel rio volvieron las huestes de Abderahman al campo de Zamora, se dieron recios combates á sus torreados muros, y los cercados los defendian con bárbaro valor. No se adelantaba ni ganaba un paso sino á costa de sangre de los esforza-

dos muslimes; la presencia del Rey Abderahman y del Príncipe Almudafar excitaba el ánimo de los combatientes, y lograron aportillar y derribar dos muros, entraron numerosas compañías de muslimes, y hallaron dilatado espacio, y en medio ancha y profunda fosa llena de agua, y los Cristianos que con desesperado ánimo defendian aquella fosa. Fue una espesa nube y horrible torbellino de tiros y saetas, la matanza fue atroz, y los esforzados cristianos caían muertos en el lugar que ocupaban. Los valientes muslimes perdieron en aquella pelea algunos millares que alcanzaron este dia las copiosas recompensas y premios de su algihed: entraron muchas banderas de la gente de Algarbe y de Toledo, y arrojando al foso los cadáveres de sus hermanos muslimes, éstos les sirvieron de puentes, y los Cristianos no pudieron resistir el ímpetu de tantas espadas sedientas de sangre, y allí murieron como buenos. La sangre de éstos y la de los muslimes enturbió y enrojeció las aguas del foso, y parecia un lago de sangre. Se escalaron los muros y se rompieron sus herradas puertas, y en todas sus torres se pusieron banderas del Islam: apoderados de la ciudad solo se abstuvieron de derramar la sangre de niños y mugeres. Esta fué la célebre batalla de Alhandic, ó de la fosa de Zamora, tan sangrienta para los vencedores como para los vencidos. Acaeció esta batalla y la de Abderahman y Rad-
638 mir en la luna de Xawal del año trescientos veinte y siete, tres dias despues del eclipse que turbó los ánimos de estas huestes. Cuenta Mesaudi que se decia en Fostat de Egipto en su tiempo, que habian muerto en esta expedicion cuarenta ó cincuenta mil Muslimes.

CAPITULO LXXXI.

De la vuelta del Rey Anasir á Córdoba, y de varios sucesos.

El Rey Abderahman, dejando asegurada aquella frontera, y dada órden para reparar los muros de Medina Zamora, se vino con su hueste á Mérida, despidió las banderas de Toledo, Tadmir y Valencia, y fue recibido en la ciudad con aclamaciones de triunfo: premió á los caudillos que se habian distinguido en esta gazua de Galicia, y dió á los jóvenes vestidos preciosos, armas y caballos, y á los Xeques y caballeros alcaidías y gobiernos. Dió el gobierno de Sevilla á Ismail ben Badr ben Ahmed ben Zayde, conocido por Abu Becri, caballero de Córdoba. Despues que descansó el Rey algun tiempo en Mérida se vino con los Wazires y alcaides de su guardia á Córdoba, y el dia de su entrada en ella fue de gran fiesta y general alegría. Hizo el Rey Cadi de Valencia á Giafar, hijo de Gehaf ben Yemen, en consideracion á sus propios méritos y á los buenos servicios de su padre, que murió peleando en la batalla de Zamora. El año trescientos veinte y ocho, doce dias antes de acabar la luna de Giumada primera falleció el célebre Cordobes Ahmed ben Muhamad ben Abdrabihi docto y elegante poeta de este tiempo: habia celebrado en sus versos á los Reyes Muhamad, Almondhir, Abdala y Abderahman Anasir, y sus ingeniosas composiciones eran las delicias

de Córdoba, y la honra de los poetas Andaluces. El Príncipe Alhakem hizo de ellas una escogida coleccion que tenia veinte partes, y las dió títulos singulares como el cielo, las estrellas, la aurora, el dia, la noche, el huerto, la nube, el amor, el arrepentimiento, la cortilla: habia nacido á diez de Ramazan del año doscientos cuarenta y seis, y esperó la muerte ochenta y un años, ocho meses y ocho dias. Cuenta Yahye ben Hudheil, sabio y erudíto poeta, que él se dedicó á la poesía con esta ocasion; que habiendo fallecido Ahmed Abdrabihi, él pasaba por una calle en Córdoba, y vió salir de una casa infinidad de gente que seguian un féretro, que preguntó quién era el difunto, y le dijeron: ¡pues no sabes que ha muerto el poeta de Córdoba! que siguió el entierro, y vió el gran concurso y general sentimiento, y de aquí procedió su ansia por ser poeta: que se volvió á su casa sin pensar en otra cosa, y aquella noche en su sueño le pareció que estaba á la puerta de una casa, que le dijeron que era la casa de Alhasan ben Heni: que llamó á la puerta, y le salió abrir Alhasan, que le miró con ojos muy agradables, que luego á la hora dispertó y estuvo desvelado hasta el dia: consultó á sus amigos su sueño, y le dijeron que con el tiempo sería un buen poeta, segun el benigno aspecto con que le habia mirado Alhasan ben Heni: que se dedicó á la métrica, y con efecto consiguió mucha celebridad por sus poesías: que fue su escuela la casa del Wazir y privado del Rey Abderahman Anasir el célebre Abu Amer Ahmed ben Said: que su casa estaba abierta á todos los hombres doctos, y en especial

favorecia á los buenos ingenios: que concurrian á ella los mas insignes poetas de Andalucía. Era la casa de este Wazir como una académia, y contó en ella Said ben Ahmed ben Chalad, Andaluz, que estando en Oriente en una concurrencia de muchos eruditos de varios paises se citaron poesías muy elegantes, y dijeron algunos: no es justo que nos oculteis vuestros buenos versos de Andalucía, como no se oculta la luna llena en la oscuridad de la noche: que entonces recitó varios versos de poetas de España, que fueron repetidos y celebrados de todos; pero unos Egipcios dijeron entonces: ¿y dónde hay entre tantos poetas de España uno como Alhasan ben Heni? que él entonces les dijo unos versos de Algazali Yahye ben Hakem Andaluz, de su casida larga; y maravillados todos á una voz dijeron: ¡Dorr el Hasah, dorr el Gazali! que no ceden en nada uno á otro. Eran al mismo tiempo muy concurridas las conferencias de eruditos en casa del Cadi Aben Zarb, y asistian á ellas Aben Thaalaba, Aben Asbag y otros muchos sabios de la ciudad, y algunas veces Muhamad ben Moavia el Coraixi, Ahmed ben Almutaraf, el Wazir Aben Said y Muslema ben Casim y otros de la primera nobleza. En casa del Wazir Iza ben Ishac, y de Chalaf ben Abês el Zahrawi, famosos ambos por su sabiduría en todas las ciencias, y en especial por sus doctas obras de medicina, eran las conferencias de hombres aplicados á las ciencias físicas y á la astronomía, al cálculo y otros conocimientos: eran ambos médicos del Rey Abderahman; pero tan virtuosos y benéficos que sus casas estaban abiertas de dia y de noche, y sus patios se llenaban de pobres que les

consultaban sus dolencias. En fin de este año trescientos veinte y ocho falleció en Córdoba Ibrahim ben Hilel el Caisi, llamado el Chuzeni por su patria, hombre de mucho valor y de loable vida, que acompañó al Príncipe Almudafar en muchas sangrientas batallas, llevando sus órdenes á los caudillos y banderas.

CAPITULO LXXXII.

De la batalla de Gormaz, y treguas con los Cristianos.

El Rey de los Cristianos volvió á bajar de sus montes con numerosas tropas, corrió las tierras que riega el Duero en Lusitania, peleó con el caudillo de aquella frontera Abdala el Coraixi, y venció á los Muslimes, y se apoderó de Medina Zamora, y degolló á los Muslimes que la defendian. Estas infaustas nuevas llenaron de pesar al Rey Abderahman, y escribió á los Walíes de las capitanías de Toledo y de Mérida que enviasen sus banderas á la frontera de Galicia. Envió la caballería de Andalucía, y encargó al caudillo Abdala la venganza de los daños recibidos de los Cristianos, y le ordenó que les hiciese cruda guerra á sangre y fuego. Juntas las tropas muslimes, el Wali Abdala el Coraixi entró con ellas aquella frontera, le salieron al encuentro los de Galicia, en tal situacion, que por un lado estaban cercados del rio Duero, y por el otro de altos cerros y tajadas peñas, por lo cual el sitio obligaba á los

unos y los otros á pelear, y la esperanza consistia en el valor, y la salud dependia de la victoria, decia Coraixi:

De un lado nos cerca Duero, del otro peña tajada,
La salida está en vencer, y en el valor la esperanza,
La sangre de los infieles enturbie de Duero el agua.

Trabaron una sangrienta batalla, vencieron los Muslimes, haciendo en los Cristianos atroz matanza, y en esta ocasion vengaron la sangre de sus hermanos, y la de sus enemigos enturbió las aguas del Duero: se apoderaron á fuerza de espada de la fortaleza de Sanestefan de Gormaz, y Dios sabe el número de los enemigos que allí murieron: fue esta batalla de Gormaz año trescientos veinte y nueve. Pasó 940
despues Abdala el Coraixi sobre Zamora, y la entró por fuerza con gran daño de los que la defendian, que pocos se libraron de las espadas muslimes sedientas de sangre. Con la nueva de estos venturosos acaecimientos en Galicia, se templó el disgusto de las noticias menos agradables que venian de Africa: los Edrises mas confiados en los auxilios que les daban los caudillos del Fatimi, que en los de los caudillos Andaluces, se mantenian indecisos, y con la muerte de Muza ben Alafia, de quien habian recobrado la mayor parte de sus tierras de que les habia desposeido, disimulaban menos su desafecto á los de Andalucía, y no creian sinceros los auxilios que Abderahman les ofrecia. En este tiempo Aben Ishac ben Omeya se indispuso con el Rey de Galicia por desconfianzas que tenia de sus servicios y consejo, y es-

cribió al Rey Abderahman para que le recibiese en su gracia, y escusando sus anteriores procedimientos, por haber procedido de una honrada presuncion, creyéndose obligado á vengar la sangre de su hermano: que ya desengañado de no haber sido muerto á sin razon, le suplicaba le recibiese en su servicio para acreditar su lealtad, y como era buen Muslim. El Rey Abderahman admitió sus escusas, y le recibió en su gracia y en la misma dignidad de Wazir y caudillo de frontera. En este año trescientos veinte y nueve falleció el Cadi de Badalyox Salmon ben Coraixi, hombre docto y de mucha virtud: su muerte fue muy sentida en la ciudad y pueblos de su comarca. Tambien falleció este año el insigne poeta Abés el Solehi, así llamado del valle de Soleh en el Cadiazgo de Sevilla, por otro nombre se le llamaba el Taliki ó de Talica, ciudad antigua cerca de Sevilla. Murió este año Chalaf ben Basil el Firixi, célebre en Oriente por sus conocimientos, murió en Firix, pueblo de Granada.

En el año de trescientos y treinta sabiendo el Rey Abderahman la gran fama de erudicion y de sabiduría de Ismail ben Casim Abu Aly el Cali, natural de Menar-gerd en Diarbecri, á quien admiraban los sabios de Persia, de Syria y de las Iracas, que vivia en Bagdad desde el año trescientos y tres, donde le consultaban los Califas cuando volaba sobre ellos una mosca, y viendo la aficion y amor á las letras de su hijo el Príncipe Alhakem, envió sus cartas á Ismail el Cali, rogándole quisiese venir á establecerse en Córdoba, donde le ofrecia su mismo alcázar ó el de su hijo con quien deberia conversar,

y al mismo tiempo le propuso tan generosas condiciones, que Ismail vino á España, y entró en Córdoba en este año. Fue admirada su sabiduría y aplaudido su grande ingenio, sus poesías, y mas que todo su buen corazon y general agrado: presentó á poco tiempo al Rey su libro célebre intitulado Nuêder, lleno de composiciones muy elegantes en prosa y verso: su casa fue desde luego frecuentada de los doctos y de la gente mas distinguida de Córdoba, y trató con especial amistad al célebre ingenio Jusuf ben Harûn el Kendi de Rameda en Algarbe, de quien decia que el principio y el sello de la poesía habia sido y era Kenda, con alusion á Amrulkeis y Motenabi, y al español Jusuf Kendi; y escribió este una elegante casida á la entrada en España de Abu Aly Ismail ben Alcasim. En este año trescientos y treinta partió á Oriente el Cadi Mondhir ben Said el Boluti con su hermano Fadlala, ambos de Córdoba, y muy estimados del Rey.

En este año falleció en Córdoba el docto Abdala ben Jonas el Moredi, Andaluz, célebre por sus elegantes escritos. Se levantó en Africa contra los Fatemis Abu Yezid, y los venció y ocupó gran parte de sus estados, y cercó al Rey Alcayem Bimrila en Mahedia, y duró largo tiempo el cerco, y falleció Alcayem Bimrila el año trescientos treinta y cuatro, y estuvo oculta su muerte mucho tiempo, y le sucedió su hijo Ismail, apellidado Mansur Bila, que venció al rebelde y recobró sus estados.

El Rey Radmir de Galicia envió sus mandaderos á Córdoba al Rey Abderahman Anasir para concertar ciertas avenencias de paz en sus fronteras: y

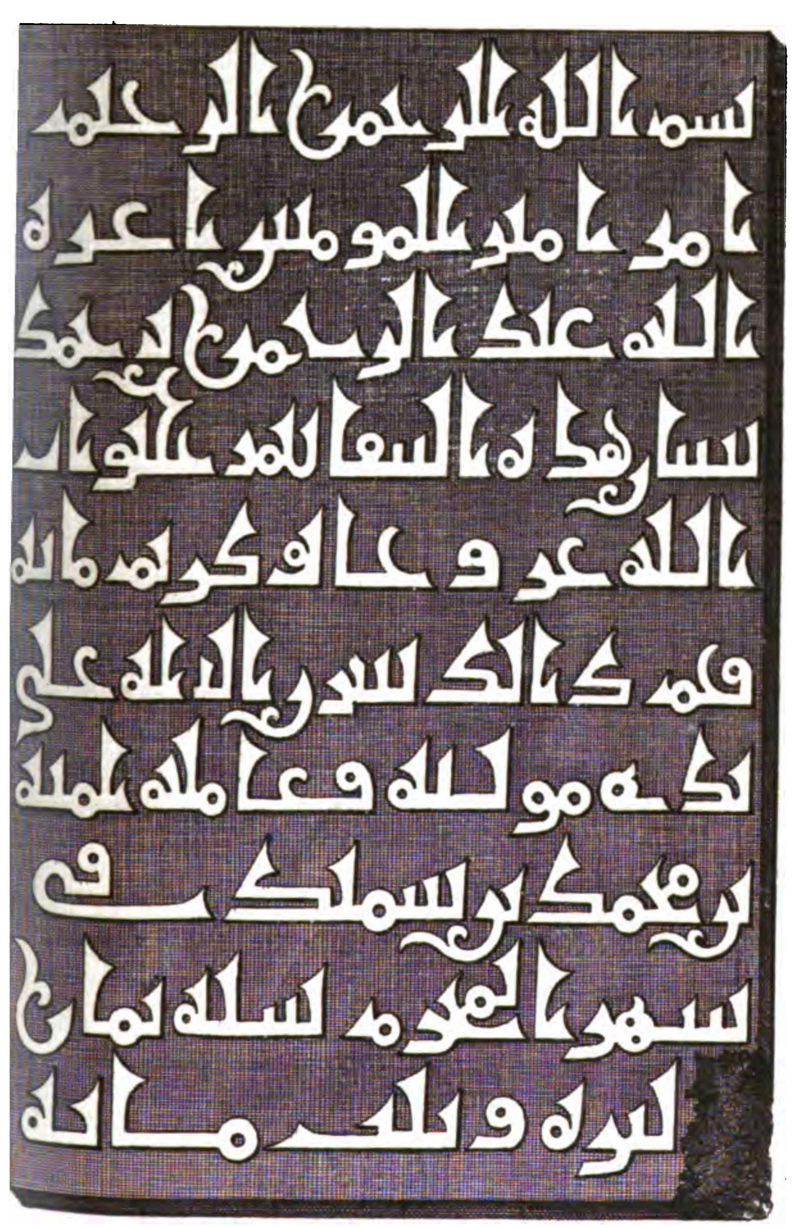
el Rey Abderahman los recibió muy bien, y otorgaron sus treguas que ofrecieron guardar por conveniencia de ambos pueblos, y envió el Rey Abderahman á su Wazir Ahmed ben Sahid con los mandaderos de Galicia, para saludar en su nombre al Rey Radmir, y fue el Wazir á Medina Leionis capital de Galicia, y son Cristianos como los de Afranc de secta Melkita: se ajustaron treguas por cinco años, y fueron muy bien guardadas.

En el año de trescientos treinta y tres se acabaron de construir algunas obras y reparos en las atarazanas de Tortosa, y mandó el Rey construir naves en los puertos del Mediterraneo. En la frontera de España oriental el Wali Abderahman ben Muhamad hizo entrada en los montes, y echó de Lérida y de sus comarcas á los hijos de Hafsun, y puso en el gobierno de esta ciudad al Wali Muhamad ben Atanail, que permaneció en ella hasta el año trescientos treinta y cinco. En este año volvieron de Oriente los dos hermanos el Cadi Mondhir ben Said el Boluti, y Fadlala ben Said, y pocos dias despues de su llegada á Córdoba falleció Fadlala, era Walilcoda de Fohs Albolut.

En Ezija se construyó de órden del Rey una azequia de riego, y un abrevadero magnífico, y se acabó la obra al principio del año trescientos treinta y ocho, y el gobernador de la ciudad y de su comarca puso una elegante inscripcion, que dice así:

En el nombre de Dios clemente y misericordioso mandó el Príncipe de los fieles, engrandezcale Dios, Abderahman hijo de Muhamad, construir esta azequia, esperando los premios de Dios omnipotente,

DE EZIJA.



Escala de una quarta.

glorioso y dador de todo bien, y se acabó esta obra con ayuda de Dios por manos de su siervo y Amil Omeya ben Muhamad ben Someid en la luna de Muharram, año trescientos treinta y ocho.

CAPITULO LXXXIII.

De la conspiracion de Abdala, hijo del Rey.

Habia el Rey Abderahman declarado futuro sucesor del Imperio á su hijo Alhakem, y se habia celebrado con mucha solemnidad la jura de Walialahdi con asistencia de los Walíes, Wazires, Alcatibes y Consejeros de Estado: su hermano Abdala competia con Alhakem en aficion á las buenas letras y en sobresalir en todas buenas artes y gentilezas de caballería, y en ganar la voluntad y favor de los hombres, y hacerse amar de los pueblos por su afabilidad y generosas liberalidades: eran ambos de excelentes prendas, admirable ingenio y erudicion; pero Abdala celebrado de todos, desvanecido acaso con el demasiado favor del aura popular dió oidos á las sugestiones de algunos ambiciosos que buscaban por medio de este Príncipe su propia exaltacion, y le hicieron concebir ideas que trocaron su feliz estado de honra y celebridad presente, por esperanzas torpes é inciertas de una subida violenta al trono, ya destinado á su hermano. La grandeza del intento ofrecia temor, peligros, dilaciones é incidentes que obligaban á nuevos proyectos. Fue el caso, segun cuénta Abu Omar ben Afif en su historia que perfeccionó Aben Ha-

yan, que Ahmed ben Muhamad, el conocido por Aben Abdilbar, hombre sabio y especial amigo y favorecido del Príncipe Abdala, que apenas se apartaba de su lado, que le acompañaba en casa y en el campo; pero al mismo tiempo hombre de ánimo atrevido, disimulado en sus cosas, tan adulador como soberbio y codicioso de subir y levantarse á mayores, con un exterior de respeto, de suavidad y singular modestia, todo artificios y ficcion para lograr sus intentos; éste, pues, persuadió al Príncipe Abdala, que la gente principal de todas las provincias y la de la capital de todas las clases, le miraban como agraviado en la preferencia que habia dado su padre á su hermano Alhakem declarándole su futuro sucesor, desentendiéndose de las prendas que le distinguían, y del general amor que el pueblo le manifestaba: que si él queria, si él entraba en ello no habia dificultad en hacer por él una aclamacion popular, y remediar lo hecho, y aun obligar al Rey su padre á cederle el trono, y si era menester se tomarian determinaciones mas fuertes. Deslumbrado el Príncipe Abdala con las lisonjas y alabanzas de éste, con las promesas y seguridades que todo lo facilitaban, y en suma por fatalidad de su estrella, más que por malignidad de su corazon, le permitió fomentar su bando y parcialidad, y él mismo procuró ganar las voluntades de Wazires y caudillos de la guardia, honrando á los amigos de Abdilbar con su especial favor, con oficios y gobiernos, y familiarizándose con toda clase de gentes. Nadie estrañaba que el Príncipe visitase á los hombres doctos, y á los que recomen-

daba la fama de sus ingenios y erudicion, y que éstos frecuentasen el Palacio Meruân en donde vivía: siempre habia manifestado igual humanidad y aficion á las letras. Aben Abdilbar menos discreto de lo que convenia, ó sea que falta el consejo cuando falta la fortuna, confió su secreto á quien mas leal que él lo rebeló al Rey Abderahman, y le descubrió, aun mas de lo que sabía de la conjuracion que se tramaba á favor de su hijo Abdala, por muchos parciales suyos que intentaban una revolucion contra su soberanía, y quitar la vida al Príncipe Alhakem su futuro sucesor, que el dia debia ser el de la fiesta de las Víctimas, que ya se acercaba [1].

Abderahman, aun en la incertidumbre de esta delacion, consideró que ni todo se habia de creer ni temer, ni en estas cosas hay ninguna por leve que parezca, que deba despreciarse: con mucho secreto consultó á su tio Almudafar, y de su acuerdo envió un Wazir de sus guardias de caballería para que á media noche prendiera á su hijo el Príncipe Abdala, y á buen recaudo con secreto y diligencia aquella misma noche le condujera á Zahrâ donde estaba la corte, y hechas las convenientes

---

[1] Edobi cuenta en pocas palabras esta desgracia de la familia de Abderahman, diciendo: Abdala hijo de Anasir, mancebo muy erudito y virtuoso, fue muerto por órden de su padre por causa del gran séquito que tenia de gentes, por su humanidad y excelentes prendas; como si á los Reyes descontentáran sus hijos cuando son buenos y bien acostumbrados.

prevenciones al Wazir para desempeñar su encargo: éste partió á Córdoba, y á nombre del Rey entró en el palacio Meruân, que está fuera de la ciudad, y sorprendió al Príncipe, y hallando en su compañía al Alfaqui Aben Abdilbar, y á un caballero amigo suyo conocido por el Señor de la Rosa, llamado Ahmed ben Abdala ben Alatar, que pasaban con el Príncipe aquella noche, como á sospechosos los prendió tambien, y separados los llevó presos á Zahrâ y los encarceló sin comunicacion. Cuando llegó Abdala á la presencia del Rey su padre, éste le dijo: ¿te tienes por ofendido porque no reynas? y con la turbacion Abdala no acertó á decir nada, sino llorar; y su padre con mucha severidad mandó que se le encerrase en su estancia, y así se hizo. Ordenó el Rey que dos Wazires de su Consejo de Estado averiguasen de Abdala lo que supiese de la conjuracion. Los Wazires aclararon cuanto se deseaba saber, porque Abdala con ingénua verdad descubrió cuanto habia en el caso hasta el momento de su prision: que las sugestiones de Aben Abdilbar le habian inducido y escitado á conspirar contra su hermano, que él mismo exornaba y facilitaba los medios para este atrevido intento; pero que no conocia otras personas determinadas á servirle en este mal hadado enredo: que aun el Señor de la Rosa Aben Alatar en su concepto era inocente y no habia tenido parte en estas maquinaciones por incauto y poco secreto: que solo sabía del mal consejo de Aben Abdilbar y de sus tramas, que el principio de ellas habia sido que Abdilbar deseaba el cargo de Cadi de los Cadíes de

España, y que apesar de su favor no lo habia logrado, que este descontento le habia perdido, que él daba gracias á Dios porque su divina bondad habia desconcertado tan perniciosas maquinaciones. Mandó el Rey Abderahman que se convenciese á Abdilbar con lo que Abdala habia declarado, y que se le descabezase el dia de la Pascua de las [1] Víctimas, el mismo en que él meditaba poner por obra sus malvados intentos.

Sabiendo Aben Abdilbar que el dia de la pascua de las Víctimas habia de ser descabezado, la noche precedente se quitó la vida, y amaneció muerto en su prision: entregóse su cadáver á sus parientes, y lo enterraron en el cementerio del Arrabal. Fue esto en la luna Dylhagia del año tres- 949
cientos treinta y ocho. La fama, como suele, levantó cosas atroces acerca de las circunstancias de estos acaecimientos, y aun estando fresca la memoria de esta desventura se contaba ya con variedad la muerte del Príncipe Abdala. Se dice que Alhakem pidió á su padre el perdon de su hermano Abdala, y que Abderahman le respondió: de tu parte estan bien los ruegos y la intercesion, y si yo

---

[1] Tenian los Muslimes de España cuatro pascuas al año, la primera el dia noveno de la luna de Muharram, y se llamaba pascua de Ataucia, la segunda el dia doceno de la luna de Rebie primera, y se llamaba pascua de Annabi, la tercera el primero de la luna de Xawâl, y se llamaba de Alfitra ó de salida de Ramazan, y la cuarta el deceno de la luna Dylhagia, y se llamaba pascua de Carneros ó de las Víctimas.

tuviese ahora la suerte de un hombre privado haría lo que tú quieres, y como reclama mi corazon; pero como Rey debo poner los ojos en la posteridad, y dar á mis pueblos ejemplos de justicia, y así yo lloro amargamente á mi hijo, y le lloraré mientras me dure la vida; pero me es forzoso ser justo imitando el ejemplo [1] del gran Califa Omar ben Alchitab: así que ni tus lágrimas ni mi desconsuelo y el de toda nuestra casa pueden librar á mi desgraciado hijo de la pena de su cierto delito. Dicen que escribió el Príncipe Abdala á su padre rogándole por el Señor de la Rosa, diciéndole: Señor, que no padezca un inocente por mi culpa: y el triste fue muerto aquella noche en su estancia, y enterrado al dia siguiente en el cementerio de la Rusafa: acompañaron su pompa fúnebre sus hermanos Alhakem, Abdelaziz Abulasbag, Abdelmelic Abu Muhamad, Almondhir y otros Meruânes con toda la nobleza de la ciudad. Como las desgracias no vienen solas, poco despues falleció el Príncipe Almudafar, tio del Rey, con grande sentimiento de éste, que le amaba como á padre.

---

[1] Alude al Hadiz de Abu Xahma cuando le mandó azotar su padre el Califa Omar con ejemplar severidad. La muerte de Abdala fue, segun Alcodai ben Alabar, dia mártes segundo ú tercero de la fiesta de las Víctimas, año trescientos treinta y nueve; pero Edobi y otros antiguos dicen que fue el año anterior.

CAPITULO LXXXIV.

De la venida de los mensageros de Grecia, y otros sucesos.

En este tiempo vinieron á Córdoba enviados del Rey de los Griegos al Rey Abderahman, fueron recibidos con mucha ostentacion en el magnífico pabellon del jardin grande, que estaba cubierto de preciosos velos de seda verde y oro, el Rey estaba acompañado de su Hagib, Wazires y Alcatibes, y de una brillante guardia de Eslavos. El Rey de los Griegos enviaba sus cartas escritas en vitela de oro y azul, cerradas en una caja de oro, y en sus estremos grabadas unas imágenes de Jesus bendito sea y del Emperador Constantino: pedia en ellas que renovasen los antiguos tratos de amistad y alianza que habian tenido sus antepasados contra los Califas de Bagdad: mandó el Rey á su Hagib que hospedase á los enviados Griegos, los cuales despues de haberse detenido algunos dias en Córdoba se despidieron del Rey Abderahman, y envió con ellos un Wazir de su casa para que saludase al Rey de los Griegos de su parte, y le asegurase de su amistad, y le llevase un rico presente de caballos de Andalucía, armas y preciosos jaezes de Toledo y de Córdoba.

En Almagrêb el Wali Abu Alaixi Ahmed Alfadil, hijo de Alcasim Edris, por consejo de los caudillos Zenetes y Andaluces se puso bajo la protec-

cion de Abderahman Anasir, y le hizo aclamar en todas sus ciudades: holgó mucho Abderahman de esta confianza de Abu Alaixi, y le escribió asegurándole que le ampararía contra todos sus enemigos, y le ayudaría con todo su poder, y envió tropas de Andalucía para reforzar los presidios de Cebta y de Tanja. Aclamaron al Rey Abderahman Anasir de Córdoba en Medina Tahart y en Fez, donde gobernaba bájo su proteccion el Wali Muhamad ben el Chair Yaferini, el Zenete, cuyos antepasados fueron muy afectos á los Omeyas de España. Entre los buenos ingenios que florecian en este tiempo en España, y merecieron la estimacion del Rey Abderahman, fueron dos de la Amelia ó gobierno de Segovia, el uno llamado Edris ben Yemen conocido por el Sabini, del nombre de su pátria Cariat Sabin, por las Sabinas que abundan en aquella sierra, que son especie del Saniber ó enebro, de que se hacen buenas adargas: solo Aben Derâg le podia disputar el mérito de sus poesías: el otro era Abderahman ben Otman el Oxami, de la antigua Oxama, que se distinguía en esta provincia por su ingenio y erudicion.

El Rey de Galicia hizo entrada en tierras de Zamora y en la Lusitania: el Wali de Mérida y los caudillos de la frontera de Duero avisaron de estas cavalgadas: luego mandó el Rey Abderahman publicar Algihed para entrar la tierra de Galicia, y se allegaron las banderas de todas las provincias, y vino el gobernador de Fez Muhamad ben el Chair ben Muhamad el Jaferini el Zenete con muy escogida taifa de caballería, y con licencia del Rey

Abderahman dejó en aquel gobierno á su primo Ahmed ben Abi Becri ben Ahmed ben Otman ben Said el Zenete, y luego que llegó á Córdoba partió á la santa guerra: tambien vino de Zaragoza Muhamad ben Hâxem el Tegibi por obligacion de pacto que otorgó al Rey cuando le depuso del mando de aquella ciudad; y con numerosa hueste entró el Wali Ahmed ben Said Abu Amer en tierras de los Cristianos, y los echó de Setmanica y otros fuertes de aquella comarca con atroz matanza, y corrió con sus algaras hasta los montes, y peleó con los Cristianos, y los venció, y hubo de ellos grandes despojos, cautivos y ganados: fue esta célebre entrada el año trescientos treinta y nue- 950
ve: los fronteros repitieron su entrada al año siguiente, y fue tambien harto venturosa. En este año falleció en Córdoba Dwila ben Hafas el Meruâni, hombre muy poderoso, que contribuyó con sus grandes riquezas á que en este año se restituyese á Mecca la piedra negra, y él fué á recibir las eternas recompensas de su generosidad: en principio del año trescientos y cuarenta falleció en Córdoba Casim ben Asbag, el de Baena, insigne por su sabiduría, sus obras eran la admiracion y estudio de todas las academias de Oriente y de Africa, en muchos siglos no se hallará quien escriba tantas y tan preciosas: cuentan que los dos años últimos de su vida no habló una palabra. En el año trescientos treinta y nueve cayó granizo grande como piedras de peso de mas de libra, mataba las aves y ganados, y á los hombres tambien, y destruyó las mieses y los frutos de los árboles, y fue

causa de carestía en algunas provincias de España.

Cuando vino á Córdoba el Wali Ahmed ben Said Abu Amer de su expedicion de Galicia, fue recibido con aclamaciones de triunfo, y el Rey Abderahman le hizo grandes honras, y dió á su hermano Abdelmelic el cargo de Wazir de su Consejo de Estado, y ademas del quinto que entregaron á Abdelwahib, tesorero del Rey, hicieron estos Walíes un rico presente al Rey Abderahman que acreditó su opulencia. Consistia, segun refiere Aben Chalican, en estas cosas: cuatrocientas libras de oro puro de Tibar, valor de cuatrocientos veinte mil zequíes en plata en barras, cuatrocientas libras de linaloe, quinientas onzas de ámbar, trescientas onzas de alcanfora preciosa, treinta piezas de tela de oro y seda, ciento y diez aforros de martas finas de Corasan, cuarenta y ocho cubiertas ó caparazones de oro y seda para caballos, tegidos en Bagdad, cuatro mil libras de seda en madejas, treinta alfombras de Persia, ochocientas armaduras de hierro bruñido para caballos de pelea, mil escudos, cien mil flechas, quince caballos árabes de raza con ricos jaezes recamados de oro, cien caballos de Africa y de España bien enjaezados, veinte acémilas con sillones y cubiertas largas, cuarenta esclavos jóvenes, y veinte esclavas bien parecidas, todas con preciosos vestidos, y una casida ó composicion larga de elegantes versos en elogio del Rey, obra del Wali Ahmed ben Said. En el año trescientos cuarenta y uno murió el Señor de Africa Mansur Bila el Fatemi, y le sucedió su hijo Moezledinala Abu Temim Maad, y habia reynado sie-

te años y diez y seis dias, tenia treinta y nueve años. El año trescientos cuarenta y dos cayó granizo muy grande, que nunca se vió tal, mató fieras y ganados, y destruyó los frutos de toda especie: se siguió una inundacion, que se ahogó mucha gente en ella, y los rios y avenidas destruyeron muchos edificios así en Almagrêb como en España, continuaron nubes espantosas por muchos dias con truenos y relámpagos y bravos huracanes, que destruían casas y arrancaban árboles robustos. En la luna de Safar del año trescientos cuarenta y tres el Wali de Toledo Obeidala ben Ahmed ben Yali, que tanto se habia distinguido en la entrada al Guf de Badalyox y sus comarcas, entró en tierra de Galicia y derrotó á los Cristianos, que le llamaban el Caid Alaina por su valor, y sacó de aquella tierra muchas provisiones y despojos, y manifestó bien que era hijo de su padre Ahmed.

El Wali de Fez escribió al Rey comunicándole los progresos de sus armas en Almagrêb, y pidiéndole licencia para edificar el domo ú cúpula de la Aljama de los Cairvanes, y el Rey se la dió, y envió una gran cantía de doblas de oro para la obra, del quinto de los despojos de la expedicion de Galicia: así se engrandeció la Aljama, se derribó el domo antiguo, y se puso encima del nuevo la espada de Edris el fundador del estado de Fez, y se acabó esta obra el año trescientos cuarenta y 955
cuatro. En este mismo año ocuparon las tropas del Rey de España Abderahman Anasir la ciudad de Telencen, y fue aclamado en ella como protector de los Edrises. En el principio del mismo hubo pes-

tilencia en Africa, en Almagrêb y en España, y causó gran mortandad en todas estas regiones.

CAPITULO LXXXV.

De la presa de una nave de Africa y otros sucesos.

En este tiempo una nave grande que habia mandado el Rey labrar en Sevilla, para conducir mercancías de España á Egipto y Syria, encontró en su navegacion cerca de Sicilia una nave de Africa en que venía un enviado de Moez Daula Soldan de Egipto con cartas para el Wali que tenia en aquella isla: el Arraez Andaluz trabó combate con la nave africana, y la venció, y se apoderó de ella, continuó su viaje y vendió en Alejandría sus mercancías, y cargó otras, y se tornó á España. Cuando el Soldan tuvo noticia de la presa de su nave mandó salir de sus puertos naves armadas, y tambien de Sicilia, y vinieron siguiendo á las de España: mandaba las naves del Soldan Alhasan ben Aly, Wali de Sicilia, y con sus naves armadas entró en el puerto de Almería, y se apoderó de la nave grande que todavía no pudo salvar su carga, y quemó otras pequeñas que estaban en el puerto, y huyó contento con esta presa y venganza. Esta nueva causó mucho disgusto al Rey Abderahman porque venian en aquella nave muchas doncellas hermosas y cantoras de Grecia y de Asia. El Hagib Ahmed ben Said ofreció

al Rey dejarle bien vengado, mandó allegar las naves de las costas de España, y con mucha gente de pelea pasó á Wahran, reunió las tropas de Andalucía que estaban en Almagrêb, y juntó veinte y cinco mil caballos, y entró en la provincia de Africa: salió contra ellos Alhasan ben Aly, y trabaron sangrienta batalla, y vencieron los Andaluces á los de Sanhaga y Ketama con atroz matanza, siguieron á los Africanos, y corrieron la tierra, quemando los aduares de aquellas tribus hasta llegar á cercanías de Medina Tunez, que distaba dos largas jornadas: en ella, por su situacion en la costa, habia muchos ricos traficantes y Judíos, y por causa del comercio tenia fama de grandes riquezas. Con la esperanza del saqueo se animaron los Andaluces y Zenetes, y le dieron recios combates por mar y por tierra, pues habia mandado Ahmed ben Said que sus naves fuesen siguiendo la costa: los de la ciudad, viendo el peligro que les amenazaba de ser entrados por fuerza, y estando sin esperanza de ser socorridos, movieron tratos de avenencia ofreciendo gran suma de doblas de oro: Ahmed ben Said les impuso una grande contribucion en dinero, y ademas les sacó ricos paños, muy preciosas mercaderías, inestimables joyas, vestidos y cierto número de esclavos y esclavas, armas y caballos, y las naves que tenian en su puerto, y con estas y las suyas envió la presa á España, y volvió á Sevilla muy bien vengado. Las riquezas ganadas en esta expedicion fueron tantas que despues de sacado el quinto, y el resarcimiento de la nave del Rey, quedó gran suma al Hagib y á los Arraezes, caudillos y tropas de la hues-

te, que todos quedaron contentos Andaluces y Zenetes. Hizo el Rey grandes honras á su Hagib Ahmed ben Said, y le señaló para su mantenimiento cien mil doblas de oro al año.

Cuenta ben Alathir, escritor muy diligente de
957 sucesos prodigiosos, que en este año trescientos cuarenta y seis el mar menguó ochenta brazas, descubriéndose islas, montes y escollos nunca vistos ni conocidos en los pasados tiempos: asimismo en este año se acabaron de labrar unas fuentes y ornatos del patio de la Aljama de Córdoba, y se puso una bella inscripcion grabada en mármol cárdeno, que en trece líneas dice así: "En el nombre de Dios clemente y misericordioso: mandó Abdala Abderahman, Príncipe de los fieles, amparador de la ley de Dios, prolongue Dios su permanencia, construir esta pila, proveyendo á su conservacion, para engrandecimiento del lugar consagrado á Dios, por su cuidado de la reverencia de sus casas y de la [1] invocacion de Dios, para que en ellas se ensalce y celebre su nombre, esperando recibir por esto grandes premios y copiososas recompensas con permanente gloria, prosperidad y buena fama; y se acabó esto con ayuda de Dios en la luna Dylhagia año trescientos cuarenta y seis por manos de su siervo Wazir y Hagib de

[1] El Idhan de Alá que dice la inscripcion significa propiamente la pregonacion que se hace en las torres de las mezquitas para que las gentes acudan á las horas de Zala, y como esta consiste en ciertas invocaciones del nombre de Dios he traducido así: nuestros antiguos Moriscos la llamaban el Aliden, y traducian el pergueno ó pregon.

de Córdoba.

Escala de una quarta.

su palacio Abdala ben Batú y del arquitecto Said ben Ayûb." Este patio es harto espacioso, y está plantado de palmas y naranjos con hermosas fuentes de agua pura que corre entre flores y apacible verdura debajo de los planteles, para recuerdo de las amenidades del parayso. El geógrafo Alwardi compara la Aljama de Jerusalem á esta de Córdoba, dice así: al oriente de la ciudad está la gran mezquita llamada Alaksâ, que no tiene par en el mundo en grandeza sino la Aljama de Córdoba en Andalucía: la longitud de la mezquita Alaksâ es de doscientas varas, y de anchura tiene ciento y ochenta: en medió de ella está la Alcoba Asahara ó capilla de la peña, se dice que el techo de la Aljama de Córdoba es mas alto que el techo de la Alaksâ, y el patio de la Alaksâ mayor que el patio de la Aljama de Córdoba.

CAPITULO LXXXVI.

De la venida de Abu Alayxi á España y otros sucesos.

En el año trescientos cuarenta y siete dió Abderahman Anasir el gobierno de Tanja y de sus confines á Jaali ben Muhamad el Yaferini; y viendo Abu Alayxi Ahmed ben Alcasim Kenuz ben Edris el poder de Abderahman, y que ya era dueño de todo Almagrêb, escribió sus cartas pidiéndole licencia para venir á España para hacer su Algihed, y el Rey Abderahman se la concedió. Cuando supo su venida

mandó el Rey prepararle todas las posadas desde Algezira Alhadrâ con tanta comodidad y magnificencia que no echase menos sus alcázares; y ademas del servicio, mantenimiento y gastos necesarios, señaló mil doblas de oro al dia para regalos extraordinarios, y así se hizo desde Algezira Alhadrâ hasta Córdoba, que fueron treinta mansiones: en Córdoba fue recibido con mucha honra, y salió á recibirle el Príncipe Alhakem y sus hermanos con muy lucida caballería, y fue hospedado en el palacio real: se holgó algunos dias en Córdoba y en Medina Azahrâ, y despues partió á la frontera oriental para hacer en ella su Algihed, y allí quiso Dios que lograse la corona de los guerreros; éste fue el último de los Edrises que reynó en Almagrêb. Habia dejado en su ausencia por Wali de sus estados á su hermano Alhasan ben Kenûz, que continuó bajo la proteccion del Rey de España.

En este mismo tiempo Maad ben Ismail, Señor de Africa, deseoso de vengarse de los daños que le habian hecho los Andaluces y Zenetes en sus tierras de Africa, y envidioso del poder de los Omeyas en Almagrêb, envió á su caudillo Gehwar el Rumi con veinte mil caballos de las Cabilas de Ketama y Zanhaga, y muchos mas de otras, con ánimo de ocupar los estados de Almagrêb. Salió Gehwar de Cairvan con infinita chusma: llegó la nueva de su invasion á Jaali ben Muhamad el Yaferini Wali de Almagrêb por el Rey Abderahman de Córdoba, y reuniendo sus Cabilas Yaferini, de los Zenetes y de Masamuda, allegó numerosa caballería y salió al encuentro de los enemigos en cercanías

de Medina Tahart, pelearon los campeadores de ambas huestes con varia fortuna, evitándose por unos y por otros el venir á una batalla campal. Ofreció Gehwar grandes premios á los caballeros de Ketama si quitaban la vida al Wali de Almagrêb, y habiéndose trabado una sangrienta escaramuza, que sin pensar vino á ser una batalla de mas de treinta mil caballos, en lo mas recio de ella una banda de caballeros de Ketama rompió impetuosamente hasta llegar adonde peleaba Jaali el Yaferini como un bravo leon, y arremetieron todos contra él, y le pasaron á lanzadas, y cayó muerto entre ellos, le cortaron la cabeza, y á su muerte se siguió el desórden de sus Zenetes, que fueron vencidos con gran matanza por los de Ketama y Zanhaga: llevaron éstos la cabeza de Jaali á su caudillo Gehwar el Rumi, que les pagó el concertado premio: la cabeza fue enviada á Maad ben Ismail, que la mandó llevar en una lanza por todas las calles de Cairvan. El hijo de Jaali recogió las reliquias del vencido ejército, y se retiró á las fortalezas.

Despues de esta victoria revolvió Gehwar contra Sigilmesa, donde se habia alzado con el gobierno un alcaide llamado Muhamad ben Feth, conocido por Wesuc ben Maymon ben Medarar Ataferi, que se apellidaba Amir Amumenin, y tambien Xakirala, y labraba moneda en su Zeca, que se llamaba Xaqueria: aunque vano era hombre justo, y muy esforzado, y de la secta de Malec: contra este Señor fué Gehwar, y le cercó en su ciudad, y despues de recios combates la entró por fuerza de espada, y tomó preso al Xaquir, y toda su gente fue dego-

llada, y él encadenado siguió la expedicion de su vencedor.

960 Al principio del año trescientos cuarenta y nueve pasó este ejército vencedor á tierra de Fez, y puso cerco á la ciudad combatiéndola de dia y de noche por todas partes, y al cabo de trece dias la entró por fuerza de espada, y los Andaluces y Zenetes la defendieron hasta morir: saqueó las casas, y encadenó al gobernador de ella Ahmed ben Becri el Zenete, que gobernaba la ciudad y su provincia por el Rey de España Abderahman: destruyó los muros y torres de sus puertas: fue esta entrada de Gehwar en Fez en el dia veinte de Ramazan; y en pocos meses se apoderó de todas las ciudades de Almagrêb, fuera de los presidios de Cebta, Tanja y Telencen, que defendian las tropas de Abderahman. Se volvió Gehwar á Mahedia, llevando en triunfo al Wali de Fez, y al Señor de Sigilmesa, y quince caballeros de Fez, y los entró encadenados sobre los lomos desnudos de los camellos, y puso sobre sus cabezas unos andrajos largos de lana con entrelazados cuernos, y los paseó por escarnio por las calles y plazas de Cairvan y de Mahedia, y en esta ciudad los encarceló, y perecieron en sus calabozos.

Estas desagradables nuevas llenaron de pesar al Rey Abderahman, y acrecentaron la amargura de de sus penas; pues todavía lloraba la muerte de su tio Almudafar, la de su hijo y la de su Hagib Sehid, que acababa de suceder; y así no podia disimular su dolor y su melancolía. Para reparar los males de Africa, y tomar en ella venganza de sus enemigos, mandó preparar numerosa flota de naves para en-

viar grandes huestes á Fez, y desde luego principiaron grandes aprestos en Sevilla, Algezira Alhadrâ y en Almería.

Entretanto no descuidó el Rey Abderahman la defensa de las fronteras en España oriental: hacian los Cristianos de los montes algunas entradas impetuosas y rápidas, que no podían impedirse por ser tan inesperadas como breves; pero los Walíes de Zaragoza, Wesca, Afraga y Tarragona entraron de órden del Rey en tierra de Cristianos de los montes con mucho daño de aquellos infieles. En Andalucía se enviaron con indecible diligencia tropas de apie y de acaballo á Cebta y Tanja, y los caudillos del Rey en Almagrêb unieron sus tropas y caballería á la de España, y en pocos meses, peleando con mucho valor y próspera fortuna, recobraron las ciudades y fortalezas perdidas, y se apoderaron de Medina Fez á fuerza de espada, haciendo gran matanza en los de Ketama y Zanhaga, y subyugaron toda aquella tierra, y se aclamó en todos los alminbares de Almagrêb al poderoso Rey Abderahman Anasir de Górdoba con general alegría de los pueblos y cabilas Zenetes.

CAPITULO LXXXVII.

De varias obras del Rey Abderahman, y de su muerte.

En este año mandó el Rey construir en Tarragona el Mihrab ó adoratório interior de la mezquita

principal, y en la fachada sobre el arco y á sus lados se puso esta inscripcion, grabada en precioso mármol: En el nombre de Dios: la bendicion de Dios sobre Abdalá Abderahman, Príncipe de los fieles, prolongue Dios su permanencia, que mandó que esta obra se hiciese por manos de Giafar, su familiar y liberto, año trescientos cuarenta y nueve. 960

Así tambien en este año mandó Abderahman reparar la Aljama de Medina Segovia, y la adornó con muy bellas columnas, y de esta obra se puso una elegante inscripcion en las columnas del Mihrab; y en otras varias ciudades se edificaron mezquitas, baños, fuentes y hospitales. Se celebraban en este tiempo en Córdoba las poesias de Chalaf ben Ayûb ben Ferag, y en especial sus elogios al Rey, y se leian en las academias que tenia el Príncipe Alhakem en el palacio Meruân, y en las que tenia en su casa el Wazir Obeidala ben Yahye ben Edris, á las cuales concurrian los hombres mas insignes en erudicion y poesía. Era de los mas célebres, y muy familiar y estimado del Rey, su consejero Abu Becri Ismail ben Bedr, el que envió al Rey Abderahman unos elegantes versos en ocasion que se celebraban algunas de sus últimas conquistas: viendo al Rey que estaba como triste y distraido, y entregado á sus pensamientos, sin atender á la conversacion ni tomar parte en la alegría de los convites; le escribió estos versos:

Del aura de tus victorias volaron cuidados tristes,
Y el grato estrépito suena de los festivos convites:
De la aromática copa dulce fuego en mi reside,
Aunque religion severa á tristezas me destine.

TARRAGONA.



Escala de una quarta.

Recibió el Rey estos versos; pero continuó en su melancolía y distraccion, y Ismail envió estos en el mismo ritmo y consonancia á una de sus esclavas:

Luz, que en su consejo mandas por qué de sombras le ciñes?
Será algun dia en que acaben los pesares que le afligen,
Y el hijo de las batallas solo por amor suspire?
Resplandecen como fuego todas las armas que viste,
O son lámparas que alumbran para que vele y medite!
Que tu Rey de sus cuidados siquiera al yantar se olvide,
Que en el torbellino gira de mas que sangrientas lides.

Cuando el Rey vió estas repetidas insinuaciones y consejos de su buen amigo Ismail, le respondió con estos versos, siguiendo sus mismos números y consonancia:

Cómo no ha de suspirar quien en tristes ansias vive?
Cómo esperará bonanza del mal temporal que sigue?
Si dura piedra acabó con la pompa de mis vides,
Cómo disipar cuidados en las copas apacibles?
Estoy con temor ya sabes, ni estrañes que me intimide,
Si lo que mi gloria fue ya por la partida gime:
Cierzos de penas llevaron de mis rosas los matizes,
Temo que mis azucenas el bravo huracan marchite.
Mis claros dias pasaron y llega mi noche triste,
No esperes que alegre aurora sus negras sombras disipe.

Manifestaba en estos conceptos que temia la decadencia de su fama y gloria militar, y la fuga de su florida juventud. Pasaba Abderahman la mayor parte del año en Medina Azahra en la frescura y

amenidad de sus jardines, porque ya descuidaba los negocios del gobierno en su hijo Alhakem, ya jurado sucesor del trono, que despues de la muerte de Sehid no quiso tener otro Hagib. Conversaba frecuentemente con Suleiman ben Abdelgafir el Firexi, que era de la principal nobleza, y habia sido gran soldado, y ahora hacía una vida ascética y retirada; era en estremo austéro y despreciador del mundo, solo vestia lana vellosa y andaba descalzo, lloraba de temor de Dios, y por contínua memoria de la muerte: era notable lo que respondia á los que le preguntaban por su salud: ¡cómo ha de estar, decia, quien el mundo es su casa, el Iblis [1] su vecino, y le estan escribiendo todos sus hechos, palabras y pensamientos! Así respondia á los buenos que le saludaban: se apellidaba Abu Ayûb, y se ocupaba sin cesar en bien de los pobres y consuelo de los afligidos; y el Rey Abderahman por su mano socorria muchas pobres familias. En una conversacion con este buen Muslim dijo el Rey Abderahman, que ajustada bien la cuenta de los momentos de perfecta y pura tranquilidad de ánimo en los cincuenta años de su reynado, apenas contaba catorce dias de sincera felicidad. Permaneció en Medina Azahra los últimos me-

---

[1] Los Muslimes de vida ascética y contemplativa cuentan cuatro enemigos del alma, Iblis, el dunia, el nefs y el hewa, esto es, el diablo, el mundo, el apetito y el amor.

Cuatro diestros arqueros me combaten
Con flechas de sus arcos voladoras,
Iblis y el mundo, amor y mi apetito:
Señor, tú solo hacerme salvo puedes.

ses de su vida entretenido con la buena conversacion de sus amigos, y en oir cantar los elegantes conceptos de Mozna su esclava secretaria, de Aixa doncella Cordobesa, hija de Ahmed ben Cadim, que cuenta Aben Hayan que fue la mas honesta, bella y erudita de su siglo, y de Safia, hija de Abdala el Rayi, asimismo en estremo linda y docta poetisa, y con las gracias y agudezas de su esclava Noirateдia: con ellas pasaba las horas de las sombras apacibles en los bosquecillos que ofrecian mezclados racimos de uvas, naranjas y dátiles: en sus últimos dias estuvo algo melancólico, pero siempre afable con cuantos le rodeaban: allí con una leve indisposicion le trasladó la mano irresistible del angel de la muerte de sus alcázares de Medina Azahra á las moradas eternas de la otra vida, la noche del miércoles dia dos de la luna de Ramazán del año trescientos y cincuenta, á los setenta y dos años de su edad, y cincuenta años, seis meses y tres dias de su reynado, que ninguno de su familia reynó mas largo tiempo: loado sea aquel Señor cuyo imperio es eterno y siempre glorioso. 961

CAPITULO LXXXVIII.

Del reynado del Rey Alhakem Almostansir Bilah.

Al siguiente dia tres de la luna de Ramazan fue aclamado Rey el Príncipe Alhakem, tenia ya cuarenta y siete años: otros dicen que eran ya cuaren-

ta y ocho, dos meses y dos dias, que el largo tiempo del reynado de su padre sumergió los años de su florida juventud, y el mismo Abderahman solia decirle: mi tiempo se prolonga y defrauda al tuyo, ó Abulasi: la madre que le parió se llamaba Mergan: era de mediana estatura, pero bien formado y dispuesto, de hermosos ojos, grave y agradable aspecto. Su jura y aclamacion fue de gran pompa: sus hermanos y sus primos rodeaban su trono, luego estaban los capitanes de las guardias, así Eslabos como Andaluces y Africanos: el Hagib y los Wazires estaban al frente, y la guardia de Eslabos puesta en dos filas cercaban la gran sala con su espada desnuda en una mano, y sus grandes escudos en la otra: los esclavos negros con vestidos blancos formaban otras dos filas con hachas de armas á los hombros: en el patio esterior estaban las guardias de Andaluces y Africanos con magníficos vestidos y brillantes armas; y los esclavos blancos con sus espadas en la mano: le juraron obediencia sus hermanos, los Wazires y caudillos sin reserva ni condiciones, y fue aclamado con general alegría de todo el pueblo. Acabada esta ceremonia en Medina Azahra el jueves, envió al dia siguiente á Córdoba el cadáver de su padre con grande acompañamiento, y se le puso en un magnífico sepulcro en el panteon de la Rusafa: fue seguido su féretro de toda la nobleza de la ciudad, y honrado con las lágrimas de inumerable pueblo, que decia: murió nuestro padre, faltó su espada, la espada del Islam, el amparo de los débiles y menesterosos, y el terror de los soberbios.

Los sabios astrólogos y los poetas anunciaron en

sus predicciones y en sus versos, así en Córdoba como en las demas ciudades del reyno, la continuacion de las prosperidades del reynado de su padre Abderahman Anasir Ledinala, y llenaron la España de agradables esperanzas: entre otros el Wali de Sevilla Ismail ben Badr ben Ismail ben Ziadi Abu Becri, liberto de gracia de los Omeyas, hizo este dia de la jura de Almostansir muy elegantes versos, que se conservan en la coleccion de Aben Ferag, llamada los Huertos, y dice de él que venció en los certámenes poéticos á los mayores ingenios: fue algun tiempo Rawi ó novelista del Rey Alhakem Almostansir, y le contaba sucesos de armas y de amores con muy estraños lances, y en elegante estilo, pero ya era viejo, y falleció pocos años despues. Así como su padre mandó poner su nombre y el augusto título de Imam y Príncipe de los fieles en sus monedas de oro y pláta, y debajo el de su Hagib, que era tambien prefecto de las casas de Moneda. Fue Alhakem tan amante de las letras y conocimientos útiles desde su mas florida juventud, que no tenia otra pasion que adquirir los mas preciosos libros de artes y ciencias, y las mas elegantes colecciones de poesía y de elocuencia, y toda especie de obras y memorias de historia y de geografia. No perdonaba diligencia ni gasto para esto: hacíalos traer de todas partes, y tenia encargados en todas las principales ciudades de Africa, Egipto, Syria y en las Iracas y en Persia, expresamente enviados á recoger las obras mas célebres: llenó de ellas el palacio Meruân, que ya no habia en él sino libros, ni hubo Príncipe Muslim que acopiase libros con mas ansia que este: tenia todas

las genealogías de las cabilas Alárabes de Arabia y de Africa con sus procedencias y emigraciones: su casa estaba siempre abierta á los hombres doctos é ingeniosos, y de ellos á los mas sabios y críticos enviaba á procurar nuevas y escogidas adquisiciones. Entre otros tenia en Egipto á Abu Ishac Muhamad ben Alcasim el Xeibani, y en Syria á Abu Omar Muhamad ben Jusuf ben Jacub el Kindi, y otros ademas de estos dos: escribió por sí mismo á Abulfaraj el Isfahani el Coreixi de los Meruanes, rogándole que le enviase una copia de su libro intitulado el Agani, coleccion muy preciosa de canciones, y para gastos de la copia le dió letra franca y mil escudos de oro: este le envió su copia, y una historia genealógica de los Omeyas, muy cumplida y circunstanciada de todos los de esta prosapia, la mas noble de los Coreixis, y una elegante casida de versos en elogio de los Príncipes de esta familia. En Bagdad tenia encargado para estas cosas y compras de buenos libros á Muhamad ben Tarhan, y para que le copiasen los mas raros escritos tenia en todas partes muy diestros copiantes. Su biblioteca estaba ordenada con especial distincion por ciencias y conocimientos, y todas sus salas y alhacenas notadas con elegantes inscripciones, que manifestaban los libros que contenian, y las ciencias ó artes de que trataban. En sus índices se notaban las obras, los nombres de sus autores, sus genealogías y patria, el año de sus nacimientos y de su muerte, y todo con mucha verdad y crítica. Era en esto muy sabio y curioso, y tenia escritas con mucha prolijidad y esmero las genealogías de los Arabes de todas las regiones de España. Ayudaba al Rey

en estos útiles trabajos y averiguaciones su secretario Galib ben Muhamad ben Abdelwahib, conocido por Abu Abdelselem, y dice Razi que este fue quien empadronó los pueblos de toda España: Cuenta Abu Muhamad ben Huzam en su universal de prosapias, que este Príncipe en los quince años de su reynado fue el protector de los sabios, y las delicias y amor de sus pueblos: Aben Hayan dice, que los índices de su biblioteca Meruania, por estar en el palacio Meruân, eran cuarenta y cuatro tomos, y cada uno de cincuenta folios, con los nombres solos de los autores ó de las colecciones: que segun Telid el Feti el índice general no se acabó hasta el tiempo del Rey Hixêm su hijo.

Desde que su padre le confió los cuidados del gobierno, ya no fueron los libros su principal atencion, y solamente se ocupaba en ellos y en la comunicacion de los sabios en aquellos ratos que hurtaba á las obligaciones severas de su estado. Con todo eso no se olvidó en el trono de favorecer á los buenos ingenios, y de convidar á los sabios mas célebres de Oriente y de Africa á que viniesen á establecerse en España. Encargó su biblioteca á su hermano Abdelaziz por su aficion á las buenas letras y á la poesía, y á su hermano Almondhir el especial cuidado de los doctos y de las academias. Pasaba mucho tiempo en Medina Azahra, gozando con mas tranquilidad que su padre de las amenidades de aquellos vergeles. Amaba á la hermosa esclava Redhiya por sus gracias y erudicion, y la llamaba Estrella feliz. Era tambien muy familiar y privado suyo Muhamad ben Jusuf de Guadalhajara, que escribió para

Mmm 2

el Rey la historia de España y de Africa, las vidas de sus Reyes y sus guerras, y otras de ciudades, como la de Wahran, Tahart, Tenes, Sigilmesa y Nacor: asimismo fue estimado del Rey Alhakem el célebre poeta Muhamad ben Yahye, llamado el Calafate, por ser de los mas elegantes y floridos ingenios de Andalucía: vino á sus instancias á Córdoba Sabûr el Persiano, que en sus pocos años era ya docto á maravilla, y le hizo el Rey su camarero.

CAPITULO LXXXIX.

De la entrada del Rey en fronteras de Galicia.

En los primeros años de su reynado no hubo sino algunas leves correrías y cabalgadas en las fronteras, y los Muslimes peleaban con harta fortuna, y tenian arredrados y atemorizados á los Cristianos de los montes. Eran tambien de poca importancia las entradas de los Muslimes en tierra de infieles. En el
963 año trescientos cincuenta y dos ordenó el Rey Alhakem hacer entrada en fronteras del Duero, y para dar mayor prisa á las disposiciones de esta jornada pasó á Toledo, y fue recibido en aquella ciudad con grandes demostraciones de alegría.

En esta entrada de Santisteban declaró el Rey Alhakem las obligaciones de los Muslimes cuando van en Algihed, ó á mantener frontera en esta órden: es deuda de todo buen Muslim ir en algihed ó guerra contra infieles enemigos de nuestra ley: los enemi-

gos serán requeridos con el Islam, salvo cuando ellos, como ahora, principien la invasion: en otro caso se les propondrá que se hagan Muslimes, ó que paguen las parias establecidas que nos deben pagar los infieles de nuestro señorío. Si en las lides no fueren los enemigos de la ley dos tantos mas que los Muslimes, el Muslím que huyere en la pelea es vil, y peca contra la ley y contra nuestra honra. En las entradas en la tierra no mateis á las mugeres, á los niños, ni viejos sin fuerzas, ni á los monges de vida apartada, salvo cuando ellos hicieren daño. No mateis ni prendais á quien disteis seguro, ni quebranteis sus condiciones y posturas. El seguro que un caudillo diere, todos lo mantengan. Todos los despojos, sacado el quinto que nos pertenece, se partirán en el mismo campo ú lugar de la lid; el caballero tendrá dos partes, y el de apie una: de las cosas de comer tomad cuanto tuviereis necesidad. El Muslim que conociere en el despojo alguna cosa suya, jure ante los Cadíes de la hueste que le pertenece, y se le dará si reclamare antes de la particion, y si despues de hecha se le dará su justo precio. A los que sirvan en la hueste, aunque no sean gente de pelea, y sean de otra creencia, los caudillos usarán de albedrio para premiar sus servicios; y eso mismo á los que hicieren en la lid ó fuera de ella alguna hazaña muy noble y de importancia. No vengan en hueste de algihed, ni á mantener frontera, aunque sea de mayor mérito, los que tienen padre ó madre sin licencia de ellos ambos, salvo en ocasiones de súbita necesidad, que entonces la principal obediencia es ocurrir á la hora á la defensa de la tierra, y á la obediencia de los Wa-

líes que los llamaren. Esta órden mandó publicar á los caudillos en sus banderas que se congregáron en Toledo de todas las provincias.

Allí preguntó el Rey por un doncel de los de su guardia que se llamaba Abdala ben Muhamad ben Mogueith, hijo del Cadi Abulwalid Junas ben Abdila, conocido por Aben Alsafar; era este mancebo de mucha erudicion, y se ocupaba en ilustrar las poesías de los Reyes Beni Omeyas, y las que se habian compuesto por grandes ingenios en elogio de ellos: se presentó este Abdala, y le suplicó al Rey que le permitiese quedar allí ó en Córdoba, escusándose de ir en aquella expedicion por su falta de salud. El Rey dijo á Ahmed ben Nasar, capitan de su guardia: quédese en buen hora Abdala, yo sentiria que este doncel enfermase, pues espero de él muy importante y agradable servicio: yo espero, Abdala, que tu obra no me deje envidiar á la que han presentado á los Califas de Beni Alabâs, será conveniente que vuelvas á Córdoba y cuides de tu salud, y para continuar tu obra con mayor comodidad, sea en tu casa, ó si mas quieres en la casa real de Almotilla, á la orilla del rio, toda estará á tu disposicion: Abdala dió gracias al Rey, y dijo que en su propia casa trabajaria con mas quietud, que no tardaria en acabar su obra: y así fue que la presentó al Rey antes de su vuelta de la expedicion de Galicia.

Congregadas las banderas de las provincias con los Walíes y alcaides de ellas partió el Rey Alhakem á Galicia, para manifestar á sus pueblos que no solo era Rey sabio y prudente, sino tambien diestro y esforzado caudillo. Entró con numerosa hueste en

tierra de Cristianos, y puso cerco al fuerte de Santisteban: vinieron los Cristianos con inumerable gentío al socorro, y peleó contra ellos, y Dios le ayudó, y los venció con atroz matanza: entró por fuerza de espada la fortaleza, y degolló á sus defensores, y mandó arrasar sus muros: ocupó Sedmanca, Cauca, Uxama y Clunia y las destruyó: fue sobre Medina Zamora y cercó á los Cristianos en ella, y les dió muchos combates, y al fin la entró por fuerza, y pocos de sus defensores lograron librarse del furor de las espadas de los Muslimes: se detuvo en aquella ciudad con toda su hueste, destruyendo sus muros. Con muchos cautivos y despojos se tornó vencedor á Córdoba, y entró en ella con aclamaciones de triunfo; y se apellidó Almostansir Bila por su confianza en el auxilio de Dios. Mientras el Rey estuvo en esta expedicion vino á España la tribu Chazarag, noble y antigua de Medina, y se estableció y avecindó en Córdoba y en sus cercanías.

Pocos meses despues vinieron á Córdoba enviados del Rey de Galicia y Señores de Castêla, rogando al Rey Alhakem que quisiese hacer con ellos paz, y como de su natural era pacífico holgó mucho de estas peticiones, y trató con mucha honra á los mensageros que se detuvieron algun tiempo en Córdoba, y el Rey los recibia con mucho agrado en sus jardines, y estuvieron en Medina Azahra muy contentos y festejados, y se maravillaban mucho de la hermosura de aquella ciudad y de la riqueza y magnificencia del real alcázar. Cuando partieron á su tierra envió el Rey con ellos á un Wazir de su consejo con sus cartas para el Rey de Galicia, con dos

hermosos caballos ricamente enjaezados, con sendas espadas de Córdoba y de Toledo, y dos halcones de los mas generosos y altaneros para presentarlos al Rey de Galicia en su nombre: así otorgaron sus pa-
965 ces, y fue esta avenencia hecha el año trescientos cincuenta y cuatro.

CAPITULO XC.

De varios acaecimientos y providencias del Rey Alhakem.

En este tiempo vinieron á Córdoba muchos caballeros de España oriental y de los montes de Afranc y de Galicia y de Castêla, y todos eran bien recibidos y honrados, por la justicia y bondad y mucha nobleza del Rey Alhakem: algunos de estos Cristianos solicitaban por sus parcialidades que el Rey declarase guerra á los otros Cristianos, y muchos Wazires de su Consejo y los Walíes de las fronteras deseaban ocasiones de rompimiento, sabiendo que los Cristianos traían guerras entre ellos, pero el Rey Alhakem les respondia con aquellas palabras del libro de Dios: sed fieles en guardar vuestras posturas que Dios os pedirá cuenta de ellas. En el año trescientos cincuenta y cinco hubo un fuerte huracan que arrancó los árboles y destruyó muchos aduares y edificios, y mató mucha gente; pero hizo mayor estrago en Magrêb que en España. En la noche del martes veinte y ocho de la luna de Regeb de este año pareció en el mar una llama ó luz saltante, como

una gran columna, que alumbraba de noche tanto con su resplandor, que vencia la oscuridad, y se acercaba á la claridad del dia. En este mismo mes hubo eclipse del sol y de la luna; el eclipse de la luna fue en la noche catorcena de ella, y el sol amaneció eclipsado el dia veinte y ocho de la misma luna.

Por mala costumbre y licencia introducida en España por los de la Iraca y otros estrangeros se habia hecho libre y como lícito el uso del vino, que el vulgo y aun los Alfaquíes lo bebian, y se permitia en [1] walimas y convites con escandalosa libertad; pero el Rey Alhakem, que era religioso, abstinente y docto en las exposiciones aprobadas del Alcoran, juntó sus Alimes y Alfaquíes, y les preguntó en qué podia fundarse el general abuso que habia en España, que no solo se usaba el beber el ghamar, vino rojo, sino que se bebia el sahbâ, vino claro, el nebid, vino de dátiles y el de higos y otras bebidas fuertes que embriagan: respondiéronle que desde el reynado del Rey Muhamad se habia hecho comun y recibida opinion, que estando los Muslimes de España en continua guerra con los enemigos del Islam, podian usar del vino, por lo que esta bebida acrecienta el valor y el ánimo de los soldados para las batallas; que así en toda tierra de fronteras era lícito su uso para tener mayor esfuerzo en las lides. Reprobó el Rey es-

1 Llamaban walimas nuestros Muslimes á las comidas de dias de boda: se celebraban éstas con asistencia de parientes varones y hembras, con alegre zambra; esto es, música y baile, con canciones amorosas cantadas por mugeres con grandes pausas de verso á verso.

tas opiniones, y en ódio del abuso mandó arrancar las viñas en toda España, y que solo quedase una tercia parte de las vides para aprovechar el fruto de la uba en su sazon, en pasas y en arrope ó miel de ubas, y otras diferentes composiciones saludables y lícitas, hechas del mosto espesado. Era en este tiempo Cadi mayor de las Aljamas de España Abdelmelic ben Mondhir ben Said el Boluti, hombre insigne por su sabiduría y su justicia, y á este confiaba el Rey los mas graves negocios. En el año trescientos cincuenta y seis recibió el Rey Alhakem un legado de preciosos libros con la noticia de la muerte del autor de ellos Abulfaragi [1] Ali ben Alhasan ben Muhamad ben Alhaitam de la familia de Omeya, y descendiente del último Califa de ellos en Oriente, fue de Bagdad donde habia nacido el año doscientos ochenta y cuatro, hombre docto en todas ciencias, y muy entendido en política y sucesos de Príncipes, y en historias genealógicas: compuso el libro de las canciones, obra de cincuenta años; y lo presentó al Soldan de Halepo, que le dió mil escudos de oro, escusándose de su corta dádiva: compuso otras muchas obras muslímicas y curiosas, y la historia de los Califas Omeyas, así de Oriente como de los que reynaban en España, habia enviado de secreto esta

1 En los anales de Aben Sohma estan los nombres y prosapia de este insigne escritor, y le llama Abulfaragi el Isfahani Aly Aben Huscin ben Muhamad ben Ahmed ben Alhaitam ben Abderahman ben Meruân ben Alhakem ben Alasi ben Omeya: su obra mas célebre fue Kiteb el Agâni, libro de cantigas ó canciones con la música y modo de cantarlas.

obra al Rey Alhakem siendo Príncipe, y habia recibido de él muy preciosos presentes, y grandes cuantías de escudos de oro: el libro de los Reyes de España se intitulaba orígen de los Omeyas: el otro emigraciones y conquistas de los Arabes: otro relacion general genealógica, otro los hechos y aventuras de Aben Xeiban. En este mismo año en la luna de Rebie postrera falleció en Córdoba el sabio Ismail Abu Aly el Cali, maestro de erudicion del Rey Alhakem, habia nacido en Cala, aldea de Menargerd en Diar Becri, al año doscientos ochenta y ocho: vivió mucho tiempo en Bagdad, y por eso se le conocia por el Bagdadi, fue muy favorecido del Califa Metuakil, que le consultaba aun cuando pasaba una mosca sobre su cabeza: vino á Córdoba á instancias del Rey Anasir para maestro del Príncipe su hijo, y éste le amó y distinguió toda su vida, y honró su memoria con un magnífico sepulcro.

Nombró el Rey Cadi de la Aljama de Córdoba al docto Aben Zarbi, y Cadíes Wazires del mismo cargo á Aben Thaalba, y á Ibrahim ben Harûn ben Chalaf el Masamudi, que habia venido de Berbería, y era Cadi de Alisbona, y Abu Becri ben Wefid, todos muy acreditados por su integridad y sabiduría.

CAPITULO XCI.

De las nuevas guerras en Magrêb.

En la otra banda en tierra de Almagrêb no habia en este tiempo la paz que se gozaba en España: Alhasan ben Kenuz, Señor de Medina Biserta, con el auxilio de los caudillos y tropas de Andalucía estaba apoderado de todas las provincias de Almagrêb: manteniase este Amir en obediencia de Alhakem Rey de España mas por temor de su mucho poder y cercanía, que por lealtad y confianza. En el año trescientos cincuenta y siete vino con poderosa hueste desde Africa oriental, Balkin ben Zeir ben Menad de Zanhaga, con deseos de venganza contra los Walíes Zenetes: su entrada fue imprevista y rápida, y venturosa para sus intentos; venció tres años seguidos á los Walíes de Magrêb el Wast, y en ellos deshizo cuantas tropas se le opusieron, así de los Zenetes como de los Andaluces, y en el año trescientos y sesenta se apoderó de las principales fortalezas del estado, aclamando en las ciudades de Almagrêb al Príncipe Fatemi Maad ben Ismail, como antes habia hecho el Wali Gehwar el Rumi. En este año trescientos sesenta y uno Giafar ben Aly el Menusi, andaluz, Wali de Sale y Erâb, venció y mató en batalla á Jusuf Zeiri el de Sanhaga, y envió á su hermano Yahye ben Aly á Córdoba con la nueva de esta victoria, y el Rey Alhakem le honró mucho: los caudillos Zenetes, temiendo que Balkin ben Zeiri

vengase la muerte de su padre, intentaron prender á Giafar, y entregárselo, para sosegarle y ganar su voluntad; pero lo entendió Giafar, y se pasó á España quejándose al Rey Alhakem de la perfidia y beleidad de los caudillos Zenetes: el Rey le recibió bien y le hizo su Hagib, y conservó este cargo hasta que murió en tiempo de Hixêm. En este mismo año cuenta Aben Sohna que el Príncipe Maad pasó á Egipto y llevó entre sus familiares al poeta andaluz Alhasan Aben Heni ben Muhamad, que fue alevosamente muerto en el camino; y refiere de este célebre ingenio, que en sus desmedidos elogios á Maad solía decir impiedades: Maad entró en el Cahiro á quince de Ramazan del año siguiente. En estas revueltas el primero que siguió este partido fue el Amir Alhasan ben Kenuz, olvidando su homenage y antigua clientela, y cuanto debia á los Omeyas de España, y por sí y por sus pueblos aclamó en sus estados á Maad, y auxilió á Balkin contra los Andaluces en aquella sangrienta invasion y obstinada guerra.

Ofendióse mucho el Rey Alhakem cuando tuvo nuevas de esta deslealtad de Amir Alhasan, y ordenó que sin dilacion se aprestasen naves en todos los puertos de Andalucía para enviar numerosas huestes contra Balkin ben Zeir, y contra el pérfido y desagradecido Alhasan ben Kenuz. Con mucha diligencia se reunieron tropas de las costas de Tadmir, de Elbira, de Raya, y de Algarbe, y se embarcaron mandadas por el Wali Muhamad ben Alcasim de los Meruânes, y pasaron de Algecira Alhadrâ á Medina Cebta en la luna de Rebie pri-

mera del año trescientos sesenta y dos. Poco tiempo descansaron estas tropas de Andalucía, que luego salió contra ellas Amir Alhasan ben Kenuz con muchas kabilas berberiscas. En confines de Tanja se encontraron estas huestes en un lugar conocido por Alfohos Beni Masrah, y se dieron cruel batalla, en que fueron vencidos los Andaluces, y murió peleando el Wali Muhamad ben Alcasim con muchos caballeros de su hueste, y parte de ella se acogió á Tanja, y parte huyeron y se encerraron en Cebta. Los caudillos Andaluces escribieron á Córdoba pidiendo al Rey que les enviase gente para poderse oponer á los enemigos, que eran muchos y muy aguerridos. Pesó mucho al Rey Alhakem de la poca ventura de las armas y de la desgraciada batalla de Tanja. Mandó á los Walíes de las provincias enviar sus banderas, y allegada la gente de guerra y muchas provisiones de armas y dinero encargó la expedicion al caudillo Galib, llamado Sahib Garuba, hombre de mucho valor y muy práctico en las cosas de la guerra. Dió á este Wali sus instrucciones, y le dijo que esperaba de él no solo el vencer en batalla á sus enemigos, sino recobrar todas las fortalezas y sojuzgar aquellos pueblos rebeldes, y á la despedida le dijo: no te doy licencia para que vuelvas sino vencedor ó muerto: el fin es vencer; pero no seas avaro ni escaso en premiar á los valientes. Partió Galib de Córdoba con mucha caballería y grande aparato y provisiones en fin de la luna de Xawal del año trescientos sesenta y dos.

Voló la fama del paso de estas tropas, y el Amir

Alhasan ben Kenuz temió, y al punto abandonó la ciudad de Biserta, y sacó de ella su Harem y todos sus tesoros, y los llevó á Hisn-Hijar Anosor, ó Peña de Aguilas, fortaleza inaccesible, y allí aseguró sus riquezas y su familia. Entretanto pasó Galib el mar desde Albadrâ á Alcazar de Masamuda: allí se le opuso Alhakem ben Kenuz con sus cabilas berberiscas, y pelearon algunos dias con varia fortuna. Logró Galib con secretas comunicaciones con los Xeques y Alcaides de aquellas cabilas á fuerza de presentes muy cuantiosos y de mayores promesas, que muchos de ellos abandonáran el partido de Alhasan, y que algunos se pasáran á su propio campo: fueron tantos los que dejaron la hueste de Amir Alhasan, que en una noche quedó con solos sus caballeros, y antes de venir el dia huyó y se acogió á la fortaleza de Peña de Aguilas. Siguió Galib con toda su caballería, y cercó aquella Roca con mucha vigilancia: llegó despues toda la hueste, y les cortaron el agua á los de la fortaleza. Por sugestion de gentes que creian en agüeros y estrellería persuadieron á Galib que si dentro de un cierto plazo no tomaba la Peña de Aguilas, que se perderia con toda su hueste. Llegaba aquel término, y Galib por no desanimar á sus tropas para la continuacion de la guerra, apretó los combates, y al mismo tiempo propuso al Amir Alhasan una avenencia que aceptó, porque ya estaba en sumo apuro: dióle seguro para él, su familia y bienes que allí tenia, ó en otros depósitos; pero con la forzosa condicion de ponerse en manos de Galib, y pasar con él á España cuando Galib vol-

viese á élla: se concertó esto en la luna de Muharram del año trescientos sesenta y tres; y en el mismo dia salió con su familia y entregó la fortaleza.

Entonces escribió Galib al Rey Alhakem este suceso, que fue muy celebrado en Córdoba, y continuó la reduccion de los rebeldes y los venció en muchas escaramuzas, y subyugó todos los pueblos de Almagrêb, y ocupó sus fortalezas, y no quedó en aquella tierra ningun alcaide de los de Sanhaga. Vino despues á Medina Fez, y la ocupó, y puso en ella por gobernador á Muhamad ben Aly ben Fesus en el barrio de los Cairvanes, y en el de los Andaluces á Abdelkerim ben Thaalba: asegurado el imperio de Almagrêb volvió Galib á España, y con él Amir Alhasan ben Kenúz y otros muchos Señores de la familia Edrisia y Caduta de todas las provincias de Almagrêb el Wast, y quedaron los Omeyas de España apoderados de todos aquellos estados. Salió Galib y esta taifa de caballeros de Medina Fez á fines de Ramazan del año
973 trescientos sesenta y tres, y llegó á Cebta, donde se embarcaron con los caudillos y tropas de Andalucía en las naves de España, y aportaron en Gezira Alhadrâ. Escribió Galib desde allí al Rey Alhakem informándole de su llegada y pidiéndole licencia para pasar á Córdoba con el Amir Alhasan, y los caballeros y familia que con él venía: el Rey envió sus forénicos dándole licencia para llegar á Córdoba con toda su gente, y dió órdenes para que se les aposentase con mucha honra en toda su marcha.

CAPITULO XCII.

De la venida del Amir de Africa á Córdoba, y otros sucesos.

Cuando ya se acercaban á la comarca, mandó el Rey á su sobrino Abdelaziz ben Almondhir, que era capitan de su guardia de caballería de Andaluces, que con otros principales Xeques y Wazires se adelantase á recibirlos, y el Rey mismo montó á caballo, y con los otros caudillos de su guardia y muchos nobles de su corte salió á cierta distancia de la ciudad. Cuando se avistaron, descendió Amir Alhasan de su caballo y los otros Xeques, y se humilló á los pies del Rey Alhakem, que le dió su mano y le mandó cavalgar, y le tuvieron el estribo los Xeques de Almagrêb, y entraron juntos seguidos de toda la caballería, y salió toda la gente de la ciudad á recibirlos, y el caudillo Galib se puso de órden del Rey á su lado, y así entraron hasta el Alcázar; y fue este dia grande y célebre en Córdoba el primero de Muharram del año trescientos sesenta y cuatro: era innumerable el gentío que concurrió á ver esta entrada y triunfo de Galib y de la caballería de Andalucía. Cuando llegaron al Alcázar, el Rey Alhakem ofreció al Amir su proteccion y amparo, y le mandó hospedar en el palacio Mogueiz con toda su familia, y á los Xeques y caballeros de Beni Edris y de Caduta en otras casas principales. Señaló el Rey grandes cuan-

tías á Alhasan y á los suyos, y todos quedaron muy contentos de la generosidad del Rey Alhakem: cuentan que gastaba con setecientos caballeros lo que solía darse á siete mil, y así muchos de ellos se establecieron en Córdoba, y quedaron en servicio de Alhakem.

El Amir Alhasan no estuvo mucho tiempo en Córdoba, y pidió al Rey que le permitiese volverse á Africa con su familia: manifestó Alhakem displicencia de esta resolucion, y aunque contra su gusto y voluntad le concedió licencia apesar de los consejos de sus Wazires; pero no le permitió que fuese á morar en Magrêb, sino en la parte oriental de Africa, y le ofreció sus naves para conducirle con toda su familia y riquezas: Alhasan le dió gracias por su dignacion, y apresuró su partida. Tenia el Amir entre sus preciosidades un trozo de ámbar de estraña grandeza, que en tiempo de su reynado se halló sobrenadando en las costas del mar de Magrêb; y como Alhakem tuviese noticia de esta maravillosa pieza de ámbar, manifestó su deseo de verla, y fue forzoso al Amir Alhasan ofrecerle, aunque á su pesar, la posesion de esta rareza como regalo de despedida: el Rey la mandó guardar entre las preciosas alhajas de su casa, y se conservó hasta el fin de la dinastía de los Omeyas, en que volvió á los Alhasaníes. Salió Amir Alhasan con su familia y sus riquezas, y se embarcó en Almería en naves del Rey, y pasó con venturosa navegacion á Tunez año trescientos sesenta y cinco. Desde Tunez partió á Egipto con los hijos de su tio al amparo de Nazar ben Maad,

Soldan de Africa y Egipto: le recibió muy bien y le ofreció su proteccion y ayuda contra todos sus enemigos. Permaneció allí Alhasan largo tiempo, y el Soldan escribió el mismo año una carta muy soberbia al Rey Alhakem amenazándole con todo su poder y llamándole usurpador de los estados de Magrêb; y es lo bueno que él mismo acababa de apoderarse de Egipto, tratando con estraña crueldad á sus pueblos.

En este año hizo el Rey capitan de su guardia de caballería á Giafar, hijo de Otman Abulhasan su Hagib, que en el año anterior habia venido del gobierno de Mayorca. Nombró Cadi de Aljama de Córdoba al docto Sevillano Ahmed ben Abdelmelic ben Haxem, conocido por el Mocui: ya dos veces habia sido electo para este cargo, y no lo habia admitido: estaba en el Consejo de Estado con mucha estimacion del Rey, á quien habia presentado una obra muy docta de política de Príncipes y máximas de buen gobierno, que tenia cien capítulos, y habíala compuesto en compañía del sábio Obeidala el Moaiti, y fue la obra tan grata al Rey Alhakem, que á los dos los hizo del Mexuar, y eran dignos socios del sábio Cadi Aben Zarbi que los presidía. Dió en Zahrâ una hermosa casa al célebre historiador Ahmed ben Said el Hamdani, que se ocupaba en escribir la historia de España: asimismo dió el Rey casa cerca del Alcázar á Jusuf ben Harûn el Arramedi, conocido por Abu Amar, el mejor ingenio de cuantos en este tiempo florecian en Córdoba: habia presentado al Rey dos elegantes poemas, uno de la caza, y otro de

caballería. Refiere de él Abulwalid ben el Fardi, que él mismo contaba esto: salí un dia despues de la zala del juma y pasé el rio de Córdoba, y andaba en los jardines de Beni Meruân, y encontré en ellos una doncella esclava que nunca en toda mi vida habia yo visto otra de tal gentileza ni tan hermosa como ella: la saludé, y me respondió con mucha gracia, pues no solo era afable, sino tambien en estremo discreta: el tono de su habla era de tanta dulzura, que regalaba los oidos y se entraba por ellos en el alma, de suerte que su gentileza, su hablar y sus razones me rindieron el corazon. Le dije yo: por Alá, ¿te podré llamar hermana ó madre? y élla me respondió: madre, si quisieres: y dije entonces: ¿de gracia mereceré saber cómo te llaman? y me respondió: llámanme Halewa: con buenas [1] fadas, dije yo, te pusieron tan dulce nombre. Como se iba acercando la hora de alazar se volvió á la ciudad, yo seguía sus pasos, y á la entrada del puente me dijo: por Alá que vayas adelante ó mas detras, que será mas bien visto, y no mal pecado: le dije yo entonces: ¿y será esta, por mi corta ventura, la última conver-

---

[1] Hacer buenas fadas entre nuestros Muslimes era una fiesta doméstica al octavo dia del nacimiento de una criatura, varon ó hembra, para ponerle nombre: degollaban una res buena á la hora de adohar del dia anterior, se juntaba la familia, y el abuelo ú el padre de la criatura, invocando el nombre de Alá, le decia al oido el nombre que habia de tener: comian todos de la res y daban de ella á pobres: los ricos pesaban ademas sus cabellos, y daban su peso de oro ú plata por amor de Dios.

sacion contigo? y respondió: no, cierto, si tú quisieres: ¿pues cuándo, dije yo, tendré la dicha de encontrarte? Cada juma, dijo ella, en el mismo lugar y á la misma hora, y con esto se fué. Decia Aben Amar: no hay que preguntarme si acudí al siguiente juma, que me pareció que tardaba en llegar un año. Salí por el puente á los jardines de Meruân, y en ellos la encontré, y me pareció mas hermosa que la vez primera, nos saludamos, se acrecentó nuestra confianza. Volvíamos á la ciudad, y al apartarme de ella, le pregunté: ¿qué precio pediría por tí tu dueño si codicioso te quisiese vender? y me respondió: trescientos mitcales de oro: no es mucho, dije yo para mí. En esta ocasion me fue forzoso ir á Zaragoza, visité al gobernador Abderahman ben Muhamad, le presenté una casida de versos bien conocida, y en ella describí las gracias de la linda Halewa, y referí al Wali mis aventuras; y me regaló los trescientos mitcales de oro, de los cuales solo disminuí la costa del camino: volví volando á mi deseada Córdoba y á mis suspirados huertos de Meruân; pero, triste de mí, ya no hallé rastro de lo que buscaba. Perdidas mis esperanzas dispuse mi partida para mi pátria, y despidiéndome de un amigo á su puerta, me entró en su casa y en su estancia, y me hizo sentar en su estrado: luego se levantó á sus negocios, y yo no habia osado mirar con curiosidad á una muger que allí estaba cubierta con su velo; pero ella se levantó presurosa, y alzando su velo, dijo: ¿es posible que ya no me conoces? y entonces me deslumbró la hermosura de

la misma Halewa, y dije temblando: cielos, ¿qué veo? ¿qué oigo? ¿no decias que eras esclava de fulano? Sí en verdad, respondió ella con voz turbada, y queria proseguir: cuando llegó su dueño, ella calló, y yo tambien enmudecí; y porque mi palidez no manifestase la alteracion de mi ánimo, pedí á Dios esforzase mi corazon, y escusándome con una súbita novedad que en mí sentía, me despedí y salí de su casa. Esta fue la ocasion de escribir aquella casida de las siete canciones á esta hermosa esclava, que cuanto agradó á mis amigos, tanto mas ofendió al dueño de Halewa, y fueron causa de su desventura y de la mia. Deseó el Rey Alhakem ver tan celebrada doncella, sabiendo que la tenia en su casa Abu Aly el Cali, y logró visitarla mientras la azala del juma, dia señalado para la entrada del enviado del Rey de los Cristianos: predicaba aquel dia en la Aljama el Cadi Mondhir ben Said el Boluti, así llamado del nombre de una aldea de Córdoba que decian Fohos Albolût, hombre elocuente y de sonora voz: previno el Rey al Cadi que alargára su plática mientras la entrada del enviado de los Cristianos, sabiendo que Abu Aly, dueño de la hermosa esclava, no dejaría de asistir como acostumbraba á la Aljama: hízolo así el Cadi, y tal vez con malicia dijo al fin de su oracion: hoy ha sido largo mi discurso, porque falta la juventud que no gusta de largas pláticas, que hoy la tiene el Rey como arrinconada en una sola parte de la ciudad; y si no fuera por el Rey, prolongue Dios sus satisfacciones, yo que tambien deseo ver cosas nuevas y estrañas no es-

taría donde apenas queda nadie. De esta visita resultaron zelos y resentimientos: el poeta Arramedi cayó en desgracia del Rey, y la doncella en la de su dueño. Cuenta Homaidi que Aben Amar estando en prision escribió elogios al Rey Alhakem y el libro de las aves, en que trata de sus propiedades en elegantes versos, y acaba con súplicas al Príncipe Hixêm para que intercediese por su libertad con el Rey su padre, y añade que habia visto un ejemplar de gran perfeccion y precio de esta obra ingeniosa.

CAPITULO XCIII.

De la jura del Príncipe Hixêm, y memoria de los sabios de Andalucía.

Por complacer á la Sultana Sobiha, madre del Príncipe Hixêm, se celebró con mucha magnificencia en Córdoba la declaracion de futuro sucesor y jura del Príncipe Hixêm, aunque muy niño: se congregaron los Walíes de las capitanías principales y los Wazires y Alcatibes, y caudillos de Coras de todas las provincias, y hubo con este motivo grandes fiestas y alegrías. Con esta ocasion se presentaron al Rey, que amaba la poesía, elegantes composiciones en verso de muchos célebres ingenios de España. Se admiraron los versos de Aben Amar Arramedi, los de Ahmed ben Ferag de Jaen, y los de su hermano Abdala: sin embargo Ahmed no logró como Aben Amar salir de su prision; y se de-

cia de estos dos famosos ingenios que eran como los ruiseñores, que por su dulce y admirable canto pierden su libertad. Aben Ferag de Jaen habia sido el compilador de la escogida coleccion de poesías intitulada los Huertos, que presentó al Rey Alhakem al principio de su reynado, y fue muy agradable al Rey, y recibió por ella grandes premios y distinciones de especial favor, y los sabios de todas partes de Oriente y Occidente la estimaban mas que la coleccion de Abi Becri ben Daud el Ispahani intitulada las Flores, pues aunque la de los Huertos tiene mucho de esta, y es semejante en la division porque tambien está distribuida en cien capítulos, y en cada uno hay cien composiciones; pero en la de los Huertos no hay un solo verso que no sea de poeta español: el triste Ahmed ben Ferag continuó en desgracia del Rey y en prision el resto de su vida. Ademas de los buenos ingenios que florecian en Córdoba, se distinguieron ahora muchos de las provincias, como Abu Walid Jonas ben Abdala, Cadi de Badalyox: sus versos fueron muy celebrados, y por la fama de su virtud el Rey le mandó venir á Córdoba, y poco tiempo despues cansado del ruido y vanidad de la capital, pidió al Rey licencia y se retiró á una soledad de Algarbe, y allí escribió sus obras ascéticas y de menosprecio de las cosas humanas. Tambien manifestó su ingenio y gratitud al Rey en esta ocasion el Granadino Aben Isá el Gasani, que acababa de llegar de Egipto y de otros países de Oriente, donde habia viajado de órden del Rey Alhakem, y le presentó su geografia y una

elegante descripcion de las comarcas de Elbira. Se distinguieron en esta misma ocasion dos insignes eruditos de Guadalhajara, Ahmed ben Chalaf ben Muhamad ben Fortun el Madyuni, y Ahmed ben Muza ben Yanqui, que despues de haber estudiado en su pátria con el famoso Wahib ben Masera, y en Toledo con Abderahman ben Isá ben Modareg, pasaron á Oriente, y estuvieron en Egipto y en Mecca, y en este tiempo llegaron á Córdoba con el Sadic ben Chalaf ben Babil de Toledo, vecino de Bargas, que venia de visitar el templo de Alacsâ: se aplaudieron los conceptos de Ibrahim ben Chaira Abu Ishac, apellidado Aben Asbag de Sevilla, célebre ya por sus poesías descriptivas, y los de Suleiman ben Batal de Badalyox, el conocido por Ain Gudi, porque muchos versos suyos principiaban con esta expresion: ojos dichosos: dieron tambien brillantes muestras de su ingenio y existencia Suleiman ben Chalaf ben Amer, conocido por Aben Gamron de Córdoba, que habia sido Cadi de Ezija, y ahora vivía en Córdoba en el Chandac ó fosa del arrabal de Aragegila, y el Rey le hizo Wazir de su Consejo, y Yahye ben Hixêm el Meruâni, y el docto poeta de Córdoba Yahye ben Hudheil, y Jonas ben Mesaud de la Rusafa de Córdoba, autor de la descripcion de los jardines, y Yaix ben Said de Baena, el que copiaba con maravillosa elegancia las poesías que lograban la preferencia y distinguida aprobacion del Rey Alhakem. Como en este tiempo era tan estimada la erudicion y la poesía en España, hasta las mugeres en su retiro eran estudiosas, y mu-

chas se distinguian por su ingenio y buenos conocimientos. El Rey tenia en su Alcázar á Lobna, doncella muy hermosa, docta en gramática y poesía, en aritmética y otras ciencias: escribía con singular elegancia y muy bellas letras, y el Rey Alhakem se valía de ella para escribir sus cosas reservadas: no habia en el palacio quien la igualára en agudeza de conceptos y suavidad de metros. Fátima, hija de Zaçaria el Xablêri, doméstico de la casa real, escribia con mucha perfeccion y copiaba libros para el Rey. Ayxa, hija de Ahmed ben Muhamad ben Cadim de Córdoba, era tan docta, que refiere Aben Hayan que no habia en España doncella mas sobresaliente en belleza y loables costumbres, ni en discrecion, elocuencia y poesía: escribió elogios á los Reyes y Príncipes de su tiempo: todos los sabios admiraban sus composiciones y sus hermosos caractéres, así en carta como en vitela: tenia una preciosa coleccion de libros de artes y ciencias. Cadiga, hija de Giafar ben Noseir el Temimi, hacía en este tiempo muy buenos versos, y los cantaba con muy dulce voz. Maryem, hija de Abu Jacûb el Faisoli de Xilbe, enseñaba erudicion y poesía á las doncellas de familias principales con gran celebridad en Sevilla, y de su escuela salieron algunas insignes en estas gracias que fueron las delicias de los alcázares de los Príncipes y grandes Señores. Radhia, la llamada estrella feliz, liberta del Rey Abderahman Anásir, que la cedió á su hijo el Príncipe Alhakem, era la admiracion de su siglo por sus versos y elegantes historias: despues de la muerte del Rey viajó á Orien-

te, y en todas partes fue aplaudida de los doctos.

A ejemplo del Rey los Walíes, Wazires y Xeques principales de la capital y de las provincias protegian á los sabios y honraban á los buenos ingenios, y no perdian ocasion de manifestarles su aprecio y la estima que hacian de sus conocimientos. El Cadi de Córdoba Muhamad ben Ishac ben Selim, hombre austero, pero docto y afable, cuenta Alcasim ben Asbag el Baeni, que refería de él el Cadi Jonas que Aben Safaran Xeibani vivia en Córdoba á la orilla del rio en las fuentes; y sucedió que salió el Cadi Aben Selim acaballo, y le cogió una lluvia que le obigó á entrar con su caballo en el Dihliz ó patio del Xeibani, que éste salió y le rogó que se apease, y le entró en su habitacion, y despues de los cumplimientos y de haberse sentado en su estrado, le dijo el Xeibani: tengo en casa una muchacha de esta ciudad, de la mas suave voz que puede oirse; si te place cantará una [1] axara del libro de Dios, ó algunos versos; y le respondió el Cadi: enhorabuena: vino la

[1] Los Muslimes dividen el Alcoran en ciento y catorce suras ó capítulos muy desiguales, y cada sura en varias hizbes ó secciones, y estas en cierto número de axaras ó divisiones menores de á diez versos: al verso alcoránico llaman aleya: al principio de cada sura se expresa su título, el número de versos que contiene, y si fue publicada en Mecca ó en Medina: le llaman libro de Dios, y tanzil ó descendido del Cielo: Alcoran es la leyenda por excelencia, y el ser Mocri ó lector de Alcoran en las Aljamas era empleo distinguido: leían con voz entonada y sonora, y á este modo de leer llaman tala.

doncella mas linda que humanos ojos vieron, y le mandó el Xeibani leer, y despues cantó unos versos, y todo le pareció muy bien al Cadi, y sin que fuese visto sacó una bolsa y la puso debajo de su asiento; y alzada la lluvia, dió gracias al Xeibani y se despidió y montó acaballo, y salió el Xeibani á despedirle, y luego entró y halló debajo del estrado una bolsa con veinte doblas de oro. Ahmed ben Said ben Cautir el Ansari de Toledo, docto Alfaqui en aquella ciudad, hombre rico y respetado en ella en este tiempo, se cuenta de él que solía juntar en su casa hasta cuarenta amigos y aficionados á las buenas letras, así de Toledo como de Calatrava y otros pueblos, y en los meses de Noviembre, Diciembre y Enero se reunían en una gran sala, el pavimento estaba cubierto de alfombras de lana y seda, y almohadones de lo mismo, y las paredes asimismo cubiertas de tapices y paños labrados; y en medio de la gran sala habia un grueso cañon de altura de un hombre lleno de carbon encendido, y todos se sentaban al contorno á la distancia que les agradaba: leían su hizbe ó seccion de Alcorán, ó algunos versos: conferenciaban sobre ellos: les traían perfumes de almizque y otros arómas gratos, y se rociaban de agua de rosa: luego les servian una mesa con abundancia de carnes de cabritos tiernos y carnero, con otros diversos manjares compuestos con aceite, despues leche cuajada y en espuma, manteca, variedad de dulces, algunas frutas y dátiles. En los dias cortos de la estacion pasaban lo mas del dia en la mesa, y duraban estas conferencias

hasta fin de Enero, y esto era todos los años: no llegó á la generosidad de este Alfaqui ninguno de aquella ciudad, aunque habia en ella otros muy ricos. Le nombró el Rey prefecto del juzgado de la ciudad, y por envidia de su fama y popularidad le hizo matar Yaix ben Muhamad, Cadi del mismo juzgado, y entró el asesino en su casa, donde era muy conocido, y Aben Cautir leía en su Alcorán, y conoció á lo que iba, y le dijo: ya sé á lo que vienes, haz lo que te han encargado, que Dios está en el Cielo, y lo ve todo y lo sabe todo: y el asesino le ahogó, y fingieron que habia muerto de accidente natural. Hayan dice que fue emponzoñado en Santerin el año cuatrocientos y tres.

CAPITULO XCIV.

De cosas notables del gobierno del Rey Alhakem, y de su muerte.

Procuró el Rey Alhakem Almostansir que su hijo único el Príncipe Hixêm tuviese los mas doctos maestros que en Oriente y en Occidente se hallasen: entre otros buscó á Muhamad ben Alhasan ben Abdala ben Mezhag el Zubeidi, originario de Sevilla y vecino de Córdoba, se apellidaba Abu Becri, habia sido discípulo de Casim ben Asbag, y de Said ben Fahlon y de Ahmed ben Said en la lengua, y en la poesía de Abu Aly el Bagdadi: era este Zubeidi el hombre mas docto que entonces se conocia en la lengua arábiga y en su gramática;

y fue su especial encargo enseñar esto al Príncipe. Escribió varias obras muy curiosas y el compendio [1] del célebre diccionario intitulado Ain: le ayudaban en este trabajo de órden del Rey el capitan de su guardia Muhamad ben Abi Husein, y el insigne poeta Abu Aly el Bagdadi: fue el Zubeidi prefecto del juzgado de Córdoba, y despues el Príncipe Hixêm le honró con otros principales cargos. Alcasim Aben Asbag de Baena le enseñaba historias tradicionales, y Muhamad ben Chatêb el Lezdi varia erudicion y la métrica, y lo mismo el Tobni de Zâb, insigne poeta de este tiempo y Wali Xarta del Rey Alhakem.

Era el Rey Almostansir muy amante de la paz, y la procuró conservar aun con los Cristianos á pesar de algunos de sus Walíes de frontera; y cuentan que los consejos que solía dar á su hijo Hixêm concluían siempre con decirle: no hagas sin necesidad la guerra, manten la paz para tu felicidad y la de tus pueblos, no saques tu espada sino contra los injustos: ¿qué placer hay en invadir y destruir pueblos, arruinar estados y llevar los estragos y la muerte á los confines de la tierra? ten en paz y en justicia los pueblos, y no te deslumbren las falsas máximas de la vanidad: sea tu justicia un lago siempre claro y puro, modera tus ojos, pon freno al ímpetu de tus deseos, confia en Dios, y llegarás con serenidad al aplazado término de tus dias.

---

1 Una antigua copia de este compendio del Zubeidi está en la Real Biblioteca de Madrid.

Mandó empadronar los pueblos de sus estados, y habia en España seis ciudades grandes, capitales de las capitanías, ochenta de mucha poblacion, trescientas de tercera clase, y las aldeas, lugares, torres y alquerías eran innumerables: solo en las tierras que riega el Guadalquivir habia doce mil: dicen algunos que se contaban en Córdoba doscientas mil casas, seiscientas mezquitas, cincuenta hospicios, ochenta escuelas públicas, y novecientos baños para el comun. Las rentas del estado valian cada año doce millones de mitcales de oro, sin contar las rentas de azaque que se pagaban en frutos. Se beneficiaban muchas minas de oro, plata, y otros metales por cuenta del Rey, y otras por particulares en sus posesiones: eran muy ricas las de los montes de Jaen, Bulche y Aroche, y las de los montes del Tajo en Algarbia de España. Habia minas de piedras preciosas, dos de jacut rojo, ó de rubíes á la parte de Beja y de Málaga. Se pescaban corales en las costas de Andalucía, y perlas en las de Tarragona. En la larga paz que mantuvo el Rey Alhakem se fomentó la agricultura en todas las provincias de España: se labraron azequias de riego en las vegas de Granada, Murcia, Valencia y Aragon: se construyeron albuheras ó lagos para riego, y se hicieron diversas plantaciones de toda especie como convenía á la calidad y clima de las provincias. En suma este buen Rey mudó las lanzas y espadas en hazadas y rejas de arado, y convirtió los ánimos guerreros é inquietos de los Muslimes en pacíficos labradores y pastores. Los mas ilustres caballeros se precia-

ban de cultivar por sus manos sus huertos, y se holgaban los Cadíes y Alfaquíes en la apacible sombra de sus parrales: todos iban al campo y moraban en las aldeas dejando las ciudades, cuales en la florida primavera, cuales en el otoño y al tiempo de sus vendimias. Muchos pueblos siguiendo su natural inclinacion [1] se entregaron á la ganadería, y conservaban la antigua vida de los Bedawis, y trashumaban de unas provincias á otras, procurando á sus rebaños comodidad de pastos en ambas estaciones.

Jusuf ben Hamud el Sadfi, Cadi de Cebta su patria, informó al Rey Alhakem de la sabiduría y celebridad que tenia en Oriente Abdala ben Ibrahim el Omaya de Asila la de Tanja: éste era originario de Sidonia en Andalucía, y de la mas ilustre prosapia: habia pasado á Cairvan y á Egipto, y estaba

---

[1] Desde la mas remota antigüedad fueron los Arabes moradores del campo, que vagaban pastoreando sus rebaños: Isaías anunciando la desolacion de Babilonia decia, que aquella ciudad vendria á ser un yermo espantoso: we lo yahel sam Arabi, we roim lo yarbizu sam: que ni acamparia alli el Arabe, ni pastores sestearian allí: como decia Cotaiba no saben vivir sino buscando pastos á sus ganados, mudando sus ranchos á mas ó menos distancia, por dar tiempo á que se renueven las yerbas, y para buscar en la mesaifa ó estacion de verano las alturas frescas hácia el Norte ú Oriente, ó volviendo al fin de la estacion para la mesta ó invernadero, hácia los campos abrigados del Mediodia ó Poniente, imitando á las grullas que, como decia Damir, tienen su mesaifa en la Iraca ó Caldea, y su mesta en Egipto y tierras de Poniente. Estos Arabes se llamaban Moedinos vagantes ó trashumantes, y es facil que alterado este nombre de él haya procedido el de nuestros ganados merinos, que conservan esta vida alárabe.

en la Iraca y solicitado del Cadi de Cebta, y por cartas del Rey Alhakem, se vino á España en este tiempo, y desembarcó en Almería. Hizo el Rey Alhakem muchas obras públicas en las provincias de España: reparó mezquitas y menciles ó posadas públicas, entre otras la célebre y antigua de Libla, que se llamaba Menzil Haxemia, construyó fuentes en poblado y en caminos públicos, y reparó puentes y acueductos. Encargó el gobierno de Badalyox y de sus comarcas al Persiano Sabur su familiar y camarero, hombre docto y de mucha política. En este tiempo murió Muhamad ben Abdelwahib, gobernador de Jaen, hombre de grande ingenio, que mereció la confianza del Rey Anasir y de su hijo el Rey Alhakem: en su juventud habia tenido competencias con el Wazir Abdelmelic ben Gehwar sobre precedencias de asiento con notables lances: este Aben Gehwar fue Wali Bait el Mâl ó prefecto de la Tesorería, y cuenta Razi que sus composiciones poéticas eran de tanta elegancia que se atribuían á Zeidun de Córdoba: sobre todas se celebraba su cancion de las excelencias de la rosa, que algunos decian que se aventajaba á la primavera, y á la descripcion de la lluvia de Abdala el hijo de Alhakem el Coreixi.

El Rey Alhakem no solo era justo apreciador del mérito de los buenos ingenios, sino tambien muy buen poeta, pues como en aquel tiempo era la poesía una de las prendas de educacion de los caballeros, la entendia bien y se ejercitó en su juventud en toda especie de metros, y quedan unos versos suyos, que dice Hayan que los hizo á la partida y se-

paracion suya de la Sultana Sobeiha, madre de Hixêm, con ocasion de la jornada de Santistefan de Gormaz, que los repetia Abu Aly el Hasan ben Ayûb, y con algunas variantes Muhayer el Dilemi, y son estos:

De tus ojos y los mios — *en la triste despedida*
De lágrimas los raudales — *inundaban tus mejillas:*
Líquidas perlas llorabas, — *rojos zafires* [1] *vertía,*
Juntas en tu lindo cuello — *precioso collar hacian.*
Estraño, amor, al partir — *como no perdí la vida:*
Mi corazon se arrancaba, — *el alma salir queria,*
Ojos en llanto anegados, — *aquellas lágrimas mias*
Si del corazon salieron — *en su propia sangre tintas,*
Este corazon de fuego — *cómo no se deshacia?*
Loco de amor preguntaba — *dónde estas bien de mi vida?*
Y estaba en mi corazon — *y con su encanto vivia:*
A sinrazon me querello — *de amor que en ansias suspira,*
Y de los ojos que lloran, — *y del corazon que hechizas.*

Sería menester dilatarse mucho para referir las virtudes y grandeza de ánimo de este sabio Rey, y la mucha prosperidad de España en su tiempo; pero pasaron sus dias como pasan los agradables sueños, que no dejan sino imperfectos recuerdos de sus ilusiones: pasó á las moradas eternas de la otra vida, en donde hallaria, como todos los hombres, aquellas moradas que labró antes de su muerte con sus buenas ó malas obras: falleció en Medina Azahra á dos

---

1 Es decir que sus lágrimas eran de sangre, que salian del corazon.

de Safar del año trescientos sesenta y seis, á los sesenta y tres años de su edad, y quince años, cinco meses y tres dias de su reynado. El féretro del Rey Alhakem fue acompañado de todos los caballeros de la ciudad, y de infinita gente que acudió de la comarca: fue enterrado en su sepulcro del cementerio de la Rusafa: hizo oracion por él su hijo Hixêm, que descendió al sepulcro, y salió de él sin poder contener sus lágrimas. 976

CAPITULO XCV.

Del reynado de Hixêm el Muyad Bila.

Acabada la pompa funeral del Rey Alhakem fue aclamado su hijo Hixêm, de edad entonces de diez años y meses: fue hijo único del Rey Alhakem: fue su madre la Sultana [1] Sobeiha, y le apellidaron el Muyad Bila, ayudado ú protegido de Dios: se celebró su jura solemne con gran concurrencia de Walíes, Cadíes, Wazires y otros principales ministros del estado, en dia lunes cinco de la luna de Safar: hizo la lectura de la inauguracion Giafar ben Otman el

---

[1] Sobeiha es aurora: nuestros Arabes ponian á sus hijas nombres de significacion agradable, como Radhia, apacible ó plácida, Niama gracia, Noeima graciosa, Saida feliz, Soeida venturosa, Selima pacífica, Amina fiel, Zahra flor, Zahira florida, Zohraita Florinda, Boriha clara, Safia escogida, pura, Nowaira Lucinda, Leila hasana, seat, golis, noche buena, horabuena, feliz alba, Naziha cándida, deliciosa, Kerima, Honoria ú Honorinda, Kinza tesoro, Kethira fecunda, Lulu perla, Lobna lactea, Maliha hermosa.

Mushafi, el Hagib, conocido por Abulhasan, el Berberi, que habia sido Wali de Mayorca en tiempo de Anasir, y Wazir del Rey Alhakem, y en este dia fue nombrado Hagib del Rey.

La Sultana madre de Hixêm con su discrecion y hermosura habia ganado tanto el corazon del Rey Alhakem, que por mas de diez años no se habia hecho cosa alguna de poca ó mucha importancia, así en la casa del Rey como en la corte y en las provincias, sin consultar su voluntad, y sus mas leves insinuaciones eran soberanos mandamientos que se obedecian sin escusa ni dilacion. Era secretario de la Sultana Muhamad ben Abdala ben Abi Amer el Moaferi, hombre que por su afabilidad, gentileza, valor y consumada prudencia habia merecido la estimacion y confianza del Rey y de la Reyna, y el respeto y consideracion de todos los Wazires de la casa real, de los capitanes de la guardia, de los Walíes y gobernadores de las provincias. El padre de éste, Abdala ben Muhamad ben Abdala ben Amer ben Abi Amer, Muhamad ben el Walid ben Yezid ben Abdelmelic fue de Córdoba, aunque originario de Algezira Alhadrâ, y se apellidó Abu Hafs; fue muy honrado del Rey Anasir, pasó á Oriente para hacer su Alhig ó peregrinacion santa, era hombre docto, discípulo de Muhamad ben Omar ben Lubeba, y de Ahmed ben Chalid, y de Muhamad ben Foteis de Elbira, y del célebre Muhamad el Begi: de vuelta de su peregrinacion enfermó en Trabolos, y dicen [1] Hayan,

[1] Cuenta Hayan que Abdala, el padre de este Muhamad Almanzor, fue nieto de Abdelmelic de Wasit, que entró en Es-

Aben Afif y Aben Fayad, que falleció en Roqueda al fin del reynado de Anasir, y allí fue sepultado con mucha honra: su hijo Muhamad habia nacido en Toros, aldea de Algezira Alhadrâ, el año trescientos veinte y siete, y siendo mozo de poca edad vino á Córdoba, y en ella estudió humanidades, y á la muerte de su padre estaba entre los donceles del Rey Alhakem, y se distinguia por su ingenio y gentileza, y la Sultana Sobeiha le hizo su secretario, y despues su mayordomo. Considerando la Sultana la poca edad del Rey Hixêm su hijo, encargó á Muhamad el cuidadó del gobierno, y le nombró su primer Hagib, para que fuese como tutor de su persona y primer ministro de estado y guerra. No hubo quien no aplaudiese esta eleccion, sino Giafar ben Otman el Hagib y sus hijos, que miraron la elevacion de Muhamad ben Abi Amer como menosprecio de sus grandes y antiguos servicios; pero disimularon su secreto resentimiento.

El Rey Hixêm, así por sus pocos años como por su natural inclinacion, no pensaba sino en sus juegos é inocentes placeres, no salia de sus alcázares y deliciosos jardines, ni deseaba otras distracciones ni recreos que no conocia: en su retiro estaba siempre rodeado de eschavillos de su edad, que vivian encerrados con él y á nadie comunicaban. Sabur el Persiano, que habia sido camarero del Rey Alhakem, y habia venido de Mérida para la jura del Rey Hi-

---

paña con Taric ben Zeyad al principio de la conquista: que la madre de Almanzor era Boriha, hija de Yahye ben Zacaria el Temimi, conocido por Aben Bartal.

xêm, quiso hablar con él antes de su partida, y la Sultana Sobeiha le escusó la visita de acuerdo con el Hagib Muhamad, y luego partió para Algarbe; y los demas Walíes á sus provincias. Desde el principio de su privanza supo ganar el favor y amistad de todos los principales de la corte y de fuera de ella, haciéndoles notables honras, y usando con ellos de mucha cortesía y afabilidad: trataba con especial estimacion á los sabios, y les hacia grandes mercedes, y admitia en su casa á los que se distinguian por su ingenio y erudicion: á todos los hombres de crédito de cualquiera clase procuraba tenerlos obligados y agradecidos: aun los infieles y enemigos le honraban, respetaban y temian. Desde el primer año de su gobierno quiso señalarse con hechos insignes, y previno á los Walíes y caudillos de las fronteras que pensaba romper las treguas que habia con los Cristianos, á quienes juró perpetua guerra, y no pensaba menos que en subyugar á cuantos tenian este nombre en los términos de España. Estas ideas fueron muy gratas al vulgo de los Muslimes, y no se oian sino alabanzas del Hagib Muhamad, y anticipados anuncios de sus futuras victorias.

Fue de las primeras providencias del Hagib Muhamad ben Abi Amer el concertar avenencia y paz con el señor de Zanhaga Balkin ben Zeiri, que corria tierra de Magrêb, y tenia puesto cerco á Medina Cebta, deseando vengar la muerte de su padre Zeiri ben Menad, á quien habia muerto en batalla Giafar ben Aly, siendo gobernador de Sale y Erab por el Rey Alhakem: otorgaron sus avenencias en este año de trescientos sesenta y seis, y Balkin le-

vantó el cerco de Cebta, y se retiró á su ciudad de Tunez. El Hagib Abulhasan Giafar ben Otman el Mushafi, y Abu Becri el Lului y otros de su parcialidad, censuraban y murmuraban, no sin ocasion y buenas razones, que Muhamad ben Abi Amer hiciese paces con los mas constantes enemigos del Rey Alhakem, y declarase la guerra á los de Galicia y de Afranc que habian sido por tantos años fieles á los tratados que habian otorgado con el Rey. Al mismo tiempo Giafar ben Aly el Andalusi, señor de Mezila, estaba cercado en Alcazar-alocâb por los Berberíes, y escribió á Muhamad ben Abi Amer pidiéndole socorro, y manifestándole que si hasta cierto plazo no fuese el auxilio que pedia, se veria forzado á entregar aquella fortaleza. Envió sus cartas con su Wazir Abulwalid ben Gehwar, que era favorecido del Hagib Muhamad ben Abi Amer: cuando recibió Muhamad estas cartas ya tenia concertada su avenencia con el señor de Sanhaga, y no cuidó de la suerte de Giafar ben Aly, y la pérdida de Alcazar-alocâb sirvió de pretexto para perder á este Wali, que envolvió en su desgracia á toda su familia.

CAPITULO XCVI.

De las primeras expediciones de Almanzor.

En principios del año de trescientos sesenta y siete 977
partió el Hagib Muhamad ben Abi Amer á visitar las fronteras de la España oriental, dando sus órdenes á los Walíes y alcaides de aquella tierra para tener dispuestas sus gentes para hacer cada año dos entradas

en tierra de Cristianos, cuando por una parte cuando por otra: luego pasó por Zaragoza, y visitó aquella frontera de los montes de Afranc, dando allí las mismas órdenes á los fronteros, y subiendo por el Ebro vino á las tierras de la frontera del Duero, y en ella con la gente de Mérida y Lusitania hizo entrada en tierra de Galicia, talando los campos y quemando algunas poblaciones, sin hallar resistencia en ninguna parte: tomó algunos cautivos y ganados, y se volvió á Córdoba contento de la visita y del suceso venturoso de estas primeras algaras, que por tan rápidas é imprevistas no pudieron ser estorbadas ni costaron sangre. En este mismo año se acabaron en Ezija los acueductos que allí se hacian de órden de la Reyna madre, y se grabó una inscripcion en piedra que decia: "En el nombre de Dios clemente y piadoso: mandó edificar esta azequia la Señora, engrandézcala Dios, madre del Príncipe de los creyentes, el favorecido de Dios Hixêm, hijo de Alhakem, prolongue Dios su permanencia, esperando por ella los premios de Dios copiosos, y las mercedes grandes; y se acabó con ayuda de Dios y su auxilio por manos de su artífice, y prefecto Sahib Xarta, Cadi de los pueblos de la cora ó comarca de Ezija y Carmona y dependencias de su gobierno Ahmed ben Abdala ben Muza, y esto en la luna Rebie postrera del año trescientos sesenta y siete." En el fin de este año desembarcaron en Algezira Alhadrâ las tropas de caballería que enviaba Balkin ben Zeiri, Señor de Tunez, para las guerras contra Cristianos, como tenian concertado; y habiendo llegado Giafar ben Aly fue puesto en prision, y poco tiempo des-

de Ezija.



Escala de una quarta.

pues mandó el Hagib Muhamad ben Abi Amer cortarle la cabeza, y la envió á su amigo Balkin, que la estimó como el mas precioso presente. Los patientes y parciales de Giafar miraron esta precipitada justicia como la señal del rompimiento contra ellos, y principio de las venganzas y rivalidades del Hagib Muhamad.

Ziad ben Aflag, liberto que habia sido del Rey Anasir, y en este tiempo Sahib Almedina de Córdoba, dió sentencia de muerte contra Abdelmelic ben Mondar, convencido de graves delitos por liviandades de mocedad: consultada la sentencia para su ejecucion, la revocó el Hagib Muhamad ben Abi Amer en este año trescientos sesenta y siete, y en principio del siguiente año falleció Ziad.

En el año siguiente de trescientos sesenta y ocho partió Muhamad con la caballería africana y la de Andalucía, y con las gentes de Mérida, y entró en Galicia: venció á los Cristianos que le salieron al paso con cruel matanza, y tomó muchos despojos, y cautivó muy florida juventud de ambos sexos, y volvió vencedor á Córdoba, donde fue recibido con grandes demostraciones de alegría. Fue apellidado en esta ocasion Almanzor, insigne vencedor y auxiliador del pueblo muslime, defensor ayudado de Dios, y con el tiempo acreditó que merecia estos ínclitos títulos. Repartió los despojos de su expedicion entre sus soldados, sin mas reserva que el quinto que tocaba al Rey, y la estafa ó derecho de escogencia que pertenecia á los caudillos, así de los cautivos hombres ó mugeres, como de la presa de ganados de toda especie: renovó la antigua costumbre de dar convite

á las tropas despues de las victorias, y él recorria todos los ranchos de las banderas, y era tal su memoria que conocia á todos sus soldados, y conservaba los nombres de los que se distinguían, y los convidaba á su mesa y les hacia especiales honras: Desde estas primeras entradas contra Cristianos tuvo Muhamad Almanzor esta costumbre, que siempre que volvia á su pabellon del campo de batalla hacia que le sacudiesen con mucho cuidado el polvo que traía en sus vestidos, y lo guardaba en una caja dispuesta para esto, y decia él que cuando llegase la hora de su muerte le cubriesen en su sepulcro con aquel polvo: en todas sus expediciones hacia llevar esta caja con mucho esmero, como las cosas mas preciosas de su recámara. Usaba de clemencia con los vencidos, y no permitia herir ni ofender con violencias á la gente pacífica y desarmada.

978 En el mismo año de trescientos sesenta y ocho volviendo de su entrada en la frontera de España oriental, que fue tan venturosa como las precedentes, y la liberalidad de Almanzor con sus caballeros y fronteros excesiva, mucho mayor que otras veces, de suerte que el Wazir encargado de las presas pertenecientes al Rey por su quinto percibió de esta expedicion muy poco, y sabiendo esto el Hagib Abulhasan Giafar ben Otman, como prefecto de la Tesorería, dijo á sus Wazires: paréceme que las excursiones del Hagib Muhamad, aunque sean como dicen sus amigos, muy gloriosas, son en verdad de muy poca utilidad y ventaja para el estado, pues no saca de la inquietud en que se halla sino pérdida de gentes y de caballería: mas bien lo entendia nuestro

buen Rey Alhakem. Así dijo este Abulhasan, ó por ofendido y enemigo de Almanzor, ó por ser naturalmente franco y duro, que no sabia acomodarse al tiempo ni seguir el viento que soplaba. Era en este tiempo dañoso y mal seguro el no ser amigo de Almanzor, ó tibio siquiera en sus alabanzas. Luego fue informado de las palabras del Hagib Abulhasan Giafar ben Otman, y pocas horas despues recibió este Hagib el mandamiento de prision, y privado de sus cargos fue conducido á una torre de la muralla, y sus bienes aplicados al fisco.

En este tiempo Maron hijo de Abderahman ben Maron, viznieto del Rey Abderahman Anasir, conocido por el Toleic, mozo de diez y seis años, muy erudíto y de buen ingenio en la poesía, hirió de muerte á su padre por esta causa: habíase criado este mozo en su infancia con una niña, hija de una cautiva esclava de su padre; se amaban al principio como niños, pero crecieron ellos y crecieron sus amores, que no podian vivir el uno sin el otro: ignoraba esto Abderahman el padre de Maron, y cuando le pareció conveniente separó á la doncella de la compañía de su hijo. Con este apartamiento se acrecentó su recíproca pasion. Impaciente el mozo y deseoso de ver á su amada logró entrar furtivamente en los jardines donde solian holgarse las esclavas de su padre. Al principio de la noche entre unos mirtos vió á la doncella, y le dijo: no es tiempo de mucho hablar, hagamos presto lo que debemos hacer: ella que no tenia mas deseo que de complacerle, tan grande era el amor que le tenia, luego le siguió y huían juntos, pero por desgracia cuando llegaban á las puertas del

jardin los encontró su padre Abderahman, y el atrevido y loco enamorado, sin mirar que era su padre, y que no podia ser otro en tal puesto y á tales horas, le pasó con su espada: á las voces de Abderahman acudieron todos sus siervos, y aunque Maron quiso abrirse paso por entre ellos, la doncella se desmayó, y por sostenerla fue desarmado y preso. El prefecto de la justicia urgente mandó poner en una torre á Maron, y el Cadi de los Cadíes, averiguada esta desgracia y sus circunstancias, consultó á la Reyna madre del Rey, por ser Maron de la casa de Omeya, y primo del Rey: Almanzor estaba en sus expediciones, y los Cadíes con licencia de la Reyna tomaron conocimiento de la causa, y atendidos los pocos años de Maron, le sentenciaron á tantos años de prision como tenia de edad: y la Reyna y el Rey confirmaron esta sentencia. Cuando vino Almanzor de Galicia manifestó al Rey Hixêm que habia juzgado como mozo y enamorado, y no como padre de familia. Permaneció Maron en la torre hasta el año trescientos ochenta y cuatro, y en su prision escribió muy buenas canciones enamoradas y tristes que le dieron gran celebridad.

CAPITULO XCVII.

De otras entradas de Almanzor en Galicia.

978 En fin del año trescientos sesenta y ocho Abdelmelic ben Ahmed ben Said Abu Meruân, gobernador de Toledo, dió muerte en desafio al alcaide de Medina Selim, Galib, hombre de mucho valor y

muy estimado de Almanzor: por esto Abdelmelic fué privado de su gobierno, y fue puesto en su lugar, Abdala ben Abdelaziz ben Muhamad ben Abdelaziz ben Omeya, apellidado Abu Becri: era este caballero muy favorecido de la Reyna madre de Hixêm, y era muy rico que tenia en tierra de Tadmir muchas tierras y aldeas: cuentan que pasaban de mil alquerías: fue llamado de los Cristianos en su lengua piedra seca, por su dureza y condicion avara. Se distinguía entre los donceles del Rey el hijo de Almanzor Abdelmelic, y le llevaba su padre á las expediciones y entradas en tierra de Cristianos, para que se acostumbrase á las fatigas y trabajos de la guerra, y aprendiese el acaudillamiento de las huestes á su lado, y en varias ocasiones dió claras muestras de su valor y destreza en las armas.

Estaba Almanzor en tierra de Galicia á la vista de una poderosa hueste de Cristianos de Galicia y de Castilla en el año trescientos y setenta: trababan los campeadores de ambas huestes varias escaramuzas mas ó menos sangrientas y porfiadas: preguntó en esta ocasion Almanzor al esforzado caudillo Mushafa, ¿cuántos valientes caballeros te parece que vienen en nuestra hueste? Y le respondió Mushafa: tú bien lo sabes; y añadió Almanzor: ¿te parece que serán mil caballeros? Y respondió Mushafa: no tantos: ¿serán quinientos? dijo Almanzor: y le dijo Mushafa: no tantos; y entonces dijo Almanzor: ¿serán ciento ú siquiera cincuenta? Y le dijo Mushafa: no confio sino en tres: maravillóse Almanzor de su respuesta. En esto salió del campo de los Cristianos un caballero bien armado en un hermoso caballo, y

dijo: ¿hay quien salga á pelear conmigo? Salió luego contra él un caballero Muslim, y antes de una hora el Cristiano le mató, y dijo: ¿hay otro que salga contra mí? Y salió otro Muslim, y pelearon menos de una hora, y el Cristiano tambien le mató, que era muy buen caballero: los Cristianos daban grandes voces de aplauso y alegría, y los Muslimes gemian de despecho y de indignacion. Dijo el Cristiano: ¿hay otro que salga contra mí, y sino dos ó tres juntos? Y luego salió un esforzado Muslim, y á pocas vueltas el Cristiano le derribó de su caballo de un bote de lanza. Los Cristianos aplaudieron con gran algazara y vocería, y el caballero se tornó á su campo, y mudó de caballo, y salió en otro tan bueno como el primero, y le traía cubierto de una gran piel de fiera, cuyas manos pendian anudadas á los pechos del caballo y sus uñas parecian de oro; y dijo Almanzor que no saliese ninguno contra él: llamó á Mushafa y le dijo: ¿no has visto lo que ha hecho este Cristiano todo el dia? Lo ví por mis ojos, respondió Mushafa, y en ello no hay engaño, y por Dios que el infiel es muy buen caballero, y que nuestros Muslimes estan acobardados: mejor dirias afrentados, dijo Almanzor. En esto el caballero con su feroz caballo y su preciosa cubierta de piel de fiera se adelantó y dijo: ¿hay quién salga contra mí? y entonces dijo Almanzor: ya veo, Mushafa, ser cierto lo que me decias, que apenas tengo tres valientes caballeros en toda la hueste: si tú no sales, irá mi hijo, y sino iré yo mismo, que ya no puedo sufrir esto. Entonces le dijo Mushafa: verás que presto tienes á tus pies su cabeza, y la herizada y preciosa

piel: así lo espero, dijo Almanzor, y desde ahora te la cedo [1], para que despues entres con ella pomposo en la batalla. Salió Mushafa contra el Cristiano, y éste le preguntó: ¿quién eres tú de los nobles Muslimes? Y Mushafa blandiendo la lanza le respondió: hedhe ginsi, hedhe nasbi, ésta es mi nobleza, esta es mi prosapia. Pelearon ambos caballeros con mucho valor y destreza, hiriéndose de crudos botes de lanza, revolviendo sus caballos y evitando los golpes, entrando y saliendo el uno contra el otro con admirable gallardía; pero Mushafa que era mas mozo y suelto, y estaba mas descansado, revolvia su caballo con mas presteza, y le hirió de una mortal lanzada por un lado, y cayó muerto de su caballo: saltó Mushafa del suyo y le cortó la cabeza, y despojó al caballo de la piel, y se tornó á Almanzor, que le abrazó y le dió aquella preciosa piel. Dada la señal, ambas huestes trabaron sangrienta batalla, que separó presto la venida de la noche. Al dia siguiente los Cristianos no quisieron volver á la pelea, y al rayar el dia se retiraron, y Almanzor volvió á Córdoba triunfante.

En este tiempo llegó á Córdoba Abdala ben Ibrahim el Omeya Africano de Asila, originario de Sidonia, que por la fama de su sabiduria le llamó el Rey Alhakem Almostansir, y vino de Egipto y des-

---

[1] Era antiguo derecho del caudillo de los Muslimes en la guerra, cuando en los desafios que solian preceder á las batallas un caballero de su hueste vencia ó mataba al contrario, el hacer de los despojos á su arbitrio, ó quedarse con ellos, ó donarlos al vencedor, ó añadirlos á la presa comun.

embarcó en Almería al mismo tiempo de la muerte del Rey: anduvo errante y pobre algun tiempo: luego que Almanzor tuvo noticia de su mérito y poca fortuna le distinguió y le hizo del Mexuar, y poco tiempo despues le dió el cargo de Cadi de Zaragoza; era de los hombres mas doctos de este siglo, pero de la secta de los de las Iracas, y le llamaban en Zaragoza zaque del Ebro, y se le motejaba tambien de avaro y tenaz. La Reyna Sobeiha, madre de Hixêm, mandó construir en Córdoba una magnífica mezquita, que se llamó de su nombre, y mas comunmente de la madre de Hixêm, y fue prefecto de la construccion Abdala ben Said ben Muhamad ben Batri, que era Sahib Xarta [1] de la ciudad, y estaba encargado de los reparos de la grande Aljama por órden del Hagib Almanzor.

981 Al año siguiente de trescientos setenta y uno fue la entrada en tierras de Galicia con muchas y muy escogidas tropas de apie y de acaballo: acompañó á Almanzor en esta gazua el Wali de Toledo Abdala ben Abdelaziz: talaron los campos y pusieron cerco á Medina Zamora, y la entraron por fuerza de espada, y ocuparon otras fortalezas, y mas de cien lugares, robaron los ganados y cautivaron mozos y doncellas: hizo Almanzor destruir los muros de los pueblos que los tenian, y en esta jornada fue tan copiosa la presa que todos los soldados de las pro-

---

[1] Sahib Xarta, prefecto de la guardia pretoriana, gefe de la gente de armas que habia en las ciudades principales para mantener el órden y seguridad pública, y el Sahib Xarta tenia el mando de la ciudad en ausencia del Wali ó gobernador.

vincias y los fronteros saciaron su codicia, y fueron generosos con sus amigos. Almanzor entró triunfante en Córdoba precedido de mas de nueve mil cautivos, que iban en cuerdas de á cincuenta hombres. El Wali Abdala entró en Toledo con cuatro mil cautivos á principio del año trescientos setenta y uno, y cuentan que en el camino habia cortado otras tantas cabezas de infieles.

En el otoño del mismo año volvió Almanzor con Abdala, y pasaron el Duero, y corrieron la tierra y fronteras de Galicia sin que los Cristianos se les opusiesen al paso nì viniesen á batalla; pero de léjos los seguian y observaban ocupando las alturas. La experiencia enseñó en esta ocasion á los Muslimes que no debian despreciar las pocas fuerzas de los Cristianos, que aunque pocos en número eran muy aguerridos. Llevaba Almanzor su ejército dividido en dos huestes, y como acampasen en un valle muy vicioso de pastos á la orilla de un rio, sus campeadores se emboscaron en unas alamedas donde con descuido apacentaban sus caballos, como si estuviesen muy distantes sus enemigos. Los Cristianos aprovecharon esta ocasion, y como estaban atalayando vieron tan favorable oportunidad, y descendieron de súbito, y cayeron sobre los Muslimes con terrible ímpetu y vocería: todo el campo se llenó de espanto y confusion: los mas animosos acudieron á sus armas y se pusieron en defensa; pero la multitud dió á huir desatinada y sin saber adonde, y unos á otros se atropellaban y oprimian: llegaron los infieles á lo interior del primer campo rompiendo y desbaratando á cuan-

tos se les oponian con gran matanza. Los fugitivos de la primera hueste llevaron el terror á la segunda; entonces Almanzor, que estaba en su pabellon, se puso acaballo, y con su guardia de caballería corrió al encuentro de los enemigos llamando á sus esforzados caudillos por sus nombres: todos los valientes le siguieron denodados, y pudo tanto su presencia que reunió su gente, y aunque con trabajo logró rechazar á los Cristianos y quitarles la victoria que ya tenian por segura. Reprendió á los campeadores y caballería de su repentino temor y vergonzosa fuga, y de tal manera enardeció los ánimos de sus tropas, que deseosas de venganza persiguieron á los Cristianos hasta encerrarlos en Medina Leyonis; y si las lluvias del invierno no hubiesen sobrevenido, hubieran entrado aquella ciudad. Tornó Almanzor á Córdoba, y fue recibido con mucha honra; pero las alegrías y fiestas que se hicieron por sus victorias no le hicieron olvidar de sus meditadas venganzas, y mandó quitar la vida en la prision á Giafar ben Otman: si bien otros dicen, que murió de despecho
982 y afliccion de espíritu, al fin del año trescientos setenta y dos. En este tiempo por órden de Almanzor reparó los muros y fortaleza de Maqueda y de Wakex el arquitecto Fatho ben Ibrahim el Omeya, conocido por Aben el Caxeri de Toledo, célebre por sus conocimientos y sus viajes á Oriente: habia edificado poco antes en Toledo dos grandes mezquitas, la de Gebal Berida y la de Adabêgin. Al fin de este año salió para Oriente Chalaf ben Meruân el Omeya el Sahari, así llamado de Sahara Haiwat, pue-

blio de Algarbe de España, era de los hombres mas doctos de su familia.

En el año trescientos setenta y tres temerosos 983
los Cristianos de Galicia de las entradas de Muhamad ben Abi Amer Almanzor sacaron todas sus riquezas de las ciudades de Astorica y de Leyonis, y de otras muchas, y con sus familias y ganados se retiraron á los montes: en verdad no se engañaron en sus recelos, que venida la primavera partió Almanzor con los caballeros de Andalucía, de Mérida y de Toledo. Todos iban contentos y confiados en la buena ventura de sus caudillos: llegados á la frontera pasó alarde á su gente, repartió las banderas y fueron á poner cerco á la ciudad de Leyonis, que era muy fuerte y bien guarnida con altos y torreados muros, y sus puertas de bronce, que cada una parecia una fortaleza. Ordenó Almanzor el cerco, y dió cinco dias de recios y contínuos combates con ingenios y máquinas estrañas: al cabo de los cinco dias rompió las robustas puertas y aportilló los muros por varias partes: tres dias dió asalto falso á la parte de Mediodia, y verdadero á la de Occidente, por donde Almanzor, cansado de la resistencia de aquellos valientes Cristianos, fue el primero que con una bandera y su espada entró atropellando cuanto delante se le ofrecia, por su mano mató al esforzado alcaide de los Cristianos, y todos á su ejemplo murieron peleando: acabóse de entrar la ciudad al anochecer, y los Muslimes estuvieron en vela y con las armas en la mano toda la noche: al dia siguiente fue saqueada la ciudad, los Cristianos que se

obstinaron en defenderse fueron degollados, y los demas y las mugeres y niños cautivos: destruyó Almanzor los muros de la ciudad, y por no detenerse mas tiempo quedaron á medio arruinar las torres que eran fuertes á maravilla. La misma suerte tuvo la ciudad de Astorica: su defensa fue obstinada, y los defensores trabajaron en vano, que Dios destruyó sus fuertes muros y gruesos torreones, en que se confiaban. Al paso destruyó tambien la ciudad de Sedmanca, y contento con estas ventajas se volvió á Córdoba, y en todas las ciudades por donde pasó fue recibido con aclamaciones de triunfo.

CAPITULO XCVIII.

De como Almanzor honraba á los doctos, y de otros sucesos.

Se detenia poco tiempo Almanzor en las fronteras, y mientras estaba en Córdoba su casa era como una academia de sabios y de hombres de ingenio: la frecuentaba el Malagueño Obada ben Abdala ben Mêasemai Abu Becri, que era de los mejores poetas de este tiempo en Andalucía, y escribió la historia de los poetas españoles, y una célebre borda ó elogio de Anabi Muhamad, y para pedir licencia para visitar al Wazir de Almanzor Ahmed ben Soaid ben Hezam hizo unos versos muy elegantes de improviso, y le dió el Wazir cien dinares de oro, y su casa franca á todas

horas: tambien concurria á casa de Almanzor Abdelwariz ben Sofein, y muchos otros de las familias ilustres de Córdoba. Estableció Almanzor una academia de humanidades, y solo tenian asiento en ella hombres doctos, ya conocidos por obras útiles ó ingeniosas de varia erudicion en prosa ó verso. Visitaba las madrisas ó escuelas, y las aljamas y colegios, y se sentaba entre los discípulos, y no permitia que se interrumpiese la enseñanza á su entrada ni á su salida; daba premios á los maestros y á los discípulos mas sobresalientes. Por este medio acertaba en la eleccion de Mocríes y Alchatibes, lectores y predicadores para las mezquitas, y de doctos Cadíes para las aljamas principales del Reyno. El Rey Hixêm continuaba en el retiro de sus alcázares holgándose en sus deliciosos jardines: ninguna persona podia visitarle sin licencia de la Reyna su madre, ó del Hagib Muhamad ben Abi Amer. No se hacia mencion de él sino en la chotba ú oracion pública del juma, en las monedas é inscripciones, precisos y únicos testimonios de su existencia. Cuando concurria en las pascuas y otras fiestas á la mezquita no salia de la Macsura [1] hasta

[1] Macsura era una tribuna un poco levantada sobre el pavimento en la parte principal de la mezquita, rodeada de verjas doradas, donde se ponian los Reyes cuando asistian á la zala. Los mozos estaban en las mezquitas detras de los viejos, y las mugeres detras de los muchachos apartadas de todos los hombres; y no se movian los hombres hasta haber salido las mugeres: y las doncellas no iban á la mezquita donde no habia lugar apartado, y todas las mugeres iban muy bien tapadas y cubiertas de sus velos.



que todo el pueblo habia ya salido de la mezquita, y entonces salia rodeado de su séquito y guardia, y se volvia á su alcázar, que estaba cercano, apenas visto de la gente.

Desde el año trescientos sesenta y cinco estaba Alhasan ben Kenuz en la corte del Soldan de Egipto Nazar ben Maad, y ahora entrado el año trescientos setenta y tres escribió Nazar al caudillo Balkin, que mandaba en su nombre en Africa, para que favoreciese á Alhasan en sus empresas en tierra de Magrêb. Llegó Alhasan á Tunez, y le recibió con mucha honra Balkin ben Zeiri ben Menad, y vistas las cartas del Soldan le dió tres mil caballos, y le siguieron algunas alcabilas de Berberíes voluntarios, y con ellos entró en Almagrêb, y fue aclamado en varios pueblos. Vino esta nueva á Córdoba, y al punto envió el Hagib Almanzor á su Wazir Abu Alhakem Omar ben Abdala ben Abi Amer con muy escogida caballería, y le dió el gobierno de Almagrêb y sus dependencias. Luego que Alhasan tuvo noticia del paso de estas tropas vino á encontrarlas á cercanías de Cebta, y las acometió en el momento de su desembarco, y en la misma costa del mar se dieron sangrienta batalla, y los Andaluces quedaron vencidos, y se acogieron á la ciudad de Cebta, y en ella los cercó Alhasan algunos dias. Escribió Omar su desgracia á Córdoba, y el Hagib Almanzor ordenó que luego partiese á Africa su propio hijo Abdelmelic Abu Meruân, aunque muy mozo ya bien acreditado por sus prendas militares. Pasó sin tardanza al auxilio de su tio Omar con muy buena hueste.

Entretanto Almanzor hizo entrada con grandes fuerzas en España oriental, salió con él la caballería de Córdoba, pasó por Garnata, Baza, Lorca y Tadmir: en esta ciudad se detuvo esperando que llegasen las gentes de Algarbe y las naves de aquellas costas: se hospedó en casa del Amil de la ciudad Ahmed ben Alchitêb ben Dagim, que en veinte y tres dias que allí estuvo dió de comer espléndidamente á todos los caballeros y caudillos que acompañaban al Hagib, y á toda la caballería y peones que llevaban, sirviendo á los principales con delicados baños de agua de rosa, y con profusion de arómas en sus concurrencias y comidas cada dia, y se les ponian á todos estos ricos lechos de preciosos paños de seda y oro, y á todos en general muy cómodas posadas. A la despedida dijo Almanzor delante de sus caudillos y caballeros: en verdad que Ahmed no sabe aposentar gente de guerra, yo me guardaré de enviar por aquí tropas de algihed ni fronteros, para quien sus arreos son las armas, y el descanso el pelear; pero tambien es cierto que no ha nacido para vulgar pechero un hombre de tan generosa condicion, y así en nombre de nuestro señor el Rey Hixêm yo le hago franco de pagar tributos durante su vida. Fue esto el dia doce de la luna de Dylhagia del año trescientos setenta y cuatro, en la vigésima tercera expedicion de Almanzor contra Cristianos. Se refiere que cuando esta jornada de Muhamad ben Abdala ben Abi Amer Almanzor, salió con él desde Córdoba Abu Omar Ahmed ben Chatêb, llamado Alhazin, y los hospedó en su casa en Murcia cuando Alman- 984

zor pasaba á la expedicion de Barcelona con su séquito y hueste, y tuvo en su casa á todos los principales, y á Aben Sohaid prefecto de asadaca; y el hijo de este Ahmed llamado Abulasbag Muza hospedó al hijo de Almanzor y á sus caballeros en su viaje, y por esto tuvieron franquezas en las puertas de Córdoba que les concedieron los Meruânes, y en el dia esta insigne familia está tal vez despreciada, y viven pobres y oscuros como miserables Alarabes: Dios lo sabe. Cuenta Hayan en su historia de los Alameríes, que la jornada de Almanzor á Barcelona fue en el año de trescientos setenta y cinco, y era la vigésima tercia de sus entradas, y llevó su camino por la parte oriental de España por Elbira, Basta, á Tadmir, y se hospedó en Murcia, Alcaidía de Tadmir, en casa del Alcaide Aben Chatêb, que los obsequió trece dias á él, sus criados y caballeros, llevándoles á sus posadas pan, carne y frutas con mucha abundancia cada dia, sin interés alguno, que todo lo pagaba Aben Chatêb, y se servia á Almanzor y á sus caudillos cada dia diferentes y espléndidas comidas, sustancias, conservas y frutas, que era maravilla. Como entendiese Almanzor á la partida que todo lo habia suplido y pagado Chatêb por las relaciones de los Wazires que llevaban las cuentas del gasto, á nombre de su Señor le dió gracias: refiriendo esto á su vuelta al Rey Hixêm le propuso el hacer libres de derechos á Chatêb y á su familia. Convidó Almanzor á Chatêb á Córdoba, y le honró mucho, y le llamaba el obsequioso, y á su partida le regaló una linda esclava de su alcázar, y

luego se tornó á su amelia ó gobierno de Tadmir, y conservó sus derechos y privilegios. Cuenta Abu Becri Ahmed ben Said ben Abilfayadh en su historia, la traducida en hebreo, que para la gazua de Almanzor á Barcelona salió de Córdoba dia martes trece de la luna de Dylhagia del año trescientos setenta y cuatro, que fue cinco de Mayo, y estuvo en Elbira, de allí pasó á Basta, á Lorca y á Murcia, donde estuvo veinte y tres dias hospedado en casa de Ahmed ben Dagim ben Chatêb, y en la de su hijo Abulasbag Muza ben Ahmed, que ninguno de la hueste gastó ni un dirham, que cada dia sirvieron á Almanzor con diversas comidas y frutas en diferentes y preciosos vasos, y se le ponia el baño siempre de agua de rosa: que maravillado de esto Almanzor le dió muchas gracias, y le confirmó en su amelia, y se celebró mucho su hospitalidad. Acompañaba entonces al Hagib Almanzor Omaya ben Galib el Morori, de su patria Moror, uno de los buenos ingenios en poesía, que celebró la generosidad del Tadmiri en elegantes versos. Allegó Almanzor en su marcha gente y caballería de Valencia, Tortosa y Tarragona, y fué á los campos de Barcelona. Salió contra él con infinito gentío el Rey [1] de Afranc, y aunque doblaban el número de los Muslimes, el valor de éstos,

[1] Era este Rey de Afranc, ó de los Francos, Borel conde de Barcelona: todo el Pirineo y sus valles y vertientes, así á la parte de España como á la de Francia, estaban en estos tiempos divididos en pequeños señoríos, y nuestros Arabes á todos los llamaban Reyes y Señores de Afranc.

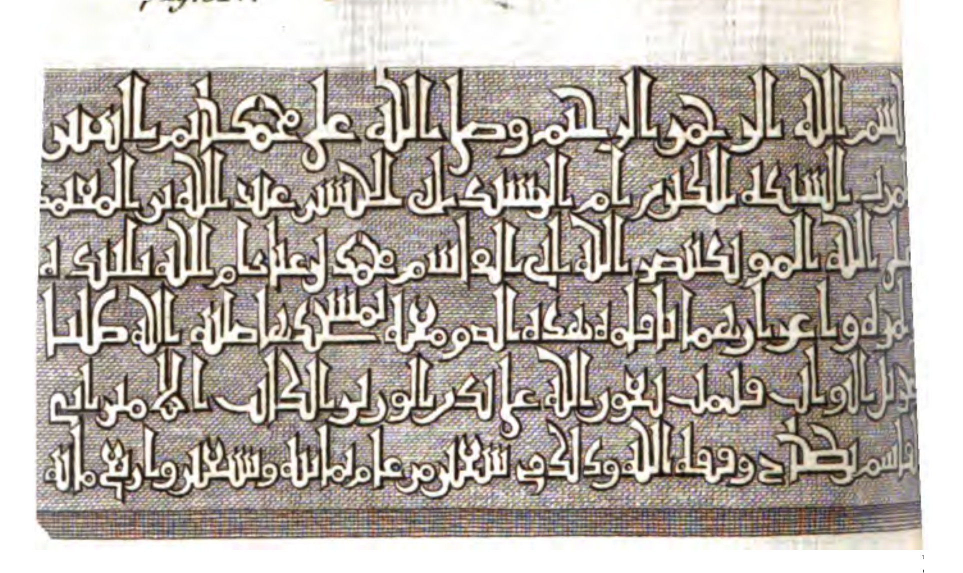
la pericia de Almanzor y la ayuda de Dios hizó que facilmente rompiesen y desbaratasen aquella muchedumbre de gente montaraz y baldía, que nunca pelea bien, y menos cuando tiene cerca algun asílo, que presto busca su seguridad en la fuga: acogiéronse con desórden á la ciudad, y los Muslimes los cercaron en ella con tan resuelto empeño y ardor, que el Señor de Afranc no esperando poderla defender, ni que le llegase socorro de ninguna parte, huyó de noche por mar favorecido de la oscuridad, que no le pudieron ver las naves de Algarbe que guardaban la marina. Dos dias despues se entregó la ciudad por avenencia, salvas las vidas, pagando el tributo de sangre por cabeza. Aseguró la frontera, y se volvió á Córdoba por enmedio de España, despedidas las tropas de Valencia y de Tadmir: visitó al paso las ciudades, y en todas quedaron memorias suyas por las obras que mandó hacer en ellas para su seguridad y comodidad. Cuando llegó á Córdoba movido de la celebridad y fama de Said ben Edris ben Yahye, el Salemi, Mocri de la Aljama de Sevilla, hombre muy docto que habia viajado á Oriente y hecho su alhig ó peregrinacion santa, y era admirable por su virtud y excelencia de su sonora voz, le hizo prefecto de azala en la mezquita del Rey Hixêm, y en este cargo de Imâm permaneció hasta la guerra civil en que se retiró á Sevilla, y allí falleció lleno de años en fin del cuatrocientos veinte y ocho.

En Almagrêb cuando Alhasan ben Kenuz, que tenia cercado en Cebta á Omar ben Abdala ben Abi Amer, supo que iba contra él Abdelmelic el hijo del

Hagib Almanzor con escogida gente, se tuvo por perdido, y mal aconsejado se quiso poner en manos de sus enemigos, y así envió á la ciudad pidiendo avenencia y seguro para sí y para su familia, ofreciendo á Omar que pasaría en España á la merced del Rey Hixêm: respondióle Omar como deseaba, y avisó á Abdelmelic de esto, y éste lo consultó por medio de los forénicos con su padre Almanzor, que les escribió que apresuráran aquel negocio dando á Alhasan ben Kenuz cuantas seguridades pidiese, y que viniese á Córdoba. Así se hizo, y este Príncipe luego pasó á Andalucía: avisado Almanzor de su hijo de como ya estaba en su poder, escribió el Hagib que sin embargo de lo concertado convenia al servicio del Rey que luego le cortasen la cabeza y la enviasen á Córdoba, y sin atencion al seguro y palabra dada le cortaron la cabeza en el campo, cerca de Alcazar al 'Ocâb en tierra de Tarifa, y dicen que al mismo tiempo que le descabezaban se movió un bravo viento que arrebató el gaban de los hombros del Príncipe Alhasan ben Kenuz, y desapareció que no se halló despues, Enterraron allí su cuerpo los de su desconsolada familia, y los caballeros encargados por Almanzor entraron en Córdoba con su cabeza, en la luna Giumada primera, año trescientos setenta y cinco. Fue el imperio de Alhasan ben Kenuz diez y seis años la primera vez, desde el trescientos cuarenta y siete hasta el de trescientos sesenta y cuatro, y despues la segunda un año y nueve meses. Los parientes de Alhasan se establecieron en Córdoba en la aljama de Magarawa, y en el Divan del Rey, hasta que reynó en

Córdoba despues de los Omeyas Aly ben Hamud, y se renovó la memoria de esta insigne familia. Con la muerte de este Aben Kenuz acabaron los Edrises en Almagrêb, dinastía que habia principiado el dia de la jura de Edris ben Abdala ben Hasan en Medina Velila, en jueves á siete de Rebie primera, año ciento setenta y dos, hasta ahora cuando fue asesinado alevosamente este Alhasan Aben Kenuz, en Giumada primera de este año trescientos setenta y cinco, y fue todo el tiempo de este imperio doscientos y dos años y cinco meses. Era la extension de su estado desde Sûs Alacsâ hasta Medina Wahran, y fue cabeza del imperio la ciudad de Fez, y despues la de Biserta. Estaba este imperio como en el corazon de las dos poderosas dinastías que lo rodeaban por Oriente y Occidente, por Oriente la de los Beni Obeid señores de la provincia de Africa, Barca y Egipto, y por Occidente la de los Beni Omeyas señores de España y de Almagrêb, y por esta causa siempre estuvieron en inquietudes y guerras, ya señores de casi todo Almagrêb, ya dueños solo de algunas fortalezas como Azila, Hijar Anosor y Biserta, y hasta Telencen, hasta que acabó su soberanía: solo Dios es eterno, y señor de eterna dominacion.

El Hagib Almanzor mandó construir en Fez para ornato de la Aljama una alcoba ó capilla, y su cúpula sobre columnas en medio del gran patio, donde estaba la torre vieja, y puso sobre su altura un talisman como los que habia antes sobre la cúpula de la capilla del Mihrâb, que era de los que sabian hacer los antiguos, como aquellos que se hicieron en tiempo del Xiyei. Se puso el talisman sobre una barra de



سم الله الرحمن الرحيم وصلي الله علي محمد خاتم البشر
رت السيدة الكبرى ام الرشيد ابي الحسين عبيد الـلـه
بن المعتمد
الله المويد بنصر الله ابي القاسم محمد بن عباد دام الله تاييد
ه واعز نصرهما باقامة هذه الصومعة بمسجدها صانـه
الله طلبـا
ل الثواب فتم بعون الله علي يدي الوزير الكاتب الامير ابي
اسم بن ضحاح وفقه الله وذلك في شعبان من
عام ثمانية وسبعين واربعمايـة

hierro encima de la cúpula: uno era el del Alfar ó del raton, y con él nunca se halló raton alguno en la Aljama, y si entraba no andaba que luego se descubria y moria: el del Acrab ó alacran era otro, y con él nunca se vió entrar alacran en la Aljama, y el que entraba quedaba como helado y perecia; y de esto hay testigos fidedignos como el Alfaquí Aben Haron: el talisman de la columna de metal amarillo tenia una figura de haya ó serpiente, y nunca se vió serpiente alguna en la Aljama. Estos eran conocimientos de los Genios. El hijo de Almanzor Almudafar Abdelmelic edificó el hospicio y le surtió de agua por una acequia que labró, que la tomaba de Wadilhasan que corre fuera de la ciudad á la puerta de hierro. Mandó labrar para la Aljama un Alminbar ó púlpito de madera de onab y de ébano de preciosa labor con esta inscripcion: En el nombre de Dios clemente y misericordioso, bendiga Dios á Muhamad y á los suyos con perfecta felicidad: esto mandó que se hiciese el Califa vencedor, espada del Islam, siervo de Dios, Hixêm el Muyad Bila, prolongue Dios su permanencia, por manos de su Hagib Abdelmelic Almudafar, hijo de Muhamad Almanzor ben Abi Amer, manténgalos Dios altísimo; y esto en luna Giumada postrera año trescientos setenta y cinco. 985

Sosegadas las cosas de Almagrêb, en el mismo año de trescientos setenta y cinco entró Almanzor en las fronteras de Galicia, corrió la tierra, puso cerco y entró por fuerza de espada en Mediná Coyanca, destruyó sus muros, y valiéndose de algunos Cristianos principales que estaban en su compañía como

refugiados por desavenencias que entre ellos habia, fomentó sus discordias, y entró por sus tierras hasta las marismas de Galicia, y robó la iglesia de Zacûm, y tomó de ella muchas riquezas: en el otoño taló y corrió las tierras de Nahara y los montes Albaskenzes, y á la vuelta castigó á los de Uxama, Alcoba y Atincia, que se habian levantado, y volvió á Córdoba cargada su gente de despojos. En esta ocasion el erudito poeta Zeyadatala ben Aly le presentó su Kitêb Alhimâm, libro de la muerte, lleno de elegantes y conceptuosas poesías. En este tiempo Almanzor nombró Cadi de Toledo al Wali-Xûri de Córdoba Ahmed ben Hakem ben Muhamad el Ameri, conocido por Aben Lebâna de Córdoba, hombre docto y de mucha celebridad; y puso en su lugar á Ahmed ben Abdelaziz ben Fareg ben Abi el Hubêb; cordobés muy erudito, que habia sido maestro de su hijo Abdelmelic.

En este año trescientos setenta y cinco, avisado el Hagib Almanzor de haber entrado Balkin ben Zeiri en Almagrêb, luego ordenó que partiese el caudillo Ascaleha con gente africana y de Andalucía, y fueron á Medina Fez, y la entraron por fuerza, y apoderados de ella se hizo otra vez la Chotba por los Omeyas de España, que se habia interrumpido con las novedades de los Zeiríes de Sanhaga: quedó por Amil de los Obeidíes en el barrio de los Alcairvanes Muhamad ben Omar de Mekinez, que no pudieron los Andaluces ocuparle hasta el año siguiente.

CAPITULO XCIX.

De las bodas del hijo de Almanzor, y de sucesos de Magrêb.

Al principio del año trescientos setenta y seis vino á España Ahmed ben Aly Arabei el Begani, por la fama de su erudicion fue llamado para leer en la Aljama de Córdoba, y el Hagib Almanzor le encargó la educacion de su hijo Abderahman, y poco tiempo despues le nombró Cadi, y era de treinta y seis años. En la primavera de este año se celebraron en Córdoba las bodas de Abdelmelic, el hijo de Almanzor, con Habiba, hija de Abdala ben Yahye ben Abi Amer, y de Boriha, hija de Almanzor: hubo con este motivo grandes fiestas y regocijos públicos: se hicieron las bodas en los hermosos jardines de la Almunia llamada Alameria, contiguos á los alcázares de la Zahriya, Almunia que regaló el Rey Hixêm á su Hagib Almanzor cuando le pidió licencia para celebrar en ella estas bodas. La nobleza toda de Córdoba concurrió á estas alegrías: la linda novia fue conducida en triunfo por las calles principales de la ciudad, acompañada de todas las doncellas amigas de la familia, precedidas y seguidas del Cadi, y de los testigos, los Señores, Xeques y caballeros de la ciudad: las doncellas todas armadas de bastones de márfil y de oro guardaron la entrada del pabellon de la novia todo el dia: el novio, acompañado del gran séquito de los nobles mancebos de su familia, á la

venida de la noche, protegido de los estoques dorados de sus amigos, logró la entrada á pesar de la bizarra defensa de las doncellas: todos aquellos jardines estaban iluminados, y en todos sus bosques y fuentes y en los barcos de sus claros lagos resonaban apacibles músicas, y las alabanzas de los desposados eran el asunto de las canciones: los versos y las músicas duraron toda la noche hasta la hora del alba, y los regocijos continuaron todo el siguiente dia. Los mas aplaudidos versos que cantaron las doncellas en estas bodas fueron de Abu Hafs ben Ascaleha, y los de Ben Abilhebâb y de Abu Tahir el Esturconi. Repartió Almanzor en esta ocasion á sus guardias preciosos vestidos y armas, dió muchas limosnas á los pobres de las Zawiyas [1], casó y dotó huérfanas pobres de su Aljama, y regaló á los buenos ingenios que celebraron á su hijo y nieta: no se vieron en Córdoba dias mas grandes que estos, ni walimas ó convites nupciales mas espléndidos.

En la luna de Xaban de este mismo año trescientos setenta y seis, saliendo Yahye ben Malic ben Ayadh de la Aljama de Córdoba, despues de la azala de anochecer, acompañado de algunos amigos, llegaron á su casa, y se sentaron en su patio que era grande y ameno con frondosos jazmines y naranjos, y allí en tanto que reposaban rogó Yahye á uno de ellos llamado Aben Abi Hebâb, que le cantase unos versos que habian oido ambos en Bagdad á

---

[1] Zawiyas eran hospicios para pobres de profesion: cada casa de estas tenia su Wakil ó mayordomo que cuidaba de la conservacion y policía de ella.

Mungmi, y se los cantó: que se despidió entonces Abu Hebâb deseándole larga vida y olvido del plazo fatal, y le correspondió y partió, y antes de llegar al cabo de la calle le dieron voces que volviese; volvió y le halló muerto. Era de los hombres sabios y generosos de este tiempo, y muy filósofo, y habia estado en la India y en diversas ciudades de Asia y en Egipto, y fue su muerte sentida de todos los buenos: su féretro fue acompañado de mucha gente ilustre, y oró por él el Cadi de la Aljama el Jaboki.

En Magrêb el caudillo Ascaleha unió sus tropas con las de Abu Biês llamado el Jatût ben Balkin el Magaravi, y fueron á Fez y entraron por fuerza en el barrio de los Alcairvanes, y se apoderaron de él, y murió peleando en sus puertas Muhamad ben Amer el de Mekinez Amil del barrio; y se aclamó en él al Rey Hixêm por no desagradar á los Andaluces: avisaron estas ventajas á Córdoba y á Tunez, y fueron muy celebradas.

En el año siguiente hubo gran plaga de langosta en Almagrêb, y en sus primeros meses vino á Fez el Señor de las Cabilas Zenetes Zeir ben Atia el Magaravi, que llamaban el Chazeri, y entró en Fez, y fue recibido de Ascaleha y de Abu Biês: entretanto en la provincia de Africa se hacian cruel guerra Abulbehâr ben Zeiri ben Menad de Sanhaga, y su sobrino Mansur ben Balkin, Señor de Tunez: este abandonó el partido y amistad que le ofrecia Almanzor, como la habia tenido con su padre, y proclamó á los Obeidies en todos sus estados; el caudillo Abulbehâr entró aquellas provincias y las subyugó y proclamó en ellas á los Omeyas de España, ocupó la ciudad

de Mahedia y otras de Zâb, y se hizo chotba por el Rey Hixêm el Muyad de España en todos los alminbares de las provincias de Africa y Magrêb, y envió
987 su jura de obediencia en este mismo año trescientos setenta y siete. Se celebraron en Córdoba estas nuevas, y luego envió Almanzor las cartas de proteccion y los títulos de Amir de las provincias que tenia Abulbehâr en su poder, unos hermosos caballos, la espada y el vestido de Amir, todo muy precioso. Apenas habia recibido Abulbehâr estas cartas, cuando, sin ocasion ni motivo alguno, se puso en obediencia y bajo el amparo de los Obeidies, y prohibió en sus mezquitas la oracion por el Rey de Córdoba. Cuando Almanzor recibió estas nuevas de la veleidad y perfidia de Abulbehâr, escribió luego á Zeiri ben Atia encargándole la venganza de este desprecio, y autorizándole á ocupar y poseer todas las tierras de las provincias de Africa y Zâb que tenia Abulbehâr. Correspondió Zeiri ben Atia ofreciendo hacerle cruel guerra hasta acabarle y despojarle de estado y vida.

En España corrió Almanzor las fronteras de Castilla y Galicia, quemó y destruyó Oxma y Alcoba, volvió por Atincia y derrotó sus muros. Acompañaban en sus espediciones al Hagib Almanzor los dos célebres ingenios de este tiempo en España, Abu Amer Ahmed ben Derâg el Castali, ó de Cazalla, que era Alcatib del Divan al Ata, ó caja de la gente de guerra, y Abu Meruân Abdelmelic ben Edris, que se le conocia por Aben Harizi. En el año de trescientos setenta y ocho volvió Abderahman á las fronteras de España oriental y peleó con los de Afranc, que en gran número habian descendido de sus mon-

tes, y los venció y aseguró la frontera, y vino á Córdoba con muchos despojos: le acompañó en esta gazua Muhamad ben Abi Husam de Tadmir, hombre austéro y virtuoso, que habia viajado en Asia y en Africa mucho tiempo. Al año siguiente visitó la frontera de Galicia, y ocupó Medina Colimria, y llegó á Santyac, destruyó sus muros, y tomó grandes despojos y muchos cautivos, y volvió vencedor á Córdoba por Talavera y Toledo.

En Africa el Zeiri Aben Atia con sus tropas de Zenetes y Andaluces y otras cabilas berberiscas fue contra Abulbehâr, que no osó esperarle, y huyó siempre delante, se le allegó su sobrino Mansur ben Balkin, y le abandonó sus tierras y la defensa de ellas. Aben Atia fue tan venturoso en esta guerra, que se apoderó de Medina Telencen y de todas sus dependencias, y de cuanto poseía Abulbehâr, y estendió sus estados desde Sus Alacsa hasta Zâb en todo Almagrêb, y dió parte de sus victorias al Hagib Almanzor, y le envió en fin del año muy preciosos presentes, entre otras cosas cien caballos generosos de noble raza, cincuenta grandes camellos de carga y carrera, mil adargas de Lamta, muchas acémilas de arcos hermosos, y de alfanges de fino temple, cargas grandes de aljabas bordadas llenas de flechas, muchas girafas, y diferentes fieras y aves de los desiertos de Lamta y de otras regiones, mil cargas de frutas diferentes y muy exquisitas: varias acémilas cargadas de ricos y delicados paños de lanas finas. De todo esto se complació mucho Almanzor, y le escribió en nombre del Rey y de su parte, dándole gracias, y renovándole los pactos de protec-

cion sin mas condiciones ni cargos que los de homenage de obediencia y respeto. Entraron en Córdoba estos presentes él año trescientos ochenta y uno al principio; y fue este un dia grande de fiesta en Córdoba. En este año salió de Sevilla Abu Abdala ben Abêd, caballero principal de Andalucía, para Oriente, y para hacer la peregrinacion de las casas santas iba en su compañía Said ben Raxic de Córdoba, apellidado Abu Otman, hombre muy erudíto y religioso, y en su peregrinacion conversó con todos los sabios de Oriente: ambos caballeros eran de los que concurrian á las conferencias académicas de Hagib Almanzor: en ellas tenia el primer asiento, y hacía la propuesta de lo que se habia de tratar el docto Ibrahim ben Nasar el Saracusti, ó de Zaragoza, á quien llamaban el Malic ben Anas de su siglo, era uno de los mas sabios Mufties de la Aljama de Córdoba.

En este mismo año, un sábado dia doce de la luna de Ramazan, Said ben Otman ben Meruân el Coraixi, conocido por Aben Bolita, presentó al Hagib Almanzor una casida ó composicion larga de versos muy elegantes en su elogio: era una memoria de sus pasadas expediciones y felices victorias: la leyeron los concurrentes á la académia de humanidades aquel dia con grande aplauso: contenia cien versos, y le envió Almanzor al otro dia trescientas doblas de oro.

A la fama de los sabios de España, y en especial de los de Córdoba, venian á ella gentes de todos los paises, así de Africa, Egipto, Siria, las Iracas y Persia, como de tierras de Rûm, y de Afranc y Galicia. En el año anterior de trescientos y ochenta

vino á Córdoba Saïd ben el Hasan el Rebai, conocido por Abulola, docto en lenguas y en toda erudicion, era originario de Diar Musul: habia estudiado en Bagdâd, se le tenia por el mejor poeta de su tiempo, era humano y afable de muy cariñoso trato: Almanzor le honró mucho, y le colmó de beneficios, le señaló sus alimentos del fondo destinado para los literatos, sí bien esta renta no era suficiente para su natural dadivoso y desprendido: era este Abulola muy astuto y mañoso para lograr favor y premios con sus gracias y versos, y no perdia ocasion para esto. Entró un dia en la Maglisa de Almanzor con una sobreveste deshilada y sutil que se clareaba el vestido interior, y era dia célebre y de mucha concurrencia, y al verle así le dijo Almanzor: ¿qué es esto, Abulola? Y respondió en tono humilde y lastimoso: esta fue dádiva de nuestro Soberano, que Dios guarde, Dios se lo pague: yo no tengo gala alguna mas estimable, y por eso hoy la he vestido: Almanzor le dijo: tú haces bien, y para que la conserves mañana enviarémos otros vestidos que suplan, y este se guarde como merece. Dedicó este sabio al Hagib muchos libros, como el Kiteb Fusûs ó de los topacios, el Nuêdir welgarib, exposicion de la obra de Abu Aly el Cali, el de los Proverbios ó fábulas, el de las profundidades, el de los escuadrones, que agradaba mucho á Almanzor, y otros muy elegantes. Daba respuestas muy prontas, y no cuidaba de otra cosa, y decia lo que le venia á la boca. Cuentan que un dia entró á visitar á Almanzor, que tenia en sus manos un libro de cultivo de jardines, que le acababa de presentar un Amil de cierto pueblo de

España llamado Mabroman ben Boreid, en que se mencionaba el calab y el tarbil, que son nombres de las desigualdades de la tierra antes de semblarla, y le dijo Almanzor: Abulola, y respondió él: labaika ye mulena ¿qué place á mi Señor? y dijo Almanzor: ¿acaso viste en Bagdad, entre tantos libros como iban á tus manos, el libro de los cuêlib y de los ruêlib de Mabroman ben Boreid? y respondió: sí, Señor, lo ví en Bagdad en copia de Abu Becri ben Daweid, de letra de zanca de hormiga, y tenia estas y estas señales en sus lados, y tal y tal; y le replicó Almanzor: ¿no te avergüenzas, Abulola, de mentir así? Este libro se ha escrito en tal parte, por tal autor, y trata de esto, y esta es la verdad; pero él respondió, que él no negaba que aquello fuese cierto, ni era falso lo que habia dicho: era Alchatib ó predicador en la mezquita Aljama Azahira de Cordoba.

Permanecia Zeiri ben Atia en Fez, habia establecido allí á sus parientes y amigos, y en su comarca muchos de sus familiares y domésticos. Escribióle Almanzor el año trescientos ochenta y dos, y le ordenaba que viniese, porque el Rey Hixêm el Muyad le habia nombrado Wali de Córdoba. Luego se puso en camino dejando en su lugar á su hijo Almaan, al cual mandó residir en Telencen, y puso por Sahib del barrio de los Andaluces de Fez á Abderahman ben Abdelkerim ben Thalba, y por Sahib del barrio de los Alcairvanes á Aly ben Muhamad Casim ben Aly ben Casûs, y nombró Cadi de ambos cuarteles al docto Alfaqui Abu Muhamad Casim ben Amer el Lezdi. Dispuestas estas cosas partió para

Andalucía, y llevó consigo algunas cosas y presentes de precio: muchas alhajas, muchas acémilas cargadas, pájaros estraños, algunos de los que hablan enseñados al berberí y á la algarábia, animales del almizcle, camellos silvestres como yeguas, acebias y panteras y grandes leones en sus jaulas de hierro, dátiles muy preciosos como los de Azarfan, y grandes nueces como tazas. Llevó tambien en su compañía trescientos caballeros de su familia y servidumbre, y trescientos escuderos gente muy escogida. Cuando Almanzor supo su llegada previno un ostentoso recibimiento, y le hospedó en el alcázar del Hagib Giafar, y el Rey Hixêm le recibió con mucha honra, y le concedió franquezas y honores muy notables: Almanzor le mandó dar el título de Wazir Quibir, y en estos cumplimientos y delicadezas de cortesanía se vinieron á ofender y enemistar uno con otro, porque naturalmente se avienen mal, y no pueden vivir juntos dos genios grandes y soberbios como estos. Poco tiempo despues, con noticias que llegaron de Africa, pidió licencia al Rey para volver á su Amelia, y el Rey se la concedió, y á su partida le renovó Almanzor los pactos de homenage sobre los estados de Magrêb, y cuanto habia conquistado en aquellas provincias.

Pasó Zeiri ben Atia el mar, y al saltar entrando en la tierra de Tanja dijo, puesta la mano en la frente, ahora entiendo para que me ha llamado Almanzor. Como algunos al hacer la chotba le conservasen el tratamiento de Wazir Quibir, que le habian dado en Córdoba, los reprendió y dijo: No Wazir, por Dios, sino Amir hijo de Amir, y no disimulaba cuan

poco contento venia de Almanzor, y decia que en su viaje habia logrado ver que no era lo que la fama decia.

Durante su ausencia en España, las cosas de Africa no permanecieron como las habia dejado. El Amir Jadoc ben Jali el Yaferini vino con poderosa hueste, y entró por sorpresa en Fez, y por fuerza en el barrio de los Andaluçes, y se apoderó de toda la ciu-
992 dad en la luna Dylcada del año trescientos ochenta y dos. Cuando Zeiri llegó á Tanja supo la entrada de Jadoc en Fez, y luego apresuró su marcha contra él, y pelearon y pasaron entre ellos grandes batallas con varia fortuna, que Jadoc era muy esforzado caudillo, y muy valientes las cabilas de Yafur, y deseaba vengar la muerte de su padre; pero prevaleció Zeiri ben Atia, y le venció y deshizo sus tropas cerca de Fez, y peleando con él le mató y cortó la cabeza, y la envió á Almanzor á Córdoba entrado el año de trescientos ochenta y tres. Con esto se apoderó de la mayor parte de Magrêb sin temer á nadie.

En el año trescientos ochenta y dos, al anochecer del jueves tres de la luna de Xawal concurrió el Hagib Almanzor á un certamen poético en la academia de humanidades: en él se leyeron excelentes versos en elogio del Rey Hixêm y del mismo Almanzor, los mas aplaudidos fueron del secretario Ahmed ben Derag el Castali, y los del Wazir Alcatib Abdelmelic ben Edris de Algezira, el apellidado Abu Meruân: éste hizo esta noche los versos de la luna entre nubes: tambien asistió el célebre Muhamad ben Elisai, poeta muy favorecido de Almanzor, que tenia en

su casa un jardin con rosales que daban rosas todos los meses del año, y las enviaba al Hagib, como en tributo con elegantes y sutiles conceptos: el caudillo Jali ben Ahmed ben Jali solia hacer el mismo obsequio á Almanzor, y en una ocasion escribió estos versos:

Cuando yo de mi jardin te envio las rosas bellas,
Lo estraña la gente, y dice con admiracion de verlas:
Feliz se apresura el año, flor temprana el prado lleva,
O es que el tiempo de Almanzor es perpetua primavera.

Y el docto Ibrahim ben Muhamad el Axarafi Aljatib ó predicador de la Aljama de Sevilla, su patria, pues él era del Axarafe en las alturas del señorio de aquella ciudad, y le habia traido Almanzor á Córdoba, y era tan discreto predicador como poeta, y Ismáil ben Abderahman el Coraixi Alameri de los hijos de Amer ben Lowi cordobes muy sabio, que habia estado en Egipto mucho tiempo, y vivia en Córdoba vecino del Cadi Abulabâs ben Dekuen: repartió Almanzor la asignacion de á cien doblas de oro que tenian por el establecimiento de la Academia, y mandó hacer coleccion de las poesías mas escogidas. Solia llevar á sus expediciones á dos, ó tres de estos buenos ingenios, como llevó á la de Galicia y conquista de Santyac á Abdelmelic el Harizi, y á Aben Derag, y estos escribian á la sombra de los pabellones en buenos versos las batallas y circunstancias de las conquistas, compitiendo en la facilidad, copia y elegancia. Hubo ocasion en que el Harizi al anochecer del dia mismo de una gran batalla

dio concluida su composicion, y diciendo Almanzor á Ben Derag: ¿y tú harás lo mismo? Y en aquella noche hasta el alba le presentó las marchas, la descripcion del pais, y todos los incidentes de la expedicion, y aquella última batalla, con admiracion de todos los doctos, y decian: no cedemos á ninguna nacion en buenos poetas, y con solo nuestro Aben Derag podemos competir con Habib y Motenabi. Fue tambien de esta Academia, y favorecido de Almanzor Ibrahim ben Edris el Olui Alhasani el Munios, llamado Mûbal, que hizo una buena composicion en elogio de Ben Hudheil ben Razin, señor de ciertos castillos en Santa Maria de Oriente, que llamaban Santamaria de Aben Razin, y era especial amigo del Hagib Almanzor. Estaba en este tiempo preso por el Cadilcoda, uno de los buenos ingenios de España, llamado Casim ben Muhamad el Meruâni, conocido por el Xibenisi por su patria, y cansado de su larga prision escribio una súplica en versos muy elegantes al Hagib Almanzor, y por ellos consiguió su deseada libertad.

CAPITULO C.

De la entrada de Almanzor en Galicia, y prision del Rey García.

Venida la primavera del año trescientos ochenta y cuatro allegó Almanzor sus banderas de Andalucía, Mérida y Toledo, y partió con poderosa hueste de caballería á la frontera de Galicia: venció las tro-

pas de los Cristianos que se le opusieron al paso, destruyó sus fortalezas, y quemó sus templos, tomó grandes despojos de los pueblos, y cautivó mozos y doncellas; llegó á las marismas de Galicia y Bortecala, y saqueó el templo de Santyac y le quemó; y como antes de su llegada los Cristianos lo hubiesen despojado de sus riquezas, por eso destruyó la ciudad cercana, y mandó traer á Córdoba las campanas de aquella iglesia, y volvió á Córdoba con muchos cautivos y ganados, y entró en triunfo en la ciudad precedido de cuatro mil cautivos mozos y doncellas, y fue dia de gran fiesta en la ciudad, y las campanas fueron puestas en el patio de la grande Aljama. A la pascua de las víctimas de este año se dió libertad al Toleic Maron ben Abderahman, que habia estado en prision diez y seis años. Celebraron con muchos versos este suceso los poetas de Andalucía, entre otros Nafé ben Riadhi el de Algezira, y Abderahman ben Xablac el Hadrami de Sevilla, competidor en la elegancia métrica de Abu Amar Jusuf ben Harún el Ramedi: este erudito ingenio Xablac, que otros llamaban Xibrac, es el que referia de sí cuando ya era viejo, pues vivió larguísimo tiempo hasta el reynado de los Beni Hamud, que vió en sueños que estaba en una macbora ó cementerio muy florido á la sombra de muy frondosos árboles verdes y con flores, y allí habia un sepulcro rodeado de espesos arrayanes y mirtos, y muchas gentes que allí bebian recostados sobre las delicadas flores y verdes yerbas con estraña alegría y bullicio, que les reprendió diciéndoles: ¿así haceis vosotros caso de las sabias amonestaciones? Por Alá que no profaneis

este respetable lugar de sepulcros; y ellos le respondieron: ¿tú no sabes de quién es este sepulcro? No, respondí yo, y me dijeron: este sepulcro es de Abu Ály el Hakemi Alhasan ben Heni, y no debes ir de aquí sin elogiarle; y fue así que hize unos versos que son harto conocidos.

En el año de trescientos ochenta y cinco partió
995 Almanzor de Córdoba á correr tierra de Cristianos en la frontera oriental: acompañabale en esta expedicion el Wazir Abdelmelic Abu Meruán, hombre de gran consejo y experiencia, y Abulola el de Musul y otros insignes caudillos: pasó Almanzor á las fronteras con tanta celeridad, que antes que los Cristianos entendiesen su salida de Córdoba ya estaba en sus tierras. Habian reunido sus fuerzas los Cristianos de los montes Albaskenzes y los de Galicia, y allegaron muchedumbre infinita de gente, y los acaudillaba García ben[1] Sancho, que era buen caballero y Rey de los Cristianos de los montes. Aunque la intencion de los Cristianos no fue, al parecer, sino impedir las marchas de los Muslimes, y dar tiempo para reunir todas las gentes que ellos esperaban, fueron acometidos de la caballería, y se trabaron sangrientas escaramuzas, que de una y otra parte se mantenian con mucha constancia, y los Cristianos se ampararon de unas alturas en donde tenian ventaja: y mandó Almanzor retirar la caballería que

[1] En nuestros cronicones se le llama Conde García Fernandiz: in Era MXXXIII. præserunt Mauri Conde Garcia Fernandiz, et fuit obitus ejus die IX. feriæ IV. kal. Aug. Estas fechas son exactas, y las confirman las memorias arábigas.

que peleaba, esperando que los Cristianos descenderian á la llanura. En este dia por la tarde presentó Alhasan Said de Bagdad al Hagib Almanzor un ciervo atado y unos versos en que le presagiaba la victoria, y en ellos decia:

Asilo de mis temores, y de mis riesgos amparo,
De los humildes apoyo, benigno escucha mi canto:
Siempre fuí favorecido de tu benéfica mano,
Cual lluvia que fecundiza las verdes yerbas del prado,
Y cual riegan los arroyos flores y plantas del campo:
Ampárete Dios del cielo con su auxilio soberano,
Y que te bendiga y libre de los del errado bando:
Si por mis ojos no viera tu valor é ingenio claro,
Tímido cual soy muriera del peligro amilanado:
Veo el polvo que levantan en el tarayal cercano
Dos leopardos feroces que por la presa dan saltos:
Tú, buen Señor, aseguras mi timidez de su estrago,
Yo triste fuera su presa sin tu poderoso brazo.
Este siervo que plantaste de tu gracia en el cercado
Agradecido te ofrece un ciervo con fin estraño,
García le dí por nombre, y cual te le ofrezco en lazo,
Si el cielo mi agüero acepta, veré á García ben Sancho.
Feliz aurora, amanece, descúbrenos gozo tanto,
Y si tú mi don admites, yo quedaré bien pagado,
Y como nube tu aljaba flechas llueva en los contrarios.

Recibió Almanzor el ciervo y los versos, y holgó mucho de hablar aquella noche con sus caudillos de la facilidad con que podia verse cumplido el vaticinio de Said Abulola. Dió á sus caudillos las disposiciones y órden de batalla, y á la venida del alba

hizo su azala, y despues recorrió las banderas de su hueste, y dada la señal de la pelea con anafires y trompetas se principió la batalla con igual denuedo y algazara, cubriendo el ayre el torbellino de flechas, y las espesas nubes del levantado polvo: los caudillos de la delantera, segun estaban prevenidos, se fueron retrayendo, como que cedian á su pesar el campo á los enemigos: estos animados con la aparente ventaja descendieron de sus cuestas como impetuosos torrentes con espantosa vocería que resonaba en los distantes valles, y cuando parecia en verdadero desórden la delantera de los Muslimes, y vacilante su centro de batalla para la confusa fuga, entonces la caballería de la zaga y de las alas de la hueste muslímica acometiéron á los Cristianos por ambos lados, y aunque sus caudillos y caballeros peleaban con mucho valor, decayó el ánimo de la multitud con esta no esperada acometida, y turbados se desordenaron y huyeron por todas partes perseguidos de la caballería: la matanza fue grande, y el número de los cautivos mas importante por la calidad de las personas que por la muchedumbre sin cuento de la gente menuda. Pareció cosa estraña que como si Said Abulola hubiera alcanzado por ciencia á saber lo que Dios alto y poderoso tenia dispuesto en los eternos decretos de su providencia, salió cumplido su agüero poético, y entre los principales caballeros cautivos vino preso el Rèy de los Cristianos García ben Sancho, pero tan gravemente herido que murió pocos dias despues, sin que aprovechasen las medicinas y el cuidado con que Almanzor encargó su curacion. Fue esta batalla memorable en la luna

de Rebie segunda del año trescientos ochenta y cinco. Mandó Almanzor poner el cuerpo del Rey García en una caja bien labrada, envuelto en un precioso paño de escarlata y de oro con buenos aromas para enviarlo á sus Cristianos, y luego llegaron unos caballeros de los suyos á buscar el cuerpo de García con muchas riquezas para rescatarle; pero Almanzor no quiso recibir nada de sus ricos presentes. En Xawal del mismo año venció otra vez á los Cristianos, y despues de la batalla el Rey Bermond [1] de Galicia envió sus mandaderos y cartas para concertar sus avenencias con Almanzor, y volvió con los enviados Cristianos Ayûb ben Amer de Gezira Saltis para tratar con el Rey Bermond. Las lluvias principiaron impidiendo que Almanzor continuase la expedicion, y se vino á Córdoba, donde fue recibido con grandes alegrías.

995

Cuando Ayûb ben Amer tornó á Córdoba de su embajada al Rey de Galicia se disgustó Almanzor de los tratos que habia concertado con los infieles, y por sospechas que hubo contra él le encarceló, y no le dió libertad el Hagib en sus dias, hasta que despues de la muerte de Almanzor le sacó de su prision su hijo Abdelmelic.

---

[1] El Rey Bermudo II. de Leon.

CAPITULO CI.

De varios sucesos de Africa y de España.

Zeir ben Atia mantenia en público su amistad y buena inteligencia con Almanzor, hasta que engreido ya con su mucho poder principió á manifestar el ódio que ocultaba en su corazon. Edificó la ciudad de Wahda, y la fortificó, muró y torreó sus puertas, y labró una alcazaba como fortaleza, y puso en ella todas sus riquezas y tesoros; y la pobló de gente suya, y la hizo casa Real y cabeza de sus Estados, porque estaba en el centro de ellos: acabó de murarla en la luna de Regeb del año trescientos ochenta y cuatro; en tanto que en esto se ocupaba, aunque tuvo algunas diferencias con Almanzor, disimuló hasta el año trescientos ochenta y seis, en que sabiendo Almanzor que Aben Atia habia mandado quitar su nombre de la oracion pública, y que apenas se mencionaba el de Hixêm, y que sin respeto al Rey habia despojado de sus gobiernos á los que tenia puestos en las ciudades de Magrêb, y los habia enviado á Medina Cebta, mandó al caudillo Wadha el Feti pasar contra él en Almagrêb con gran hueste de apie y de caballería. En la luna de Safar del año trescientos ochenta y siete hizo Almanzor entrada y
997 talas en tierra de Alava, y repartió á sus tropas toda la presa y el quinto que al Rey pertenecia, conforme á las posturas que el Rey Hixêm le otorgó para esta expedicion, por haberla hecho en tiempo de frio y lluvias.

Pasó esta hueste á Tanja, y allí se allegaron algunas Cabilas de Gomara y Sanhaga y otras Berberíes de los Zenetes, y Wadha el Feti les repartió armas, vestidos y dinero, y salió con poderosa hueste de aquella ciudad. Zeiri salió contra ellos de Medina-Fez con escogida gente, y se encontraron ambos egércitos en Wadi Zedât, y se dieron sangrienta batalla que fue seguida de otras muchas muy crueles: pelearon tres meses con varia fortuna, hasta que la hueste de Wadha, como no se reemplazaba quedó flaca y débil y fue cediendo al número, y al cabo fueron forzados á retirarse huyendo á Tanja con grave pérdida. Allí se hizo fuerte Wadha y escribió al Hagib Almanzor el estado de sus cosas, pidiéndole que le socorriese con gente, dinero y provisiones que todo le faltaba. El Hagib Almanzor con esta nueva salió de Córdoba y vino á Algecira Alhadrâ: mandó allegar mucha gente de guerra y envió con ella á su propio hijo Abdelmelic Almudafar. Toda la flor de la caballería de España se juntó para esta expedicion y los principales Alcaides. Almanzor quedó en Algecira para atender á lo que se ofreciese y enviar socorros á Cebta.

Cuando llegó la nueva del paso de Almudafar al Amir Zeiri Ben Atia luego temió y escribió pidiendo socorro á todas las Cabilas Zenetes y le vinieron gentes de Velad zab, de Telencen, Sigilmesa, Melia y otras de Wadi zeneta, y con estas partió á buscar á sus enemigos y pelear con ellos. Abdelmelic Almudafar salió de Tanja con sus tropas de Andalucía acompañado del caudillo Wadha el Feti, y se encontraron ambas huestes en Wadi-Mena en confines de Tanja y se trabó entre ellas atroz batalla que nunca se oyó

de otra semejante: pelearon un dia entero desde salir el sol hasta ponerse; en lo mas recio de la pelea fue contra Zeiri un mancebo negro llamado Zalem, á quien Zeiri habia muerto un hermano, y viendo este mozo buena ocasion de vengarse, como le hubiese conocido por sus insignias, fue para él y le hirió con su alfange de tres crueles heridas, y no le acabó creyendo que fueran mortales. El negro se vino á Abdelmelic y le contó como habia herido de muerte á Zeiri, entonces Abdelmelic animó á los suyos y dieron con mayor esfuerzo en los contrarios: faltos estos de la asistencia de su caudillo y creyéndole muerto, se desordenaron y pusieron en fuga, haciendo en ellos los Andaluces gran matanza. La confusion y el desórden de los Zenetes llegó hasta el Real en donde curaban las heridas á Zeiri, que se vió forzado á huir con sus principales caballeros dejando su campo en manos de sus enemigos que se apoderaron de sus riquezas, tiendas, pabellones, armas, caballos, camellos y ganado innumerable. Corrió Zeiri hasta un sitio llamado las Angosturas de Wadilhaya entre término de dos ciudades de Mequinez: allí se detuvo y se le fueron juntando los nobles de su gente y mucha parte de las tropas fugitivas. Esperó alli pensando rehacerse para volver contra Abdelmelic hijo de Almanzor: este caudillo sabiendo donde estaba envió con mucha diligencia á Wadha el Feti con cinco mil caballos escogidos de su hueste que fueron á tomarlos descuidados: la pelea fue brava y los Andaluces á pesar de lanoche hicieron tanto que los vencieron y pusieron en fuga como que estaban asegurados de la cercanía de su campo y de su número. Fue esta derrota

á mediados de la luna de Ramazan bendito del año trescientos ochenta y siete: la matanza fue grande, quedaron muertos la mayor parte, y presos los nobles de Magarava, que serian como mil caballeros. Mandó Abdelmelic ponerlos en libertad, y aun les dió sus armas y caballos para que se fuesen si querian; pero muchos de ellos se quedaron en su hueste. Zeiri huyó sin parar hasta Medina Fez con pocos de los suyos, y los de la ciudad cerraron las puertas y no le dejaron entrar en ella: Zeiri les suplicó que dejasen salir á sus hijos y familia, y los echaron fuera dándoles caballerías y provisiones, y huyeron al desierto delante de Abdelmelic Almudafar el hijo de Almanzor. Corrió Almudafar la tierra de Sanhaga y pasó á Medina Fez y entró en ella con aclamaciones de triunfo: fue su entrada sábado, salida de la luna de Xawal del año tresciensos ochenta y siete.

Escribió Abdelmelic Almudafar á su padre Almanzor el suceso de su expedicion y sus victorias, y la carta se leyó en el alminbar de la grande aljama de Córdoba y de Azahra, y en todas las ciudades principales de España Oriental y Occidental, como se acostumbraba en las grandes victorias: aquel dia mandó Almanzor dar libertad á mil y quinientos cautivos y trescientas esclavas cristianas, para dar gracias á Dios de tan señaladas mercedes, y repartió muchas limosnas á pobres, y pagó deudas de gente pobre y honrada. En este mismo año trescientos ochenta y siete se reedificó 997
el puente de Toledo por órden de Muhamad ben Abdala ben Abi Amer Almanzor Hagib del Príncipe de los creyentes Hisêm el Muyad Bila por manos de su siervo y Wasir Chalaf ben Muhamad Alameri. En dicho

año fallecieron en aquella ciudad Abdelmenâm ben Galbon el Mocri y Ahmed ben Sohli Alfaqui, ambos naturales de Toledo y ambos insignes por su sabiduría: tambien murió en Medina Azahra el Muti de su aljama Ibrahim ben Abderahman el Tenesi, hombre docto y virtuoso. Una pobre viuda, madre de un delincuente, cuyos delitos graves habian sido famosos en Andalucía, presentó una súplica á Almanzor para que se le perdonase por el gran favor que en este tiempo se hacia á todas las pobres viudas y huérfanas: al leer Almanzor el memorial se dió una palmada en su frente y dijo: Gualá, á tiempo me lo has acordado y por escribir crucifíquese escribió suéltese: recibió el Wazir el escrito para añadir el mandamiento de estilo hagase lo mandado, y pasar la órden al Sahib Xarta de la ciudad; pero informado de los graves delitos de aquel hombre envió á preguntar al Hagib si era aquello lo que mandaba: se puso muy airado y volvió á escribir la misma equivocacion: extrañó el Wazir que hubiese tachado el Hagib la sentencia precedente para repetirla en iguales términos, y volvió á consultarle y el Hagib á tachar su equivocacion y á incurrir en la misma: el Wazir vino entonces á su presencia y le dijo: ya tres veces has escrito que se suelte este delincuente, y es cosa bien estraña: miró atentamente Almanzor lo que habia escrito y dijo: sí, suéltese, aunque contra mi intencion, pues á quien Dios quiere que sea suelto, no debemos nosotros crucificarle: y luego fue puesto en libertad.

Escribió Almanzor á su hijo Almudafar dándole muy sabios consejos para gobernar aquellos pueblos con justicia y conveniente prudencia, y su carta fue leida en

el minbar de la grande aljama de los Alcarwanes en el último juma de la luna de Dylcada: en esta misma carta iba su nombramiento de Amil de Almagrêb. Envió Abdelmelic Almudafar á España al caudillo Wadha el Feti con mucha caballería en la primavera del año trescientos ochenta y ocho de órden de su padre Almanzor para hacer guerra á los cristianos. En este tiempo se construian los muros de Gebal Almina monte alto á la parte oriental de la ciudad de Cebta; se hacian estas fortificaciones de órden de Almanzor, que cuando pasó á esta ciudad le pareció bien aquella llanura que hay sobre el monte, y aun queria que se trasladase la ciudad á lo alto; pero por su muerte no llegó á mudarse la gente, y permanecieron en su antigua ciudad, y la de Almina vino á arruinarse. Abdelmelic quedó en Fez gobernando la ciudad y estado con mucha justicia sin dar ocasion de queja á nadie; pero á los seis meses le escribió su padre que se viniese á España, y envió para gobernar en su lugar á Izá ben Said, Sahib Xarta de la ciudad: este permaneció en el gobierno hasta la luna de Safar del año de trescientos ochenta y nueve, en que le separó de alli y le privó de cuanto tenia, y envió en su lugar al caudillo Wadha el Feti, y se vino Izá ben Said á España en el mismo año.

En este mismo tiempo Galib ben Omeya ben Galib de Moron llamado Abulasi, erudito y célebre poeta, estando á la orilla del rio de Córdoba y á vista del Alcazar, distraido en sus meditaciones, hizo de improviso estos versos:

Alcazar, cuántas delicias contienes en tu recinto!
De ruinas te preserve tu venturoso destino!
Cuántos Reyes te habitaron de gloria y poder ceñidos!
Hoy sobre sus tristes fuesas voltea el celeste giro:
Dí al mundo y á quien admira sus aparentes prestigios
Por qué tanto nos engañas siendo engaño conocido!
No presumas permanencia que el tiempo sigue su estilo,
Y lo que un dia anhelaba otro lo desdeña esquivo.
Do fueron los poderosos dueños del imperio Siro
Columnas, arcos y torres, verjas de dorados brillos!
Debajo de los Oteros yacen de la hormiga nidos.
Mas vale en hundidos valles vivir humilde y tranquilo,
Que noblezas encumbradas en montes y precipicios:
A los discretos no engaña la ilusion de los sentidos.
Lóese al alva el secreto si el resplandor matutino
Ahuyenta las negras sombras en que estaba obscurecido.

Zeiri ben Atia llegó á tierra de Sanhaga que halló revuelta contra su Señor Badis ben Mansur ben Balkin por discordias suscitadas despues de la muerte de su padre. Envió Zeiri á buscar gente de las Cabilas Zenetes, y vino mucha caballería de Magarava y de otras, y aprovechando esta ocasion invadió la tierra de Sanhaga y la subyugó y echó de ella las tropas, y entró en Medina Tahart y otras de Zab, y se apoderó de ellas y de Telencen y Xelf y Masila, y en todas proclamaba al Rey Hixêm el Muyad de Córdoba. Puso cerco á Medina Axiada cabeza de los pueblos de Sanhaga, y alli peleó con sus enemigos desde la mañana hasta la tarde, y con la agitacion de la pelea sele encrudecieron las heridas que le habia hecho el negro Zalem, y de ellas murió el año trescientos noventa y uno.

CAPITULO CII.

De la batalla de Calat Anosor y muerte de Almanzor.

En el año de trescientos y noventa hizo Almanzor entrada en España Oriental y salieron contra él los Cristianos con numerosas huestes, y peleó con ellos y los venció y humilló á sus caudillos que ya le temian con el espanto de la parca: hizo en ellos grave matanza y les dejó infausta memoria de la batalla de Hisn Dhervera: estragó la tierra y les destruyó fortalezas y quemó sus poblaciones, y siendo antes aquella tierra muy poblada quedó yerma, porque los mismos infieles quemaban todas sus cosas, los lugares y las aldeas, porque los nuestros no se pudiesen aprovechar. Volvió Almanzór á Córdoba y entró en ella cón aclamaciones de triunfo: en este tiempo le presentó sus versos Ahmed ben Bordi, llamado Abu Hafas, uno de los Wazires mas eruditos de Córdoba, y Soleiman ben Golghal su libro de los médicos de España célebres por su sabiduría.

En este tiempo el Wazir Hasan ben Melic ben Abi Obda, docto y elegante poeta, entró á visitar al Hagib y le halló que tenia en sus manos los proverbios de Sohal ben Abi Galib, el conocido por Abu Serri, obra que se habia escrito para el Califa Harûn Raxid y le dijo Almanzor: yo gusto mucho de las elegancias de este libro; pero le falta un buen comentario: pidió Hasan el libro al Hagib, y se retiró á su casa, y en una se-

mana hizo un docto comentario, trescientos versos y una bella copia que presentó á Almanzor que solia decir que la obra de Hasan era de lo mas elegante que se habia escrito en España. Lo mismo decia Husain ben Walid Abulcasim en las academias de Almanzor, y en ellas competia en improvisaciones poéticas con Abulola Said ben Alhasan, y con Gehuar el Tegibi, conocido por Aben Floriso de Almería. En el año de trescientos noventa y uno salió para Oriente Abderahman ben Cid Amon de Uclés, discípulo de Abu Otman ben Said ben Salem el Mageriti, asi llamado de Magerit su patria en tierra de Toledo, hombre de gran celebridad por su saber y su loable vida en Africa, Egipto y en las Iracas. Estaba con él en Bagdad el Taglebi de Córdoba, y saliendo Taglebi de la ciudad llegó á unas quintas, y en una de ellas vió á un saqui ó aguador que tenia en sus manos un vaso de cristal abierto y grabado en extremo lindo, y en él agua pura y clara; y como era el principio de la estacion de las rosas, tomó algunas muy frescas y las puso en aquella agua cristalina, y parecia el agua purpúrea con el brillo de las rosas y la trasparencia del cristal, y como estuviese mirando atentamente, decia el Taglebi, me dijo el saqui: qué miras Mogrebi; te maravillas de las rosas: sí, respondí, la belleza de las rosas me embelesa en este hermoso vaso: oye pues un concepto mio á esta flor y vaso; y dijo:

Ocupa la rosa el trono, que su imperio no declina;
Todas las flores son tropa la rosa su reina linda.

Mandó Almanzor que viniese mucha caballería

de Africa para no dejar un año de reposo á los Cristianos, y desembarcó en Algezira y en Santa-Maria de Ocsonoba: Farhon ben Abdala ben Abdelwahid, gobernador de Santerin en Algarbe, reunió mucha caballería: y los walies de Mérida y de Badalyos allegaron toda la de su tierra, y el año de trescientos noventa y dos se reunieron todas las banderas de Toledo; y dispuso el Hagib su entrada en tierra de Cristianos con una grande y numerosa hueste. Las asonadas de esta expedicion conmovieron á los Cristianos, y juntaron todo su poder para salir contra Almanzor. Partieron los muslimes divididos en dos batallas, en la primera estaba la caballería de la Andalucía, y en la segunda la de Africa: corrieron las tierras de la ribera de Duero, sin hallar en ninguna parte resistencia, siguieron Duero arriba hácia sus fuentes. Los Cristianos estaban acampados en cercanías de Calat Anosor, su hueste partida en tres almafallas que cubrian con su muchedumbre los campos como las esparcidas bandas de langosta. Cuando los campeadores muslimes descubrieron el campo de los infieles tan estendido, se horrorizaron de su muchedumbre, y avisaron al Hagib Almanzor que con los mismos campeadores reconoció la posicion de los enemigos, y dió sus disposiciones para la batalla: hubo aquel dia algunas escaramuzas entre los campeadores de ambas huestes, que suspendió la venida de la noche. En la corta tregua que les concedió á favor de sus sombras, los caudillos muslimes no gustaron el dulce sueño: inquietos y dudosos con el temor y la esperanza miraban á las estrellas y al cielo á la parte de la aurora; y la venida de aquel rubor

y claridad del alba, que suele alegrar á los hombres, obscureció entonces los corazones de los tímidos, y el toque de anafires y trompetas estremeció los mas animosos y acostumbrados á los combates. Hizo el Hagib Almanzor su oracion del Alba, los caudillos ocuparon sus puestos y se reunieron á sus banderas. Los Cristianos se pusieron en movimiento y salieron sus haces muy ordenadas: temblaba la tierra debajo de sus pies. Las (1) ataquebiras y clamores de ambos campos, el estruendo de atambores y trompetas, el relinchar de los caballos resonaba en los cercanos montes, y parecia hundirse el cielo: la batalla se trabó con enemigo ánimo y con igual denuedo, y se mantuvo con admirable constancia por ambas huestes: los Cristianos con sus caballos cubiertos de hierro peleaban como hambrientos lobos, y sus caudillos en todas partes parecian animando á los suyos: Almanzor revolvia á todas partes su feroz caballo, que semejaba un sangriento pardo, atropelló con sus caballos andaluces á los armados de crugientes armas, y entrando en lo mas recio y ardiente de la pelea se indignaba de aquella desusada resistencia y bárbaro valor de los infieles. Sus caudillos hacian cosas de estremado valor, y los caballeros africanos rompieron muchas veces los apiñados escuadrones Cristianos: con el polvo que se levantó en toda la estension del campo de batalla el sol se obscureció antes de su hora, y la noche se anticipó con sus tenebro-

(1) Ataquebiras son loaciones á Dios, que usan los Muslimes al entrar en las batallas gritando: Ala hu acbar, Dios es el mas grande y poderoso.

sas alas de obscuridad, y separó estos enemigos pueblos, sin que ninguno hubiese cedido un paso del campo de batalla. Quedó la tierra cubierta de cadáveres y regada de humana sangre. Aquella noche esperando Almanzor en su pabellon que se congregaran como solian los caudillos de su ejército, viendo que tardaban y que no parecian sino algunos pocos, informado de que la mayor parte de ellos habian muerto peleando, y otros estaban malheridos, conoció el estrago que habian padecido los suyos, y dió órden para levantar el campo antes de rayar el dia y pasar el Duero por los puentes de Andalus, llevando sus huestes en órden de pelea, por si los enemigos quisiesen seguirlos. Los Cristianos viendo el movimiento de los muslimes, recelando que fuese para renovar la sangrienta lid, se pusieron en órden de batalla; pero seguros de su retirada no se movieron cansados del trabajo del dia anterior, y por la gran pérdida que tambien habian padecido. Almanzor se sintió tan abatido y apesarado, que no cuidó de sus heridas y con la agitacion y tristeza de su ánimo sus heridas se encrudecieron, y conoció que se le acababa la vida: no pudiendo estar á caballo, le pusieron en una silla, y vino catorce leguas conducido en hombros de sus soldados hasta Walcorari, en las fronteras de Castilla en cercanías de Medina Zelim: allí le encontró su hijo Abdelmelic, que iba enviado por el rey Hixem á saber de su padre, y en aquel lugar falleció dia lunes (1) tres dias por andar
de la luna de Ramazan, año trescientos noventa y 1001

(1) Edobi, Alabar y Hayan Homaidi dicen que murió en 25 de

dos á los sesenta y cinco años de su edad. Cuando se divulgó entre sus tropas la voz de su muerte, todos le lloraron con grave dolor y amargura, y decian: perdimos nuestro padre, nuestro caudillo, nuestro defensor, y todos decian verdad. Tomó el mando de la hueste su hijo Abdelmelic Almudafar. Llevaron á enterrar el cuerpo de Almanzor á Medina Zelim y le enterraron con sus propios vestidos, como que habia muerto en camino de servicio de Dios, y le cubrieron con el aromático polvo recogido en mas de cincuenta batallas venturosas contra infieles: acompañó su entierro todo el ejército, oró por él su hijo Almudafar, tenga Dios misericordia de él. Su sepulcro está alli notable, y sobre él escritos estos versos:

No existe ya, pero quedó en el orbe
Tanta memoria de sus altos hechos,
Que podrás, admirado, conocerle
Cual si le vieras hoy presente y vivo:
Tal fue, que nunca en sucesion eterna
Darán los siglos adalid segundo,
Que así, venciendo en guerras, el imperio
Del pueblo de Ismael acrezca y guarde.

---

la luna de Ramazan año trescientos noventa y dos; Abulfeda en sus anales dice que en el año trescientos noventa y tres, y lo mismo nuestro Arzobispo D. Rodrigo: el epitafio de Almanzor lo repiten varios, y entre otros Abu teib ben Xarif elRondí, en su libro de métrica: el analista de Fez menciona que fue cubierto con el polvo de sus batallas. Huscin ben Asim escribió la vida de Almanzor, con el título de proezas alamerias. Estos versos castellanos del epitafio los hizo mi amigo don Leandro Fernandez de Moratin.

Gobernó el Hagib Muhamad ben Abdala ben Abi
Amer Almanzor el estado con mucha gloria y ven-
tajas del Islam veinte y cinco años. La reyna Sobiha
madre del Rey Hixêm le encargó todos los negocios
de paz y de guerra, y no se hacia nada en el reyno
sin su consentimiento; de manera que no le faltaba
sino el nombre de rey; pero en verdad, á su pruden-
cia, valor y fortuna se debieron grandes prosperidades
y conquistas. Siempre fue vencedor de sus enemigos,
no vió hueste de infieles ó enemigos que no rompie-
se, ni cercó ciudad ó fortaleza que no se le rindiese;
dilatando las fronteras de los Muslimes á los estre-
mos de España de mar á mar. En todo el tiempo de
su gobierno no padeció intercadencia la felicidad del
estado, pues con el temor que todos le tenian no
hubo quien suscitase la mas leve chispa de sedicion
ni desobediencia, como las que habian antes abra-
sado á España; asi en su tiempo el estado fue tan
floreciente, que nunca habia llegado á tan alto gra-
do de poder y grandeza. Pasaron de cincuenta las
jornadas victoriosas que hizo contra Cristianos, tan-
to que sus reyes intimidados le enviaban á rogar la
paz, y que no los acabase. Habia nacido el año tres-
cientos veinte y siete, el año de la sangrienta bata-
lla de Alhandac de Zamora, y escogió el Señor para
vengar el Islam el brazo de Almanzor, y fue su
muerte en fin de Ramazan del año trescientos noventa 1001
y dos en las fronteras de Castilla. Quando la infaus-
ta nueva de su muerte se supo en Córdoba fue un
dia de luto y general desconsuelo, así en esta ciudad
como en las demas del reyno, y en mucho tiempo
no pudieron consolarse de tan grave pérdida. El

vulgo de Córdoba repetia en este tiempo unos versos de Ibrahim ben Edris el Hasani, que pronosticaban mal de la prepotencia de Almanzor y de sus parciales, llamados por él los Alameries, y por ellos habia sido desterrado de Córdoba este noble africano poco despues de la muerte de Hasan ben Kenuz: los versos eran estos:

Ya vuestra creciente luna, insignes hijos de Omaya
De sus refulgentes luzes el cielo y la tierra baña:
A su plenilunio llega y á deshora está eclipsada:
Temo que el pálido eclipse que la obscurece no acaba:
Que la clareante estrella de su fortuna desmaya.

CAPITULO CIII.

Del gobierno de Abdelmelic hijo de Almanzor.

La reyna Sobiha, madre de Hixêm, falleció en este tiempo, y aconsejó á su hijo pusiese el gobierno en manos del hijo de Almanzor, confiando hallar en Abdelmelic las prendas de valor, prudencia y virtud que en su padre: así lo hizo el rey Hixêm, y todos aplaudieron tan acertada eleccion: pues en verdad Abdelmelic heredó el valor y prudencia de su padre; pero no su fortuna, contra las predicciones de los astrólogos que en su nacimiento pronosticaron que en sus dias llegaria la grandeza de España á su mas

alto grado de gloria: si bien en algun tiempo de su gobierno hubo mucha prosperidad. El rey Hixêm continuó en su retiro entregado á sus fáciles placeres.

En Africa, despues de la muerte de Zeiri ben Atia, hubo el mando su hijo el Amir Alman ben Zeiri, las cabilas Zenetes le juraron obediencia. Sabida la muerte de Almanzor escribió á su hijo Abdelmelic para que le nombrase Amir de Magrêb, y Abdelmelic le envió la confirmacion con un magnifico vestido, una espada y un caballo con preciosos jaeces: permaneció Alman fiel al Hagib Abdelmelic y al rey Hixêm, que hizo proclamar en todos sus estados. Por acrecentarle en poder mandó Abdelmelic que viniese á Córdoba el wali Wadha el Feti, y puso en manos de Alman la gobernacion de Medina Fez y de sus dependencias. Ofreció Alman enviar á Córdoba cada año cierto número de caballos de raza, con sus jaeces correspondientes, armas y otras cosas, y con el primer presente envió Alman á su hijo Manser, como en rehenes de su lealtad y obediencia: esto en el año trescientos noventa y tres. Estaba el jóven Manser en Córdoba muy estimado de la nobleza, y permaneció en ella hasta las turbaciones y discordia civil, cuando acabó el estado de los Alameries, como veremos despues: que solo Dios es eterno y eterna su soberanía.

Se propuso el Hagib Abdelmelic Almudafar seguir las huellas de su padre, y hacer cada año dos entradas en tierra de Cristianos, y en este año de noventa y tres vengó venturosamente la sangre de los Muslimes, y llegó en su primera gacia á la parte oriental de España, y sobre las fronteras de Lérida

dió cruel batalla á los Cristianos y los venció y se huyeron á sus montes: en esta atroz pelea murió Ayûb ben Amer el de Saltis, y fue enterrado en la mezquita de aquella ciudad. Por sospechas de inteligencia con los Cristianos despues de la expedicion de Galicia del año trescientos ochenta y cinco le encarceló Almanzor, y Abdelmelic le puso en libertad, y habia venido á esta su primera entrada contra Cristianos, en la cual murió peleando con mucho valor. Volvió Abdelmelic á Córdoba, y fue recibido con demostraciones de la mayor alegria, concibiendo grandes esperanzas de sucesivos triunfos y victorias contra infieles. Encargó el Hagib Abdelmelic Almudafar el Cadiazgo de Toledo á Chalaf ben Meruân el Sahari por la celebridad de su sabiduría y virtud, á propuesta del Cadi de Córdoba Aben Dhakuên: habia estudiado en Córdoba, y el año trescientos setenta y dos habia pasado á oriente. Recibió Chalaf este cargo con repugnancia, y poco despues pidió su dimision y se retiró á Córdoba, por entregarse con quietud á las meditaciones ascéticas. En este tiempo Suleiman ben Mohran de Zaragoza, célebre y erudito poeta de España oriental, vino á Córdoba y concurria á las academias de buenos ingenios en casa del wazir Abulasbag Isá ben Said, que era del Consejo de Almudafar Abdelmelic, donde asistian muchos doctos despues de la muerte de Almanzor: pero Abulola no volvió mas á ninguna concurrencia, aun solicitado por los hijos del Hagib. Un amigo mio, decia Hayan, oyó el año trescientos noventa y seis á este Abulola los versos de su elogio al Hagib Almudafar Abdelmelic, hijo de Almanzor; y pocos años despues se pasó á Sicilia don-

de murió de su enfermedad el año cuatrocientos diez y siete. Asimismo vino á Córdoba en fin del año trescientos noventa y tres Chalaf ben Mesaud el Jarawi de Melila, llamado el Malki, y conocido por Aben Amina, y aqui hizo sus estudios, y fue muy distinguido por su erudicion é ingenio del Hagib Almudafar y del Cadi Abu Dhakuên: Falleció en este año Abu Omar Ahmed ben Abdala, conocido por el Begi, que fue el hombre mas sábio de toda España en todas las ciencias en sus troncos y ramas, esto es, en sus elementos y procedencias: no hubo sábio de fama que su padre no le buscase para su enseñanza, viajó al Africa, Egipto, Syria y Chorasan, y estudió con los doctos de todos los países de Oriente y de Occidente, y á los diez y ocho años era ya maravillosa su erudicion: vivió lo mas de su vida en Sevilla, donde habia nacido, y aun siendo muy jóven le consultaba el Cadi de aquella ciudad Aben Fawêris.

Tambien falleció este año en Córdoba Jali ben Ahmed ben Jali, de los mas célebres caudillos Alameries, y en las últimas horas de su vida, manifestó mucho sentimiento de morir en su cama, y no en el campo de batalla como buen caballero.

En el año de trescientos noventa y cuatro allegó Almudafar mucha caballería, y entró con gran hueste en fronteras de Galicia, haciendo en aquella tierra el estrago de las tempestades, venció á los Cristianos cerca de Leon, y se apoderó de la ciudad, y arrasó sus muros hasta el suelo, que ya antes su padre los habia destruido hasta la mitad. Continuó sus entradas con harta ventura, y siempre vino vencedor y con muchos cautivos y gana-

1003 dos. En este año de trescientos noventa y cuatro apareció en el cielo una estrella muy encendida, de gran magnitud y de mucho resplandor. Cuatro años seguidos entró Almudafar en tierras de España oriental y occidental, destruyendo en el verano los pueblos y fortalezas que reparaban los cristianos durante el invierno.

En el año trescientos noventa y seis, apareció una estrella grande de las que se corren con grandes truenos, y era una de las doce notables que mencionaron los antiguos: observáronla los sábios con mucha atencion y opinaban que no aparecia astro de esta especie sino cuando Dios altísimo por especial providencia tiene destinadas grandes novedades en el mundo; pero solo Dios es sabedor de sus secretos. En este año las naves de los muslimes de España fueron á Italia y saltaron en Salerno, y pusieron á contribucion aquella ciudad, y mientras los muslimes esperaban descuidados en la playa el dinero concertado, los de la ciudad salieron de improviso contra ellos, y lograron embarcarse, aunque con pérdida de los mas esforzados.

Pasando el Hagib Abdelmelic Almudafar por Toledo en el año trescientos noventa y siete, visitó al Xeque Muhamad ben Ibrahim el Coxêri de Córdoba, hombre muy sábio y célebre por su mucha prudencia, austeridad y virtud, y menosprecio de la vanidad del mundo: fue Almudafar á su casa un dia despues de Zala de juma, y estaba el doctor en su casa con algunos discípulos, pedida licencia para entrar, sabiendo que era el Hagib, dijo á sus oyentes que no se levantaran á su entrada, y asi

lo hicieron como lo mandó: Almudafar entró y el Xeque le hizo mucha cortesía, y el Hagib honró su escuela y á la despedida le rogó que le encomendase á Dios en sus adoas ó súplicas, y luego hizo Muhamad ben Ibraim su oracion, diciendo: Allahoma (1), señor Ala, pon en los corazones de sus súbditos la perfecta obediencia, y pon en su corazon la begninidad y el amor para con ellos: y con esto partió Almudafar. Se detuvo en Toledo algunos dias, esperando que se allegase la gente, y luego partió á la frontera oriental, y corrió la tierra haciendo mucho mal á los Cristianos. En este tiempo vinieron á Córdoba algunos Cristianos muy principales, que por desavenencias huyeron de su tierra, y demandaron al Hagib Almudafar que les diese licencia para morar en la ciudad ó fuera de ella: el Hagib dió parte al rey Hixêm que holgó mucho de ello, y les concedió que morasen dentro de la ciudad, y les mandó dar casas y jardines en que pudiesen vivir muy en seguridad y á su placer. Pidieron paces los Cristianos, y les respondió Almudafar que no podian hacer paces; pero que les otorgarian treguas por ciertos años, y asi se hizo á instancia del Wali de Toledo Abdala ben Abdelaziz que era de los Meruanes, pariente del rey, y habia sido grande amigo de Almanzor, y le habia acompañado en sus entradas en Galicia. Tenia este Abdala trato y

(1) Allahoma es una invocacion del nombre de Dios, del mayor afecto y reverencia, que envuelve la energía de la interjeccion sin espresarla.

amistad con el rey de los Cristianos, que le enviaba muchos presentes y joyas de oro y plata, por causa que Abdala habia enviado al rey de Galicia una cautiva muy hermosa, que habia tomado en sus algaras, y aunque por su gentileza y estremada beldad, era muy amada de Abdala, sabiendo de los otros cautivos que era hija del rey la envió con otras doncellas sin recibir precio alguno por su rescate.

Pasados los años de la tregua entró Almudafar en tierras de Galicia, y por todas partes destruyó los fuertes que habian construido los Cristianos. Corrió y taló la tierra y tomó muchos ganados y cautivos: derribó los muros de Avila, llegó á Salamanca y pasó á lo interior de Galicia y Portugal: volvió por riberas del Duero y destruyó los fuertes de Gormaz y de Uxama, y vino vencedor á Córdoba
1007 el año de trescientos noventa y ocho. En este mismo año entró con mucha caballeria en Galicia, y llevó en su compañia al jóven Manser hijo de Almaan el Wali de Fez, y salieron contra ellos los Cristianos. Iba Almudafar al frente de cuatro mil caballos, armados de corazas y cotas de mallas brillantes como estrellas, los caballos con cubiertas y caparazones de seda de dobles forros; seguia la caballeria de andaluces y africanos, gente aguerrida, que se habia distinguido en las mas peligrosas ocasiones, acaudillada del Wali de Toledo y del de Badalyos y del jóven Manser que iba en un feroz caballo como un leon furioso, y lleno de la animosidad de sus valientes caballeros. Acometieron á los cristianos; y aunque eran los héroes de su tiempo, que

todos habian entrado en muchas batallas, y estaban avezados á los horrores de las peleas, los atropellaron y rompieron sus almafallas, y revolvieron sobre ellos como dragones, y se pusieron en desordenada fuga, dejando el campo regado de sangre. Siguió Abdelmelic el alcance con su caballeria, y reparados los Cristianos en unos recuestos y pasos dificiles, se renovó la cruel batalla: los infieles pelearon como rabiosos tigres, y allí los muslimes padecieron mucho. La venida de la noche puso fin á la sangrienta pelea: á favor de su obscuridad los Cristianos se retiraron á sus ásperos montes, y los Muslimes, viendo la notable pérdida que habian tenido, se volvieron á las fronteras, y de ellas á Toledo y á Córdoba. Poco despues de esta jornada enfermó Abdelmelic Almudafar, y de su grave dolencia falleció en la luna de Safar del año trescientos noven- 1008
ta y nueve, no sin sospechas de haberle atosigado. Su muerte fue muy sentida de todos los buenos, y su entierro acompañado de la nobleza de la ciudad. Gobernó el estado seis años y cuatro meses con mucha prudencia y felicidad.

En este año falleció tambien Ahmed ben Abdelaziz ben Feragi ben Abi Hubâb de Córdoba, hombre sábio y virtuoso, maestro del Hagib Almudafar, tenia ya noventa años, se enterró en la Macbora de la Arrusafa, oró por el Ahmed ben Dhecuên.

CAPITULO CIV.

Del gobierno de Abderahman hijo de Almanzor y de su muerte.

El rey Hixêm, que no tenia mas voluntad que la de sus siervos, nombró á propuesta de estos por su Hagib al hermano de Almudafar Abderahman, que era capitan de la guardia del rey, esperando hallar en él las prendas y fortuna de su padre y de su hermano; pero por lo comun los hombres se engañan en sus juicios y en sus esperanzas, que solo Dios es sabedor. Cuando Maan ben Zeiri supo la eleccion del nuevo Hagib envió para él grandes presentes, y entre otras cosas ciento y cincuenta caballos generosos que le presentó su hijo Manser, que estaba en Córdoba, como en rehenes de su homenage. Agradecido el Hagib Abderahman á estas espresiones, hizo grandes honras á los enviados de Almaan, y les dió preciosos vestidos y alhajas, y envió á Manser á su padre: esto obligó mas á Almaan y recogió los mejores caballos de Berberia y envió á Córdoba mil caballos, que nunca llegó de Magrêb á España mas preciosa dádiva que esta. Era el Hagib Abderahman mozo que andaba muy entretenido en sus gustos, y gastaba el dia en gentilezas de caballeria, y la noche en festines y convites, dado á todo género de placeres y pa-

satiempos de la corte, no acostumbrado á severidad de costumbres, ni aplicado á los graves negocios del gobierno. Era de su natural condicion apacible y franco, y no negligente ni para poco, como algunos decian, que le vituperaban por hombre sin brio, y vergüenza de su linage, y merecedor de ser privado del gobierno. Por sus grandes riquezas era en estremo liberal y casi pródigo, su estatura y fisonomía la de su padre Almanzor, y aun esto daba ocasion á que el pueblo le quisiese bien y aplaudiese sus gustos y ligerezas. Tenia la mas íntima privanza con el rey Hixêm, pero suele ser fatal la privanza de los príncipes, que raras veces dura, ni tiene un venturoso término, sea que por haberlo dado todo, y los validos por no tener mas que desear se cansan y fastidian, ó porque vienen á perder la cabeza por locos pensamientos, ó que la envidia de los inquietos ambiciososos mina incesantemente y destruye estos edificios de la vanidad.

No tenia el rey Hixêm el Muyad hijo alguno que le sucediese en el imperio, aunque todavia por su edad no estuviese sin esperanza de poderlos tener. El Hagib Abderahman, sin atender á esto, ni á los parientes del rey, no consultando sino á su inconsiderada vanidad, y confiado en la mal segura inclinacion del pueblo, que le amaba y bendecia por un ciego favor á la memoria de su padre, se atrevió á proponer y persuadir al rey que le declarase futuro sucesor del trono, suspendiendo esta declaracion hasta despues de su primera salida contra los Cristianos, que esperaba que fuese venturosa. Aunque estas cosas se trataban con secreto en

las salas del alcazar, no dejaron de traslucirse excitando la indignacion y el ódio de todos los Meruanes, y en especial se manifestó mas ofendido un primo del rey Hixêm, llamado Muhamad ben Hixêm ben Abdelgiabar ben Abderahman Anasir: era este mozo de mucho valor, y presumia suceder en el trono á falta de hijos del rey Hixêm, y no pudiendo sufrir mas tiempo las maquinaciones del Hagib Abderahman, á quien llamaban Anasir, se salió de Córdoba, y pasó á las fronteras de Castilla, y allegó á su partido muchos alcaides de aquella tierra, y juntas sus banderas vinieron á Andalucia manifestando á los pueblos las vanas pretensiones del Hagib Abderahman, que habia obligado al rey Hixêm á que le declarase sucesor del trono de los Omeyas, sin respeto á la familia real. No fue dificil el concitar los ánimos de los nobles, que ya tenian de antes hartos motivos de envidia contra los Alameries, y en pocos dias formaron un buen ejército.

Cuando Abderahman entendió la tempestad que contra él se armaba con mucha diligencia salió de Cordoba con la caballeria africana y guardia del rey para desbaratar á sus enemigos antes que fuesen mas poderosos. Apenas habia partido Abderahman de la ciudad, cuando fue avisado Muhamad por el Wazir, Iza ben Said, y por otros muchos parciales suyos asi de la salida del Hagib, como del mal recaudo de guardias que habia en Córdoba. Con este aviso Muhamad dividió su gente, y con la flor de su caballeria por caminos estraviados con gran celeridad entró en Córdoba, y se apoderó de la guardia del alcazar y de la persona del rey Hixêm, pu-

blicó la deposicion del Hagib Abderahman: asi la fortuna comenzó de repente á perturbar las cosas en España. Avisado Abderahman de lo que pasaba en Córdoba, se llenó de saña, y contra el dictamen de algunos de sus caudillos, dió luego vuelta á la ciudad muy confiado en el aura popular, que no debiera: y entró en ella con su caballeria sin resistencia: á la llegada á la plaza del alcazar, se le opusieron en gran número los partidarios de Muhamad con toda la gente principal de la ciudad, y mucha gente menuda: se comenzó una sangrienta y desigual pelea. Al primer acometimiento los de Abderahman rompieron y atropellaron aquella muchedumbre; y viendo Abderahman que contra sus esperanzas la amontonada plebe no hacia caso de su voz, y antes con espantoso alarido gritaba muera, muera, á pesar del estrago que hacian sus caballos atropellando cuanto les estorvaba, acrecentando el gentío les fue forzoso retraerse para salir de la ciudad: procuraron abrirse paso haciendo atroz matanza en el pueblo: muchos de los suyos murieron peleando como brabos leones, el mismo Abderahman retirandose se defendia y ofendia como hombre de valor, pero atajado de todas partes y herido de muchas lanzas cayó muerto su caballo, y él muy mal herido cayó tambien en manos de sus enemigos que le presentaron á Muhamad, que luego mandó que le crucificasen, y asi fue ejecutado al momento, y espiró clavado en un palo Abderahman el hijo del grande Almanzor, el hermano del insigne Abdemelic Almudafar: y todavia hay quien confie en el ingrato y variable pueblo. Fue su muerte dia martes infaus-

to á diez y ocho de la luna de Giumada (1) postrera del año trescientos noventa y nueve, á los cuatro meses de su gobierno. En el momento fue vituperado el triste, que pocos dias antes era admirado y bendecido del pueblo: sus bienes fueron aplicados al fisco, su nombre no se mencionaba sino con apodos de menosprecio y le llamaban Sanchuelo: sus amigos no osaban parecer en público temerosos del inquieto vulgo.

Muhamad Abdelgiabar, despreciando á los Alameries, que no eran pocos, ni gente obscura, aprovechando la ocasion del favor popular, y á peticion de los de su bando, hizo que el rey Hixêm le nombrase su primer Hagib. Para congraciarse con el pueblo de Córdoba, sabiendo que la guardia de Zenetes africanos eran aborrecidos de la multitud, ordenó que saliesen del alcazar y de la ciudad. Esta providencia le concitó el ódio de estas tropas y de sus caudillos que eran de la principal nobleza de Africa. Hizo presidente del Consejo de Estado á Chalaf ben Meruân ben Omeya ben Haiwat, conocido por el Sahari de Sahara Kaywat, que era pueblo de su visabuelo en Algarbe de España, era Cadi de Toledo, cargo que le dió Almudafar despues de sus viages á Oriente, y habia renunciado su empleo despues de la muerte de aquel Hagib, y del Wali de aquella ciudad Abdala ben Abdelaziz: fue propuesto para esta presidencia del Mesuar por el Ca-

(1) Homaidi dice fue crucificado en la luna de Regeb, esto es, en el mes siguiente; pero las fechas de los sucesos posteriores, confirman lo que asignan otros fidedignos escritores.

di de la Alajma de Córdoba Aben Dhacuên. Hizo asi mismo Walilcoda ó justicia mayor de la Algarbia de Córdoba al Cadi Ahmed ben Abderahman ben Said el Huzami, hombre muy popular y de gran mérito por su virtud y sabiduría. Dió á su hijo Obeidala el Gobierno de Toledo, y envió con él á su favorecido Suleiman ben Muhamad ben Batal, llamado Abu Ayub de Badalyox, célebre por sus poesías y su ingenio. Cuidó el Hagib Muhamad de apartar del rey Hixêm todas las personas de su íntimo servicio y confianza, y puso otras de su bando. Pocos dias despues por echar el resto al juego de su fortuna, divulgó que el rey Hixêm estaba enfermo de grave dolencia: cuando vió el poco interes que el pueblo manifestaba en la peligrosa situacion del rey, y que los Walies Wazires y Alcatibes no dudaban que el seria el futuro sucesor del trono trató de asesinar al rey Hixêm: pero Wadha el Alameri que era camarero del rey y le amaba, con mucha prudencia y valor le disuadió, diciéndole que para lograr lo que pretendia no era necesario quitar la vida al pobre rey, que retirado y oculto y bien guardado no estorbaria sus intentos: que á este fin podia tomar todas las seguridades conducentes, y él mismo le propondria lo que creyese mas oportuno. Persuadióse Muhamad, y de acuerdo con el eslabo Wadha le encerraron con gran secreto, confiando su guarda á persona de íntima confianza. Dicen que le pusieron en casa del Wazir Husein ben Hay, que buscaron un hombre muy semejante en edad, estatura y fisonomía al rey Hixêm, que le arebataron una noche y le ahogaron y colocado en el le-

cho del rey se divulgó la grave enfermedad, y como si fuese de su órden se celebró la declaracion y jura de futuro sucesor á su Hagib Muhamad ben Hixêm ben Abdelgiabar. Se congregaron los Walies y Wazires y se publicó esta declaracion, y pocas horas despues la nueva del fallecimiento del rey Hixêm. Pusieron en su féretro al supuesto Hixêm y fue enterrado con gran pompa y le pusieron su sepulcro en el primer patio del alcazar: esto en el dia veinte y cinco de Giumada postrera del mismo año.

CAPITULO CV.

Del reinado de Muhamad el Mohdi Bila.

En el mismo dia fue aclamado rey en Córdoba Muhamad ben Hixêm ben Abdelgiabar ben Abderahman Anasir, se intituló el Mohdi (1) Bila, se hizo oracion por él en todos los Alminbares de España, y se acuñó moneda en su nombre. Entronizado por estos medios hizo cumplir con mucho rigor la órden que habia dado para que saliesen de Córdoba todos los africanos de la guardia. Ofendidos los caudillos de esta resolucion se confabularon y convinieron en resistir la providencia á todo riesgo, tomaron las ar-

(1) El Mohdi, es decir el tranquilizador, el conciliador de los animos desavenidos, aunque los sucesos no correspondierón á las esperanzas de este nombre.

mas, y el capitan de ellos Hixêm Raxid ben Suleiman ben Abderahman Anasir animó á sus Zenetes y Berberies á oponerse abiertamente á las órdenes del nuevo rey, tratandole de pérfido y asesino de su soberano. Fueron los conjurados á cercar el alcazar, pidiendo la cabeza del injusto usurpador del trono. Muhamad con mucho valor salió contra los conjurados con sus guardias de Andaluces y se trabó sangrienta batalla entre ambos partidos: el pueblo acudió en inmensa turba contra los Africanos, y les fue forzoso retirarse haciendo gran matanza en la gente de la Ciudad que con mas ardor que inteligencia se ofrecia á la desigual pelea: duró esta aquella tarde, gran parte de la noche, y se renovó al alba del siguiente dia. Los Africanos fueron forzados á dejar sus cuarteles y salir de la ciudad peleando con mucho valor conteniendo á la multitud que intentaba atropellarlos. En esta peligrosa retirada el esforzado caudillo de los Africanos Hixêm ben Suleiman cayó herido con su caballo entre un tropel de caballeros Andaluces, y le llevaron preso á la presencia de Muhamad, que mandó cortarle luego la cabeza, y arrojarla por el muro á los Africanos que ya habian salido de la Ciudad. Cuando vieron la desgracia de su caudillo, bramando sedientos de sangre y de venganza, eligieron por su caudillo y terrible vengador á Suleiman ben Alhakem ben Suleiman ben Anasir, primo del sin ventura ben Suleiman Anasir: este caudillo considerando que sus fuerzas no bastaban para mantener cercada la Ciudad, y resistir á los de Muhamad, levantó el campo jueves dia cinco de Xawal de este año trescientos noventa y nueve. Dice

Homaidi que antes de partir entró por fuerza en Córdoba el dia seis de Xawal, y luego se vió forzado á salir de ella y partió á las fronteras de Galicia, y concertó con el Conde Sancho, rey de los Cristianos, que le ofrecia su amistad y le daria ciertas fortalezas de aquella frontera si le ayudaba contra Muhamad que se llamaba rey de Córdoba.

Otorgadas sus avenencias, vino Suleiman con ayuda de caballeros Cristianos, gente muy escogida, á las cercanías de Córdoba. Muhamad luego supo la venida de estas huestes, y salió con muy poderoso ejército contra ellas, y á mediados de la luna de Rebie primera del año cuatrocientos se encontraron en Gebal Quintos, y trabaron cruel batalla que principiaron los Andaluces con su caballería. La pelea fue atroz, y en pocas horas quedaron tendidos en el campo veinte mil Cordobeses entre muertos y heridos. Cuenta Hayan que en esta batalla hubo de morir Abu Otman ben Algezar de Córdoba, que entró en la pelea, y no pareció despues vivo ni muerto, dice que la batalla fue en dia sábado á mediados de Rebie primera: y lo mismo acaecio en ella al Wazir Aly ben Fath de Córdoba, insigne poeta, que nunca mas pareció. Huyó Muhamad con las reliquias de su hueste, atravesó los montes y pasó á los campos de Calatrava, y á tierra de Toledo donde era Wali su hijo Obeidala: por medio de este buscó tambien el auxilio de los Cristianos de España oriental, y concertó por dinero que le ayudase el Conde Bermond y el Conde Armengudi, y vinieron en su ayuda con sus gentes estos esforzados caudillos de Afranc. Detúvose Muhamad en Toledo en estas negociaciones mas de seis meses.

CAPITULO CVI.

De Suleiman Almostain Bila.

Suleiman despues de la venturosa y sangrienta batalla de Quintos pasó con su ejército vencedor á Córdoba: los de la ciudad querian oponerse á su entrada; pero por consejo de Wadha el Alameri se abrieron las puertas al vencedor. Suleiman, desconfiando con razon de los vecinos de la gran Ciudad, así por la enemistad antigua con sus Africanos, como por el terror y odio que habia producido la reciente matanza de Gebal Quintos, y por causa de sus auxiliares Cristianos, acordó con el mismo eslabo Wadha que mantuviese la Ciudad en quietud pretestando que no entraba por no molestar al vecindario con tan desagradables huéspedes, y con otras escusas aparentes de conveniencia. Estuvo con sus huestes en las cercanías hasta el dia quince de Rebie postrera del año cuatrocientos, en este dia entró en Córdoba con su caballería africana y fue aclamado Suleiman y apellidado Almostain Bila. En este mismo tiempo fue despedazado por el populacho de Malaga Chalaf ben Mesaudi el Havawi, llamado Aben Omaina, que en varias partes de Andalucia el pueblo se levantó contra los Africanos, que Chalaf les pidió que le dejasen hacer su oracion con dos postraciones, y que se lo permitieron, y antes que la acabará le rompieron la cabeza con una piedra: así lo cuenta Hayan.

Pasaba Suleiman lo mas del tiempo en Zahrâ y allí tenia sus auxiliares. Mudó los Alcaides de algunas fortalezas, y puso otros de su confianza: visitaba las ciudades, y hacia justicia en ellas, y estaba en continua agitacion, y siempre desconfiado de la gente de Córdoba. Seguian su bando todos los pueblos de las fronteras y tierra de Toledo, y desde Tortosa en oriente de España hasta Alisbona en su occidente. Entre los caballeros de su guardia Africana estaban dos ilustres caudillos muy mozos llamados Aly ben Hamud, y Alcasim ben Hamud ben Meruân, ambos hermanos y de la familia real de los Edrises, á estos puso en los gobiernos de Algezira Alhadrâ al menor, y en el de Cebta y de Tanja al mayor, y asi en otras Ciudades á otros Caudillos de su parcialidad.

Por suscitar discordia entre los Africanos hubo quien propuso á Meruân, primo de Suleiman, que se alzará contra él que ellos le ayudarían, y que toda la tierra estaría en su favor por ser Suleiman tan aborrecido. Entendió Suleiman estas conjuraciones, las averiguó y cortó las cabezas á cincuenta de los principales sediciosos: á su primo Meruân puso en una torre. Se indispuso Suleiman con los eslabos, porque estos maliciosamente le propusieron que degollase á los Cristianos, y ganaria el amor y confianza de los pueblos de Andalucía, que al fin eran sus naturales enemigos: pero Suleiman afeó sus propuestas, y dijo que no podia ni queria faltar á nadie al seguro y palabra dada, y mucho menos á los que tan bien le habian ayudado; pero rezelando, que contra su voluntad, los suyos instigados de facciosos los ofendiesen, los despidió con muchas da-

divas y mayores promesas. Tambien resistió Suleiman á las insinuaciones y porfiados ruegos de Wadha el Alameri, que le descubrió el secreto de la vida del rey Hixêm, y le aconsejaba que le manifestase al pueblo y le colocase en el trono, en lo que ganaria la afeccion de todos los buenos Muslimes; dicen que Suleiman le respondió: Wadha, mucho lo deseo, pero no es tiempo de ponernos en tan débiles manos: dejale estar, que ya llegará su hora: y solo mudó de lugar y carcelero.

En esto vino nueva de la llegada de Muhamad con escogida gente de tierra de Toledo, Valencia y Murcia y de los Cristianos de España oriental: era la hueste de Muhamad de treinta mil Muslimes; y nueve mil Cristianos. Luego partió Suleiman con su caballería africana y sus gentes de Algarbe y de Mérida, y aunque el número de sus enemigos era cuasi doble que los de su ejército, habiéndolos encontrado á diez millas de Córdoba, les acometió con su acostumbrada intrepidez en un campo llamado Acbat albacar, y pelearon con mucho valor sus gentes todo el dia; pero á la caida del sol cedieron campo á las numerosas tropas de Muhamad, y favorecidos los de Suleiman de la venida de la noche dejaron el campo de batalla y huyeron á Zahra, que no osó Suleiman entrar en Córdoba. Recogió los tesoros que alli habia, y los Africanos, que no pensaban quedar mas tiempo en Andalucía, robaron contra la voluntad de Suleiman el alcazar y la principal Mezquita, y se llevaron lámparas de oro y plata, cadenas y coronas preciosas, y ricos paños y pedreria de algunas casas principales. Lo que estos no pudieron llevar lo robaron

despues los de Muhamad y los Cordobeses que entraron en aquellos alcázares. Suleiman á largas jornadas se retiraba hacia Algezira Alhadrâ con ánimo de pasar en Africa. En esta sangrienta batalla de Acbat albacar murió peleando al lado de Suleiman ben Alhakem el noble y virtuoso caballero Aboala ben Ahmed ben Kindi de Córdoba, el conocido por el Taital, tambien murió peleando al lado de Suleiman el Mocri de la Aljama de Córdoba Suleiman ben Hixêm ben Walid ben Colaib, y Ahmed ben Beril con su Señor el Mocri Aben el Camer. Esto era el año cuatrocientos, y tambien murió en aquella batalla Abdala ben Abdelaziz de Córdoba Cadi de Elbira, y el ingenioso poeta Muhamad ben Mesoádi el Bacheni, que fue tan favorecido de los reyes de este tiempo, y sus graciosas poesias las delicias de Andalucía: venia en la hueste de Muhamad, y esta sangrienta batalla de Acbatalbacar y el año cuatrocientos se llamaron el año de los Francos por los que vinieron en aquella hueste.

CAPITULO CVII.

De la batalla de Guadiaro, y muerte de Muhamad.

Muhamad entró en Córdoba despues de su victoria, y fue recibido en ella con aclamaciones de triunfo, llamandole el pueblo su vengador y libertador. Nombró al eslabo Wadha el Alameri Hagib de su casa por las confianzas que le merecia: no se detuvo en Córdoba mas de dos dias, y partió con toda su

gente siguiendo el alcanze de los Africanos. Estaban estos acampados en las riberas del Wadiaro en campos de Algezira. Con el orgullo de la pasada victoria Muhamad les acometió sin dar tiempo al descanso de sus tropas: esto hizo mas venturosa la suerte de Suleiman que viendo esta ocasion de venganza, y de probar fortuna animó á sus Africanos, diciendoles: forzados estamos á pelear hasta vencer ó morir; no hay otra esperanza que la de nuestras espadas, y asi antes de rendir el cuello á nuestros enemigos morir vengados. Ordenó sus haces y acometieron con desesperado ánimo: los de Muhamad pelearon con mucha constancia, pero no pudieron resistir el ímpetu de los caballos africanos mas descansados que los suyos. Asi fue que Suleiman rompió y desbarató la hueste de Muhamad, que volvió brida y huyó esparcida hacia Córdoba. Suleiman siguió el alcanze hasta las cercanias de la Ciudad, y Muhamad entró en ella con pocos de su guardia, y pocos dias despues llegaron sus fugitivas tropas y auxiliares Cristianos. Muhamad para defenderse fortificó los muros de Córdoba, y reparó sus torres, y abrió un profundo foso al contorno de la Ciudad. El eslabo Wadha su Hagib era toda su confianza, y mandaba con absoluto poder en todo: los vecinos trabajaban de dia y de noche en las fortificaciones: los principales cargos se daban á los eslabos y Alameries por el Hagib Wadha, el rey Muhamad no osaba oponerse á sus propuestas. Los sabios y la gente principal estaban descontentos de la prepotencia de los eslabos; la gente menuda cansada de las fatigas continuas que la oprimian, y los eslabos que seguian el ayre de la

fortuna, que ya era contraria á Muhamad, le principiaron á hacer odioso. Le aconsejaron que hiciese salir de Córdoba á muchos principales Xeques y Wazires con pretestos de discursos sediciosos, de supuestas conjuras, y de desafectos á su bando. En la luna Dylcada de este año cuatrocientos falleció en Córdoba Suleiman ben Abdelgafir Bengmêl el Omeya, el Firexi, hombre de santa vida, y esforzado frontero en su mozedad; estaba ya ciego de viejo y de llorar por temor de Dios: habia nacido el año trescientos y uno, y tenia ya noventa y ocho años y medio, poco mas: fue su entierro mas acompañado y llorado de los pobres. Cuenta Abu Hayan que murió dia domingo, siete dias por andar de la luna de Dylcada, que fue enterrado lunes siguiente en Macbora del arrabal despues de ázala alasar: que el acompañamiento fue muy grande, que no se vió otro igual en Córdoba: que asistio con los principales del estado el Califa Muhamad ben Hixêm el Mohdi, que hizo oracion por él, y fue asesinado diez y nueve dias despues, Dios le haya perdonado. Al mismo tiempo persuadieron al Caudillo de los Cristianos Armengudi que sacase sus gentes de Córdoba, porque el rey Muhamad trataba de faltarles al seguro y con pretexto de revuelta popular desarmarlos y quitarles la vida. El Cristiano sin despreciar este aviso, á pesar de las protextas y seguridades de Muhamad se despidió con varias escusas, y partió á su tierra con cartas para Obeidala el Wali de Toledo para que allegase sus gentes y sin dilacion viniese á socorrer á Córdoba que estaba cercada de los Africanos. Escribió tambien á los Walies de Mérida y de

Zaragoza, y á los Alcaides de las fronteras; pero todos se escusaban, y el pueblo estaba persuadido que sus cosas iban mal por haberse aliado con infieles, y en todas partes le vituperaban por esto. La estimacion y amor del pueblo va al ayre de la fortuna, no abona ni califica las acciones sino por los sucesos, el malvado que vence es un heroe; el hombre justo y bueno vencido es un infame y digno de un patíbulo.

Los Africanos llegaban con sus algaras á las alturas ó Alxarafes de Córdoba, muchos vecinos principales desaparecian de la Ciudad, y se pasaban al campo de Suleiman. Muhamad veia que la fortuna le abandonaba, que cuanto su partido se disminuia, el de su enemigo se acrecentaba, que su misma guardia estaba dividida y en discordia. En esta ocasion, en que falto de consejo no sabia que hacer ni á quien acudir, el eslabo Wadhi Alameri aprovechó esta ocasion, le aumentó el temor y la desconfianza de sus guardias, le insinuó sospechas y secretas conjuraciones, y en fin, á persuasion de este Hagib, como el absoluto dueño de Córdoba, sin esperar especial mandato de Muhamad, sacaron al escondido rey Hixêm el Muyad de su prision dia domingo siete de la luna de Dylhagia año cuatrocientos, y le presentaron al pueblo en la Macsura de la grande Aljama. Toda la Ciudad se conmovió al oir que su rey Hixêm vivia, y al verle, á todos parecia un sueño cuanto por ellos pasaba. Acudió inmenso gentió delante de la Mezquita, y el eslabo Wadha les presentó su rey, y le aclamaron con las mas sínceras demostraciones de alegria: y le acompañaron con es-

truendosa algazara á su Alcazar. Muhamad confiado en los Eslabos se ocultó en el Alcazar; pero el dia de la pascua de las víctimas á diez de Dilhagia el eslabo Anbaro le presento á los pies del trono del rey Hixem, que poco antes habia ocupado. Le reprendió el rey con aspereza su deslealtad, y le dijo: ahora gustarás el amargo fruto de tu desmedida ambicion, y mandó que alli le cortaran la cabeza, y un Wazir la llevó por las calles en la punta de su lanza corriendo á caballo. El cuerpo fue arrojado en la plaza y despedazado, y á los tres dias lo enterraron en el patio de una mezquita. Mandó el rey que enviasen la cabeza de Muhamad á su rival Suleiman que estaba en Citawa, creyendo el rey Hixêm que este escarmiento le intimidase y pusiese en su obediencia. Fue el mando de Muhamad desde que se levantó hasta que fue descabezado diez y seis meses, de esta suma los seis meses estubo Suleiman en Córdoba y sus cercanias, y Muhamad estubo en Toledo y en sus fronteras: se le apellidó el Mohdi, y despues de la batalla de Acbat albocar Adafir, y comunmente Abul Walid, la madre que le parió se llamaba Mozna: tuvo un hijo llamado Abdala que murió antes que él, y no dejó sucesion: habia nacido el año trescientos sesenta y seis.

Recibió Suleiman la cabeza de Muhamad como un precioso presente, y sabiendo los preparativos de Obeidala en Toledo para venir contra él, tomó ocasion de este suceso para suscitar este nuevo enemigo al rey Hixêm y á sus Cordobeses, y la canforó y envió á Obeidala esta cabeza y diez mil mitcales de oro, y le escribió lo que pasaba en Córdoba, dicien-

dole asi paga el rey Hixêm á los que le sirven y le restituyen el trono: esa es la cabeza de Muhamad tu padre, guardate de caer en manos de este ingrato y cruel tirano, si deseas tu seguridad y venganza será tu compañero Suleiman. Recibió Obeidala la cabeza y tan infaustas nuevas, y se llenó de pesar, y la carta causó en su ánimo el efecto que Suleiman esperaba. Enterró con gran pompa la cabeza en el patio de la Mezquita mayor, y escribió á Suleiman sus cartas de amistad y de odio eterno al rey Hixêm.

En el dia siete de la luna de Giumada primera falleció en Córdoba el sabio Ahmed ben Abdelmelic ben Haxem Cadi de Aljama, presenció su entierro en Macbora ó cementerio Coraixi el Hagib del rey Hixêm Wadha, oró por él Cadi Abu Becri ben Wafid, le lavó Abu Omar ben Afif, y estuvo en él toda la Ciudad. Este año cuatrocientos y uno, en esta misma luna dia jueves por la noche, diez dias por andar de ella, falleció Yahye ben Amer ben Huscin ben Nabil de Córdoba, hombre sabio que habia viajado á oriente; y fue del Consejo de estado por el Cadi Abul Abes ben Dhacuên, fue enterrado con gran pompa despues de azala de Alazar en Macbora Farênic.

CAPITULO CVIII.

De otros sucesos del cerco de Córdoba, y entrada de Wadha en Toledo, y de Suleiman en Córdoba.

Confirmó el rey Hixêm en el cargo de Hagib al eslabo Wadha, este caudillo hizo algunas salidas venturosas contra los Africanos de Suleiman, y sabiendo que el Wali de Toledo venia á unirse con escogida gente á los de Suleiman, dejando el mando de la gente de Córdoba á los Caudillos eslabos Zahor y Anbaro partió á tierra de Toledo con una buena compañía de caballos, y al mismo tiempo solicitó auxilios de las fronteras de Castilla, y del rey de los Cristianos. Este le respondió que Suleiman le daba seis fortalezas en su frontera porque le ayudase, pero que si le diese otras, mas queria ayudar al rey Hixem que al rebelde Suleiman. El eslabo Wadha sin esperar la voluntad del rey se concertó con el infiel y luego vinieron contra la tierra de Toledo, y como Obeidala hubiese ya salido de aquella Ciudad, Wadha con secretas inteligencias ocupó la Ciudad. Obeidala con noticia de este desman volvió á buscar á sus enemigos, y en cercanías de Maqueda encontró la hueste de Wadha y sus auxiliares los Cristianos: trabaron sangrienta batalla, y fueron vencidos los de Obeidala, y huyeron hacia Córdoba, y fueron alcanzados muchos caballeros con el Wali Obei-

dala, y entre otros Muhamad ben Teman, y Ahmed ben Muhamad ben Wasim de Toledo, Caballero principal y muy erudito. Este fue puesto en una cruz, y en ella repetia la sura Yax, y los soldados le hirieron la cara con sus venablos, y cayó del palo, y quedó pendiente de la cintura: y asi murió en la luna de Reyeb de este año cuatrocientos y uno, segun cuenta Hayan, ó en Xaban del mismo año. El wali Obeidala entró en Córdoba á buen recaudo, y luego mandó el Rey Hixêm descabezarle. Estaba este Wali en la flor de su edad, y cuando el pueblo entendió que habia sido preso en pelea contra Cristianos se vituperó al Hagib Wadha, y se murmuró del Rey y de sus caudillos, llamándolos hereges y malos muslimes. El Agib Wadha encargó el gobierno de Toledo á Abu Ismail Dilnûn, Xeque muy poderoso y noble en aquella ciudad, que con su autoridad y riquezas habia facilitado su entrada en Toledo. Luego se vino á Córdoba muy contento de estos sucesos, y despidió á los Cristianos dándoles grandes dádivas y promesas. Recibióle el Rey Hixêm con mucha honra y le concedió para sus Eslavos y Alameries, alcaidias y tenencias perpétuas en la parte meridional de España: los gobiernos de Tadmir, Cartagena, Alalfe, Lecant, Almería, Denia, Xativa y otras, y confirmó en otras á los que las tenian.

Suleiman con sus Africanos talaba los campos de Ecija, Carmona y otras poblaciones de las orillas de Guadalquivir y cercanias de Córdoba. El Agib Wadha mandó á los caudillos Zahor y Anbaro salir contra los Africanos, que pelearon con varia fortuna, y lograron arredrarlos hácia los montes; y esto dió

algun desahogo á la ciudad, en la cual se sentia gran falta de provisiones, habia hambre entre la gente pobre, y se excitó peste, y todos temian la infeccion y contagio. En este año cuatrocientos y uno, dia jueves, siete dias por andar de la luna Dylcada, falleció el Hafiz Obeidala, el Moaiti de Córdoba, apellidado Abu Meruân. Fue enterrado en el arrabal, oró por él su tio Obeidala ben Abdala, por comision del Cadi Ben Wefid: era este Hafiz de la misma noble prosapia de Omaya ben Abd Shems.

En este año cuatrocientos y uno, dia domingo once de la luna Dylcada falleció Ahmed ben Aly Arabai el Begani, lector que habia sido de la Aljama de Córdoba. Almanzor le encargó la instruccion de su hijo Abderahman, y despues le hizo Cadi y el Rey Hixêm acababa de hacerle del consejo de Estado, y socio del Cadi Abu Becri ben Wefid, habia nacido el año trescientos cuarenta y cinco. Tambien falleció en Córdoba, en la noche del miércoles al jueves, cuatro dias antes de acabar la luna Dylcada del referido año el noble caballero Admed ben Muhamad ben Ahmed ben Said, conocido por Aben Gezir el Omaya. Habia sido Alcatib del Cadi Mondhir el Boluti, y su teniente del zoco: murió de peste en su palacio Moqueiz donde moraba: fue su féretro acompañado de toda la nobleza. Al principio de esta misma luna habia muerto el prefecto de los arquitectos de la Aljama y de la casa real de Córdoba Abdala ben Said ben Muhamad ben Batri; era Sahib

---

[1] Cuentan los genealogistas Arabes de esta casa Moaiti hasta diez y seis abuelos en línea recta, sin intervalo ni falta alguna.

Xarta de la ciudad y de sus comarcas, fue muy sábio y estimado de los Reyes.

Sabia Suleiman el estado de las cosas en Córdoba, y el descontento de los nobles por la prepotencia de los Eslabos y Alameries, y que el Rey desconfiaba de sus parientes y de sus mas leales servidores. Por no perder tan favorable ocasion escribió á los Walies de Calatrava, de Wadalhajara y de Medina Selim y al de Zaragoza, que si le ayudaban contra los Eslabos que tiranizaban á Córdoba y otras ciudades, ellos tendrian por juro de heredad sus gobiernos y alcaidías. Convinieron estos Walies con Suleiman y le enviaron sus banderas con gente de á pie y de á caballo. Cuando Wadha el Hagib supo que venian contra ellos los Walies de España oriental dió cuenta al Rey Hixêm de estas asonadas de guerra y grandes movimientos de las provincias, y persuadió al Rey que escribiese unas cartas para Aly ben Hamud, el Wali de Cebta y Tanja, y para su hermano Alcasim ben Hamud el Wali de Algecira Alhadrâ y de Málaga: que sabia que estaban desavenidos con Suleiman: ofreciales grandes partidos si venian con todo su poder en su ayuda, y aun les decia que si la fortuna les fuese venturosa, haria al mayor de ellos sucesor futuro del trono. Escritas las cartas, el Hagib no las envió, y las guardó para otra ocasion mas oportuna, tal vez desconfiando entonces de aquel recurso.

Pasó el año cuatrocientos y dos, sufriendo la tierra de Andalucía los estragos de la peste y las molestias y aflicciones de la guerra civil. Faltaban en Córdoba las provisiones, cundian los males y el general descontento se aumentaba. El pueblo, que siem-

pre murmura del gobierno, en estos apuros y calamidades viene á ser insolente y furioso. Los vecinos que podian se retiraban de Córdoba, y se huian á las sierras y poblaciones cortas. Por medio de estos mantenia Suleiman inteligencias con algunos vecinos, y de estos cuentan que fue tambien el Hagib Wadha el Eslabo, lo que parece increible. Avisaron al Rey Hixêm que su Hagib comunicaba con los enemigos, que meditaba entregarles la ciudad. El Rey lo creia todo y de todo temia: mandó prender al leal Hagib y le mandó cortar la cabeza por haberle hallado las cartas que el Rey habia escrito para los de Beni Hamud, y en una hora de cólera desgraciada, olvidó los buenos servicios de muchos años. Nombró el Rey Hixêm por su Hagib al gobernador de Almería Hairan, caudillo de mucho valor y prudencia, el mas á propósito para salvar al Rey Hixêm si su fortuna no hubiese ya llegado al último plazo. Era Hairan de los Eslavos Alameries, y fue el último que le sirvió. Algasenia, célebre poetisa de Bagena, hizo una larga casida de elegantes versos, en elogio de Hairan, Señor de Almería y Hagib del Rey Hixêm, que se la presentó en este tiempo y fue muy aplaudida de los buenos ingenios de entonces. Era benigno y generoso, y pudo contener algunas órdenes tiránicas del Rey, que desconfiaba de todos los principales de la ciudad, y no permitia que se juntasen sino en las mezquitas, sospechando conjuras en las mas inocentes reuniones de los vecinos. Esta pública opresion y general descontento favorecia á Suleiman que estaba ya en Zahra con numerosa hueste, y puso á la ciudad riguroso cerco. Hairan animó á sus guardias

y á la gente del pueblo para defender al Rey y á la ciudad, pero sus exortaciones y esfuerzos aprovecharon poco: hizo por su parte como buen caudillo, pero no se conserva una ciudad que no quiere guardarse. En tanto que Hairan con sus guardias peleaba en rechazar á los Africanos que allanaban el foso por las puertas de la axarquia, los descontentos en la ciudad peleaban con las tropas fieles al Rey que defendian la segunda puerta. Avisaron al Hagib Hairan de este alboroto, y fue forzoso acudir á contener este peligroso desórden y reprimir á los desmandados. Cuando llegó Hairan ya habian dado entrada á los enemigos: corrió este caudillo con sus tropas y vecinos fieles á oponerse al paso, y se renovó una sangrienta pelea que duró gran parte del dia; los enemigos se apoderaron de todas las torres y fortalezas de la ciudad: el esforzado Hairan cayó herido entre los mas leales y valientes caballeros de Córdoba que defendieron hasta morir la entrada. Los Africanos hicieron cruel matanza en el pueblo, y ellos y sus auxiliares saquearon por tres dias la ciudad sin perdonar á los de ningun partido: el docto y elocuente orador Muhamed Casim el Halati fue degollado con inhumanidad en su propia casa: y y Chalaf ben Salema ben Chamis de Córdoba, uno de los Odules ó jurados de la ciudad, fue degollado en su casa, y enterrado sin compañía ni oracion en la Macbora de Ben Abâs. Fue este dia despedazado en su casa Abu Salema el Zahid, Imam de la Mezquita Ain Tar, y el sabio Ayûb Ruch Bono, y Said ben Mondir, hijo del Cadi de Aljama, fue cruelmente muerto: y Muhamad ben Abi Siar, Eslabo de la guardia de Hixêm pareció despedazado

en su casa: la misma suerte tuvo Abdala ben Husein llamado el Garbali, sabio arquitecto de Córdoba, que habia construido en ella muchos reales edificios, y otras muchas obras de utilidad pública: le despedazaron los bárbaros en esta su horrible entrada en Córdoba, dia lunes seis de la luna de Xawâ del año cuatrocientos y tres, y cuenta el Badalyosi que estuvo tres dias sin enterrar, que al fin lo llevaron á Nacbora Om Salema, y se le enterró sin lavar, sin amortajar, ni oraciones por la gran confusion y afliccion de las gentes que en estos dias de juicio sufrieron saqueos y violencias de toda especie.

En el dia mismo de la entrada se apoderó Suleiman del alcazar, en cuyas puertas cayó herido el Hagib Hairan Alameri, y quedó cubierto de cadáveres de otros esforzados y nobles caballeros. Hairan volvió en sí en la obscuridad de la noche, las tropas todas entregadas al robo, no pudieron estorbarle, anduvo buscando la casa de algun vecino que le acogiese, huyendo de los soldados que en tropas corrian por la ciudad, y en casa de un pobre y honrado vecino fue amparado, y alli desconocido curó de sus heridas. Fue aclamado Suleiman con el título de Adofar Lihulala. Los Eslabos y otros honrados servidores del Rey Hixêm suplicaron por él á Suleiman: lo que hizo de él se ignora, pues nunca mas pareció vivo ni muerto, ni dejo sucesion, sino de calamidades y discordia civil. Los bárbaros asesinaron en sus casas á muchos nobles Xeques, y entre otros al Eslabo Muhamad ben Zeyad que habia sido gran privado del Rey: atropellaron los Haremes de los principales señores de Córdoba, y esto los hizo mas odiosos que todas sus crueldades.

CAPITULO CIX.

Del gobierno del Rey Suleiman, y nueva guerra civil y otros sucesos.

Sosegadas las cosas de Córdoba, despidió á los auxiliares, confirmaron sus avenencias, y partieron á sus provincias. Depuso Suleiman á muchos Alameries de sus cargos y gobiernos y los dió á los Xeques y caudillos de sus alcabilas de Africanos. Hizo venir á Córdoba á su padre Alhakem que habia sido Wali de Cebta en tiempo del Rey Hixêm, y estaba retirado del mundo en una soledad: puso por su Wacir en Sevilla á su hermano Abderahman: confirmó en su destino de Cadi de Cebta su patria á Jusuf ben Hamud el Sadfi, varon insigne por su ingenio y erudicion, tenia un huerto que cultibaba por sus manos y en él habia toda especie de plantas. Al Hagib Almanzor Abu Mozni Zawi ben Zeiri ben Menad de Sanhaga le dió el gobierno de Garnata: en premio de sus servicios dió al caudillo Abu Giafar Ahmed ben Said, conocido por Arâb, la ciudad de Santamaria de Algarbe, puerto de Ocsonoba sobre la costa del mar Occéano occidental. A todos sus secuaces hizo mercedes y dió posesiones y tenencias por juro de heredad [1] con reconocimiento de omena-

---

[1] Estas enagenaciones perpétuas de los gobiernos de ciudades y provincias, disminuyendo la soberanía, dieron principio á la division, decadencia y ruina del Estado; pero estaban en uso en estos tiempos en toda Europa.

nage, fidelidad y obediencia, y venir á su servicio cuando los llamase. Componian estos Africanos seis alcabilas ó tribus, y el Rey dió á cada una ciertos lugares.

En el año de cuatrocientos y cuatro Aslao ben Raziu pobló y reedificó el fuerte y la puebla de Santamaria de Oriente, que de su nombre se llamó Santamaria de Aben Razin. Raxid ben Ibrahim de Córdoba, hombre sabio y principal, que vivia en la gran plaza y asistia en la mezquita Lait, salió huyendo de los bárbaros al Guf y le asesinaron en el camino. El Eslabo Hairan, curado de sus heridas salió secretamente de Córdoba, y se amparó en Auriola en casa de sus amigos y parciales, y auxiliado de ellos con gentes y muchas riquezas, logró entrar en su ciudad de Almería. Su nuevo Wali Alafia resistió la entrada en su alcazar veinte dias; pero fue ocupado por fuerza, y arrojaron al mar al infeliz caudillo con sus hijos. En el año cuatrocientos y cinco pasó Hairan desde Almería á Cebta, donde era señor Aly ben Hamud, y le persuadió que allegase sus gentes y viniese á España, y unido con él y con su hermano Alcasim ben Hamud, Señor de Algecira Alhadrâ, y con ayuda de otros Alameries, alcaides de las fortalezas de la parte meridional de España, lograrian echar de Córdoba á Suleiman ben Alhakem, que reinaba en ella contra la voluntad de los Andaluces. Le habló del infeliz Rey Hixêm, y de las cartas que les habia escrito para que fuesen en su ayuda, y como en ellas les ofrecia la sucesion del trono: tratando todo esto Hairan como quien tan bien lo sabia. Y como si todavía el triste Rey viviera encerrado, cuando ya nada es-

peraba ni temia, le ponderó el peligro grande en que estabá en manos de tan cruel enemigo, y en su nombre le rogaba, que ya que no llegasen á tiempo para librarle de la muerte oscura que sus enemigos le darian, que á lo menos tomasen á su cargo la venganza de su sangre, que por otra parte les tocaba como descendientes de una misma ilustre prosapia. Encendido el noble caudillo Aly ben Hamud en deseos de venganza por gratitud al Rey Hixêm, porque de su natural condicion era compasivo y generoso, propuso en su ánimo auxiliar al Rey Hixêm, y cuando otra cosa no pudiese, vengar su inocente sangre. Concertaron sus intentos y escribió con Hairan á su hermano Alcasim ben Hamud para que uniese sus tropas con los Alameries de Andalucia para socorrer al oprimido Rey Hixêm. Partió Hairan á Algezira Alhadrá: al tiempo de su desembarco el célebre poeta Abu Amer ben Deragle presentó una casida de versos muy elegantes, y Hairan le dió ciento y cincuenta mitcales de oro. Alcasim entró en la alianza con todas sus fuerzas: Aly hizo pasar sus gentes de Cebta y Tanja á Málaga, y aunque el alcaide de aquella ciudad Amer ben Feth quiso oponerse, á su pesar los de Aly se apoderaron de la ciudad, y divulgaron su empresa de restituir al trono de España su legítimo Rey Hixêm ben Alhakem ben Abderahman Anasir. Los Alameries convinieron todos en ser acaudillados del insigne Aly ben Hamud, y reunieron sus banderas con esperanzas de hacer una guerra venturosa. Todos los pueblos se conmovieron, esparciéndose por toda España las voces y asonadas de esta famosa empresa.

En este tiempo unos vecinos de Alisbona, en número ochenta hombres, amigos entre sí, y de una alcabila, se embarcaron á buscar nuevas tierras en lo interior del Occeano Atlántico; pero no pudieron pasar de unas Islas en que fueron embestidos de una infinita multitud de azores, y se volvieron contando cosas maravillosas de su viage; y fueron llamados los emprendedores, y dieron nombre á la calle en que moraban en Alisbona, que en adelante se llamó calle de Almogáwares.

Cuenta Xerif Edris, que de Medina Alisbona fue la salida de los Almogawares en naves al mar Occeano, para reconocer lo que en él hubiese; por eso en medina Alisbona el sitio cercano de Alhama Darab se llamó por ellos la calle de los Almogawares, hasta estos ultimos tiempos. Acaeció que se juntaron ocho varones, todos primos hermanos, y aderezaron una nave de carga, y pusieron en ella agua y bastantes provisiones para algunos meses: se dieron al mar á los primeros soplos del viento oriental, y como hubiesen navegado casi once dias, llegaron á un parage de mar de gruesas corrientes y oscuras aguas y poca claridad. Ellos entonces temieron y volvieron sus velas á otra mano, y surcando el mar á la parte meridional doce dias, salieron á la Isla de los ganados, por los que sin cuento bagaban en rebaños á todas partes, sin pastor ni persona que les cuidase. Acercaronse á la Isla, y saltaron en ella, y encontraron una fuente de agua pura corriente, y sobre ella una higuera silvestre, tomaron algunas reses de aquellos ganados, las aderezaron; pero sus carnes amargaban, y ninguno pudo comerlas, guar-

daron de sus pieles, y continuaron con viento meridional doce dias, hasta que se les descubrió una Isla, y vieron en ella habitaciones y campos labrados Dirigiéronse á ella para averiguar lo que en ella hubiese, pero á poco trecho fueron cercados de gente en Zawarcas ó barcos, que los prendió y llevó en sus naves á una ciudad que estaba sobre la costa del mar. Y aportaron en ella, y vieron hombres rojos, de pocos pero largos cabellos, de alta estatura, y sus mugeres hermosas á maravilla. Tuvieronlos encerrados en una casa tres dias: luego al cuarto dia entró á ellos un hombre que hablaba arábigo y les preguntó quién eran, á qué venian, y cuál era su tierra, y le contaron sus sucesos, y les prometió buen despacho. Al segundo dia despues los presentaron al Rey, y les preguntó lo mismo que les habia preguntado el intérprete en la tarde: que ellos se hicieron al mar con deseo de ver lo que habia en él de tantas maravillas, y deseando llegar á sus estremos. Cuando entendió el Rey esto se sonrió y mandó al trugiman que les dijese, que su padre habia mandado á ciertos vasallos suyos que reconociesen este mar, y que navegaron en su estension algunos meses, hasta que les faltó luz y se tornaron sin aprovechar su viage. Despues mandó el Rey á su trugiman que ofreciese á aquella gente seguridad y buenas esperanzas de su parte. Que los volvieron á su prision hasta que principió á correr el viento occidental, y los pusieron en Zawarcas y les vendaron los ojos, y navegaron con ellos con muy buen tiempo; y decian ellos: habiamos navegado en su compañía tres dias con sus noches, hasta que viniendo á una pla-

ya nos desembarcaron con los brazos atados atras, y nos dejaron en la playa. Ya principiaba á rayar el dia, y salió el sol, y nosotros en mucha angustia y maltratados con las ataduras, hasta que oimos algazara de vozes humanas, y todos gritamos á una, y vinieron á nosotros ciertos hombres que hallándonos en aquel estado nos desataron de nuestras ligaduras, y nos preguntaron y les hablamos, que eran Bereberes, y nos preguntó uno de ellos: sabeis cuánto hay entre vosotros y nuestra tierra; y dijimos que no; y dijo: pues entre vosotros y nuestra tierra hay camino de dos meses. Y dijo el principal de la gente: Wasafi, ó que pena, y desde entonces aquel lugar se llamó Asafi, que es un puerto en estremo del Magrêb.

La fama de este levantamiento de gentes llegó á Córdoba, y Suleiman se puso en gran cuidado: escribió á sus caudillos, y envió mensageros á sus aliados, algunos dicen que entonces asesinó al Rey Hixêm el Muyad, creyéndole autor de aquellos movimientos; pero Dios lo sabe: solo es constante que no se supo mas de él desde la tercera entrada de Suleiman Almostain en Córdoba. Suleiman allegó su caballería, y no quiso esperar que sus enemigos le cercasen en Córdoba. Dejó á su padre Alhakem ben Anasir por gobernador de la ciudad en su ausencia, aunque el anciano rehusaba estos cuidados. Entretanto Hairan Alameri con su gente de Almeria, y Aly con la de Cebta, Tanja y Algezira, Málaga y sus comarcas, se reunieron en Almunecab que está entre Málaga y Almeria, y alli juntas sus banderas juraron los caudillos entronizar al Rey Hixêm el Mu-

yad, y obedecerle como á su verdadero señor, hijo de sus señores. Esto hicieron delante de sus tropas con mucha solemnidad, porque habia entre ellas mucha desconfianza, y se decia libremente que no iban por su Rey Hixêm, sino por intereses particulares de los caudillos, y por sus propias querellas y venganzas. A los confines de esta ciudad, donde estaba el ejército de Aly ben Hamud y de sus aliados, llegó Suleiman con un campo volante de muy escogida caballería: los campeadores trabaron muchas escaramuzas en que por ambas partes se peleaba con mucho valor y varia fortuna. Procuró Suleiman escusar el empeño de una batalla campal con el numeroso ejército de los aliados, esperando que con la dilacion y el tiempo perdiesen el ánimo que traian, y se deshiciese aquella union, como suele suceder. Pero el sabio Hairan, y el no menos prudente Aly, conociendo sus intenciones, le obligaron, no sin graves dificultades y estratagemas, á venir á una batalla de poder á poder, que fue muy sangrienta y de gran pérdida para ambos partidos: esta fue en fin del año cuatrocientos y seis.

En este tiempo Mugehid Edim ben Abdala Alameri, conocido por Abu Geix el Muafek, familiar que habia sido del Hagib Abderahman, hijo de Almanzor, y era Wali de Denia, hombre astuto y de grande ánimo, como viese tan revuelto el estado y cosas de España dispuso una buena flota, y con sus gentes y otras que tomó á sueldo pasó á las Islas Yebisas y Mayorcas, y se apoderó de ellas, y las fortificó y aseguró en el año cuatrocientos y seis. Dejó por gobernador y adelantado de sus pueblos de Denia á

Abdala ben Obeidala ben el Walid ben Jusuf ben Abdala ben Abdelaziz ben Amru ben Otman ben Muhamad ben Chaldi ben Ocba ben Abi Moaiti ben Abân ben Aamir ben Omeya ben Abdxemsi, conocido por el Moaiti de Córdoba, hombre de insigne nobleza y virtud, docto y de buen ingenio, discípulo de Muhamad el Begi, y de otros sabios. A este puso por adelantado de su tierra y estado de Denia, y los pueblos de aquella parte oriental de España, por consideracion á su virtud y noble prosapia, y por el mandamiento de Mugehid le juraron obediencia y hacian Chotba por él en los alminbares de sus mezquitas, y labró moneda con propio cuño. La elevacion y reinado de este Moaiti, y otros casos semejantes, hacen dudar si las cosas de los hombres son regidas y gobernadas del destino ó de la necesidad inmudable, ó revueltas á caso y sin providencia, lo que no es creible. Solo Dios es sabedor. Cuenta Hayan que el sabio Muhamad el Begi le dijo un dia á este Moaiti, su discípulo: No cedas, ó Coreixi, á tus pasiones, no te deslumbren los prestigios del mando y de la vanidad mundana, no aceptes cargo de imperio que te encomienden: líbrete Ala de los males que traen consigo. Quedó pensativo y como disgustado el Moaiti de lo que su maestro le decia, y le preguntó: por qué dices esto, y de dónde lo sabes. Hablame claro lo que entiendes, asi Dios te haga bien. Y le respondió: por cierto con mucha claridad y por buen camino, segun la divina voluntad: veiate yo en mi sueño, y soñé que un encendido fuego rodeaba una florida vid muy viciosa, y que lentamente el fuego la consumia, y al cabo la vi ente-

ramente en cenizas. Yo entiendo por este fuego la discordia civil que se irá encendiendo, y no tardará en alzar llamas, y la viña florida un estado tuyo; en fin Dios lo sabe: y dijo el Moaiti, Dios nos libre de tantos males. El tiempo y los sucesos acreditaron el sueño y esplicacion del Begi á los cuarenta años despues.

Al año siguiente Mugehid partió de Mayorca en sus naves á la Isla grande de los Cristianos llamada Sardenia: llevó en su compañía á Thabit el Guageni, africano, sabio astrónomo: aportaron en aquella Isla y por fuerza de armas se apoderó de lo mas de ella y de sus fortalezas.

En el año cuatrocientos siete continuaba la guer- 1016
ra entre Suleiman y los aliados con varia fortuna: la tierra y los pueblos sufrian talas y algaras, y todos vivian en inquietud. Quiso Suleiman sacar mas gente de Córdoba y su comarca, pero le servian sin voluntad, y taifas enteras se pasaban á sus enemigos. Sus aliados de España Oriental con varias escusas no venian, y toda su hueste se formaba de sus Africanos, y alguna caballería de Mérida, de Carmona, Ezija y Sevilla, y de los pueblos de Algarbe que acaudillaba su hermano Abderahman, y el Wali de Santamaria Abu Giafar, y Abu Otman Said ben Harûm Wali de Merida. Sus enemigos no se descuidaban en fomentar el descontento y la desobediencia de las provincias, y de todas maneras le hacian mal y daño. Despues de muchas escaramuzas y leves combates se encontraron ambas huestes en cercanias de Médina Talca en tierra de Sevilla, y como de un acuerdo trabaron cruel batalla. Pelearon los Africa-

nos con bárbaro valor, esforzados del ejemplo de sus animosos caudillos y de su Rey Suleiman, que peleaba como brabo leon. Pero cediendo al número se retraian ordenadamente hácia la fortaleza al caer de la tarde, cuando se vieron acometidos de buena parte de sus mismas tropas por traicion torpe de sus caudillos Andaluces, que siguieron el aire de la fortuna: la cual inconstante, segun su condicion ordinaria, desamparó á Sulemian aquel dia para siempre. Los dos hermanos cubiertos de heridas, muertos sus caballos, estando rodeados de los mas valientes enemigos, cayeron en sus manos. Alli murió peleando á lado de Suleiman su Wazir Ahmed ben Said, Señor de Santamaria de Algarbe, y se libró por fortuna de igual suerte su yerno Said ben Harun de Mérida con otros caballeros de Algarbe. El campo quedó cubierto de cadáveres en gran espacio, y al dia siguiente entraron los vencedores en Sevilla sin resistencia alguna, continuaron su marcha, y con la misma facilidad se apoderaron de Córdoba. El anciano Alhakem, sabiendo por los fugitivos Africanos la desgracia de sus dos hijos, no quiso detener el triunfante paso del vencedor Aly ben Hamud.

Cuando los aliados entraron en Córdoba Aly se apoderó del alcazar: prendió al Wali Alhakem ben Suleiman ben Abderahman Anasir, y mandó traer á su presencia á sus dos hijos Suleiman y Abderahman, que estaban ya moribundos por causa de sus muchas y graves heridas. Preguntó Aly al noble anciano: ó viejo, qué habeis hecho del Rey Hixêm, dónde le teneis? y respondió el anciano, que nada sabia de él: vos le habeis muerto, replicó Aly, y dijo

Alhakem: no por Dios, no le habemos muerto, ni sabemos si es vivo, ni dónde está: y sacando Aly su espada dijo: yo ofrezco estas cabezas á la venganza de Hixêm el Muyad, y cumplo su encargo. Entonces Suleiman alzó sus ojos ácia él, y le dijo: hiere á mí solo, Aly, que estos no han culpa; pero Aly desatendió sus palabras, y los descabezó por su propia mano de sendos golpes. Fue la muerte de Suleiman Almostain, y de su padre y hermano dia domingo, ocho dias por andar de Muharram, año cuatrocientos siete. Habia mandado Aly que se buscase al Rey Hixêm con mucha diligencia, y no quedó estancia ni subterraneo en los alcázares y en las casas de la ciudad que no se registrase: todo fue vana diligencia, que nunca pareció: y se publicó la muerte de Hixêm dando ocasion al vulgo de hablillas y de fábulas.

CAPITULO CX.

Del reynado de Aly ben Hamud.

Por consejo de Hairan el eslabo fue aclamado Rey de España en Córdoba Aly ben Hamud con el título de (1) Motuakil Bila, y de Anasir Ledinala, en dia trece de Giumada segunda, año de cuatrocientos y 1017

Motuakil Bila, esto es, confiado en Dios: Anasir Ledinalá defensor de la ley de Dios.

ocho: se hizo la chotba ú oracion pública por él en todas las mezquitas, y escribió á todos los Walies de las provincias, manifestandoles que el Rey Hixêm antes de perder su libertad le habia declarado futuro sucesor del trono; que esperaba que como leales viniesen á jurarle fidelidad y obediencia. No contestaron á sus cartas los Walies de Sevilla, Toledo, Mérida y Zaragoza, cosa que le puso en mucho cuidado y desconfianza, en especial de los Alameries. Hairan el eslabo le hacia estrañas peticiones, y suponia que le faltaba á sus concertadas aveneńcias. Aly, temiendo de su influjo en Córdoba, le despidió y mandó ir á su gobierno de Almeria. Hairan se ofendió de esto, y partió meditando venganzas contra este Príncipe desagradecido y altivo. Incitó al paso á otros Alameries de su bando: y se conjuraron contra el Rey Aly ben Hamud los alcaides de Arjona, Jaen y Baeza. Escribieron al Wali de Zaragoza Almondar para que con los alcaides de aquella provincia se uniese contra Aly para echarle del trono y restituirle á los Omeyas, como era justo, y el mismo Aly habia prometido á los aliados. Para acreditar con los pueblos sus intenciones se congregaron los Walies en Guadix, y juraron guerrear con todo su poder para colocar en el trono de Córdoba á un Príncipe de los Omeyas á quien correspondia legítimamente. Estos eran los intentos que se publicaban, pero las secretas estipulaciones eran menos generosas, y mas bien encaminadas á sus particulares provechos: pensando repartirse en premio de su zelo y galardon de sus fatigas las tenencias perpetuas de sus gobiernos, haciéndolos hereditarios en sus descendientes.

Allegóseles gran hueste con el plausible motivo que pretestaban, por el natural amor de los pueblos á sus antiguos Soberanos: todos esperaban recobrar la calma y prosperidad precedente á la sombra, y bajo la proteccion de sus Omeyas.

Entre tanto Mugehid en la Isla de Sardenia veia ya cansadas sus gentes de la guerra, del clima mal sano, y de la larga ausencia de su amada patria. Vió mudada el aura popular que antes le aplaudia, comenzaron á murmurar de su ambicion, y de su codicia, diciendo: no bastan á este Amir las riquezas y fertilidad de sus estados en lo mas ameno y delicioso de España, y en las Islas Yebisât: y pasa el bravo mar acometiendo sus continuos y grandes peligros por hacer nuevas adquisiciones, y de todas ellas qué provecho redunda á los que con tanto trabajo seguimos sus banderas, y servimos á sus temerarias intenciones? El ser despojos de la muerte y pasto de las voraces fieras. Las quejas de los descontentos, que crecian cada dia y la venida de los Cristianos en gran muchedumbre con poderosa flota, determinaron á Mugehid á desistir de su empresa: y allegadas las riquezas, cautivos y ganados dió órden de embarcarse en un mal puerto, contra el consejo de Abu Charûb, capitan de sus naves. Y refiere Abu Feth el Thabit, que se hallaba presente, que le anunció que amenazaba gran tempestad, que mas valia esperar y pelear en tierra con los Cristianos, que con las bravas ondas del mar tempestuoso. El Amir no oyó su consejo, y se embarcaron: á la hora levantó Dios una terrible tempestad de impetuosos y contrarios vientos. Alzabanse olas como

montes, las naves subian hasta las nubes, y se hundian de súbito hasta los abismos del mar, que aparecia horrible y espumoso á la temorosa y fugitiva luz de los relámpagos, acompañados de espantosos truenos, que juntos con el bramido y estruendo del hinchado mar, atemorizaba los corazones: y los ojos deslumbrados no veian sino horrorosas imágenes de muerte. A pesar de los esfuerzos de los marineros las naves chocaban unas con otras. Abu Charûb gritaba que se apartasen de la costa, donde muchas naves se estrellaron contra los peñascos de ella; otras las tragó el mar. Los Cristianos miraban contentos la tempestad desde la playa, y no cesaban de prender y matar á los sin ventura náufragos, y cuantos se salvaban de la furia de las bravas ondas del mar, caían en sus atroces manos, y luego los pasaban á filo de espada. Veía estos horrores é inhumana crueldad el Amir Mugehid, y no pudiendo remediarlos lloraba de despecho, y amenazaba con altas voces, todo en vano. No por eso cesaba el viento, ni se sosegaba la tempestad, ni se hartaba la inhumana sed de sangre de los infieles. Abu Charûb con indignacion gritaba y le decia: llora, que esta desventura la envia Dios para que llores tu mal consejo, que á tantos ha perdido. Sosegada la tempestad, y recogidas las reliquias de la flota, volvió el Amir á las Islas Yebisât donde descansó, y se reparó de aquella grave calamidad.

Las banderas de los Aliados, acaudilladas del eslabo Hairan, se acercaron á Córdoba. El Rey Aly ben Hamud con sus africanos y con la gente de Málaga y Algezira Alhadrâ salió contra ellos, cosa

que no esperaban, pensando que intimidado se dejaria cercar en la ciudad. Peleó con la caballería con tan feliz suerte que la puso en desordenada fuga, y ademas hizo gran matanza en la gente de á pie: y los caudillos, culpándose unos á otros de la desgracia se separaron descontentos. Encargó el Rey Aly á su caudillo Gilfeya que siguiese á los fugitivos, mandándole hacer cruel guerra al Eslabo Hairan; corrió la tierra y cercó algunos fuertes de los alcaides parciales de los Alameries. Hairan por su parte reunió algunas banderas de los pueblos de tierra de Jaen y formó bando con ellos, y aclamaron Rey de España á un insigne caballero de la casa de Omeya, Wali de Jaen, hombre virtuoso, de grandes riquezas, liberal y de exacto ánimo, y amado de todos en aquella tierra. Era este Abderahman ben Muhamad ben Abdelmelic ben Abderahman Anasir, llamábase Almortadi, y Abul Motaraf. El nombre solo de este caballero, biznieto de Abderahman el grande, dió poderoso impulso al partido de los Alameries: y todos los pueblos de aquellas sierras le aclamaron por su Rey y Señor: y Hairan y todos los alcaides y Alameries le juraron fidelidad y obediencia, y solo se escusó con aparentes pretestos el Sanhagi Waii de Granada y Elbira.

CAPITULO CXI.

De Abderahman Almortadi.

Celebróse con mucha fiesta y demostraciones de pública alegría la jura y aclamacion de Abderahman el

quinto de este nombre en los Omeyas de España, en la ciudad de Jaen. Nombró Hagib de su casa y estado al Eslabo Hairan: y este caudillo en su nombre convocó los Walies de las ciudades, y allegó tropas y salió con ellas contra el Rey Aly ben Hamud. Encontraronse las huestes de ambos partidos cerca de Baza y trabaron sangrienta batalla: y vencieron las tropas que acaudillaba Gilfeya: y Hairan se retiró de fortaleza en fortaleza, y peleando en esta escaramuza fue gravemente herido, y dispersos sus caballeros. Hairan se escondió en Caniles de Baza, y sus tropas le tuvieron por muerto ú preso, y se retiraron tristes y desanimados. Pasados algunos dias avisó al Rey Abderahman y á sus caballeros de Almería, diciéndoles dónde estaba, de lo cual fueron en estremo alegres, pues ya le tenian por muerto. Envió el Rey Abderahman algunos caballeros para que le acompañaran, y juntos con los de Almería le llevaron á su ciudad y entraron en ella como en triunfo. Alli se juntaron los alcaides de Denia, Tadmir y Játiva y muchos Eslabos y Alameries.

En toda la parte meridional de España se hacia chotba por el Rey Abderahman Almortadi, y todos se disponian á restituir á la casa de Omeya el trono de Córdoba, y arrojar de él al usurpador Aly ben Hamud. La fama de este partido y la aclamacion de Abderahman se estendió por todas las provincias de España, y en todas partes se declararon por él, y tomaron su voz los de Valencia, Tortosa, Tarragona y Zaragoza, y todos los Walies enviaron sus cartas de obediencia.

Puso esto en cuidado al Rey Aly ben Hamud y

envió su mas escogida caballería al Saib de Sanhaga, Wali de Granada y Elbira para que hiciese cruel guerra al Rey Abderahman Almortadi y á sus parciales. Eran en verdad muchas gentes las que llevaban su voz, pero no procedian todos con igual ánimo é interes: y asi eran pocos los que estaban en sus banderas, y los mas se estaban en sus ciudades. Entre tanto Gilfeya y este Wali de Granada, infestaban la tierra de Jaen, y el Rey Almortadi con su gente se aseguraba en las Alpujarras y en la fuerte posicion de Jaen. Salió por otra parte el Rey Aly ben Hamud y fue á cercar al Eslabo Hairan en Almería: dió fuertes combates á la ciudad, y la entró por fuerza: y el Eslabo Hairan fue herido de muchas lanzas y cayó defendiendo las puertas de la ciudad. El alcazar se entregó por avenencia persuadidos de la muerte de su Señor. Este fue conducido delante de Aly, ya casi sin sentido por la falta de sangre que perdia por sus muchas heridas, y el Rey Aly ben Hamud, olvidando sus antiguos buenos servicios le derribó la cabeza con su propia espada. Asegurada la ciudad de Almería volvió á Córdoba, contento de su triunfo, creyendo que todas las discordias acabarian presto despues de la muerte del inquieto y revoltoso Hairan. En este año de cuatrocientos y ocho, en dia mártes á nueve de la luna de Xaban, murió en Córdoba su patria, Suleiman ben Chalaf, llamado ben Gamron, Cadi de Ecija: vivió en el Chandac del arrabal Aragegila y oraba en la mezquita Almonthir. Fue enterrado con gran pompa en la Machora Om Salema, y oró por él el Cadi Junor ben Abdala.

En la misma ciudad de Córdoba, y en su mis-

mo alcazar tenia el Rey Aly ben Hamud muchos
desafectos, y muy parciales del Rey Abderahman
Almortadi: y lo mismo en Sevilla y en toda Espa-
ña la principal nobleza era del bando de su rival.
Envió el Rey sus gentes á tierra de Granada á unir-
se con el Sanhagi y con Gilfeya, y él tambien dis-
puso su partida para acabar aquella guerra. Pensa-
ba acometer con muchas fuerzas á los de Jäen don-
de residia el Rey Almortadi. Todo estaba dispuesto
para salir, y sus guardias y acemilas estaban ya fue-
ra de Córdoba, y habiendo entrado el Rey Aly á
tomar un baño los Eslabos que le servian le ahoga-
ron en él, tal vez ganados por los Alameries que
habia en Córdoba. Esta fue la desgraciada muerte 101
del Rey Aly ben Hamud en Dylcada del año mismo
de cuatrocientos y ocho.

Era de cuarenta y ocho años de edad, alto y hermoso, de ojos negros, enjuto de carnes, virtuoso y severo, algo cruel con sus enemigos. Fue Rey de Córdoba un año y nueve meses. Su muerte se divulgó como una desgracia ó accidente natural, y asi lo creyeron sus guardias y familiares. Dios lo sabe.

CAPITULO CXII.

De Alcasim ben Hamud.

Los caudillos de las guardias del Rey Aly ben Hamud, y todos sus secuaces aclamaron de comun acuerdo en Córdoba á su hermano Alcasim ben Hamud, Señor de Algecira Alhadrâ, y corrieron las ca-

lles, publicando su inauguracion, apellidóse el Manum. Le avisaron con increible celeridad este acaecimiento, y vino sin dilacion á Córdoba con cuatro mil caballos, de suerte que sus enemigos no tuvieron lugar para impedirle la entrada, ni excitar novedad ni movimiento alguno contra él, y asi muchos principales caballeros de Córdoba se vieron forzados á jurarle obediencia, y seguirle á su pesar. Antes de partir de Córdoba mandó hacer grandes averiguaciones sobre la muerte de su hermano: se dieron estraños tormentos á los Eslabos que le servian, y en fuerza de ellos declararon que lo habian hecho por satisfacer las venganzas de muchos Alameries y nobles ofendidos de la cruel condicion del Rey. Aunque no designaron personas determinadas, el Rey Alcasim hizo quitar la vida á muchos nobles sin otro indicio que la presuncion de ofendidos por parientes de algunos que habian sido castigados ó muertos en tiempo de su hermano. Todos temian y temblaban en su presencia, y las primeras familias de la ciudad fueron las mas oprimidas. Muchos caballeros huyeron de Córdoba, y se pasaron al partido del Rey Almortadi, y las venganzas de Alcasim dieron muchos parciales poderosos á aquel noble bando. La fama de algunas victorias, alcanzadas por los de Jaen contra el Wali de Granada, llenó de buenas esperanzas á los afectos á la familia de Omeya, aumentando los temores y desconfianza de los secuazes de los Hamûdes. Cuando llegó á Cebta la nueva de la muerte del Rey Aly, su hijo Yahye pasó al punto á España con cuanta gente pudo allegar de pronto, y dejó órden para que le siguiesen muchas taifas de caballería pre-

tendiendo que le pertenecia la sucesion en el reyno de Córdoba. Traía este Príncipe consigo una numerosa caballería de negros de Sûs, gente feroz y muy aguerrida: venia esta bárbara juventud juramentada de coronarle en Córdoba, ó morir todos peleando en la demanda. Venian con estas tropas muy esforzados caudillos Moros y Alárabes, que le prometian con mucha seguridad el triunfo. El valor del sobrino Yahye ben Aly, la mucha caballería y gente bárbara que traía, y la justicia de la pretension dió mucho cuidado á Alcasim ben Hamud. Juntó sus tropas y partió de Córdoba ácia Málaga, y cuando estaba cerca supo que ya su sobrino estaba apoderado de la ciudad. Salieron contra él los negros y se dieron algunas batallas harto sangrientas, en que pelearon ambas huestes con igual valor y fortuna. Al mismo tiempo recibió el Rey Alcasim infaustas nuevas de su ejército de las Alpujarras, que cada dia padecia derrotas muy graves. Viendo que mientras ellos se destruían mutuamente hacian mas fáciles y venturosas las empresas de sus contrarios, asi fue que hicieron entre sí sus avenencias para acudir al enemigo comun de su familia: y se concertaron, no sin falsia de una y otra parte, que Yahye ben Aly ben Hamud tuviese parte en el gobierno, y ocupase la ciudad de Córdoba: que su tio Alcasim con la gente de Sevilla, Algezira y Málaga y parte de su caballería hiciese la guerra al Rey Almortadi, y que terminada por ellos aquella guerra regirian la España con un gobierno justo y amigable. Ajustaronse estos pactos en el año de cuatrocientos y doce, y enviaron parte de sus tropas al Sanhagi para mantener la guer-

ra de las Alpujarras contra Almortadi. Alcasim pasó á Málaga, donde habia enviado el cuerpo de su hermano Aly para pasarle á Cebta, donde queria sepultarle: dispuestas las cosas lo embarcó, y llegando á Cebta celebró el entierro con gran pompa, y fue enterrado Aly ben Hamud en una hermosa mezquita que él mismo habia edificado en la plaza de la Lana.

CAPITULO CXIII.

De Yahye ben Aly.

En tanto que Alcasim se ocupaba en la pompa funeral de su hermano Aly, en Cebta, su sobrino Yahye entró en Córdoba con su guardia de Moros de Sûs. Los de la ciudad, que aborrecian á su tio Alcasim, le aclamaron con grandes demostraciones de alegria llamandole su Rey y señor, y le dieron el título de el Moateli, y dejandose llevar de la corriente del favor popular, hizo que solamente le jurasen fidelidad y obediencia. Los Moros de su guardia quedaron muy contentos de ver cumplidas sus promesas: y el Rey Yahye ben Aly declaró que su tio Alcasim ben Hamud no tenia derecho alguno á la sucesion del reyno de España, ni le pertenecia parte alguna en su gobierno, sino la que él, como Soberano, le quisiese otorgar. Los Xeques, Wazires y Alcatibes y todos los Caudillos que estaban presentes confirmaron esta declaracion, y le ofrecieron sus servicios y armas para mantenerle en su estado y Soberanía, sin condicion ni excepciones. Al mismo tiempo que

esto pasaba en Córdoba, los Alameries y secuazes del Rey Abderahman Almortadi continuaban guerreando contra Manzor de Sanhaga, que no osaba descender de las sierras, y solo parecia en las guajaras y asperezas, y desde allí hacia rápidas entradas en tierra de Jaen hasta Guadix y Baza, con harto daño de los pueblos de aquella comarca. Los parciales de los Omeyas deseaban que el Rey dejase aquella guerra de montaña, y se acercase con todas sus fuerzas á Córdoba ó á Toledo para reunir todas las banderas de España: pero los Alameries deseaban acabar antes con Gilfeya y el señor de Sanhaga, que estragaban y talaban sus tierras. El Rey Almortadi, si bien queria venir á tierra de Córdoba ó Toledo, no pretendia disgustar á sus aliados, y así trató de obligar á sus enemigos á venir á campal batalla. Dividió sus tropas en tres huestes; y se mantuvo con dos en las vegas de Xenil, y la tercera compuesta de la gente de Jaen y Somontan se dirigió á buscar y perseguir al Wali Gilfeya y al señor de Sanhaga.

Entre tanto Alcasim ben Hamud tornó á Málaga y luego supo la perfidia de su sobrino Yahye: y escribió á sus caudillos Gilfeya y Mansar, que terminasen aquella guerra de Jaen, y si veían que podia dilatarse mucho, que se viniesen hacia Córdoba para obligar á su sobrino Yahye á cumplir lo que le habia ofrecido. Juntó Alcasim su caballería y la gente de Málaga y Algezira, y partió para Córdoba. Cuando Yahye entendió que su tio se acercaba con poderosa hueste, no pudiendo él oponerle sino sus valientes Moros, y parte de ellos habian pasado á

las Alpujarras, le pareció mas seguro evitar el encuentro; y se salió de Córdoba con sus guardias, y tomando caminos extraviados no paró hasta llegar á Algezira Alhadrâ, en donde entró á fin de la Luna de Dylcada de cuatrocientos y trece; se fortificó en ella, y envió á buscar gente de Africa. Alcasim entró en Córdoba sin que nadie se lo impidiese, ni salió gente principal á recibirle, sino alguna gente menuda del pueblo. Se ensañó de esto, y vió claro que aquella ciudad no le era afecta. Luego mandó averiguar los partidarios mas decididos por su sobrino, y atormentó algunos Eslabos y gentes del alcazar, y á otros de quien sospechaba. Por estas crueldades se hizo mas aborrecido: y los principales de la ciudad meditaron una conjuracion, viendo que Alcasim, como si nada tuviera que temer, envió la mayor parte de sus tropas á las Alpujarras en auxilio de Gilfeya. Con el conveniente secreto ganaron mucha gente del pueblo, prodigando mucho dinero, y repartiendo armas á los vecinos de confianza para el efecto. A la media noche dieron rebato, y acometieron el alcazar: los de la guardia se defendieron bien. Duró la batalla toda la noche, y el pueblo no pudo entrar en el alcazar: pero se apoderaron de todas las puertas de la ciudad y de sus fortalezas, y cercaron el alcazar con gran ballesteria, que nadie podia salir de él ni entrar. Duró este cerco cincuenta dias, y apuradas las provisiones que habia en el alcazar el Rey Alcasim y sus guardias, no esperando ya socorro de las Alpujarras, y temiendo perecer encerrados, se determinaron á salir contra la multitud armada y huir si pudiesen de la ciudad. Rompieron

con gran ímpetu una alborada; pero el pueblo peleó con tanto valor que muy pocos lograron abrirse paso, y los que escaparon de la plaza del alcazar perecieron la mayor parte en las puertas de la ciudad y en sus calles. Entre estos hubiera sido despedazado el Rey Alcasim ben Hamud, si no le hubiesen conocido algunos generosos caballeros, que le salvaron entrándole en casa del Wacir Abul Huzami Gehwar: y aquella noche le sacaron de Córdoba, acompañado de valientes caballeros Alameries, que le siguieron hasta Xerez. Tenia el Rey Alcasim mucha confianza en el Wali de aquella ciudad, y se amparó de su casa: esto el año cuatrocientos trece.

Entretanto el ejército de Manzor, el de Sanhaga, y del Wali Gilfeya, engrosado con la gente y caballería que habia enviado el Rey Alcasim, descendió á la vega de Granada en busca de las tropas del Rey Abderahman Almortadi. Encontraronse estos ejércitos en aquel espacioso campo, y como de comun acuerdo se acometieron con igual denuedo, y trabaron atroz batalla, mantenida por ambas huestes con bárbara constancia. Resistieron los de Manzor de Sanhaga el violento ímpetu de la caballería de Abderahman, que aventajaba á la suya: y en lo mas recio de la refriega, cuando la victoria se manifestaba por los Alameries, una fatal saeta, flechada por la mano del destino enemigo de los Omeyas, hirió tan gravemente al Rey Abderahman, que espiró en la misma hora que le anunciaron que sus tropas y aliados seguian victoriosos á sus enemigos. Así murió este insigne Rey; y con su muerte cayeron las altas esperanzas de sus parciales. Divulgóse la infausta nueva de la

muerte de Almortadi, y abatió los ánimos de los mas esforzados caudillos. Los enemigos huyeron á los montes, y el señor de Sanhaga se fortificó en Granada. Voló la fama de esta desgracia á Córdoba, donde con la fuga del Rey Alcasim parecia haberse aparecido el iris de la serena calma, despues de tan revueltas discordias civiles. Y cuando los parciales de los Omeyas preparaban arcos de triunfo para recibir al Rey Abderahman llegó la noticia de su muerte. Toda la ciudad se llenó de desconsuelo, y tembló de temor de que se renovasen los horrores de las entradas de los bárbaros, y las calamidades de la espantosa guerra civil.

CAPITULO CXIV.

De Abderahman Almostadir Bila.

Los Alameries de Córdoba, y todos los parciales de los Omeyas, seguros de la aprobacion popular aclamaron en Córdoba y en todas las ciudades de su comarca á Abderahman ben Hixêm ben Abdelgiabar ben Abderahman Anasir, hermano del célebre Muhamad el Mohdi Bila. Fue jurado Rey por todos los Walies, Wazires y Alcatibes, y principal nobleza de Andalucía en la luna de Ramazan del año cuatrocientos catorce. Era de veinte y dos ó veinte y tres años, de gentil estatura y hermoso semblante, de buen ingenio, y de loables costumbres en su florida

edad: se apellidaba Abul Motaraf, y en la aclamacion le distinguieron con el título de [1] Almostadir Bila. Decia Abu Muhamud ben Huzam el Faqui que Almostadir era muy erúdito, elocuente y buen poeta: y decia Hayan que no habia entonces en su familia otro mas noble que él. Escribió sus cartas á todas las capitanías y provincias para que le reconociesen y jurasen obediencia, y se hizo por él la oracion pública en todas las mezquitas; y todos celebraban y aplaudian tan acertada eleccion en un biznieto del grande Abderahman tercero; y esperaban de este insigne mozo su nieto la reparacion de los males que padecia el imperio de los Muslimes en España. Pero cuan vanas son las esperanzas de los hombres, ofendido de esta eleccion y preferencia su propio primo Muhamad ben Abderahman ben Obeidala, este mancebo juró en su ánimo vengarse de los Alameries y nobles de Córdoba y derribar, del trono á su primo, ó morir en la demanda. Habia sido la jura de Abderahman en la luna de Ramazan, venida la pascua de Alfitra ó salida de Ramazan, trató el Rey de corregir la ilimitada licencia de su guardia de Andaluces y Eslabos, que con las revueltas pasadas, en estas fiestas andaban insolentes en la ciudad, y todo les estaba permitido. Reformó el Rey sus ordenanzas, quitó algunas libertades y exenciones, manifestando en estas providencias la rectitud y severidad de su ánimo. No acostumbrada aquella juventud á la disciplina se ofendió mucho, y en especial los Afri-

1 Almostadir Bila, el que espera el auxilio de Dios: ó el confiado en el amparo de Dios.

canos Zenetes, y murmuraban y decian que el Rey Almostadir debia haber preferido el ser prefecto de solitarios del yermo antes que Rey de Córdoba. Muhamad, el primo del Rey, aprovechó estas disposiciones de la guardia; y con sus muchas riquezas y su popularidad, y el favor de algunos nobles mancebos leves é inconsiderados, concertó con estas tropas una conjuracion tan pronta como cruel y acalorada: y el dia veinte y siete de la luna de Dylcada acometieron de tropel á la real cámara en la madrugada, antes que el Rey se levantara. Asesinaron á los Eslabos que guardaban y defendian la puerta: y el Rey al ruido de las espadas y voces de sus Eslabos despertó, y con su espada se defendió algun tiempo de los conjurados que le despedazaron á cuchilladas inhumanamente. Salieron con sus sangrientas espadas por las calles de la ciudad, aclamando á Muhamad: entraron en las casas de algunos principales Xeques y Wazires, y los mataron, y robaron sus riquezas: y el pueblo y los caudillos, Cadies y Alcatibes, presenciaron atónitos é intimidados esta violenta aclamacion, sin que hubiese en tan populosa ciudad union, fuerzas ni resolucion para oponerse á la tumultuosa turba: ni despues la noble firmeza que convenia para vengar la inocente sangre derramada del buen Rey Abderahman Almostadir, que solo ocupó el trono de Córdoba cuarenta y siete dias, digno en verdad de mas venturosa suerte. Decia Hayan que habia el Rey enviado sus cartas á los Walies de toda España sobre su jura, y cuando recibia sus contestaciones, la parca le salió al paso, y que no tenia sucesion. Fue esta muerte sentida en toda España

por las esperanzas que de la virtud y mocedad del Rey se habian concebido.

En este tiempo habia vuelto de Africa el Rey Yahye ben Aly, y sabiendo el estado de las cosas en Córdoba, y la fuga de su tio Alcasim, se contentó con asegurarse en su gobierno de Algecira Alhadrâ y Málaga: y sabiendo que su tio estaba en Xerez envió su caballería á buscarle, y el Wali de Xerez se lo entregó, y el Rey Yahye le puso en una rigurosa prision, donde murió muchos años despues de Yahye: sin aparecer otra causa para esta desavenencia sino que siendo Alcasim tio de Yahye, y viejo, no se allanaba á obedecer al hijo de su hermano, pues dice Abulfedá que Alcasim tenia veinte años mas que su hermano Aly.

CAPITULO CXV.

De Muhamad Mostacfi Bila.

Entronizado con esta violencia Muhamad ben Abderahman ben Obeidala fue apellidado por sus guardias y parciales el Mostacfi Bila. Sus tesoros, derramados con prodigalidad, ganaron los ánimos de la plebe y de las tropas; y en todas las mezquitas se hizo oracion pública por él, y todas las clases le juraron fidelidad y obediencia. Agradecido á sus Zenetes y guardias les concedió nuevas libertades, mas espléndidas mesas y mas preciosas armas y vestidos: á sus nobles parciales dió cargos y gobiernos á su contento, y con esta salvaguardia se creyó seguro,

y no cuidó sino de reparar los jardines y amenidades de Medina Azahra, y de procurarse las delicias y placeres de la vida. Se ocupaba poco en el gobierno de las provincias, ni atendia al estado de defensa de las fronteras: los walies y alcaides de ellas las tenian como absolutos dueños, y disponian libremente de las rentas y de los productos de toda especie [1]. Por esta causa escaseaba el tesoro del estado, aunque el Rey no tomaba de él cosa alguna para sus propios gastos. La caja ó tesoro del Divan Alâta, destinado para premios y gratificaciones de buenos servicios, estaba exhausto por las liberalidades del Rey Muhamad. Sus grandes riquezas, á penas bastaban á subvenir á los gastos necesarios para mantener la opulencia y decoro de la real casa. Fue pues forzoso que los Almojarifes y recaudadores de las rentas del estado, oprimiesen á los pueblos de Andalucía con nuevas y desconocidas exacciones: y aunque de estas gabelas sacaban mucho, no alcanzaba á la desmedida costa, por la general falta de las rentas de las provincias. En tanto el Rey Muhamad no pensaba sino en sus placeres; y en oir elegantes versos de los poetas que andaban en su corte, y en aplaudir las canciones del Wacir Zeidun de Córdoba, en que celebraba á la hermosa Habiba, hija del Rey Muhamad, por quien estaba loco. Abdel-

[1] Ademas de las rentas de Azaque, que procedian del diezmo de todos los frutos de la tierra, y productos de la cria de ganados y de la industria, habia las rentas del Charage ó derechos de entrada y salida, y las del Taadil ó iguala, que eran exacciones sobre tiendas, y por cabeza á Cristianos y Judíos.

melic ben Ziadatala, el Tabeni, célebre en Africa, Egipto, Siria y Arabia, le presentó sus ingeniosas poesías, y su libro de las costumbres de los Arabes en verso. Su casa en Córdoba era frecuentada como una academia. Abdel Wahib Abul Moqueira Wazir y Alcatib, le dedicó su coleccion de poesías: y Abdel Wahidi de Córdoba, Walilcodâ de Játiba y originario de Cabra, sus discursos elegantes en prosa y verso; el insigne poeta Abu Chalid ben el Tares una coleccion de poesías en su elogio; y Abul Chuleni de Beja, vecino de Sevilla, sus mas célebres canciones.

El Rey Muhamad sentia que no se procediese en las exacciones que se hacian al pueblo con órden y justicia; pero no podia remediar las vejaciones que arbitrariamente causaban los recaudadores. Faltaba sin embargo para las cosas justas y necesarias; y un Príncipe que de su natural condicion era muy liberal y generoso, el pueblo y sus guardias, le vituperaban de tenaz y avaro, unos por lo que pagaban y otros por lo que no recibian. Por calamidad y desventura de aquel tiempo, enemigo de toda virtud, no fue posible persuadir á los walies de las provincias el bien de la concordia, union y obediencia para conservar el estado. A su egemplo los caudillos de las fronteras, y los alcaides de fortalezas y ciudades tambien desobedecian. Muchos de ellos de pobres y oscuros principios, en las revueltas del estado habian venido á ser grandes y temidos. El pueblo mismo mal acostumbrado en todas partes, se hizo enemigo de los que le regian, y deseaba la inquietud, las conjuraciones y revueltas, por tener ocasion de robos y ven-

ganzas, con la impunidad que acompaña siempre á las revoluciones populares. El Rey, ó no conocia esta enfermedad política de sus pueblos, ó no tenia la firmeza conveniente para remediarla. Los mismos, que faltando á su honradez y obligaciones, le habian puesto injustamente en el trono, estaban ya impacientes y dispuestos á derribarle de él. Huía Muhamad de su capital, y le intimidaba su gentío; y lo mas del tiempo pasaba en Zahra: pero no estaba alli seguro. Los sediciosos y amigos de novedades incitaron á la multitud, y atropados é insolentes cercaron las casas de los Wazires y Cadies: y á grandes voces pidieron las cabezas de algunos, la deposicion de otros, y acabaron por pedir tambien la muerte del Rey y de sus Hagibes. Los pocos caudillos de la guardia, que le fueron fieles, avisaron al Rey su peligro, y le acompañaron con alguna caballería africana, y salió de noche con toda su familia de los alcázares de Zahra. Muchos le abandonaron en el camino; pero logró acogerse al fuerte de Ucles en tierra de Toledo, donde fue amparado y recibido muy bien del alcaide de aquella fortaleza Abderahman ben Muhamad ben Selam ben Said ben Almondar, hijo y nieto de esforzados caudillos, que tenian el gobierno de aquella tierra desde el tiempo del Rey Abderahman el tercero. Poco tiempo despues, habiéndole conficionado una gallina con ciertas yerbas venenosas, que produce aquella tierra, comio de ella Muhamad, y á su tiempo murió sin dejar sucesion, año cuatrocientos y quince. Fue el tiempo de su reinado diez y siete meses. En dia jueves á trece de la luna de Giumada primera de este año falleció Abdala ben Rebie de Córdoba, en esta misma ciu-

dad, y fue enterrado al alba del dia juma con mucho acompañamiento en casa de Xuhaid. No le llevaron á la macbora por temor de los bárbaros que en aquel tiempo infestaban las cercanías de la ciudad: aprovechele Dios por ello.

CAPITULO CXVI.

De Yahye ben Aly.

Con la nueva de las inquietudes y revueltas que habia en Córdoba los parciales del Rey Yahye ben Aly ben Hamud volaron á Málaga, y excitaron á este Príncipe á que viniese con sus tropas á ocupar la ciudad de Córdoba y apoderarse del reyno, que le pertenecia por la declaracion del Rey Hixêm el Muyad á favor de su padre. Gobernaba Yahye su estado de Málaga y Algezira Alhadrâ, Cebta y Tanja con mucha moderacion y justicia: sus pueblos le amaban, y deseosos de su engrandecimiento se ofrecieron á ponerle en el trono de Córdoba. Asi fue que mas por voluntad de sus ambiciosos parciales que por la suya propia partió para Córdoba. Los vecinos principales y gente honrada, por librarse de la tumultuosa anarquia que los despedazaba, se alegraron de su venida, y le salieron muchos á recibir y manifestarle su adhesion, y la confianza que tenian en su prudencia y buen gobierno. Toda la ciudad se conmovió á su entrada, y le recibió con grandes demostraciones de alegria. Apeóse en la Aljama, y despues de hacer su oracion de adohar paseó las

calles principales entre festivas aclamaciones populares. Luego escribió sus cartas á los Walies gobernadores de las provincias para que viniesen á Córdoba á jurarle obediencia. Pero los mas distantes se escusaron con aparentes pretextos, y los mas cercanos manifestaron abiertamente que no le reconocian por su Rey, sino por un intruso, llamado por una parcialidad que ellos menospreciaban. Pesó mucho al Rey Yahye de esta declarada desobediencia del Wali de Sevilla; y deseando que el escarmiento de este sirviese de enmienda á los demas que pensasen de la misma suerte, ordenó que sus Alcaydes de Xerez y Málaga con los de Sidonia y Arcos reuniesen su caballería y fuesen contra Sevilla; y el mismo Rey Yahye con la gente y caballería de Córdoba partió á juntarse con aquellas tropas.

Conviene decir aqui quién era este Wali de Sevilla, y cuál su prosapia y condicion. Era pues Muhamad ben Ismail ben Abêd el Lahmi, apellidado Abulcasim, Cadi de Sevilla, y desde el tiempo de Alcasim ben Hamud, por su prudencia y sagacidad logró cuanto quiso; y le hizo gobernador de la provincia, y en pago de estas confianzas cuando Alcasim ben Hamud salió de Córdoba el año cuatrocientos y trece se apoderó Muhamad ben Ismail de la soberanía del estado. Cuenta Abu Rafe que este Muhamad fue hijo de Ismail ben Muhamad ben Ismail ben Coraix ben Abêd ben Amer Ben Aslam ben Amer ben Itaf ben Naim, y que Itaf y Naim vinieron á España cuando la entrada de Baleg ben Baxir el Coxairi: que Itaf era de Hemesa en Syria, y de la tribu Lahmi, originario de Alaris, aldea entre

Egipto y Syria, en confines de Algifer; que en España se estableció en Caria Jumin, del territorio de Taxêna de jurisdiccion de Sevilla, á la orilla del rio grande. Otros dicen que eran de los hijos de Nooman ben Almondar ben Mêasemai: y de esta nobleza se preciaban mucho, y los loaban por ello, como parece en los versos y elogios de varios ingenios y entre otros en los de Aben Lebana. Cuenta Hayan que el padre de Muhamad fue Ismail Aben Abêd, hombre muy distinguido por su prudencia y grandes riquezas antes y despues del principio de la guerra civil: que tenia mucha autoridad en tierra de Sevilla, que vivia en ella con aparato y ostentacion poco diferente de la de los Reyes; que ningun caballero particular de Andalucía le igualaba en esto, ni en liberalidad y muchedumbre de siervos. Recibió en su casa, y amparó á los mas ilustres desterrados de Córdoba en tiempo de las encendidas discordias y calamidades civiles. Era Ismail de ingenio astuto, de mucha erudicion; buen caballero, de ánimo constante, y de aparente candor, y siempre alcanzó sus miras con harta seguridad. Crió á su hijo Muhamad con su misma política, y le enseñó á superar las mayores dificultades.

Cuando Muhamad Aben Abêd entendió que el Rey Yahye venia contra él, previno ciertas compañías de caballeros de Sevilla y de Carmona en una emboscada para salir en ocasion conveniente. El mismo con otras compañías de á pie y de á caballo se adelantó al encuentro del Rey Yahye. Los campeadores de la hueste de Córdoba pelearon con los de Sevilla: concurrieron á estas escaramuzas las fuerzas

del Rey Yahye y las de Muhamad; y por estratagéma de éste cedieron poco á poco sus gentes, y se fueron retrayendo en la pelea hasta fingir su vencimiento y fuga, y llevar á los de Córdoba al parage de la emboscada: entonces acometieron con mucho valor y seguridad á los que los seguían, y saliendo los caballeros de la celada rodearon por todas partes á los de Córdoba: y el Rey Yahye en lo mas recio de la batalla fue herido de una lanzada que le cosió á la silla de su caballo, y herido de otras muchas lanzas cayó muerto. Esta fue la suerte de este buen Rey, que por sus virtudes prometia un venturoso reinado. Fue esta batalla dia siete de Muharram del año cuatrocientos diez y siete. Mandó 1026
Aben Abêd cortarle la cabeza, y la envió á Sevilla con la nueva de su victoria. Los caballeros de Córdoba y la gente de Málaga se retiraron tristes y vencidos.

CAPITULO CXVII.

Del reynado de Hixêm el Motad Bilah.

Cuando llegó á Córdoba la nueva de la infausta batalla y muerte del Rey Yahye ben Aly ben Hamud, se entristeció toda la gente honrada de la ciudad por ver fallidas sus bien fundadas esperanzas en la prudencia y justicia del malogrado Príncipe. Luego se congregó el Divan, y por influjo de Abilhezami ben Gehwar, Wazir de la ciudad, y de los caballeros Alameries aclamaron por su Rey y señor á Hixêm ben Muhamad ben Abdelmelic ben Abderah-

man Anasir, esto es, biznieto del grande Aderahman III, y hermano del ínclito Rey Abderahman Almortadi. Estaba entonces este caballero retirado en Ham Albonte con el alcayde de aquella fortaleza, llamado Abdala ben Casim el Fehri. El pueblo aplaudió esta eleccion, y le proclamó con muestras de la mas sincera alegria con el título de el Motad Bilah, en fin de la luna de Rebie primera año cuatrocientos diez y siete. Habia nacido el año trescientos sesenta y cuatro; era cuatro años mayor que su hermano el Mortadi; la madre que le parió se llamaba Oneiza. Enviaronle sus mensageros para anunciarle aquella voluntaria eleccion del Consejo y del pueblo de Córdoba: y como sabio y moderado, en vez de alegrarse manifestó su pesar de salir de la vida quieta y segura de su retiro á los cuidados del peligroso mando. Respondió á los enviados que agradecia la voluntad y amor del pueblo de Córdoba á su persona y familia; pero que ya no estaba para tomar sobre sus hombros la grave carga del gobierno. En fin despues de algunos dias de modesta repugnancia, instado de sus parciales los Alameries aceptó la corona; pero receloso siempre del inconstante y desconocido pueblo dilató mucho tiempo el venir á Córdoba, y se detuvo en las fronteras acaudillando la caballería que las amparaba. Unico pretexto que pudo justificar su ausencia de la capital. Peleaba con varia fortuna contra los infieles, que aprovechando el tiempo de las discordias civiles de los Muslimes ensancharon los límites de sus fronteras, asi en España Oriental, como en Galicia y Castilla. En esta ocasion trató y honró mucho al alcay-

de Hixèm ben Muhamad ben Hilel el Caisi de Toledo, hombre sabio y discípulo de sabios como Aben Abdus y el Chuzeni. Era esforzado, virtuoso y austero, que ayunaba con sumo rigor, y celebraba con esplendidez la Idalfitra ó pascua de salida de Ramazan con sus fronteros [1], y gastaba en este dia todos sus ahorros con la gente de su fuerte. Su vestido era rústico y su comida muy frugal: permaneció toda su vida en la frontera de Castilla, y falleció á la partida del Rey, que se detuvo en aquella tierra tres años menos dos meses. Escribió al Rey el Wazir Abul Huzam Gehwar que convenia que luego viniese á Córdoba; que el pueblo estaba inquieto y descontento; que deseaba ver á su Rey; que de sus leves quejas y hablillas tomaban ocasion los sediciosos para fomentar discordias y conmociones graves; que los Walies ó gobernadores de las provincias interiores manifestaban descubiertamente sus intentos de independencia, ganando con aparante blandura y equidad los ánimos de los pueblos que

---

[1] Estos rabitos, ó fronteros muslimes, profesaban mucha austeridad de vida, y se ofrecian voluntarios al continuo ejercicio de las armas, y por voto se obligaban á defender sus fronteras de las algaras, entradas ó cavalgadas de los Almogávares, ó campeadores cristianos. Eran todos caballeros muy escogidos, y de suma constancia en las fatigas; que no debian huir, sino pelear intrépidos y morir antes que abandonar su estacion. Parece verisimil que de estos rabitos procedieron asi en España, como entre los Cristianos de Oriente, las Ordenes militares tan célebres por su valor, y por los distinguidos servicios prestados á la cristiandad. El instituto de unos y otros era muy semejante.

tenian en su jurisdiccion, obrando como Reyes absolutos, sin permitir que las contribuciones y rentas de las provincias viniesen á la capital. Con este aviso el Rey Hixêm partió con mucha diligencia para Córdoba, y entró en ella dia ocho de la luna Dilha-
1029 gia del año cuatrocientos y veinte: fue recibido con gran pompa y demostraciones de alegria, y rodeado de infinito gentío entró en su alcazar. Su afabilidad y apacible y generosa condicion, y al mismo tiempo su atencion á la administracion de justicia ganó las voluntades del pueblo, calmó las inquietudes y puso freno á los ánimos revoltosos. Visitaba los hospicios y casas de pobres, y las madrisas, escuelas y colegios: cuidaba con especial zelo de los enfermos, y sus mismos médicos debian visitar cada dia los Almarestanes ú hospitales. Depuso al cadi de la Aljama de Córdoba Abderahman ben Ahmed ben Said ben Muhamad ben Baxir ben [1] Garcia, apellidado Abulmotarif, y conocido por Aben el Hasari, que habia sido electo Cadi por el Rey Aly ben Hamud. Era muy elocuente, y fue prefecto de oracion en la Aljama, y muy privado de los Reyes Hamudes. Habia sido Cadi doce años, diez meses y cuatro dias, segun dice Hayan: y vivió despues retirado en su casa en Córdoba poco mas de dos años,

---

1 Es muy frecuente en las memorias arábigas de este tiempo el hallar en ellas nombres y apellidos Godos y Cristianos, como Gundemiro ben Dawud, Ahmed ben Guzman, Muhamad ben Fortun, Abdala ben Gotier, ben Borangel, ben Mendis, ben Munios, ben Manric, ben Radmir, ben Garcia, ben Sanche, ben Fortis, ben Galindo.

que falleció y fue enterrado sábado á mediada lun de Xaban en la macbora ó cementerio de Aben Abâs con grande honra. En este tiempo Obeidyas el Catib ó secretario de Obeidala ben Meruân dijo estos versos al palacio en que habitaba, que competia en magnificencia con el real alcazar, y aventajaba al palacio Mogueiz, y casas de Almanzor.

Alcazar de Abi Merûan,
Que construido pareces
Tus hermosos aposentos
Con mármoles todos brillan
del Parayso traslado
con pieles de leopardo:
aun mas bellos que el palacio
de oro de Tibar orlados.

Procuró el Rey Hixêm el Motad traer á su obediencia los Walies de las provincias, persuadiéndoles con cartas amistosas y razones claras la conveniencia de la concordia, y union de las fuerzas y recursos de todas las provincias muslímicas de España para oponerse á los infieles, y recobrar lo que la discordia civil habia hecho perder en las fronteras: que sin union y buena concordia no se podia mantener el edificio de la pública felicidad. Los Walies sin desconocer la autoridad legítima del Califa de Córdoba, desatendieron en verdad sus razones, y con falsos pretextos le negaron las contribuciones y servicios que le debian.

Conociendo el Rey que ya el mal era muy grave y pedia remedios fuertes y violentos, se propuso la reduccion de algunos Walies desobedientes, y encargó á Obeidala ben Abdelaziz el Yahsebi la de Algarbe. Este caudillo obligó á la obediencia á los de Libla, Oksonoba, Xilbe y otras ciudades goberna-

das por alcaydes puestos por el Rey Yahye. Dió el Rey Hixém el gobierno de Gezira Saltis al padre de este caudillo, pero Abdelaziz el Becrui no correspondió á la confianza que el Rey habia hecho de su persona, que tambien se alzó con el señorío de aquella tierra. Almanzor ben Zeiri el de Sanhaga, desde la muerte del Rey Abderahman el Mortadi se apoderó de todas las poblaciones de Elbira y de Granada: y seguro en su posesion por la debilidad del estado de Córdoba partió á Africa dejando en su lugar en Granada á su sobrino Habus ben Balkin, que era muy esforzado y prudente caudillo. Dice Alchatib que este Almanzor de Sanhaga reynó siete años en Granada. En Málaga gobernaba como Rey Edris el hijo del Rey Yahye ben Hamud, y sus pueblos le llamaban Amir Amumenin, y le juraron fidelidad y obediencia con toda solemnidad despues de la muerte dè su padre Yahye el Motali, y á él le apellidaron el Olui ó ensalzado, y se llamaba tambien Abu Rafei. Era este Edris muy benigno, y daba á los pobres cada juma quinientas doblas de oro; de su generosa condicion y justicia se escribieron muchos versos. Levantó el destierro á los proscriptos en tiempo de su padre, y les restituyó sus aldeas y posesiones. No se oyó en su tiempo queja de ningun desvalido. Era docto y visitaba las escuelas y los hospicios: y no se desdeñaba de oir á los mas humildes, ni sabia hacer otra cosa que beneficios y gracias. Era su Wazir, y gobernador de su estado, su pariente Muza ben Afan, que al fin le fue pérfido, y le quitó la vida por servir al Rey de Sanhaga Almoez ben Badis. En Denia mandaba Abdala el Moaiti, y era lla-

mado Rey, y labraba moneda con su propio cuño. Pero no pasó mucho tiempo en venir de Mayorcas el señor de aquellas islas Mugehid, que le privó de la soberanía, y le desterró de Denia, y se pasó á tierra de Cutema, y no volvió á alzar cabeza en este mundo, que alli falleció año cuatrocientos treinta y dos. Asi tambien estaban fuera de la obediencia del Rey Hixêm el Motad los Walies de Sevilla, de Carmona y Sidonia, y como la fortuna de las armas favoreciese mas á los Walies rebeldes en los dos años de su reynado, á pesar de sus esfuerzos, deseando el virtuoso Rey poner término á la infausta guerra civil trató de avenencias con los Walies desobedientes.

Esta moderacion llenó de descontento á los de Córdoba, y culpaban al Rey de los sucesos poco venturosos de sus armas, y de todas las calamidades de su tiempo. Ya el mal era sin remedio: el estado con la desunion de las provincias era muy débil contra el ilimitado poder de los Walies ó gobernadores: las buenas costumbres de los Muslimes antepasados estaban viciadas y corrompidas, no poco á poco, sino con el ímpetu de un precipitado torrente. Los malos y los buenos Muslimes todos parecian entregados á sus pasiones, los unos muy activos inquietos é indómitos, los otros indolentes y apocados, de manera que como decia el Rey Hixêm esta generacion ni puede gobernar ni ser bien gobernada. Abul Hazam ben Gehwar aconsejó al Rey que se retirase á Medina Azahrâ por asegurar su persona de los riesgos é insultos de alguna súbita conmocion popular que estaba muy amenazada. El Rey Hixêm estaba tan confiado en el amor y respeto del pueblo de

Córdoba que no rezelaba tan injusto y desagradecido intento; pero los sediciosos no tardaron en excitar á la inconstante é inconsiderada plebe. Valiéronse para esto de la oscuridad de la noche: pues los hombres cubiertos de la nocturna sombra son mas atrevidos é insolentes, que asi no les estorba el natural rubor de las acciones menos honradas ó torpes. Corrió las calles la atropada multitud, y con gritos y general algazara pidió que el Rey Hixêm fuese depuesto, y que saliese de Córdoba.

Aben Gehwar fue de los primeros que anunciaron al Rey la voluntad del inquieto y alborotado pueblo, y el Rey sin alterarse dijo: gracias á Dios que asi lo quiere. A la venida del dia, salió el Rey de su alcazar con su familia y una buena comitiva de caballería de su guardia; y con ella se retiró á una casa de campo, y desde ella al dia siguiente partió á la fortaleza de Hasn Abi Xarif, que él habia edificado. Acompañáronle muchos nobles caballeros de Córdoba, y entre ellos el célebre Abdelbar el Nameri de Córdoba, gran ingenio para la poesía; y Muhamad el Raini conocido por Abu Abdala el Hannat, asimismo famoso por sus elegantes versos; y el erudito Ahmed ben Abdelmelic ben Xoheid, el autor del libro Hanut Alatar, lleno de elegancias en prosa y verso; y otros varios favorecidos y privados del Rey. Fue su salida de Córdoba el año cua-
1031 trocientos veinte y dos: vivió en su retiro con mucha tranquilidad hasta que pasó á la misericordia de Dios en el año cuatrocientos veinte y ocho. Sus virtudes y ánimo inalterable le acreditaron de digno sucesor de sus ínclitos antepasados, y merecedor de

mas favorable fortuna, y de tiempos menos enemigos de la virtud. En él acabó la dymnastía de los Omeyas en España, que principió en ella Abderahman ben Moavia año ciento treinta y ocho, y acabó en este Hixêm el Motad año cuatrocientos veinte y dos.

Cuenta el historiador Alathir que despues de la deposicion del Rey Hixêm el Motad, un mancebo de la familia de los Omeyas, que estaba en la flor de su edad, pretendió la sucesion del reyno. Y como el Consejo y los del pueblo no quisiesen alzarle por su Rey, diciéndole que temian la ruina del estado, que se compadecian de su persona y nobleza, y de su propia vida, pues veian que la fortuna habia vuelto las espaldas á todos los Omeyas; entonces replicó este mancebo, juradme hoy Rey, y siquiera me mateis mañana, si mi enemiga estrella asi lo dispone. Pero no consiguió persuadirlos ni concertar su eleccion; y dice que en aquel dia desapareció este Omeya, y nunca mas se supo de él ni de sus cosas. Asi pasó el estado y fortuna de ellos, como si no hubiese sido. Feliz quien bien obró, y loado sea siempre aquel cuyo imperio jamás acabará.

Série de los Reyes Arabes de España en Córdoba, y años de su fallecimiento.

Abderahman I.	171.
Hixêm I.	180.
Alhakem I.	206.
Abderahman II.	238.
Muhamad I.	273.

Estos dos últimos Reyes de Córdoba no se mencionan en esta segunda parte de la historia: pertenecen á la tercera.

Reyes Cristianos de España y otros Príncipes que se nombran en esta segunda parte.

Cap. 34. Rey Anfus.
Cap. 36. Armetos, hijo de Constantin, Rey de Grecia.
Cap. 39. Rey de Grecia.
Cap. 44. Alanfus, Rey de Galicia. Teofilo, Rey de los Griegos.

Cap. 56. Rey Garcia.
Cap. 65. Alfonso III, el Magno.
Cap. 78. Rey Radmir.
Cap. 82. Rey Radmir de Galicia.
Cap. 84. Rey de los Griegos.
Cap. 98. Rey de Afranc Borel.
Cap. 100. Garcia ben Sancho. Rey Bermond de Galicia.
Cap. 105. Conde Sancho, Rey de los Cristianos.
Conde Bermond.
Conde Armengudi.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

ERRATAS.

Pág.	Lin.	Dice.	Léase.
18.	27.	qrisieron	quisieron
21.	18.	obedienca	obediencia
67.	14.	quc	que
129.	11.	á lado	al lado
135.	5.	luego sus	luego, sus,
166.	17.	açaballo	á caballo
175.	13.	asique	así que
184.	10.	adaliles	adalides
185.	10.	asicastiga	así castíga
186.	3.	Bea	Beja
200.	14.	Princiqe	Príncipe
259.	1.	duro	dura
303.	6.	lo	los
397.	5.	engadas	cargadas
401.	26.	hacia	hasta
483.	13.	obigó	obligó
524.	12.	de Hagib	del Hagib
526.	3.	semblarla	sembrarla
598.	1.	quinto de este nombre	cuarto de este nombre